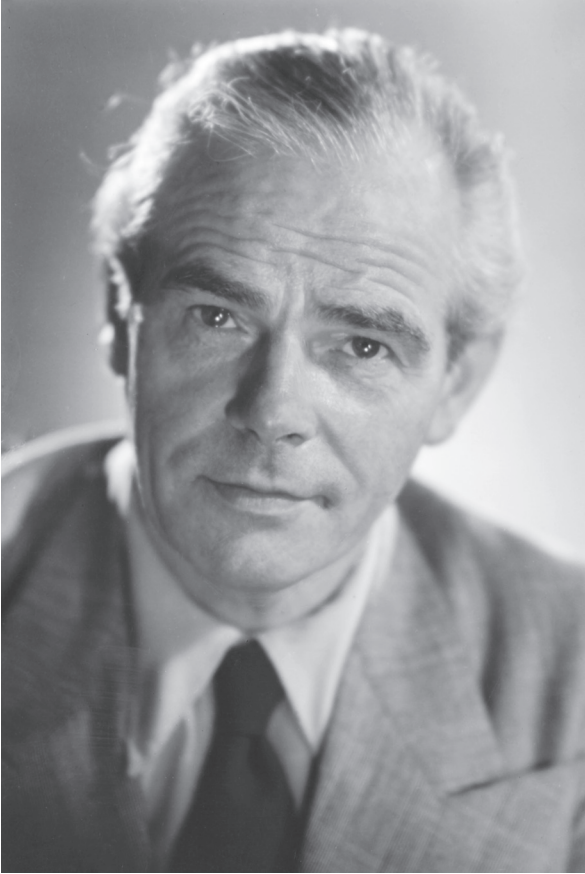


Preguntas y respuestas

Parte 3



Jozef Rulof



Jozef Rulof
1898-1952

Jozef Rulof

Preguntas y respuestas

Parte 3



El Siglo de Cristo

Contacto y derechos de autor

El Siglo de Cristo

Braspenningstraat 88, 1827 JW Alkmaar, Países Bajos

Tel: 00 31 (0)728443852

E-mail: info@rulof.org

Página web: rulof.es

La ilustración en la portada de este libro es un dibujo de Rie Reinderhoff basado en las indicaciones para el diseño de cubierta que Rulof recibió de forma visionaria durante una de las noches informativas.

© 1937-2023, Stichting Geestelijk-Wetenschappelijk Genootschap “De Eeuw van Christus”, Países Bajos, todos los derechos reservados.

Preguntas y respuestas, Parte 3, 2023

ISBN 978-94-93165-58-8

Contenido

Contacto y derechos de autor	4
Palabras del editor	7
Lista de títulos	8
Comentario sobre los libros de Jozef Rulof	9
Lista de artículos	11
Jozef Rulof	15

1952

Noches informativas	21
Noche del jueves 27 de marzo de 1952	23
Noche del jueves 3 de abril de 1952	66
Noche del jueves 10 de abril de 1952	110
Noche del jueves 17 de abril de 1952	155
Noche del jueves 24 de abril de 1952	201
Noche del jueves 1 de mayo de 1952	244
Noche del jueves 8 de mayo de 1952	280
Noche del jueves 15 de mayo de 1952	324
Noche del jueves 12 de junio de 1952	372

Palabras del editor

Estimado lector, estimada lectora:

Este libro pertenece a la serie de veintisiete libros que entre 1933 y 1952 llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof. Estos libros son editados por la Fundación Círculo Científico Espiritual “El Siglo de Cristo”, que Jozef Rulof fundó con este fin en 1946. Como dirección de esta fundación garantizamos el texto original de los libros que ponemos ahora a tu disposición. En ese texto, los añadidos realizados por el editor se ponen entre corchetes (redondos), para distinguirlos del texto original.

También hemos publicado un comentario sobre los libros, que contiene 140 artículos. Consideramos la edición de los veintisiete libros y este comentario como un conjunto inseparable. En el caso de algunos pasajes de los libros, remitimos a los artículos en cuestión del comentario. Así, por ejemplo, (véase el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ en rulof.es) remite al artículo básico ‘Explicación a nivel del alma’, tal como se puede leer en la página web rulof.es.

Un saludo afectuoso,
La dirección de la Fundación El Siglo de Cristo
2023

Lista de títulos

Relación de los libros que llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof, en el orden en que se publicaron, ...

- Una mirada en el más allá (1933-1936)
- Aquellos que volvieron de la muerte (1937)
- El ciclo del alma (1938)
- Las enfermedades mentales contempladas desde el otro lado (1939-1945)
- El origen del universo (1939)
- Entre la vida y la muerte (1940)
- Los pueblos de la tierra contemplados por el otro lado (1941)
- Hacia la vida eterna a través de la Línea Grebbe (1942)
- Dones espirituales (1943)
- Las máscaras y los seres humanos (1948)
- Jeus de madre Crisje Parte 1 (1950)
- Jeus de madre Crisje Parte 2 (1951)
- Jeus de madre Crisje Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 1 (1949-1951)
- Preguntas y respuestas Parte 2 (1951-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 4 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 5 (1949-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 6 (1951)
- Conferencias Parte 1 (1949-1950)
- Conferencias Parte 2 (1950-1951)
- Conferencias Parte 3 (1951-1952)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 1 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 2 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 3 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 4 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 5 (1944-1950)

Comentario sobre los libros de Jozef Rulof

El prólogo a este comentario es:

Estimado lector, estimada lectora:

En este ‘Comentario sobre los libros de Jozef Rulof’ describimos en cuanto editores el núcleo de su óptica. Contestamos de esta manera a dos tipos de preguntas que se nos hicieron en años pasados sobre el contenido de estos libros.

En primer lugar están las preguntas sobre temas específicos, como por ejemplo la incineración y la eutanasia. Muchas veces, la información sobre semejantes asuntos está dispersa en los 27 libros, con en total más de 11.000 páginas. Por eso hemos juntado temáticamente pasajes relevantes de todos los libros, y los hemos resumido en un artículo cada uno.

La información dispersa se debe a la construcción de conocimientos en la serie de libros. En el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ distinguimos dos niveles en esta construcción de conocimientos: el pensamiento social por una parte, y las explicaciones a nivel del alma por otra. Para su primera explicación de muchos fenómenos, el autor se limitó a palabras y términos que pertenecían al pensamiento social de la primera mitad del siglo pasado. Por eso sintonizó con la visión de mundo de sus lectores de entonces.

Libro tras libro, el autor fue construyendo, paralelamente, el nivel del alma, con el alma como entidad central. Para explicar la vida a nivel del alma, introdujo palabras y conceptos nuevos. Con eso llegaron nuevas explicaciones que completaban la información sobre algunos temas de la ronda anterior.

La mayoría de las veces, sin embargo, las explicaciones a nivel del alma no completaba las primeras descripciones, sino que las reemplazaba. Así, por ejemplo, se puede hablar en terminología social sobre una “vida después de la muerte”, pero en el nivel del alma, la palabra “muerte” ha perdido todo significado. Según el autor, el alma no muere, sino que se desprende del cuerpo terrenal y entonces hace la transición a la siguiente fase en su evolución eterna.

La falta de familiaridad con la diferencia entre estos dos niveles de explicación conlleva un segundo tipo de preguntas sobre palabras y opiniones en los libros, sobre los que el pensamiento social actual ha cambiado en comparación con la primera mitad del siglo pasado. En este comentario, desarrollamos esos asuntos desde el nivel del alma. Así va quedando claro que palabras como por ejemplo “razas” o “psicopatía” ya no tienen relevancia en el nivel del alma. Estas palabras y las correspondientes opiniones se usaron

únicamente en esta serie de libros para acercarse al pensamiento social en el período en que surgieron estos libros, entre 1933 y 1952. Los pasajes con estas palabras pertenecen al espíritu de tiempo contemporáneo de los lectores y de ninguna manera representan la verdadera visión del escritor ni del editor.

No siempre queda claro a la hora de una lectura actual de los libros, porque el autor no suele mencionar de manera explícita en qué nivel de explicación se ha tratado el tema en un pasaje determinado. Por eso, como editores, en ciertos pasajes añadimos una referencia a un artículo relevante de este comentario. Ese artículo aclara entonces el asunto tratado en ese pasaje desde el nivel del alma, para iluminar la verdadera visión del autor acerca de ese tema. Por razones culturales históricas y espirituales científicas, en los 27 libros no hacemos cambios en las formulaciones originales del autor. Con motivo de la legibilidad, solo hemos adaptado la antigua ortografía del neerlandés. En la versión online de los libros en nuestra web rulof.nl, se pueden visualizar los cambios lingüísticos por oración.

Consideramos la edición de los 27 libros y este comentario como un conjunto inseparable. Por eso a partir de ahora remitimos en la tapa de cada libro y en las ‘Palabras del editor’ al comentario. Puede leer los 140 artículos de este comentario en nuestra web como páginas web por separado.

También los pasajes relevantes de todos los libros de Jozef Rulof en que hemos basado los artículos son una parte íntegra de este comentario. Estos pasajes se han reunido en forma de libro con los artículos en cuestión y están disponibles como las cuatro partes de ‘El libro de consulta sobre Jozef Rulof’, en la forma de libros de bolsillo y electrónicos. En nuestra web, en la parte de abajo de la mayoría de los artículos se ha incluido un enlace a otra página web con los textos fuente de ese artículo.

Con la edición de los 27 libros y este comentario aspiramos aportar algo a una comprensión fundada del verdadero mensaje del autor. Ya lo expresó Cristo al decir: “Ámense los unos a los otros”. Al nivel del alma, Jozef Rulof explica que se trata del amor universal que no se ocupa de la apariencia o de la personalidad de nuestro prójimo, sino que se centra en su núcleo más profundo, que Jozef llama “el alma” o “la vida”.

Un saludo afectuoso,

En nombre de la dirección de la Fundación El Siglo de Cristo,

Ludo Vrebos

11 de junio de 2020

Lista de artículos

El comentario consta de los siguientes 140 artículos:

Parte 1 Nuestro más allá

1. Nuestro más allá
2. Experiencia cercana a la muerte
3. Desdoblamiento corporal
4. Esferas en el más allá
5. Esferas de luz
6. Primera esfera de luz
7. Segunda esfera de luz
8. Tercera esfera de luz
9. Tierra Estival - cuarta esfera de luz
10. Quinta esfera de luz
11. Sexta esfera de luz
12. Séptima esfera de luz
13. Regiones mentales
14. Cielo
15. El otro lado
16. Esferas de los niños
17. La pradera
18. Morir como transición
19. Muerte
20. Espíritu y cuerpo espiritual
21. Incinerar o enterrar
22. Embalsamar
23. Donación de órganos y trasplantes
24. Aura
25. Cordón fluido
26. Eutanasia y suicidio
27. Muerte aparente
28. Espíritus en la tierra
29. Esferas tenebrosas
30. Tierra crepuscular
31. País de odio y pasión y violencia
32. Valle de dolor
33. Infierno

34. Dante y Doré
35. Ángeles
36. Lantos
37. Maestros
38. Alcar
39. Zelanus
40. Libros sobre el más allá

Parte 2 Nuestras reencarnaciones

41. Nuestras reencarnaciones
42. Recuerdos de vidas anteriores
43. Mundo de lo inconsciente
44. Predisposición y talento
45. Niños prodigio
46. Fobias y miedos
47. Sentimiento
48. Alma
49. Grados de los sentimientos
50. Material o espiritual
51. Subconsciente
52. Conciencia diurna
53. Del sentimiento al pensamiento
54. Plexo solar
55. Cerebro
56. Estrés e insomnio
57. Aprender a pensar
58. Pensamientos de otros
59. Qué sabemos con seguridad
60. Ciencia
61. Psicología
62. Científico espiritual
63. Verdad universal
64. Conexión de los sentimientos
65. Seres queridos de vidas anteriores
66. Parecido físico con nuestros padres
67. Carácter
68. Personalidad
69. Personalidades parciales
70. Voluntad
71. Autoconocimiento

72. Sócrates
73. Renacer para una tarea
74. Venry, sumo sacerdote renacido
75. Alonso pregunta por qué
76. Arrepentimiento y remordimiento
77. Enmendar
78. Renacido como Anthony van Dyck
79. Templo del alma
80. Libros sobre la reencarnación

Parte 3 Nuestra alma cósmica

81. Nuestra alma cósmica
82. Explicación a nivel del alma
83. No existen las razas
84. Grados de vida materiales
85. Ser humano o alma
86. Anti racismo y discriminación
87. Cosmología
88. Omnia Alma y Omnifuentes
89. Nuestras fuerzas básicas
90. División cósmica
91. Luna
92. Sol
93. Grados de vida cósmicos
94. Nuestras primeras vidas como células
95. Evolución en el agua
96. Evolución en la tierra
97. La equivocación de Darwin
98. Nuestra conciencia en Marte
99. Tierra
100. Bien y mal
101. Armonía
102. Karma
103. Causa y efecto
104. Libre albedrío
105. Justicia
106. Origen del mundo astral
107. Creador de luz
108. Cuarto grado de vida cósmico
109. Omnigrado

110. Animación de nuestro viaje cósmico

Parte 4 La Universidad de Cristo

111. La Universidad de Cristo

112. Moisés y los profetas

113. Autores de la Biblia

114. Dios

115. El primer sacerdote mago

116. El Antiguo Egipto

117. Pirámide de Giza

118. Jesucristo

119. Judas

120. Pilato

121. Caifás

122. Getsemaní y Gólgota

123. Apóstoles

124. Cuentos eclesiásticos

125. Evolución de la humanidad

126. Hitler

127. Pueblo judío

128. NSB y el nacionalsocialismo

129. Genocidio

130. Grados de amor

131. Almas gemelas

132. Maternidad y paternidad

133. Homosexualidad

134. Psicopatía

135. Demencia

136. La mediumnidad de Jozef Rulof

137. El Siglo de Cristo

138. Futuro luminoso

138. Instrumento de sanación definitivo

140. Aparato de voz directa

Jozef Rulof

Jozef Rulof (1898-1952) recibió un conocimiento universal sobre el más allá, la reencarnación, nuestra alma cósmica y Cristo.

Conocimiento procedentes del más allá

Cuando Jozef Rulof nació en 1898 en la localidad rural de 's-Heerenberg, en Holanda, su líder espiritual Alcar ya tenía grandes planes para él. En 1641, Alcar había hecho la transición al más allá, después de su última vida en la tierra como Anthony van Dyck. Desde entonces había ido construyendo un vasto conocimiento sobre la vida del ser humano en la tierra y en el más allá. Para llevar ese conocimiento a la tierra, quería desarrollar a Jozef hasta convertirlo en un médium escritor.

Después de que en 1922 Jozef se estableciera en La Haya como taxista, Alcar lo desarrolló primero hasta ser un médium sanador y pintor, para ir construyendo el trance necesario para recibir libros. Jozef recibió cientos de pinturas, y con su venta pudo controlar él mismo la edición de los libros.

Cuando Alcar comenzó en 1933 con la transmisión de su primer libro, 'Una mirada en el más allá', dejó que Jozef eligiera la profundidad del trance mediúmnico. Podría meter a Jozef en un sueño muy profundo y adoptar su cuerpo para escribir libros al margen de la conciencia del médium. Entonces Alcar podría usar a partir de la primera oración su propia selección de vocabulario para explicar al lector de ese tiempo cómo había llegado a conocer la realidad a nivel del alma, todo centrado en la vida eterna del alma humana.

Otra posibilidad era aplicar un trance más ligero, en el que el médium podía percibir lo que se escribía durante el proceso de escritura. Eso le permitiría a Jozef ir creciendo espiritualmente a la par que el conocimiento transmitido. Pero eso implicaría que la construcción del conocimiento en la serie de libros se sintonizara con el desarrollo espiritual del médium. Y así Alcar no podría ofrecer las explicaciones a nivel del alma antes de que también el médium hubiera llegado a ese punto.

Jozef optó por el trance más ligero. Eso hizo que Alcar estuviera un poco limitado en cuanto a las palabras que pudiera usar en los primeros libros. Hizo que lo experimentara Jozef al escribir la palabra "Jozef" mientras este estaba en trance. En ese mismo instante Jozef despertó del trance, porque sentía que lo llamaban. Para evitarlo, Alcar escogió el nombre "André" para describir las experiencias de Jozef en los libros. Alcar también cambió o eludió otros nombres y circunstancias en 'Una mirada en el más allá', para

que Jozef pudiera permanecer en trance. En este primer libro, el lector sí descubre, por ejemplo, que André estaba casado, pero no que esto hubiera ocurrido en 1923, ni que su mujer se llamara Anna.

Primero Alcar hizo vivir en carne propia a su médium todo lo que se describía en los libros, para mantener la armonía con los sentimientos de Jozef. Para eso Alcar lo hizo desdoblarse de su cuerpo, para que Jozef pudiera percibir por su cuenta los mundos espirituales del más allá. Los libros describen sus viajes conjuntos a través de las esferas tenebrosas y de luz. Jozef vio que después de su transición en la tierra el ser humano termina en la esfera que se corresponda a sus sentimientos.

En estado desdoblado también fue testigo de muchas transiciones en la tierra. Describiéndolas, se deja constancia en los libros de qué ocurre exactamente con el alma humana a la hora de la incineración, el entierro, el embalsamamiento, al eutanasia, el suicidio y el trasplante de órgano.

Jozef llega a conocer sus vidas pasadas

Alcar escogió el nombre “André” porque Jozef había usado ese nombre durante alguna vida pasada en Francia. Entonces André había sido un erudito, y la dedicación para examinar todo escrupulosamente podía ayudar a profundizar paso a paso el nivel de explicación de los libros.

De esta manera, en 1938 Jozef pudo recibir el libro ‘El ciclo del alma’ del maestro Zelanus, un discípulo de Alcar. En él, Zelanus describió sus vidas pasadas. Mostró así cómo todas sus experiencias en sus vidas pasadas habían ido construyendo finalmente sus sentimientos, y cómo gracias a ellas pudo percibir cada vez más cosas.

En 1940, Jozef se había desarrollado suficientemente para vivir el libro ‘Entre la vida y la muerte’. Así llegó a conocer a Dectar: su propia vida anterior como sacerdote del templo en el Antiguo Egipto. En los templos, Dectar había elevado mucho sus fuerzas espirituales, por lo que pudo vivir experiencias intensas en estado desdoblado, sin descuidar paralelamente su vida terrenal. Ahora hacían falta esas fuerzas para alcanzar el grado supremo de la mediumnidad: la conciencia cósmica.

Nuestra alma cósmica

En 1944, Jozef Rulof se había desarrollado como “André-Dectar” a tal punto que pudo vivir, junto con Alcar y Zelanus, viajes espirituales a través del cosmos. El conocimiento más elevado del más allá se trajo a la tierra en la serie de libros ‘La cosmología de Jozef Rulof’ por medio de las descripciones de esos viajes.

Fue cuando los maestros Alcar y Zelanus pudieron por fin describir la realidad como habían llegado a conocerla ellos mismos en tanto que verdad. Solo entonces pudieron usar palabras y conceptos que describen la esencia de nuestra alma, descubriendo así la esencia del ser humano.

En la cosmología, los maestros aclaran a nivel del alma de dónde provenimos y cómo comenzó nuestra evolución cósmica al escindirse nuestra alma de la Omnia Alma. Fue cuando André-Dectar llegó a conocer sus vidas pasadas en otros planetas, y el gigantesco camino de desarrollo que ha recorrido su alma para evolucionar desde una célula etérea en el primer planeta en el espacio hasta la vida en la tierra.

Además, visitó con los maestros los grados de vida cósmicos más elevados que nos esperan después de nuestras vidas terrenales. La cosmología describe hacia dónde vamos, y de qué manera son necesarias en este sentido nuestras vidas en la tierra. Arroja una luz cósmica sobre el sentido de nuestra vida y la esencia del ser humano como alma.

La Universidad de Cristo

Los maestros podían viajar por todos los grados cósmicos y transmitir este conocimiento definitivo, porque a ellos les ayudaba su orden de docentes. A esta orden se le llama “La Universidad de Cristo”, por ser Él el mentor de esta universidad.

Durante su vida en la tierra, Cristo no pudo transmitir este conocimiento, porque entonces la humanidad no estaba todavía lista para ello. A Cristo ya lo asesinaron por lo poco que pudo decir. Pero sabía que su orden traería este conocimiento a la tierra desde el momento en que pudiera nacer un médium al que ya no se le ejecutaría por hacerlo.

Ese médium fue Jozef Rulof, y los libros que recibió anunciaron el comienzo de una nueva era: “El Siglo de Cristo”. Cristo mismo había tenido que limitarse a la esencia de su mensaje: el amor desinteresado. En el Siglo de Cristo, Sus discípulos podían explicar punto por punto, por medio de Jozef Rulof, cómo al dar amor universal nos elevamos a nosotros mismos en cuanto a nuestros sentimientos, alcanzando así esferas de luz más elevadas y grados de vida cósmicos.

Jozef fundó en 1946 la Fundación El Siglo de Cristo por encargo de sus maestros, para administrar los libros y las pinturas. En ese mismo año, viajó a Estados Unidos para dar a conocer allí los conocimientos que había recibido, en colaboración con sus hermanos emigrados. Al igual que en Holanda, ofreció conferencias en trance y demostraciones de pintura.

De vuelta en Holanda se encargó también durante años de noches informativas —además de ofrecer cientos de conferencias en trance—, para

contestar las preguntas de los lectores de los libros. En 1950, el maestro Zelanus pudo escribir, sin interrumpir el trance, la biografía de Jozef con el título de 'Jeus de madre Crisje', bajo el nombre de "Jozef" y el nombre de su juventud, "Jeus".

Los maestros sabían que la humanidad no aceptaría todavía la Universidad de Cristo, a pesar de todos los conocimientos transmitidos y los esfuerzos de Jozef. La ciencia solo aceptará una prueba de la vida después de la muerte si esta se establece sin un médium humano, para que se pueda excluir la influencia de la personalidad del médium.

Esta prueba se ofrecerá por medio de lo que los maestros llaman el "aparato de voz directa". Predicen que este instrumento técnico traerá una comunicación directa entre el ser humano en la tierra y los maestros de la luz. En ese momento, Jozef y los demás maestros podrán hablar al mundo desde el más allá, y podrán dar a la humanidad la felicidad de la certeza de que en cuanto almas cósmicas vivimos eternamente.

Jozef hizo la transición al más allá en 1952. El maestro Zelanus ya había mencionado al final de su libro 'Dones espirituales' que Jozef y los maestros ya no se dirigirían a los médiums humanos después de la transición de Jozef, porque el conocimiento definitivo desde el más allá ya se puede encontrar en los libros que se le concedió recibir a Jozef durante su vida terrenal.

1952

Noches informativas

celebradas en el edificio

Ken U Zelven (Conócete a ti mismo)

De Ruijterstraat 41, en La Haya

del 27 de marzo al 12 de junio de 1952

por Jozef Rulof

Noche del jueves 27 de marzo de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

—Buenas noches.

—Tengo aquí una bonita tarjeta postal que alguien me ha enviado, con el molino de Zeddam, no el que está junto al (río holandés) Vliet, ya lo oyen, nosotros también tenemos uno en nuestra casa, en el campo.

¿Quién quiere esta bonita tarjeta? ¿De quién es esta hermosa tarjeta?
¿Quién estuvo en Zeddam?

¿Estuvo usted allí, señora?

(Señora en la sala):

—Sí.

—¿Ha visto usted la calle Montferlandseweg y la Zwartekolkseweg y (la comarca de) Montferland y los árboles y también la cabaña de Sint de Tien?
¿Ha visto el cementerio de los judíos? Pues está justo al lado.

(Entra alguien).

Buenas noches, señora.

Se la agradezco de corazón. Me la llevaré conmigo y se la mandaré al médico aquel que juega tan bien al billar, así se puede ver a sí mismo. ¿Le parece bien?

(Señora en la sala):

—Sí, sin problema.

—Bien.

Señoras y señores, tengo aquí ‘Una mirada en el más allá’, de la semana pasada, una página, ya ven, no me he olvidado, señora, la 174. (Debido a las diversas ediciones de este libro es inevitable que haya un desfase en la numeración de las páginas. Puede usted encontrar este fragmento en el capítulo 8. ‘La verdadera clarividencia y el peligro de ver’). “Pero cuando hubieron crucificado a Cristo, se desgarró por encima del Gólgota la masa de nubes negras formada por los pensamientos tenebrosos, malos, del ser humano, y en el cielo se manifestó la sagrada luz de Dios.

Esto también consta así a grandes rasgos en la Biblia.

Mi pregunta es esta: ¿es posible que estos pensamientos malos sean tan compactos que puedan percibirse con el ojo material, tal como ha debido ser el caso en el Gólgota?”.

Señora, esa masa de nubes del espacio, no tuvo nada que ver con los pensamientos humanos. Cuando Cristo retiró Su luz de este mundo, cuando le privó de ella, este universo se oscureció; y eso es lo que pasó. Es cuando de pronto hubo un terremoto; ocurrió. Y Él había hecho esa predicción. Y si

usted... Y eso también es para nosotros. Demuestra que si a lo divino espacial le privamos de nuestra luz, y lo oscurecemos, entonces hay algo nuestro que falta en ese amor divino, espiritual, espacial, verdadero, justo, armonioso, amoroso; paternidad y maternidad, alma, espíritu y vida. ¿Es así? Sucedió.

(Jozef continúa leyendo):

“Página 177 (capítulo 9: ‘Magia negra’): Los espíritus de un orden inferior no tienen una voluntad o existencia propias...”. Esto se dice en relación con la magia negra. “Pregunta: Esta voluntad ¿queda anulada por una mala conducta? Y ¿cuánto tiempo durará eso?”.

Esa voluntad del ser humano queda anulada para el bien; así es como tiene que leerlo usted. A esa gente ya no le queda voluntad —se trataba de otra cosa— para el bien; esa voluntad queda anulada, esa voluntad ha sido matada, ahogada, esa voluntad ha sido mancillada, vilipendiada, violada, esa voluntad ha sido completamente deformada —ya pueden ir sacando el diccionario— respecto a la verdad, la benevolencia, lo amoroso, la amistad, la hermandad, el amor entre hermanas, el amor paternal, el cumplimiento del deber, la verdad. ¿Pues? Y así podemos seguir.

(Una señora dice algo).

¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—La abnegación.

—Y también eso, señora, claro. Todo eso ha desaparecido de esa voluntad, de esa voluntad humana, se ha disuelto en las tinieblas, en el odio, la pasión y la violencia, la destrucción, la mancilla, la violación y más. Esa es la otra cara.

¿Comprende?

Tengo aquí también de usted: “‘Una mirada en el más allá’, parte 1, página 225: ‘No olvides rezar por el infeliz que dentro de poco llegará aquí’”. Esto es referido al hombre que iba a ser incinerado. “Pregunta: Pero no podemos hacer nada por los demás, ¿no? ¿Tenemos que hacerlo todo nosotros mismos, ¿verdad?”.

Es lo que les hemos enseñado, pero el maestro Alcar —así se lo he dicho muchas veces— ha escrito ‘Una mirada en el más allá’ conforme a nuestros pensamientos y sentimientos humanos, materiales, terrenales, sociales. O sea, todavía no de forma espiritual, ni desde un punto de vista espacial o divino, sino siguiendo las cosas de forma corriente y moliente, de modo humano. Y ahora, sin embargo, rezamos, es decir: nos sintonizamos con el ser humano, y con su interior, para que mediante nuestros buenos pensamientos —puede ser una oración— llegue a vivir, a pensar de otra manera.

¿Ha quedado claro? ¿Esto también? Estupendo.

(Jozef continúa leyendo):

Página 214 (capítulo 10: ‘La incineración y el entierro’): Hay dos esferas

de purificación; una linda con las esferas de luz y la otra con las regiones tenebrosas. Pregunta: Esas dos tierras crepusculares ¿también son colindantes?

Pues... Entre Róterdam y La Haya, señora, hay un largo camino, hay ríos, y si usted no recorre ese camino y se va allí a la izquierda, por el prado, se meterá en unas marismas y acequias, y de pronto se verá sumergida, sin asidero alguno, sin la más mínima luz. Y esa lucecita dentro de nosotros nos va elevando desde las esferas más bajas. Y entonces hay un reino de las esferas sintonizado con el país de odio, o sea, es cuando estamos justo fuera de ese odio, de esa pasión, y cuando después nos vamos elevando, aparecerá un mundo de las esferas, un estado nebuloso, que nos conducirá, a su vez, a pensamientos y sentimientos más elevados. Porque aquellos junto a ese país de odio..., es un mundo con un color como de café (marrón), es una esfera de una luz parduzca, tenebrosa, negra no es, no existe la luz negra, sino que es un estado oscuro, donde ya no hay ninguna lucecita, nada, ni una brizna de hierba, una llanura árida, árida, vacía, pelada, con montañas y valles.

Pero llegará usted a ese país de las esferas: donde linda con la primera esfera, allí volverá a ver de esos brotes minúsculos de hierba. Pero no hay primavera, no hay verano, no hay pajaritos, no se oye su trino, señora. No llegará a ver allí el sentimiento de esa gente —la cordialidad— que la conduce directamente hacia arriba, y que da algo de calor; allá todavía gruñen y dan patadas y pegan. Pero si usted sigue haciendo aquello con palabras, aún no está atada a eso; aunque ya esté atada a los gruñidos y los golpes, porque al fin y al cabo es usted misma. Pero allí aún todavía no se puede ver ninguna brizna, ninguna vida, y esa tierra linda con... es cuando se llama tierra crepuscular, allí ya hay un crepúsculo —acabo de decírselo—, allí abajo hay tinieblas, pero empieza a clarear y el ser humano va despertando poco a poco. Allí, sin embargo, permanecen durante dos mil años, tres mil, diez mil; puede usted conseguir salir de allí en cinco años. Hay quienes son, sin embargo, de un acero tan tremendo, tan duros, y el alma humana es mucho más dura, un trozo de acero todavía se puede fundir, pero el carácter humano no. Porque cuando el ser humano dice: “No me da la real gana”, entonces ya no se puede hacer nada, nos quedamos impotentes.

Hay alguien por allí que acaba de decirme: “Aparecen un cura y un capellán y resulta que he asistido a una conferencia en (la sala) Diligentia, y viene ese tipo y dice: ‘Y ese hombre, ¿qué respaldo tiene? ¿Por qué le vas a ir a entregar tu buen florín holandés, a semejante diablo?’. Y esa mujer entra al trapo y deja de hablar más de un mes al padre de cinco hijos y dice: ‘Mejor lárgate y por mí que te parta un rayo’. ¿Lo ve? Todavía vivimos en eso. Esa gente sigue siendo poderosa y fuerte. Pero te da un vuelco al corazón cuando una madre le dice al padre de sus hijos: ‘Que te parta un rayo’. Entonces te entran ganas de..., ¿no? Y esas personas luchan por un poco de conciencia, y son cordiales

y conscientes, pero están por medio el señor cura y el señor capellán, y estos no logran desprenderse de esa condena. Pues, sí, allí es donde estamos ahora. Es para llorar y no parar de llorar; pero por mucho que lo hagas, no sirve de nada. Durante cuatro semanas el ser humano es incapaz de hablar. ¿No dan ganas de azotarles bien a esos dos, da igual quiénes sean, hasta sacarles eso? Pero entonces nos pegamos a nosotros mismos. Y eso en una sociedad...

Pues, esto no es nada todavía; hay inocentes que tienen que ir a la cárcel, cinco, seis o diez años, gente; hay inocentes que son fusilados. Y ¿qué? Y ¿qué? La sociedad se ríe de un ser humano. Seguimos siendo carne de cañón, si ustedes mismos así lo quieren. “Aunque para bailar faltan dos”, eso no lo dicen allí en el otro lado, sino: “si bailo, ya bailaré por mi cuenta”.

Esta noche de verdad que estoy de mala uva, mejor ténganlo presente. Lo que estoy haciendo ahora, señoras y señores, es analizar sus preguntas. Ahora las copio yo mismo. La señora que se ocupaba de ello (la señora C.C.M. Bruning trabajó en la confección de ‘Preguntas y respuestas’, parte 1) me dice: “Ya me las puedes dar a mí, así por lo menos vamos avanzando”. Escuchen lo que contienen —madre mía, a ver cuándo tendremos el dinero para publicarlas—, sus propias preguntas, señoras y señores, están allí. Escuchen lo que se diga aquí; así ya no necesitarán nada cuando las lean más adelante. Y por eso estoy tan de mal uva, ¿entienden? No, esta noche no habrá risas. De verdad que no. Eso está en el ser humano. A veces la realidad lo deja a uno... Entonces ya me gustaría que la historia de ese hombre ... ya me hace estallar, por dentro. Ese hombre me inspira verdadera compasión, me da pena; ¿cómo es posible que una madre, una madre con hijos, una madre, sea así? Es que dan ganas de... Pues, sí, ¿ahora qué? Pues a colgarlos. Señora, ¿por qué no lo intenta con una faldita bonita, con unas flores?

(A alguien en la sala):

Oiga, ¿cómo dijo?

(Señora en la sala):

—... con dinerito, sí.

—El dinerito ahora nos da igual. Mire, esa maldita voluntad humana se niega. Con Dios tienen... Tienen un Dios, tienen un Padre, van a la iglesia, rezan, se confiesan y comulgan y ponen a Nuestro Señor en sus lengüitas. Pero antes, cuando tenía ocho años, yo decía: “Pero eso lo fabrican ellos mismos, no es más que de harina. Eso se puede hornear”.

Y entonces decía Crisje: “Pero ¡Jeus!”.

Y yo: “Nada de “pero Jeus”, eso se compra en la panadería, allí te dan una bolsa entera por cuatro centavos, pero eso no es Nuestro Señor, ya te gustaría”.

Ya ayudaré un momento a ese hombre; señor, los dejamos que nos peguen, ¿no?

“Son dulces de harina horneada, y los venden como si fueran Nuestro Señor”.

Esta historia ya se la he ofrecido alguna vez, señor. Hay más personas que lo han hecho, no se crea, no solo yo. Lo ha leído en la segunda parte de ‘Jeus’, ¿verdad que sí? Fue cuando apalabramos entre los tres —sí, ya volveré con usted—, fue cuando entre los tres apalabramos: pues, a ver, muérdelo. Digo: “Ahora quiero saberlo”. Y nosotros que primero nos ponemos a rezar allí, a confesar, adiós pecados; pero eso de sisar yo no lo había dicho, claro. Digo: “He robado un par de peras, señor cura, y he...”. Pues, sí, dije unas cuantas cosas; claro, eso no está permitido. Pienso: ‘Sí, voy a contarle todo aquí. Pues entonces esto también’. Y a la mañana siguiente mi amigo que va allí, fue allí y este... Pienso: ‘Farsante, no te atreves’; y es que no se atrevió. Y después yo. Y me coloqué a Nuestro Señor entre las muelas, pienso: ‘Ahora la iglesia entera se viene abajo’. Y entonces oí: “Desgraciado, ladrón, canalla”, de todo. Pienso: ‘Santo cielo, ¿qué pasa aquí?’. Y yo sentado, sentado, pensando: ‘Soy culpable ante toda esa gente, porque, claro, se van a caer muertos, la iglesia entera se les va a venir encima’. Pero ¡no pasó nada! El gallo aún estaba cantando cuando salí de la iglesia; pero medio año después seguía atado a eso, de puro miedo. Ya no conseguía dormir. A cada instante oía: “Maldito granuja, has masticado Mi vida”. Y entonces le dije a mamá: “¿Tuvo mucho dolor Nuestro Señor?”.

Y “Claro” que dice Crisje, “normal. Lo clavaron en la cruz”.

Pienso: ‘Ah, tiene razón. Por estar Él entre mis dientes eso ni siquiera lo va a sentir, porque allá le dieron mucho más’.

Pero allí está. Medio año después, señoras y señores, seguía anclado al miedo, pienso: ‘Imagínate, cuando sea un poco mayor, voy a irme directamente al gallinero de Nuestro Señor’.

Y esa gente allí dice, ahora todavía como madres y padres de niños: “Calla, no te estoy hablando a ti”. Eso es incluso peor. A ver, muérdele a Nuestro Señor. Atrévete a meter un bocado, y Él te dirá: “Oye, espera un poco”, y podrán oírse los llantos a gritos del espacio; pero no hay ningún llanto, porque contiene los sacos de harina”. Eso díselo al señor cura, se asustará, y no volverá nunca más.

Si los católicos les molestan llamando a la puerta... A mí también me vino a ver uno, señor, le digo: “Señor, soy Jozef Rulof”.

“Vaya, vaya, vaya”, dice, “pues entonces me largo de aquí”.

Digo: “Gracias a Dios, ¡fuera!”.

Y esas personas, señora, siguen mordiendo la hostia sagrada en la tierra crepuscular. Porque los católicos de allí también lo hacen y están buscando a Nuestro Señor, no lo encuentran y no vienen a la primera esfera, porque tienen que espiritualizar esa voluntad, hacerse más blandos, más hermosos.

Sí, sí, ya dirán ustedes: ¿Y usted qué tiene que ver con eso?

¿Qué hace mirando así, señor?

(Inaudible).

Bueno, pues adelante, ¿no?

Ah, sí, aquí le dije al señor...

¿Qué dije?

(Señor en la sala):

—“Me hacen disfrutar”.

—Ah, él... te hacen disfrutar, qué gusto cuando las...

(Jozef sigue leyendo):

“Un espíritu que vaya directamente desde la tierra a la tercera o cuarta esfera”, mmm, pues ya es uno, “apenas sentirá nada de la incineración; aun así, a su llegada les faltará algo en una esfera y padecerán las molestias. ¿Cuánto tiempo durarán estas?”.

—Sé a lo que se refiere. La incineración no le provocará molestias en la medida en que usted tenga sensibilidad en el espíritu, en cuanto a sentimiento y amor. Eso se lo he explicado hace poco; esa fuerza del cadáver, o sea, la tierra, la sustancia para la tierra que usted pisará en el otro lado, solo la podrá acoger usted una millonésima parte de un segundo, ahora, y no le hará nada. Y ¿por qué no?

Y ¿por qué no? ¿Quién de ustedes? También lo podrán leer por la noche en los libros: ¿son suyos? “No señora”, pone. Y Jozef dice: “No, señor, usted sí estaba, pero se equivoca de cabo a rabo”. Así es como dice.

Y ¿por qué, señora, puede captar usted eso, así de repente? ¿Quién de ustedes? ¿Nadie?

(Señora en la sala):

—... ha perdido sentimientos terrenales.

—¿Porque usted...?

(Señora en la sala):

—... ha perdido sentimientos terrenales.

—Porque usted ha perdido sus sentimientos terrenales, desde luego, señora. No, porque ahora usted tiene una conciencia espiritual. Y esa conciencia succiona todo hacia usted. Así que ha perdido usted la tierra. Pero su amor... el ser humano que ama es indestructible y es imposible someterle a un choque.

El ser humano con sentimientos espaciales de pronto se encuentra ante un estado cuando se dice: “No, no me atrevo a decirlo”.

Digo: “Déjame que resuelva un momento ese trabajito”. Alguien se había muerto.

“Ja, ja, wu, wu, wu, ahora al padre y a la madre los tenemos que...”.

Digo: “Déjame que lo haga yo, señor”. Pues yo para allá. Digo: “Señora,

¿está feliz?”.

“Sí, señor, todo va bien”.

“Bien, señora”. Digo: “Imagínese ahora que de repente le trajeran un mensaje, señora, que fuera acompañado de un poco de desgracia y que alguien se pusiera a prepararla a usted: ese ser humano salta al agua, pero aun así vuelve a salir. Ese ser humano quería colgarse y alguien cortó la soga. Pero otra persona de pronto fue arrollada por un tranvía y entonces todo se detuvo, y allí estaba nuestra felicidad, arrollada, entonces uno sí que se asusta. Pero la muerte no es morirse. La muerte es evolución”.

“¿Ha muerto mi marido?”.

Digo: “Sí, señora, está tranquilamente dormido, en la cama, pero mejor no se asuste porque la muerte es evolución. Ha sufrido un accidente. Otra persona no se atrevió a decírselo a usted y me envían a mí a verla”. Pero, bueno, me lo había quitado de encima.

Y ella que se pone a pensar. Digo: “Así va bien, señora. Tranquila, no se altere. Mejor hágase un café bien cargado”.

“Usted al menos lo comprende, señor Rulof”.

Digo: “Sí, señora. ¿Es que usted me conoce?”.

“Sí, mi hijo lee sus libros”.

“Sí, señora”.

“Pero yo no quería meterme con ellos”.

Digo: “Y ahora tendrá que hacerlo de todas formas, ¿verdad? ¿No se está derrumbando ya, señora?”. Digo: “No lo haga, porque lo volverá a ver”.

“Qué alegría verlo a usted, porque nunca me lo creí, pensé que sería usted un hombre así y así...”.

Digo: “No, señora, solo tengo cuarenta años”. Y sí que se asustó un poco. Pero imagínense que lo hubiera hecho él.

La madre se mantuvo entera, se fue tranquilamente al hospital, habló un poco con papá y entonces se despidió, y dijo: “Y ahora yo también voy a leer libros”. Porque ahora ya le gustaría volver a verlo en ese canalito entre La Haya y Colonia, en ese tramito. Sí.

¿Tenía usted alguna cosa más?

¿De dónde viene eso de repente? Sale a borbotones, así, sin más. Estoy leyendo aquello y resulta que aflora esto. ¿Cómo es posible, verdad?

Ah, sí, me quedé por aquí, señora. Así que ese choque que vive el ser humano en la materia, y que tiene amor... Otra persona se derrumbaría para esta vida y no haría más que llorar y llorar, y está emocionada y lágrimas y más lágrimas, pero el ser humano que tiene la primera esfera y que tiene amor dice... Y eso también lo sabrá decir el católico y el protestante cuando sean adultos y tengan de verdad a ese Dios.

¿Leyó aquello de Crisje? Treinta y nueve años, se nos fue Hendrik el Lar-

go, y allí se quedó Crisje con siete críos. “Bueno”, dice Crisje, “lo que haga Nuestro Señor bien hecho estará”.

Pienso: ‘¿Cómo es posible? ¿Quién es capaz de eso?’. Y entonces empezó todo. Pudieron leer en la segunda parte: Oye, Largo, traete un buen hueso para el domingo, para la sopa de los chicos, porque ya tienen qué comer. Pero no eres capaz de hacerlo, Largo, solo de tocar violines hasta destrozarlos, aunque eso ahora no nos sirve de nada. Pero no eres capaz de traer un buen cacho de hueso para los niños y Crisje. Los ‘drudels’ con tanto tocar el violín, Largo.

Con catorce años me reí del Largo en plena cara cuando vino del otro lado, y de vuelta, digo: “Toca un poco más, pero a mamá no le sirve de nada tanto tocar, eso de rasgar las cuerdas”.

Porque entonces ya podía yo con él, claro, entonces podía con él. Para mí ese enorme Largo ya no era más que una gallina. Pero los huevos le importaban un huevo: en la tierra para eso no iba más que pisando huevos. Y detrás del ataúd dijo: “Jesús, ahora sé en qué mundo mirabas”. Digo: “Sí, si te lo hubieran dicho antes de ese tiempo, entonces no serían más que majaderías”.

Todo no son más que majaderías, el amor de un ser humano son majaderías. Da igual que ese hombre diga “Mujer, yo soy el padre de los hijos”, no son más que majaderías, a la porra.

Bien. Y si usted lo es y lo tiene, señora, no podrá encajar de pronto esos millones de leyes y fuerzas como un choque: entonces estará ante su nimio e insignificante yo y las polillas espirituales harán trizas su túnica.

Pero, a ver, ¿de qué estamos hablando esta noche?

Todo eso lo saco de las noches que estamos viviendo ahora.

Es la sagrada seriedad, señora, créaselo sin problema.

(Jozef continúa leyendo):

“Página 209: Se le oía gritar al ser humano que iba a ser incinerado: ‘¡Verdugos, asesinos!’”. Sí, señora. “Pero así lo había determinado él mismo, ¿no?”. Sí, claro. “Mi única respuesta a esto podría ser que él no sabía que había muerto. ¿Es así? Pero añadió: ‘Eso es honrarle a alguien?’”.

(Jozef dice):

Ese hombre, ese músico al que estaban incinerando en ‘Una mirada en el más allá’, señora, veía que lo iban a quemar vivo. Y eso lo ve cualquier persona a la que incineren viva, o muerta, porque el ser humano está atado a su organismo si tiene esa sintonización.

Si es usted rudo, bruto, y pega y arrastra al ser humano por la vida cogido por los pelos, y lo viola, y todas esas cosas más, entonces se queda atado a ese cuerpo de nada, porque entonces carecerá usted de luz. Y no estará desprendido así, sin más, de ese organismo, eso va poco a poco. Es como se viviera la experiencia de la sombra de un verdadera proceso de putrefacción para el

suicidio. Porque toda esa desintegración y destrucción los conduce a ese gran acto, esa gran voluntad: el suicidio. Y ¿cuántas de esas cositas para la desintegración, pequeñas y grandes, no tenemos en nuestra alma, en nuestra cabeza, en nuestro espíritu, verdad? Entonces casi ya están suicidándose, porque ya lo han hecho cien mil veces con su vida interior. Y todo eso son chispas que salen despedidas de su alma, que salen de su personalidad, y son estas las que los quiebran a ustedes detrás del ataúd. Y naturalmente, por la incineración; y entonces les tocará gritar y sufrir, y dirán: “¡Malditos canallas, que nadie toque mi cuerpo, asesinos!”. Pero lo quisieron ustedes mismos. Eso es la incineración.

(Señora en la sala):

—... eso lo quisieron ellos mismos...

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—... pues que lo quisieron ellos mismos, lo determinaron ellos mismos, ¿no?

—Sí, pero yo lo quise; aunque, claro, si usted luego no sabe cómo es esa ley...

Hubo uno que anhelaba convertirse en boxeador.

Y viene otro que le dice: “Bien, pues ven, te lo enseñaré”, y entonces comenzaron y lo pegaron y a la primera de cambio le ponen el ojo morado.

Y dice: “Pero no es eso lo que quería”.

Y dice el otro: “Pues no haberte puesto a hacer boxeo”.

Y así hay miles de ejemplos en la vida.

Otro que quería aprender idiomas, se metió con dieciséis. Y dice la madre: “Ojalá hubiera sido panadero”. Con el decimoséptimo terminó en Rosenberg (centro psiquiátrico en La Haya). Y allí sigue. Esa mujer vino a verme: “¿Puede hacer algo por él?”.

Digo: “No, señora”, ese de más le costó el cuello. Dieciséis idiomas. ¿Qué quiere hacer alguien con dieciséis idiomas? Es la locura de la soberbia.

Aprenda a amar, señora. Aprenda a estar en armonía con lo infinito y con este lugar de aquí. De eso hablamos en ese libro: ¿es usted vaga, es usted sucia, es usted comodona, es usted chapucera, una destripadora, una dilapidadora? Señora, ponga entonces primero los correspondientes pequeños fundamentos y haga que entre en armonía con su casa, su marido, sus hijos; son, pues, los pequeños fundamentos espirituales para ir elevándose.

Aprender idiomas, dedicarse al arte y dejar, como pintor, que se muera de hambre su mujer, es el mayor asesinato que hay, y el más profundo. ¿No es así? Y si le parece bien, bueno, pues dedíquense los dos al arte, pero no molesten a otra vida con eso. Hay gente que se dedica al arte, mire el lío que arman, pero se empeñan en tener arte. Bien, pues lo tienen; pero comida,

ninguna. Vaya, vaya, ja, ja, no me hagan reír; ocho mil deudas, aquí van al paro, pero son artistas, eso sí. Anda ya, señor.

Se lo he contado. Viene a verme un artista: “Señor Rulof”, me tocaba tratar a alguien, “venga a ver, por favor. ¿Qué le parece mi arte?”.

Digo: “Sí, señor”. Vi sesenta, ni uno acabado. La mujer al lado, tres hijos, los chicos con los ojos así. Pienso: estos tienen hambre. Y a él no hacía falta que se lo preguntara porque estaba así. Y ella así. Digo: “Vaya”. Digo: “Señor, ¿puedo decirle algo?”.

“Ah, sí, claro. ¿Le gustan?”.

Digo: “No es eso, para nada, señor. Pero no están terminados”. Digo: “Acabe uno solo y arrégleselas para conseguir dinero por eso, porque esa mujer tiene hambre”.

“¿No te lo dije, Hendrik?”, dice ella, “Pero entonces me echas de casa a patadas y dices: ‘Me destrozas la inspiración’. Sí”, dice, “sí”.

Igual que ese hombre que estaba toda la mañana dándole al piano. Ya empezaba a las nueve de la mañana. Y no hacía más que golpetear el teclado, los vecinos se volvían locos. A él le daba igual, tocaba y punto. Tenía que soltar los dedos porque por la noche tenía que tocar. Pues nada. Sí, solo daba clases, pero lo de la noche se volvió a suspender una vez más, tenía que dar clases. Porque, claro, tenía que mantener los dedos ágiles. ¡Su arte!

Ella ya le había dicho cuatro veces: “Pero, hombre...”.

“¡Déjame en paz!”. Y la echaba del estudio donde tenía el piano.

Al mediodía aparece el señor: “¿Está lista la comida?”.

Va ella y dice: “No”. No dijo “come”, sino: “Tú trágate esas teclas, porque lo que quise preguntarte es: ‘¿Qué vamos a comer hoy?’, pero ahora ya es demasiado tarde”.

(Risas).

Y entonces dice: “¿Y eso es duro, señor Rulof? Que yo no dijera “come” sino “trágate”.

Digo: “No, señora, tendría que haberle... no, no podría haberle dado una boñiga, tendría que haberlo mandado al prado y haberle dicho: ‘Hombre, por el amor de Dios, tráete por lo menos un saco de hierba, así hoy por lo menos comemos un poco de verde. Pero ¿qué dinero has ganado?’

‘Ah, sí, a ver un momento, ¿dónde está mi cartera?’”, dice.

“Nunca la tuviste, marido. Si la tuvieras metida en el bolsillo yo también lo sabría”.

Y va él y dice: “Bueno, pues entonces vete a pedirlo prestado, el de la tienda ya te dará algo y el carnicero también”.

Y contesta ella: “Allí tenemos deudas por cuatrocientos florines. ¿Qué vamos a hacer?”.

Vaya, vaya, vaya, y él que se puso a decir improprios cuando el ayuntamiento lo echó de la casa. Y que el casero era un canalla y que era un estafador, que era un casero abusivo. Sí, sí, que él le hacía falta al casero. Ese casero dijo algo muy sencillo, pero el ser humano de la ciudad no lo entiende. Él dijo: “Yo también tengo que comer, no tengo que ver con su arte, tampoco puedo comer de eso y usted para nada, porque ya lo veo, es un cadáver andante”.

¿No es así, señor? Ah. Sí.

Todo eso está en esas noches que hemos tenido aquí. Le cuento exactamente lo que hemos vivido. ¿Le divierte? Es la verdad. Sí. Hágase usted también pintora, señora. Váyase a fregar suelos, váyase a ayudar algún día a los locos en el manicomio. Señora, ese es el arte más hermoso que hay. El hospital.

(Señora en la sala):

—No quieren tenerme.

—“Váyase de puerta en puerta”, dijo alguien, “y hable de Jehová”. Pero yo no hace falta que lo haga, porque ya no lo aceptamos. Y ahora todo depende de: ¿cómo soy de verdad? ¿Cuándo apareceré con piedrecitas? ¿Cuándo voy a poner pequeños fundamentos para otros miles y miles y miles de cosas? ¿Cuándo estaré en armonía con mi casa, con mi gente, con la sociedad? Sous les étoiles de París; ¿cómo se llama? Bonjour, monsieur. Oui.

(Una señora dice algo).

Sí, también sé decirlo en francés, señora.

(Risotadas).

Y en ruso. Vaya, esta noche los hago reír y todo, y yo que quería que no se rieran. Digo: me voy a poner serio de verdad aquí. De tal palo tal astilla, y entonces la rama se va hacia la derecha y la izquierda, pero la cosa está en la tierra, por dentro.

Seguimos. “Página 209 (capítulo 10, ‘Incineración y entierro’): Se oía al ser humano que estaba siendo incinerado...”, eso se lo he contado. “¿Es eso honrarle a alguien?”.

No, señora, así no se honra a nadie. Si el ser humano quiere ser incinerado, pues que aguante esas desgracias. ¿Qué le parece? ¿Qué dice, madre? Y si eso tanto le divierte, esa higiene...

Aquí en La Haya tienen “Morti Mata Mutu”, ¿ya lo leyeron alguna vez en el periódico? “Déjese incinerar porque nosotros nos encargaremos de usted”. Y no saben lo que dicen.

Sí, hubo alguien que llamó a la puerta, dice: “Ah, es esta la casa de Rulof? Ese tipo nos deja sin comer, porque esa gente se ha inscrito para hacerse incinerar y cuando llegamos a ese punto resulta que lo han cambiado. Porque se hacen enviar a Eykenduynen (un cementerio en La Haya). Eso es culpa suya, señor”.

Digo: “No tiene qué comer, señor?”. Digo: “Señor, pues a ver si consigue un poco de pan con algo encima. Pero yo no se lo voy a dar”. Sí, me siguen por las calles y dicen: “Maldito ladrón, nos has quitado el pan de la boca, porque no quieres que nosotros incineremos a la gente”.

Digo: “Bueno, pues entonces insúltame, me da igual”. Eso también lo carga mi conciencia.

Y vuelven los enterradores: “Gracias a Dios que sigue estando usted, señor Rulof, porque luego tendremos...”.

(Risotadas).

Me ha visitado el señor Innemee, dice: “Señor Rulof, quiere participar en las ganancias?”.

Digo: “Bueno, pues dame el veinticuatro...”.

(Risas).

Le digo al señor Innemee: “Bueno, pues dame el veinticuatro por ciento, así por lo menos podré publicar mis libros sobre la vida y la muerte, y así haré publicidad del antiguo y nuevo cementerio de Eykenduynen”. Digo: “Ese laboratorio suyo allí va a ser afamado, tienen que decorarlo de rojo, blanco y azul, así sabrán exactamente que también representamos los colores nacionales holandeses”.

Y entonces dijo Innemee: “Te compensaré, te daré diez florines por cada ataúd”.

Digo: “Gracias”.

Pero todavía no los he visto a fecha de hoy.

(Risas).

Siempre me timan. Eso dijo Charlotte Köhler (actriz holandesa, 1892-1977). ¿La ha visto, Piggelmee, esa película? “Claro que sí”, y ella que se hace intelectual, “Pero, vaya, siempre nos timan”.

(Jozef habla de manera afectada).

Quiso decirlo bonito. Eso yo también lo hago siempre.

Vuelve a reír. Y yo que quería venir aquí esta noche con mala uva, y henos aquí otra vez tronchándonos de la risa y burlándonos y con risitas. No quería hacerles reír. Pero, ¿por qué se ríen?

Señor, ¿usted también se ríe? ¿No, verdad?

(Señor en la sala):

—Es sano.

—¿Es una risa sana? ¿De verdad que sí? Entonces sígo.

(Señora en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Sí, señora.

(Señora en la sala):

—Si tienes que reencarnarte de todas formas, ¿incluso entonces sigue mo-

lestando la incineración?

—Pero ¿es que no ve que sigue usted llevando en la espalda esas pequeñas quemaduras del pasado? Señora, si mira bien, todas esas manchas de fuego de la incineración anterior de la era prehistórica las sigue teniendo.

(Señora en la sala):

—No, pero ¿no deja eso huellas o algo así?

—Voy a contarle ahora un auténtico sinsentido, un sinsentido espiritual. La quemaron en la jungla. ¿A que no se lo cree? La metieron en la sopa. Y esa sopa sigue ardiendo en su vida, señora. Señor, ¿a que no se lo cree? ¿Que no? ¿Se atreve usted aquí a mantener que no nos hemos dedicado al canibalismo? ¿Perdió el gusto por una manita humana, una de esas...? Esto es lo más rico, dicen, esto.

(Risas).

(Señora en la sala):

—¿El pulpejo?

—¿Sabía usted que esos habitantes de la selva dicen que la parte interior de la palma de la mano es lo más rico? Yo pensaba que esto.

(Risotadas).

Los mofletes, un buen moflete carnoso. Un moflete es una delicia.

(Risas).

¡Ja, ja, ja! Situé al maestro Alcar ante esas leyes, dice: “Vente y te mostraré, porque a mí también me han comido una vez”. Dice: “Y entonces te mostraré el maestro más elevado, antes era el jefe de la tribu, en tal y cual tiempo”.

Digo: “No me hablará en serio, ¿no?”.

Dice: “Vente”.

Y entonces nos fuimos a la jungla. Dice: “Ahora estableceré contacto para ti con el espacio y entonces verás a uno de los maestros más elevados en la séptima esfera, que fue aquí jefe tribal”.

Y entonces salimos de esa vida, lo vimos, y fuimos directamente a la séptima esfera, él era uno de los maestros más elevados y allí era un jefe tribal, acababan de meter a una persona en la olla.

Digo: “¿Cómo es posible?”. Señor, hablo en serio. Dice: “Eso lo vemos y lo volvemos a vivir todo, porque lo hemos hecho”.

Ahora sigo teniendo graves preocupaciones, porque en esa época me comí a mordiscos a mi suegra...

(Risas).

... a mi hermano, a mi hermana. No a gente de nuestro propio pueblo ni de nuestro propio grado, sino que siempre pasábamos por esa loma y entonces íbamos a robar un ser humano.

Los domingos por la mañana tomábamos sopa con unos huesitos. Igual

que en aquella película de ‘Los verdes prados’. Los domingos en el cielo nos dan un puro y veinticinco centavos y comemos pescado. Y allá en la selva hemos arrasado familias enteras, señora, y ese incendio todavía sigue ardiendo dentro de nosotros. ¿No lo creen? Es así de serio. Y por mucho que se burlen un poco de eso, todos nos hemos dedicado al canibalismo, nos quemaban que daba gusto, así, por la naturaleza, nos caíamos en una cosa e íbamos a parar a una olla que ardía, se nos quemaba en el agua y en el fuego; y eso nos ha pasado miles de veces. Pero ya no nos acordamos.

Y entonces esta incineración sigue sin ser nada, porque eso ocurre en solo unos segundos. Pero todo eso es cierto. Pueden reírse de ello, pero todo es cierto. La selva sigue viviendo ahora mismo en el ser humano.

(Jozef continúa leyendo):

“En los libros se lee: ‘En el cuarto grado cósmico ya no se come carne’, ya estamos otra vez, ‘pero eso de todas formas ya no lo hacemos en la primera esfera”.

Señora, ¿seguiría teniendo usted ganas de tomarse en el otro lado un rico plato de sopa? ¿Un sabroso arenque ahumado? Los tenemos ahumados, en escabeche, marinados, ricas sollas. Los domingos a las diez de la mañana, cuando llama Pedro, vamos corriendo y nos dan una deliciosa...[(Risas).

... platija frita. Y una taza de café de la tierra crepuscular. Y si descendemos aún más, señora, volvemos a estar en la frontera del mal y bebemos de nuevo nuestra ginebra añeja. Cuanto más abajo llegamos, señora, un poco más hacia abajo, y ya le dan veneno animal, eso es whisky de verdad.

El maestro Alcar dice: “André, sigue un poquito más porque esta noche se están divirtiendo en los cielos, ya estamos esperándote”.

Eso lo creo sin vacilar, porque allí ya no tienen historias divertidas, ¿no?

Dice: “Todos los cielos están esperando, millones de personas, hombres y mujeres, esperan al Buziau (J.F. Buziau, cómico, 1877-1958) como el Pablo de este siglo, porque queremos volver a reírnos, reírnos de forma sana, con diversión”. Es decir: extraer de lo equivocado, de lo anormal, la realidad y ponerle a esta una careta, de vuelta al ser humano, a la sociedad, a la mentira y el engaño, al almirantazgo.

Y ¿qué más da —se lo comenté la semana pasada— si es usted alcalde La Haya y no tiene eso detrás del ataúd? Y ¿qué más da si es usted general, si es atleta velocista y sabe volar, si es ministro de Asuntos Sociales y tiene su dinero en el bolsillo, como nuestro Piet Lieftinck (ministro de Finanzas), y no conoce ese medio céntimo de Nuestro Señor, y encima lo reparte y lo roba a Él? Detrás del ataúd será usted más pobre que una rata. Y basta con que quiera sentir usted entonces esas majaderías, entonces sabrá exactamente a dónde van todos esos doctos señores.

Hasta aquí, he terminado con usted.

¿Satisfecha, señora?

¿Satisfecha? Esta noche usted me va a dar diez centavos.

(Risas).

¿Por qué no añade cinco más? Por cada nota de usted diez centavos, así que esta noche he ganado mucho más. Cinco centavos, el domingo quisiera ir un rato al cine, señora, cinco centavos, vamos.

(Risas).

Señora, hágame el favor de llevarme con usted media horita a su casa, así ya nunca más tendrá ninguna desgracia. Le haré café pero dejaré que la leche se queme. Cuando se dilate, iré a buscarla a usted, digo: “Señora, el universo que se dilata está en la leche”. Y entonces ya no tendremos nada, no tendremos nada, ya no tendremos nada.

(Risas).

Mire, lo que tiene que hacer es... ¿Esta noche es la primera vez que viene aquí? Entonces lo dejo.

(Jozef continúa).

“¿Cuál es la razón de que hasta los espíritus más elevados no están de acuerdo entre ellos sobre la reencarnación? En Inglaterra no creen en ella. Y en nuestro país ni mucho menos todos”.

Vaya, ¿y quiere hacerme creer que son espíritus elevados? ¿De quién es esto?

(Señora en la sala):

—Quería decir: ¿allí también tienen disputas?

—Sí, señora, la reencarnación... Si oyera a los espiritistas: “La reencarnación no existe”. El ingeniero Felix Ortt (escritor, periodista de prensa escrita, 1866-1959): “Jozef Rulof es un loco”. Está escribiendo otra vez sobre mí: “El príncipe del espacio está loco de remate”.

Yo soy el príncipe del espacio, eso lo ha leído en alguna parte. Le digo: “Señor, a ver, deme una respuesta majestuosa, espacial. Y ¿no soy entonces el príncipe de la casa, igual que usted, señor? Usted también lo va a ser. Si usted de verdad es capaz de interpretar las palabras de Cristo y puede transmitir las a la masa y la gente, a la sociedad, para el alma, la vida, el espíritu, la paternidad y maternidad, el renacer, entonces usted es príncipe de ese espacio”. Y Felix Ortt dice que estoy loco porque no acepto la reencarnación. Pero sus espíritus dicen que estoy loco; y los míos han desvelado el espacio, miran detrás de todos esos velos de la vida y la muerte, de la paternidad y maternidad, señor Van Straaten, el cuarto, quinto, sexto y séptimo grado cósmico, el Omnigrado divino. Y van incluso más allá y regresan y hacen un viaje con nosotros —ahora en (la sala) Diligencia— al ser humano con conciencia divina, y los dejan a ustedes ante la vida y la muerte, que es para siempre y eterna.

¿Qué tal he dicho eso?

(Señora en la sala):

—Muy bien.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Bien.

—¿De quién es esta nota?

(Señora en la sala):

—Mía.

—Señora, ese mundo espiritualista está atado a la palabra de Elise van Calcar (escritora, espiritualista, periodista, 1822-1904). Allí hay una foto de la señora que dijo: “No hay reencarnación”. Y resulta que me la he encontrado en el otro lado. Digo: “Vaya”, y ahora escuchen y no se enfaden por lo que voy a decir. Digo: “Vaya, callo, ¿qué haces por aquí?”. Ahora vive en el otro lado, era una buena persona, era cariñosa.

¿No han oído hablar alguna vez de la clarividente señora Akkermans? Ella tampoco creía en la reencarnación. De vez en cuando sí, luego ya no y después tampoco. Si iba en contra de ella siempre estaba mal.

Pero Elise van Calcar aportó entre los espiritualistas... Habría unos, pues..., cincuenta, sesenta mil en Holanda. La palabra de ella era ley, que el espiritismo adoptó, creían en la mediumnidad, en el pensamiento y sentimiento del ser humano, y entonces todo se quedó en un punto muerto, porque la aceptaban: la reencarnación no existe.

Y ahora puedo... Llegué al otro lado, digo: “Maestro Alcar, lléveme inmediatamente a Elise van Calcar”, digo, “y hay unos cuantos más contra quienes tengo que luchar, porque quiero azotarles un poco el trasero aquí”. Digo: “Ahora estoy frente al espiritismo holandés, puedo conectar al ser humano con Dios y sus reencarnaciones, con todas sus vidas, conectarlo con los pueblos de la tierra, y ahora estoy impotente frente a Elise van Calcar, porque ellos han aceptado su vida y su palabra”.

Es que a uno le entran ganas de... Pues, sí, señora, así es.

He vertido lágrimas aquí en esta casa. Se lo conté hace poco. Vino la sociedad, hay una señora en esa sociedad que también habló aquí de: Dios es amor. Esta señora también es un médium y estaba aquí: “¿Se acuerda, Jozef?”. Digo: “Sí, me acuerdo. Pero esos espíritus de ustedes tampoco fueron más allá de su propia charla”.

¿Es verdad, señora? La cosmología no la conocían, eso ya lo aceptará usted, ¿verdad que sí? Hágame cien mil preguntas, ¿por qué no?, sobre el cosmos y millones de leyes; recibiré aquí la respuesta directamente. Y eso lo vi.

Pero usted lo ha hecho bien, mire, ha hecho usted que esa gente despierte, les ha dado una escuela. Y puede estar usted contenta por eso. Eso usted también lo tiene. Ha conservado la sencillez, es usted una criatura de Nuestro

Señor. Hace unos momentos hablábamos todavía de ello, otra persona tenía ganas de tener títulos y más títulos, (en inglés): “Me gustaría reencarnarme en una condesa”. Pero Nuestro Señor no los tiene, no los tiene.

Señora, el espiritualismo se encuentra en punto muerto porque el espiritualista no acepta la reencarnación. Ahora puedo luchar como un pato salvaje, recurro a mis fuerzas y estoy aquí en Holanda. Los teósofos ni siquiera lo saben todavía, dicen: “Sí, de vez en cuando, no para todos”, así que ese Dios es injusto. No para todos.

Todo insecto es padre y madre y se transforma en crisálida, y se hace mariposa y se reencarna. Y ¿resulta que el ser humano, la criatura más elevada para la creación, no? Bueno, pues allí estamos. Si la teosofía..., si los rosacruces y los espiritualistas vinieran a verme, háganme entonces preguntas durante diez años, pónganme por fin a prueba si de verdad quieren saber ustedes, pónganme a prueba con miles de posibilidades.

Aquí entre el público hay eruditos; que vengan el ingeniero, el doctor, el metafísico, el teólogo, el experto en la Biblia, todos los psicólogos, y pónganme aquí a prueba y denme entonces finalmente el “sí” o el “no”, porque así lo resolveremos; esto es morir matando, esto.

Sí, quieren ver a las sillas bailando y que haya golpeteos, pero allí, con ese golpeteo nos golpetean hacia lo inconsciente, al manicomio, a Rosenburg (un centro psiquiátrico en La Haya), porque esos golpecitos... no nos sirven de nada, queremos la palabra, la palabra pura, consciente, queremos cambiar ahora, queremos despertar, queremos evolución. ¿Cierto o no?

Y entonces estás allí otra vez, ante Elise van Calcar, que ya falleció hace veinte años, seguimos atragantados con Elise van Calcar. ¿Y que ahora ella allí es espiritualmente consciente, en la primera esfera? ¿Ya le gustaría! Le pregunté: “¿Es usted feliz? ¿Tiene lágrimas? ¿Lágrimas? ¿Aquí en las esferas? ¿Todavía? ¿Llorar de pobreza?”. Digo: “Señora, lllore por su propia locura soberbia, por los faroles que usted conoció, que usted dio a la humanidad. Pero usted no lo sabía”.

Eran faroles. Era locura soberbia. Solo digan algo, señora y señor, cuando lo sepan. Entonces puedes decir: “Eso no existe”.

Yo he visto mis cosas, he visto reencarnaciones. Cuando llevaba nueve meses en la cuna y la puse yo mismo en movimiento —eso sucedió, pueden leerlo en ‘Jeus de madre Crisje’, parte 1— de pronto tenía siete años. ¿De dónde sacaba yo eso? Eso tenía que volver de otra vida, ¿no? No era yo, ¿no? Nueve meses, estaba en la cuna, junto a la cuna tengo siete años, miro a Crisje, pienso: ‘Ya los asustaré un poco’. Doy una patada. “¿Qué es eso?”, dice Crisje. Otra vez. Miro a los ojos del maestro Alcar, digo: “¿Puedo?”. “Mmm”, dijo Crisje, “mi Jeus está embrujado”. Digo: “Sí, ya te gustaría, luego ya te lo contaré, lo que importa es que pueda hablar”.

Pero todavía no sabía hablar, maestro. ¿Tampoco reencarnarse? Mire, señor, eso son pruebas.

¿Con qué me vine a La Haya? Con conciencia universal.

Señora, todo eso vive en aquel molino allí cerca de (la comarca de) Montferland.

Vayan allí, señoras y señores, disfruten y vayan por el camino Zwartekolkseweg y el de Montferland, pasen por nuestra Plantage. Pero mis hermanos también anduvieron por allí y no tienen nada.

“Johan, ¿lo sabes tú?”

“No, no lo sé”.

“¿Sabes tú, Johan, cómo nacen los niños?”

“Acláratelo tú mismo”.

La semana pasada les dije: ahora viene a verme. Digo: “¿Por qué no has visto nada allí en el camino Zwartekolkseweg, Johan? A mí me ha hecho escribir libros, pinto, hablo a la gente. He conseguido un buen trabajo”. Digo: “No me cambiaría contigo en Correos”. Y entonces Johan no decía nada. Y es que tampoco puede decir nada.

Señora, esto es una desgracia. Por eso el mundo está detenido. Los espiritistas leen ‘Las máscaras y los seres humanos’. Hace poco alguien dijo en Ámsterdam, dice: “Felix Ortt está escribiendo otra vez sobre Jozef. Tiene una fijación con él”. Entonces mi mujer dijo, igual que otro, dice: “Bah, qué más da, no sabe nada”. Dice: “Ahora habla del príncipe del espacio y de la reencarnación”. Dice: “Pero esos espiritistas todos rechazan sus revistitas, porque quieren quitarse de encima su rollo”.

Y ahora dice: “La culpa la tiene Jozef Rulof”.

Dice: “Allí ya lleva manifestándose dieciséis veces un marinero, falleció hace dieciséis años, y sigue borracho”.

Y esa gente por fin ha leído esos libros, ‘Dones espirituales’, señora, y allí pone, el maestro Zelanus dice: Si usted, su marido, es usted hombre, ¿verdad?, es usted mujer, y se ha emborrachado por una vez que da gusto, ha tenido por una vez una fiesta de lo más agradable, y durante esa fiesta —se sentía un poco amodorrada— se murió usted, sufrió un paro cardíaco y se acabó. Entonces dice él: “Pero ¿quién estaba borracho?”. El cuerpo.

Pero ese marinero, señor, está regresando ya desde hace dieciséis años, una y otra vez, y entonces viene ese médium; y ya van viendo por el rostro que se pone borracha y entonces: “Raca”. Y ella empieza, encima tiene que vomitar, porque de lo contrario no se lo creen, entonces no es auténtico, ¿entienden? Vomitar de verdad y luego unas gotitas de ginebra a la boca, así es más auténtico todavía y entonces a hacerse la borracha. Y allí están, pues: “¿Qué?”. Y no hacen otra cosa que hablarle a ese marinero, porque a este no le da la real gana empezar su vida, a comenzar una nueva vida, porque no quiere deshac-

erse de esa borrachera, señor, detrás del ataúd. Y entonces dicen esos espiritistas: “Pero ahora he leído un libro de Jozef Rulof y este dice, el maestro dice: ‘El cuerpo está borracho, no el espíritu’, aquí hay algo que no cuadra”. Y entonces empezaron a pensar y le dijeron a Felix Ortt: “Tú también hablas por hablar, porque tú tampoco lo sabes”. Y después se pelearon y ahora él se mete conmigo.

Pero, señor, “Dones espirituales”, dice el maestro Zelanus, “lléveselo, mejor, léalo y tendrá una espada espiritual entre las manos”. Y aun así, esos espiritistas —esos espiritistas locos, señor, ¿verdad?, todos están locos— empiezan ahora a pensar. Y si ahora saben lo que dicen esos libros... “A mí se me ha educado de forma espiritualista”. Y entonces dicen: “Lo destruye todo”. Sí, la basura en ese sagrado espiritualismo. Ya no hay borrachos en el otro lado, el cuerpo está borracho pero el alma, no. Sí que tenemos psicópatas espirituales en el otro lado, pero no la borrachera, señoras y señores, porque eso es imposible. ¿Tengo razón, señor? Y esos espiritistas lo aceptan.

Señora, ¿no será entonces que estoy ahora otra vez gritando y gritando y gritando? Y podríamos haber construido un templo para Cristo, una universidad, entre todos, entre cincuenta mil, sesenta mil personas. Tendría que haberme encargado de tener todos los días ciento cincuenta mil libros para los maestros. Y ¿ahora? Y ¿ahora? Y ¿ahora? Todo este contacto universal, hermoso, poderoso, espiritual, está mancillado por la espiritualista Elise van Calcar. ¿No es una lástima? ¿Es que la ataco? No, señor, no, señora, en el otro lado lo que querrán ustedes es la verdad. Yo la he visto, digo: “Maestro Alcar”, durante años he tenido que oír eso, “¿dónde vive ella? ¿Ya vive en el otro lado?”.

Dice: “Sí, la conocemos”. En el otro lado se conoce a cualquiera que diga tan solo una palabra para Cristo.

Y entonces fui a ver a esa viejita. Seguía siendo vieja. Una hermosa persona. Una hermosa personalidad. Y, señor, se mantenía vieja. Digo: “Maestro Alcar, ¿qué pasa con esa vejez aquí?”.

Dijo: “Porque está atada a lo que no es verdad. Eso el ser humano lo transmite. Ahora no puede evolucionar. Seguirá siendo vieja, seguirá siendo terrenal”.

Esos malditos pensamientos a los que ella dio espacio aquí en la tierra, en nuestra sociedad espiritualista, espiritual, la mantienen pegada a la tierra, no puede elevarse por encima de su interior. Esa mentira que ha dado al ser humano la mantiene presa fuera de la primera esfera, señora, porque con semejante desgracia y tal mejunje no es posible acceder a la primera esfera, que es realidad.

¿Y dónde vive Elise van Alcar ahora? ¿Y dónde viven el rey de Inglaterra y todos esos emperadores y reyes que realmente fueron buenos y que tenían

amor? Y se pusieron a matar, hicieron asesinar a la gente y firmaron penas de muerte; y ¿dónde viven ahora? ¿En la primera esfera? Tienen que volver a la tierra para hacerse madres con el fin de dar a esas vidas nuevos cuerpos.

Y ahora Elise van Calcar, digo: “Hay que ver lo bien que está usted en la niebla, ¿no?”. Digo: “¿De verdad pensaba usted, señora, que iba a tener respeto por sus chirridos y crujidos y desintegración, y que iba a tener compasión con usted por no estar en la primera esfera, donde podría haber estado?”

¿Pensaba usted de verdad que iba a vender a mi madre y que le daría la razón si no la tiene? ¿Que si mi hijo se equivocara mejor le daba una bofetada a otro niño porque es mi propio amor? No, señora, eso en el otro lado ya no es posible. Elise van Calcar tiene que aceptar su propia pobreza, igual que el autor de unas novelitas escabrosas. Se siguen leyendo. Vi a alguien llorando y gimiendo. Dice: “Mi alma languidece llorando y no avanzo y es lo que quiero, quiero servir a Cristo, pero esos malditos libros míos están en la tierra, la joven generación, las chicas y los chicos leen mis lecturas llenas de pasión y no logro quitármelas de encima, una y otra vez me arrastran hacia esa porquería asquerosa, sucia, guarra, que les di. Sigo muerto, muerto en vida”.

¿No es eso auténtico, señor?

Pregunté a esa gente por qué lo habían hecho. Dice: “Bueno, es que no se me ocurrió otra cosa. Pensaba estar haciendo algo. Pensaba que lo mejor sería darle algo al ser humano”. “No, señor”, dice, “es mucho más vil: quería comer y beber, era demasiado vago para hacer otra cosa y por eso me puse a escribir, tenía talento y escribí unos líos escabrosos, pasionales”.

(En alemán): ¿Tenemos un minuto más, señora?

Señor y señora, se acabó.

(Al técnico de sonido):

Señor, necesitamos luz, tenemos ganas de tomar un té.

Ya está, señor, el tiempo se ha acabado.

Hasta luego.

DESCANSO

Señoras y señores, aquí tengo: “La abajo firmante formaba parte de un círculo de mujeres, con él que, por él que...”, ya, ya estamos otra vez, ay, claro, toma un poco de tiempo, pero ya lo conseguiremos, confíen. “La abajo firmante formaba parte de un círculo de mujeres en el que se conversaba sobre las leyes que usted intenta explicarnos. También llegamos al ámbito de la inseminación artificial”. ¿De quién es esto? “Se trataba de este hecho: si es una ley que una mujer no puede dar a luz a un niño, tampoco puede tener lugar mediante la inseminación artificial, ¿no?”.

Usted también ya habrá oído el drama, porque la ciencia nos convierte en

un trozo de acero frío. El amor humano luego ya no significará nada, solo para estos tiempos, porque ayer lo constaté, eso aquí lo hemos tratado. Las preguntas y respuestas del edificio Ken U zelven (Conócete a ti mismo), y allí el ser humano se llega a conocer a sí mismo.

Señora, le pueden inyectar y entonces tendrá un niño. Y ahora me pregunta: “Llegamos al ámbito de la inseminación artificial. Se trata de este hecho: si es una ley que una mujer no puede dar a luz a un niño, tampoco puede...”.

Claro que no. Si no es susceptible de serlo, sus ovarios, y la posibilidad de su vida materna interior se encuentra trastornada, no es posible que sea fecundada; tampoco por un médico, porque sigue siendo exactamente lo mismo.

(Señora en la sala):

—Pero se trata de otra cosa.

—No, ¿por qué?

(Señora en la sala):

—No, lo demás que consta en la pregunta.

—Pero esta es la primera pregunta.

(Señora en la sala):

—Sí.

“Pero si alguna anomalía en la mujer pudiera ser la causa de la infertilidad entonces también será así en el caso de la inseminación artificial”, eso ya se lo digo, es imposible, “naturalmente, de su propio marido. Esto ya se ha demostrado”.

Pero ¿es que el hombre sí que la fecundó?

(Señora en la sala):

—No, ya está demostrado que la mujer no se quedaba embarazada por la vía convencional y sí mediante la inseminación artificial.

—Entonces es que el hombre era de ninguna manera capaz de fecundarla, de lo contrario es imposible.

(Señora en la sala):

—Fue por su propio marido, fue él quien la fecundó.

(Inaudible).

—¿Después?

(Señora en la sala):

—Por inseminación artificial.

—¿De su propio marido?

(Señora en la sala):

—De su propio marido.

—¿Y no era posible así?

(Señora en la sala):

—Así no.

—Es posible, porque entonces hay...

(Señora en la sala):

—... en la mujer.

—Entonces hay un trastorno material, y entonces el médico ayuda a transportar la célula del creador, el espermatozoide, directamente a la célula materna, de lo contrario se queda atascada por algún sitio. Nada más, ese es el único trastorno. Es posible. Eso también ya está demostrado, por cierto.

(Señora en la sala):

—Sí.

—Es posible. Por tanto, lo que hay entonces es... Por un trastorno material puede usted llegar a tener la ciencia como una ayuda, es muy sencillo. Pero cuando el hombre no tiene esa célula...

(Señora en la sala):

—No, entonces no.

—Es imposible.

(Señora en la sala):

—Es imposible.

—Eso también lo sabemos ahora.

(Jozef continúa leyendo):

“Esto centró mi intenso debate, porque...”

Pues, tuvo usted allí una buena conversación, señora.

(Señora en la sala):

—Sí, en efecto.

—... “porque dos de las mujeres estaban en desacuerdo”.

(Señora en la sala):

—No ha leído usted lo anterior, lo que había antes.

(Jozef continúa leyendo):

—“Pero si alguna anomalía en la mujer pudiera ser la causa de la infertilidad entonces también será así en el caso de la inseminación artificial”, pero eso ya lo hemos tratado ahora, “naturalmente, de su propio marido”. También puede recibir otra inseminación. “Eso ya está demostrado. ¿Es que ella misma ha creado una ley?”. Ella no tiene que crear leyes y tampoco es capaz de hacerlo. “Esto fue tema de debate”.

(Señora en la sala):

—De eso se trata, de este punto.

—Ella puede, usted puede, si usted... Si usted es susceptible, el médico dice: “Está usted bien”. Los órganos están todos bien. Su marido no puede hacerlo y aquello no penetra hasta la célula materna. Eso solo es por un trastorno en el órgano, en el conducto que va a ese Templo de la Madre. Resulta que ahora no es posible por su propia fuerza y el médico la va a ayudar, es

posible. Y es muy sencillo.

Y ¿sobre eso han hablado ustedes?

(Señora en la sala):

—De eso se trata, precisamente, de este punto cardinal: si es posible crear algo por una ley propia, porque de eso no estoy...

—Usted no puede hacer nada, solo puede ayudar usted a la creación, nada más.

(Señora en la sala):

—Exacto.

—Y ya es mucho. Así que tan loco no está el médico cuando hace eso.

(Señora en la sala):

—Sí, exacto.

—Si yo a él le doy mi esperma y lo recibe usted y no la puedo alcanzar de esta manera, y ese esperma mío, por ese largo camino... tiene que... Porque eso toma un buen tiempo, es un camino muy largo para esa minúscula célula entre millones. No es posible verlo con el ojo, señores, es igual que una culebrilla, y entonces es como un renacuajo, como decimos nosotros en el campo, ya saben, un pececillo de esos muy cabezón, y es muy pequeño; y esa colita, señora, eso es el universo. Y va nadando hacia la madre y entonces ya no puede seguir haciéndolo por el camino, porque se eleva una isla de esas, por ejemplo, y detrás se aferra a la matriz, en el conducto del óvulo, y entonces surge una pequeña colina de esas, por ejemplo, y el animalillo no puede salvarlo y se queda atascado —menuda gracia— y la madre se queda sin niño. Y entonces ese médico dice, lo veo, señora: “Él está bien, así que vamos a ayudarla”. Muy sencillo: penetra, pasa por encima de la colina y quizá algún otro trastorno, puede que haya algún hoyito y el animalillo se cae dentro —es un animalillo, un animalillo humano— y entonces tal vez se ahogue por el camino, o permanece demasiado tiempo, se queda sin fuerzas, ya no tiene impulso, el torbellino ha desaparecido y allí se queda y entonces no ocurre nada. Sí.

¿Y no le dieron la razón a usted?

(Señora en la sala):

—No, efectivamente.

—Pero es una hermosa conversación, entre mujeres es una hermosa conversación. También pueden mantenerla con los caballeros, así aprenden algo, por lo menos. Son los problemas más omnipoderosos que el propio ser humano puede analizar, porque son ustedes mismas. No es necesario, de verdad que no, tratarlo de una manera impúdica, porque son las divinas leyes fundamentales, de eso ya están hablando en la radio. Pero esto es lo primero, lo primero de todo, que tiene que saber un ser humano.

Pero tiene usted razón, señora. No puede crear, sin embargo, una nueva

ley.

(Señora en la sala):

—No, aquello continúa un poco más, allí es precisamente donde lo pregunto.

(Jozef continúa leyendo):

—“Este punto centró un intenso debate. Porque había dos mujeres que no estaban de acuerdo conmigo. Los seres humanos de todas formas no podemos intervenir en una ley divina, ¿no?”. Sí, sí que puede hacerlo usted. El descenso del alma en el cuerpo de la madre, eso no lo puede hacer. Pero sí que es posible quebrantar esa ley. “Pero en eso no tenemos nada que decir, ¿no?”. Pero si la madre dice: “No quiero tener un hijo”, y espanta el fruto y lo mata, es cuando una quebranta el contacto con el espacio, con Dios, con la evolución, con el renacer, con la paternidad y la maternidad, con todo.

(Señora en la sala):

—No, pero la discusión no fue sobre eso.

—De eso no se trata. Así que eso es matar a conciencia, es un asesinato, es el verdadero asesinato del alma. No, eso no puede hacerlo, no puede cambiar nada de eso. Si no interviene, al menos.

(Jozef continúa leyendo):

“Nos gustaría tener una respuesta sobre esto”.

¿Tiene alguna pregunta más al respecto, señora?

(Señora en la sala):

—No, me ha quedado claro del todo, muchas gracias.

—Gracias, aquí me tiene.

¿Quién de ustedes? ¿Nadie más?

Cuánto sabe la gente.

Y aquí tengo: “No está bien...”, eso también lo hemos tratado ya de cabo a rabo, “que comamos carne, pescado y aves, porque también es la creación de Dios, ¿no? Para eso hay que matar, ¿no va eso en contra de las leyes?”.

¿De quién es? Me gustaría conocer el nombre.

Señora, estimada mía, eso lo hemos tratado aquí una noche y entonces estuvimos hablando de papas (patatas) y sobre su reencarnación —¿se acuerda?—, sobre esas malditas papas. Y estuvimos hablando sobre comer pescado y carne. ¿No está mal, señora, que tenga que sacrificar una vaca y un caballo y otro tipo de animal?

Me han venido a ver vegetarianos y entonces la gente decía: “¿Usted también se dedica a ser vegetariano?”.

Digo: “Señora, ¿para qué viene? ¿Para mí o para usted?”.

Entonces dijo: “Está mal, ¿no? ¿Quiere ayudarme?”.

Digo: “No tiene usted muy buena pinta. Está nerviosa, flaca, pálida”.

“Sí”, dice, “no me siento bien”.

Digo: “Es posible, señora, está usted completamente desnutrida”. Vegetarianismo. No lo acepten. Entonces vino mi maestro y dijo: “Si come usted un solomillo con papas (patatas) con buena grasa, yo la ayudaré”.

“Ja, ja”, ella se rió de mí en plena cara.

Digo: “Vaya a ver a su médico”. Ella que se va al médico y este dice exactamente lo mismo. Vuelve a verme, digo: “No, señora, no la voy a ayudar. La clave está en el solomillo”.

El vegetarianismo, señora, es bueno para el ser humano que pueda prescindir de ello si el cuerpo vive en ese estadio, porque en los organismos tenemos diferentes grados. O sea: el preanimal, el animal, el basto material, el material. Y en la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulo.es) ya tenemos el núcleo de la túnica espiritual y eso es el vegetariano, el vegetariano natural, nacido así. Y esa gente ya no quiere comer eso y tampoco ya les hace falta, ya de niños tienen miedo a la carne y a toda esa grasa, y les da asco. Pero no le digas al ser humano: “Deja de hacerlo”. Ni: “Eso está mal”, señora, porque el pez, señora, nació a partir de nuestro organismo. Señora, el delicioso rodaballo —¿de dónde viene?—, un lucio, los peces de agua dulce, o cualquier pez, toda la vida que puebla las aguas ha surgido a partir del ser humano. Y así también el animal terrestre. Pero hoy en día ya no comemos monos. Y por mucho que se ponga a hablar, la dejaré en jaque mate ante cada cosa, ante cada pregunta, la dejaré en jaque mate, espiritual y cósmicamente. Solo admito ante usted: quien pueda y quiera ser vegetariano: hágalo, porque el cuerpo ya no desea lo otro.

Pero ¿para qué nació la vaca? ¿Así? ¿Sin más? Esa leche que necesitamos, ya no hace falta que se coma la carne, pero esa leche... Aunque también hay cuerpos... La vaca y cualquier animal, el animal que viene al hombre, la gallina, el huevo, todas las especies de animales alados que el ser humano come recibieron de este un organismo evolutivo y las grandes alas, pero nació de la médula, de los riñones, del sistema nervioso, de la sangre —no del cerebro—, de las mucosas y de los sistemas endocrinos; y para las aguas, señor, de nuestro bilis, la ballena, el pulpo y todas esas especies. Eso yo lo he visto. He hecho viajes, un millar, para llegar a conocer las aguas, como entidad. Y ¿por qué la proteína de un rodaballito, de una solla, etcétera, que puede comprar usted así, sin más, en la tienda...? Un lucio y una anguila, y todas esas cosas más, han surgido del ser humano, y si no las comemos, señora, entonces tarde o temprano aparecerán de buenas a primeras en la playa y dirán: “Por favor, cómeme, porque queremos evolucionar”.

Qué me dice a esto. Eso no lo puede rebatir, ¿verdad? No.

Y si lo quisiera usted... Hemos tenido a la gente aquí, he hablado una hora de ello y al final, al final de la noche, resultó de todas formas —usted estuvo allí, señor— que yo tenía razón, ¿no es así señor? Porque les demuestro de

dónde han venido, de dónde surgieron esas especies animales, porque podemos ver nuestras propias proteínas en el animal. Porque es en las aguas donde hemos nacido, y de las aguas nos fuimos; fuimos adquiriendo conciencia terrestre. Pero la madre agua —eso es maternidad— generó vida propia por medio de nosotros, porque para eso dejamos allí los núcleos. Eso lo he visto. Es allí a donde me llevaron los maestros, porque yo me negaba a comer, ya no podía hacerlo, venía de los cielos, ese viaje lo hemos hecho, y entonces el maestro dijo: “Ahora vamos a empezar, la comida está lista”. Digo, “Vaya, vaya, por Dios, no me hagas comer, no quiero ni ver la comida”. Bueno. Pienso: ‘Con solo pensar en comida ya vomito’. Había estado en los cielos, venía de la cuarta esfera, de la quinta y de la séptima, y entonces tuve que volver a la tierra y me pusieron una albóndiga delante de las narices.

“Vamos, híncale el diente”.

Digo: “Ay, Dios”, y entonces el maestro Alcar me tuvo que hacer entrar en trance y tuvo que comer, porque mi cuerpo lo necesitaba.

Dice: “Tu cuerpo no ha alcanzado el grado vegetariano. Porque si lo hubieras alcanzado, ya te habrías desmoronado hace mucho por estas leyes del espacio”. Dice: “Tú naciste donde Crisje y ese cuerpo todavía necesita alimento animal”.

¿De qué grado viene usted, señora? No se ría de quien coma carne, y que come esto y aquello, y si usted es vegetariana, estese contenta y feliz, pero no se lo aconseje a los demás, porque privará al ser humano de precisamente esa comida; por su consejo, señora, conducirá al ser humano directamente al “ataúd”. Y entonces el ser humano se queda mirando: “Vaya, vaya, que mal sabe esto, fuera”. Digo: “¿Ah, sí, señora?”. Esta señora que vino a verme, y centenares, señora, en los años treinta y cuarenta, ya no las pude ayudar porque estaban desnutridas y tenían... “Sí”, dice la otra, “hay aceites de sobra, y sobra esto y aquello”. Señora, eso debía de ser sangre animal y alimento, eso está demostrado en la sociedad. Se lo pueden contar los eruditos; no son sinsentidos, es la verdad. Lo necesita usted porque su cuerpo aún posee un grado animal. Y eso usted misma no lo sabe. Aunque sea usted de la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es), vivimos en grados animales. Hay cuerpos que irremediablemente necesitan esa carne, porque para eso ha nacido. Y ¿no la necesitábamos nosotros? ¿Cree usted que Dios entonces no lo habría hecho aparecer para eso? Es una lástima que esa vaca, que siempre da una leche tan soberbia, hermosa, poderosa, encima tenga que dar ese solomillo. Mal.

Nuestra gallina, ese animal pone durante toda su vida el precioso huevito, poderoso, un huevo freído, un huevo frito, ¿cómo es que lo dicen por allá? Y eso sabe a gloria, duro o en escabeche, ¿cómo le apetece comérselo? Y cuando haya dejado de poner y emita un cloqueo lastimoso, entonces le torcemos el

cuello y termina en la olla. Y entonces comemos sopa de pollo.

¿Usted come todavía sopa de pollo, señora?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Ya estamos otra vez, ¿lo ve?

El domingo el maestro Zelanus dice: “La gallina pigmea dice: mmm. Lo sabe, esta ya no pone, tengo que contárselo a Hendrik...”, y entonces sigue la historia. Claro, usted pensará: eso no va a ninguna parte. Y al final de... Me mondé de la risa cuando escribí eso, ¿verdad que sí? Y al final del capítulo dice: “Y el domingo comemos sopa de pollo”. Crisje dice: “¿Y qué voy a hacer ahora? Ah, sí, esa blanca ya no pone, tengo que decírselo a Hendrik”. Y entonces sigue otra historia maravillosa. Y al final del cuento dice: “Y el domingo comemos sopa de pollo”.

¿Usted qué tenía?

(Señora en la sala):

—Quería preguntar: ¿por qué no nació un animal a partir del cerebro humano?

—Señora, ¿quién dice: “Eso no es posible”? ¿Usted? Pero entonces es que tiene que demostrarlo si lo dice. Dice usted: “Eso no es posible”, pero, a ver, demuéstrelo. Puede usted decir: “Eso es imposible”, bueno, demuéstrelo. Si digo: “No puede ser”, tengo que demostrarlo. Eso me lo enseñó el maestro. Dice: “Si dice usted: ‘Eso es imposible’, tendrá que demostrarlo ante Dios; en el otro lado estará detenido”. ¿Por qué no es posible?

(Señora en la sala):

—Porque es la capacidad de pensar.

—Está cerca. Siga un poco más.

(La señora en la sala dice algo inaudible).

Lo ha intuido muy bien, señora, un diez. Pero ¿por qué? Adelante, siga un poco más. Mire, todo el mundo tiene intuición.

(A alguien en la sala):

—Dígame, señora.

(Señora en la sala):

—Porque es el freno de los sentimientos.

(Otra señora en la sala):

—El alma.

—Sí, mire, qué cosas, pero no es eso.

(Señora en la sala):

—No tiene que ver con sentimientos ni con la capacidad de pensar.

—No, es un pequeño órgano, un medio, pero no es un órgano que dé trabajo. El cerebro no segrega sustancias para alimentar al cuerpo. Y esas sustancias como órganos han creado otra vida; el cerebro está muerto. El cerebro ya

pertenece a la creación posterior. ¿No es poderoso? Cada cosa, señor, que sea susceptible de dar a luz y de crear... Pero eso el cerebro no lo tiene, el cerebro es una materia muerta que solo capta sentimientos y los retransmite, de lo contrario nuestros pensamientos nos harían estallar, pero no es materia que infunda alma. El cerebro no es más que el colchón sobre el que dormimos.

¿No es poderoso, señor? A ver, ahora cuénteselo a su catedrático. Bien, bien.

(Señor en la sala):

—Ya murió.

—¿Ya murió? Bueno, pues entonces ya lo aprenderá allá.

Pero, señora, entienda, el cerebro... De lo que estamos hablando, sin embargo, es del vegetarianismo. De los riñoncitos, de las glándulas, precisamente de la bilis y del hígado, esas sustancias que le dan todo a ese bonito estómago para digerir la comida, la circulación sanguínea, las mucosas y todo, señora, han creado nuevas vidas, y sobre todo la médula dorsal. El rodaballo sintoniza por completo con la médula dorsal, y con la leche de la vaca, y también con el huevito de su gallina.

(Señora en la sala):

—Y el mejillón.

—¿Cómo? Y el mejillón. Porque cada órgano, señora, se dilata y fue evolucionando y creó siete nuevos organismos a partir de esa única celulita. Y entonces llegamos a ver diferentes grados de los organismos. Esa es la vaca. Un caballo ya no. Nuestros intestinos han creado vida y entonces llegamos a las medusas en la playa y al pulpo y la serpiente en la tierra; una tortuga mortecina de esas produce, además, sopa rica. Porque cada grado, a su vez, por animal que sea, señora, la serpiente también ha creado vida que para nosotros es susceptible de vivir en el grado más elevado y en el primero de todos, y entonces es la serpiente en las aguas y no se llama un pez serpiente, sino que se llama anguila. Y ¿cómo se llama esa cosa larga? Congrio. Y resulta que la serpiente en las aguas de la tierra es peligrosa, pero salió de ellas a gatas y dejó algo allí que fue lo primero de ese primer grado, y continuó construyendo la vida. Eso lo he visto. Conozco una serpiente y un pulpo, que vengan los biólogos y los geólogos, entonces pueden recibir clases cósmicas. Pero yo no he tenido estudios.

Pero ¿de qué estamos hablando esta noche? ¿De qué hemos venido hablando todos estos años, señor? Sí, ay, si lo lee, lo que dice allí.

Señora, ¿se dedica todavía al vegetarianismo?

(Señora en la sala):

—No.

—Solo quería saberlo.

(Señora en la sala):

—Pensé: ‘Está mal matarlos’.

—Sí, así es el ser humano, ¿lo ve? Pero cuando matamos... Le digo, Cristo dijo a Sus apóstoles, los pescadores: “Lanzarán allí sus redes y entonces pescaremos”. ¿Por qué dejó que se masacraran allí cuatrocientos mil peces si Cristo posee un amor divino? Y si Él lo sabía y lo hacía, ¿qué es lo que vamos a querer los seres humanos? Y nosotros los seres humanos: “No me gusta el pescado. Matar peces es animal, eso también es un asesinato”.

Y Cristo mataba allí todo. ¿Y pasamos por encima de Cristo con nuestros pensamientos y sentimientos? Vamos, vamos. Tómenlo a Él y así estarán seguros. Y eso frito, señor, al mediodía o por la noche a las seis y media, sí, para eso dejo de lado las papas (patatas) de esa señora; esta noche no está. Esta tarde un arenque ahumado frito y entonces digo: “Bien, ya no me dan mi hígado ni mis riñoncitos, pero mi hígado lo recupero”. Digo: “Chico, ya has vivido bastante por ahora. Te dejé dilatar, te di mi alma, mi espíritu, te di mi cerebro, pero ahora te tengo otra vez en la sartén”.

Menudo pájaro que soy, ¿no les parece?

¿Tienen más preguntas sobre esto, señoras y señores, porque yo ya no tengo nada. Ya he dado bastante a las criaturas.

(A una señora en la sala):

—Sí, señora.

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, en el fondo es igual de terrible matar un animal de esos para comérselo que matarlo para unas cuantas pruebas con medicamentos. Quiero decir, en resumidas cuentas, naturalmente, no para torturar un animal, hay tantas maneras de hacerlo sin dolor, sin hacer cosas ruines. Con lo que nosotros solamente ante...

—Sí, mire, cuanto más baja sea la conciencia para el erudito, un piojo y una pulga, y una rata que se está comiendo por allí sus habitaciones y todo... Pues, deles a las ratas la posibilidad, señora, y ya no tenemos más carreteras ni casas, entonces la que mande será la rata, ¿eso también está bien? Y eso de verdad que son alimañas, porque las ratas forman parte de las alimañas. Pero no es necesario que a las alimañas como rata las... Ya ni siquiera una marmota, señora... ¿Por qué no? A una marmotita también se le fustiga y tortura. Y de una rata dicen: bueno. Pero esas bonitas marmotas... ¿De dónde viene esa marmota? ¿De dónde viene? Y ya tiene una creación existente. Y la rata es creación posterior, un ratón también. Pero no por eso es necesario extraerle a ese animal el cerebro y la luz de los ojos con una cosa ardiente para ver si esos jugos vitales no sirven para que con el ser humano... su luz y su cabeza... (inaudible).

Pero cuando ve esa imagen de esa señora: allí han hecho una incisión en un conejo y sigue vivo. Y después dejan a un mono con la barriga abierta para

poder ver cómo late el corazón. Qué verdugos tan asquerosos. Y entonces tienen que ver latir ese corazón; sigue latiendo. Si yo estuviera allí, le daría un tortazo con un trozo de hierro en la cabeza y le diría: “Pues, señor, solo estoy salvándolo, así ya no podrá hacer nada malo en esta vida. Mejor le destrozo por ese lado”.

(Señor en la sala):

—Tic tic.

—Tic tic. Uno para su cabeza y otro por detrás, señor. Y entonces dijo Nuestro Señor: “Muy bien, Jesús”. Cuando vi a Nuestro Señor, Él me dijo: “André, (en inglés): puedes hacer reír a Mi pueblo, a todas mis criaturas”. Hablaba inglés Nuestro Señor. Digo (en inglés): “Sí, Padre”. Dice (en inglés): “Dile a mi pueblo, a mis criaturas en la tierra, que tengo Mi vida. No me mataron a mí toda esa gente en Jerusalén, se mataron a sí mismos. Tengo Mi vida, Mi propia vida. Y Pedro y Juan el santo. Pero Juan el santo y Pedro viven en la primera esfera, no en Roma”. ¿Cómo lo dijo Nuestro Señor?

Salud.

¿Tenía alguna cosa más, señor? ¿Puedo contarle algo más esta noche?

(En inglés): “Da en la tierra mi maravillosa sonrisa justa”, me dice Él. Pero yo lo traduciré enseguida al francés. Dijo: “Dale a mis criaturas mi maravillosa sonrisa justa, porque Yo de vez en cuando también me río”.

¿Nunca se lo imaginó, verdad, que Nuestro Señor exhibiera alguna vez una sonrisa, una risa? Yo he visto sonreír a Nuestro Señor —qué cosa tan santa, ¿verdad?— en el Omnigrado. Entonces vino de esta manera. Solo un momento, así, ¿ven?, así, esos ojitos. Digo: “Puedo morirte por ti. Pero no dejaré que me destrocen como lo hicieron contigo”.

¿Tenía alguna cosa más?

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, este señor echó la semana pasada una pregunta para usted...

—¿... una pregunta en el buzón?

(Señor en la sala):

—Sí.

(Señora en la sala):

—La semana pasada tuvo usted una pregunta suya.

—Pues, adelante, señor, porque saqué todas, saqué tres y no vi la pregunta de usted.

(Señor en la sala):

—Mi mujer estaba ingresada en el hospital, en una cama junta a una señora; esta señora tuvo un sueño, en el que vio cómo pegaban y apaleaban horriblemente a Cristo; y lo vivió con tanta intensidad en el espíritu que a la mañana siguiente ella misma estaba llena de moratones...

—Espere un poco, ayúdeme a recordar que a usted... enseguida tengo que... Pregúnteme algo enseguida, tengo una bonita historia para usted. Siga.

(Señor en la sala):

—Y le dolía el cuerpo...

—Acaba de surgir.

(Señor en la sala):

—Tuvieron que trasladarla, pero ya no era capaz de ponerse en pie. Entonces las enfermeras la levantaron de la cama y la colocaron sobre una camilla, y así la transportaron. Los médicos se vieron ante un misterio.

—Sí. Creo que ella..., al ponerse enferma, esa mujer... Dijo ella: vio cómo pegaban a Cristo.

(Señora en la sala):

—Soñó que clavaban a Cristo en la cruz y que entonces lo pegaron horriblemente...

—Sí, para aquellos tiempos.

—... y cuando se despertó por la mañana estaba llena de moratones, molida a palos.

—Señora, es una imagen que debe haber vivido ella en Jerusalén, de lo contrario es imposible soñar esas cosas a fondo. Sí es posible soñarlas a fondo... ¿Es muy católica ella?

(Señora en la sala):

—Sí, mucho.

—Entonces no me lo creo ni loco.

(Señora en la sala):

—Yo lo he visto.

—Qué duro verdad, ¿verdad, señora? Así, ala: “Entonces no me lo creo”.

(Señora en la sala):

—Sí, yo lo he visto, estaba yo al lado de ella.

—Sí, ya lo vio usted, señora, pero entonces es la iglesia católica quien se la da a ella y así carece de realidad. Pero cuando no se es católico... Puede haber sido siglos atrás. Pero entonces ha de ser con rapidez, porque la iglesia católica tampoco apareció hasta después de Jerusalén —dos mil años—, entonces uno aún no ha tenido esa vidorra. Porque si vivió usted allí en Jerusalén y vio cómo golpearon a Cristo y cómo lo torturaron y si usted también estuvo allí entre la gente: “¡Hay que crucificarlo y pegarlo!”, o estuvo allí entre toda la gente y dice: “Ay, Dios, mío, es Él, es Él, y ahora van a asesinarlo y van a flagelarlo, a escupirle en pleno rostro”, y si vio usted cómo lo clavaron en la cruz, porque todo eso era posible verlo, entonces sí que estuvo usted allí, señora. Pero si viene usted de la iglesia católica y ahora está atada a ella, entonces seguramente que es algo que te dio el señor cura durante la juventud.

(La señora dice algo inaudible).

¿Lo ve? Por eso le pregunto de inmediato: ¿es católica? Un poco rápido, ¿no le parece?

Una noche les conté aquí algo, y usted me preguntó: “La hipnosis ¿es buena para la gente en la sala?”. Entonces dije: es lo peor que puede hacer el ser humano. El veneno más fuerte. Es despertar algo en el ser humano que tiene que conservar, y es imposible hacer que eso cobre conciencia, digo: es mortalmente peligroso. Unos no sienten nada y otros sí. ¿Lo leyó? En Inglaterra, una chica que se puso a gritar. Y ahora es psicopática, está enferma, por el hipnotizador.

¿A que tenía yo razón, señor, hace poco? Gracias. De eso se trataba para mí. Digo: ya estamos otra vez. Pero si lo digo aquí... ¿Y la sociedad? Pues no. Cualquiera hipnotizador te dirá: “A cerrar los ojos. ¿Me siente? Apriete, apriete”.

Yo entonces también estaba en Karseboom (una sala en La Haya), digo: “Para ti los drudels con todo eso de ‘apretar’. Conmigo no cuentas”. Y media sala estaba allí con las manitas.

Digo: “Señora, deje las manitas sueltas; sueltas. Mejor déjelas sueltas, señor: sueltas”.

Entonces dijo: “No toques mi trabajo”.

Digo: “Váyase, señor, lo que usted hace no es más que una desgracia”.

Y que me viene una señora al escenario, que tenía que ponerse a darse un baño allí. Bien. Que tenía que darse un baño. “Qué delicia, está usted en la playa y vamos a meter los pies en el agua, qué gloria, y hace sol y usted ve a la gente. ¿Siente el agua?”.

“Ah”, dice, y entonces subió un poco la falda, que la gente le viera las rodillitas.

Pienso: ‘Eso hazlo a mi hermana o a mi familia y te saco del escenario a rastras. Están mancillando allí a la mujer. Y al ser humano, a un buen ser humano entrado en edad, a un erudito, a un buen ser humano lo convierten allí en el escenario mediante hipnosis en un engendro. Y eso a la sociedad de aquí le parece bien. A todos esos hipnotizadores habría que cascarlos.

Resulta que aparece ahora una niña en Inglaterra a la que él le dijo que llorara, pero de verdad... (inaudible), y que la criatura ya está gritando de tanto llorar, porque la hipnosis ha impactado en los sentimientos y ya no sale de allí, porque se ha adherido como una ventosa a una cosa, y ahora el hombre ya no es capaz de soltarla. En Inglaterra ya lo van a prohibir.

Pero el hipnotizador no sabe lo que despierta. Se lo puedo explicar, porque conozco los sentimientos del ser humano, conozco los dones espirituales. ¿No se lo conté aquí una noche, señoras y señores?

Ahora estamos con el caso, he terminado por tener toda la razón. Y así tenemos más cosas entre el cielo y la tierra, la vida y la muerte, señor, cuyas

leyes el ser humano aún no conoce, y dice: “Bah”. Después, detrás del ataúd, sacaré mi porra espiritual y tendré razón. ¿Me creen?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Gracias.

Sí, llevo hablándole a usted toda la noche, pero con corrección.

(Risas).

Y durante el descanso alguien dijo: “Ahora se ha ido el señor De Wit, allí en la esquina están los demás”. Digo: “Ya volveré a encontrar otra persona”. Necesitaré a alguien con quien tener contacto brevemente, ¿no? De lo contrario no hablaré aquí más que al vacío; ¿cómo dice, señor De Wit? ¿Me hará el favor de decirle eso a la señora De Wit, señora, señor?

¿Alguna cosa más, señora?

(Señor en la sala):

—Dijo que nos iba a contar una bonita historia.

—Señor, acabo de contársela. Trataba de la hipnosis. Ya se la he contado. Señoras y señores, denme alguna cosa divertida, porque todavía nos queda un poco de tiempo.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

Sí, señor.

(Señor en la sala):

—Hablaba usted hace un momento de la borrachera que no existe en el otro lado, pero en ‘Una mirada en el más allá’, allí, en esos infiernos, allí también beben, ¿no?

—Sí.

—¿Ellos no se emborrachan?

—No, es veneno espiritual. Se mancillan. No hace más que arder. En los infiernos, ¿no se lo van a creer! El maestro Zelanus alguna vez, algún martes por la noche, asustó a la gente en Ámsterdam. Hubo alguien que dijo: “¿Qué es la pasión?”. ¿Perdón? Pues, es imposible encontrar palabras para eso. No puedo. Es que yo no soy capaz. Entonces levantó un pequeño velo, de qué era realmente la pasión. Dice: “Los maestros escriben que ustedes son capaces de transgredir leyes, ¿verdad?”. Y entonces hizo sentir un momento a la gente cómo se transgrede una ley. Y la gente dijo: “Fue como si los diablos hubieran entrado a la sala”. Y es que vienen. “¿Todavía no tiene miedo, señor?”, dice. Ojalá se fuera, qué asco, vi cómo fue se fue construyendo esa aura. Dice: “Ahora los cielos están aquí”. Dice: “Y eso no es más que una nimiedad”.

Señor, ¿qué es el fuego espiritual en el ser humano detrás del ataúd? ¿Qué es la pasión detrás del ataúd? Aunque no se lo crea: en la tierra crepuscular no se le ataca; pero, ay de usted, señora, si tiene que ver con el odio, y señor. Aquí siguen ustedes en la tierra, no se han desfogado viviendo, aunque se

adentren mil veces en la sociedad y vivan el submundo, señoras y señores, no podrán vivir el cuerpo hasta agotarlo, porque es universalmente profundo, cósmicamente profundo. Así que lo disfrutan a pequeños bocaditos. Y entonces llegarán a otro lado, el espíritu llega allí y no tiene nada, aún lo tiene todo del espacio. Y entonces se les acercarán hombres y mujeres y serán violados y violadas espiritualmente, tanto que dará gusto, señora, y eso no tendrá fin, señor. Les privarán completamente de sus jugos vitales hasta que yazcan allí, succionados hasta quedar completamente vacíos, y entonces los dejan un rato tirados; de todas formas ya se volverán a recuperar porque su chispa divina los reconducirá a la normalidad, al pensamiento, y entonces volverán a crecer y a dilatarse, y después ellos volverán de nuevo, señor, y allí lo violarán espiritualmente.

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, esto es, pues, en la tierra, porque ya es bastante grave que la gente...

—Imposible vivir eso aquí en la tierra, señora, aunque tuviera usted un harén como un señor, con cuarenta damas, y se desfagara usted tal como el ser humano no quiera hacerlo, señora, aun así no se desfogarí; porque todo esto es espiritual. Desfogarse corporalmente, señor, si el ser humano sigue andando todavía... Ya no le hará falta tener cerebro ni tener luz ni tener ojos ni tener tripas ni tener corazón ni circulación sanguínea, todo eso lo tiene que poder vivir hasta agotarlo. Eso tiene que disolverse. Esa sangre tiene que cambiar y tiene que convertirse en una pocilga, así de terrible es. Eso puede hacerlo usted en el espíritu, pero no en la materia. ¿Es posible hacerlo aquí? Es imposible, ¿no? De eso se trata.

Y entonces llegará usted espiritualmente... como una personalidad espiritual tendrá sintonización con el odio, con la destrucción, con las paradas, con las palizas, con la desintegración asesina en todo. Espiritualmente, el ser humano puede ponerse como una bestia, de lo lindo, y entonces uno ya entiende: allí uno llegará a ver a los que son de su misma especie, y son millones.

Señoras y señores, despierten y sean cariñosos, entonces no tendrán que ver con esas cosas allí. A mí no me da la gana. Los he visto allí, señoras y señores, tanto que anduve asqueado de esa gente durante meses. Mi comida: tenía el hedor de las tinieblas. Y allí el espíritu. Digo: “Maestro Alcar, eso no lo aguanta ni un caballo, ¿no? Huelo ese hedor de las tinieblas. Los cielos, pues sí, ¿qué van a querer hacer los cielos si me has mostrado toda esa miseria del espacio?”

“Tendrás que superarlo de todas formas, André”.

Ya no podía comer, ya no podía beber, ya no podía ver, ya no podía dormir, sentía compasión con todos los seres humanos. Con tal de que un ser huma-

no fuera duro yo ya me asustaba, pienso: ‘Ay, otro de esos que no se conoce y que no hace más que dar golpes y patadas’. Y entonces creen... “Vaya, claro, ¿será verdad eso? ¿Será verdad lo que dice ese tipo, eso de que ha estado allí?”. Digo: “Señor, ¿es que no lo siente? ¿No fue Cristo quien dijo: ‘Ama todo lo que vive o te visitarán los diablos y los satanases?’”. Pero a Cristo tampoco lo creen, porque eso es imposible. Allí pone: no matarás. Y resulta que tienen un Dios y rezan: y lo hago por Dios y fue Dios quien me puso en el trono. Y firman penas de muerte que saltan chispas. Y luego esto: ¿no matarás? Se ríen de Cristo en plena cara, en plena...

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Cómo dice, señor?

(Señor en la sala):

—Le pegan en plena cara.

—Se beben todos los días Su sangre.

Qué divertido, ¿no?

Bueno, todos ustedes verán los infiernos y las tinieblas. Luego me dirán, o a ustedes mismos: “Ojalá que se hubiera servido del látigo”.

Pero, señor, al ser humano no le da la gana. Lo vivo a diario. Un ser humano que ha cometido un asesinato, que estuvo tan podrido durante veinte años, Dios mío, Dios mío... “Te amo”, dice el Mesías, dicen los maestros, pero qué va, qué va.

Puedo besar a un hombre si deja de pegar, de golpear a muerte. Y ahora una madre que dice por allí, ya estamos otra vez: “¿Qué ta pasa, por el amor de Dios? Por mí, que te parta un rayo”, al padre de cinco hijos.

Entonces dice: “¿Cuánto tiempo tengo?”.

Y dice ella: “Por mí, seis semanas”.

Dios, mi amado Dios, mujer, ¿con qué puedo hacerte feliz? No para ese hombre ni para esos hijos, sino para ti mi, porque te fustigas. Imagínate que ese pobre milagro —es un milagro— sale de inmediato, que está allá en la tierra de odio. “Succionen hasta dejarla vacía, diablos, hasta que se entere, hasta que pare ya”. ¿Es eso lo que querías? Porque así de duro se hace el ser humano. Entonces dice: “Es severo”.

Hace un rato había alguien allí, digo: “¿Esas majaderías?”. Alguien me mostró unos pequeños retratos, dibujos. “Es lo más elevado de todo lo que me han dicho”, me dice mostrándomelos.

Digo: “Señora, anda ya, déjese de tonterías, eso lo hace un niño de ocho”. Y eso dijeron los maestros.

¿Es mejor que me ponga a mentir? ¿He de decir: “Sí, qué bonito?”

Dice ella: “Es lo más elevado de todo lo que hay”.

Digo: “Señora, añada una cruz, así por lo menos es algo”. Pero allí no había ninguna crucecita. Y ahora me abandonan. Bueno, pues, váyanse.

Si digo: el otro lado es espiritualmente consciente y Cristo se dio a sí mismo, no murió por los hombres, sino que lo asesinaron a Él y si vuelves a pedir una pena de muerte, arrojas a Cristo a golpes del Gólgota... Pero Él me dijo (en inglés): “A mí no me mataron, André; se mataron ellos mismos”. Se mataron y asesinaron a ellos mismos, pero no a mí. Digo: “Nuestro Señor”, cuando lo vi, en la cosmología, digo: “¿quieres aceptar que quiero dar mi sangre, mi cerebro, mi luz por ti? Pero no a hienas humanas ni a ninguna conciencia ni ningún sentimiento de leones y tigres”. Digo: “Y a la gente que viene a escucharme, Nuestro Señor, le enseñaré que ya pueden ponerse a dar golpes y patadas, pero no devolverán el golpe, ellos no; serán así de fuertes en su luz vital, porque es lo que generó el espacio”.

Y son ustedes (sois) fuertes, ¿sí o no?

“No dejes que te pisoteen”, y “no dejes que te golpeen”. Deja que te torturen hasta el final; lo único que hará, señor, es torturarse a sí mismo. Detrás del ataúd hay cien millones de personas al lado de usted y dirán: “Vamos, a colgarlos, ¿no?”. No, señor, entonces ella dice: “Mejor me hubieras matado a golpes cuando dije: ‘Que te parta un rayo’”.

Yo también digo de vez en cuando: “Que te parta un rayo”, pero no lo digo en serio, suele ser una majadería. Pensabas que el mundo y la humanidad... “A veces hay que ser bruto y duro”, dicen. Bueno, ¿para qué? Pero ir un poco a la contra. Así los seres humanos arrastrarán aún más pecados. Pero eso ya tampoco lo hago.

Una vez, sí, una vez desde luego que me dio fuerte. Digo: “Maestro Alcar, estuve con gente, no pude remediarlo, pero les di una bofetada en plena cara, porque han mancillado a Cristo, y a usted y los libros y todo”.

Dice: “No golpees, André, porque te sacarás a ti mismo a golpes de mi contacto”.

Digo: “Y no volveré a hacerlo nunca más”. Digo: “Con que solo una persona toque los libros me echo encima”.

Digo: “Ya pueden asesinarlos, arrojarlos a la estufa, mancillarlos, cotillear sobre mí y someterme a sus habladurías, volver a destrozar a Nuestro Señor y volver los cielos locos de remate, pero no les haré nada, luego me reiré en plena cara suya”. Pero ya no volveré a pegar. Ya me cuidaré mucho de no hacerlo. No quiero odio, señora, no quiero bronca ni destrucción, no quiero gruñir ni bufar, y si me hace usted eso, quizá diga yo: “Los drudels”. Bueno, claro, entonces usted tampoco quizá se aclare.

Pero el ser humano continúa, el ser humano golpea, el ser humano da patadas, y por mucho que uno grite o por mucho que uno lo diga y sepa todo, el ser humano no se lo cree. Pero dentro de poco detrás del ataúd, ay, ay, ay, cómo me reiré, allí me sentaré encima de una montaña debajo del árbol vital del espacio y les arrojaré manzanas podridas. Pero allí no habrá ni uno del

que puedas extraer un juguito vital; y allí se asfixiarán de sed, mejor créanse-lo. Mi propia madre y mi propio hermano y mi propia hermana... No estoy en condiciones de agarrar una manzana y de tirarlas allí. Digo: “Coman y beban”. No, bueno, golpeenlo. Señor, el ataúd está cerca. Puede ocurrir esta noche. ¿Y estará entonces con un pie en la tumba? No, señor, entonces estará con ambos pies detrás del ataúd. En una vida espaciosa en la que odiaba, maldecía, gruñía, bufaba: “Maldita tipeja, maldito canalla, por mí que te parta un rayo”, en esa porquería estás metido.

Lo dejo, me niego. ¿Quiere usted que me ponga a odiar? Vaya, vaya, señor, mejor asesíneme de una vez por todas, destróceme, vamos, arrójeme bajo el tranvía, ya me cuidaré de no odiarlo, de no decir nada de usted. Sí, estoy loco. Dejaré que..., dejaré que sus afrentas me expulsen de las esferas.

Porque Cristo nos dio el ejemplo del modo en que estuvo ante Caifás y Pilato. Y Pilato dijo: “A flagelarlo”. Y llegaron los verdugos y dijeron: “Raca”. Y el pobre, el bueno de Nuestro Señor no dijo nada. Y los Pedros y los Pablos que estaban sentados allí dijeron: “Ese sí que es nuestro Jefe, es nuestro Maestro, es Cristo, Él deja que lo golpeen, no devuelve el golpe”. A ver, mueve un dedo, y habría echado a perder Su espacio divino, por el ser humano. Sí, Él estaba loco.

No me sale de las narices, ya no lo voy a hacer más. No digo: “No me da la gana”, señor, eso se lo puede decir a su familia en La Haya, aquí no soy ningún catedrático, ninguna institución intelectual, eso de todas formas lo tengo, pero no me da la gana odiarlo a usted, pegarlo, patearlo. No, no, señor, ni que fuera a matar mi personalidad para complacerle a usted, para ir a atarme a su podredumbre, ni que fuera a pegarla y a calumniarla, señora; ni que fuera tonto. Pues así es como pienso sobre mi propia vida y sobre la del ser humano. Y si no quieren darse por enterados ni quieren aprenderlo, bueno, pues golpeen a diestro y siniestro: detrás del ataúd ya verán la porra que les toque.

(Señora en la sala):

—A uno lo declaran loco si no devuelve el golpe.

—Sin duda, pero entonces ya no queda nada de usted. Esta sociedad devuelve las patadas y los golpes. Yo ya no le doy la oportunidad de golpearme. Solo les devuelvo el golpe de la sabiduría. Una madre que ama tampoco le dice a su hijo: “Te voy a asesinar”.

En nuestra casa Crisje amaba al más difícil. Decía: “Ese es exactamente como tú, también es hijo mío”. Pero Gerhard era difícil. No por eso la madre va a asesinarlo. Ni devuelve el golpe. Nos provocan para que golpeemos, señora, porque ahora las manos pican. Y ya solamente...

Dan ganas de darle a un erudito de esos con un martillo en la testa por haber abierto en canal a un pequeño mono, fíjense en la carita del mono,

atravesada de dolor. “Toma, simio humano, feo, ¿así te parece bien?”. Pero entonces encima cargas con un asesinato sobre la conciencia. Porque uno no toca la vida, ni aun que... Entonces ahora ya podrías meter entre rejas al mundo entero, porque la chusma se dedica a robar. Te succionan el corazón hasta vaciarlo, señora, quieren tu alma y espíritu. Eso también lo sabrá Johan de Wit. Pero los “drudels”, señor Lieftinck.

(Risas).

Sí. ¿A que esta noche voy muy rápido? Soy muy veloz, porque pienso a la velocidad del rayo, señor, es que da hasta miedo.

Jamás he bebido del agua de ustedes, esta noche lo hago de vez en cuando (del vaso encima del pupitre del orador). ¿Tiene usted algo más? Entonces lo dejo.

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, acaba de hablar usted sobre los sueños...

—Sí.

—... estoy teniendo unas pesadillas muy desagradables...

—Pesadillas.

—... ¿tendrá que ver eso algo con vidas anteriores?

—¿Con su amor anterior?

(Señora en la sala):

—Con la vida.

—Sí, su amor anterior, entonces desde luego que está viviendo usted a fondo la vida. Sí, hay pesadillas sanas y las hay verdaderamente nocivas. Es imponente y divertido vivir sueños, pero cuando se hace un cóctel de todo eso, es horrible. Entonces no se duerme bien. Es cuando lo persiguen a uno siempre sin que jamás lo atrapen, porque siempre estará a la carrera, ¿verdad? Algo de verdad hay en eso. Pero no tengo ningún asidero, señora, porque si usted anotara de verdad esa pesadilla, yo ya me encargaría de desmenuzarla, pero así no me puedo meter.

(Señora en la sala):

—Me persiguen un par de leones...

—Y, claro, nunca la atrapan, ¿verdad?

(Señora en la sala):

—No, quería huir, ¿entiende? Pero tenía que bajar por unas escaleras, muy raro...

—¿Y ellos también?

—... unas escaleras en una tupida jungla.

—Bajar por unas escaleras en una tupida jungla, pues sí, aún peor, eso sí que es una pesadilla.

—Cuando por fin llegué a esas escaleras estas ya no estaban, me caí y me desperté.

—¿Y entonces se despertó?

(Señora en la sala):

—Entonces me desperté.

—¿Y los leones ya no estaban?

(Señora en la sala):

—Me levanté un momento y después me fui a dormir otra vez, pero todo empezó de nuevo, ahora eran arañas las que me molestaban, así de grandes...

—Unos bichacos, arañas de verdad con una crucecita en el dorso. Las arañas de la cruz son peligrosas, ¿lo sabía?

Señora, son pesadillas de verdad, pero tienen un significado, solo que no tengo contacto, no puedo analizarlas, no puedo explicarlas porque usted a mí... No sé lo que pasó antes. Porque esos leones... Esas personas alguna vez han venido a verme... esos leones, señora, esos caracteres leoninos los reconocemos en ciertas cosas, y entonces usted estaría en algún lugar —no lo dude— persiguiendo a alguien con un carácter leonino. Y cuando llegó usted al pie de la escalera y se cayó, todo terminó de golpe. Pero eso continúa. Y el espíritu construye hasta la selva... Oiga, señora, que eso es una selva, porque toda esta sociedad es una jungla. Pero las pesadillas son repugnantes, eso es horrible.

Hace poco alguien me contó una historia. Viene y me dice: “Siempre me pongo a gritar a las dos: entonces hay alguien persiguiéndome”.

Digo: “Pues tiende un trozo de cuerda por encima de la carretera y se partirá la crisma”.

(Risas).

Y dice: “Pero ¿cómo voy a poder hacer eso en el espíritu?”.

Digo: “Señora, así, a ciegas. Aquí está la cuerda”.

Ahora en serio: es posible. Nunca cuento tonterías o se me echa encima la sagrada seriedad, ¿lo sabían?

Una persona dice: “Siempre hay alguien persiguiéndome que quiere agarrarme. Y así ya llevo quince años”.

Digo: “Señor, entonces ya lo dejaré caer un momento esta madrugada”. Digo: “Lo ayudaré”. Digo: “Váyase, tranquilo; váyase a dormir a las dos, antes no”. Digo: “Y ese primer sueño profundo, así dormirá usted, la una y media, las dos y media, las tres...”. Porque era un paciente mío. Y los nervios del hombre estaban destrozándose, solo por no dormir. Y una y otra vez, cada vez que se quedaba dormido, había dos tipos que lo perseguían ... (inaudible) ... y no querían más que agarrarlo, la cartera, el dinero y después a chantajearlo.

Digo: “Señor, ¿qué hizo usted en 1921, 1922? Veo ese invierno, noviembre, qué hizo entonces?”.

Y entonces él mismo fue la desgracia para ese chantaje. Y eso lo perseguía,

estaba metido en algo, él ofreció esa posibilidad y eso es lo que lo asustaba y lo que no lo dejaba en paz.

Digo: “Es usted mismo”. Pero bien, hemos tendido un cordel espiritual por encima de la carretera. Digo: “Esa carretera. ¿Cómo es la carretera?”.

“Así y así y así”.

“Bien, y ¿por dónde vienen entonces?”.

“De allí. Están detrás de los árboles y entonces vienen y corren y tengo que escaparme”.

Digo: “Pues allí es donde se caerán”.

Y entonces lo que hicimos fue tender un cordel espiritual, con el maestro Alcar, y se cayeron, dieron una vuelta de campana, fueron a parar a una acequia, pensaban que se ahogaban, porque también era parte de eso, y cuanto más fuerte era el choque para esos seres, más profundo lo era también dentro de él y entonces pegó un grito, en ese lapso pudo esconderse y salieron del agua, siguieron corriendo, pero ya no lo pudieron encontrar. A partir de ese instante se deshizo de sus pesadillas. Le costó dos florines y medio ese tratamiento. Y ya había perdido cinco mil florines con el psicólogo; pero ni así se había librado de ellas. Conmigo costó dos florines y medio, señor. Por ese cordelito espiritual.

(A alguien en la sala):

¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Mi marido también tiene pesadillas, pero esta semana casi me estranguló, aunque me desperté, mientras estaba dormida ya lo agarré a la primera. Terminó bastante bien. Ha habido más cosas, pero eso también ocurre con las pesadillas. No es eso lo que él mismo pretende, creo.

—Ni siquiera lo sabe.

(Señora en la sala):

—No, si siquiera lo sabe. No, porque el otro día se lo dije, y me dice: “No, quería levantarme”.

—Así que en su subconsciente está amándola que da gusto poniéndole las manos sobre la garganta de usted.

(Risas).

Señora, allí lo único que vale es darle una buena bofetada en las narices. Así, raza. No con una porra, sino con una regla de esas pequeñitas, zas, entonces se asusta y ese susto, ese susto... Sí, a veces es necesario. Eso no es pegar, pero ese cachete... Cuando él lo haga entonces dice usted: zas, mmm: “Sí, marido, es por tu bien”. Y ese susto lo detendrá a la hora de extender las manos mientras duerma.

(Señora en la sala):

—... (inaudible)... esta noche verá, esta noche él también verá algo, enton-

es saldrá de la cama...

—Sí, él es mediúmnic.

—Tuve una señora..., se dedicaba al espiritismo. Y: “Sí, sí”. “Y estamos tan bien”. Y por fin...

Digo: “Señor, hágala parar, señor, porque eso son majaderías lo que usted ve allí”.

Bueno, vaya, que siguieron. A las cuatro semanas tuve que acudir: “Señor Rulof, ay, venga, por favor, mi mujer está chalada”.

Y allí estaba sentada: “Vendrá el Espíritu Santo, y cuando lo veamos el mundo ya verá...”

Digo: “Sí, ya estamos otra vez, vuelve a tratarse del Espíritu Santo”. Digo: “Señor, me da, por favor, un cubo de agua fría”.

Y me dice: “¿Qué quiere hacer?”.

Dije: “Aquí solo servirá un cubo de agua fría, mi fuerza no la ayudará”.

Dijo: “Bien, pero yo no me hago cargo de eso”.

Digo: “Sí, causará molestias a los vecinos, pero necesito un cubo de agua fría”. Y la habría metido bajo un chorro de agua y no bajo las fuerzas del maestro. Pero bastó un cubo de agua fría. “Y si no lo quiere usted, señor, estará en dos días en (el centro psiquiátrico de) Rosenburg”.

No querían. Y solo quise causarle un choque, con el agua fría. Dos días después estaba en Rosenburg, y entonces le dieron catorce choques, y ni así lo consiguieron. Porque ella también quería ser una médium. Ya conocerán ustedes esos dramas; no es de extrañarse que nuestras cosas estén tiradas por las calles de la ciudad.

Pero el marido de usted es de una sensibilidad natural, y él es natural, su subconsciencia está activa, porque hemos tenido cien millones de vidas. ¿De qué tratan sus pesadillas? Entonces está ocupado con su lucha, señora, y usted está allí como una madre amorosa y resulta que la estrangula que da gusto. Qué divertido, ¿no?

(Señora en la sala):

—Sí, pero lo hace más veces. No, despierto no está...

—Pero ya es bastante triste. No es tristeza, sin embargo, es el pasado que habla en su interior. Pero cuidado, que la están estrangulando. Porque tal como él vive el ser uno con ese estado en el que vive, por lo que se extienden sus manos y se relajan, así ha habido bastante gente estrangulada. Sí. Todavía puede haber peligro. Pero ahora usted sabe cómo pintan las cosas. Si él la estrangula, usted tendrá sus “alitas”, una gloria. Y él tendrá que pagar los platos rotos, porque el juez no se lo creerá. Este dirá: “Ha estrangulado usted a su mujer”. Y entonces, claro, terminará en la cárcel.

(Señora en la sala):

—Sí, pero hasta allí no quise llegar; me propuse ir a dormir en otra hab-

itación...

—No, hasta allí no quiere llegar usted, pero imagínese que él sí tuviera la oportunidad de estrangularla, entonces ya está.

(Señora en la sala):

—Entonces es demasiado tarde.

—Mire, sí que hay una posibilidad. Si usted viene a verme, si hubiera venido por aquel entonces y hubiera necesitado un diagnóstico, entonces le pregunto al maestro Alcar: “¿Qué es lo que hace falta aquí?”. Y dice él... Si yo no soy capaz, se va usted al médico y le pide que le dé algo para los nervios de él, para que se tranquilicen. Porque los nervios se apoderan de sus sentimientos, los nervios se ponen en marcha y desaparece su control, su concentración, que ahora es inconsciente, y entonces aquellos se ponen a actuar y también se le meten en las manitas, que también contienen los sentimientos, y así ya estará agarrándola; y él ni siquiera se da cuenta.

(Señora en la sala):

—Sí, pero algo que le den los médicos no tendrá ningún impacto sobre él, porque no hace efecto sobre su sistema nervioso.

—No, pero los nervios, de eso se trata, para calmarlos... Sí, me sobran herramientas para él, si él quiere. Que se dé un baño de agua helada. Que este verano empiece poco a poco y que siga así durante un tiempo.

Cuando tuve ‘El origen del universo’, el maestro me colocó durante dos meses..., a las once y media de la noche ya podía ponerme a desvestirme, una gloria, y tenía que darme un baño de agua fría, una gloria, en pleno invierno. ¿Por qué? Dice el maestro: “Porque esos nervios tuyos, André, están en el punto de ebullición”.

He tenido que ganarme mis cosas, señoras y señores. Les aseguro que no era muy divertido darse todas las noches una ducha fría. Pero mi organismo echaba llamas. El agua se calentaba de inmediato hasta abrasar, tal era la intensidad de cómo me ardían los nervios. Y nunca he tenido dolores de cabeza, solo una vez. Y entonces lo quitamos a base de hablar.

¿Quieren ustedes ampliación? Amplíen entonces su voluntad y no se dejen llevar por la pereza. He dicho: “No quiero tener que ver con la pereza, y aún menos con el cansancio”. Ahora ha recibido cien pinturas, hermosos platos poderosos. Luego tendré treinta para ustedes, si quieren tener alguno para su casa, para su familia... Claro, entonces me dirán: “Que nos sean demasiado caros, ¿verdad?”. “Que no sean demasiado caros, ¿eh?”. Pero son para ‘Jeus III’.

¿Qué es lo que estaba diciendo hace un momento?

(Señor en la sala):

—‘Jeus III’.

—Bueno, antes de ‘Jeus III’, sí. No, eso no era. No, se me ha ido.

(Señora en la sala):

—Pinturas.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Sobre los platos.

(Señor en la sala):

—Esas pinturas.

—Sí, de eso estaba hablando. Pero había algo más. Ah, sí, ya lo tengo, señor. Ya lo tengo. No, ni siquiera lo había dicho todavía. Hemos hecho un centenar, ahora ya estoy escribiendo otra vez, ya casi he acabado medio libro, pero no estoy cansado. Nunca me canso. No quiero tener que ver nada con el cansancio. Porque el ser humano tiene profundidad espacial y se puede agotar siete veces, eso lo he vivido durante la guerra, lo he escrito, ahora hemos acabado veinticinco libros, y bien podría empezar otros veinticinco, pero ya no hace falta, porque los maestros dicen: “Luego estará en la tierra el aparato de voz directa, y ¿por qué íbamos a deslomarte ahora? Mejor disfruta ahora de la madre naturaleza, habla alguna vez con una flor y una planta, porque el ser humano de todas formas no escucha”. Pero eso no es cierto, porque usted también está aquí esta noche, señor.

Señoras y señores, hasta el domingo por la mañana. Entonces hablarán los maestros en Diligencia, porque no soy más que un gran lelo.

Que descansen.

Hasta el domingo por la mañana.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 3 de abril de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

—Esta noche voy a empezar con una larga carta, con: “Muy señores míos”, y señoras, claro, “El abajo firmante ruega que tomen en consideración su propuesta que se detallará a continuación. Desde hace años diferentes personas están intentando reunir bajo un solo techo a todas las agrupaciones que piensan de forma espiritual. Esos planes, sin embargo, se quedaron una y otra vez en papel mojado. A pesar de ser muy consciente de las dificultades que conlleva este plan, también yo quiero aventurarme a hacer un intento en esa dirección”. Escuchen esto. “Aquí en la ciudad hay una panadería cuyo propietario está dispuesto a transferir una parte de los beneficios, 15 centavos, a una cuenta para un fondo con el que construir un templo en el que se pueda albergar a cualquier grupo espiritual. Este plan solo se podrá llevar a cabo con el pleno respaldo tanto de los líderes espirituales como de las directivas de las asociaciones con sus socios. Imagínense: este templo podrá albergar una biblioteca, una sala de exposiciones para obras mediúmnicas, un sala de cine, varios auditorios”. Así que todo incluido, ¿eh? “Cuanta más gente que piensa de forma espiritual compre su pan en esta empresa”, no está mal, buena idea, “antes se podrá materializar el ideal. Intentemos todos generar esa unanimidad que será muy necesaria para poner en práctica esta propuesta. También se ha enviado un ejemplar de este escrito a otras asociaciones. Con la esperanza de que este escrito pueda dar sus frutos, le saluda atentamente, T. Schaminee, calle Van Timorstraat 122, en La Haya”.

Este hombre vino a verme, le digo: “Presenta algún escrito, entonces reaccionaré”. Digo: “Así lo podremos comentar”. Pero, claro, tengo —y así se lo dije— otros cien ejemplos, o más, naturalmente. Aunque no es ni tan mala idea eso de que vayamos a comprar el pan donde ese hombre en particular. Digo: “Pero ¿cuánto tiempo tomará para que podamos comenzar con ese templo?”. Y para mí no se trata por el momento de ningún modo del templo. La gente ha dado dinero para el templo, podríamos construir la Universidad de Cristo, pero eso ni siquiera basta para doscientas personas. Y si comienza ese templo, entonces los maestros comenzarán con algo muy diferente, porque entonces recibirán ustedes su propio asiento en él, es lógico. Porque cuando no estén y dejen que otros ocupen su sitio... —todavía no quiero tener socios, y eso ya lo hemos contado y explicado antes—, pero si otra persona ocupa su sitio, esa Universidad se detendrá. Y ¿qué vamos a hacer

con doscientas personas con un templo de esos de un millón de florines? Pero tengo otros muchos medios.

Pero ¿qué piensan de esto, señoras y señores? Dejemos que esta persona... —señor, es uno de los nuestros, y anda con este plan, es algo muy impo- nente—, que lo intente, así se lo dije, con otras asociaciones, con los teósofos, con los rosacruces, con los espiritistas. Si todos ellos se unen, seremos tan po- derosos como no te puedes imaginar, y tendremos en cuatro semanas media hora de tiempo de emisión en la radio; siempre que ustedes se unan.

Los espiritistas tenían antes de la guerra media hora de tiempo de emisión en la radio. Media horita. Y entonces me ponía malo, porque en esa media horita venían con rimas. Digo: Dios mío, Dios mío, les dan un rato la oportu- nidad y vienen con poemas. Y salía un tipo de esos muy beatos... y declam- aba una de esas bonitas rimas que duraba un cuarto de hora, y otro cuarto de hora para unas palabras, y adiós media hora. Digo: “A ver, denme a mí solo cinco minuto”, pero claro, no me los dieron.

Bueno, pues eso era otra vez un grupito de gente que se había reunido; a él si que le daban permiso, él sí puede hacerlo, y entonces había eso de “es que es una maravilla cómo habla”... Bueno, eso yo también sé hacerlo, a ver, denme la radio y nos pondremos a hablar que da gusto. ¿Cómo quieren oírlo esta noche? ¿En el dialecto de Güeldres o con acento urbano?

(Jozef habla con afectación).

“Tienen que... Empezaremos a pensar de otra manera...”. (En inglés): “¿Cree usted que nos gusta preguntar siempre...?”. Bueno, entonces hablamos de forma engolada y empezamos a gorgorear.

Pero ¿qué piensan de esto? Yo he dicho esto: miren, teatro —teatro, no; bueno, también se puede meter—, cine, conferencias, libros, exposiciones. Señor —¿dónde está?—, tengo el plan, el plan ya está listo, desde hace años, y está firmado por un arquitecto de La Haya, un tal Van de Hoek. El templo está completamente listo, la arquitectura está lista, calculada y todo. Eso ya está listo, desde hace mucho. No solo tengo mucha gente a quienes les intere- sa, incluso hay una compañía cinematográfica con interés. Y cuando esa gente recibe dinero... Ya han hecho una película, que se paralizó, pero aun así la han retomado para seguir con ella, porque tiene demasiada cosas bonitas. Cuando haya llegado el momento y la pongan aquí a La Haya, los avisaré.

Pero esa sociedad, el año pasado..., hace año y medio... Era un banquero, un adepto, en Ámsterdam, del maestro Zelanus, y dijo: “Jozef, ya has hecho bastante tú solo. Ya es hora de que empecemos nosotros también, vamos a darte un tercio de la película para los libros”. Y eso quedó reflejado en los documentos. Y el hombre, el director y todos...

(Dirigiéndose a la gente en la sala):

... pasen, señoras y señores.

El director y todos aquellos que querían ayudar —y estos a su vez también eran adeptos de nosotros— leen los libros y son conscientes, así es, y solo quieren hacer eso en concreto...

¿Qué pasa? El banquero enferma y me hace llamar, voy al hospital, y me dice: “Voy a darte cien mil florines”.

Digo: “Bueno”.

Está echado, dice: “Y ya he llamado a Estados Unidos, a uno de los reporteros más grandes del país, un amigo mío, del New York Times...”.

Digo: “Estuve allí. No lo he visto”.

Dice: “... y va a venir a Holanda, lo haremos venir, porque tiene que escribir sobre ti”. Y todas esas cosas más.

Digo: “Bien, señor”.

Yo no hacía otra cosa que mirarlo. Me sujetaba la mano. Dice: “¿Volveré a curarme?”.

Digo: “Sí”.

Dice: “Porque tú ya has hecho bastante. Somos unos holgazanes”, dice, “no hacemos nada y yo... tenemos nuestro más allá, tenemos las esferas y tenemos nuestros espacios y tú te enfrentas a todo eso solo. Lo hacen los maestros, pero ¿es que no tenemos nada que decir nosotros? ¿Es que no podemos hacer nada nosotros?”.

Es así, ¿no? Mis libros son los de ustedes, ¿no? ¿O no es ese su más allá?

Y ese hombre lo había comprendido, dice: “Voy a darte cien mil florines”.

Voy a la conferencia, porque tenía que ir a una conferencia, digo al hombre que apareció allí más tarde, ese director de cine, digo: “Aquel me prometió cien mil florines”. No, ni siquiera se lo dije. Me fui arriba, digo: “Maestro Alcar, ¿tiene más millonarios de esos que en una semana estarán en el ataúd y que todavía me quieran prometer cien mil florines, para usted?”. Una semana después el señor estaba en el ataúd. Adiós los cien mil de Jozef. No dejaron nada de la película; adiós tercera parte.

Pero tenemos otra posibilidad, y es esta, señoras y señores, demuestra, ¿no es así?, que ese núcleo lo recibes de todas formas; este hombre, ese señor de aquí, no es mal plan, pero tenemos cosas mucho más poderosas para llegar, porque es muy hermoso, eso de que ese panadero se muestre abierto al bien. El domingo por la noche, después de la conferencia, alguien tiró, echó un sobre en el buzón con 535 florines para los libros.

Aquí llegan muchas veces notas; ala, a abrirlas en casa. Y allá billetes de 20 y de 50 y de 100 y de 500, y así podemos seguir. ¿No basta eso? ¿No basta que el ser humano sepa que los libros son de ellos y no solo míos?

Quinientos treinta y cinco florines, casi nada, pero para ‘Jeus III’ había cinco mil florines en el buzón. Esto es para ‘Jeus III’. Miren, yo digo que..., yo siempre digo que, yo para mí, yo... No pone ninguna dirección, no pone

nada, y eso me parece aún más imponente. Y entonces no me pongo a mirar de ninguna manera, no quiero saber nada de eso, porque son las orquídeas para el Gólgota. ¿Entienden? No es cosa mía. Pero por lo visto sí que saben a dónde va, de lo contrario no lo harían. Señor, eso la gente no lo hace así como así.

Y por mucho que nos echen carros y carretas de lodo, también van pasando carritos dorados, ¿entienden? Y entonces se me hizo un nudo en la garganta, pienso: ‘Gente, suerte, oigan: suerte, ánimos’. Lo transmitiré enseguida y luego ya lo verán.

Miren, esos importes de dinero... ya se lo he contado varias veces, esos importes, eso ya ha sido bastante, pero también les dije: en estos momentos contiene poder, un montón. El maestro Zelanus lo ha contado en Diligencia: “Su dinero se usa para los libros”. Y es lógico, ¿no? ¿Por qué íbamos a colocar eso entonces y no hacer nada con ello? No, los libros tienen que ser publicados. Y esa es nuestra posesión.

Poco a poco, esa Universidad de Cristo, el Círculo Científico Espiritual “El Siglo de Cristo”, eso va a ser..., en veinticinco años todavía no, sino en cincuenta, cuando empiece a hablar el aparato de voz directa, entonces será propiedad del estado. El estado retomará esa palabra. Porque esos libros irán a cada casa que tenga que aceptar a Cristo y a Dios; aquel que nosotros hemos visto detrás del ataúd, Él tiene que ser aceptado. Y entonces, ¿qué harán nuestros libros?

Ahora estoy con el de ‘Preguntas y respuestas’ de usted, que ha preparado la señorita Bruning. Y ahora lo copio a máquina, porque habían desaparecido muchas cosas, y eso usted de todas formas no lo puede hacer. Pero si lee usted las preguntas que ha hecho allí y cómo las han respondido los maestros, desde aquí mismito, eso es imponente. Luego tendremos el dinero para eso, diez mil, para hacerlo imprimir en un plisplás. Porque multicopiar, se lo diré honestamente, esa era la intención, eso no es más que quebrar el trabajo del espacio. Esto hay que convertirlo en un bonito libro: un libro blanco con una cruz en la tapa y un cochecito de bebé con un niño. Y entonces dirán: “¿Qué cosa tan rara es esa?”. Debajo de la cruz de Cristo un cochecito de bebé con un niño dentro y además una mano detrás que va empujando, un hermoso simbolismo. Esa es la nueva vida para el ser humano. Eso lo veo ahora a la primera, la cruz de Cristo, un libro blanco, una cruz azul en la tapa, y debajo de la cruz un carrito con un bebé dentro, una mano —una mano hermosa, claro, ¿eh?— que lo va empujando. Y eso es: ven a mí y estarás a salvo. Eso es este libro de aquí.

Señor, señor, señor, señor, sí, ¿qué haremos? Ya le dije: incluso está en ello una productora de cine. Tengo listos seis guiones. Tengo mi arte. Tengo cien platos. Me puedo quitar de encima treinta, según les dije hace poco, y si

quieren uno no tienen más que venir a ver, si llegan pronto, si no habrán volado. Aunque entonces oirán mañana cómo brama la tormenta. Pero ¿cómo me las ingenio para ver uno por uno? Es lo más extraño, ¿verdad? Eso es cosa de ustedes, sin embargo. Y hay algo más, y todo es, como siempre, para esto, señor, para aquello, los libros. Primero me encargaré de los libros, es mi tarea.

Y hay otra gente que ya está construyendo ese templo. Si nosotros, a esas diversas sectas, esos aspectos variados, el espiritismo..., también se lo he contado al señor... Vamos a tener... los rosacruces no los tendremos de ninguna de las maneras, la teosofía tampoco la conseguiremos; pero con los espiritualistas, ya solo en Holanda, señor, entonces ya seríamos ricos, estaríamos forrados. Pero aquellos que están allí sentados sobre un caballo, ¿serán capaces de sentarse allí y de escuchar? ¿Es que me tiene que parecer bien que en ese templo...? Se lo he dicho... Entonces compramos un templo y entran todas esas asociaciones, llega ese señor, cierra los ojos y habla; una señora, y entonces estoy con las narices encima mientras cuenta majaderías, señor, en nuestra casa que tiene justicia y veracidad. Señor... (inaudible), entonces los nuestros ya estarán barriéndolos hacia afuera; así que no lleva a ningún lado.

Ese pancito, señor, se queda ácido debajo y en sus manos. Y ¿ahora qué vamos a hacer? No es tan sencillo. Pero voy a seguir. Y esperen a oír todo lo que diga esa gente, y entonces verán, señor, se encallará usted porque esos galgos quieren vivir su propia pista de carreras, y volar por ella. El ser humano no quiere apearse de ese caballito. ¿Cierto o no? Se han convertido en alguien, han hecho algo, tienen sus sesiones, tienen esto, reciben sus flores, reciben sus serecillos humanos... Y Antoinette van Dijk (cantante, presentadora de radio, 1879-1975) se muere, ha sido maltratada y torturada en el campo de concentración, o aquello otro, pero ese mismo ser humano, esa personalidad, habla a la semana siguiente ante la radio: “Que siga viva”, eso mejor lo tiran; pero la señora continúa. ¿Y eso en tu propia casa? ¿Entiende?

(Señor en la sala):

—En el templo.

—¿En el templo? Señor, hagamos de esto un mercado, así sabremos al menos que también estarán las peladuras y las cajas. Y quizá también una naranjita que se haya ido rodando, nos la metemos, pues, en el bolsillo, pero más no recibirá usted de ninguna de las maneras.

Pues, sí, señoras y señores, ¿qué vamos a hacer ahora?

(Señor en la sala):

—A esto va unido algo más...

—Sí.

... porque si ahora vuelve a fijarse en ese señor Meinders, que es presidente de un Círculo Espiritista Protestante de esos, en los que ha reagrupado a los diferentes círculos espiritistas, las sesiones, y le dan por eso un sueldo

de cinco mil florines por el primer año, y seis mil por el segundo... Yo diría: pues ni tan mal, ¿no? Pero si son esos los señores que van a dirigir los asuntos, solo por el dinero, será mejor que se queden en casa. Yo, por lo que respecta a mí, preferiría decir: “Déjalo ... (inaudible), pero de todas formas son menos maduros para estas leyes”.

No nos sirve de nada, señor. Para los maestros no se trata de un templo; ya podría haberlo. El maestro Alcar dijo: “Nosotros llevamos el templo interior a la tierra”. Y eso no es cualquier cosa, señor, porque siempre se han construido templos, señor, pero la materia interior, la conciencia de ese templo, siguió siendo pobre como las ratas. ¿Cierto o no? Y ahora controlamos el templo interior. “Pero el templo exterior, el material”, dice el maestro Alcar, “lo dejaré al ‘Siglo de Cristo’”, es el tiempo que vendrá después de nosotros, “se lo dejaré al ser humano de la sociedad para que lo vaya construyendo”.

Lo mejor será que entre todos hagamos que estén los libros, solo con eso ya no damos abasto. Y eso es una tarea muy hermosa, se lo aseguro. Pero mandar construir otra pequeña oficina más y dejar que se desintegre y mancille todo a diestro y siniestro... Y en cualquier caso, se trata de seis o siete mil florines; pues, señor, menuda proeza, yo jamás he visto algo así.

(Señora X):

—Señor Rulof, tengo una pregunta para usted. He tenido a alguien que dijo: “No, no existe el destino”, dice.

—¿Cómo dice?

(Señora X):

—He hablado con alguien que dijo: “El destino no existe”.

—Sí.

—Después dijo: “Pero Napoleón se fue a Rusia y allí encontró su fatal destino”. Y entonces tuve que dejar eso de lado.

—Sí, claro.

(Señora X):

—Vaya, ¿y eso cómo es posible?

—Señora, si juego a la lotería y voy por encima de mi capacidad, entonces estoy de lleno encima de mi destino.

(Señora X):

—No, yo...

—Señora, estuve en Montecarlo, me llevé quince millones y volví sin nada.

(Señora X):

—Bien, pero ¿quién tenía razón? Él dice que yo no tenía razón. Digo: “Entonces sí que existe el destino”.

—Sí, señora, pero no estamos hablando ahora de un templo marcado por la fatalidad.

(Una señora en la sala):

—No, pero entonces...

—Sí, pero, no, ahora no está siendo justa, ahora me parece..., no, no está siendo amable. Estamos hablando del templo de la Universidad y usted me viene con el destino, pero sí que creo, señora, que tiene usted razón, porque se convierte en destino si sacamos a toda esa gente.

(Señora X):

—No, ahora no estoy hablando de ese templo.

Pero de eso estábamos hablando. Estoy con esa pregunta.

(Señora X)

—Sí, pero para esa pregunta he... he venido a verlo a usted.

—¿No habría sido entonces mejor...?

(Señora X):

—Pensé: ‘Rulof, ese sabe tantas cosas’.

—¿Ah, sí? Vaya, vamos de mal en peor. Pero, señora, cuando la profe está con algo, ¿podemos hacer preguntas diez a la vez? Eso no funciona, ¿no? Usted lo que debería hacer un poco... (La señora habla al mismo tiempo). ¿Me permite entonces un momento enseñarle que hay que esperar?

(Señora X):

—Ya, pero no puedo esperar mucho tiempo porque tengo que irme enseguida.

(Risas).

—Bien, señora, eso lo respetamos. Voy a acabar esto de inmediato y entonces empezaré con su destino. Y haremos que salga algo bonito.

(Señora X):

—Bien, porque es por eso que vengo expresamente, por ese destino.

—¿Solo por ese destino? ¿Y no por nada más? Vaya, pues entonces igual meto hasta un regalito en esa bolsa de usted y así se lleva alguna cosa extra.

Pero, señor y señora, señoras y señores... Ya comprenderán, señor, le diría: siga trabajando y prueben a ver lo que consiguen, quizá salga algo.

(Alguien en la sala dice algo).

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Es usted escéptico.

—Digo: “Quizá salga algo”.

(Señor en la sala):

—Sí, había gente por todas partes que no lo veían con malos ojos. Van Engelen, por ejemplo, que...

—Sí, eso no es cualquier cosa. Entonces sí que está usted con un alcalde en el ámbito ocultista. Pero, claro, no quiero tener que ver con esas cosas. Intentaremos que salga algo bonito de esto, pero lo propongo, solo hay una

garantía: si fuera posible, ¡habría que ver! De todas formas los reto a todos, a los teósofos, a los rosacruces, a los espiritistas. Digo: pues pónganme a prueba durante diez años. Si entonces he demostrado que tengo algo, acéptenlo, inclínense, y seremos tan fuertes como nadie se podría imaginar. ¿Cierto o no?

(Señor en la sala):

—Pero no vendrán.

—Pero no lo harán, señor, porque le digo: ese Van Engelen y los demás, todos ellos tienen que sentarse allí, porque no es más que palabrería al espacio. Y no lo harán. ¿Qué quiere ir a hacer ese hombre luego, cuando aquí solo pueda sentarse y ya no pueda recibir esos cinco mil florines? Señor, entonces tendrá que ir a la fábrica de papel. No creo que lo haga. Digo: “Señor, ¿qué le cuenta a la gente?”. Bueno, pues, traigan a ese señor, adelante, y entonces siéntanlo aquí: ya verán lo que ustedes le pueden contar a él; lo golpearán mortalmente con sabiduría. Esos espíritus de esa gente, eso ya lo han superado hace mucho. Porque sigue siendo una búsqueda y un cuento de pastor protestante. ¿Y ustedes siguen aceptándolo? Aquí les he intentado mostrar, no me digan que aquí no he intentado... ¿Y ellos no son capaces? No, eso tampoco es posible, usted tampoco puede hacerlo, señor, si no hay un buen contacto; y esos no lo tienen. Si entran en trance —es algo que sin duda pueden leer en ‘Dones espirituales’, y aquí se ha demostrado, ¿no?, lo he demostrado con mis ochocientas conferencias, ¿cierto?, y con mis libros—, si entro en trance y ellos entran en trance, es exactamente lo mismo, ¿no?

Y entonces pónganse a hacer preguntas, señor. ¿Bueno? Ah, hay un montón de gente entre ustedes que lo han hecho. ¿Y qué reciben? Nada. Dicen: “Señor, mejor vuelva a abrir los ojos porque sigue metido allí que da gusto”, porque lo ven, lo conocen, lo saben. Porque ‘Dones espirituales’, los dos libros, son tan afilados como una espada que corta espiritualmente. ¿Cierto o no? Y ustedes no pueden eludirlo. Y ahora ya pueden ponerse a hacer una comedia, señor: el ser humano que lea eso dice: “Pero ¿y eso, señor? ¿Y esto, señor? ¿Y aquello, señor? No lo saben. No tienen contacto. No son médiums. Cada ser humano tiene sentimiento, el perro y el gato lo tienen. Pero dones, señor, para el otro lado... ¿Verdaderos videntes? En ‘Dones espirituales’ pone que si hay verdaderos videntes, señor, quizá entre diez millones de personas solo haya uno o dos.

¿Y no lo ha averiguado usted en los años después de la publicación de ‘Dones espirituales’? Mejor inténtelo. ¿Puede eludirlo? Pues, señor, ni para ver ni para curar, pintar, escribir, la voz directa, desmaterializaciones, madre mía, no tiene más que intentarlo.

Pero ahora vamos a empezar, señor, usted hace todo lo posible y ya oiremos algo de usted, ¿verdad que sí? Y si tenemos que comprar pan y lo hay, señor, ese hombre ya podrá hacer su pedido mañana. ¿Cierto o no, señoras

y señores?

Tenemos aquí entre nosotros a algunos roterdameses, y entonces haremos que ese hombre incluso lleve un pan a Róterdam. Señora, y entonces no pediremos todos los días un solo pan, sino que tomaremos dos, porque así tendremos quince centavos más.

(La señora X dice algo).

—¿Cómo dice?

(Señora X):

—Eso lo dice mi madre también.

—Ah, sí. Señora, usted quiere saber: ¿qué es el destino? Ya digo: ¿qué es el destino? Va una persona y dice: “Voy un momento al médico, porque mi madre no está bien”. Y acaba de doblar la esquina, señora, y lo atropella un coche mortalmente. Y la madre seguía viva quince años después, pero el bueno del otro, la otra persona que quería ir al médico para buscar ayuda para la madre, a él lo mató un coche justo en la esquina de la calle. Entonces, ¿qué es el destino?

(Señora X):

—Pues debería haber tenido más cuidado.

(Risas).

—No, señora, eso fue, pues, su final dichoso. Y así es como uno puede irse, si además hay un accidente, siempre es...

(Señora X):

—No, eso no fue el destino, porque si hubiera mantenido los ojos bien abiertos, no lo habría matado el coche.

(Señor en la sala):

—Napoleón igual.

(Señora X):

—Dice él: “El destino no existe”. Y entonces dice que Napoleón se fue a Rusia, allí encontró su fatal destino. Pues, entonces el destino existe, ¿no?

—Sí, entonces existe. ¿Ha leído usted todos los libros, señora?

(Señora X):

—Sí, ya he leído un par.

—¿Un par? Pues hay diecinueve. Si usted no se toma la molestia de leerlos, yo tampoco la tomaré ni tendré la fuerza de explicárselo, porque tengo que ir a esos libros.

(Señora X):

—Sí, pero eso no se hace así sin más, leer todos esos libros rápidamente uno tras otro.

—Rápido, rápido, rápido... De lo que trata, señora, se lo puedo explicar bien, se lo puedo explicar espiritual, humana y especialmente, y se lo puedo explicar divinamente. Porque el hombre que dobló la esquina, ¿simplemente

tendría que haber tenido más cuidado? Señora, le había llegado la hora.

(Señora X):

—En eso ya no creo para nada.

—No. Hay un avión, ese avión que acaba de estrellarse en Alemania; ¿por qué la gente que iba en el interior no se precipitó a tomar el mando del avión, el mando de navegación, y no lo pilotaron ellos mismos a la pista de aterrizaje? ¿Por qué no lo hicieron? ¿Entienden? Un tren que es arrollado, ¿es también su propia culpa? ¿Es la culpa del maquinista que no se detiene allí? Y hay otro hombre de esos que tiene que cambiar las agujas y no lo hace, y entonces el tren se lanza sobre la otra vía y se descarrila volando. ¿Eso también es el destino?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Señora, el destino no existe. Todo tiene un destino. Y todo está calculado con precisión. Pero sí que es posible vivir chapuzas.

¿Es el destino que Napoleón se fuera a Rusia y que sucumbió allí, a las puertas de Moscú? No, señora, es su propia desintegración. Se ahogó en su propia desintegración y casi se mata. Y así es con todo. Y ya puede recurrir a centenares de miles de ejemplos, que yo le saco... los tiene que hacer usted misma, ahora habla usted de Napoleón, pero no pienso —ni falta que me hace— sacar todos esos ejemplos. Y así podrá hacer una lista con centenares de preguntas, todo cosas que sucedieron por circunstancias que resultaron ser fatales, y entonces le explicaré la ley espiritual, espacial, de cara a la vida, el sentimiento, la personalidad, la paternidad, la maternidad, la reencarnación, el renacer. Por ese estado fatídico en concreto está usted vinculado al espacio, al tiempo, a la vida y la muerte, al renacer, a la paternidad y maternidad, a los planetas y las estrellas. Porque si existiera el destino, la tierra no se mantendría en su órbita y se desmoronaría todo, porque entonces estaríamos suspendidos en el espacio.

(Señora X):

—¿Entonces sí que tenía razón?

—¿Qué decía ese hombre, pues?

(Señora X):

—El destino no existe.

—No, señora.

Ese señor tiene razón, irrevocablemente. Sí, sí, desde luego, ese hombre tiene razón.

(Señor en la sala):

—Pero todo es la ley de causa y efecto, ¿no?

—Sí, la ley de la causa y el efecto, el karma. Señor, pero de eso ni siquiera hace falta que hablemos. Aquí se trata del tiempo corriente y moliente, y en-

tonces hay... mire, sabemos... y eso usted también lo acepta: no ocurre nada al margen de Dios, o para nosotros, que Dios no sepa. Eso lo acepta usted, ¿no?

(Señora X):

—Dios, Dios, para mí no existe ningún Dios, señor. Dios me la pega.

—¿Cómo dice? ¿Según usted no existe ningún Dios?

(Señora X):

—No.

—Señora, entonces lo dejo ahora mismo, lo dejo. Y si lee esos libros, es usted una objetora cabezona. Eso es lo que son margaritas para los pollos.

(Señora X):

—Me criaron rodeada de santos, en cada rincón había uno.

—Señora, a mí también (la señora habla a la vez), a mí también, señora, a mí también y hay más católicos que no han visto otra cosa que Cristo y santas Marías y Josés.

(Señora X):

—Todavía no he terminado. Si hay alguien que ha rezado, soy yo, desde lo más hondo del corazón, y ahora ya no creo en Dios.

—Bueno, pues... Señora, aquí hay madres que han sido golpeadas y pateadas (la señora habla a la vez), no, señora, yo tengo la palabra...

(Señora X):

—Bien, de acuerdo.

—... ahora le daré la palabra. Nosotros hemos sido golpeados y pateados y seguimos amando a Dios, Él dice: porque es nuestra propia culpa.

(Señora X):

—Anda, venga ya.

—Señora...

(Señora X):

—Si amo a alguien, pues no vas a meterlo en la tumba a base de golpes, ¿no?

—Y que Dios hace todas esas cosas, ¿no?

(Señora X):

—Dios hace esas cosas, sí.

—Señora, lo dejo, muchas gracias, porque a esto es imposible responder.

(Dirigiéndose a la sala):

—¿Es posible responder a eso?

(Gente en la sala):

—No.

—Señora, lo dejo, no hay forma de responder a esto. Lo siento muchísimo, pero a esto no es posible responder. Si tengo aquí a alguien que dice: “No acepto ningún Dios y los maestros no existen”, entonces digo: “Muy bien,

señor, entonces arroje los libros a la basura”. Estoy contento de haberlo visto y de tener ese asidero y esa seguridad, de lo contrario... Creo que frente a tanto rechazo en la tierra uno, ciertamente, volvería a lanzar esos libros al fuego. Pero un ser humano que dice: “No existe ningún Dios”, eso es prehistórico, y entonces usted tampoco cree en Cristo ni en nada.

(Señora X):

—En Cristo, sí.

—Ah, eso sí. Sí. No, señora, entonces no soy capaz de..., en estos momentos no soy capaz de.... —y de verdad que esto no es sarcasmo, sino que es la verdad—, no soy capaz de... y me inclino de inmediato... No lo dejo porque no soy capaz... (la señora habla a la vez). Señora, todavía estoy hablando.

(Señora X):

—Sí, bien.

—Sí que soy capaz, no lo hago, me quedo sin poder hacer nada, porque usted ningunea al Dios de todo lo que vive, así como así. “No existe”. A eso no se puede responder. No, lo dejo. Ya no hace falta que diga nada más. Apáñese como pueda. A eso no es posible responder. No...

(Señora en la sala):

—... nada más que averiguar.

—Señora, sus golpes me dejan fuera de... no de combate, pero me priva de la posibilidad de construir fundamentos, porque el Dios de amor existe.

¿Y usted ha leído dos o tres libros míos? Eso no le sirve de nada, señora.

(Señora en la sala):

—¿Por qué no?

—Porque sigue diciendo ahora... Ya empezamos con la primera palabra: Dios es un Padre de amor, la primera palabra que consta en los libros es: El amor es el bien más elevado que le fue dado al ser humano, el amor es lo que hace vivir y profunda emoción hace sentir... Y entonces empieza usted diciendo: “No existe ningún Dios”, señora, me dan ganas de llorar. Eso es...

(Señora X):

—Bien, y ¿por qué?

—¿Que por qué? Porque esto ya le hace sentir una profunda emoción al ser humano, como padre y madre. Entonces yo también podría decir: mi padre no existió y mi madre no existe. Entonces ellos ya no existen tampoco. Usted solo se aferra a la tierra, a la materia, a esto, y Dios no existe; el Dios de todo lo que vive tiene que quitarse de encima todas esas pequeñas cosas materiales que usted misma se ha impuesto. Vamos, vamos, vamos...

Pero aquí lo dejo, señoras y señores, voy a ir a una nueva pregunta. Basta. Lo siento.

(Dirigiéndose a la sala):

¿Tengo derecho a hacerlo?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Gracias.

Voy a seguir. ¿No tiene que irse, señora, ahora?

(Señora X):

—No, voy a esperar un poco.

—Ah, puede hacerlo, sin problema, pero como tenía tantas prisas.

(Jozef continúa con la siguiente pregunta).

“¿Qué es lo que pasa realmente cuando por un accidente”, ya estamos otra vez, “o por un choque espiritual pierde la conciencia?”. No, esto sí que es diferente. “¿Y qué pasa si después de haber vuelto en sí ha perdido sus recuerdos?”. Pérdida de la memoria.

¿De quién es esto?

Señor, cuando un choque... Mire, atienda: un choque, puede ocurrir justamente por un shock, también por una caída. Y es posible que un ser humano pierda la memoria por un choque o una caída y deje de vivir en la conciencia diurna existente. De modo que ese choque habría preparado algo por el que quedan anulados sus sentimientos. Eso no es pérdida de memoria, pero es cuando aparece un trastorno en el pensamiento normal, natural, espiritual, que desde el centro de los sentimientos, el plexo de los sentimientos, el plexo solar... atraviesa el cuerpo por encima de la espalda y regresa y atraviesa el cerebro, y de pronto eso ya no puede seguir porque allí se ha descompuesto, se ha desequilibrado algo. ¿Entienden? Y entonces el ser humano ya no puede pensar y dicen: “No, ya no lo sé”. Sí que conservan el habla, porque eso permanece. Pensar, sí, no... Y a eso se añade algo extraño, algo raro, y lo han vivido los médicos, dijeron... “Sí”, dice, “entonces empecé a hablar sobre las vacas que yo tenía, y estuve allí, allí y allí, en mi entorno: ya, pero ya no vivo aquí, ya no vivo aquí”. Entonces esa gente dijo: “¿Lo ves? Ha desaparecido la memoria”. Entonces el ser humano se encontró decididamente, y de pronto, por un shock, por ese choque, en la reencarnación, la vida anterior. No entendían nada de eso. Ha pasado muchas veces, señor. ¿Ha quedado claro?

Claro, ahora puedo continuar siguiendo esos fenómenos, pero ya ni siquiera hace falta, porque este es el núcleo. Así que por el choque usted puede perder realmente la memoria, eso es sentir y pensar con la conciencia diurna, porque usted desde..., porque no por medio... en esa máquina se ha roto una plumita, un pequeño engranaje, y entonces no puede seguir pensando, así que se queda detenido en algún sitio. ¿Dónde está usted? Encima de su vida anterior, solo allí.

Dice: “Sí, estoy, he aprendido a hablar, eso sigue, todavía puedes pensar”. Dice: “El pensamiento continúa”. Sí, pero ahora ese pensamiento ya no atraviesa el cerebro, esa fuente, sino que parte directamente de los sentimientos,

y en eso instante el erudito, el médico, podría haber dicho: “Dios mío, Dios mío, ese ser humano piensa sin cerebro”. Se busca con rapidez una vía y continúa.

Eso yo lo he presenciado, oigan, con un ser humano, con un chico que vino a verme y que se había caído, dice: “Ya no puedo pensar, señor”. Dice: “Sí puedo hablar”. Entonces el maestro Alcar dijo: “Está pensando sin cerebro”. Pues, conseguimos liberarlo, porque había un pequeño tumor que estaba ejerciendo presión, no podía pasar y eso hemos conseguido quitarlo. Y entonces salieron de esos oídos unos huevitos así, qué gusto, por detrás de las orejas, los sacamos, la suciedad fuera y el señor volvió a pensar; la vía se había vuelto a abrir. Pruebas.

(Jozef continúa).

“¿Es posible curar con ayuda espiritual a alguien de la demencia si la causa de esta es cambio, defotma...”.

¿Eso qué es?

(Señor en la sala):

—Deformación.

—Ah, “deformación”, iba a decirlo: me pareció una te.

“... deformación del cerebro como consecuencia de un accidente?”.

Sí, señor, eso también existe, el alcoholismo y la sífilis, sí, todo eso es posible. Pero ¿es posible curar a alguien de estas cosas con ayuda espiritual? Naturalmente que no, porque si tiene usted sífilis y se dedica a empinarla, bebe demasiadas de esas copas que saben a gloria, entonces no es posible; o tiene que haber una posibilidad de, digamos, el veinticinco por ciento, es cuando ya se puede conseguir algo. Pero si se está en un dos por ciento, un cinco y un diez, entonces estamos ante un noventa y cinco por ciento de predominio. ¿Y cómo vamos a vencer eso? Mientras que no se recibe nada del ser humano, porque se toma sus copas, tiene sus demás aficiones. Entonces no se puede hacer nada.

Y cuando se trata de un tumor, sí, entonces hay que arreglárselas para deshacerse de él. Entonces sí que vuelve a ser posible a ayudar a ese ser humano, porque existe la posesión material, es por el tumor, es lo mismo que con ese hombre del choque. Los médicos... ya ha habido algunos fenómenos de personas, psicópatas, a quienes se curó por el choque, pero la demencia estaba a la vuelta de la esquina y llegó, y todo no hizo más que agravarse.

Así que primero la sensibilidad, la psicopatía: no continúa el pensamiento, todo mal, erróneo. “Sí, entonces hablan en mi interior y dicen: ‘Pues entonces no comas’”.

Aquí tuvimos a uno, vino a verme y me dice: “Sí, entonces dicen, señor Rulof: ‘Entonces no comas, eres un tragaldabas y el mundo entero padece pobreza y tú no haces más que comer’”. Eso lo oye ese hombre. Dice: “Pues

entonces ya no comeré”. Y el hombre dejó de comer, se quedó más flaco que un palillo. Y entonces vino a verme: “¿Qué tengo que hacer?”.

Digo: “Ir como una flecha a un restaurante y meterse un buen solomillo”.

“¿Lo dice en serio? Pero eso puede ser en el otro lado, ¿no?”.

Digo: “El otro lado ¿tiene la intención de deshacerlo a usted?”. Digo: “Señor: como una flecha al restaurante”.

Bajó las escaleras, volvió a subir: “Así que un solomillo, que sí, ¿no, señor Rulof?”.

Digo: “Sí, ese solomillito, con una ensaladita y algo rico. Se va usted a ese restaurante y se da un pequeño homenaje”. Digo: “Haga lo que quiera allí”.

Está en la calle, vuelve a subir: “¿Así que tengo que...? Entonces lo hago ahora mismo, ¿no?”.

Digo: “Señor, ahora mismo”, eran las siete, digo: “ahora todavía puede ir, mantenga la tranquilidad y no hable con la gente”. Digo: “Tómese el tranvía de la línea 3 y se va a disfrutar a la ciudad o donde esté, ¿dónde vive usted?, allí, y se va a la ciudad y se da un festín”.

“Ah, bien”. Y adiós.

Pienso: ¿Es que volverá?. Me quedé mirándolo y entonces se quedó pensando en la calle, todavía no se daba cuenta.

Señora, ya se dará cuenta, pero esos sentimientos, señor, no puede asumírselos, están divididos y ahora están allí impotentes, impotentes, impotentes. En la sociedad no existe la voluntad de actuar, y de eso están llenos, no nuestros campos de concentración, sino los manicomios, Rosenburg aquí, la clínica Ramaer etcétera, Maas en Waal en Róterdam, y en Utrecht tienen aun otro nombre, Bloemendaal, nuestros locos están por todas partes. Media humanidad, señor, es psicópata y demente. Hay tanta gente ahora entre ¿qué? Nosotros sabemos lo que es. Y tienen que asimilarlo todavía.

Cuando la humanidad y el universo evolucionan, señor, entonces mejor escuche, entonces el psicólogo empieza a entender al ser humano, y entonces los psicópatas y los dementes se curan. Pero entonces se puede ver el primer fenómeno en las aguas, porque es cuando se disuelven las ballenas y las alimañas, todos esos monstruos, esos animales gigantescos, ya no se ve ningún elefante ni ninguna jirafa, porque esas eras prehistóricas —aún es la era prehistórica—... esa jirafa aún tiene que ir luego a la mariposa, no, a un pájaro. Imagínense, pues, cuánto tiempo no pasará antes de que un caballo haya perdido su largo cuello.

Y después con otro cuello más largo una garza, por ejemplo, ¿verdad?; y pic, pic, y que entonces está al acecho de una rana. Antes de que se haya completado esa evolución ya habremos avanzado un millón de años. Qué divertido, ¿verdad? Y la ciencia dice: “Vaya, vaya, vaya, ¿cómo es posible? ¿Así que usted nos quiere explicar que el elefante luego esté cantando en una

jaulita y se le llame ‘canario?’”.

Digo: “Sí, señor”.

Entonces dijo: “... (inaudible) encerrado. Mejor enciérrenlo, porque eso es imposible”.

Pero ¿a dónde tiene que ir esa vida de Dios? ¿A dónde van esos pájaros? La vida en las aguas ¿no llega a tener ampliación, evolución? ¿Es que ese animal siempre tendrá que seguir deambulando por esas aguas? Y un león y un tigre, las verdaderas especies animales en la tierra, también el mono, ¿tienen que quedarse allí todos? Adquieren alas y muchos animales ya las tienen y más adelante también llegan a tener alas espirituales y entonces vivirán detrás del ataúd, en el otro lado, y vendrán con nosotros al divino Omnigrado consciente. ¿No leen eso en ‘El origen del universo’? ¿No está construido de forma poderosa?

(Dirigiéndose a la señora X):

—¿Se queda un poco más, señora?

Oiga, estupendo.

Si es que somos buenos amigos, ¿cierto o no?

(Señora X):

—Claro que sí.

—De eso se trata, qué bueno, claro.

Señor, ¿está satisfecho?

Sí, a veces nos podemos tirar un poco de los pelos, pero eso da igual, ¿no?, mientras no se pierda la amistad. Miren, hay gente que todavía anda..., entonces dicen... entonces no soy un “canalla”, señor, sino que soy un tipo despreciable, eso tampoco se puede decir, y entonces se van. Digo: “Pero, señora, ¿por qué se va ahora? Tratémoslo hasta el final”. No se trata de la razón, se trata de una ley. Y resulta que en el mundo hay cien mil personas que dicen: “Sí, pero así es como es”. Y entonces sí que habrá un sercillo humano que se levante y diga: “Esto no lo acepto”. Hasta que esté detrás del ataúd y diga: “Dios mío, Dios mío, vivo. Y esos otros cien millones de personas tienen razón”. ¿Pero aquí? No hay manera de metérselo. Y esa es la lástima. Y entonces ya puedo decir... la señora puede pensar: ‘¿Es que usted es el único que lo sabe?’. Yo tengo mis pruebas.

Tenemos aquí a un señor, estoy escribiendo sobre eso, dejo constancia de ello (véase ‘Preguntas y respuestas’, parte 1, primera edición, página 257; la primera parte de la serie ‘Preguntas y respuestas’ la compuso y editó el propio Jozef Rulof). Aquí tenemos una noche un señor y este me pone ante las santas revelaciones de Juan —no sé si ustedes todavía se acuerdan— de la Biblia, algo bíblico, completamente bíblico. He luchado con él, más o menos un cuarto de hora. Y digo: Sí, señor, pruebas, pruebas. Tengo mis libros, soy de Güeldres, no sé hacer nada, jamás he leído. Ya lo tenía de niño, me

desdoblaba corporalmente y entonces veía la vida detrás del ataúd. Ya podrá decir: ‘Sí, claro, majaderías’, pero tengo mis libros, tengo mi sabiduría, y esa sabiduría no la puede aprender usted aquí en la tierra, porque ya lo dice usted mismo: ‘Es imposible’. Y hay gente capaz de ello. Pero si usted a la sabiduría...

Miren, aquí dicen: “¿Está usted en trance?”. Santo cielo, les cuento y les explico, conscientemente o en trance o inconscientemente, da igual, las leyes del espacio. ¿De dónde viene eso? Han de ser capaces de escuchar por la palabra que aquí ocurre algo. Porque esa palabra —lo cual está pasando ahora mismo en Diligencia, ¿verdad?— no la pueden vivir en ninguna parte, en ninguna universidad. Así que ¿quién es el loco que está hablando allí por encima de su conciencia humana, social? ¿Es un loco?

Ahora recibimos por las pruebas, por esto, cosas normales que podemos controlar, esto, eso, eso, eso... Ahora tenemos que decir, de eso les digo: “¿Ha leído usted dos libros?”. Y encima dice usted: “No existe ningún Dios”. Sí, entonces uno se queda sin poder hacer nada.

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, pero usted mismo también lo ha dicho, ¿no? Que Dios no existe.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Usted mismo también lo ha dicho, ¿no? Que Dios no existe.

—Un centenar de veces, fácilmente, he...

(La gente habla a la vez en la sala).

(Señora en la sala):

—... si eso es lo que pone en la Biblia, que quizá lo quiera decir de esa manera.

(Jozef responde a las palabras de alguien):

—No, no, no, no, señora, quien tiene que aclarar eso es ella, no se tiene que poner usted a buscarlo, que se apañe ella misma.

(Señora en la sala):

—El tema tratado era rezar...

—De eso no se trata.

No, ese señor, al que me refiero yo, dice: “Pfff”. Esa noche le dije al señor lo siguiente: “¿Pruebas? ¿Más pruebas todavía?”.

En Ámsterdam, eso ustedes lo han presenciado, el maestro Zelanus aporta..., va..., es cuando tuvimos esa poderosa conferencia en Ámsterdam, se fue desde la luna al Omnigrado —¿se acuerdan?— y se encuentra ante Cristo, en ese momento habla al ser humano y se concentra en Cristo, dice: “Ahora estamos ante el Mesías”. Creo que fue al final de la conferencia, ¿no? Y entonces dijo Cristo: “¿Has visto a un solo ser humano con estas marcas?”. Y el maestro Zelanus se clave en Cristo y se acaba la conferencia, y tengo las cicatrices de

Cristo en la mano. ¿Se acuerdan?

Entonces el maestro Zelanus había cortado una flor allí, había analizado su maternidad, y entonces hubo una señora, dice: “Doy mil florines por la flor que el maestro Zelanus ha tenido en sus manos”.

Entonces el maestro Zelanus dijo: “Esa flor no está a la venta. Ni hablar”.

Y entonces la gente lo vio, querían besarme las manos. Digo: “Señora, váyase”. El maestro Zelanus vuelve a hacerse conmigo, dice: “Esto no es nada. Esto es más sencillo que nada, me he pasado un poco en la concentración”. Estigmas.

“¿Puede convencerse ahora?”, digo al señor aquí, esa noche, a la sala. Digo: “¿Tiene ahora pruebas, señor? Eso son estigmas. Y sigue sin tener nada de Dios, aunque esos fenómenos estén allí”. Cuando pienso un poco en eso me vuelve a arder. Digo: “Señor, eso son estigmas, es un fenómenos oculto. ¿Es Dios? No, señor, nada todavía”. Pero ahora, habría que ver los aspavientos que haría otro, ¿que ese de allí tiene los estigmas de Cristo?

Fíjense en Therese Neumann ¿Una santa? Señor, una enferma, un ser humano enfermo, sin más, que recibe allí cada año las marcas de Cristo. Esa se ha puesto ciega de autosugestiones, señoras, y eso ustedes también lo pueden tener mañana si... eso empezará a funcionar en un año. Ya tenemos las pruebas, ¿no? Si usted deja fuera de juego a esa mano, se quedará de todas formas paralizada en dos semanas, y en cuatro, cinco meses estará seca, ¿no? Todo eso es concentración humana. Los maestros son de una forma, gracias a Dios, que no se les puede comprar por esos mil florines por haber tocado esa flor, porque entonces ya nadaríamos en el dinero y también ya estaría ese templo, señor; ya solamente por la sensación. ¿Sí? Y ahora, ¿qué? Y ese señor dice: “Sí”. Digo: “No, señor, a mí eso no me dice nada de nada”.

¿Cómo se puede convencer, pues, al ser humano? Eso lo tienen que averiguar ustedes mismos, no se lo puedo dar. Aunque les expliquemos las leyes, aunque tengamos el poderoso arte, aunque tengamos libros; todo eso da igual. Ahora se trata de lo que hagan ustedes mismos con eso, nosotros ponemos los fundamentos.

¿Alguna pregunta más sobre esto?

No, ¿verdad?

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

Sí, señor.

(Señor en la sala):

—Esos choques artificiales que aplican en diferentes clínicas, no pueden tener jamás de los jamás como resultado que los pacientes se curen, ¿no?

—Claro, claro. No soy médico, pero hay médicos que han venido a verme. Uno que me dice: “Jozef...”. Uno que también se había leído un par de libros, un hombre simpático, no todos son obstinados, no todos niegan. Dice:

“¿Qué conseguimos con un choque?”.

Digo: “Entonces tienes que conocer los sentimientos y la personalidad del hombre y la mujer”.

—¿Hasta qué profundidad se puede aplicar el choque?

Digo: “Te daré las pruebas que ustedes alcanzan y ven”. Digo: “Se coloca el choque sobre esta y aquella atmósfera...”.

(Señor en la sala):

—¿Es eso presión de vapor o eléctrico?

—No, es una diatermia.

(Señor en la sala):

—Diatermia.

—Y esa corriente te atraviesa; no es otra cosa que los nervios que lo acogen y que elevan con ellos los sentimientos. Así que se sigue estando bajo la conciencia diurna, y entonces los sentimientos tienen que ir también, debido a la reacción de los nervios y otros sistemas, eso obliga a los sentimientos a ir también, y eso es lo que provoca el choque. Entonces dijo: “¿De dónde sacas eso? Esto está explicado infaliblemente”.

Digo: “Pero ahora el resto. Tengo una enfermedad en mi interior y está dormida, se despierta por esa reacción. Dos días después: una enfermedad del riñón”.

“Eso también ha ocurrido”, dice.

Digo: “Otra cosa más”. Digo: “Viene alguien, tenía un poco de acidez y era esto y lo otro, pero aún estaba latente”. Digo: “Un problema gástrico”, directamente.

“Eso también ha ocurrido”, dice.

Digo: “Hubo alguien con metrorragias, sangre”. “Eso también ha ocurrido”, dice. Dice: “Ya casi ni nos atrevemos a aplicar esa cacharro asqueroso, porque solo provoca accidentes”.

Digo: “¿Por qué? Porque en primer lugar no conocen ustedes el organismo y no pueden mirar por dentro lo que falla allí y allá. Entonces a uno le falta la mentalidad y la conciencia del sistema nervioso, tampoco lo tienen, y es cuando aparecen los sentimientos que tienen que acoger todo eso, y lo desconocen por completo”.

Otra señora recibe un choque, todo va de maravilla, dos días después anda por la calle, se derrumba con violencia: está inconsciente. La tuvieron allí cuatro semanas: inconsciente, inconsciente, inconsciente. ¿Qué ocurre? Aquí ha surgido un trastorno entre la materia y el espíritu. Con el choque se manifiestan las cosas más extrañas.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿No ha oído usted de muchos casos como estos, hermana?

Y entonces dice ese médico: “¿Y tú no eres médico?”. Digo: “No, señor,

puedo decirle al instante por la luz del ser humano, en los ojos, y por otras posibilidades: hay que ajustar el choque hasta aquí; hay que suministrar este”. Digo: “Ya no, porque usted quiebra allí algo que es tremendo”. Digo: “Es una reacción. Es exactamente lo mismo que la incineración; es cuesta abajo, y esto es construir. Eso es el choque y ahora será mejor que empiece. No soy médico, señor”.

Pero ese choque lo puedo calcular de cara al ser humano. Eso también lo pueden leer en ‘Los pueblos de la tierra’, cuando se trata el cáncer con... no con uranio, sino con...

(Gente en la sala):

—Radio.

—... radio. Pero una cosa sorprendente que yo mismo he vivido. Alguien con resaca de radio —una madre—, así lo llaman, resaca de radio, una bonita resaca. Que han constatado cáncer en la matriz y se la han quemado. Quemado completamente, señor. ¡Un dolor terrible!

Y a eso lo llaman la resaca, pero eran los tejidos: el radio los había acelerado hasta el punto en que ya no quedaba ningún tejido normal. Los jugos vitales se habían secado. Es como un trapo mojado que se arroja de pronto al fuego. ¿Qué queda de eso? Y eso es el radio para el cáncer.

(Señora X):

—Pero ¿algo habrá para el cáncer, que lo combata?

—Señora, de nuevo, de eso no estamos hablando, ahora estamos hablando todavía de aquello.

(Señora X):

—Estás hablando sobre el cáncer, ¿no?

—Sí, es cierto que estamos hablando sobre el cáncer, pero no nos referimos a esos problema, ahora estamos tratando el radio, el método de curación que tiene. Debería aprender usted, si me permite que le enseñe algo, que si estamos hablando del pan, no estamos hablando de naranjas.

(Señora X):

—Pero estaba hablando sobre el cáncer, ¿no?

—Sí, señora pero usted se va por otra... Sería una buena escritora, porque saltaría de una cosa a otra. Pero usted no desmenuza nada, sino que al instante se va a otro problema y eso la gente no lo comprende.

(Señora X):

—Un libro así de gordo.

—¿Un libro así? Pero entonces es un amasijo de granos de arena seca y eso no hay quien lo lea.

Ahora estamos hablando todavía del radio. Entonces fuimos a curar a esa mujer y dice: “Señor, qué frío está eso, qué sensación de frescura”. Y entonces el magnetismo humano fue... Eso yo lo he vivido, señoras y señores. Fíjense

ahora en lo que un ser humano es capaz de hacer en el fondo cuando tiene una sintonización pura: entonces mi magnetismo se hizo más fuerte que el radio y se fue enfriando y... Cuatro, cinco meses después estaba fuera. Porque entonces se liberaron los órganos del radio y volvieron a tener nueva vida; ella aguantó, había desaparecido. El ser humano es aún más fuerte que ese radio increíble, por lo que el mundo se volvió loco, ¿se acuerdan?

(Gente en la sala):

—Sí.

—No, señor, la vitalidad humana, universal como aura vital es divina si esas leyes penetran hasta ese punto y a la posibilidad hacia donde tiene que ir, para la que sirve. Qué divertido, ¿verdad? Ha quedado demostrado. Yo mismo he vivido cien mil cosas por las sanaciones, con las que borré del mapa el radio y todo. Y después hablé con ese médico. Entonces ella se fue al médico.

“Ya puede ir a decir en nombre mío que la ha quemado que da gusto”. Digo: “Así él me podrá retar”.

Entonces dijo él: “Bueno...”.

Y lo contó y entonces él se enfadó.

Y que viene ese señor. “¿Ah, sí?”. Digo: “Pues hablemos”. Digo: “¿Tengo razón?”. Pero llegué a tenerla.

“Sí, si no mencionas mi nombre”. Dice: “Porque eso destruiría el hospital entero”.

Digo: “En el fondo tendría que hacértela pagar, amigo”. Digo: “No tengo que ver con usted, ni siquiera tengo permiso para sanar, así que usted también puede decir esto”.

“Pero, claro”, dice, “son estudios. No lo sabemos”.

Al igual que el choque no está calculado, señor, el médico desconoce la fuerza del radio. Pues, sí, allí van. ¿No han oído ustedes los gemidos en la sociedad de esos miles de personas que fueron sometidas a tratamientos con radio y en quienes terminó quemada la célula y el tejido en lugar del cáncer? Es estúpido, ¿es estúpido?

(Señor en la sala):

—En estos momentos está reconocido por la ciencia médica. El médico de donde vivo había estado en mi lugar en un congreso en Bolduque explicó el mismo, textualmente, lo que usted ya había explicado años atrás...

—Y así hay más.

(Señor en la sala):

—Si eso afecta a los tejidos sanos...

—Ahí está.

(Señor en la sala):

—... la bomba atómica... (inaudible), la energía atómica, lo que usted hace algunos años...

—Sí, entonces irradiaban algo muy diferente. Pero son los propios médicos quienes lo dicen: “Tiene un peligro mortal”.

—¿Algo más, señor Berends?

(Señor en la sala):

—No, pero sí pueden constatar...

—Pero ¿merece esto la pena? Cuando leen esto luego en las noches de aquí, ‘Preguntas y respuestas’, entonces dirán: “Dios mío, tenemos a un catedrático médico ante nosotros”. Y yo solo lo sé porque me lo ha contado el maestro Alcar; yo mismo no tengo nada. Y si él, a su vez, no se enterara, tampoco habría un Dios de amor. Seamos honestos. Es arte.

(Señora X):

—Oiga, ¿es que voy a poder decir algo por fin?

—Señora, le voy a decir una cosa: si usted viene aquí para en el fondo divertirse descujaringándolo todo, haré que la expulsen de la sala. Sí, sí, porque ahora se está poniendo pesada.

(Señora X):

—¿Por qué?

(Señora X):

—Debería esperar un poco.

(Señora X):

—Pero si estoy preguntando...

—Sea educada y espere, señora.

(Señora X):

—Pero sí estoy siendo educada, ¿no? ¿No he preguntado si podía decir algo? Y el maleducado es usted, dice: “Haré que la echen”. Estoy siendo educada.

—Bueno, si sigue usted así, estará fuera en diez minutos. Estoy con ese señor, allí, con ese señor.

Porque ahora está molestando. Pero ¿qué quería usted?

(Señora X):

—Sí, mire, ahora ya pasó.

—¿Lo ve? Encima malas pulgas humanas, así no tenemos nada. “Ahora ya pasó”.

(Señora X):

—Sí, eso es muy importante.

—No, señora, no es importante, lo que dice usted no nos dice absolutamente nada.

(Señora X):

—¿Por qué no?

—No, señora, porque usted misma ya ni lo sabe.

(Señora X):

—Que sí, lo sé muy bien, oiga.

—Señoras y señores, voy a seguir, y aquí tengo la pregunta del señor Reitsma. “El pasado domingo, mientras estaba en Diligencia y escuchaba el discurso del maestro Zelanus, que nos infundía alma, me llamó la atención con cuánta intensidad este se centraba en la figura de André-Dectar como instrumento, el nexa entre el otro lado y la humanidad en la tierra, que nos trajo una mina de sabiduría cósmica. Antes, según los libros, discípulo del maestro Alcar; se me hacía que ahora los papeles se habían invertido”. Sí. “Pregunta: ¿era André-Dectar en este estadio un Gran Alado?”.

—Sí. ¿No asistió a la primera conferencia en Diligencia? Cuando nosotros..., cuando la primera... ¿No asistió?

(Señor en la sala):

—A la primera de todas no...

—Pero usted ya lleva asistiendo durante años... habrá asistido a unas seiscientas o setecientas, señor Reitsma, pero lleva muchos años oyéndolo. Si usted... —escuche bien—, no es para nada soberbia, no para mí, no para usted, pero cuando a un hijo de Dios se le infunde alma, habla Dios en esa vida. Y entonces usted, y los catedráticos del mundo, solo tienen que escuchar. ¿Entiende? Y si usted tiene que completar una tarea con otras personas de cara a... digamos a la justicia aquí para la sociedad... Ustedes son jueces y tendrán... Y ahora tienen que sentarse como lo hicieron los apóstoles...

Ese momento yo también lo vi, fue cuando Cristo no estaba y entonces ellos dijeron: “Vamos, sentémonos”. “Hay que abrirse”, dijo Juan entonces a Pedro y los demás, “hemos cometido errores, ahora hay que abrirse y a quien reciba la palabra se le habrá infundido el alma de Cristo. Porque no imagino que...”, dijo Juan. Porque ellos gimieron cuando Cristo no estaba. Y hay que ver Pedro, renegó de Cristo. Juan lo hizo. Y cuando estaban reunidos, Juan dijo... Ese momento lo he visto, el maestro Alcar dijo: “Ven conmigo y te lo mostraré”. Dice: “Hemos hecho todo trizas, Pedro. Y hemos dudado. Uno de nosotros lo ha traicionado a Él. Pero quien ahora reciba la palabra... No imagino que todavía albergues dudas, Pedro, porque esto lo tenemos que enmendar, y eso haremos, ábrete y quien reciba la palabra estará infundido con el alma de Él”. Y entonces fue el propio Juan. Y empezó todo.

Y si ahora tienes que hacer el viaje para Cristo, o ese, o ese —y hay cientos de miles que todos juntos están de camino— ... y si entonces usted es el maestro, el iniciado, y es una persona cósmicamente consciente, señor Reitsma, y si el ser humano se revela imbuido de alma y sentimos y sabemos: ya no es de él mismo, porque esto representa la justicia divina, universal y la armonía y el amor, entonces obedecemos como niños pequeños y no queda más que aceptarlo.

Y cuando volvimos a lo universal, a lo omnipoderoso y divino, a la fuente

anterior, al estadio inicial de la creación y la Omnifuentes, la Omnimadre, la Omniluz —eso lo hemos vivido— entonces el maestro Alcar dijo: “Cuando salgamos del círculo de la tierra y de las esferas, estaremos todos bajo la inspiración y usted estará en condiciones, André-Dectar, de representar y poder acoger la Omniconsciencia divina, porque entonces su palabra será ley y divina”. Y ahora viene: la cosmología que tengo no ha venido así como así del otro lado, señor: ha sido por orden de los maestros más elevados en el Omnigrado. Ya no del otro lado. Esa cosmología que tengo son los primeros cinco libros de la nueva Biblia, eso ya no es del otro lado. Señor, lo que experimenta usted en Diligentia es Omniconsciencia divina. Sí. Y entonces André dijo de pronto: “Maestro Alcar, ¿le ha quedado claro?”. Y eso lo puede preguntar, porque el maestro Alcar era ahora un adepto. Y el maestro Zelanus lo es ahora de los maestros en el Omnigrado. Y André recibió el alma que se le infundió; ya oirán luego lo que cuente André. Porque este explica allí en ese instante el espacio entero para la armonía, para la paternidad y maternidad. Y tendríamos que haber seguido aún cuatro páginas más: era hasta ese punto que se le infundía alma a André. Y entonces deberían oírlo y decir si ese André de verdad es un príncipe del espacio y un gran alado, de lo contrario eso no saldría de su boca, ¿no?

¿Vale la pena? Porque dicen, claro, que Jozef Rulof está mal de la cabeza. Pero ustedes también pueden hacerlo. Cuando luego estén allí, será para todos ustedes, lo recibirán todos. Pero a ver si son capaces de hacer como yo allí. A ver, escuchen lo que viene todavía, hay cinco libros listos, eso sí que merece la pena leerlo. Cuando los haya terminado de leer, señor, esos cinco, madre mía, ay, ya no necesitará nada más y entonces llevará todas las universidades en el bolsillo. Solo que no tenemos dinero. Ya vendrá.

(Señor en la sala):

—... justo a tiempo.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Llegará justo a tiempo.

—Sí. Hay que ver lo que dice ese señor. Voy a bregar a bregar y a bregar, voy a buscar y a buscar. Señor, si en dos semanas necesito tener el millón de florines, estará en mi casa, estará encima de la mesa, entonces ni siquiera hará falta que le eche un vistazo, porque el trabajo estará en marcha, se oír por todas partes.

Una noche tuvimos aquí a una señora, aparece allí, pienso: ‘¿Qué colorcito es ese?’. Y dice: “Señor, estaba en el barco en el océano y allí ya oí de usted”. Eso también lo hemos vivido aquí. “Allí ya recibí dos libros y entonces dijeron: ‘Si está en La Haya, vaya entonces allí y allá, y escuche a Jozef Rulof’. Y ahora lo recibo; lo que no encontré en Egipto ni en la India colonial, en

los templos —estuve con iniciados, con los más grandes de todos, y no lo sabían— resulta que lo oigo en La Haya”.

Aquí lo hemos recibido. Se acuerdan, ¿verdad? Lo leí esta tarde por casualidad. Pienso: ‘¿He dicho yo eso?’. Sí, eso lo hemos dicho nosotros. Y así conseguimos espacio, evolución, dilatación, ¿y cuántas cosas más, no? Cuántas cosas, ¿no?

Voy a terminar esto y entonces tendremos preguntas después del descanso, directamente desde la sala. Así que preparen luego algunas y entonces seguiremos.

(Jozef continúa con la pregunta). Aquí tengo: “¿Tengo que comparar esto con el Antiguo Egipto y con el templo de Isis?”.

Señor Reitsma: entonces no eran más que niños pequeños. Pero ¿en el templo de Isis? Allí me he visto a mismo. Otro dice: “Cuántos espavientos, qué desgracia y cuánta soberbia”. Pero yo me vi andando allí como el sacerdote Dectar, con una túnica, acompañado de un Alado, y entonces fuimos al rey, fuimos al faraón, y después volvimos. Dice Venry: “Llegará un día, Dectar, en que no solo representará un pequeño templo, sino la humanidad”.

Y entre eso y hoy median la friolera de 3800 años. Pero lo que tenemos, sin duda, son las “alas”. Y justo para eso hicieron falta vidas, y había vidas que estaban listas. Y entonces llegamos al otro lado, primero nos hicimos astrónomos, fuimos chocando respecto a leyes divinas y planetas y estrellas, nos estrellábamos. Y en el más allá, detrás del ataúd, directamente desde la tierra crepuscular, llegó el maestro Alcar y dijo: “Ahora los llevaremos, con los maestros, a la luna, a Júpiter, a Venus, a Saturno, si lo conocen...”. Lo hemos llegado a conocer después de ciento cincuenta años y entonces nos convertimos en fuerza de voluntad, tal como lo pidió Moisés, tal como él lo pudo hacer, volví a nacer y llegó la madre Crisje, y entonces abrí los ojos en 's-Heerenberg, con el universo en el bolsillo. Lo que hace el maestro Alcar ahora no es otra cosa que despertar el universo, que hemos vivido juntos en el otro lado, con el maestro Zelanus, los tres —¿y por qué los tres?—, ahora solo lo está despertando.

Solo que ahora hemos traído la cosmología a la tierra y eso son para mí los nuevos tiempos. Porque con el noveno libro, ‘El origen del universo’, tendría que haber muerto, dado que, según dijo el maestro Alcar: “No para los libros ni el espacio ni los maestros ni Cristo ni el otro lado, sino porque usted sucumbe”. Y entonces me desdoblé corporalmente —eso también se lo he explicado, lo han leído— tres veces y volví, de nuevo de vuelta, y entonces llegaron los ángeles y las personas, las personas, las personas, las personas de la primera y la segunda y la séptima esfera a la madre del cuarto grado cósmico, y esta me miró a los ojos y dijo: “André, todos en el cuarto grado cósmico querían poseer esa tarea”. Y entonces me dije a mí mismo: “Lo que

ellos saben hacer, yo también lo sé hacer”.

Lo conseguí, pero los gemidos continúan porque ahora todo está hablando. Si el niño pequeño en usted habla, madre, ¿no es eso conmovedor? ¡Y fíjese cuando le hable el Dios de todo lo que vive! Me he convertido en parto cósmico de sabiduría, y eso es mucho peor, porque estoy encima mismo de eso, vivo inmerso en eso. Y usted no lo lleva más que por dentro y eso todavía es inconsciente.

¿Comprendido, señor Reitsma?

Todo eso lo está esperando. Y entonces podrá decir: “¿Por qué yo y por qué no otro? ¿Por qué no nosotros y usted sí?”. Señor, las esferas de luz están habitadas. El Omnigrado está habitado. Pero todos se convertirán en un Pedro y en un Juan, porque todos ustedes son apóstoles de Cristo. Y es que lo son. Y un buen día todos tendremos que hablar, hablar, hablar, hablar, hablar... pensar, pensar, pensar, pensar...

Y cuando empiece usted entonces —mamá, ahora no le hago nada, tranquila— y cuando empiece y diga al espacio y a todo lo que vive: “Dios no existe”, tampoco habrá un Dios que le pueda infundir alma, porque así lo alejas de ti a golpes. ¿Lo ve? Ahora puedo seguir estimulándoles, pero no me sirve de nada. Pero ¿no está enojado conmigo aquí, no?

Unas pocas palabras más, señoras y señores, y ya nos iremos a tomar un rico té.

(Dirigiéndose a la señora X):

—La invito para que se tome... ¿Se tomará un té a cuenta mía, señora? Para por el camino, señora.

(Señora X):

—No, eso ya lo haré en casa.

—Qué bueno, bien calentita allí, qué bueno, con una bolsita de cacahuetes.

(Risas).

Galleta, galleta, galleta. Dijo: “Galleta —señor, ¿tiene galletas?—, con una galleta”.

(Dirigiéndose a la sala):

—Aquí tengo todavía a un niño pequeño.

(Jozef sigue leyendo):

“Pero”, dice el señor Reitsma, “qué fue de esa gente entre nosotros que mancillan y enlodan a André-Dectar afirmando que esta criatura es soberbia y un lelo en comparación con Ramakrishna? ¿No dijo el maestro Zelanus que ahora puede dar clases universitarias a todos los grandes místicos y que Oriente le tiene envidia?”.

Esto ya no hay quien lo destruya, señor Reitsma, gracias, y se lo demostraré. A mí nadie me conseguirá destruir, señoras y señores, porque nosotros tenemos contacto con los maestros en el otro lado, con Nuestro Señor

más allá y en mayor profundidad. Que vengan, señor, y si se da lo que es infundir alma, señor, hablaré con usted hasta que esta noche se quede usted anclado a su silla. Mejor tómese ahora esa taza de té, porque ya no nos queda tiempo. Hasta ahora.

(La señora X dice algo).

Uno detrás de otro, primero el té y después el café.

DESCANSO

Señoras y señores, seguimos.

(En alemán):

Segunda estrofa.

(Jozef continúa leyendo):

“¿Es posible asimilar la calidad de maestro mediante estudio en la primera o segunda esfera?”.

¿De quién es esto?

“¿Es posible asimilar la calidad de maestro en la primera o segunda esfera?”.

Señora, entonces ya lo es usted. Pero ¿por medio de qué recibe uno la calidad de maestro? ¿Por leer libros?

Sí, claro.

(Una señora en la sala dice algo).

Señora, entonces no se ha enterado de nada. ¿Qué es lo que le da la calidad de maestro? De eso he hablado aquí muchas veces. ¿Cuándo se es una maestra? ¿Pintando? ¿Por las ciencias? Todo de la sociedad, es usted un Rembrandt, un Tiziano, un Beethoven y todo, pero usted: “A la porra...”. (En alemán): “Lárguese de aquí”. Y entonces la mano izquierda en alto con algo más, entonces sabrá usted exactamente la hora que es. ¿Es que lo es si dice: “Heil Hitler”? ¿Es que entonces lo es, señora: un maestro? ¿Por medio de qué —por medio de todas las artes y ciencias, cualquier facultad de la tierra, ya entiende a dónde quiero ir— se puede asimilar entonces la calidad de maestro?

(Varias personas en la sala):

—Por medio del amor.

—Aunque hable todos los idiomas del mundo, si no va acompañado de amor para detrás del ataúd, para las esferas de luz, que se llama justicia, armonía, señora, entonces no es usted nada, dijo Cristo. Así que ya es usted un maestro y se hace cósmicamente consciente, y lo seguirá siendo; puede usted, como ser humano, vivir su vida espiritualmente consciente, y entonces será una maestra y un maestro si cada acción y acto y pensamiento está sintonizado con esa primera esfera, entonces sí que lo será. ¿No es eso justo? Así que, entonces usted dice... No hace falta que lea. Bueno, puede leer... puede leer

todos los libros, puede acoger en usted todas las ciencias, y si no empezamos a quebrar ese diablillo en nuestro interior y a partírle ese precioso cuello, entonces esa cosa continúa y estaremos en disarmonía. Y si luego dice: “A mí qué me importa, yo también ya llegaré”, estará igual de detenida que si dijera: “Ese Dios, demuéstremelo que existe”. Y usted no me cree, pero como aquello de aquí, con que solo diga un instante, un solo instante: “Sí, pero..., esto..., espere un poco”, y encima quiera echarse un farol y dominar, entonces una vez más no estará en armonía con la realidad.

(Dirigiéndose a una señora con tos irritativa):

Señora, tome esto, un trago. ¿Quiere beber un poco?

(Señora en la sala):

—Ya me tomé un sorbito. Tengo un poco de picor.

—¿Se ha tragado una miga?

(Señora en la sala):

—No.

—Si no tendremos que extraerla, claro. Aquí tenemos cirujanos de sobra.

(Jozef continúa):

Pero entonces no llegará a tener conciencia ni sentimiento. Porque por ese pensamiento y servir verdaderos su conciencia empezará a ampliarse como sentimiento y llegará a tener usted en sus manos la calidad de maestro en armonía y justicia y amor, eso superará todo para todos los espacios de Dios; y eso son los fundamentos divinos para el ser humano, y en su interior, que ahora pone usted misma al estar sirviendo, y para eso ni siquiera hace falta un libro. ¿No es así? La teología, este libro... Ahora estamos hablando de teología. Y entonces mejor debería empezar usted con la sociedad.

Si resulta que ahora quiere ser algo y pone el listón demasiado alto para sus manos, y no lo tiene, no lo posee, ¿qué hará entonces? Pues sea por ejemplo espiritualista e imagínese que es un maestro, o un artista sobre el escenario, entonces ya se lo dirán, entonces el crítico dirá: “Vamos, fuera de aquí, y rápido, estudiante”. En Diligentia aparece uno de esos (Jozef dice algo con solemnidad) y entonces toca y dice ese crítico (en alemán): “Desde luego que esos aullidos de gato no nos sirven de nada”. Y entonces es usted una gata que está aullando. Y si ahora va a las ciencias, tendrá que demostrarlo, porque no llegará a tener su titulito en Leiden, no se doctorará.

Pero algo que el ser humano pueda agarrar y que penda entre la vida y la muerte, tal como lo hacen los médiums aquí, y entonces dicen..., parpadean y anuncian cualquier cosa... y detienen la evolución, no saben. Y así viene en ‘Dones espirituales’, desde luego, violan a Cristo, porque Cristo trajo evolución, pero ellos traer mentiras y engaños. El ser humano que viola los dones mediúmnicos es peor que el que asesina al ser humano material; este aún puede enmendar. Pero ahora trata de la humanidad; detendrá usted a mil-

lones de personas por la palabra que ofrece como médium, y que es engaño y quebranta lo bueno.

Lucho —se lo conté hace poco— contra Elise van Calcar, no consigo echarla de la sala Y dice: “Deshazlo todo”. Blavatsky (fundadora del movimiento teosófico, 1831-1891), también me dice a mí: “Deshaz lo que he dicho allí”. “Primero fuimos naturaleza, después animal y finalmente ser humano”, dice, “André-Dectar, esto está requetemal”.

Digo: “Los teósofos no me quieren”. Vaya, vaya, vaya.

Mary Baker Eddy (fundadora del movimiento Christian Science, 1821-1910) vino a verme en el Gólgota.

Llegué a Estados Unidos y digo: “¿Aquí cuántos médiums tienen?”.

Me dijeron: “Pues, quizá más de veinte mil, treinta mil”.

Digo: “No tienen ni uno solo verdadero”.

“¿Cómo sabe eso?”.

Mary Baker Eddy tuvo que venir a Holanda para dejar constancia de un mensaje en ‘Dones espirituales’ donde el maestro Alcar, y dice: “Primero vaya al médico si una mano está rota y después podrá rezar”. Porque ha habido brazos de niños pequeños que se han podrido, por el Christian Science. Y entonces vino a verme a mí —;no lo han leído en ‘Dones espirituales?’—, para eso no hizo falta que Mary Baker Eddy estuviera en Estados Unidos con los indios y con todos esos grandes médiums, no, solo hizo falta que acudiera a la calle Esdoornstraat 21. Digo: “Ustedes no tienen médiums”, sino seguramente que sí que la habrían oído. ¿O piensan ustedes que no? ¿O es que el mensaje de Mary Baker Eddy solo está destinado a los vertederos de la ciudad? ¿Entienden lo grave que es esto? ¿Y qué hace Mary Baker Eddy, pues?

Allí sigue habiendo centenares de miles de personas que están rezando: solo Dios es capaz de todo. Sí, sí. Pero ¿qué fue de las ciencias? Que están rezando. Y esos padres al cien por cien Christian Science, pero la niña de ocho años se había chocado con algo, el brazo que se disloca, fracturado: a rezar, rezar y rezar; el dolor desaparece porque el Dios de todo lo que vive escucha y lo sana. Y dos semanas después el brazo se había podrido y a los padres se les despojó de su patria potestad, porque habían metido la pata. Pesa sobre la conciencia de Mary Baker Eddy. Anda por allí, porque ese error la persigue y dice. “¡Aquí! ¡Pare!”.

Imagínense que ella pudiera vivir la primera esfera con esta desintegración, entonces allí también reinaría la mentira y el engaño, la desintegración. Ahora el ser humano viola los dones. Y no se trata de un solo ser humano —un asesinato, señora, no es tan terrible como esto—, porque ahora se trata de Holanda, Bélgica, Japón, los pueblos de la tierra asumen el control. ¿Y saben que Christian Science ha creado iglesias por todo el mundo? ¿Saben que también tenemos una aquí en la calle Andries Bickerweg? ¡Y lo que allí se reza!

¿Son capaces ustedes de rezar si el ser humano tiene una pierna rota? Entonces el otro lado, los maestros dicen, y también Cristo lo dijo: “Al médico para que le ponga yeso”. ¿No es eso honesto? Ahora Mary Baker Eddy está atada a sus propios errores, Blavatsky también, porque ya no consigo sacarlo.

Hay teósofos que eso ya ni siquiera lo aceptan, dicen: “Nacimos en las aguas”. Desde que se publicó mi ‘El origen del universo’, desde 1939, han ocurrido bastantes cosas y ha cambiado de todo en los centros teosóficos.

(La señora sigue tosiendo).

Señora, hay que ver lo testaruda que es, vamos, tome un sorbito de agua. ¿Lo ve que está siendo testaruda otra vez?

(La mujer dice algo y Jozef replica con un sonido).

Sí, usted al menos es capaz de resistirlo, pero, ay, si no fuera capaz de ello. Porque teníamos razón, ¿no?

(Alguien le da agua a la señora).

Ahora ya remitirá, ¿a que sí? Mejor quédese la porque podría volver.

Señora, yo hablo toda la noche y jamás miro al agua, qué extraño, ¿verdad? Somos capaces de hablar diez horas. Si toma agua como orador, mejor será que ordene traer un barril entero, porque uno no acaba nunca. Imagínese, eso también es arte espiritual, el maestro Zelanus es capaz de hablar diez horas sin agua. Dice, en cambio. “Entonces me bastan tres gotas”. Porque en una sola está contenido el espacio. Pero vuelve como espuma. Si hablo demasiado tiempo, aparece espuma, se parece a la nieve y es tan suave como la seda. Es una maravilla. Pero de eso no hablábamos, señora.

Estábamos con la pregunta: ¿cómo puedo ser un maestro en la primera esfera? Señora, claro, entonces recibirá automáticamente, si ya tiene el amor, la ampliación, la cordialidad. El ser humano le dirá: “Qué persona tan buena. Siempre es veraz”. Es usted amable, cortés, benevolente, cariñosa. Y los viejos vuelven a rejuvenecer y los ojitos empiezan a radiar. Sí, y la vida le dará a usted un beso. Y entonces nace un silencio, un verdadero silencio. Señora, eso incluso apetece cuando se han pasado los noventa años. Sí que es extraño. Mientras haya vida en el ser humano, este desea amor, cordialidad y la verdadera amistad y camaradería. Y entonces podrá vivir usted el diccionario: ¿qué tenemos en cuanto a verdadera amistad, amor fraternal y todas esas cosas? ¿Qué tenemos de eso? ¿En qué quiere alcanzar usted la calidad de maestra? ¿Por medio de qué? ¿De conciencia cósmica?

Cuando luego tengan en sus manos ‘Jeus III’, habrá al final del libro una foto, allí estará, y al comienzo podrán ver otra foto, una mía y de Crisje, y también algo más, y eso será el inicio de ‘Jeus el escritor’, o sea, yo, pero que no soy yo, aunque sí lo soy. Y al final recibirán, escuchen: ‘Jeus el pensador’, eso ya lo leyeron en la segunda parte, ‘Jeus el vidente’, también lo hubo, ‘Jeus el sanador’, también lo hay, ‘Jeus el artista’, el pintor, también lo hay. Porque

allí siempre tendrán Jeus esto y Jeus lo otro, Jeus tal y Jeus cual; pero al final recibirán esto: 'Jeus el pensador', 'Jeus el vidente', 'Jeus el sanador', 'Jeus el docente', 'Jeus el orador', 'Jeus', el escritor ya lo tenemos, ahora es 'el artista', y entonces tendrán además 'Jeus el docente', 'el maestro', 'Jeus el psicólogo', 'Jeus el consciente cósmico', y 'Jeus el Gran Alado' para la Universidad de Cristo, y todo eso lo habrán vivido ustedes entonces y dirán: 'Sí, ciertamente, allí está'. Y son diez dones; yo no tengo ni uno solo, son los maestros, yo no era más que un pequeña canal. ¿No les parece divertido?

Del barro, señor, de 's-Heerenberg, desde las calles Zwartekolkseweg y Montferlandseweg se puede ver, los árboles lo comentan y dijeron: "Jeus, vete, anda. Desaparece de aquí".

¿Cómo dijo usted?

Cuando me encontraba en el garaje —señora, todo depende de eso—, cuando me encontraba en el garaje y este había despegado, con un par de muchachos y cinco vehículos, entonces el maestro Alcar de pronto dijo: "Mejor deja esa birria y sígueme a mí". Y abandoné todo. Llegué a casa sin nada, digo: "Mi sueldo semanal también te lo doy, porque ahora quien me paga es Nuestro Señor". Y me marché y lo abandoné todo, digo a los muchachos: "Quédense (quedaos) con el tinglado", adiós acciones mías y todo lo demás, "porque voy a trabajar para Nuestro Señor". Digo: "La próxima semana ganaré doce florines, por los enfermos, y después diecisiete, y a la tercera semana veinticuatro, y entonces vamos en un santiamén a veintisiete y treinta e iremos a aún más". Y digo: "Mañana recibiré a tres pacientes: una señora tiene una úlcera y a aquella le duele allí, y ese señor no puede dormir". Y vinieron de verdad. Digo: "Y entonces tengo a la mañana siguiente, mañana por la tarde vendrá esa gente y tienen esto y lo otro, y entonces vendrá una madre con una niña y un niño, y entonces volverá ese señor y vendrá aquella mujer". La gente venía en tropel, y eso que todavía teníamos que conseguirla, pero ya estaba allí; y yo lo que hacía era ver. Digo. "Y entonces seguiremos y escribiremos libros y haré cuadros".

"Oye, ja, ja, ja", dijeron, "no me hagas reír". "Pablo Nabo", eso dijeron. Dijeron: "Pablo Nabo", y entonces pasaban un palo por la pared —eso lo leerán más adelante— en el garaje. Y yo a esos caballeros les habría...

En ese libro vivirán ustedes milagros, y solo, señora, porque yo siempre era capaz de escuchar. Nunca he dudado. Nunca. Nada. No es cualquier cosa. Ya de niño veía detrás del ataúd.

Pero ¿piensan que la gente se lo creía? Lo comentaba hace un rato con un señor, le digo: "Señor, esa maldita duda en nosotros golpea la justicia, la armonía y el amor —la felicidad, el matrimonio de la gente— y los destroza entre ellos". Y esa duda siempre está allí. ¿No bastan estas pruebas?

Pero, señora, una cosa le diré: tenga cuidado con los dones espirituales,

es muy preferible que haga otra cosa. Y no se meta allí. Puede ayudar a la gente, hablar con ella, pero vuelva a sintonizar siempre con aquello de lo que sienta; si lo digo, es que al menos no me equivoco siglos. Porque de lo contrario cavaré su propio hoyo. ¿No es honesto esto? Lo he vivido, lo he visto. Y entonces se elevará usted, podrá hacer lo que quiera en la sociedad. Hágase buena persona, hágase vida, hágase tierna, entonces la primera esfera estará abierta y lista para usted como un poderoso templo —no tiene más que entrar— y hay muchos caminos que conducen allí, para poder recibir al ser humano y a usted.

¿Tenía alguna cosa más? ¿No? ¿Todo?

Es así, ¿no? No podrá eludir esto jamás, así de afiladísima es nuestra palabra siempre hacia una cosa y entonces estamos ante la ley. Antes me preguntaba: “Maestro Alcar, ¿hacia dónde va usted?”. En ‘Una mirada en el más allá’ tuvo que acogerme como hijo de la Biblia. Digo: “Esa Biblia no la conozco”. Dice: “Pero tenemos que hacerlo, si no la gente no nos comprenderá”. Después, sin embargo, seguía y entonces volaba por el cosmos y al término llegaba el punto final divino con el signo de exclamación, y uno ya no tenía nada que añadir. No.

¿No han visto eso aquí? Pero si siempre asisten a eso. Al final, divinamente, siempre llega... Ya no termina con un signo de interrogación; aquí pasamos a través.

¿Ya nadie más?

Entonces tengo esto...

(Señor Berends):

—Señor Rulof, si portamos la duda en nosotros, eso también debe hacer que nuestra personalidad y vida del alma en realidad anden una al lado de otra, no una dentro de otra”.

—¿Cómo dice?

(Señor Berends):

—La vida del alma es el yo espiritual, y el yo material...

—Vamos a ver, Berends, escúcheme bien: le he enseñado que el alma es Dios. Así que en el alma no hay duda.

(Señor Berends):

—No.

—No, el espíritu tampoco es. Es la personalidad, en cambio. Porque ese cuerpo suyo de aquí ya no representa mentiras ni engaños, sino lo que vive en él. Y el espíritu, a su vez, es en el otro lado el envoltorio para el alma y sus sentimientos. Así que la personalidad... Ahora va a comenzar usted.

(Señor Berends):

—Así que es en la personalidad, en la nuestra propia, donde vive la duda.

—... ”vive la duda”. Entonces, ¿cuál es la duda?

(Señor Berends):

—Bueno, yo lo diría así: que esto es un producto de todas esas vidas previas.

—No, señor, mejor déjelo aquí cerca en la tierra. La duda es, no cabe duda, pero es inconsciencia. Esa palabra, “duda”, la puede tirar por la borda, sin problema. Pero ahora hay algo de ese subconsciente, y de ese espacio, y de esas vidas anteriores... hay algo que se aferra a su conciencia diurna y entra en comunicación con la personalidad; y si bien es cierto que puede haber algo de duda, al final solo es inconsciencia, porque así es como acogemos la psicopatía y la demencia, todas las enfermedades y todo, de lo contrario borraríamos del mapa a Dios. ¿Entiende? Porque entonces Dios sería un deforme, odiaría, un Dios de la venganza.

(Señor Berends):

—Eso no es posible.

—No, señor. Pero la duda por el amor y la justicia... El ser humano dice: “Pero he hecho el bien, ¿no?”. Sí, ¿en qué grado lo hizo? Y entonces nos ponemos a buscar y al fin resulta que todo eso es inconsciencia. No tiene que enfadarse con un ser humano que no actúe bien. Pero cuando no les da la gana, cuando están con las narices encima, para decir...: “Quiero tener la razón cuando es blanco”, bueno, eso es aun peor, aun peor que la duda; “Así lo pone aquí, eso es blanco”, entonces dicen: “No, eso es negro”. “Y lo único que quieres es tener razón”, se dicen entonces entre ellos. Entonces a unos no les da la gana aprender, poseer la capacidad de inclinarse, para decir: “Dios mío, Dios mío, tiene razón”. No, entonces no quieren que se les ataque. Entonces quieren protegerse, señor y señora, y eso es lo más triste en la tierra crepuscular, porque a esos jamás los conseguirás sacar.

(Señor Berends):

—Eso es diabólico.

—No, que no.

(Señor Berends):

—¿No?

—No, señor. Diabólico no, señor. Es que eso es tan patético y doloroso. ¿Por qué? No conseguirás sacarlos de esa tierra crepuscular, porque en la primera esfera estás ante la realidad. Y ya no es: eso es blanco, y es negro. No, señor, eso es azul y allí ya no hay ningún otro color. Y entonces no nos hace falta decir: “Bueno, pero ¿de verdad será así?”. No, hay que decir: “Si lo dice usted, así será, porque usted posee la realidad de la primera esfera”.

Al final, ¿de dónde viene entonces el primer fundamento? Pero ¿es que no tiene que ser una persona de un estado donde haya vivido realmente justicia? Es la parte crucial para los sistemas de Sócrates, cuando se pregunta en el mercado de Atenas y dice: “¿Qué es la justicia? ¿Qué soy cuando estoy

contento? ¿Qué sentimiento tan extraño es ese?”, ¿no? Es algo que hoy en día no pueden analizar todavía. Yo sí, Schopenhauer, Kant, vamos allá, así les contaré dónde está contento el sentimiento y posee la realidad de Él, que nos ha creado.

Señor, ese es el primer pequeño fundamento para el ser uno armonioso con la vida. Y eso Kant no lo sabía, porque Kant desconoce lo profunda que es la vida. Y Schopenhauer no lo sabe, y Sócrates lo sabía aún menos en esos tiempos. En el otro lado viven esas esencias y vivíamos nosotros, pero un ser humano las quiebra, porque dice: “Desde luego”. Allí estoy. Si usted no es capaz de inclinarse, tampoco saldrá nunca de esa esfera. Y entonces el ser humano añade rápidamente: “Bueno, sí, entonces ya lo veré”. Y ¿esa es toda la consideración con la que pretende tratar las leyes divinas mientras esté leyendo libros? ¿Son ustedes, hombre y mujer..., son, por el amor de Dios, aún prehistóricos? ¿Vienen de un manicomio? Eso me duele. ¿Por qué? Porque les tomaría el pelo a las esferas de luz. A Dios, a Cristo y todo el tinglado.

Pues a mí eso me da igual, pero hay gente entre ustedes que tienen que ver con ustedes, y resulta que unos quieren avanzar y otros dicen: “A la porra”. Bueno, en fin, ese que no quiere dar la razón, no quiere. Dios mío, Dios mío —¿ha leído ‘Una mirada en el más allá’, señor?—, si se niega a inclinarse, señor, ¿no siente entonces la esfera si a eso se añade un poco de dureza?, ¿hacia dónde va uno? Y ¿no es triste entonces que aquí mismo haya gente que diga: “Pero hago mal”? La gente dice: “Actúas mal, no puedes hacer esto, no está permitido que hagas aquello. Pero ¿por qué hace eso, señor?”.

“¿Quién dice eso?”. Y entonces van en contra. Me la refanfinfla: si tiene que ser entonces que me contagien y cotilleen y charlen sobre mí, y soy yo, entonces me pongo a mirar y pienso: ‘Tienen razón’. Pero eso no me dice nada, señor. Ya me aclararé. Quien me ponga verde, es el verde; ay, si no soy yo. Bueno, bueno, entonces tengo el universo entero a mi lado. Y Nuestro Señor estará entonces muy cerca, es cuando Él te pone una mano en el hombro y dice: “Continúa y no te molestes por la desintegración”.

¿Qué es lo que quería saber de eso, señor Berends?

(Señor Berends):

—De lo último.

—Un poco más de lo último.

Mire, le advierto. Y ya no es cosa de advertir; yo he visto el otro lado.

Gente, vale mucho más que uno padezca hambre y no posea nada y no hable jamás, porque entonces no es posible hacer nada malo. Porque toda palabra equivocada, acuérdense, es un fundamento contra nosotros, y eso lo tienen que superar. Y esa primera esfera tiene que ser lisa y pura, porque esas briznas de hierba que salen allí lentamente de la tierra... es la nueva vida, es el despertar, es la pureza para la vida, tenemos que inclinarnos ante eso, y ser

verdad, benevolencia y amor, dice el maestro Alcar, de lo contrario uno no avanzaría ni un paso.

Y si están ustedes aquí para enriquecerse y quieren despertar, siempre les suplico —y entonces el ser humano se va dando cuenta, por medio de las conferencias de Diligencia, de la conciencia cósmica, la aparición de la paternidad y maternidad divinas—: ¿por qué no empiezan ya?

A un hombre lo puedo aplastar a muerte de tanto amor que siento, no a una mujer, señor, pero a un hombre que tenga amor lo beso seria y espacialmente, a partes iguales. Eso Cristo también lo ha dicho: “No vayan a Mi hermana, no, vayan a Mi hermano”. Y si son capaces de eso... Primero tendrán que querer jugar la baza de que la gente diga: “Qué tipo tan agradable es este”. Lo he hecho. Y cinco años después volvió la primera respuesta. Entonces el maestro Alcar dijo, dice: “Es algo que tiene que decir la propia gente”. Y si yo ahora, un poco... (inaudible). Entonces yo era un santo, era un fenómeno y un ser humano increíble. Pero entonces me puse a pisar fuerte, y era un demonio, ¿verdad? Pero es que ese es el honor; ese lodo es el honor. No hago caso alguno y así no me molesto con esa gente. Pero si van directamente en contra de la armonía divina y no quieren otra cosa que llevar la voz cantante, hablar y hablar, y dicen que lo negro es blanco...

¿Sabe usted por qué estaba yo tan enojado la semana pasada, señora? No lo estaba, se me había infundido alma cósmica. Podría haber arrasado el edificio entero, tuve que contenerme, porque se te echan encima las penas de la humanidad, y entonces estás ante la impotencia, cuando lo que soy es una persona cósmicamente consciente. Y ahora puedo dar clases a cualquier universidad. Y entonces casi estallo y ya no estás enojado, no, lo que haces entonces es aplastar de un puñetazo la realidad por detrás en el cerebro humano hasta que los sentimientos digan: hasta aquí y no más, ya no puedo procesarlo. Eso es lo que ocurre entonces. Y después ¿que se infunda alma? Señora, se desangrará usted cuando empiece a ver la verdad. Yo siempre estoy sangrando. Y es cuando uno empieza a comprender un poco a Nuestro Señor, por qué se le golpeó más por no poder alcanzar la humanidad —eso, por cierto lo sabía él también— que por toda esa muerte en la cruz.

Porque el ser humano en los campos de concentración ha sufrido más que Cristo. A ellos los arrancaron las uñas del alma. Respeto a esa gente que dijo “no”. Pero ¿a qué? ¿A Adolf Hitler? ¿A Mussert? ¿A esta maldita sociedad que está más podrida que nada? Nos engañan por delante y por detrás, nos tratan injustamente, la gente había dado su vida por eso, y cuando la guerra hubo terminado les dieron una patada, pero los sinvergüenzas están ahora bien ensillados. Entonces yo me quedo con Mussert, porque al fin y al cabo fue honesto, y también Max Blokzijl (véanse los artículos ‘NSB y el nacionalsocialismo’ y ‘Hitler’ en rulof.es). Pero lelos infelices, inconscientes, aunque

unos niños pequeños tan auténticos. No solo estaban contentos con una condecoración de oro, sino también con (en alemán) polainas: Heil Führer.

Llegué a 's-Heerenberg, señora, en 1942, volví a mi tierra natal en 's-Heerenberg, y entonces los de la NSB andaban así. Me dejaron estar con la élite, o sea, en Heining, es un bonito café —yo no iba nunca allí, se me hacían demasiado fanfarrones—, allí solo había notables, iba el alcalde, vaya, allí no podía acudir un hijo de la calle Grintweg, lo echaban. Pero entonces llegué allí, ya llevaba en las manos unos doce o quince libros, y entonces empezaron a inclinarse un poco y: “Bueno, ese Jeus sí que tiene algo”. Y entonces entré y allí estaba la élite de Mussert. “Vaya”, digo: “¿Qué está pasando aquí en 's-Heerenberg? Maldita sea, todos levantan el brazo, pero ¿esto qué es? ¿Están locos?”. Y digo: “Y todos han apostado por un caballo blanco, cojo, ese caballo luego se derrumbará”. Y entonces dijo mi amigo, era un gerifalte allí, hijo de Van Bree, el alto, dice: “Si no hubiera sido Jeus, no podría haber hecho nada por él, tendría que haberlo encarcelado”. Pero era Jeus. Digo: “Willem”, cuando la guerra hubo acabado, digo: “Willem, si se te hubiera ocurrido hacerlo, te habría arrancado el pelo”. Y cuando volví después de la guerra, dijo: “Jeus, Jeus, hay que ver lo estúpidos que fuimos, ¿no? No lo sabíamos. ¿Podrás perdonarnos?”. Digo: “Pero si no me enojé con ustedes (vosotros), ¿no? Niños”.

Pero eso ocurre a diario, señora, y entonces el blanco es negro. Y eso los saca a golpes de la primera esfera, señoras y señores. Porque cómo es posible —así se lo dije a mi gente que ha leído mis libros—, cómo es posible apostar tu vida por un lío salvaje, cuando Cristo dijo: “Quien a hierro mata morirá por la cruz”. Y eran conocedores de la Biblia, no se crean. Entre ellos había quienes tenían sesiones con los “maestros” en el otro lado y estos decían: “Así estuvo bien”. Digo: “Ya está bien de tanta tontería, no tienen (tenéis) nada”. No querían perder eso.

¿Saben cuándo lo perdieron, señora? Estando en el campo de concentración. Entonces lo perdieron: Jozef tenía razón. Y si ahora digo: “Callen la boca y no digan tantas bobadas y sean cariñosos y denle la razón al ser humano e inclinen la cabeza”, es lo mismo que levantar el brazo ante todos esos Mussert y Hitler. Y ustedes ni siquiera necesitan que yo se lo dé, cuando llega esa voz del espacio y van un momento a echar un vistazo en el Gólgota, señoras y señores, ¿sigue sin estar allí la voz divina y espiritual que dice: “Criatura mía, ¿qué ejemplo te di?”. Pero no es que a ustedes no les dé la gana: no les da la real gana. No dicen: “Sí, es un diablillo en mi interior”. Pero hay vidas que quedan destruidas así.

Hubo un hombre que dijo: “No, no puedo evitarlo; es que entonces hay algo que sale de mi interior y vuelvo a soltar un gruñido”. Digo: “Sí, señor, son de esos diablos malditos que están entonces en tu interior”. Digo: “Sí,

señor, pero a tu mujer e hijos ya los tiene hechos polvo. Ya ni hace falta, los ha quebrado por completo por ese diablillo”. Destrozados. Hay vidas que quedan destrozadas por esos malditos diablillos.

Si usted sabe conscientemente, señor, que se asesina a sí mismo a diario por esos malditos rasgos de su carácter, ¿por qué no para entonces? Y no destruya la vida de un ser humano. Lo veo a diario, lo oigo. ¿Quiere desarrollarse usted espiritualmente y repartir leña a diestro y siniestro, y que el ser humano diga: “Pero ¡Dios mío!”? Cure al ser humano; el ser humano tiene que decir, pero entonces al magnetizador, lo que pasa, pues: “Señor, ¿por qué tengo que desvestirme? ¿Tengo que desvestirme, señor?”. Sí, quieren la desnudez. Esos magnetizadores no quieren ver lo nudo, sino lo desnudo. Ladrones malnacidos, asquerosos, guarros. ¿Es esa la felicidad? ¿Es eso? No toquen los espacios, basta. Yo creo que antes me ahorcaría, así al menos tendría algo que enmendar, si es con eso lo que tengo que meterme. ¿Cierto o no, señor? Y de eso de trata, créame, de verdad.

Señora, ¿ya lo sabe ahora? Todavía estamos con su pregunta.

Todo eso funciona detrás del ataúd, eso sigue, si no hace nada... La gente de los tiempos de la guerra ha recibido su lección. Si sabes algo y tienes fuerza y puedes dar algo a la gente, conserva entonces toda la sencillez y hazlo aún más sencillo que la tierra en la que se mete esa papa (patata). ¿Porque oye usted que la madre tierra hable a sus cultivos y gima y haga aspavientos? Pues vaya a mirar luego lo que cuelga de esos árboles, de eso no oirá nada: todo sigue de forma infalible. Y si tenemos esa armonía, señora, y le dice al ser humano en la calle... Ese ser humano viene con usted en la calle y dice: “No estoy bien, señora, los últimos tiempos no me siento bien”, y entonces usted dirá: “Señora, sintonice con el espacio y habrá desaparecido”. Pero si es de verdad un tumor —y un tumor no se quita así como así, no hay medicinas para eso— entonces es el médico quien dice: “Lo abriré y lo haré desaparecer”. Y a eso, a su vez, tiene que entregarse usted.

Pero la ley es ley. La armonía es armonía, y esta la lleva a los sistemas divinos que tienen la justicia, y de los que Sócrates abrió y desveló el primero como los fundamentos para la universidad de ahora; por los que surgieron un Kant, un Schopenhauer y un Adler y un Jung, y que siguen sin enterarse, porque (en alemán): el sentimiento es sentimiento. Y para Freud todo era homosexualidad y sexualidad, nada más, nada más, porque Freud no sabía nada del más allá. Y era un profesor mundialmente conocido. ¿No es así?

¿Preguntas al respecto?

(En inglés):

No. ¿No, señora? ¿Preguntas? ¿Tiene más preguntas?

A ver: ¿qué tal lo he dicho?

Aquí tengo: “A mi profesor Jozef Rulof”. Vaya, ¿y cómo me tomaré esto?

“Después de algunas conferencias con el doctor Reinmond estuve en el observatorio astronómico de Leiden para admirar la madre luna y otras constelaciones a través del telescopio. Fue imponente ver a la madre luna tan cerca de mí. Fue como si pudiera ponerle las manos encima”. Lo creo sin la menor duda, señora. “La saludé muy suavemente y le di un beso imaginario”.

Oiga, qué bonito, ¿verdad? ¿De quién es? ¿De la señora Revallier? ¿Dónde está usted? Atrás, en el rincón. ¿No fue una delicia ese beso, señora? Y después mirar un poco en silencio, debería haberse quedado a mirarla un par de horas, sola. Me hubiera gustado estar a su lado, tomados de la mano, y hablar así un poco con la madre luna. Vaya, vaya, hacer una delicia de vuelo desde aquí; eso es posible, señora. ¿No le parece? ¿Es que no nos emocionamos un poco por dentro cuando se pone a hablar el espacio? Eso lo vivo todos los días, señora, y ahora conscientemente. Cuando la luna... La luna dice ahora: “Estoy muriéndome, André, pero echa un breve vistazo sobre unos años atrás, son millones de eras para los eruditos en la tierra, observa un poco mi juventud cuando tenía seis años, siete, diez, y cuando todavía tenía que empezar mi primera vida celular como existencia embrionaria, y siente después el beso de mis años de pubertad y tendrá usted mi amor, y sabrá”. Bueno, ya me está saliendo poesía, así puedo seguir.

Y entonces dicen “escribir un libro”, señora, así sigue, y entonces hablo durante veinte páginas de forma libre, suelta; pura (en alemán) poesía y verdad. Tiene que sentarse a ello un poeta. Y entonces dicen: ¿de dónde vengo? Y entonces somos uno con la luna y esta empieza a hablar y cuenta de forma cósmicamente consciente cómo ha sentido y vivido su maternidad, paternidad, alma, espíritu, vida, luz, espacio, justicia, armonía. Eso continúa día tras día, y por las mañanas tenemos un libro, no hace falta hacer nada con eso. Y la gente a veces dice todavía: inspiración. Yo me he convertido en ella. Ya no me hace falta preguntar. Si tienes unión, habla la vida. ¿O es que estoy hablando por los codos? ¿Hablamos por los codos, señor ingeniero?

(Señor en la sala):

—No, todavía no.

—Gracias.

Bueno, yo simplemente lo miro a usted porque así tengo enfrente a alguien con clases universitarias. Leiden y Delft incluidas. Y cuando él frunce el ceño echo un poco más de leña al fuego y se le vuelve a relajar.

(Risas).

Me encanta hablar, es mucho más difícil hablarles a ustedes, a los seres humanos corrientes. A mí denme intelectuales, porque entonces tenemos fundamentos y seguimos, y así se lo tragan como si nada. Ahora es mucho más difícil, eso allí lo oyes, porque no hace falta decirle a un ingeniero y un

médico y otro ser humano: “Dios no existe”. Es que eso es imposible. No hay eruditos en el mundo que digan... Sí, cuando se han desfogado, pueden decir: “Dios ya no existe”. Pero eso no lo dice ningún ser humano con una erudición decente de este siglo veinte, con un doctorado, es imposible, ya no dice: “No existe ningún dios”, ¿no? ¡Una locura!

(Jozef continúa con la carta).

Pero ahora vamos a darnos el gusto de volver a la luna, los dos, señora. “La saludé muy suavemente y le di un beso imaginario. Cuando me bajé del puesto de observación, fui al ayudante, que nos dio explicaciones. Este señor estaba a punto de acabar sus estudios universitarios. “La luna está muriéndose, ¿verdad?”, dije, “y ahora es una masa dura. ¿No hubo nunca vida en la luna?”.

(Una señora en la sala corrige a Jozef):

—La hay.

—¿Cómo dice?

(La señora añade):

—¿No hubo nunca...?

—Eso digo.

—¿No hubo nunca vida en la luna?

—‘No’, dijo, ‘nunca hubo vida en la luna, siempre ha sido una masa de fuego ardiente. Ahora está dura con montañas de cinco mil metros de altura y profundos cráteres; pero siempre una masa ardiente’.

Cómo es posible.

“‘No, señor’, dije, ‘la luna ha cumplido una tarea en el universo’, le conté cómo surgimos nosotros y los animales en la luna y cómo nacimos a partir de ella. No entendía nada de eso ni sabía nada de eso, dijo. Al doctor Reinmond le pregunté si era verdad que el sol escupía planetas.

‘No, los planetas surgen por otro poderes y fuerzas’.

A los demás astrónomos les pregunté: “¿Cómo ha conseguido Saturno su anillo?”.

‘La ciencia’, contestó, ‘imagina que una de las nueve lunas que planean alrededor de Saturno, se ha dividido y que le cayó encima. Y el anillo así...’.

Pero, escuche, resulta que esa gente habla de fuerzas de la gravedad y centrífugas y empujar de vuelta e impulsos hacia fuera y ahora saben que si disparas algo grande hacia arriba, vuelve a caer porque aquí existe la fuerza de la gravedad. ¿Cómo va a ser posible que un planeta de esos se suelte y se estrelle contra los demás? Adiós universo. Es así, ¿no? Pero eso es lo que dicen esos eruditos. No entiendo que esa gente se quede en ese punto muerto. Quieren buscar algo y hablan hasta desaparecer del mapa.

‘No, señor’, dijo, ‘es que así no es’. Ahora tengo que volver un poco. Ah, sí. ‘... dividido y caído sobre Saturno. Y así ha formado el anillo’”.

Cómo es posible, eso es una casa sobre una casa y entonces surgió un anillo, y en este anillo una chimenea que echaba humo. ¿Así bien? Y abajo había un ser humano que estaba horneando pan, pero el ser humano que tenía que comerlo no estaba.

“No, señor’, dije, ‘así no es’. También a él le conté lo que el maestro Zelanus nos ha explicado en una de sus conferencias.

‘Usted quiere explicar esto de forma ocultista’, dijo.

‘No, señor, no hay nada ocultista en el universo’”. Muy bien, señora.

“¿Cómo sabe esto de Saturno’, preguntó.

‘Soy una alumna de Jozef Rulof’.

‘Ah, bien, sí, alguna vez me han hablado de él’.

Después de intercambiar unas frases sobre ese asunto, pregunté: ‘¿Cree usted entonces en la paternidad y maternidad en el universo?’.

‘Sí’, dijo.

‘Ah, bien, pues entonces léase mejor los libros de Jozef Rulof y así ya lo sabrá’.

Naturalmente, no conseguí nada con ninguno de los tres. Espero que el folleto que les enviaré haga el resto del trabajo. Con mi relato he querido confirmar lo ricos que somos con nuestra ciencia espiritual, aunque no seamos más que unas criaturillas de nada en este ámbito. Aun así podemos decir: “Somos felices con ese ciencia que nos da la Universidad de Cristo”, con lo que, lógicamente, honro a los maestros y a su instrumento Jeus, André-Dec-tar, de madre Crisje. Todas las madres deberían llamarse Crisje”. Señora, muchas gracias.

—Esas dos palabras salen de la boca deslizándose así como así. Oiga, pero mi madre también era un tesoro, era una segunda Crisje.

—Señora muchas gracias, también por las cosas que hace, porque eso desde luego lo sé, y solo diré esto: haré todo lo que pueda y concluiré el trabajo, y si hago algo mal, ya pueden darme un golpe en la cabeza con un fleje. Pero no creo que vayan a tener la oportunidad de hacerlo. Porque si hay algo y la gente dice... entonces primero vendrán a verme a mí... ¿No es así?

En los tiempos en que empezaron a gritar tanto hubo alguien que vino a verme, un señor, y viene y me dice: “Estaba usted en alguna parte, señor”, para ver si todavía había lucecitas, pero ya no las había.

“¿Ves las mías todavía?”.

Y dice: “Sí, siguen en su sitio”.

Digo: “Y ahora largo de aquí, maldito ladrón”. Dicho de otro modo: observa tus propias cosas y no tengas el descaro de mirarme los ojitos, señor, tiene usted el tejado de vidrio. Señor y señora, cambiemos primero nuestro tejado de vidrio, y después vendrá el derecho de mirar alguien a la cara.

¿De quién se trataba? Que se larga. “Caramba”, dice, “una paliza humana”.

“No, señor, la verdad”.

Señoras y señores, señora, gracias, la Universidad de Cristo desafía la ciencia. Pero cuando resulta que ahora están sentados —todos ustedes son de Leiden y Utrecht— y explico: ¿Qué es la luna...? ¿No lo han leído en ‘Las máscaras y los seres humanos’? ¿Y no lo han leído en ‘El origen del universo’? Si René despierta allí y el pastor protestante, el astrónomo, el psicólogo también están allí, y entonces, pues, lo que tienen que hacer mejor es... Dios mío, Dios mío. Y entonces tenemos que empezar por fin: ¿hay vida detrás del ataúd? ¿Hay reencarnación? Y entonces puedes repasar la Biblia, toma veinticinco años hacerlo, es imposible de analizar, allí están otra vez. ¿Surgen dudas? No, señor: ¡palabra de Dios! Y Dios dijo: “Hago una luz para la noche”.

Una vez me tronché de la risa. Añadiré alguna cosilla. Voy a ver a un relojero, entro y había dos luchando, con palabras. El relojero allí y había otro que estaba allí; y durante el trabajo, a ratos, recibía clases sobre la Biblia, con el relojero. Yo estaba allí presente, esperando, me encendí un cigarrillo: “Señor, tranquilo, ya esperaré un poco”.

Y dice el hombre: “Y entonces dijo el Señor...”.

Digo: “Señor, adelante”.

“¿Usted también es protestante?”.

Digo: “Sí, señor”. Y me senté de esa manera, con las manos plegadas y entonces él sintió: bien, está bien. Y él dale que dale. Y de repente dijo algo, sí, es cuando se me separaron las manos volando, ya no tenía contacto conmigo mismo y tuve que reír.

“¿Se está riendo usted?”.

Digo: “Señor”, digo, “sí”. Digo: “Mire aquí...”.

“¿También se interesa por la Biblia?”.

Digo: “Señor, naturalmente, naturalmente, naturalmente, es Dios, ¿no? Sí”, digo, “pero lo que dice usted, no cuadra”.

“¿Y cómo es que lo sabe entonces, señor?”.

Digo: “¿Quién es usted?”.

“Soy un parapsicólogo”.

Digo: “Miente usted”. Digo: “Tiene que decir usted que lo que hace es dedicarse a la parapsicología. Porque si es parapsicólogo, es usted médico, y no lo es, de lo contrario no se dedicaría a eso ni a la Biblia. Un parapsicólogo sí que tiene que ver algo con la Biblia, pero no es su estudio”. Digo: “Así que está presumiendo con un título que no tiene”.

Entonces dice el relojero: “¿Entonces estás mintiendo? Pues ya no quiero oírte hablar de la Biblia”.

Dice: “¿Usted también se dedica a esa Biblia?”.

Digo: “Sí, señor”. Digo: “No me importa participar, pero entonces lo del comienzo hay que eliminarlo todo. Todo esto, por ejemplo”.

“Pero ¿cómo es posible eso?”.

Digo: “Señor, Dios dijo. ‘Hacemos una luz para la noche y una luz para el día’. Y la luna recibe la luz del sol, y la tierra hace la noche, no la luna. ¿Quién es pues?”.

“¿Conoces la Biblia”, dice a ese hombre, al parapsicólogo. Y dice: “Tú no sabes nada de esto”.

Digo: “El señor tiene que apartarlo, todo eso hay que borrarlo del mapa, porque antes de que empezara la Biblia la tierra ya tenía millones de años”.

Y dice: “Pero ¿quién es usted?”.

Digo: “Me llamo Jozef Rulof”.

“¿Es usted ese hombre de Diligencia?”. Ay, ay, madre mía.

(Risas).

Digo: “¿Usted qué tiene? ¿Qué está pasando? Señor, no le hecho nada, ¿no?”.

“No, mi mujer... toda La Haya está hablando de usted, hablamos cada noche de usted”.

Digo: “Yo soy”.

“Señor, ya estuve en su casa”.

Digo: “Señor: ese reloj ya lo he mandado reparar cinco veces, soy ese mismo”.

“Pero eso no lo sabía. ¿Es usted ese rebelde espiritual?”.

“Sí, señor”. Digo: “¿Lo reparará todavía? Mejor sea honesto, porque hay más relojeros”. Digo: “Pero eso es lo que se eliminará para mí. Y usted no es un parapsicólogo”, digo, “y ahora no quiero saber ninguna otra cosa, señor, que de dónde sacó Abraham la mostaza”. Digo: “Y cuando Abraham recibió mostaza, seguía estando encima de la condena y del Juicio Final y entonces ni siquiera se aclaró, porque tenía que morir”.

Y dice: “No entiendo nada de esto”.

Digo: “Ya me lo parecía”.

(Risas).

Señoras y señores, señora, ha sido una historia muy divertida, pero con eso te encuentras a diario en la sociedad.

¿Tienen alguna pregunta más para mí?

Y entonces dice ese relojero, cuando llego yo, la vez siguiente también fui a verlo, medio año después, y entonces le había explicado unas cuantas cosas, dice... Ya lo conocía durante la guerra, y entonces le dije, digo: “Señor, así es como sucederá, así es como sucederá”.

“¿Me habla en serio, señor?”.

Digo: “Sí, señor”. Todo eso se cumplió.

La guerra, que lleva terminada cuatro días, señor, y ya tenía miedo de que hubiera una tercera.

“Señor, no habrá guerra, ¿no?”

Digo: “No, señor. Mejor mantenga los pies en el suelo, señor”.

“No habrá guerra, ¿verdad, señor Rulof?”

“No, señor”.

“¿No habrá...? ¿No llegarán los rusos?”

“No, señor, no vendrá ningún ruso”. Digo: “¿Pero sabe lo que sí hay? Un ruso muy diferente, y este es mucho más peligroso”. Digo: “Dice usted que es un hijo de Dios, ¿verdad?”

Dice: “Sí, lo soy”.

Digo: “Señor, miente más que habla, porque duda más que la noche, porque Dios se lo puede contar, pero usted a Él no lo oye”. Digo: “Señor, ¿por qué no se lo pregunta a Cristo?”

“¿Cómo dice? ¿A Cristo?”

Digo: “Sí, señor”.

Cuatro días, vaya casualidad otra vez, salgo de casa, voy andando: “¿Verdad que no habrá guerra, señor Rulof?”

Digo: “Señor, los ‘drudels’. Vaya a casa, vaya a Abraham y pregúntele cómo se enteró de dónde estaba la mostaza. Y entonces ya oirá, señor, que lo envía directamente a Utrecht o a Ámsterdam o a Delft”. Dice: “Señor, eso solo es de las hojas de laurel que hemos mezclado con un poco de vinagre y algo más, y luego una etiqueta encima, eso es lo que come usted”.

Entonces dijo: “Tampoco entiendo nada de esto”.

Digo: “Señor, ya entenderá: es usted un indeciso con dos patas. Y no llegará a tener Dios ni a Cristo. Y de la Biblia tampoco recibirá nada, señor, porque usted acepta la condena, acepta un Dios de odio y de venganza, señor”. Digo: “Y a ese ya no lo podrá ver en mi casa”. Digo: “Y eso de verdad que da miedo, mi casa es fantasmagórica”.

Y un abrir y cerrar de ojos, en un segundo, bajó todas las escaleras.

(Risas).

Y ahora, siempre que me ve, señor y señora, se va por otra calle. Se asusta si estoy en las inmediaciones, pero entonces ya se ha alejado un buen trecho y dice: “¿No habrá una tercera guerra, ¿verdad que no, señor?”

“No, señor, no habrá una tercera guerra, porque Stalin no es tan estúpido ni tan lelo como era Adolf, porque Stalin, según consta en ‘Los pueblos de la tierra’, dice que le quiten lo bailado.

Señoras y señores, ¿he podido ofrecerles alguna cosilla esta noche? Entonces les doy mis más sinceras gracias. Y eso, claro, es del catedrático de la radio.

Señoras y señores, duerman en paz, y si se arrullan con un poco más de ternura, eso les ofreceré los pequeños fundamentos —¿o esperamos un poco?—

para la primera, segunda, tercera y cuarta esfera del otro lado.

Señoras y señores, en Crisje, en Cristina, desde luego hay algo, pero si te falta el sentimiento por dentro, jamás podrán irradiar ustedes lo universal, eso también lo tenía ella. Y si todos ustedes tienen eso, estarán...

¿Saben ustedes donde vive Crisje? En la tercera esfera, con Hendrik el Largo, y eso se lo han ganado honestamente con su propia sangre.

Señores y señores, un beso de Crisje.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 10 de abril de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

—Aquí tengo la primera pregunta: “Aquí hay dos opiniones diferentes, ¿puede ayudarnos a reflexionar sobre ellas?”. ¿Dónde tenemos que empezar? “Al comienzo recibimos la chispa de Dios, y con eso la Omnifuerza hizo su tarea”. Ya le gustaría a la Omnifuerza. “Y el resto lo tenemos que hacer nosotros mismos. Dos: seguimos estando conectados con la Omnifuerza por la chispa de Dios, que nos alimenta, como si dijéramos, con energía espiritual”. Fíjese cómo se contradice usted aquí. ¿O es otra persona quien lo dice? Primero se dice aquí: “Al comienzo recibimos la chispa de Dios, y con eso la Omnifuerza hizo su tarea. Y el resto lo tenemos que hacer nosotros mismos”. Y ahora volvemos a tener: “Seguimos estando conectados con la Omnifuerza por la chispa de Dios, que nos alimenta, como si dijéramos”.

(Señora en la sala):

—Son dos opiniones diferentes.

—Eso pensaba yo también, mire.

Ahora tenemos la primera opinión, una comparación con esta vida y con el macrocosmos entero. Al comienzo... Ha leído usted ‘El origen del universo’, ¿verdad? Y ‘Una mirada en el más allá’. Pero son precisamente esos libros, ‘El origen del universo’, los que le ofrecen la imagen del comienzo de la creación. Eso la ciencia aún no lo sabe, porque todavía no son capaces de penetrar hasta allí. Sí han llegado al punto donde el biólogo dice: “Hemos nacido en las aguas”, pero ¿por qué no descienden un momento un poco más en ellas? Porque la conciencia terrestre, la vida, solo apareció millones de eras más tarde. Y entonces el ser humano como pez había vivido la luna —allí no había gente—, fuimos arrastrándonos fuera de las aguas, pero esa precisamente era la frontera y el punto final de nuestra vida, y entonces apareció la muerte, la liberación de la vida interior de ese pez, de esa foca que éramos, o león marino; ¿qué bigotito quiere usted?

Mire, señora, esa chispa de Dios que es usted, es Dios mismo. Eso tampoco lo puede confirmar todavía el psicólogo ni el teólogo —otra vez estamos ante un teólogo—, porque dice: Dios está allí y nosotros no somos más que personas. No, el ser humano, Dios, se ha materializado, espiritualizado, amplificado por el alma, la vida... Primero la vida, es la vida, es la Omnifuerza. Si habla usted sobre la vida, ya lleva la Omnifuerza en su interior. Pero el alma como una parte separada de esa vida, desde esa Omnifuerza... esa vida,

pues, es la Omnifuerza, la Omniluz, la Omnipaternidad, la Omnimaternidad, el Omnialma, el Omniespíritu, las leyes elementales, y entonces llega usted a la personalidad y entonces se llama justicia, armonía.

Esa chispa es usted, así que es usted una divinidad. Y en ese instante, cuando a usted le entró el primer roce —era usted adulta como célula, embrión—, fue cuando empezó la división y entonces dio usted una parte de sí misma, y la otra célula también, y hubo nueva vida. Y estas, a su vez, también se dividieron. Eso ya se ha demostrado científicamente. Pero lo que todavía no se dice es si todo es así ni si los seres humanos somos núcleos divinos y divinamente conscientes. Lo que sí se dice es: Dios vive en el ser humano y el ser humano es Dios, pero después volvemos a ver una figura y eso desde luego que sí es otro Dios, ¿entiende? Así que ese Dios reacciona y gobierna y nos guía y nos impulsa... Y eso ya no lo es de ninguna manera, ¿lo ve?

Ahora les presento la pregunta, es la segunda, ya estoy con la segunda pregunta. “Para explicar la primera: con eso la Omnifuerza ha llevado a cabo su trabajo”: ¡sí!. “Ahora tenemos que hacer el resto nosotros mismos”.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Es esa pregunta de usted?

(Señor en la sala):

—No.

—No es necesario que lo demás lo hagamos nosotros mismos, porque si usted misma ya habla de “nosotros mismos”, ya es usted una entidad, ya no es su vida ni su posesión, es el núcleo divino, esa sustancia, esa evolución, esa fuente, que es padre y madre, y alma y espíritu, esa fuente quiere ampliarse y evolucionar. Pero el ser humano como ser humano ya es algo accesorio, nos disolvemos por completo en el Omnigrado y luego seremos dioses, dioses conscientes. Así que la Omnifuerza —ahora viene la palabra— se ha densificado a sí misma en ese espacio: a sí misma. ¿Quién nos dio el nombre de “seres humanos”? Lo hicieron los autores de la Biblia. Pero para Dios es usted una parte de Su luz, de Su vida, de Su sentimiento, de Su alma, de Su paternidad, de Su maternidad: las leyes esenciales para la evolución. Y además, el renacer.

Así que: ¿qué es, pues, dar a luz a un niño para ustedes, aquí, en el mundo? Llegamos a tener niños, pero ¿saben el padre y la madre por qué tiene que nacer ese niño? Sí, ustedes lo saben. Si usted no puede dar a luz como madre, ni nosotros —y eso no sería posible durante vidas eternas—, entonces la creación sí se quedaría detenida, ya estaría exterminada.

Hace poco les dije: háganse pastor protestante y monjita según las normas y la creación se quedaría detenida. ¿Por qué no nos hacemos santos? Si se pone semejante vestidura, estará usted de inmediato detrás del ataúd, a la mano derecha de Dios. Y entonces hay una ley que dice allí: “Oye tú, es-

cucha, vamos, vuelve, hazte madre ya porque si no te saltas trozos”. Porque por ser madres recibimos la reencarnación. Tengo que encargarme y usted se encarga... Y ahora hemos vuelto a hablar sobre las preguntas: sí, pero esa madre no llegó a tener hijos y aquella no tuvo hijos, y esa sí los quiso; pero aquella otra no los quiso. Eso a su vez son causas y efectos, y entonces actúa la personalidad. No estamos hablando de eso. Permanecemos en ese núcleo divino. ¿Qué llegaría a ser de la creación si ahora nos hiciéramos religión? ¿Qué? Pues, sí, allí estamos.

Una vez hablé con un cura, vino a verme —y había habido muchos que habían venido a verme—, dice: ¿tienes eso? ¿Lo tienes...? Y resultó que quería saber quién era ese Jozef Rulof. Y entonces vino. Bueno, pues lo puse en jaque mate. Estuvo pensando un rato en cada rincón. Digo: “Señor...”, y entonces nos pusimos a hablar de esto, de lo otro, que si la iglesia es inmaculada, santa. Digo: “Señor, ¿y las hogueras de usted?”.

“Bah, no fueron más de diez”.

Digo: “Mentiroso, porque usted sabe perfectamente bien que son centenares de miles los que fueron arrojados a la hoguera desde que Cristo partió”.

¿Cierto o no? A eso ya no pudo decir nada, ¿no? Francia, Holanda, Bélgica, Roma, España, los inquisidores, santo cielo, ¿cuántos teníamos? ¿A cuánta gente no se le arrojó a la hoguera por un pequeño poema, un poema espiritual de nada?

“Bah, no fueron más de diez”.

Digo: “Tiene que confesarse usted, señor, esta noche, porque miente. Pensé que ya no podía mentir usted. Miente usted conscientemente”. Bueno, la cara que puso. Digo: “Esta noche irás a pedir perdón a Nuestro Señor, señor, si no encima pego un papel en tu puerta de que eres un mentiroso”.

Entonces dijo: “Bueno, bueno...”. Sí.

Digo: “Bien, pues ponte a rezar, entonces te perdonaré tus errores”.

Pensó: ‘Hay que ver lo descarado que es este tipo’.

Pero, señora, ¿entiende usted...? ¿Que tenemos que hacer el resto nosotros? No tiene que hacer nada, señora, señor. Si no hubiéramos construido una sociedad, ni artes, ni ciencias, es posible borrar todo del mapa, pero esa vida divina se reconduce a sí misma al Omnigrado. Y si lo hacemos como lo han revelado las leyes en el espacio y Dios, tal como lo hacen la materia y el espíritu, volvemos infaliblemente a Él; porque tenemos que volver y así lo haremos porque esas leyes viven en nosotros y porque como seres humanos las podemos materializar. El ser humano prehistórico, se lo he explicado aquí —y esa es la verdad— vive ahora en el Omnigrado, pero entonces no tenemos que volver diez mil años, como dicen los eruditos, no: diez millones de años. Porque entonces ya había gente en la tierra. Porque la tierra y el espacio ya existen desde hace millones y millones y millones y millones de años. Y esas

personas representan, pues, el Omnigrado divino y la vida en el otro lado, en el cuarto y quinto grado cósmico. Y si esos grados no existieran... Cada parte de Dios se dilata. Ese cosmos, esa luz, ese espacio, esa vestidura que se dilata para el universo, ¿acaso también son “lo haré yo mismo” o “tengo que hacerlo yo”? No, eso está metido allí, es esa Omnifuerza. En cada cosa, en cada tejido, en cada materia están y vivimos los rasgos de carácter divinos. Y cuando luego estén en el otro lado, hijos, entonces ya no serán seres humanos, sino la chispa de Dios, una divinidad como madre y padre. ¿Dónde aprenden eso? Yo eso lo he visto. Les cuento todo lo que he visto. Si de todas formas saben que cada hijo y cada cosa...

Acabo de tener una conversación con la señora Revallier, que habló con los astrónomos, digo: “¿No es horrible?”. Esa luna está muerta. Digo: “Eso usted lo tiene y lo puede...”.

Aquí tenemos sentado a un erudito: “Ingeniero, ¿es cierto...?, ¿hay...? Usted es un intelectual, ¿no?”. Lo dije hace poco: me gusta hablar con intelectuales, porque los tumbo, porque se lo demostraré a ustedes. “Usted... ¿ha visto usted alguna vez en el espacio, en alguna parte, algo que llegaba allí muerto?”. Imposible. Ahora ha habido un comienzo. La luna está muerta. Pero decir: esa luna ha completado una tarea... ¿Cuál? “No lo sabemos”. Y ahora decimos nosotros: la luna es la madre del espacio. “Sí, pero hasta allí no hemos ido” y “bueno, eso habrá que verlo primero” y “¿será así de verdad?”. Allí estás. Y la luna está muerta. Pero dios... Bueno, mejor lean ‘El origen del universo’.

Ahora les ofrezco la cosmología en Diligencia, es para estremecerse. ¿Cierto o no? El universo que se dilata: recibirán otras cuatro conferencias del maestro Zelanus, para el ser humano. El universo que se dilata de la Omnifuerza, hay que ver la película que fue en cuanto a lo inconmensurable del aura, y esta se fue densificando, y se convirtió en una vestimenta ajustada, era luz, era vida, parto, creación. Y eso se separó dividiéndose, aparece el Dios, se fragmentó en miríadas de partículas.

La Omnifuerza vive aquí en la sala. Se ven ustedes excesivamente como seres humanos. Ojalá no los viéramos y conociéramos... Yo amo la vida, pero no los caracteres. Todos ustedes observan caracteres y una personalidad. Pero miren la vida, vamos, es eso lo que tenemos que intentar amar, y entonces va por sí solo. El ser humano que se desentiende... He hablado con gente que dice: “Señor, ese Dios no lo acepto”. Dice: “¿El de la Biblia? Bah”, dice, “no existe. Sí que puede existir, pero para mí no es así”. Dice: “Esto es, el espacio entero, ese es Dios”. ¿La faltaba razón?

En Alemania había un general que dijo: “Rezo a Dios, tengo mi Dios, pero es un árbol”. Y encima tenía razón ese hombre: un árbol es Dios, en un grado de conciencia.

¿De quién era esa primera pregunta?

(Una señora dice algo).

Cómo es posible. ¿Es que tan grande es? Así que esa señora, o ese señor, tiene razón.

Y ahora viene la segunda pregunta: “Seguimos estando conectados con la Omnifuerza por medio de la chispa divina...”. No es necesario que estén conectados, es que lo están. No: “seguimos”. “Seguimos estando conectados”. Lo que son en este estado es Omnifuerza y unión. “... que como si dijéramos nos alimenta...”. Ya no es necesario que se les alimente: ustedes ya lo tienen todo. ¿No es divertido eso? Lo que son es Omnifuerza en este estado, cada animal. ¿Sienten lo denso...? Parece espacio, pero no es espacio, siempre que puedan ver esa divinidad. Va por sí solo. ¿Por qué? Porque las leyes esenciales divinas están en el interior de ustedes. Y eso es el parto, la creación y el renacer. Es lo que son, “... que nos alimenta, como si dijéramos, con energía espiritual”. Es que la tienen, esa energía divina. Son ustedes divinos, espíritu, alma, vida, padre, madre, en este estado. El animal en la jungla también lo posee todavía, pero en ese estado. Ha empezado a haber un inicio de conciencia lunar, conciencia de pez, en las aguas, saliendo de ellas; y no es lo que somos nosotros, es Dios. Por eso Dios tampoco ha creado ningún pecado, ningún error, no los hay. El asesinato, sí, está mal, ahora lo sabemos; por eso vino Cristo. Pero el hombre que allí es ahora un asesino no lo es en todo su ser. Volverá a la tierra, da a esa vida que ahora ha arrojado prematuramente fuera de la vida —es hombre, va a ser madre—..., da a esa alma un nuevo cuerpo para este y aquel tiempo, y después: listo otra vez. Y luego todo estará listo y él continuará, porque tendrá que ir a un mundo espiritual para prepararse para un nuevo cosmos material, el cuarto grado cósmico.

Imagínense que esos astrónomos y psicólogos y teólogos vinieran aquí alguna vez, señoras y señores, entonces ya demostraré unas cuantas cosas, oiga, se lo aseguro. Y entonces de verdad que no me harán falta ustedes. Ni siquiera haría falta que ustedes me infundieran alma. Porque esa esencia la han despertado los maestros en mi interior. Ellos mismos. Voy tan lejos como para decir que ustedes piensan estar hablando conmigo aquí: ya no puedo hablar al margen de mí mismo, porque lo son ellos. Y ahora tienen ustedes un contacto sencillo que dice... El maestro Alcar, no puede hablar al margen de sí mismo, ¿no? No soy más que un pequeño engranaje, un pequeño instrumento, una pequeña herramienta, parte de ese pequeño reloj. Y él es el relojero. Le da cuerda y hace que gire, y entonces vuelven a oír ustedes otra vez una conferencia de esas, una conferencia de esas extrañas, también pinturas extrañas. Así es como también hemos sanado a la gente, con sanaciones, con una fuerza de esas extraña. Y en ‘Las máscaras y los seres humanos’ pone: ¿no quiere usted nada de ese amor extraño? Sí, pero ese es el amor extraño de arriba, es cuando habla el universo, y entonces habla Dios en el ser humano

y eso son arrullos universales.

¿Cómo dije eso, señor? Sí, eso a los hombres nos gusta bastante... A mí, a mí es que me chifla, seamos honestos. ¿A ti no? No lo supera ni un arenque (en esos tiempos, a muchos holandeses un arenque les parecía una delicia). Sí, señora. Así es, ¿no?

Pero continuamos. "Igual que una central eléctrica debe suministrar corriente para poder encender en casa las luces, así la Omnifuentes alimenta al ser humano". ¿Entienden? Todo eso podemos volver a echarlo por la borda. Ustedes lo que son es Omnifuentes, Omnia Alma, Omnia Espíritu, Omnia Padre, Omnia Madre. Escuchen: fíjense cómo habla el ser humano, si usted por ejemplo a un... Esta tarde mantuve una conversación con uno que estaba pintando nuestra casa, claro, lo dejé arrinconado, ¿verdad? Dice: "Si usted llega detrás de la muerte, señor Rulof, ¿qué preguntará entonces?".

Digo: "¿Dónde dejó Piet Hein (navegante holandés del siglo diecisiete) su flota".

Entonces dijo: "No, no, en serio, oiga".

Digo: "¿Dónde Piet Hein... que si llevaba plata u oro". Digo: "Se ha demostrado que de allí salió estaño".

"No", dice, "pero si no quiero decir eso".

Digo: "Entonces se lo diré yo".

"¿Acepta usted a Cristo?".

Digo: "Ahora te doy la razón".

Dice: "No hay ningún musulmán".

Digo: "Pero un musulmán no conoce a Nuestro Señor, no conoce a ningún Cristo, un budista tampoco". Digo: "A ese primero se lo tienen que llevar a Cristo".

"No, eso tiene que ocurrir enseguida".

"Y será que entonces al infierno, ¿no?"

Dijo: "Sí, pues que hubiera aceptado a Cristo".

Digo: "Hay que ver lo duro que eres". Digo: "Pero mejor dejémoslo, señor, porque de lo contrario no acabará nunca con la casa".

"Pero, oiga...". Pues.

"Sí", digo, "cuénteme algo más, así podré aprender algo".

Y escuchen entonces lo que esos pobres diablos... en lo que están metidos. Ay, ay, ay, señor, ay señor, ay señor. Y entonces van en serio y casi lloran, digo: "Mejor contenga esas lágrimas y llore cuando hable lo bueno y la realidad". Digo: "Pero, señor, detrás del ataúd la mitad de la humanidad se va al infierno, ¿no es así?".

"Claro que sí, los que tan...".

Digo: "Para o te echo de casa, con todas tus brochas".

(Risas).

Entonces mi mujer dijo: “Para, por el amor de Dios, ese hombre se está poniendo..., pues, nervioso”. Y era cierto, porque ya no tenía que pasar la plancha así, sino que...

(Risas).

... solo estaba así.

Bueno, pues de acuerdo, ponte a hablar y dile a ese ser humano: señor...

Y también hay una especie que dice: “Cuando yo ya no esté, ya no existirá nada”. En su sentimiento protestante, de la corriente reformada —es un enfoque dogmático, va muy lejos— encima tienen razón, pero no se dan cuenta. Dicen: “Si acepto a Cristo y a Dios y tengo el amor”, y esto y lo otro, todo lo que dice la Biblia, “estaré a la mano derecha de mi Padre y entonces juzgaré”. Y, oigan, ya están juzgando. Porque uno dice: “Hay que ver cómo esa cuñada mía me ha...”, no: “engañado”, sino: “tomado el pelo”, dijo. Dice: “Pero ella, ella...”. Ay, ese pedazo de pan ya está en el infierno de él.

Digo: “Esa... (inaudible) ya tiene que irse, ¿verdad que sí?”.

“Sí”, dijo, “ya no saldrá nunca de allí”.

Y eso se lo contará en un plisplás a Dios. Ese Dios —escuchen ahora—, pero qué lelo que es, ese Dios suyo está sentado allí, claro, con una larga barba, y llega así, y dice: “¿No es eso un poco duro? ¿No es un poco demasiado duro lo que estás diciendo? Porque es tu propia cuñada, ¿no?”.

Y dice: “Bueno, esto no es nada, tendrías que ver a mi suegra”.

(Risas).

Y dice Nuestro Señor: “Tú mejor vete, porque tú eres incluso peor que el resto”.

Digo: “Y entonces a ti te echo, señor”.

“No”, dice, “porque aquí tengo...”.

Dije: “Ah, claro, has puesto la mano encima del sacrificio”.

Señora, no hay forma de hablar con alguien así. Allí el mundo está detenido. Pero no era un pintor, sino que era..., era un verdulero. Digo: “Pero, señor, ¿habla en serio?”.

Y dice: “Sí”.

Y sí que era extraño, estoy donde esa gente en la calle, te topas con esas cosas así, sin más. Un buen día por la mañana tengo que ir a algún sitio en mi calle —y todo es parte de eso, oiga, señora— y entonces estoy allí y capto una sola cosa. Y dice: “Catorce centavos, señora”.

“Ah, sí”, digo: “manzanas de las buenas, catorce centavos”.

Y viene ese mismo tipo, el religioso, viene por allí, viene a verme unas semanas después, entonces todavía no costaban catorce centavos, sino veinticinco. Y entonces surgió esa conversación. Digo: “Deberías contarle a Nuestro Señor que engañas a la gente”.

“¿Yo?”.

Digo: “Ayer costaban catorce centavos y ahora cuestan veinticinco”. Digo: “¿Te responsabilizas ante el de arriba”.

“Sí, claro, tengo que poder mirar mi gente a la cara, ¿no?”.

Digo: “Gracias”. Digo: “Así que de este modo la criatura de Dios tiene que...”. Digo: “¿Entiende..., señor?”. Y así podemos seguir y no parar nunca, y entonces estás allí y estás... vienes..., y vives lo que es un vacío, señora, que todavía es de borregos. Eso ya ni siquiera es el instinto inmaculado de la madre naturaleza, sino que está disuelto y fragmentado por los dogmas.

Bueno, por allí podemos seguir. Y ahora pueden empezar ustedes con los teólogos, con el psicólogo, con los astrónomos y con todo lo que posee alma, espíritu y vida, con el pastor protestante, aún peor, y entonces hay que oír eso. Ahora se pasea por nuestro país una bonita imagen —¿lo sabían?—, la de que la universidad apenas ya recibe teólogos, porque el estudiante que es un poco consciente dice: “Es que ya empiezas con mentiras”. Uno se lo cuenta al otro, dice: “La creación empieza con algo que no es verdad. Y dos mil años después siguen queriendo enseñarnos aquella cosa, y te sueltan y tienes que empezar a contar mentiras a la gente”. Entonces ese señor catedrático dijo, lo hizo inmediatamente: “Tú largo de aquí, ya”.

Pero los jóvenes se cuentan cosas entre ellos. Cuando éramos niños, empezábamos a contarnos cosas, queríamos saber de dónde venían los bebés. Pero ahora hemos llegado al punto en que decían: “No es Dios el que habla allí, es imposible”. Hasta ese punto hemos llegado ahora. Y entonces habría que seguir unos veinte años más. Señora, entonces ya podrán poner esa nueva Biblia en los puestos del mercado, porque ya nadie la querrá leer. ¿Sabe usted cuánto dinero cuesta eso? ¿No es así? Usted también cree en la ciencia, ¿no?

Los hechos llegan y la evolución continúa y el ser humano despierta. Estupendo. Pero no es así. Vivimos en estos tiempos, pasa volando, aunque no recibamos lo que quisiéramos recibir, porque esto son revelaciones, es una nueva evolución. Cada tiempo, cada guerra aporta nuevos sentimientos, nuevos pensamientos. De eso también habló Cristo, pero que eso ya esté aquí es algo que la gente no cree.

(Jozef continúa leyendo):

Aquí tiene usted todavía: “Corresponde a nosotros darle al interruptor y encender uno o más puntos de luz”.

Señora, eso usted ya lo está haciendo. Yo también ya estoy haciéndolo y toda la gente está haciéndolo que puede desprenderse ella misma de la condena, del Juicio Final y todas esas cosas. Entonces uno lo está haciendo. Y si uno vende entonces una de esas verdades a la gente, aunque el ser humano se ría de uno en plena cara, la ciencia demostrará más adelante que tenemos razón, porque esto ciertamente viene de detrás del ataúd.

¿Más preguntas al respecto?

¿Todo claro? ¿Para todos?

Bueno, aquí tenemos exactamente la misma pregunta, aunque formulada de otra manera.

Hermana Dreckmeijer, ese nombre casi nunca lo quiero pronunciar, porque yo le habría puesto uno mucho más hermoso, hermana. Pero a usted ni siquiera le importa.

“La cola del esperma representa el universo”. La gente que esta noche está aquí por primera vez pensará: ¿qué clase de locos son estos? Pero esto es ciencia pura, señoras y señores, y si siguen sin saberlo: allí habla el médico, ya lo ha comentado en la radio: el doctor Storm también lo ha comentado, así que no importa nada. “‘La cola del esperma representa el universo’, dijo usted una noche aquí. El capullo o la cabeza del esperma, ¿es que eso representa el Omnigrado divino?”.

Esa misma cabecita, señora, representa todo de lo que he estado hablando ahora.

(La señora dice algo).

¿Tenía una respuesta? Ya tenía usted agarrada su respuesta.

En esa misma cabecita, que no es una cabeza, sino ese Omnipensamiento, que posee el Omnipoder, en esa cosita de nada, allí viven todos los rasgos de la Omnifuerza como madre, padre, y así podemos seguir otra vez un rato. ¿No le divierte? Y esa colita significa: hasta aquí, más no hace falta. Y si le hicieran cosquillas a esa colita, la cabeza diría por la parte de delante: “No la toques, porque es una parte más, mía, fuera esos dedos”. Pero también forma parte, porque eso es lo definitivo para hacer... ¿qué exactamente, señora? ¿Qué es la fuerza centrífuga, la conciencia, el sentimiento? Y ¿qué es la dilatación? ¿Qué es la inspiración? En esa cabecita, en esa Omnifuerza, está todo, y entonces se muere por completo, pero ese es el medio del progreso. Si no existiera, esa cosa no podría mover un dedo y estaría paralizada. Y eso también está en esa celulita mínima, mínima, nimia.

(Jozef continúa leyendo):

“Hace poco también dijo: ‘¿Por qué precisamente los tres: el maestro Alcar, el maestro Zelanus y André?’. Cuando las primeras personas llegaron al Omnigrado, también se habla de tres personas, ¿o me equivoco?”.

Dios como Padre, Dios como Espíritu Santo y como Hijo. ¿Eso qué es? Cristo dijo: “Sean tres, entonces estaré Yo”. ¿Qué tienen que representar esas tres personas para Cristo? ¿Lo sabían? Lo he explicado aquí muchas veces.

(Señor en la sala):

—Paternidad y maternidad, reencarnación.

—Paternidad, maternidad y reencarnación, solo eso, y es que tampoco es nada más. Pero Dios como espíritu, como Padre, Dios como Hijo... ¿Señor?

La paternidad y reencarnación de nuevo, y nada más. No hay nada más en el Omnigrado. Tres rasgos divinos que pasan visiblemente por la tierra y que se han materializado visiblemente. Y eso es Dios como Padre, Dios como Madre y Dios como Hijo: eso es el renacer. Dios como niña, pues, no suena.

¿Verdad que no, señor Reitsma?

(Jozef continúa leyendo):

“También dijo usted la semana pasada: ‘¿Por qué precisamente los tres?’”. Ya estamos otra vez. Y después tengo aquí: “¿Qué significa eso?”. Eso ustedes también lo tienen. “¿Tiene algún significado respecto al contacto y la división de la primera célula en la luna?”

No, señora. Ya lo habrá entendido: entonces volvió a ir usted a la luna, pero ahora precisamente va al Omnigrado. Con los tres tenemos Dios, tenemos la familia, esta es el padre, la madre y el hijo.

¿Más preguntas sobre esto?

Ya no tengo más preguntas, señoras y señores, ahora tienen que mandármelas ustedes a pleno pulmón. ¿Quién ya está? ¿Quién tiene la primera?

¿Sí, señora?

(Señor en la sala):

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí, señor.

(Señor en la sala):

—¿A qué se debe que todo lo que tenga que ver con las cosas espirituales siempre lleve la cifra 7?

—Señor, eso no tiene nada que ver con la cifra 7, sino que son los grados de vida sucesivos para todo lo que existe. La cifra siete no tiene un significado terrenal, sino que la gente ha empezado a dibujar mediante partes algo del espacio o de la tierra, o de una casa o de una escalera y una silla, un pan blanco, da igual. Y son las eras de la cosa. Y eso también está en... Eso también lo puede aprender donde el panadero, señor. ¿Lo sabía? Hay siete grados de evolución. Antes de nuestro comienzo el Omnigrado ya es hierba, también es materia. Entonces tenemos que partir de la hierba, tenemos que ir hacia el trigo, eso también forma parte. Pero primero es leche y después harina y entonces nos ponemos a juntarlo: otro grado nuevo; y entonces se añade otra cosa más que dice “pffff”, y después se mete en el horno, empieza a dilatarse y al final está usted en tal y cual grado y tiene un pan entre las manos. Y lo mismo pasa con el bebé que nace y un perro que corre a toda velocidad. Hay, por ejemplo, atletas velocistas, boxeadores. En cada grado, en cada don, hay, pues, transiciones de sentimiento. Hay gente aquí que tiene amor; siete grados diferentes de amor. Existe el arte: siete grados de arte. Hay pintores que no lo aprenden nunca, a quienes tampoco les hace falta aprenderlo nunca: si quieren aceptar dones espirituales y ser honestos, sería mucho mejor que

se hagan mineros, o que se pongan a volar, da igual, pero jamás alcanzarán el arte en la eternidad, porque se precisan más de treinta vidas para alcanzar eso, dado que el arte es sentimiento. Y entonces tiene que ser posible vivir ese arte, vivir esa pintura, vivir esa técnica, uno tiene que querer vivir el ser uno con el arte, eso toma diez vidas, veinte vidas; para las ciencias y las artes, el violín, el piano. Parto y creación; transiciones. Los primeros días, cuando hubo el roce físico, ¿el niño en la madre estaba...? La fecundación tiene lugar... ¿Y si no hubiera transiciones? ¿Ya vieron alguna vez una semillita en la tierra que volvió a salir en dos segundos? Y una flor que dijo: “A mí mejor me vendes, ¿no? Cuesto quince centavos”.

No, eso no es posible, ¿verdad que no, señoras?

Miren, son las transiciones, son las eras de ser uno, despertar, evolución, densificación, dilatación. Y son siete grados de leyes divinas. Y cuando se hace visible la última ley, señor, entonces el niño dice: “Mamá, tengo hambre”. Y entonces el tulipán tiene un colorcito rojo, y amarillo. Y entonces el ser humano empieza a tener rizos, las señoras se hacen guapas y los hombres se hacen feos. Pero eso son los grados de conciencia. Y así los tenemos para la materia, así los tenemos para los sentimientos, y en el cerebro, centros nerviosos, y por todas partes volvemos a ver las transiciones. Transiciones.

¿Algo más, señor? Y ahora ya podrá escribir esta noche diez libros. Esto son como mínimo... Y si quiere analizar todo sobre las transiciones para el ser humano, el animal, y la vida de la madre naturaleza, y después las transiciones de los nacimientos posteriores, una mariposa, por ejemplo, un insecto y una serpiente... Los nacimientos posteriores en la creación y en las aguas y en tierra son aún más múltiples que el ser humano, y la flor y la naturaleza y los planetas y todo. Porque tenemos que vivir billones, billones y billones de transiciones de un solo grado animal como creación posterior, creación que es posterior.

Y ahora esto todavía, señor: vamos desde la jungla a la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es). Tomamos un chimpancé; antes de que tengamos el grado propiamente dicho y el más elevado, atravesamos miles de estadios símicos. Una gallina, una clueca, un ave, una paloma... ¿Cuál es la esencia en sí? ¿Cuál es el grado más elevado para un perro pastor? Una paloma, señor, una paloma mensajera; mejor descienda un poco y el animal queda dividido y le falta su sentimiento natural y viene... y lo suelta, nunca vuelve a encontrarlo a usted. Pero la paloma mensajera, sí; ese es el grado más elevado, señor, es el instinto natural. Y así es posible analizarlo todo, porque ahora todo en la creación queda abierto.

¿Tenía algo más? ¿Algo hermoso? ¿Algo que merezca la pena?

(Señor en la sala):

—En ‘El origen del Universo’ se...

—Hable un poco más alto, así lo podrá oír ese micrófono de allí.

(Señor en la sala):

—... explica cómo Cristo dijo en el Gólgota: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

—Sí.

—No entiendo la explicación que viene allí.

—Señor, es que esa no vale. La hemos tratado, el maestro Alcar la ha tratado, esa pregunta se ha hecho aquí veinte veces. El maestro Alcar me hizo vivir los primeros nueve libros todos de forma humana en lo que se refiere al pensamiento del ser humano.

El Gólgota: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Eso allí Cristo jamás lo dijo, porque Él mismo era Dios. Si es que ya podemos aceptarlo: Dios no nos abandona, yo mismo lo soy. Si hago el bien, si soy armonioso, sigo avanzando mientras evoluciono. Y esa divina personalidad, allá en Jerusalén en la cruz, añadió: “Dios mío, Dios mío, ¿me has abandonado?”. Vino desde el Omnigrado ¿y no vio a Dios? ¿No lo sabía? ¿No queda dicho eso de forma verdaderamente humana, aquello que cruzó esos labios divinos?

Getsemaní, igual de alegre, en Getsemaní dijo Cristo: “Aparta de mí ese cáliz”. Eso aquí también lo hemos tratado mil veces. El maestro Zelanus ya lo trató cien veces aquí en Ámsterdam, siempre vuelves a tener gente que entran allí, y luego esas preguntas.

Cristo yace allí, solo, en Getsemaní, todos esos adeptos de Cristo estaban roncando, profundamente dormidos, unos yacían así, otros asá, y Cristo allí, solo, no había nadie junto a Él, y aun así, el mundo cuenta que Cristo dijo: “Aparta de mí este cáliz”. Señor, ¿comprende lo que ha querido el ser humano que dijo eso? Ha sido un ser humano que miró unos instantes por encima del mundo y entonces también vio su propia desgracia, pero tenía muchas ganas de deshacerse de ella, y eso lo puso en boca de Cristo.

Esos autores de la Biblia era la gente más infeliz que había, porque en cada hoyo que cavaban volvían a atrincherarse, volvían a salir de un salto, disparan y dan patadas y dan golpes; y todo termina siendo culpa de Dios. Dios. Y entonces Cristo se va al infierno, lo fragmentan, mancillan, deforman. Y una y otra vez vuelves a encontrarte allí cosas; eso dijo Cristo. Pues, ay, la paliza que recibieron esos autores de la Biblia detrás del ataúd. Porque ¿saben ustedes hasta dónde va eso? Esos autores de la Biblia no habían sido nombrados. ¿Habían nacido para ello? No, era gente sensible, y empezaron a escribir.

Si quieren ser reales, si quieren vivir de forma armoniosa, señor, señora, dejen entonces en paz las creaciones divinas, porque siempre cometemos violaciones. Y la palabra que ustedes envían de forma errónea al mundo y que otros aceptan y a la que la gente se queda atada, también los frena a ustedes,

porque se quedarán detenidos en ese punto. Faltaría más que pudieran continuar una y otra vez y que los demás se quedaran con sus desgracias.

Ha habido gente aquí, eso también lo dije hace poco, que escribía unas novelitas sexuales para la juventud que daba gusto, para deleitarse. Vi a cuatro en el otro lado, gimientes. Dice uno: “Jamás conseguiré desprenderme de eso”. El maestro Alcar dice: ... Digo: “¿Cuándo se desprenderá ese pobre diablo?”. Y contesta: “Cuando comencemos con el aparato de voz directa y podamos hablar nosotros mismos y la humanidad acepte”.

Cada universidad estará sentada aquí entonces, como ustedes ahora, los catedráticos son los adeptos más nimios que hay, ustedes aquí saben mucho más, ellos podrán sentarse allá, el mundo entero podrá tomar asiento —¿creen que eso no pasará?—, el aparato de voz directa de ‘Los pueblos de la tierra’, Roma y todas las religiones y todo, eso estará allá, porque esa voz es el espacio. Y entonces se traducirá, se analizará y entonces saldrán a la luz los errores. ¿Y ahora? Entonces el hombre de esa novelita escabrosa se disolverá y podrá continuar y dirá: “Gracias a Dios”. Pero, a ver, él a toda esa gente... Enseguida lo ayudarán por medio de ese sonido, de esa voz. Ya estamos con ello otra vez, señora, mejor deje esa porquería porque ese hombre... Digo: “Lo ayudaré, señor, si llego a tener la oportunidad lo ayudaré, entonces diré..., diré a la gente: “Sintonícense con la lectura y sabiduría espirituales y dejen de lado esas cosas sucias, así ese hombre recibirá un poco de sangre vital, porque se han empapado de él hasta dejarlo vacío”.

Estoy en marcha para mil personas que aquí han depositado su palabra, señor, a las que ahora puedo golpear y contra quienes puedo luchar. Y la teosofía, los rosacruces, el catolicismo, el protestantismo, por todas partes ves mentira y engaño, en los asuntos más sagrados de Dios la gente ha echado todo a perder, lo ha violado, deformado, y ahora estamos nosotros allí con la realidad divina. Y eso lo puedo decir, porque ya de niño me desdoblaba corporalmente. He hecho cien mil viajes con los maestros, en mi espíritu.

Y eso no tiene nada de extraño, porque si un ser humano está con anestesia general... he tenido hombres y mujeres así, en casa: “Señor Rulof, he leído libros, ¿no le parece extraño? Lo tenía resuelto, me encontraba encima de la mesa de operaciones y estaba al lado, y vi que a un hombre de edad avanzada casi lo hacen papilla en la calle y grité, anestesiada y durante la operación: ‘¡Doctor, a ese señor lo va a atropellar el tranvía!’”. Y va un médico que lo manda averiguar y dice: “Sí, ve, incluso dormida”. Tenía la barriga abierta, pero veía. Y entonces el médico dijo: “Bueno, a partir de ahora sí que tendremos que aceptarlo: no es posible cortar esa alma en dos, porque está a nuestra lado y se ríe de nosotros”. Ese médico se quedó convencido de golpe. Se lo contó a sus colegas. Entonces dice otro: “¿Te merecen una respuesta esos delirios de aquella criatura anestesiada?”. Allí están otra vez.

¿Algo más, señor?

¿Quién de ustedes?

(Señor en la sala):

—Sí, señor Rulof, ¿me permite hacerle una pregunta? El concepto infinitud del universo material, ¿es una realidad?

—Sí, señor. Bonita pregunta, precisamente esta tarde la tuve ante mí, casi hemos terminado con el libro, con las preguntas hechas en (la sala) Conócete a ti mismo. Señoras y señores, eso lo tienen que... Ojalá tuviéramos dinerito, entonces lo llevaba de inmediato a la imprenta. Contienen sabiduría, señor, estas preguntas. Aquí, señor Veenkamp, esta noche no veo esa pregunta: “En realidad, ¿qué es espacio?”. De esto puede aprender. ¿Qué es espacio? “¿Hay un espacio infinito?”, pregunta el señor. Entonces decimos: sí. Y teníamos dos palabritas, ya estaba listo, pero entonces fuimos comentándolo más.

¿Qué es, pues, el espacio? Llegará usted a tener espacio material y tiene espacio espiritual. Hay espacio material que determina la vida para la naturaleza. Esta no destaca por encima del espacio material. Es una entidad como espacio. Una flor, pues, en la tierra es paternidad y maternidad, ¿verdad? Si ya sale la plantita, si la creación ya está activa, la creación, eso es paternidad. Todo lo que se hace visible a partir de la madre es creación, ¿verdad? Ya es el tallo. Así que el espacio de una flor está aquí, nada más, eso es el espacio. Después tenemos el agua, hasta allí... el espacio de agua, de un océano, el mar del Norte, ¿qué profundidad tiene ese espacio? Conocen ustedes ese espacio materialmente. Pero ahora, espiritualmente. Porque cada cosa es de materia, pero tiene alma y espíritu y una personalidad, el reino de los colores de Dios, vuelve a tenerlo todo; así que en todo está todo, todo, todo de Dios, de la Omnifiente.

Bien, las aguas: ese cuerpo lo conocen como materia. Es un cuerpo, padre y madre es; todos los órganos que tenemos viven en las aguas, para las aguas. Allí tienen ustedes el fondo, tienen..., en esas aguas ven flotar algo y esa fuerza de esa agua es la sangre vital para ese organismo, sangre vital. Si dejan que eso se evapore se quedarán con algo, pueden extraer sal, puede extraer todo, eso lo vuelven a encontrar en el cuerpo. Pero ahora el espíritu de esa agua. El alma ya la conocemos, surgió a partir del Omnigrado, es el alma divino, densificada como agua. Se densifican ustedes como seres humanos, pero también son espíritus. Y entonces fuimos llegando a ver la personalidad de esa agua: paternidad y maternidad. Cielos, señor ingeniero, cuántos millones de cuerpos no puede dar ese cuerpo en concreto a todas sus criaturillas —agua—, peces, a cuántos tipos. Ese es el espíritu, cada animalito tiene ahora un espíritu, la ampliación de un cuerpo ha adquirido millones de aspectos, estados, vidas, materia, espíritu, alma, paternidad, maternidad, un reino de colores. Fuerza eléctrica de un pez que pasa a sus lados como un halo, que solo llega

a estar en las inmediaciones, eso es lo que tienen los relámpagos y truenos del universo. Los peces fosforescentes, las leyes elementales en un animalito: los sabios ni siquiera lo saben, dicen: “Dios mío, Dios mío, hay que ver los misterios ante los que nos encontramos”. Señor biólogo, geólogo, siéntase y le explicaré el espacio y entonces regresaré en ese pez suyo que usted ha dejado noqueado por unos instantes por la energía que irradia. Qué gracia, ¿no? Un paseo rápido por el espacio y entonces vuelvo. Rápido. Podemos hacerlo. ¿Sabe usted cuántos libros hay aquí?

(Señor en la sala):

—Una cantidad respetable.

—Cien de mil páginas. Cien. Y los maestros los tenemos conscientemente dentro de nosotros, solo para ese pececito. Qué miedo. Decimos: “Los maestros son omniscientes en el espacio”. Señor, ¿no es así? Podemos escribir diez millones de libros. El maestro Zelanus tiene diez millones de libros en su interior. Hágale una pregunta, vamos, e intente arrinconarlo, adelante.

Ahora tiene usted el alma, el espíritu, el reino de los colores, la paternidad, maternidad, leyes elementales, rayos, truenos, hipnotismo, magnetismo. A un pez es posible hipnotizarlo y te quedas detenido. Y entonces vuelves a adquirir conciencia terrestre, animal, todos los grados de estados de conciencia, conscientemente materna, conscientemente humano, peces comestibles. Un pez que tiene sintonización directa con mi médula espinal, con esos riñones míos; peces que podemos comer y peces que son amargos como la hiel. ¿Y de dónde han surgido? O sea, la infinitud primero como materia, luego como espíritu, después como personalidad, y entonces llegamos a ver el reino de los colores, y entonces solo estamos todavía con el agua.

¿Y es eso finito, señor?

¿A dónde voy ahora?

(El señor dice algo).

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Habrá que esperar un poco.

—Ah, sí, esperar un poco, sí.

(Señor en la sala):

—Usted hace la pregunta: ¿a dónde vamos ahora?

—No, solo quiero decir si eso es finito o infinito.

(Señor en la sala):

—Sí, infinito.

—Infinito. ¿Por qué? Se disuelve, se muere, pero continúa. Y entonces llegamos a tener en el otro lado la especie más elevada de madre agua, y eso es ese pececito mariposa que llegamos a tener, con todos los colores, paternidad, maternidad. Y ahora hay en Oriente, en los arrecifes de coral, allá es donde

viven pececitos, así, tienen electricidad, tempestad, día, noche, paternidad, maternidad. Tienen alma, espíritu, vida, personalidad, reino de colores, todo en un solo estado, y ese es el pez que nos acompaña al Omnigrado. Porque esas ballenas no las necesitamos allí. Y un tiburón de esos asquerosos, viles, para nada. Y un pulpo de esos que te palpa y agarra por todos lados con esas ventosas, esos..., pues a esos rápidamente los.... pfft, fuera, adiós, guarro. Un delicioso beso de esos de un pulpo, tan delicioso, eso no lo queremos en las esferas. ¿Cómo dice, señora? Pero entonces llega a tener usted las aguas.

Ahora la tierra, la conciencia terrestre, aparecen millones de especies de animales. Las aguas son un cuerpo. La madre tierra es un cuerpo, da a todo lo que vive divisiones, dilatación, reproducción, renacer. ¿Cuántos millones de grados para las especies animales no poseemos ahora, también con todos los rasgos divinos, y luego las creaciones posteriores? Pero ¿y a dónde va toda esa vida? ¿Es finita? ¿Es un espacio? Sí. Todo espacio. ¿Y termina ese espacio? Sí. Porque el animal terrestre empieza a evolucionar, hasta que el animal de la jungla y toda esa vida que forma parte de la creación existente —de nuevo no se añade ninguna serpiente, eso es una creación posterior, surgida a partir de la putrefacción, de los procesos de descomposición— empiecen a evolucionar, todo eso, y el animal comience a tener conciencia alada.

Cuando ven un pedazo de águila de esos, es el grado más bajo para la paloma que tienen ustedes en el tejado y que les viene directamente de Francia. Ese animal evoluciona y ahora desciende; no desciende, no, ese animal parece grande, ¿verdad?, y la paloma pequeña, no, ese animal tiene que ascender hacia sentimientos y pensamientos más elevados. Una paloma mensajera es la especie más elevada para ese grado. Y entonces surge, para todos esos millones de grados de organismos, surge dilatación y entonces aparece... Ahora vamos a dar un salto, desde el espíritu, ¿verdad?, primero pueden ver una conciencia espiritual. Aparece el cuarto grado cósmico, un nuevo universo. Porque este universo, todo lo que contiene, también crea nueva vida. Esa estrella y ese planeta que tenemos aquí, y ese sol, tienen que crear nueva vida porque también tienen que regresar a Dios, disolverse en el Omnigrado. Así que ese sol ha creado un nuevo sol, y la luna una nueva luna como planeta madre; planetas de transición, estrellas y todo, pequeñas nebulosas, vías lácteas; y todo vuelve allí y entonces aparece una sola armonía: es la evolución para esa constelación. Aquí en este universo existen tres grados en uno solo. Es el estadio lunar, Marte, la tierra; son tres grados, diferentes. Es cuando aparece esa entidad en una sola fuente.

Y ahora les demostraré por qué. Porque vamos a la conciencia diurna y el empuje eternos. En un estadio más elevado ya no habrá noche, no habrá sueño, porque estaremos eternamente despiertos. Pero no solo espiritualmente, sino también conscientes en la conciencia diurna, esto, corporal-

mente. Dios es materia y Dios es espíritu y Dios es renacer. Así que llegamos a un estado final en el que representamos todo y entonces podemos continuar. Aquí empezamos a tener un comienzo, pero volvemos enseguida. Ahora voy a dar un salto al Omnigrado y entonces volveremos a tener allí siete transiciones antes de que seamos verdaderamente divinos como la Omnifuerza, como luz. Si ustedes y yo... ustedes fuera de ese espacio... entonces hay algo que allí oscurece, porque ustedes ya no están, echamos en falta su luz. Así cada chispita de Dios como ser humano, como animal —pero sobre todo del ser humano—, es luz viva, luz viva. Cuando nosotros ya no estamos, el espacio oscurece y entonces decimos: “Ah, el señor De Wit, se fue a la tierra, luego volverá”. Por así decirlo. Entonces vamos ascendiendo, siete grados, hasta que poseemos realmente conciencia divina. Porque —se lo expliqué aquí una noche— cuando llegamos a la primera esfera —y si no pueden creerlo, los detengo de inmediato—, cuando llegamos a la primera esfera, ustedes aún no la han vivido. Porque esta esfera, a su vez, también es profunda, y entonces también empiezas a vivir transiciones.

Pero ahora mucho más claramente. Si un ser humano odia, todavía no alberga el odio de Satanás. Y si un ser humano hace alguna pequeña ley mal, no por eso ha transgredido las leyes de Dios. Así que entonces tenemos siete transiciones para el odio. Aquel de allí odia, cierto, pero no es para tanto; pero ese de allí odia como el demonio. Y entonces llegamos a ver los grados de odio como mundos, como oscuridad, como inconsciencia, y entonces todos esos millones de rasgos nuestros: los representamos cuando todos somos oscuros, inconscientes, en ese estado. Y después tenemos siete transiciones en los infiernos, como se dice. Los infiernos. Pero estos también son espaciales e infinitamente profundos. Y salimos de allí porque esa oscuridad vuelve a hacerse luz y porque se abren las esferas de luz, que el ser humano ha abierto en su propio interior. Así que ahora salimos de la disarmonía hacia la armonía, y entonces habla la luz, la justicia, el amor. ¿No les parece interesante? Y, claro, así puedo seguir y seguir.

¿Qué es, pues, infinito? Dios, el ser humano. No hay finalización, porque el final de esta vida es una nueva reencarnación, un nuevo nacimiento, para la materia y el espíritu. El polvo vuelve a ser polvo, la materia de nuestro cuerpo absorbe la madre tierra, eso en el aura sigue siendo la madre tierra. No puede ir sin más a Dios.

Qué divertido, ¿no, señoras?

Esa aura de nuestro cuerpo, que se disuelve, pues, por la descomposición, completamente, hasta los huesos, sigue colgada en la esfera de la tierra, no puede ir al cuarto grado cósmico, porque allí morir es muy diferente. Y hasta que se disuelva la tierra, toda esa aura de sus hijos también se disuelve, porque permanece en la esfera de la tierra, en su círculo, en su atmósfera. Divertido,

¿no? Fíjense qué evolución. Eso lo tiene que asimilar un ser humano, el ser humano lo asimila y entonces llega a tenerlo el ser humano, porque somos madres, porque somos padres, reencarnación. ¿No se irán a creer que aquí luego ya llegaremos a parar detrás del ataúd en el Omnigrado, donde Dios, ¿no? Entonces este universo tiene que ser el Omniestadio. Se imaginarán que allí, en el Omniestadio, que allí sigue tronando y crujiendo, destruye con terremotos y todo. ¿Saben lo que representa un terremoto, señoras y señores?

¿Por qué ya no hay noche en el cuarto grado cósmico? Claro, eso es imposible de demostrar, aunque traigas a los eruditos a punta de navaja. Ya no hay noche. Porque esos soles están aquí, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. Siete planetas. Planeta madre. Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis, planeta madre. Y ahora el sol llega así, y esos planetas no hacen más que seguir, y entonces vienen así, zas, esa luz desde ese lado, y entonces llegan aquí, siguen girando, hacen círculos, pero ya no hay luz, solo en una millonésima de segundo, una sombra débil, porque allí estaba el planeta madre en tal y cual grado. Vamos hasta la luz eterna.

¿Cómo es posible dormir entonces todavía? ¿Cómo es posible estar enfermo entonces? ¿Cómo es posible librar una guerra entonces? En el Omnigrado ya no hacemos cañones, señor. Ahora algo aún más hermoso, aquí, los milagros técnicos, señor, solo son para la tierra, no para otro planeta, otro espacio. Aquí nos hacen falta aviones, eso luego ya no hará falta; nos levitamos a nosotros mismos. Si el sacerdote lama es capaz de eso —lo leí antes de ayer en nuestro librito—, si se levita, dice: tengo que ir un momento allí y allá, a tales y cuales maestros, y eso está a la friolera de mil quinientos kilómetros de allí, pero llegan en media hora. Los sacerdotes lama son capaces de eso, levitan.

¿Qué hacemos, pues, en un estadio más elevado de conciencia cósmica? Ya no necesitaremos aviones, ¿no? Vamos puramente... Allí tenemos delante de nosotros a Dios como materia, y los seres humanos nos convertiremos en eso mismo, porque ya no necesitaremos las leyes de levitación como fuerzas de gravedad. Los tenemos en el bolsillo, los tenemos en nuestro espíritu, en nuestra capacidad de concentración. Nosotros conocemos las leyes. ¿No está claro? Hacia allá va. ¿Qué sabe el mundo de eso?

¿Aún más de ese espacio, e infinitud?

Pues bien, pueden imaginarse el resto. ¿No es interesante? ¿Lo oyó en Leiden, señor? No. Si voy allí, me echan en menos de media hora. Y quizá haya uno que sea honesto y diga: “Vamos, dejen hablar un poco a ese tipo”. ¿Ya me echarían ahora mismo?

Sonrisas... sonrisas.

Aquí veo tantas veces a gente, por ejemplo igual que si... y eso se puede saber en un plisplás, señor, entonces entra aquí un intelectual, el hombre piensa que no lo conozco, casualmente sí lo conozco, y entonces reacciona, em-

piezo a hablar, pienso: ‘Mira cómo sonrío’. Pienso: ‘Sí, te conozco, pero tú no me conoces a mí’. Piensa que me conoce a mí, pero no me conoce. Yo sí que lo conozco. ¿Es extraño? ¿Extraño? Pero él tenía un don intelectual; yo, no. ¿Y va a aceptarlo de un lelo provinciano de Güeldres? ¿Del campo? Claro, claro.

¿Tenía algo más, señora?

¿Tiene algo más, señor De Jong? Ha estado demasiado tiempo ausente.

(Señor en la sala):

—Luego.

—Ah, luego.

Señora y señor...

Sí, señor.

(Señor en la sala):

—En el cuarto grado cósmico...

—Ahora van al cuarto grado cósmico, señor, ¿lo ve? ¿No nos iríamos al cuarto grado cósmico, señor Götte? Bien.

(Señor en la sala):

—Solo era por saber.

—Sí, sí.

(Señor en la sala):

—Aquí se han hecho muchas preguntas sobre si allí hay agua.

—Sí. ¿Cómo dice? ¿Agua?

(Señor en la sala):

—Sí, agua.

—¿Ha visto aparecer usted alguna vez algo... que pueda vivir sin agua?

(Señor en la sala):

—... exactamente.

—¿Qué es el agua? ¿Qué es el agua, señor? Ahora voy a agarrarlo un poco. Sí, usted formula... hace poco ese señor... —lo consigné esta tarde, me reí, pensé en usted, señor Götte— una noche que estuvimos aquí también tenían muchas preguntas, y entonces apareció de pronto ese señor: “Pero, señor Rulof, ¿qué es el anillo de Saturno?”. Pienso: ‘Ja, ja, ja’. Digo: “Ahora quieres dejar a los maestros en jaque mate”. Dice: “Sí, señor”. Y entonces hay que ver la respuesta que recibió. Es una maravilla.

Pero, señor, ¿qué es agua?

(Señor en la sala):

—El elemento que da a luz.

(Señora en la sala):

—El aliento vital material.

(Señora en la sala):

—Aliento vital densificado.

—Aliento vital densificado.

Bien.

Eso aún no es.

(Señora en la sala):

—Aura vital.

—Eso ya lo están diciendo aquí, señora.

—Pero, ¿qué es aura, señoras?

(Señora en la sala):

—Irradiación.

—Irradiación, dicen. No, señora, aura, la irradiación espiritual es aura, posee todos los rasgos de la Omnifuentes. Y ¿qué es, pues, el agua, señor Götte?

(Señora en la sala):

—El agua es madre, ¿no?

—Sí, pero con eso no basta.

(Señora en la sala):

—La Omnifuentes.

—Eso no nos basta.

(Señor en la sala):

—Es un elemento para vivir en él.

—Sí, ¿y por medio de qué vive usted? Mejor acabamos esto ya. ¿Por medio de qué vive su cuerpo?

(Señor en la sala):

—Por medio del agua.

—Por medio del agua, señor, no, señor, no; bueno, si tiene usted mucha agua tendrá algo en esos riñones suyos. No, señor.

(Señor en la sala):

—Un tipo de fil...

—Ya le gustaría, claro, señor, pero eso no es. Agua, señor, mucha agua, así nos ahogamos y entonces tenemos algo en los riñones. Y después estamos mal del corazoncito. Pero eso no es, exactamente. Qué raro, no consiguen meterse.

(Una señora dice algo).

—¿Cómo dice? ¿Cómo?

(Señora en la sala):

—La circulación sanguínea.

—La circulación sanguínea no. Sino la sangre, eso es. El agua es la sangre vital para todo. Para el ser humano, tenemos nuestra sangre diferenciada, pero si no hubiera agua en nosotros, señora, entonces la sangre ya no significaría nada. Pero la fuente esencial para nuestro cuerpo es la sangre vital. Para nosotros y para el animal. Aunque en las aguas, cuando... Y, oigan, eso es cierto, porque todo lo que vive en la naturaleza no tiene más que sangre

vital, y eso es agua, y esta agua es sangre, sangre pura. Sangre blanca, sangre natural, y así tenemos sangre con siete transiciones, y entonces surge la sangre de un árbol, la sangre de una planta, la sangre de una serpiente, de (en inglés): una serpiente, de un oso, de un pulpo, de un león, de un tigre; y ahora se hace sangre animal, sangre basta material, sangre natural, sangre espacial, sangre como aura. Pero es sangre y es lo que seguirá siendo.

El agua, señor Götte, es sangre vital para ese organismo, y es cuerpo... Así que toda el agua es una sola sangre, una sola fuerza vital, para esos animales. Y esos riñoncitos y esos ojitos de aquella agua y esa nariz y esos órganos respiratorios, no los vemos ahora, ¿verdad que no? Nosotros, sí, tenemos aquí los órganos respiratorios, pero también están en esa agua. Y ¿qué nos permite reconocerlos ahora, biólogo? ¿Qué es la respiración para esa agua, para esa sangre, señor? Bonita pregunta. Cósmicamente profunda. Dejo en jaque mate a los eruditos en un abrir y cerrar de ojos.

(Señor en la sala):

—Para los peces.

—Ahora estoy viendo cósmicamente.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Sí?

(Señor en la sala):

—Para los peces.

—Para los peces. Pero ¿qué nos permite reconocer que eso es verdaderamente sangre vital?

Imagínense lo rápido que es eso, ¿verdad? Rápido, eso es divertido, así: puf, puf, y me viene así, sin más.

(Señor en la sala):

—Esa sangre vital tiene sus oxígenos, nutrientes...

—¿Y qué le permite reconocerlo?

(Señor en la sala):

— El pez con el que te encuentres.

—Vaya, pues sí que está cerca usted, pero vuelve a torcer a la derecha, tendría que haber seguido, señor.

(En inglés): ¿Qué es, señor?

(Señor en la sala):

—Brama.

—¿Qué dice? ¿Un Lucio?

(Risas).

Qué divertido cómo estamos adivinando, ¿no?

Pero ¿qué es, pues?

(Señor en la sala):

—Nitidez.

—No, la nitidez no significa nada. ¿Cuál es la nitidez, pues, de esa agua?
(Alguien en la sala dice algo).

¿Cuál es la nitidez del agua?

(Señora en la sala):

—La inmaculada claridad.

—Eso no es. Pero retengan aquello que quiero decir, sino desaparecerá lo hermoso. Es el espíritu, es la conciencia del agua. Porque cuando nos sale agua enlodada y nos ponemos a purificarla y todo, empezamos a tener conciencia clara, o sea, la conciencia del agua, ¿no es así? Ahora tenemos grados de agua, siete grados, porque hay océanos, donde puedes mirar... Lo vi en Hollywood (Florida), veía el fondo a veinte metros de profundidad, podías ver nadar los peces. Veinte metros hacia abajo.

Señor, la sal del mar.

(Señor en la sala):

—¿La sal del mar?

—La sal en las aguas es la atmósfera para la respiración y la purificación y todo. Lo que tienen los pulmones, lo que tienen los planetas en el cosmos... Si no hubiera sal, si el agua no tuviera esa atmósfera, esos oxígenos, entonces estaría muy podrida, pudriéndose. Y después está el agua dulce, pero también existe en el agua dulce. Pues bien, ¿qué es agua dulce? ¿Y cuál es la diferencia entre salada y dulce? ¿Qué es, pues, agua de mar y qué es agua dulce? ¿Qué es lo que recibió esa agua dulce? El agua dulce se pudre. Y el agua de mar, si la metes en tal y cual sitio, se deteriora incluso antes que el agua blanca saludable, nuestra agua.

Si uno llegara a determinados puntos en nuestro cuerpo y mordiéramos y succionáramos, sería amargo. Pero eso, al final, es imposible vivirlo: debido a que ese brazo va a dilatarse, se disuelve, y aunque entonces todavía sea posible probar algo —el ejemplo está aquí—, procede del interior, es la fuente. Así, la capacidad de oxígeno... el pulmón, el sistema pulmonar de las aguas, es el oxígeno, es la parte de esa agua, para evitar que se pudra, así que es la respiración, es la vida surgida del cosmos, en la cosa, es para que no se muera: así que ha entrado una alimentación en las aguas, por las que se mantienen vivas. Pero ahora salimos de ese mar, de ese cuerpo.

La semana pasada también tenía algo hermoso, tienen que recordarlo, sobre la anguila, les contaré un poderoso milagro.

Esos brazos de río, esas partes del cuerpo empiezan a trasladarse y entonces uno sale de la fuente de vida y se nos aparece lo definitivo. ¿Y eso, a su vez, en qué se puede ver? Eso tiene que cambiar, como sea, esa agua tiene que llegar a tener otro color, otro sabor, como si dijéramos. ¿Por qué? Y puede verse en toda la creación, señor. La raíz de un árbol vive en el mar. Y ese árbol sale de allí y entonces se convierte en madera y tiene un grosor así. Pero cuando llega

la primavera, aparece el verdor. Así que algo pasa en ese árbol. Está bajo la tierra, sale de allí, y se convierte en otro mundo, se ha ramificado, y llegado el momento aparece una hojita verde, pero si continúa un poco más, vemos colores, flores, y eso también está en las aguas. Y si resulta que va aquí y allá, la sal se transforma, llega a ser dulce. Pero en lo dulce sí que vive la fuente del mar; solo que ha ido a un estadio más elevado, una ramificación; no viven en la fuente.

Esta semana leí en el periódico... No sé si tienen también el diario 'Algemeen Dagblad' en Róterdam. Quise publicar un artículo, pero no quieren aceptarlo. Los eruditos dicen: "No lo sabemos". La ciencia dice: "No lo sabemos".

Una anguila en las aguas vuelve arrastrándose, ese gran viaje de la anguila, y vuelve al mar —y siguen sin saber por qué van al mar esos animales— y para ello mueren.

Bien, pues esta noche desde luego que le he contado algo bonito sobre las aguas, señor, ahora ya tiene que saberlo de verdad, así le podré contar a usted... al mundo... Si escuchan bien, señoras y señores: es una profecía para el mundo, ya la conozco desde hace mucho, me la mostró el maestro Alcar. Todo nació en las aguas. Esa anguila no puede nacer en un brazo, porque ese animal es una entidad para el alumbramiento, pero encuentra la tranquilidad...

(Al técnico de sonido):

¿Cuántos minutos me quedan?

(Técnico de sonido):

—Tres, cuatro.

—... encuentra la tranquilidad, y el principio del parto y el ir adentro y el aceptar y el recibir sucede en el parto del mar, y eso es la matriz de las aguas. Porque la madre es agua, el agua es parto, es madre, así que la madre tiene que tener en alguna parte una maternidad; prueba de que el ser humano lo tiene, y lo tiene todo lo que vive; también tiene que haber un lugar en alguna parte de las aguas donde vive ese parto propiamente dicho. Y es solo allí donde el animal se puede dividir, en ninguna otra parte, porque es allí donde recibe el alimento para el parto —se hace en los dolores de parto... y eso es el óvulo de la madre y el esperma del padre—, es allí donde madura el animal. No puede ser maduro si nosotros somos inconscientes o vivimos allí y allá... Naturalmente, para el ser humano es algo muy diferente, porque está en sus manos. Pero los seres humanos nos olvidamos de que vive en nuestro cuerpo, olvidamos que ese mar no puede ser una charca, que ese mar tiene un corazón, ese océano tiene un espacio como corazón, como vida, como todo, todos esos empujes, pero tiene esos rasgos divinos pertinentes ya antes del alumbramiento de toda su vida. Y ahora esa anguila tiene que ir a ese sitio,

y es suave, es tan profundo y, oigan, eso solo está allí. Puedo indicar a los eruditos ese lugar donde están esos lugares, porque eso se huele.

Iba en barco, a alguien le había contado algo, me dijo: “¿Qué está mirando usted?”.

“No estoy mirando, estoy oliendo”.

Y entonces me sentí... estaba siendo peligroso, señoras y señores, me sentí en el lugar donde el mar da a luz. Y tuve que retenerme con violencia y habría saltado así por la borda, porque el alumbramiento me succionaba hacia el agua. Digo: “Ayuda”, y me largué. Francamente, señoras y señores, me tomé rápidamente un trago de ginebra, porque volví al mundo, de lo contrario no habría quedado nada de mí, porque la madre del mar me habría arrastrado al agua.

¿Me creen?

Y el capitán dijo: “Qué pálido te veo”.

Digo: “Estoy asustado”. Digo: “A usted se lo deseo”.

Entonces dijo: “Entonces te voy a invitar a que también te tomes un manhattan, porque lo que me estás contando es fantástico”.

Y entonces le ofrecí la historia de la anguila, señor, la anguila que va a parir en el corazón, en el parto del mar, porque el mar es un cuerpo, el mar es la madre para ese animalito, porque este animalito ha nacido a partir de ese parto.

A ver quién publica eso en el diario renovado ‘Het Vaderland’, entonces se ríen de uno en plena cara. Porque no lo saben. Y todo lo que el ser humano no sabe, no lo conoce. Ese artículo lo puedo preparar ahora mismo, y así para el salmón y así para la anguila y así para todos los animales; para el animal en la tierra y en las aguas. Pero, señor, esto es cosmología y aún no se conoce en la tierra. Pero ¿no le parece más sencillo que nada? ¿Hay algo más sencillo que esto? Porque el mar es un cuerpo, ¿no? El mar es madre, ¿no? Y el mar es padre, ¿no?

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

Señor, me está volviendo loco, lo dejo.

Señoras y señores, el té está listo, porque ese hombre me está poniendo nervioso.

DESCANSO

Señoras y señores, continuamos.

Aquí tengo: “Si se es ahora en la tierra, por ejemplo, hombre, ¿es posible entonces encontrarse como hombre con nuestra alma gemela si esta en aquel momento también es hombre en la tierra?”.

¿De quién es eso?

Señor, es posible, porque yo soy su alma gemela.

(Risas).

Pero no se me acerque.

(Risas).

Señor, tenemos siete grados, se trata de la maternidad y paternidad divinas. Y esa unión —puede leerlo en los libros— la hemos tenido hasta que fuimos empezando a hacer conscientemente el mal, cosas malas. Eso no quiere decir... Entonces tampoco éramos conscientes en eso, pero fuimos, por ejemplo... Durante un tiempo, en las aguas, no éramos capaces de violar leyes divinas. Esas leyes ni siquiera existían todavía, sí que estaban, pero no teníamos los medios ni la posibilidad ni el sentimiento para, por ejemplo, incendiar una casa; no era posible en las aguas, ¿no? No era posible... en las aguas no era posible entrar una noche a robar alegremente en una casa, ¿no? Pero más tarde sí hemos sido capaces de hacerlo. Si no hubiéramos construido casas, no habríamos embellecido tanto la vida, materialmente, tampoco podríamos haber hecho tanto mal.

Pero bueno. Nos fuimos desde la luna. Nos hicimos seres humanos, en la jungla primero éramos peludos, seguíamos estando allí, hasta que algo empezó a rodearnos conscientemente y fuimos comprendiendo: eso ya me gustaría tenerlo. Y eso sí que lo tomé. Todavía era del ser humano, pero ya era robar humanamente. Robos humanos, ¿verdad?

La semana pasada tuvieron ustedes un poco de diversión. Pero entonces nos pusimos a hacer sopa de ser humano. Cruzamos una pequeña colina y nos llevamos de allí un indio de esos, un viejo, no, uno joven, una chica, o un chico. Y así tuvimos para el domingo por la mañana sopa de brazos, y al jefe de nuestra tribu se le sirvieron exclusivamente nalguitas, palmitas de mano y lóbulos. Señor, eso ocurrió. Estábamos en esa jungla y entonces nos dedicábamos al canibalismo. Así que entonces estuvimos violando inconscientemente la vida de Dios y hacíamos sopa de humanos. Eso sigue pasando ahora, señora. ¿Es que digo majaderías? Sigue pasando ahora mismo.

Tanto que nos gusta Nueva Guinea, pero si nuestros funcionarios se adentran un poco en la jungla, los meten directamente en el puchero. Nos gustaría ofrecerle conciencia a Nueva Guinea. Allí ya hay gente que tiene el título de doctor y que allí... Los oí por la radio, así, sin más. Pienso: ‘Hay que ver con esta gente, escúchala, ya no son unos simples papúas. Pero lo dice él mismo, señor: “Con que solo nos asomemos un poco a esas montañas nos vamos al puchero”. Allí todavía te dan un porrazo en el cráneo, te lo quitan en un plisplás, y entonces aparecemos con una gran melena de un habitante de La Haya colgando del abrigo y decimos: “Ya agarré a otro”. Eso sigue pasando allí. Que si es bueno o malo, da igual.

Pero así hemos violado una ley divina, al ser humano le hemos privado de

la vida, inconscientemente, no lo sabíamos. Ahora tenemos a Cristo, la Biblia y sabemos: no matarás. Sí, eso también lo saben.

“No matarás”, dice Cristo. Y si tengo que hacer el servicio militar y no mato, me voy a la cárcel. Si sigo: “Sí, pero Cristo dijo: ‘No matarás’”, entonces dicen: “Otro loco de esos”. “¡Dispara!”. Y entonces tengo que disparar: para mi reina, para el juez y todo. Así que entonces me he convertido en un asesino consciente. Consciente, porque Cristo dijo: “No”, eso ahora lo sabemos. Pero allí no lo sabíamos.

Hasta esos momentos todo continúa. Hemos cometido un asesinato tras otro, pero tenemos que ir, infaliblemente, a la raza más elevada (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) para la tierra. ¿Es así? De lo contrario nunca saldremos de esa jungla. Pueden leerlo en ‘El origen del universo’.

Pero en la luna —acabamos de tratarlo— éramos división y división, esencia divina como embrión, y unas vidas daban a otras. Y a partir de lo que yo daba y de lo que ustedes daban han surgido nuevas vidas. Y eso, pues, es el núcleo propiamente dicho que me corresponde a mí y a ustedes, por lo que nos hicimos padres y madres. Eso, pues, son esos estados gemelos. ¿Podría decirse “almas gemelas”? Sí, almas surgidas a partir de una sola fuente, de una sola célula.

De dos células, se juntaron, porque querían densificarse, y entonces dimos algo, algo más, y se convirtió en algo nuevo... se segregó, y era una sola célula, y se desgarró, se dividió, así que una parte de mí y una de usted, era mi nacimiento y a su vez el de ustedes, que nos volvieron a atraer. Porque cuando estábamos allí, cuando morimos, volvió a haber una nueva evolución para el reino animal, porque esa célula nuestra aún no se había consumido, porque no había perdido más de un gramo, una millonésima parte de un gramo. Porque si ahora el padre da a luz, aún tiene materia para millones de hijos. ¿No es así? Así que contenía eso; sigue allí, el ser humano lo porta aún hoy.

Éramos atraídos, fuimos teniendo nuevas vidas, porque... ¿por medio de qué? Eso también se lo han vuelto a preguntar aquí, les ofrezco una rápida impresión, así podrán ver que al final sí regresamos a ese núcleo, porque esas dos células nuestras llegaron a tener entonces conciencia adulta, y querían crear. Pero había algo que fallaba. Y solo entonces llegó a haber unión. ¿Quién era, pues? ¿Es posible que una célula cree que en un noventa y nueve por ciento tiene todo lo de Dios? Tiene que ser el cien por cien. ¿No es cierto? Y esa centésima parte éramos usted y yo. Así que en el instante en que esas células estaban hechas y derechas, zas, fuimos atraídos, yo en mi parte y él a su vez en esa parte, y entonces fecundamos nuestra propia célula. Y entonces fuimos uno y comenzó una nueva vida, pero teníamos una nueva vida. Así que tuvimos que volver, porque nuestra parte, esos niños, seguía viviendo allí.

¿No te parece divertido? ¿No te parece más sencillo que nada que un niño pueda crear nueva vida? Y eso está allí, señor, oiga, Dios como alma, Dios como espíritu, Dios como color, incluso en nuestras celulitas, en nuestro espermatozoide, en ese embrioncito de nada que ni siquiera se puede ver, allí hay cáncer, tuberculosis, odio, pasión y violencia, esa personalidad entera. Con esa materia... está en esa materia, desde luego es la célula divina, pero le entra el alma, y todo: en esa alma, en esa chispa insignificante está el ser humano, en toda su profundidad cósmica. No tiene más que despertar.

¿No te parece divertido?

Eso ha ocurrido. Y ahora continuamos, tenemos más... más vidas: y así llegó a haber un estadio de pez, nuevos planetas. Y podría usted preguntar: ¿cuándo, pues, continúa el estado humano? Está detrás de esto. Porque nuestro pensamiento no dice nada, luego cometeremos errores, pero eso da igual, aunque una sola cosa continúa: debido a que una y otra vez hayamos dado a luz a vidas nuevas, no nos queda más remedio que volver, así que recibo una nueva vida. Y entonces fuimos evolucionando pertinentemente porque algo se había quedado en la tierra en... (inaudible). Y eso nos lleva a la especie más elevada, porque no hay estancamiento, fuimos teniendo una y otra vez un grado nuevo, más elevado. Y así fuimos llegando, y luego también el habitante de la jungla, a la raza blanca (véase el artículo 'No existen las razas' en rulof.es). Porque supongo que no pensará usted, ¿verdad?, que esa gente en la jungla tiene que seguir viviendo bajo tierra, gente a la que nosotros, los seres humanos de aquí, de nuestro Occidente y Oriente –los mulatos también lo tienen–, despreciamos tanto; entonces dicen: “Son todos unos animales” (el orador menciona el hecho de que en 1952 había mucha gente en Occidente que despreciaba a los habitantes de las junglas). Ya tampoco podrán compararse con un habitante de la jungla, porque tienen ustedes la raza blanca (véase el artículo 'No existen las razas' en rulof.es), pero son exactamente como las chispas nuestras, nosotros también hemos vivido allí.

Y ahora llegan a experimentar todas las leyes corporales, porque eso es Dios. En eso no pueden echar a perder nada, eso continúa. Y entonces habremos sido padres, madres, ahora quizá me haya adelantado un poco a ustedes, un poco más tarde, porque tú hiciste esto y tú lo otro, y yo, tal y cual, pero cuando hubimos recibido nuestro cuerpo, estuvimos ante las leyes del karma. ¿Y hasta dónde tenemos que regresar ahora? Si ahora vieran alguna vez a un negrito (cuando se celebraron estas noches informativas, de 1949 a 1952, la palabra “negrito” era una denominación habitual para alguien de piel oscura), tienen que decir... Luego se pondrán ustedes a insultar a los negros (Jozef hace referencia al hecho de que en 1952 hay gente que insulta y menosprecia a las personas de piel oscura, lo cual él mismo no hace, como se desprende de lo siguiente) ... Pues bien, si pudiéramos explicárselo a la gente, señoras

y señores, ese de allí mira a un negro por encima del hombro... Yo no lo he hecho; yo me senté en Hollywood, en Florida, justamente en el banco de los negros, y allí es donde estaba el blanco, ¿entienden? Y yo que no veo eso de “white”. Pienso: ‘¿Y yo qué tengo que ver con “white”?’. Me senté donde “black”. Y vienen esos blancos, vinieron así. Digo: “Bah”. Yo lo hice.

(Risas).

Entonces dijo ese tipo: “Vaya”.

Digo: “Vaya, señor”.

Y dice: “Sí, señor”.

Y yo también me puse así.

(Risas).

Pues ese debió de pensar: ‘Este está mal de la cabeza’. Pienso: ‘Y qué’. Digo a mi hermano: “¿Qué? ¿Qué?”.

Y me contesta: “Es que estás entre los negros”.

Digo: “Digo, esto sí que es bueno, ahora sí que me van a encontrar”. Di... Digo (en inglés): “¿Quiere un pitillo?”

“Yes, yes”.

Y yo que le digo: “Pues a disfrutarlo”.

Y el otro: jrrr.

Hay que ver el odio que hay allí, señor, en el sur. O en Carolina del Sur, por allí, y cuanto más vayas al sur: white only, black only, y only... Digo: “Cómo es posible”. Y yo andaba entre eso.

Pero, señor, ahora vuelvo, allí dentro vi a un blanco, dentro de ese negro. Pienso: ‘Vaya, tú estabas antes en Francia’. Y entonces sintonicé con ese hombre, era un chico de dieciocho años, y allí una chica. Digo a mi maestro: “¿Pues entonces, dónde vivieron?”. Dice: “Bueno, mira, uno viene de Noruega, otro de Francia y uno de Alemania”. Vi Europa en el negro. Porque regresamos hasta el instante, señor, en que nuestro puchero empezaba a hervir y empezábamos el primer muslito humano, el canibalismo; allí empezó nuestro primer karma, y eso nos desgarró. Y entonces regreso. Y si usted también hubiera comido de allí, señor, se iría conmigo exactamente a ese grado y llegaría a tener un nuevo cuerpo...

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Cómo dijo?

(Alguien dice algo inaudible).

Imagínense cómo sería eso: esa señora habla un momento con algo —es lo previsible—, yo me quedo fuera, me quedo completamente fuera. Si no sintonizo con esto... Pero esas no son mis pautas, lo calo de inmediato, hablo, pienso: es... Miren, eso es, pues, disarmonía; imagínense que eso les ocurriera en el (Antiguo) Egipto, entonces ya nos habrían quemado vivos. Eso provoca nerviosismo, se pone uno a temblar por dentro, pero, bueno, eso no es cosa

mía.

Así que allí vuelven a empezar. Y entonces imagínese, señor: ¿cuántos serecillos de esos hemos robado, asado, en una sola vida de nada? Y hemos tenido millones de vidas, desde aquel tiempo. Nos hemos comido a millones de personas conscientemente. Y más tarde fueron... han torcido ese cuello delicado, los hemos asesinado con una daga, hemos disparado: la guerra. Llevamos ya seiscientos millones años de más en la tierra, señoras y señores, porque si no —si hubiéramos vivido la armonía de Dios— ya habríamos tenido las esferas de luz desde hacía mucho. Pero ahora seguimos aquí todavía, ocupamos el lugar de otra vida, porque hemos creado la causa y el efecto, y nada más. Y ahora estoy aquí en una vida —tenemos la reencarnación, ¿verdad?, la paternidad y la maternidad— y ahora acabo de salir, todavía sigo dentro, en eso, por ejemplo, le llevo una ventaja de dos vidas. Es posible, ¿no? Puedo llevarle una ventaja de una sola vida, incluso, una encarnación completa como madre. De modo que de pronto me encuentro ante usted —y eso lo he vivido, señor—, de repente estoy ante usted. Y había dos amigos —y nada de homosexualidad (véase el artículo ‘Homosexualidad’ en rulof.es), señor, unión santa— y tenían un amor... Están solos, gente extraña. También existe entre hermanos, un amor, señor, eso existe... Bueno, miren, por ejemplo, el poderoso amor universal immaculado de Vincent van Gogh y su hermano. Esos dos, Theo, si hablas de Theo... si hablas de Vincent van Gogh también quieren decir Theo, porque Theo era Vincent, Vincent era Theo. Eso ya está en el arte. Pero también había amor fraternal, amor universal, quizá aun más.

Pero ahora estamos de pronto ante nuestro... También eso lo he vivido, gente. Señor, pero ¿qué es eso? Llego allí y me entran ganas de aplastar a ese hombre a base de abrazos. Pregunto a mi maestro: “¿Qué es eso? ¿Homosexualidad?”.

“No”.

Y me dice: “Dios mío, estoy casado, tengo un hijo, mis hijos me vuelven loco, pero fue como si algo se abiera en mí cuando me encontré ante esa vida”. Pienso: “Dios mío, Dios mío, a este lo conozco”. Reencarnación, señor. Ese hombre estaba ante su alma, como hombre.

Y ahora tenemos el estado de la madre y el hijo. Los he visto a ambos: almas gemelas. He visto a dos hermanas: almas gemelas. Una tiene que volver. Esas leyes las he... Ya no hacía falta para el hijo de la jungla. Esas leyes solo es posible verlas para los mulatos, en Oriente, que han vivido el organismo más elevado, natural y adulto de la madre tierra. No hace falta volver a la jungla, porque ya sabes: primero tenemos que ir al cuerpo. Pero para las leyes espirituales puedes regresar y entonces nos encontramos ante una hermana y su hermana, ante un hermano y su hermano, ante padre y madre, y además ante hombre y mujer. Cada grado de vida posee su estado gemela, su propia

esencia. Pero el alma que es divina, entiendes, ¿verdad? Ustedes jamás podrán... Hay gente que la tiene, aquí en la sala incluso conozco a gente que lo tiene, hombre y mujer. Y eso es mantequilla, buena mantequilla de la buena, mantequilla de verdad de la de verdad, y ya te digo yo que no contiene nada de margarina. Y eso es un solo sentimiento y pensamiento, y una sola suavidad, y un solo comprender, y un solo amor, y un solo esto, y un solo aquello, y encaja a las mil maravillas. Y uno de verdad que puede pensar alguna vez más profundamente, es posible, pero se han encontrado aquí. Y entonces debería ver eso, señor. Ay, ay, ¿no es ese el reino del que están hablando? Y eso lo pueden tener como hombre, hermanos, hermanas, amigos. Hay mujeres que también lo tienen, no lo saben. Y eso está cerca de la homosexualidad. Y si se desciende a todavía más profundidad... Una vez le dije también a alguien... pienso: 'Sí, es homosexualidad consciente allá'. Y dice el maestro Alcar: "Vamos, mira un poco más profundamente, te enseñaré algo más hermoso". Pienso: '¿Cómo es posible?'. Mujer, mujer, almas, una... una tendrá que volver luego. Ahora ya puedes ver al hombre que está dentro y que luego tendrá que volver un momento; recibirá una nueva vida, se morirá. Y entonces hay que morir, sin demora: uno habrá alcanzado de nuevo el organismo creador —¿no es así?—, y continúa como hombre y mujer. Y entonces allí uno de nosotros tiene que... Porque para el cuarto grado cósmico vuelvo a ser madre, tú vuelves a ser padre, yo madre, yo padre, yo padre, yo madre, yo doy a luz a usted y usted me da a luz a mí. Y eso Dios también lo hace. Él se dio a luz a partir de la maternidad hacia la paternidad. Y cuando empiezas a comprender esas leyes, señor...

Y ahora está usted en la sociedad y es aquí donde el ser humano quiere vivir algo. Y entiendo, claro, que a diestro y siniestro el ser humano te mata a golpes, y que te hace papillas, el hombre a la mujer y la mujer al hombre; no entienden el carácter del otro, socialmente no, nada de amor, nada de cordialidad ni esto: así que la personalidad va muy atrasada, y cuando eso existe... sí señor, entonces recibimos los grados. Alguien dijo: ¿no soy yo aquella persona? ¿No soy yo? ¿No soy yo? ¿No soy yo?

Digo: "Señor, almas gemelas en carreras de atletismo. Fanny Blankers-Koen (atleta, campeona olímpica en varias ocasiones, 1918-2004) y su marido corren igual de rápido".

(Risas).

Huub (Luc) van Dam es boxeador, pero su mujer es igual de dura boxeando: almas gemelas en el boxeo. Pintores y pintoras, piano, arte, ciencia, ambos: marido y mujer, una sola vida, un solo pensamiento, una sola alma. Luego, en el futuro: será usted carbonero y yo quiero dibujar en la escuela. Señor, entonces debería usted hacer lo posible por conseguir aquella mujer que también quiere ser carbonera —yo no le sirvo de nada—, entonces los

caracteres ya se van acercando un poco y llegaremos a tener paz y sosiego en la tierra. Porque es cierto: usted se dedica al arte, señor, y esa mujer dice: “Sí, ojalá hubieras hecho otra cosa, así tendría algo que comer”. Bronca, señor, todo hecho trizas. Pero ahora resulta que está a su lado el mismo loco como hombre, y como mujer. Y ambos viven en eso —ya no hay bronca, señor—, se apañan con un puñado de papas (patatas) crudas y basta. Empiezan con un poco de verdura cruda y en la naturaleza encuentras de todo, allí no cuesta nada. Solo si vas al carnicero; y no ganan tanto. Para el lechero tampoco tienen. Esos brochazos no interesan a nadie, ¿no? Pero aun así disfrutan del arte, señor; allí no hay bronca, ¿no?; no hay descomposición, ¿no? Duermen que da gloria con esos brochazos, vuelven a levantarse y hablan en la naturaleza, lo representan todo. Señor: una armonía y un ser uno preciosos, poderosos en el arte. Y yo me dedico a pelar papas (patatas) y a ella también le gusta eso: almas gemelas también. ¿Por qué no, señora? Y yo soy un acróbata. Hay que ver esa unión, señor, de dos acróbatas, un chico y una chica. Esa mujer y ese hombre que están allí juntos... Vi a dos personas en el circo, estaba llorando, pienso: ‘Dios, Dios, Dios, qué hermoso es eso’. Alguien me miró, me dice: “¿Estás llorando?”.

Digo: “Sí”. Digo: “Siente cómo está mirando a esa mujer y ella a él, y cuando se agarran de esa forma por las muñecas y ella da ese salto gigantesco; la gente se estremece”.

Pero ahora ya me gustaría hablar un poco con esas dos personas, digo: “¿Lo quieres a él?”.

“¡Sí!”.

“¿Y tú?”.

“Hmm, ¡ni acercarse a ella!”.

Señora, cuánto más aguda, más complicada, se haga la vida... y sobre todo en la acrobacia, colgando allí y donde dan su vida por un poco de arte, para comer, ¿verdad? Hay que ponerse a vivir esa mujer y ese hombre. Señor, salí allí del circo haciendo una profunda reverencia, pienso: ‘Dios, Dios, Dios, Dios, Dios, Dios mío querido, ¿qué tiene la sociedad de esto? Del ser uno del hombre y la mujer. Hay que ver un circo Strassburg de esos, hay que ir alguna vez. Si quieren vivir a personas, si ustedes quieren enriquecerse y de verdad quieren ver algo de la sociedad, vayan entonces a un domador y háganse eso: “Ella es domadora y él es domador”. Pero ese amor de esas personas: un solo pensamiento sobre los animales, eso te deja helado.

¿No es así, señor? ¡Verdad!

Éjense, escuchen a Strassburg sobre los caballos y escúchenle a ella. Y entonces le dan un beso sobre el trasero al animal y habrá hecho todo lo que pudo, y que mira un poco más, y entonces él inclina la cabeza un instante, y ella también. Miro a esas dos personas que andan allí sobre la pista, él y ella,

y después a los caballos. Pienso... Y todo eso es así. Hay que ver la psicología de esa gente...

Hay que ver esos dos payasos, como hombre y mujer, juntos, que cuentan chorradas, bromas, que hacen reír a la gente; y entonces salen, tomados de la mano. Y entonces van a la habitación: “Oye, cariño”. Y entonces él la devora a ella y ella a él; con un beso.

Señora, mire, entonces se llora.

Y eso, almas gemelas, señor, primero se convierte en carácter, en... en el arte ya son almas gemelas, pero ¿quién dice que lo son para Dios? Puede que ella continúe, y en otra dirección, después de esta vida, y él también, y entonces volverán a salir.

¿No es hermosa la vida? ¿No es profunda? ¿Acaso la vida alguna vez es superficial? Si quieren llegar a conocerla, tienen que mirar bien a la gente, pero observen entonces también las artes y las ciencias. Y precisamente a un payaso que te hace llorar mientras le están operando a su mujer. Arte.

Señor, soy su alma gemela, pero solo le pido: déjeme en paz en esta vida, porque le daré una paliza si se me acerca, porque quiero trabajar. Oye, muy buenas, cariño.

(Risas).

Sí, hace poco me encontré con un hombre, como gemelo... digo: “A ver, dame un cigarrillo, que me apetece”.

Dice: “Ya no tengo”.

Digo: “Entonces los ‘drudels”.

Bueno, sí, también tendrá que haber algo más...

(Jozef continúa leyendo):

Aquí tengo: “Todas las leyes humanas tienen que ceder ante la voz de la conciencia”, eso dijo una vez mi médico que liberó a su hermano de sus sufrimientos insoportable, dándole a petición expresa de él codinovo... ¿codinove? ¿Eso qué cosa es? ¿Pastillas de codinovo”, claro eso es... “y tres inyecciones de morfina”, ese drama yo también lo leí en el periódico, “a lo que siguió la muerte del enfermo. En este caso ¿también se le imputaría un caso de asesinato al médico? El enfermo padecía desde hacía ocho años una enfermedad pulmonar muy grave”.

Señoras y señores, si están ante su madre, su hermano, su amor, su mujer... Eso ya ha pasado muchas veces en la sociedad. En Francia lo hemos... Hace poco, en Estados Unidos, a ese hombre lo... un enfermo, dice...: “Pues, le quedaban dos o tres semanas de vida, un paciente de cáncer muy grave”. Y a ese médico primero lo echaron de la profesión, le quitaron el título. Pero dos meses después se le permitió que volviera. Ese también decía: “Cáncer, pues, sí, adiós”.

¿De quién es esto?

Señor, ahora querrá saber si eso tiene justificación para Dios. Y entonces, para Dios y las leyes de la naturaleza, he de decirles: allí no tiene que meterse nadie. Ahora se es... como médico se es el asesino de este... Claro, ya puede estar contento de que esta vida... durante dos semanas, cuatro meses, y después se acaba. Pero ¿cómo se puede enmendar esos cuatro meses de vida? Y entonces uno de todas formas... si ocurre de forma normal... Otra persona ya lo puede resolver. Mire, ya puede darse con un canto en los dientes, desde luego, no lo dude, si esa mujer o ese hombre continúa hacia el otro lado. Si tiene que volver a la tierra para recibir una nueva vida, usted también vuelve. Pero si ese espíritu... —¿también lo entiende?; eso apenas lo hemos tratado aquí— pero, mire, si ese espíritu, esa alma, tiene que volver a la tierra, usted también tendrá que volver, porque está atado a ese tiempo, y hay que enmendarlo aquí, no en el otro lado. Porque usted ha... usted ha arrojado allí el alma y la vida de Dios fuera del tiempo terrenal, y eso no se puede comparar con el otro lado. Pero ahora esa alma, ese espíritu, esa mujer, continúa al mundo astral, y ahora usted puede... ahora no hace falta que usted lo enmiende, porque la conciencia espiritual se encuentra detrás, si es que ese espíritu tiene suerte. Porque aunque resulte que sea su hermano y sienta usted pena, puede que haya cometido un gran mal en la vida, y errores, y entonces usted está al lado de la oscuridad, no del mundo de lo inconsciente, sino del mundo inconsciente, o sea, el infierno. Y entonces puede descender usted en eso, pero cuando tenga luz y vaya usted misma, podrá descender en eso para hacer que despierte ese ser humano y sacarlo de allí. De todas formas, está usted atada, por ese acto, por su compasión, a miles de leyes, porque en el fondo, al fin y al cabo, no hay que meterse en eso, porque aunque esté enfermo, o no, y tenga dolor... Y Dios no conoce la compasión, porque ese ser humano vive aquí su causa y efecto, es disarmonía. Y si no hubiera disarmonía, ese hombre tampoco tendría ninguna enfermedad. ¿Ha quedado claro? Pero algo de verdad sí que contiene.

(Jozef continúa leyendo):

“He trabajado con un colega y el hombre padecía pérdida de peso...”

(Señor en la sala):

—Pérdida de pelo.

—Claro, perder peso es otra cosa.

“... el hombre padecía una pérdida de pelo y unos cuatro meses después tenía el cuero cabelludo liso del todo”, como una bola de billar, por supuesto, “pero lo curioso fue que volvió a crecer, una vez más, primero de un rubio claro y después adquirió su viejo color, un rubio más oscuro. A veces me pregunto: ¿qué significado tiene el color del pelo?”

Eso jamás me lo han preguntado aquí. ¿Cómo es posible?

Tenemos personas pelirrojas, negras, rubias y canosas. Esta noche tenemos

a una persona pelirroja... Y eso ¿qué es, señor, señora? ¿Por qué resulta que usted lo tiene de un negro azabache y esa persona, miren: un rubio dorado, pelirrojo, un dorado como de oro? Y entonces dice la señora: es artificial. No, es auténtico. A mí también me gustaría tenerlo rubio dorado... Claro, ahora lo puedes teñir de cualquier color, cuesta diez florines.

La semana pasada vi a una persona sentada aquí, en alguna parte, miré, de pronto me detuve en la calle, andaba fuera, o tenía que irme a alguna parte, miré, entonces la señora pensó: ‘Hay que ver lo descarado que es ese tipo’. Pero yo ya conocía el grupo sanguíneo y a la gente. Pienso: ‘Pero esto es artificial’. Esa viejita se me quedó mirando así, habría sido capaz de hacerme trizas. Pienso: ‘Pero ¿qué clase de color es ese?’. Yo estaba así, así es como estaba ante esa mujer...

(Risas).

Si me hubieran visto allí, habrían dicho: “Ah, Jozef está descubriendo algo”. Pero ella no lo aceptaba, así que: “¿Tú qué quieres?”.

Digo: “Ah, sí, cierto”, digo: “Señora, no he hecho nada, solo estaba mirando el color de su pelo”. Pero eso todavía era descarado, ¿verdad? Y entonces dijo ese tipo: “Vete”.

Digo: “Señor, le contaré un momento lo que pasa”. Porque me encontraba unos instantes entre la vida y la muerte para esos pelillos, pero eran más artificiales que nada, señor.

Pero esto ¿qué es en realidad, señor? Esa pérdida de pelo de él es un trastorno en su sangre, señor, eso del señor es un trastorno sanguíneo. Y entonces llegó ese trastorno sanguíneo, quedó resuelto, se volvió a regular a sí mismo. ¿Qué edad tenía ese hombre, señor?

(Señor en la sala):

—Veintinueve.

—Bien, entonces estaba justo ante el tiempo definitivo, porque a los veintiuno, veintidós, eso ya empieza, son transiciones de siete años, uno empieza a tener nueva sangre, esto nuevo, lo otro nuevo, en el cuerpo; y justo pasado ese límite, con unos meses más, recibes nueva alimentación y entonces es posible que en ese y aquel tiempo empieces a tener nuevo pelo. Eso es lo que había.

Y, señor, el color del pelo es la esencia de la sangre. Y eso llega a una profundidad tremenda, hasta alcanzar el espíritu de la vida. Los egipcios y los orientales, antes, en tiempos más antiguos, decían: “Ten cuidado con esa”, cuando veían a una pelirroja de esas, “porque es diabólica”. Y pensaban: ‘Eso lo ha construido el odio’.

Hoy en día, en La Haya, pensamos: ‘Qué monada, mira esa carita, qué monada’.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

Ella no tiene un odio diabólico, ¿no, señor? Es imposible, ¿verdad? No,

¿cierto? Imposible, ¿no, señor? ¿Es una buena criatura? ¿De primera?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Ah, bueno, entonces mejor nos lo creemos.

Pero esto es el grupo sanguíneo, la esencia sanguínea, y la sangre tiene profundidad espacial. Y entonces tenemos que volver a atravesar todos los planetas y estrellas, hasta tal y cual grado, donde empezó a formarse el color de la sangre. Así de profundo es el pelo del ser humano. Y cuando lo tenemos muy cerca, señor, y le contaré que debemos atravesar el cosmos y que está en la sangre. No en el cuerpo, es ese pequeño hueso, no. Porque, ¿a qué se debe que el chino tenga pelo negro, el japonés negro, el oriental, todos pelo negro? Porque cuanto más nos elevamos más etéreo y espiritual se hace nuestra sangre, y entonces adquirimos el color.

Señor, ¿dónde tienen ojos negros y pelo negro? Y ¿por qué tiene el ser humano pelo rubio y ojos azules? ¿No es sencillo? ¿No lo sabía usted? Vamos, pregúnteselo a un erudito, señor, lo que el color de la mata de pelo..., pero con pelo, claro. Hay que ver lo rápido que se puede equivocar un ser humano, ¿no le parece? “Mata”, pero estamos hablando de “mata de pelo”. Una palabra más o menos. Como el señor De la Mata. Pero las matas pueden deformarse. Y si ahora...

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Qué sucede, señora?

Y cuando salgan ustedes de la jungla, el color irá cambiando. El esquimal (véase el artículo ‘Ser humano o alma’ en rulof.es) lo sigue teniendo un rato más: eso, eso, eso... Y entonces nos vamos elevando, la sangre se transforma a medida que subimos: la sangre animal, sangre basta material, sangre material; y esa sangre material ya ha formado la irradiación de los ojos, del pelo, de la piel. ¿Y de verdad que me quiere hacer creer, señora, que acaso es el espíritu y que es un sistema endocrino lo que ha deformado la piel? ¿Siente usted lo profundo que es esto, y a la vez lo tremendamente sencillo, que todos esos sistemas estén abiertos? ¿Con que solamente conozca usted la creación para el ser humano y el espacio?

¿No es hermoso, señor ingeniero?

Todo se va simplificando, ¿no les parece? Parece tremendamente profundo, pero no lo es.

(Señor en la sala):

—Pasa con todo lo que sabemos.

—Sí, Berends siempre dice: “Sí lo sabes, si lo sabes”.

Pero, mire, cuando me llevó el maestro Alcar: “Primero el ser humano... Biblia: ¿existe la condena?”.

“No”.

“¿El Juicio Final?”

“No”.

“¿Dios se dedica a odiar?”

“No”.

“¿Ha vivido Él como ser humano?”

“No”.

Digo: “Entonces me lo tendrá que demostrar usted”.

Fue cuando empezamos. Y ahora todo está abierto. Un chino, un indio, todos tienen un hermoso pelo negro. ¿Ha visto usted alguna vez un indio —de nuestra Indonesia colonial— con el pelo rubio claro y ojos de un azul claro? Qué criatura tan extraña sería. Negro azabache con ojitos azules holandeses.

(Señor en la sala):

—Hay veces que se dan albinos.

—Sí, señor, pero ¿qué es un albinito? En Estados Unidos vi a un negro blanco (cuando se celebraron estas noches informativas, de 1949 a 1952, la palabra “negro” era una denominación habitual para alguien de piel oscura). Sí, señora, un colorcito amarillo, amarillo claro. Entonces mi hermano Hendrik dijo: “No hace falta darle muchas vueltas, es un italiano, un medio italiano”. Dice: “Si hablas con ellos, a veces oyes: ‘Padre italiano y ella es negra’”. Pero llevaba lo italiano. Y eso es posible.

Y, señor, ¿quién tiene razón, pues? Ya pensará usted: bueno, ese señor lo sabe todo y son majaderías. Pero ¿por qué tiene esa criatura un colorcito amarillo? ¿Por qué esos ojitos...? Esa criatura también tenía ojitos amarillos. El blanco del ojo también era amarillo. ¿Y por qué nosotros lo tenemos blanco? Y cuando vamos descendiendo, señor, tendría que ver cómo cambia ese color blanco. ¿Qué es eso? ¿Solo la piel? ¿Qué es lo que alimenta la piel? ¿Qué es lo que da color a la piel?

(Señor en la sala):

—La pigmentación.

—Sí, bueno, la sangre. La sangre. Bien, la pigmentación, bien. Así que tengo totalmente razón, está en la sangre. Si quiere analizarlo todo a fondo, puedo proponerle otra pregunta. Y usted entonces... Porque ¿cuál es el color del pelo cuando se va a Dios? Porque también está en la creación.

(Señora en la sala):

—Otro grado.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—... grados.

—Grados, sí, pero eso no es, señora.

(Señora en la sala):

—Rubio.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Rubio.

—No, señora, eso no es, sí, rubio es rubio, pero no quiero decir eso. Porque Dios vive en el pelo, en el color del pelo. En realidad ya lo dije, ¿verdad?

(Señor en la sala):

—Un grado de conciencia.

—Un grado de conciencia, señor, no se entera usted de nada.

(Risas).

No, señor, eso no es.

A ver, ¿qué es, señoras? Estamos encima.

(Señora en la sala):

—Empuje.

Señor, ¿quién dijo eso? Señora, le pongo un cero, porque eso no es.

Es que ya tenía ganas yo de... ¿Es que no piensan? Y de todas formas volverán a decirlo, es sencillo, solo dirán: “Vaya, ¿cómo es posible?”. Señor, ¿es capaz de intuirlo?

(Un señor dice algo).

¿En serio? Es más sencillo que nada. Son personas que ya han asistido a setecientas conferencias —a usted todavía no lo he visto aquí mucho—, pero han leído veinte libros míos, han asistido a setecientas conferencias y lo comento todas las noches, pero entonces puede usted... Digo: todo vive en una célula. Y resulta que siguen sin enterarse.

(Una señora dice algo).

¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—El reino de los colores.

—¿Quién dijo eso? Las posesiones, ¿es que no tienen color? Yo soy canoso, ¿qué es eso? No, yo no soy canoso, soy nieve... níveo, níveo.

El reino de los colores de Dios representa al ser humano. Una paloma, una palomita, también son colorcitos, pelitos, plumitas, ¿no? Es: el reino de los colores de Dios se manifestará en el ser humano. Miren, deberían verlo en la primera esfera, en la segunda, tercera, en la cuarta y quinta, en la sexta, en la séptima. Yo he visto a Cristo con su mata de pelo divina. He visto al ser humano, señoras y señores, se lo he explicado una noche, y eso no es solo por el colorcito en el ser humano, sino que lo he visto allí con unos rizos espirituales. Pero también los he visto que podías sacarlos del agua, eran gatos ahogados. Lástima que lo diga. Pero los rizos terrenales se habían ido. Llegaron allí, unas manos así, garras, esos pequeños labios que besamos en el pasado eran así de anchos, podías poner el mundo entero encima. Y esas

manitas que nos habían saludado, señora, estaban embadurnadas con fango, contenían el veneno de una serpiente. Ya no eran manos, eran garras. ¿Les parece raro? Oigan, no piensen que es algo que tengan ustedes. Eso es todo allá, abajo. Con eso ya no tenemos nada que ver. Sí, hay que ver.

Pero a siempre mayor altura llegarán a ver el reino de los colores de Dios, señor, por la mata de pelo, y cada ser humano representará su propio estado. Y ahora dicen, claro: entonces en las esferas quizá seamos todos negros, y todos blancos y todos canosos y todos rojos y todos rubios, azules...

¿Cómo dice usted?

Oro. Sí, oro, oro de verdad.

Señoras y señores, ahora vamos con la esencia sanguínea y con el pelo material y llegamos a tener cabello espiritual. Ya lo dije: esos ricitos aquí, señoras... Sí, señor, pero usted está calvo como una bola de billar. Las señoras aún tienen pelo, pero nosotros yo no tenemos nada. Ya no tenemos ricitos ni cráneo, ya nada, porque nosotros somos la creación; pues nos tendríamos que haber portado mejor, señor. ¿Qué le parece eso? Así que brillantina y esas cosas ya no le harán falta allí, tampoco un peluquero, señor, porque ya no tendremos pelo. Los hombres hemos mudado el pelo. Si no se nos subirán a la chepa esta noche, ¿entienden?

(Risas).

Pero nosotros sí que tenemos allí pelo espiritual. ¿Y por medio de qué se construyen esos ricitos espirituales? ¿No es lógico? Por la fuerza del espíritu, por el amor del ser humano y por la personalidad irradiarán ustedes luz. Y entonces su pelo irradiará otro colorcito que el de los demás seres humanos, porque tendrán más sabiduría, tendrán más justicia profunda y una armonía más profunda. Y cuanto más armonía haya en sus corazones, en sus almas, en sus vidas, más hermosa, más poderosa será la irradiación de Nuestro Señor que se devolverá a sus cabellos.

Señora, ¿no es una maravilla?

¿Y no es entonces sumamente sencillo que el ser humano que haya violado el odio y la vida ya no tenga ricitos? Emerge realmente de forma inconsciente y animalizada de un mundo que, dicho dura y rudamente —una lástima—, es igual que un naufrago, un gato ahogado; aquí dicen “un gato ahogado”, pero es algo que no está bien visto. Aquí no está permitido ponerse a hablar de un gato ahogado. No está permitido aquí. Esto nadie lo oye. No, aquí no hay nadie. Pero es cierto, porque cuanto más profundamente descienda el ser humano en las bajezas y pasiones de cara al espacio y las leyes divinas, más abajo, más abajo, más abajo... Señora, llegaremos al punto en que el ser humano ya no será un ser humano y entonces estará tirado en la playa como una medusa, habrá transgredido la vida y la muerte y todo. Y entonces los pe-

lillos ya tendrán ningún color de ningún tipo, ni negros ni marrones. Señor, ¿qué ocurre cuando te quedas canoso? ¿Qué es eso?

(Señor en la sala):

—Desteñido.

—¿Qué?

(Risas).

(Alguien en la sala):

—Desteñido.

—Desteñido. Sí. Señor, le... le voy a decir algo, señor: “desteñido”, eso es... Alguien dijo... un erudito dice: “Es sabiduría vital”.

Dice: “Eso también se lo puedes decir a mi hermano, porque es más tonto que Abundio”, y tenía el pelo níveo.

Un conocido mío viene a verme y digo: “Hay que ver, ese hombre, mira qué pelo blanco plateado tan precioso que tiene, ¿no? Pero es un auténtico lelo”. Aunque eso tampoco encaja. Dicen: es despertar.

Señor, en 1940 vino Adolf Hitler y entonces yo había vivido la creación, y había vivido la guerra por ‘Los pueblos de la tierra’, yo ni siquiera me había quedado canoso. Aquí ya ni siquiera tenía... Empecé pronto, ya tenía el pelo tipo “sal y pimienta”, ¿cómo lo llaman? Pero entonces hicimos el primer viaje para la cosmología, señoras y señores, comenzó en 1944, ¿verdad? Yo aquí ya tenía gente con canitas. Y me fui por la noche y volví por la mañana: me había quedado níveo. Fue... Cuando se despertó mi mujer me dijo: “Y a ti ¿qué te ha pasado?”.

Dije: “Hija, nada, anoche no he hecho más que acumular un poco de sabiduría. Mis pequeñas raíces no lo resistieron”. Volví blanco. Tantas cosas había aprendido esa noche. Pero también fuimos un momento... Es cuando hice esa primera conferencia en Diligentia... La Omnifiente, la precreación, la Omnimadre, la Omniaalma. De ese viaje volví blanco. ¿Qué vivieron de eso en Diligentia? Volví blanco. Blanco. Digo: “Bien, pues entonces vas a vivir algo especial”. Y entonces volvieron a quedarse un momento grises, más oscuros; dos días después lo hube procesado, entonces volvieron a hacerse más oscuros. Pero esa vehemencia, ese espacio, esa sabiduría, esa conciencia... el pelo no lo pudo aguantar, tuvieron que irse también, igual que el cuerpo. Mi corazón hizo esto: bum, bum, bum, bum. Tenía los nervios tensos, todo iba a plena máquina. Porque la creación, la cosmología, la Omnimadre, la Omniaalma, la Omnivida estaban en mí. Eso yo lo había visto. Y entonces, pues, nada, tuve que volver a la tierra. Y cuando me desperté por la mañana pensé: Vaya, estaban más secos que nada... como papel de lijar, todos los jugos se habían ido. El cuerpo se me había agotado por completo en una sola noche.

A ver, agótese, señor. Vamos, tenga una buena enfermedad, una grave, que

dé gusto, que sea una gloria, señora, oiga...

(Señora en la sala):

—Una enfermedad.

(Señora en la sala):

—Sí, para devolverle el color a su cabello, qué divertido, ¿no? Y su cirujano le hace incisiones a diestro y siniestro, y sufre usted mucho, ¿no vuelve uno entonces a casa con coloretos blancos? Es cuando hemos vivido algo por dentro y el sentimiento cambia; es la parada de tejidos, nada más. Que hoy tenga usted el pelo blanco, señora, solo quiere decir que sus raíces capilares ya no reciben jugos vitales. Y que esos tejidos, esos pequeños canales —y es una tumba, es un parto, un parto también— que esos pelillos...

Esos médicos hablan de esto y aquello. Un peluquero quiere aportar pelo nuevo. Y la verdad es que me habría ido directamente al erudito para decirle: “Señor...”, ese hombre, ese milagro que tuvimos hace algún tiempo aquí en Holanda, que devolvía el pelo a la gente, digo: “Señor, lo primero que tiene que hacer usted es volver a abrir la matriz de esos pelos, porque la célula es parto y se ha cerrado, señor”. Si esa criatura todavía puede tener un bebé, tendrá cabello nuevo, pero ese alumbramiento ya no está. Una célula de un pelo, señora, la raíz de un pelo es parto, es madre. Y el pelo es padre. Y ahora tiene que poner una nueva matriz en esa célula, así esta podrá volver a dar a luz, eso es el crecimiento del pelo. Divertido, ¿no? Y ese de allí quiere hacer creer al mundo que con un brochazo puede crear una nueva matriz para la evolución capilar.

Señora, ¿oyó eso alguna vez? ¿No es eso una revelación? Si todo está de todas formas en Dios como madre y padre, ¿por qué no entonces en el crecimiento del pelo? En eso también está, ¿no? Y ese pelo tiene el reino de los colores, pero también la paternidad y la maternidad. Y entonces viene uno de esos haciendo aspavientos, un erudito espabilado: “Ja, ja, ji, ji”. Sí, sí. Digo: “Señor, pareces un pájaro carpintero”. ¿Sabían ustedes que un pájaro carpintero hace eso también: “ja, ja, ji, ji”? Pero entonces el animalillo al menos canta; digo: “Señor, no toque ese calvo...”, ay, no, no puedes decir “bola de billar”, “ese cráneo calvo, porque la maternidad bajo ese hueso coronal... tal y cual grado de los tejidos de la piel, en el tercer grado hay, a su vez, siete tejidos, siete láminas de piel, y en tal y cual grado donde tiene que ser el parto... Atención a la superficie, señor. Pruebe a quitárselo, tiene una cosita metida, ¿verdad?; y en eso, a su vez, está la raíz en el pelo, en los tejidos hay una raíz más, ese canal no tiene alimentación. ¿Por qué no, señor? Porque la matriz no vive; porque allí tiene que llegar a haber una nueva célula, y es esta la que alimenta el pelo. Y si se muere, se cae a la primera. Y eso ya lo puede...”.

Señor, ¿qué es un ataque al corazón? ¿Quieren ciencia esta noche? ¿Qué es un ataque al corazón? Si se asustan mucho, y eso harán, eso dirá: “Vaya”.

Sobrealimentación, ¿verdad? Si se asustan mucho, al ser humano se le cae el pelo; también ocurre. Muere el corazón, el ventrículo del pelo. El corazón tiene un ventrículo, evolución, circulación sanguínea y todo. Doctor, venga, que le voy a explicar su propio cráneo: usted mirará dentro, pero yo lo atravieso con la mirada. Todo espacio. La cosmología es para todo: para sus pelitos, para sus uñitas. Señor, ¿se le saltan las uñas? ¿Tiene esto, tiene lo otro, se le escama la piel? Mejor venga a verme, ya le contaré de dónde viene eso.

Cada ciencia está completamente abierta para el maestro en el otro lado, porque en su espacio son omniscientes para Dios.

¿No es hermoso, señora? Esta tarde, ayer, lo determiné de usted, eso también fue hermoso. Se acuerda, ¿verdad? La tuvimos una noche, esa pregunta suya —creo que es usted— con esa cosa hermosa, cuando vio usted esa aparición.

(Alguien del público dice algo).

Sí, pero de eso no estamos hablando ahora.

¿Tiene alguna otra pregunta? Con esto he terminado.

Me encanta mirar la gente de vez en cuando a la cara, entonces me complace tener la sensación de: sí, así es. Me sentí tan increíblemente agradecido y contento que por la mañana me desplomé de alegría, gritando: “Hurra, anoche estuve en el Omnigrado”. No me atrevía a decírselo a nadie, porque entonces dicen: “Ese tipo está loco”. Estuve en el Omnigrado. Y entonces algunas veces veía a gente y entonces se transformaban las lucecitas en los ojos y entonces entraba puramente para mí: “Bah, largo de aquí, loco”. Y entonces tendrían que ver al ser humano, al que sí lo siente y también puede ver esa alegría, que vive el ser uno con el espacio; les entraban lágrimas. Y eso yo lo veía directamente.

Señor, he terminado con usted. Ahora de paso ya sabe de dónde viene el pelo. Pero entonces eso ¿qué es, señoras? Ayer por la tarde vi a una señora que tenía el pelo negro azabache y un ricito rubio en la frente. Andaba con un ricito rubio por aquí. Y estaba sentada por allí. Digo, digo: “Ah”. Pienso: ‘Bueno, si yo tuviera uno solo así entonces me afeitaría el pelo, porque ella anda...

(Risas).

Sí, señor, ¿lo dice usted en serio? Pero ¿qué clase de imagen es esa? A mí me parece que queda bien cuando una señora se tiñe de negro y es canosa. ¿Qué más da? Pero unas canas bonitas también es hermoso. Un gris blanco bonito es hermoso.

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, conozco a una jovencita...

—¿La del bucle aquí? ¿Va a volver sobre el bucle aquel?

(Señora en la sala):

—No.

—No, primero tengo que acabar eso, porque no saben lo que es. Eso le cuesta diez florines encima de su...

(Risas).

¿Cómo dice usted?

(Señora en la sala):

—Está teñido.

—¿Me lo dice en serio, señora? ¿Está teñido?

(Señora en la sala):

—Sí.

—No me diga.

(Risas).

Aun así, usted picó. Pero eso da igual, ¿no? Está teñido, señor. Ese ricito no es auténtico. Señor, no es auténtico. No, señor, venga, vamos, lo hizo el peluquero. Pero ¿no lo sabía usted?

Bueno, señora, ¿de qué estábamos hablando?

(Señora en la sala):

—De una conocida, una mujer jovencita, que tiene el pelo blanco y los ojitos rojos, igual que su bebé.

—¿Los ojitos rojos rojos? Todo eso es orgánico. ¿Pelo blanco?

(Señora en la sala):

—Pelo blanco del todo y su bebé también.

—Sí, mire, hay siete millones de grados y diferentes grupos sanguíneos. Eso retrocede hasta lo más profundo del cosmos. Su personalidad habla ahora también todavía, el brillo, la irradiación y todo. Así que entonces recibimos... Ahora tenemos que mirar primero dónde viene usted. ¿En qué padre y tata tata tata tata tata tatarafamilia nació usted? ¿Dónde está ese grupo sanguíneo de Italia con Francia, España, y con tal y cual? ¿Dónde sucedió que se juntaron? Porque ese hombre tiene, a su vez, su propio grado. Y así fuimos echando a perder, todavía ahora, a diario, nuestra sangre natural. Así que no es extraño para nada si ve usted personas con el pelo rubio como la leche y ojos de color negro azabache. Eso usted lo tendrá.

Tenemos aquí a personas en la sala, hombres, padres y madres, increíblemente europeos, una hija; pues bien, un solo grado más para abajo y es de pelo negro. Pero tiene una mata de pelo como de una negra (véase el artículo 'Anti racismo y discriminación' en rulof.es); parecen los ricitos de una negrita, de una negra, allí no hace falta perder el tiempo haciendo la permanente. Esa señora está aquí, vino a verme, digo: "Qué pelo tan precioso tiene usted".

Y me contesta: "Sí".

Digo: "Sí, ya lo veo, a mí no hace falta que usted me convenza". Digo:

“Pero su padre y madre, ¿son así también?”

“Sí, y yo tengo esto, y mis otros hermanos y hermanas son normales”.

¿De dónde viene esa criatura de pronto? Está en esa línea. Así que surgen millones, miles, mejor digamos miles de diferentes colores de pelo, ojos, y todo eso se puede reconducir, y tiene una entidad, pero ahora nos vemos ante un caos de líneas, porque de dónde viene su sangre al final... Usted misma ya está en esto desde hace millones de años, al igual que su familia. Y todo eso se va ramificando, ramificando y ramificando y ramificando. ¿Dónde está entonces el color verdadero? Ya no lo encontrará por aquí. Y que aún tengamos pelo negro con ojos claros y esto y lo otro, señora, es una revelación. Pero esa revelación, a su vez, también está en la superficie, de lo contrario el ser humano tendría un aspecto de no sé qué. ¿Entiendes?

¿Y a qué se debe que todos esos rasgos para el pelo, para los ojos —para la forma, según sabemos— a qué se debe que todos esos rasgos, esa luz, esa irradiación, el color del pelo, por qué se puede captar todo eso todavía? Por una sola cosa. Pues bien, ¿quién lo tiene? Y entonces no está en... no son diez libros, sino que puedo determinarlo en una sola frase, en una sola. Son otra vez al menos diez libros de mil páginas, señor, solo para analizar el color del pelo y esos distintos tipos de razas (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es), de tipos de personas aquí en Europa.

A ver, observe la gente. Yo siempre estoy mirando a la gente y piensan: ¿Ese tipo qué quiere? Pero un ser humano para mí es un milagro universal. Miro a una mujer, miro a una señora, miro así, y entonces piensan: ¿esa mujer? A mí qué me importa esa mujer, miro el cabello hermoso, los colores, esos ojos. Y entonces veo el grado, veo la ramificación, veo la familia, veo el pasado. Veo millones de mundos en un solo ser humano. Si empiezan a insultar, me largo rápidamente, claro.

Señor ingeniero: ¿dónde vive, pues, todo ese núcleo? Usted es un erudito, mejor me aferro a usted. Porque ¿conseguiré sacarlo de allí?

(Señor en la sala):

—Pues de mí tampoco.

—Ay, ay, ay: “de mí tampoco”...

(Risas).

Señora, ¿por qué será que volvemos a ver al ser humano como un ser humano normal y no con el pelo rojo y ojos claros y negros como el carbón? ¿Por qué? Usted misma lo acaba de decir. ¡Es que usted lo dijo! ¡Es que usted lo dijo!

Bueno, se lo diré yo: el poder del organismo humano va antes, y blanco es blanco. Y todo eso irá al estadio más elevado... Así que hemos fragmentado eso, y hemos fragmentado esto, y hemos fragmentado aquello, y hemos

fragmentado lo otro, lo hemos fragmentado cincuenta veces, pero no son más que fragmentaciones. Pero no es posible fragmentar el cuerpo, porque lo blanco sigue siendo blanco y lo negro, negro. Así que ese cuerpo predomina, es predominante para las cositas divertidas que hemos hecho, y entonces fuimos de aquí a un esquimal, o fuimos a casarnos con un italiano. Pero un italiano, en cambio, sí que está en la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es). Y entonces fuimos a una danesa o fuimos a una inglesa, desde aquí, oigan, eso lo hemos hecho. Inglés con holandés, y holandés con alemán, y francés con noruego; todo eso siguió siendo blanco. Pero nos hemos fragmentado, aunque el blanco predomina. Y por eso nuestros ojos no se han hecho rojos ni verdes; eso sí que lo puedes tener en el sur.

Una mañana, también en Florida, mi hermano Henk y yo vimos por la calle a una señora, le digo: “Henk, mira”. Digo: “Vaya”. Casi me da una bofetada en la cara. Entonces dijo él: “Oye, mejor no vuelvas a hacer eso”. Yo había dicho: “Dios mío, santo cielo, jamás había visto a una persona con ojos como el mar”. Señor, ojos radiantes de un verde luminoso, jamás había visto una cosa tan bonita. Verdes y rubia. Pero, Dios mío, hazlo así, sin más, y verás. Me asusté. El maestro Alcar me dio una paliza. “André”, dice, “¿tienes ganas de que te asesinen aquí? ¿Tienes ganas de irte a la cárcel?”.

Digo: “Pero, maestro Alcar: es tan hermoso, tan poderoso”.

Dice: “Sí, es...”.

Y entonces me apresuré a preguntarle algo más. Digo: “¿De dónde es?”.

Dice: “Mira...”.

Porque alguna vez, señores, tendremos los ojos y el colorcito de la madre mar, y entonces serán de un verde vivo. Y el verde será tan intenso y traslúcido como el agua de los océanos. Igual. Esa ya era una de esos.

Tiempo.

Divertido, ¿no?

Señoras y señores, sean buenos, sean corteses, sean cordiales, sean cariñosos y todos llegarán a tener lucecitas verdes radiantes en sus ojos verdes.

Señor De Jong, si sus ojos empiezan a cambiar y se van haciendo verdes, diremos: está ascendiendo. Pero en esta vida ya no nos libraremos de esto. ¿No les parece?

Señoras y señores, ¿les he ofrecido algo esta mañana?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Hasta el domingo..., sí, es que... Señora, ¿acaso vivimos por la noche? Si tenemos gente que primero está aquí, dicen: “Bueno, pues ya no iré más allá, porque esa gente habla por la noche de la mañana.

(Risas).

Y de la mañana y de la madrugada”. Pero es que es así: ya estamos viviendo

en el otro lado, porque el ser humano —quien sea, quien sea— ya vive en lo infinito, porque la muerte no existe, continuarán. No hay noche ni día en el universo. Sí, en el universo siempre es de día, así que siempre por la mañana.

Señoras y señores, el domingo por la mañana el maestro Zelanus hablará del universo que se dilata, les ofreceré cuatro conferencias más. Eso sí que lo tienen que vivir, señoras y señores. Porque Jozef no es más que un gran lelo.

Gracias.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 17 de abril de 1952

—Esta noche voy a comenzar con...

(Tose).

... un poco de tos.

(Risas).

(Jozef lee): “El maestro Zelanus habló el pasado domingo sobre las fuerzas creadoras del universo, el primer grado cósmico, el segundo y el tercero, que obligan a los planetas madre a describir sus órbitas fijas alrededor de esta fuerza creadora, el sol. ‘Curioso’, pensé, porque justamente llevábamos con eso un par de semanas..., con que en el transcurso de los tiempos algunas bolas de luz llegaron a dilatarse y endurecerse bajo las leyes de dilatación y endurecimiento, hasta convertirse en oscuros planetas transitables, mientras que la fuerza creadora, que desde luego también se densifica y dilata y que está sujeta a las mismas leyes, siempre permanece siendo una bola de luz ardiente; es más, cuyo fuego y fuerza luminosa incluso aumentan”. Sí. “La pregunta es: ¿se refería el maestro Zelanus a eso el pasado domingo cuando habló sobre las cámaras incineradoras en el corazón de la fuerza creadora, que en la tierra llamamos ‘sol’? Mire, era algo nuevo, aún sin encontrar en los libros”.

Señor Reitsma, eso lo recibirá en los libros de la cosmología. Si llegamos hasta ese punto, porque primero tenemos... lo que vivimos ahora es el universo, visto de esta manera desde fuera. Pero ahora descendemos en ese sol. Y eso son los libros que además habrá que escribir más tarde. Pero el sol es parto y creación. Toda la vida tiene paternidad y maternidad, el sol también. El parto se produce en el sol y la irradiación, a su vez, es creación, y allí, en el sol... es un poderoso horno de fundición, ¿verdad? Y eso en el fondo lo alberga cualquier planeta, solo la tierra lo ha conocido de forma muy poderosa, y aún hoy. En la tierra está ardiendo sin cesar, ¿verdad? Otros planetas... La luna no lo conoció, porque el estadio más elevado fue en la luna: un lodazal, agua. La luna no conoció ese endurecimiento. Y otros planetas tampoco. Pero aun así se endureció, y ahora es dura como una piedra. Pero allí ustedes, quizá alguna vez ... más tarde, si llegamos allí alguna vez con un cohete, cuando se hayan convertido en profesor esto profesor lo otro, y se hagan para ustedes mismos un cohete...

(Señor en la sala):

—Eso no es posible, ¿no?

—¿Cómo dice?

Bueno, en fin, sí hagamos un momento lo que... Ya llegarán allí alguna

vez, entonces también tendrán que vencer miles... Los eruditos pueden llegar allí, aunque tengan que vencer miles de fuerzas centrífugas y leyes de atracción, ya llegarán alguna vez.

Pero él, claro, ya no llegará allí. Llegará allí como espíritu.

Y allí pueden ver de vez en cuando unos diamantitos de cuatro quilates, quizá de un quilate, que han sido transformados por arte de magia, a partir de ese lodo, ya por el sol, en cristal. Pero por lo demás la madre tierra ha recibido esa conciencia. Todo en la tierra es para este espacio.

Hace poco estuvimos hablando de la paternidad y maternidad del árbol, de la flor y de la planta. La gente me dijo: "Que hermoso aquello del árbol". Pero ¿conocen ustedes el diamante como padre y madre? También las piedras preciosas tienen paternidad y maternidad. De allí sacamos todo, todo, llegarán a ver ustedes en todo paternidad y maternidad, también en los diamantes y las perlas. En las perlas, no. Bueno, hay perlas masculinas y hay perlas maternas. Y ¿cuáles tienen la mejor irradiación? ¿Cuándo es un perla completamente poderosa? Y entonces dicen: "Esta es una del corazón. Esta es una, esa no, pero esta que tengo aquí es una perla que vale dinero". ¿Por qué? Hay siete grados diferentes para las perlas. Señor Reitsma, en las perlas existe la homosexualidad, también la hay, ustedes también lo tienen, la maternidad inconsciente. Porque la perla más elevada que mejor se venda es madre a plena conciencia.

El Estradivarius: maternidad. El sonido de la madre, para los instrumentos: todo maternidad. Todo. Un erudito, un músico, un compositor, que empieza sobre los sonidos, el timbre de un violín. Digo: "Señor, ¿conoce usted...?". A bordo del "Veendam" tuvo uno de esos... Esa hombre está ahora aquí en La Haya, o vivió aquí, digo: "¿Conoce el timbre del Stradivarius?".

"Bueno, sí".

Digo: "¿La maternidad del Stradivarius?". Digo: "Stradivarius ha interpretado la inmaculada maternidad por medio de un pequeño violín; unas tablillas y unas cuerdecitas". Y entonces dijo: "Eso no tiene que estar colocado así, sino así, contra esto". Y entonces se manifestó el sonido pleno como parto.

Pero colocar esas líneas inferiores del violín, y desde fuera y por debajo, para producir la parte redondeada, eso ha sido una búsqueda. Yo puedo enseñarle a un constructor de violines. Digo: "Vamos, ¿por qué no pones ese sonido así? Es posible sentirlo, ¿no? Así se consiguen estados dimensionales para el sonido, de cómo se dilata el sonido. De lo que se trata es de darle eco al violín. Es eso, ¿no?".

Si conoce el universo, señor Reitsma, conoce usted todas las leyes. Cada cosa, da igual a dónde llegue usted, de lo que hable usted, ya no hay nada en el mundo, en el ser humano o el espacio, que no posea las mismas leyes. Cada ciencia queda descubierta a la luz del día si usted tiene conciencia cósmica, si

conoce el sistema planetario como grados y leyes.

(Señor en la sala):

—¿Viviré eso?

—Sí, lo vivirá. No se le ocurra preguntarlo aquí: en dos días estaría en su caja. No sería usted capaz de procesarlo.

(Señor en la sala):

—No.

—Porque lo que hay que hacer es... Ahora lo comprendo. El maestro Alcar me llevó a Egipto, pero lo que allí... allí uno atraviesa miles de muertos y locuras y entonces hay que conservar la conciencia. Hay que vivir la locura completamente y aun así pensar: soy mí mismo, sé lo que hago.

Es que yo eso lo he vivido. Una tarde me encontraba —por cierto, eso lo pueden leer en ‘Una mirada en el más allá’— ...: “Ah, sí, eso es una mesa, eso es una silla, soy yo mismo, y esto es luz, y eso es la radio, y eso son los cigarrillos”. Digo: “Sí, sabe bien”.

Entonces entró mi mujer: “Ay, Dios”. Digo: “No pasa nada, nada ocurre, quédate allí un momento”. Digo: “Ya estoy aquí otra vez, ya estoy aquí otra vez”. He salido un momento de la locura, de la locura del espacio.

Aquí hay... tener los pies en el suelo y desde luego no ir caminando sobre las manos por la calle Spuistraat. Porque eso es posible, es posible. Con que solo extienda un dedo equivocado, la gente piensa: ‘Ah, ahora está loco’. Y, bueno, me encanta estar loco, pero no a la manera de ellos. Es posible... ¿no? Aquí uno recibe esto en todo, ese ser uno del que estuvimos hablando la semana pasada; si oye esa cinta, merece la pena, sobre el color del pelo y todo lo demás, y todo es maternidad, paternidad, y el espacio entero está abierto. Y sin embargo estar con los pies en el suelo y actuar aquí, porque los domingos, inmediatamente después de una conferencia, si no puedo volver a tener el control sobre mí mismo de inmediato... El maestro Zelanus me dice: “Sal de allí, André. Bien, recupera el control”. Y me voy a la derecha y él a la izquierda, y yo estoy metido. Y directamente: actuar como un ser humano. Deberían intentarlo alguna vez. Entonces estuvimos en el espacio, ¿no? Planeábamos entre las estrellas y los planetas. Con tamaña animación y aun así intentar que no estalle en mil pedazos. Si esa concentración entre nosotros fallara tan solo un instante, una millonésima de un segundo, la sangre saldría volando por la boca, se detendría el corazón. Con esa fuerza, es una explosión, es un choque interior.

¿Tenían más preguntas sobre esto?

Pero las oirán todas en esas tres (conferencias)... No, no oirán todo, pero sí un montón en Diligencia. Y cuando llegue la cosmología...

Aquí tengo... solo tengo dos notas breves esta noche. Pero entonces mejor lo ponemos en la sala.

“Dios no conoce los lechos de muerte, pero en ‘Jeus de madre Crisje’ puede leerse: ‘Sí, querido Karel, pronto vas a volar’, dijo Jeus, ‘vas a recoger bellas flores para Nuestro Señor’. Pero a mí me gustaría decir: Karel también estaba en su lecho de muerte, ¿no?”.

¿De quién es eso?

Pero, señor, ¿no podría haber pensado un poquito más para saber que medio mundo muere en la cama? El pequeño Karel no estaba solo, ¿no? Así que tendría que haber pensado un poco más. Medio mundo realmente está tranquilo en la cama y se muere, se libera, así que Dios no conoce lechos de muerte. Entonces se preguntarán... Claro, yo a usted lo entiendo: Dios no conoce lechos de muerte, pero el pequeño Karel se muere, medio mundo, media humanidad se muere en la cama, se libera; no es morir, lo sabemos. Pero hay millones de personas que también vienen al otro lado y que viven esa evolución por un coche, aviones, veneno, un asesino, por lo que sea, muchos accidentes, claro. Eso lo oyeron hace poco: un padre y una madre, con seis hijos, aquí, en Holanda, eso tampoco son lechos de muerte; todos murieron quemados vivos. Sí. Así que eso ustedes lo conocen.

“Porque el pequeño Karel también estaba muy cómodo; muy cómodo, tan pancho, así estuvo muriéndose. Mi padre tenía setenta y ocho años, lo atropelló un coche, lo hizo papillas, lo crujió, lo dejó inconsciente, cuatro días después hizo la transición. ¿Tenía que ocurrir así?”.

Señor, quizá, si hubiera tenido un poco más de cuidado, entonces... para sí mismo, si su concentración aún hubiera tenido fuerza...

Pero la muerte, el nacimiento, van por sí solos y la evolución es más fuerte que la personalidad. Solo poca gente sabe de antemano: ahora me voy. Se oye muchas veces, un señor en nuestro barrio, dice a su mujer: “Oye, que voy a colgar un momento una cosita en el salón”. Pero se sentó y estaba muerto. Al final, el cuadro lo tuvo que colgar ella misma.

¿Qué clase de cosas son esas? Es cuando el ser humano no lo sabe. No, esa muerte ya viene, ya lleva mucho tiempo trabajando en el ser humano. Bueno, algo sienten, un síntoma, y para eso ni siquiera hace falta ser especialmente sensible. Y aunque sea usted extraordinariamente sensible, ni así sentirá nada. Porque esa evolución los lleva en pensamientos a espacios, a esto y a aquello, y piensen ustedes que son ustedes mismos, pero no lo son. Así que esa evolución atraviesa sus propios pensamientos, porque tiene que atravesar esa fuente, y entonces se hacen ustedes con el control y piensan: ‘Simplemente, estoy pensando’. Pero detrás del ataúd podrían haber dicho: “Maldita sea, ya lo sabía desde hacía cuatro semanas, porque he pensado en esto y aquello, y ahora estoy. Ahora se acabó”. Y luego hay otros mil fenómenos y sentimientos que se sienten de esa forma.

Escribe usted aquí: “...más tarde hizo la transición. ¿Tenía que haber ocur-

rido así?”.

Todo eso es posible. Puede ser la evolución, también puede ser negligencia de él, que no haya tenido cuidado en la calle y entonces te quedas tirado. Entonces te agarran a la primera en estos tiempos.

“Mi hermano tenía cuarenta años y lo ingresaron en el hospital. Más tarde el médico, a eso lo llaman médico: ‘Mañana se acabó’. No falleció hasta tres semanas después. En este caso, ¿también estuvo muriéndose tan pancho?”.

Ya lo dice él mismo. Estaba muriéndose tan pancho, sí.

“Cuando el ser humano muere por un paro cardíaco, ¿es una ley o un trastorno material?”.

En realidad, ¿qué es lo que suele pasar en la mayor parte de los ataques al corazón? Son la mayor parte de los casos cardíacos, de los paros cardíacos. Pues bien, es el fenómeno puro de cuando el espíritu se libera directamente, y entonces siempre se trata de un ataque al corazón. Suele ser la misma transición natural directa para el espíritu: el ataque al corazón.

Y entonces el ser humano dice: “Sí, ya estaba... ese corazón ya no estaba... iba a trompicones, el corazón no estaba bien”. Pero, señor, todo eso son tonterías, porque aquí anda gente con un corazón y medio o medio corazón, y ni tan mal, siguen corriendo. Hace poco he... había alguien en Francia que tenía dos corazones, uno en el lado izquierdo y otro en el lado derecho. Y ese hombre, claro, albergaba demasiado amor, señoras. Qué contentas estarían las señoras si tuvieran un marido como creador con dos corazones, pero también puede salir el tiro por la culata. ¿Cierto o no?

(Risas).

Y sobre todo cuando tienes un tiempo tan bueno como hoy.

“Una vez que el ser humano está en las esferas de luz y ha asimilado el amor universal, ¿qué aspecto tiene entonces donde ahora...? Y tiene...”. ¿Quiere decir usted: “¿... y por qué, por qué sigue teniendo entonces... sigue habiendo órganos sexuales?”.

¿Qué aspecto tiene entonces, para los órganos sexuales del ser humano? ¿Es eso lo que quiere decir? Menudo lío que se ha hecho.

“Una vez que el ser humano está en las esferas de luz y ha asimilado el amor universal, ¿qué aspecto tiene entonces?”.

(Señor en la sala):

—“... ahora en lo que se refiera a los órganos sexuales”.

—Señor, seguirán estando exactamente donde tienen que estar. Es usted exactamente igual que aquí. Y no se preocupe, que no irán a parar a su frente.

(Risas).

Y tampoco los llevará con desenfado en el bolsillo, sino que habrán llegado a tener un lugar universal divino, y el ser humano piensa y sienta desde allí. En realidad, ¿qué es el ser humano? Usted se refiere a eso.

(La gente habla a la vez. Alguien dice):

—Hay una ventana abierta.

—¿Una frente a otra? Había corriente, ¿verdad?

¿Lo ve, señora? Ese señor sí que sabe. Ese señor sí que sabe. Pero a partir de qué fuente... En el fondo, ¿qué es un planeta y qué es un sol y qué es el ser humano? Si empiezan a hablar de eso y quieren conocer al ser humano... porque no creo que haya ni un solo psicólogo en el mundo que en el fondo conozca la imagen cósmica del ser humano. El ser humano piensa: aquel que camina por allí lo es todo, y su pensamiento lo es todo, y su sociedad lo es todo, su personalidad lo es todo. Pero no lo es para nada. Eso, pues, son aquellos órganos.

Esta maternidad predomina al ser humano entero, a la vida entera hasta aquí. Y entonces el ser humano puede asimilar algo para sí mismo. Y lo que entonces asimila suele seguir siendo algo. Porque tenemos la suerte de que hemos recibido este espacio por medio de los maestros. Pero los millones de personas en la tierra no conocen, en primer lugar, el organismo, no saben para qué viven, no hay psicología, no hay espacio, no hay nada. Sin embargo, se lo he explicado hace poco, después de los treinta y ocho, de los cuarenta años, el ser humano empieza a asimilar algo para su personalidad. Y lo que entonces asimila encima no suele ser nada.

Las artes y las ciencias no significan nada, y significan todo; sí que se los llevan ustedes, tienen sus cuadros, tienen cosas hermosas con un significado espiritual, por el arte, por la ciencia. Pero un artista de las matemáticas no verá en las esferas todos esos numeritos en la pared, ¿no? Un ingeniero técnico —no lo tengo agarrado por su personalidad, ¿verdad, señor?—, pero un milagro técnico, un genio en esto y lo otro, todo eso sigue en la tierra. Todo se queda en la tierra. Y solo la paternidad y maternidad, que son divinos, eso continúa con el envoltorio. Aquí el cuerpo, allí el espíritu. Allí el espíritu vuelve a cerrar el alma, allí se sienten ustedes exactamente iguales. Solo allí verán y tendrán que aceptar su personalidad como se sienten interiormente. Aquí pueden determinar sin lugar a dudas, por medio de ‘Una mirada en el más allá’, a dónde van y a dónde llegarán a parar allá. Cómo son, cómo piensan, así es su cuerpo. Basta con que piensen tan solo unos instantes mal sobre el amor y la felicidad y la vida y todo, entonces también se deforma el cuerpo, porque es cuando llegarán a tener psicopatía espiritual, la inconsciencia espiritual en las esferas de luz, que son verdad, armonía, justicia, amor. Y con que solo estemos un poquito al lado de esa realidad de aquella armonía, para ese amor, entonces ya no tenemos una cara normal y ya está deformada, ¿verdad? Esas manos, lo que les dije, se convierten en garras, esos ojos son fuego ardiente. Pero esta noche no voy a volver a hablar de esos ricitos.

¿Quién tiene más preguntas? Creo, hijos, que ya les he contado bastante

por esta noche. Creo que...

Señor, aquí en La Haya ya están llenos. Ya no les daré nada más. Han perdido el norte. Pero yo mismo tengo que hacer preguntas, y no lo hago.

(Señor en la sala):

—Eso usted lo hace mejor.

—Tengo que hacer preguntas para ustedes. También puede hacerles las preguntas yo y se las hago responder a ustedes.

Señor, ¿qué deseaba?

(Señor en la sala):

—Tuve un colega que estaba casado, su mujer no podía tener hijos. Resulta que ese hombre, según él, tenía un deseo interior de tener hijos de todas formas en esta vida y procreó un niño con otra mujer, con el beneplácito de la suya. Y desde luego que lo cuida, mensualmente, o lo que sea, ofrece una buena compensación. Dice: “Me parece extraño”, dice, sí, es que le parecía extraño. Dice: “No sé lo que es, pero es como si fuera un apéndice mío”. Pues he pensado: ‘Sí, quizá haya tenido que ver algo con esa alma que en esta vida sí...’.

Señor, hace no mucho hablamos de eso, hace medio año, sobre alguien con un problema parecido, y entonces la gente, las señoras hablaron de... o hubo una pregunta al respecto: tener un niño por medio del médico, con una inyección. Pueden recibir una inyección. Una madre puede ir a buscar allí un niño, hoy o mañana, sin problema. Y entonces alguien dijo... empezamos a hablar de aquello aquí y dijo... En Ámsterdam había alguien que hizo esa pregunta al maestro Zelanus, alguien dijo: “A mí que no me venga ella con esa jugada”. Era un oficial inglés, y esa madre suya (la mujer) no conseguía tener niños. Sí, él también se había hecho examinar y no era posible, él no tenía el esperma creador, no albergaba la célula. Y entonces ella se fue al médico, fue a por una inyección y después tuvo un niño, y eso él no lo aceptó. Pero, miren, y entonces hizo al maestro Zelanus la pregunta: “¿Qué teníamos que haber hecho? ¿Y qué tiene que hacer ese hombre?”.

Señor, lo que me está contando me parece muy infantil. Quiero decir: si lo he comprendido bien a usted, ese hombre... Vamos a ver, gente: tienen ustedes una imagen grande, una imagen poderosa, de sí mismos. Pero qué pensaría Dios de eso? Está usted casado y aquel es su esposo y aquella es su esposa, y ¿pensaba usted de verdad que Dios, Dios mismo, no una esfera, sino Dios mismo...? Es usted la divinidad misma, pero Dios para el espacio, la Omnifuerza y las Omnipotencias... Pues bien, si una mujer, una criatura de Él, que representa Su creación, no puede tener hijos, y puede tener uno por medio de un amigo, o de un hermano, o de otra persona, resulta que para la sociedad es ser como una puta, hacen picadillo de esa mujer. Y dicen: “Ha tenido un hijo con otro”. Ja, ¿y qué más da, señor, una vez que empezamos a

conocer las leyes del otro lado? Pero no dijo usted algo de que el marido de esa criatura, de esa mujer, hizo que le entregaran dinero a ese hombre?

(Señor en la sala):

—No, era el hombre el que tenía muchas ganas de tener niños.

—Y lo consiguió por medio de otra persona.

(Señor en la sala):

—Sí, por medio de otra mujer. No por medio de su mujer social, legítima.

—A ver, a ver, a ver. Esa hombre y esa mujer están casados.

(Señor en la sala):

—Sí.

—Ella no podía tener hijos. ¿Era por él?

—No, era por ella misma.

—Ah, era ella quien no podía. Y entonces él tuvo un niño con otra mujer.

Que si es otra madre u otro padre, claro, no dice nada. ¿Y entonces qué?

(Señor en la sala):

—Pues que luego pasó aquello, con la aprobación de su mujer legítima. Pero, bueno, a mí... a mí eso no me parece tan extraño. Aunque, claro, siempre había gente y colegas en el entorno a quienes sí les parecía extraño.

—Señor, eso es de lo que estamos hablando hoy. Y ahora el marido y la mujer, pues, que demuestren de lo que son capaces.

¿Usted qué haría, señor?

Sí, señoras, ahora llegamos al meollo de nuestro interior.

Es que, claro, si tienes sesenta años, o setenta, ya te da igual, obvio. ¿Cierto o no, madre? Entonces ya no importa. Pero ahora eres joven todavía y hermosa y resulta que aparece otra y el hombre que quiere tener hijos y tiene uno con otra madre. La madre ¿será ahora tan grande fuerte y amorosa como para compartir el amor? Porque... la sangre de él está allí dentro, pero tienen un hijo. ¿Cuánta gente no adopta hijos —cuando la madre sí puede tener hijos— porque es el padre quien no puede crear? Y ahora, pues, que adopten uno.

Señor, ya hay tantas cosas, que han provocado guerras, ¿ya me entiende, verdad? Divorcios, sí. Empiecen a ver todo esto con una amplitud espiritual, vamos. ¿Qué queda entonces de nuestro pensamiento humano? Entonces estamos encima de esa imagen, ¿no? Esa pequeña imagen mía. Y eso es mío y esto mío. Y la esencia y evolución divinas no las aceptan. ¿Por qué no? Porque esa imagen es mía, ese es mi marido, aquella es mi mujer. De eso habló usted hace poco.

(Dirigiéndose a alguien que entra):

Señor, siéntese por aquí, tenemos sitio de sobra. Aquí quedan tres.

Pero lo que debería hacer... mire, lo que debería hacer es ponerse frente a esos problemas; ¿cómo actuaría? Y eso tampoco lo puede empezar a tratar así,

sin más, en el espacio. Tiene que colocarse ante esos problemas; y entonces solo podrá demostrar cómo es usted por dentro. ¿Conoce usted todas esas leyes? Creo que si alguien de ustedes con un poco de sentimiento y un poco de espacio se encuentra con esto, que ya sabrá cómo tiene que actuar. Pero ese ser humano ... ¿entiende?, el ser humano está, en general, sintonizado en: sí, eso es mío, eso mío, y eso es mío.

Conozco a gente aquí en el mundo que es tan tremendamente feliz y que no querría ninguna otra cosa, nada; eso es, eso es, ¿verdad? Y detrás del ataúd no se pertenecen. Entonces salen... Pero allí también vamos tranquilamente al amor universal. Ya entenderá usted cuántas cosas tenemos que superar los seres humanos, cuando estamos ante ellas. No hace falta buscarlo. No tienes que buscarlo. Lógico, ¿no?

¿Más preguntas sobre esto?

Esto ya lo pueden analizar. Pero entonces tienen que ver el estado ante ustedes. Empezar sobre eso sin orden ni concierto es algo que no les servirá de nada. Hechos.

¿Más preguntas sobre esto?

(Señora en la sala):

—Sí, y ¿qué pasa con esa otra madre que ha dado a luz a ese niño? ¿Lo cede sin problema?

—Si quiere saber lo que pienso, si quiere saber lo que piensa, pues, mire, allí estamos otra vez, es una bonita pregunta. Esa madre que dio el niño...

(La gente habla a la vez. Algunas personas dicen):

—No.

—¿Cómo dicen?

(La gente habla a la vez).

Sí, todos a la vez, así no se entera nadie de nada. A ver, esperen su turno.

La madre que ha dado a luz a ese niño, por medio de él, así está la cosa, ¿no?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Es ella la que tiene que ceder el niño.

(Varias personas a la vez):

—No.

(Señor en la sala):

—Pudo quedárselo.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—En este caso pudo quedárselo.

—¿Pudo conservarlo?

(Señor en la sala):

—Sí, solo que él quiso cuidarlo. De lo que se trata es esto: un conocido...
—¿Ven? Esa es una bonita historia la que emerge. Así que ella lo pudo conservar, el niño no era para él.

(Señor en la sala):

—No, pero tenía muchas ganas de cuidarlo, quería...

—Quería saber si era capaz de crear, digámoslo así.

(La gente habla a la vez).

(Señora en la sala):

—Él la amaba.

—¿Cómo dice usted?

Estoy muy espeso esta noche, pero...

(Señora en la sala):

—Él tenía mucha ilusión en tener el niño.

—Él lo quería tener, señora, pero ahora oigo que esa madre, por la que él creó, que ella se pudo quedar con ese niño.

(Señora en la sala):

—Sí, pero él podía cuidarlo.

—Sí, entonces él lo cuidó, pero para nosotros no se trata de eso.

(La gente habla a la vez).

Para nosotros no se trata de si él... Por mí como si hubiera tenido diez mil florines para cuidar de ese niño. Él lo cuidó; no, señora, allí salen a relucir los codos.

(Señora en la sala):

—No lo está comprendiendo usted.

—Sí que lo comprendo.

(Señora en la sala):

—No, quiero decir: fue su amiga la que se encargó entonces.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Fue su amiga la que lo cuidó de entonces en adelante.

—Pero, señora, si le estoy diciendo que esa cosa material no significa nada ahora. Pero aparecen trampas y escollos. ¿Lo ven? Allí está. Y eso significa: su querida mujer no podía dar a luz, ¿y por eso él tiene que acudir a...? Si esa mujer sabía de la creación, a partir de arriba: tengo que tener un hijo, entonces tiene que ir a buscarlo en la sociedad, pero donde quienes están por la labor, porque esos hombres existen. Esas fuerzas creadoras existen. Pero para eso ella no lo necesitaba a él. Él mejor se olvida de...

(Señora en la sala):

—Era él quien quería tener un hijo.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Era él quien tenía ganas de tener un hijo.

—Pero él no lo llegó a recibir, se lo quedó ella. De eso se trata ahora. El sí quería quedárselo, pero fue ella quien se lo quedó. Él quería...

(La gente habla a la vez).

Vaya, vaya, vaya.

(La gente ríe con ganas).

Miren... Miren, estos son los problemas. Bien, él quería, sí, él puede, quería... lo que queda es solo esto: él ya tenía ganas de saber si realmente era un hombre.

(La gente vuelve a reírse con ganas y a hablar a la vez).

Dígame, señor.

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—... dejó las cosas claras.

—Vamos a recomponerlo.

(Señor en la sala):

—... hablar con ese hombre y dice: “Sí, no sé lo que es”, dice, “pero me encantaría tener un descendiente”.

—Ah, sí.

(Señor en la sala):

—No lo hacía, digamos, por su apellido o lo que sea.

—No.

(Señor en la sala):

—Para nada. Pero después sí he pensado sobre ese caso y entonces pensé para mis adentros: ¿acaso tenga que ver él algo con aquella alma?, ¿acaso tiene que enmendar algo ante esa alma porque le dio la vida?

—Señor, así que él pensaba que el alma que atraía... que tenía que ver con ella.

(Señor en la sala):

—No, no lo pensaba, lo imagino yo.

—Eso lo imaginaba él.

(Bullicio en la sala).

Señor, déjeme ir ya, ¿dónde se mete usted?

(La gente ríe de corazón).

Tengo que sacar esa cosa corporal. Hay algo en eso.

(Risas).

Vaya, señor, ahora estamos casi al final, ¿verdad?, así que empecemos de nuevo.

(Risas).

Sí, porque tengo algo divertido, tengo algo divertido.

(Risas).

Él, ¿verdad, señora...? Señora, a ver, ¿era él o es que era ella?

(Risas).

Sí, seamos honestos, esto es algo que en realidad da juego para darle unas cuantas vueltas. Pero no era ella, era él. Era él. Y ahora tenía ganas de tener un sucesor, un hijo suyo, y ella no se lo daba, su mujer, sino que lo consiguió de otra mujer, y a ella le pareció bien.

(Señora en la sala):

—Desde luego.

—... también con su mujer. Pero esperen un poco, un poco de silencio, ahora viene...

(Señor en la sala):

—A su propia mujer le parecía bien que para tener el hijo dejara embarazada a otra mujer.

—Sí.

(Señor en la sala):

—Porque ella entendía que no podía satisfacer los deseos de él.

—No conseguía tener hijos con su mujer. Llegaron a un acuerdo y entonces apareció otra madre que le daría ese hijo. ¿Verdad? Pero ella se lo quedó.

(Señor en la sala):

—Sí, ella se lo quedó.

—Así que él tenía un sucesor aquí, por alguna parte en el espacio. Y él daba dinero por él.

(Señora en la sala):

—Sí.

—Bueno, eso es cosa suya. Pero, señor, eso lo puedo hacer, y usted también, y entonces atraemos a cuatro mil. Eso lo puedo hacer aún hoy y usted también. Sí, pero ya la gustaría al señor, claro. Vamos pasando así por la tierra y nos ponemos en veinte, veintidós, veintitrés, cualquier madre puede atraerlo. Y entonces tengo cuatro mil, señor, es de eso, justamente, de lo que estoy hablando. Él no tendría que haberse metido allí, señor.

(Señor en la sala):

—Él, bueno, según él mismo...

—Mire, quiero analizarlo, por eso lo retengo. Dice: “Ah, sí, sí que hay una madre disponible. ¿Por qué no? ¿Por qué no?”. Pero al mismo tiempo diré, señor, que yo tuve una sola criatura; muerta, luché por ella e hice todo lo posible, y esto habría sido algo para mí. Y no se nos ocurrió. Cuántos millones de personas no dicen: “Sí, lo lamentamos, nos va de maravilla, pero no tenemos hijos”.

Si, con tal de que ese hombre y esa mujer —todos quienes no tengan— se

pongan a buscar la madre o el hombre allí y lo otro allá, ¿entienden el caos y el tinglado enloquecido al que llegaríamos a parar? Ya no habría un límite ni un asidero. Así llegamos a las leyes: ese hombre no tendría que haberse metido allí, tendría que haberse desprendido de aquello. Yo puedo crear con miles de madre, pero ese no es mi karma ni mi mundo. Porque si me pongo a crear, atraemos, irremediabilmente; no tengo que ver con eso, pero eso viene. Y ahora dice usted que él pensaba: ‘Quizá tenga que ver yo con esa alma’. Señor, entonces ya quizá atraiga a doscientas mil.

(Señor en la sala):

—Al menos, es una conclusión que más o menos he sacado.

—Mire, quiero sacar esa cosa humana para hacer que se manifieste lo cósmico. Así que él tendría que haberse desprendido de aquello —ni más ni menos—, y eso lo tengo que hacer yo, igual que todo el mundo, igual que millones de personas. Y por mucho que él diga: “Yo tengo que ver con esa criatura...”, pero si yo la hubiera tenido y yo, sin lugar a dudas, hubiera... —puede suponer una ley, no es necesariamente una pasión, aquí se trata de una cosa poderosa, sagrada, una criatura, una nueva vida— habría hablado con esa madre y habría dicho: “Oiga, mire, dámela, por favor, porque esa criatura es mía. Es duro, pero vendrá usted tranquilamente, irá a pasear con la criatura”. De todas formas llegará a ser un caos si esa gente no se entiende entre ella. “Pero entonces esa criatura es para, se lo ruego, porque yo quiero ser el padre”. Y eso habría estado muy bien. Luego aún se le podrá pasar por la cabeza: ‘Quizá haya otra más entre el cielo y la tierra que atraeré sin problema’. Pero si tiene cuarenta florines a la semana, no le da.

(Risas).

Porque as ni tendrá unos zuecos viejos para esos niños.

Pero, ¿entienden?, eso es. Sin embargo, no tendría que haberlo hecho, porque siempre va... esa creación, señor, no es para el creador: siempre es para la madre.

Si esa madre hubiera dicho: “Quiero tener un niño y tú no eres capaz de dármelo”, y si hubiera dicho: “Y que venga de donde venga...”. Porque el cien por cien de la maternidad quiere la criatura. No es por la criatura, sino que es el parto. Y esa evolución impulsa esa personalidad hacia allá. ¿Y qué es lo que dice la sociedad? No dejen que eso les impida ver: “Esa mujer ha engañado a ese hombre por un niño de otra persona”. Y Dios dice: “Hijo mío, está bien así”. Pero la sociedad destroza esta vida.

El creador, sin embargo, no da a luz. Eso ya les gustaría a los señores. Pero la madre está en condiciones de decir: “Quiero un niño, tú no eres capaz, nuestro karma es así, y ahora quiero tenerlo”. Y entonces, si este es el verdadero sentimiento, me toca a mí inclinarme, nos toca a nosotros como creadores inclinarnos ante la fuerza de la madre. Y es cuando hay que tener el amor,

hombres, de poder acoger esa vida así.

(Señor en la sala):

—Es increíble.

(Se percibe el silencio).

—¿Ahora qué dicen los alborotadores?

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Ese hombre ¿había llegado al punto de poder tener el pensamiento de que atraería un alma y de que así hacía un buen trabajo?

—Señor Götte, esta mañana se me ocurre: “Tengo que dar a luz a niños por todo el mundo”. Aquí, en Holanda, ya llevo dos semanas en la cárcel. Y después iré a Alemania y a Francia. Nuestro Señor me envía a todo tipo de madres de veinte años, de veinticinco.

(Risas).

Pues, sí, señor Götte, ni tan mal, ¿no? Eso que usted...

(Señor en la sala, en alemán):

—Pero hable entonces con el corazón encima de la mano.

—¿Con el corazón...?

(Señor en la sala):

—Encima de la mano.

(En alemán):

—¿En la mano! No: “encima de la mano”. “Está allí dentro, donde arde tan profundo como el alma, como dice el diablo”, eso dijo alguien en Alemania. Pero de eso se trata. ¿Lo ve, señor? Quiere llevarnos por mal camino. En eso hay algo de verdad, ¿no?

(Risas).

Señora, tenga cuidado con este señor. Ya está empezando a dudar de sí mismo.

(Risas).

Señor, señora, ¿tiene más preguntas al respecto? Porque ya no tengo nada que añadir.

Pero, señor, es posible, ¿entiende? Aquí hemos tenido en el pasado un estado, y entonces era la madre. Siempre se trata de la madre. Imagínese que se les ocurriera eso a los señores y que Jozef Rulof se ponga a predicar esta doctrina. “Pues”, dice, “menudo guirigay que hay montado aquí”. Pero ya entenderán ustedes —eso lo quiero sacar ya, todas mis maniobras iban encaminadas hacia allá— que ese hombre no debería haberlo podido hacer. Porque el alumbramiento, señor, y la atracción siempre pasa primero por la madre. Aunque el hombre tenga contacto con eso.

Señoras y señores, ¿comprenden ahora a sus hijos? Si ese morrito se les parece es porque lo han atraído, pero ahora tienen uno mío, con mi cara y entonces no hay comprensión. Pero fíjense entonces un poco, señora, esa alma, un niño tal, un niño cual. Y la madre tiene una monada, y que este niño sabe hacer lo que sea y el otro, nada. De este niño son capaces de aguantar más cosas, y este niño tal y este niño cual. Pero aquí también aparece el enmendar de los niños entre ellos. Y entonces uno se parece a la madre y el otro al padre, y entonces el padre ha atraído, además de la madre, pero eso pasa por la madre, aunque el padre tenga que ver con esa vida. El padre conoce ese alma. Así que la madre da a luz para sí misma y también lo hace para el hombre. Así que allí están activos dos karmas diferentes. El karma creador y el karma maternal.

De eso nunca hemos hablado todavía, ¿no?

(Gente en la sala):

—No.

—Solo sobre un tipo de karma, pero la madre atrae sus vidas. A una madre con diez hijos le ves diez hijos diferentes. Se parece al padre, se parece a la madre. Y entonces surge: la madre atrae y el hombre atrae. Y son dos mundos diferentes. ¿De dónde venimos? ¿Dónde hemos vivido antes de esto? Ella quizá en Rusia o Francia o cualquier otra parte, y entonces, a partir de ese cosmos, volvemos a encontrarnos infaliblemente allá donde nos dimos el primer toque. Claro, suele ser karma espiritual. Engaño. Robado. Cada pensamiento equivocado que hemos dado al ser humano para que cargue con ella, o sea, karma espiritual, significa: allí donde empecé a dismantelar y el ser humano vertió una sola lágrima por mí; tengo que reconducirlo y transformarlo en felicidad. De lo contrario no entran en la primera esfera. Por eso me muero de ganas y de miedo de darle al ser humano esto, lo otro y aquello. Si no lo comprenden, seguramente que pueda ser que mi ataque contra ustedes sea algo duro: “Así sucederá”.

Pero a las esferas no llegarán hasta que esa lágrima no haya desaparecido. ¿No les parece honesto? Porque... A ustedes también los han pegado y pateado. Y ahora la madre, o el alma, esa personalidad, tiene que encargarse de que esas lágrimas, ese dolor de siglos pasados, vidas pasadas, se transforme en amor por arte de magia. Y entonces esa personalidad adquiere felicidad y ahora puede verlo sin lugar a dudas, porque la paliza siempre se le da al ser humano sufriente, sensible. Así que esas son las lágrimas. Cada golpe, cada gruñido, cada patada, lo que se les ocurra, vívanlo, eso es, ¿no?, cuando se empieza a sentir, a comprender algo de la vida eterna, entonces —y esa sensibilidad— una palabra dura o algo que desintegre es un puñal clavado en el corazón, ¿no? Es como para que cualquier ser humano se ponga a llorar, ¿no?

Y ahora robarle a otro la vida, es posible robar un ser humano. ¿Entienden?

Eso en 's-Heerenberg lo llamaban “mangar”.

(Señor en la sala):

—Antes.

—Sí, antes. Lo tuvimos la semana pasada, cuando estuvimos con el canibalismo, y entonces no nos hacía falta el alma ni el espíritu; fuimos a por los huesitos, a por la carne. Pero así es como roba el ser humano, y esos robos los tendremos que volver a enmendar, no hay otra. Y así hay centenares de miles de cosas que uno vuelve a ver en el ser humano, en el niño. Pero las líneas maestras son: la madre lo atrajo, el padre atrajo esa alma, y entonces atraviesa nuestros sentimientos, señor: es cuando el niño se parece al padre. ¿No es sorprendente que sea posible distinguir esos dos mundos? Porque existe el rostro materno para el ser humano, el chico se parece a la madre. Y la niña se parece al padre: es cuando el padre tiene que ver con la criatura. Porque entonces es cuando reaparece lo que es el alma que se ha infundido, de hace diez mil años, veinte mil años, treinta mil años, porque eso es aquella unión, y esa unión... es por eso que regresa esa alma; y el padre no lo sabe, piensa: voy a tener un niño, ¿verdad?, y resulta que ya lleva unido a esa vida desde hace cuarenta, cincuenta siglos. Y para eso, para esa atracción, se han colocado aquellos fundamentos.

¿Tienen más preguntas?

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Sí, señor.

(Señor en la sala):

—Según la ciencia biológica, el sexo contrario es engendrado, o sea, también pasa mucho en divorcios, que se supone que las niñas, o las mujeres, son engendradas por el padre...

—Ya, claro.

—... y los chicos por las madres. ¿Es cierto?

—Mire, señor, eso son majaderías. Pero usted sabe que el alma se da a luz a sí misma porque esta como ser humano —como ser humano, ¿verdad?— atraviesa la paternidad y la maternidad. Imagínese que eso lo controlaran el padre y la madre. Entonces desde luego tendríamos algo de Dios. Pero esos fundamentos divinos no los llegaremos a controlar jamás. Imagínese las tonterías que dice ese biólogo. El padre atrae a las niñas y la madre los hombres. Vaya, vaya, vaya. Menuda ciencia es esta, ¿verdad?

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—De modo que usted dice: eso no es cierto.

—Señor, eso no solo no es cierto, sino que son majaderías, ya se lo dije, locura, sinsentidos. Es alguien que no conoce el espacio, alguien no conoce

el parto y la creación divinas. Hemos..., lo pueden leer en los libros, ¿no?, recibirán ustedes... entonces él podría decir, entonces podríamos preguntar: “Pero, señor: ¿quién ha traído, pues, la homosexualidad a la tierra?”, la que ustedes llaman homosexualidad. Eso es semiconsciente desde la paternidad hacia la maternidad, ¿quién sino lo hace? ¿También el hombre aquí en la tierra? Entonces va a resultar que encima tenemos la culpa nosotros de los homosexuales que andan por aquí (véase el artículo ‘Homosexualidad’ en rulof.es). Eso es maternidad inconsciente y paternidad inconsciente; esa palabra sucia tendría que desaparecer del mundo. Igual que esas desagradables palabras “está muerto”. No, ¡vive! E igual que en la tumba: “Que en paz descanse”, él y ella. Y ella vuela y revolotea, y adiós. No es nada aquello que yace allí. ¿No?

Todo eso hay que sacarlo del diccionario. Ese diccionario nuestro no vale para nada. Somos nosotros, el ser humano, ha inventado ese diccionario, ¿no? Antes no eran más que garabatos, señor, en la edad de piedra no teníamos más que un cuentito así y entonces ya lo sabíamos: ah, a la derecha, a la izquierda, allá me puedes encontrar. Hemos hecho signos, ¿no? Y eso se convirtió en escritura. ¿Qué es lo que el ser humano ha inventado para sí mismo?

Imagínese lo que respecto del alma, del espíritu y de la vida se ha... Cuando se dice: el sentimiento en el ser humano. Sí, eso es puro, es cierto. Pero ahora están llegando ustedes a otras explicaciones. Se dice: los ojos. ¿Qué es un ojo? Sí, saben: son capaces de mirar. El cerebro: eso ya no lo saben. Dicen que es necesario que haya un cerebro, si no no podemos pensar. Pero resulta que el cerebro es accesorio, han vuelto a meter la pata. El cerebro bajo el cráneo tiene un significado muy diferente para el espacio que aquello en lo que lo hemos convertido por la palabra.

Señor, ¿qué es, pues, el cerebro, para el espacio? ¿Qué es el cerebro? Hemos hablado de ello hace poco. ¿Qué es la fuerza del cerebro de cara al espacio?

(Señor en la sala):

—Sentimiento.

—No, señor, no, el espacio. ¿Qué es lo que le permite a usted determinar en el espacio el cerebro del ser humano? Y entonces dice usted: cielos, cómo es posible.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—El cerebro solo transmite el sentimiento.

—No. Bueno, sí, pero estoy hablando del espacio. ¿Dónde vive?

(Señora en la sala):

—En la atmósfera.

—No, señora. No, señora. Esta vez tampoco lo van a saber.

(Señor en la sala):

—¿En la vía láctea?

—El la vía láctea, brr. La vía láctea. Señor, ¿sabe usted lo que es la vía láctea para usted como ser humano? El ojo de gallo en el dedo meñique del pie.

(Risas).

Eso también es una protuberancia. Y la vía láctea es una protuberancia. Son las migajas de ese universo. ¿Es que no tienen aquí algunas verrugas en su cuerpo, en alguna parte, migajas de esas pequeñas? Es algo de su vía láctea sobre su organismo. Está pegado a su cuerpo, señor, ¿verdad?, pero no significa nada, son las creaciones posteriores. La vía láctea es creación posterior.

Creo que no lo va a adivinar nunca, señor.

(La gente habla a la vez).

Ahora dejaré que esta gente piense un poco.

(Señor en la sala):

—La Omnifuentes.

—La Omnifuentes, dice usted.

(Señor en la sala):

—La atmósfera.

—La atmósfera, señor. Está usted cerca, pero no tiene nada que ver.

(Señor en la sala):

—La atmósfera.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—La atmósfera.

—Señor, vamos de mal en peor. Y enseguida dirá usted: “¿Cómo es posible?”, señor. Usted, ingeniero, usted...

(Señora en la sala):

—¿El firmamento?

—El firmamento. Bien, estamos hablando del universo, eso es el firmamento, pero tampoco es eso.

Señor, ¿lo sabe?

(Silencio).

¿Lo sabe, señor? ¿Nadie?

Pues allí están mis adeptos. Sí que podemos... pues no hemos agotado este asunto aquí.

(Señora en la sala):

—Cae por su propio peso.

—¿Cómo dice usted?

(Señora en la sala):

—El sistema solar.

—No, señora. No, dama. Bueno, ¿qué es? Allí estamos.

(Señor en la sala):

—Haga lo que haga usted...

—Señor Berends, ¿lo sabe?

(Señor Berends):

—No.

—Ah, todavía no ha llegado a ese punto. Bueno, siempre podremos...

(Señor Berends):

—Hay más gente que no lo sabe, así que bueno, que yo sea uno más.

—Es que pensábamos que ya había llegado usted a ese punto.

(Señor Berends):

—No, señor.

(Señor en la sala):

—¿El freno para acoger los sentimientos?

—No, señor.

(Señora en la sala):

—¿Los genitales?

—¿Los genitales del espacio?

(Risas).

Señora, los genitales del espacio son el sol y la luna. No, eso tampoco es.

¿Qué es el cerebro para el espacio de cara al ser humano? Mire lo que los eruditos aún tienen que aceptar y transformar en sentimiento. Ellos dicen: no es sentimiento, ¿verdad que no? Mire, nos falta muchísimo para empezar con la cosmología.

Me voy un momento al Gouden Hoofd ("Cabeza Dorada", un restaurante de La Haya), no tardaré en volver. Creo que si vivo otros cinco años más en la tierra seguirán sin saberlo. Y entonces aparecerá alguien, quizá yo ande entonces por la esquina de la calle Laan van Meerdervoort y me dirá: "Por favor, vuelva, porque ya lo sabemos".

En el otro lado, cuando reciban clases universitarios y usted dice: "Maestro, ya estoy",

él dirá: "Bien, entonces le haré un examen". Y entonces dice él: "¿En qué tiempo... a qué distancia estaba la tierra cuando el sol se encontraba en tal y cual estadio?". Y entonces ves el sol, ves una luz violácea y aparece el sol, allí, en el cielo, tenuamente. "¿A qué punto había llegado la madre naturaleza en tal y cual tiempo?".

Y es cuando André-Dectar dijo: "Entonces la tierra aún no existía".

"Gracias", dice el maestro Alcar, porque no era posible.

Y si dices: "Sí, a tal y cual distancia en la tierra", ya has metido la pata. No hay más que una sola respuesta. También aquí. No hay más que una sola fuerza centrífuga en el espacio y eso es la dilatación y la contención, la dilatación del sentimiento y la contención de esos planetas. Solo después aparece la atracción y el rechazo. Atracción y rechazo: ocurren desde el punto mismo,

desde el planeta mismo. ¿Entienden? Lo que poseen la luna, el sol, los planetas y las estrellas es rechazo y atracción. Pero la fuerza centrífuga que allí lo acoge todo..., o sea, el cerebro, como fuerzas centrífugas, tiene que procesar y transmitir nuestros sentimientos. ¿No es hermoso eso?

¿Alguna pregunta más?

Seguro que eso jamás lo habrían averiguado, ¿verdad? ¿Y no es posible intuirlo de forma inmaculada, pura, natural? Son las fuerzas centrífugas. Así que tiene que ser posible acoger nuestros sentimientos como fuerzas centrífugas. ¿Y quién es eso ahora, señor?

¿A ver?

(Señora en la sala):

—El plexo solar.

—¿El plexo solar? Desde allí lo emitimos. ¿Y ahora qué se añade? ¿Qué es lo que está directamente en armonía con esas fuerzas centrífugas para el cerebro?

(Señora en la sala):

—El sistema nervioso.

—El sistema nervioso. Entonces lo que habrá es... la circulación de la sangre ya no significa nada, pero la circulación de la sangre está debajo. Y si ahora se nos cruzan los cables, a nosotros como personas, y esos nervios, entonces lo que ocurre es “bum bum bum bum” y el corazoncito empieza a latir. Y así es como aparecen en el ser humano esos trastornos atmosféricos.

¿Vale la pena? Me gusta hablar de eso, porque así es como se llega a conocer el cuerpo. Es cuando aparecen los riñoncitos, entonces aparece la circulación de la sangre, los nervios, los sistemas endocrinos. Vaya, vaya. Y solo entonces empezamos a comprender cuántas palabras innecesarias tiene que aprender el ser humano... para llegar a ser conscientes para el espacio. Entonces pueden echar por la borda la mitad de su diccionario si empiezan a ver la creación. Por ejemplo: ya no habrá muerte, eso se llamará entonces: evolución, “continúo”. La muerte es continuar. Hay que ver lo desagradable que suena esa palabra, “muerte”, en la tierra, ¿verdad?

“¡Se ha muerto mi madre!”

Y nosotros decimos: “No, señor, adquirió ‘alas’, continúa, o regresó a la tierra”.

Fíjense qué diferencia. Hay millones de personas que miran la tumba y que depositan allí flores, estupendo. En veinticinco años quedarán unos huesitos y las ratas ya habrán acarreado unos cuantos por el subsuelo. Eso no es más que material y ahora vamos a comprobarlo espiritualmente. Pero ¿cuánto de esto es espiritualmente verdadero?

Ese Juicio Final, por ejemplo: hay que ver la cantidad de fe y de religión que hay que tirar por la borda si uno quiere entrar en comunicación con

Dios, y eso es, se me haría absolutamente imposible hablar sobre ello de no haber visto las leyes. Yo estuve detrás del ataúd. Veo esas leyes, enseguida les contaré lo que yo mismo he vivido. Porque lo que vi... No puedo ser más grande y espacioso si no he visto esto y aquello; he visto el cosmos, he visto el Omnigrado. A ese punto hemos llegado.

¿Y qué es lo que hay que echar por la borda? ¿Bueno? Muchísimas cosas. Quedan tan poquísimas cosas, para el alma y el espíritu no se sabe nada. Si se habla sobre los sentimientos, sí. Si se habla de cordialidad, entonces sabemos lo que es, ¿entienden? Con amor, cumplimiento del deber, bien, perfecto, pero eso va a al carácter. Para el carácter hemos inventado palabras maravillosas. ¿Por qué, señor? Porque están cerca de nosotros. Si le doy una bofetada sin que se la haya merecido, dirá: “Menudo bruto”. Es duro. Está mal. ¿Entienden? Y si nos ponemos a robar, soy un mangante, y eso tampoco vale; entonces procede esa palabra “mangar”, o “robar”.

Pero ahora vamos al espíritu, al alma, a los sentimientos, y entonces debería ver usted lo que se tira por la borda. El sol es femenino (“sol” es de género masculino o femenino en neerlandés). Ni siquiera conocen una flor. La luna es femenino, sí, un planeta. Pero el sol también es femenino, y el sol es padre. Este espacio es tan increíblemente sencillo. Sí, increíblemente sencillo, señor. Puede usted analizar el espacio con toda la pachorra que quiera. Es vida y muerte, ahora oyen las conferencias, es vida y muerte, es dilatación, es paternidad y maternidad, eso es el espacio entero, vida y muerte. No hay vida y muerte: evolución, paternidad y maternidad y renacer, evolución. Eso lo tienen los planetas, lo tenemos nosotros, lo tiene todo lo que vive. El espacio es tan increíblemente sencillo, siempre que se conozcan los fundamentos divinos, y las transiciones.

Sí, ¿ahora qué? ¿Algo más?

¿Sí, señor?

(Señor en la sala):

—Señor Rulof, al finalizar nuestro paso por los planetas...

—Sí.

—...;también se acabaría así la existencia del sol, de la luna, etcétera?

—Cuando usted acabe aquí...

(Señor en la sala):

—Esto, no, cuando la humanidad..., ¿verdad?

—Sí, señor, lo ha leído, en ‘Los pueblos de la tierra’ volvemos a tratarlo un poco. Pero ya entenderá usted: en lo último, esas últimas dos páginas... El maestro Zelanus dice: “Tengo que escribir doscientas mil páginas sobre este libro”, podríamos haber escrito siete obras al respecto, pero no es necesario, porque solo se trataba de explicar Adolf Hitler y esa guerra, y que Dios no libra ninguna guerra. ‘Los pueblos de la tierra’ es un libro que no se ha anal-

izado ni espiritual ni espacialmente para el ser humano. Es decir, por medio de ese libro aún no se ha analizado el espacio ni al ser humano, no es más que la historia de la humanidad.

(Señor en la sala):

—... una historia general.

—Un poco de historia como leyes naturales, leyes divinas. Y llegamos a ver a Cristo. Ahora llegamos a ver lo que pasaba detrás del velo. Pero ahora vamos a empezar. Enseñada... Aquí tienen todavía...

En Semana Santa estuve en (el parque zoológico ornitológico de) Avifauna, ves una avestruz de esas; después de la era prehistórica: un elefante, una jirafa, todos esos animales grandes, ballenas, peces planos, pulpos, todo; el pulpo es una creación posterior como animal prehistórico. Y también hay pulpitos así de pequeños, se arrastran por la calle, así. Aquí también los tienes, aquí. Hace poco lo hemos tratado, lo hemos comentado: el ser humano ni siquiera conoce su propio piojo. Ni la pulga. ¿Qué conciencia tiene un animalito de esos? ¿Y cómo surgen esos piojitos?

(Señora en la sala):

—Por la contaminación.

—Por la contaminación. Pero tienen alma, tienen espíritu, tienen sentimientos, tienen una personalidad. ¿De quién les vino esa personalidad? Se lo demostraré: que las creaciones posteriores tienen infaliblemente sentimiento. Infaliblemente. Y hay... ¿Por qué el ser humano está trastornado y dividido en su sentimiento? ¿Por qué? Una creación posterior, un pulpo, un piojo, una pulga y todos esos animales, una rata, un ratón, una mariposa —fíjense en esas maripositas tan hermosas—, una creación posterior tiene maternidad, paternidad, en un solo estado, luz, vida, también amor. Una creación posterior tiene el reino de los colores de Dios. Observen una mariposa de esas: es una creación posterior. En el más allá no se ven mariposas, porque han surgido a partir de la podredumbre. Una serpiente significa tanto como esas mariposas preciosas, hermosas, coloridas. Deberían ir a ver esos miles de especies diferentes, millones, en Oriente. Aquí no tienen tantos, aquí tenemos un poco, unas cuantas manchitas, y un poco de blanco. ¿No es así? Un moscardón de esos que se posa un momento en el cuello y claro, luego te sale un bulto tremendo. Todos esos insectos: creaciones posteriores. Pero es capaz de picar, incluso tiene electricidad y todo, un mosquito de esos muertos, un escuchimizado de esos, a ver, lo toco un instante, nos sale algo, mañana andaremos así. ¿Qué clase de veneno es eso?

(Señora en la sala):

—Malaria.

—¿Dónde apareció el veneno, señor? ¿Qué es el veneno? ¿Por qué un oriental, un mago, puede decir, uno que ha mordido, dice: “Pues hasta aquí y

no más, cerremos el chiringuito aquí, esto puede infectarse, no importa”?. El veneno puede matarse, y se puede matar todo, pero de eso no estamos hablando.

Todas esas creaciones posteriores... Miren, si conocen el espacio, si conocen el universo, encontrarán en primer lugar el resultado más elevado de la creación: el hombre, la madre, el ser humano. Y después aparece el mundo animal, esos millones de tipos de animales. Los centenares de miles de diferentes tipos de monos que han surgido a partir de un solo grado. Cada grado, un mono, tiene siete ramificaciones, transiciones, antes de que uno vaya a dar con otro grado más bajo. Y así existen siete veces siete diferentes tipos, o sea, cuarenta y nueve, que todos dan a luz y que crean y que representan un mundo propio, que dan a luz a una nueva vida, que crean. Adéntrense un poco en eso. Entonces verán monitos que son así, de este tamaño, y los ves que son casi tan grandes como media casa, esos gorilas. Los hombres mono, eso sí que es algo. Esos forzudos que abrazan un rascacielos y lo pulverizan a muerte.

Sí, señor, ¿qué me va a preguntar? ¿Qué desea saber sobre la creación?

(Señor en la sala):

—Sobre la creación posterior: ¿también se destruye la vida espiritual?

—En la creación posterior no hay nada que se pueda destruir, aunque esos animales se coman, eso no dice nada. Un león y un tigre son especies animales conscientes. Existen siete grados de creación conscientes. Es decir: tenemos nuestros siete grados desde la jungla hacia la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es). Y un tigre tiene siete transiciones diferentes; y entonces voy a parar a los maullidos en casa y es el gato. Y así es como hay una línea del gatito al tigre. Es la especie más salvaje. Y entonces voy desde la jungla, desde el grado más bajo... ahora ese grado más bajo es el más grande. ¿Entiende? La especie de pez más baja en las aguas es una ballena, es la especie más grande, es el grado más bajo para el animal. Hasta que aparece la mariposita.

(Señor en la sala):

—Una ballena es un mamífero.

—Un mamífero, eso digo, esa cosa de tipo mamífero, prehistórico, tiene que salir de allí para convertirse en otro animal. Porque el mamífero en esas aguas tampoco puede elevarse más y permanece allí, pero tiene que elevarse más, y entonces aparece esa especie maravillosa, que no es más que así de grande, señor, no más grande, que es el pececito normal con maripositas y colorines y todo, con luz, electricidad, que pasa así a nuestro lado, y entonces uno simplemente se queda detenido. Todo lo de la creación vive en ese animalito, con la maternidad y paternidad. Y esa cosa prehistórica tiene que disolverse. Ahora llego a la pregunta para el señor Götte: ¿cuánto tiempo dura eso? Todo eso tiene que disolverse, llega a existir. Si se quedara un solo

pececito en las aguas y no tuviera evolución, entonces Dios no sería justo y eso es imposible, ¿no?

Así que ese sol no puede desaparecer antes. Esa luna empieza a empequeñecerse, se hace cada vez más pequeña, va encogiéndose. Pero dentro de cien millones de años se la seguirá viendo en el espacio. Y después llegará un tiempo en que la luna haya desaparecido, pero entonces... imagínense, a quién se le ocurriría quitarla de allí: ¡ese espacio se derrumbaría! Es igual que si pusiéramos en los mares... si pusiéramos cien mil barcos aquí en el Mar del Norte, entonces, de verdad, señor, entonces el agua no llegaría a ser tan grande, porque su fuerza centrífuga es también su asidero y diría: "Sí, ya te sujetaré", así que entonces tendría que aparecer aquello. Y entonces el agua quizá saltaría por encima del paseo marítimo, por la presión de esos barcos, pero si de pronto quitamos toda esa tierra, ¿qué queda entonces de esa agua? Ya nada.

Y si esa luna desapareciera del espacio, este se derrumbaría íntegramente. Pero eso empieza a dilatarse poco a poco, empieza a difundirse, y si esa luna en tal y cual tiempo... si un planeta ha llegado a ese punto, entonces ya está... ya está... Por debajo de la luna, y alrededor de ella, el aura vuelve a estar lista para coser esa creación, esa vestidura, como si dijéramos, es una túnica, y todo eso son leyes y fuerzas, se hace un solo conjunto por succión, solo esa luna está de por medio. Si ese camino... Un meteoro que queda anulado se pega como una ventosa, sin problema alguno, y es entonces cuando surgen verdaderos trastornos cósmicos. Cuando aparece esa succión se ve que algo se agita: es una fuerza huracanada en el espacio y un chisporroteo que ni te digo, una succión que es enorme, macrocósmica, y que los seres humanos ni siquiera somos capaces de medir. Pero eso se forma por sí solo. Eso no puede ocurrir con los planetas. Pero llegará a haber un tiempo en que esa luna realmente habrá desaparecido y entonces aún habrá gente en la tierra, las aguas ya estarán vacías, el cuerpo será espiritualmente consciente para el ser humano, ya no habrá animales, ya no habrá vacas, ya no habrá caballos, todo eso se irá disolviendo lentamente. Ya no se verán águilas en el espacio. Ya lo habrán entendido: la madre naturaleza se embellece a sí misma, cada animal llega a alcanzar una conciencia más elevada, igual que el ser humano; este espacio se extinguirá por completo, pero el otro estará listo. El nuevo universo para el ser humano, o sea, el cuarto grado cósmico, está listo; están todos listos, el quinto, el sexto y el Omnigrado están listos.

Los seres humanos vivimos en la era más imponente que existe, no para la conciencia espiritual, sino para todo lo que vive en el espacio y en la tierra, y ahora pone los fundamentos para el ser humano de dentro de diez millones de años. Y ese ser humano ya no estará aquí.

Esta noche deberían preguntarme: ¿qué viviremos en el año cuarenta y

cinco mil veinticuatro, el miércoles por la mañana a las nueve?

Señoras y señores, allí está el té.

Entonces se lo explicaré.

DESCANSO

Enseguida me darán... me darán monedas de plata de diez florines.

(Un señor dice algo).

A ahorrar... del verano pasado, rebajas.

Bien. Ah, el cacharro (la grabadora) ya está en marcha. Ya lo encontrarán en Ámsterdam.

Aquí ya tengo la primera pregunta. “¿Cómo nacen niños que no se parecen al padre o a la madre”, ya ven, el ser humano piensa, “y que además tienen rasgos de carácter muy diferentes?”.

¿De quién es eso?

(Señora en la sala):

—Mío.

—¿Suyo, señora? Señora, ¿no lo sabe usted misma? ¿No lo sabe usted misma? ¿No lo sabe?

(Risas).

Pero, señor y señora, sí, aquí sí que tenemos personas, ya lo saben, ¿entiende?, sí que lo saben. ¿Quién de ustedes lo sabe? ¿En qué vive eso?

(Varias personas en la sala):

—En los antepasados.

(Gente en la sala):

—En vidas anteriores.

—Los antepasados.

(Señor en la sala):

—Los antepasados muy lejanos.

Los indios encantados.

(Señor en la sala):

—Eso.

—Miren, hoy les voy a dar... yo soy el creador. Pero eso les dije, les pregunté hace un rato: “¿Señor, se conoce usted a sí mismo?”. Y también a la madre, ¿se conoce? En esa semillita, en ese óvulo suyo, madre, viven setecientas mil eras. Todavía contiene la jungla. Y si ahora se le aparece un mono de esos y anda usted por aquí con esa carita urbanita, uno se pregunta: santo cielo, ¿de dónde viene eso? Entonces el hombre de pronto dijo en tal y cual ciudad, dice: “Pero ese de allí no es ninguno de los míos, porque no se parece en nada, y encima pelirrojo; ese de allí es el vecino”.

Sí, señor, pero no es posible. Y era el vecino, y hubo una bronca, y la cri-

atura se parecía al vecino. Y entonces dice ella: “Sí que he mirado bastantes veces al vecino, pero no está prohibido, ¿no?”. Mirar no es cometer pecados.

“Sí”, dijo, y entonces estaba analizando la Biblia. Pero ya mirar, eso dicen las Escrituras, está mal, ¿verdad? Y así la gente ya se ha quebrado, solo porque la criatura fuera pelirroja y morena, o verde, y que no se parecía en nada.

Pero el padre y la madre llegan a tener muchos hijos y entonces de pronto aparece uno que no se parece en nada. Y mejor créanselo: el alma y el espíritu son una personalidad propia. Pero ya reciben ustedes del pasado, de tantas eras y siglos, ya recuperan un grado de sentimiento y es la millonésima partícula de esta célula pequeña, y es consciente, y tiene prioridad, y entonces el padre... Porque eso ya no es el padre, porque el marido que ahora tiene usted, no es; ¿a partir de qué fuente crea hoy? No a partir del estadio actual, porque eso ni siquiera es suyo, aún tiene que hacerse consciente. El estadio actual, señora, está en el fondo del hombre. Eso no verá la luz, cuando tenga que volver usted a la tierra, no verá la luz hasta dentro de siete mil años, setenta mil, porque pasarán miles de años antes de que el hombre regrese a la tierra como creador, y entonces recibirá usted a partir de esta y aquella fuente: esa semillita de allí en nosotros es consciente, y aquella de allá ahora va... por ser consciente... Porque no es posible hacer que se eleve el tercer grado. Así que siempre nos nutrimos del pasado; esta semilla, la creación del hombre, tiene millones de años. La de usted, la que se está construyendo ahora, señora, si tiene que volver usted, quizá regrese después de siete siglos, y entonces se parecerá a quien ya ha desaparecido desde hace mucho.

Cada criatura, todos ustedes, sus padres y sus madres, no significan nada, porque allí la conciencia diurna escasea, la tiene una entre millones de criaturas. Mire, aquellas que son igual que su padre no tienen su espíritu. Se dice: “Te pareces como dos gotas de agua a tu padre”, y sí tiene el carácter; entonces tenemos la influencia espiritual, la influencia sobre los sentimientos. Pero aquí la célula, como semilla, crea la imagen del padre, que resulta que era consciente, y se convierte como si dijéramos en el hermano gemelo del padre.

He conocido a un padre con su hijo de doce años: el padre era moreno, aquí un holandés, empezó a tener el rostro moreno, con rizos que eran una gloria, había un árabe puro en su interior, pero el chico también lo tenía, sin duda. Dice: “¿Qué te parece? Pero si es que no es mi gemelo, es mi hijo”.

Más tarde, sin embargo, cuando empezamos con la cosmología, entonces era posible volver la mirada. Digo: “Sí, esta célula es consciente ahora y a ella se debe que se haya revelado el estado, y que exista el parecido. Y después seguimos a los sistemas endocrinos y ¿cómo es esa sangre? Sangre. En la célula... esa célula es un... a eso se le llama el espermatozoide, esa célula es la fuerza creadora del ser humano, ¿verdad? Es algo que nosotros tenemos.

Ustedes tienen la recepción, allí también está. Esa célula como materia no

significa nada, pero en ella sí viven esos sistemas endocrinos, el cerebro, en esa materia, materia ínfima, ese poquito de nada, lo que ni siquiera se puede ver, allí vive una creación entera; incluso con las enfermedades, con las enfermedades y todo incluidas, tiene que llegar a despertar. El médico y el psicólogo todavía no ven ante lo que se encuentran cuando miran al ser humano y a la madre, al hombre; creación, alumbramiento, evolución.

Aquí tenemos: los dos rubios, ambos rubios, la madre rubia, y allí está otra vez el erudito, él rubio, ella rubia, hijos rubios hermosos, y tienen un hijo negro como el carbón; y entonces, claro, que era del vecino, ¿verdad? Él sabía, ellos sabían, que no habían tenido contacto físico, porque habían estado aquí, allá y allá; pero seguía sin fiarse, dice: “¿Acaso no ha venido por aquí algún vendedor ambulante?”.

Y dice ella: “Pero ¿de qué me estás hablando?”.

Dice: “Pues míralo, ese crío es negro como el carbón”.

Y ahora el ser humano tiene que ir a una escuela y decir: “Señor, la materia procede de este y aquel tiempo, de esta y aquella era, y es de usted. Usted no ha hecho más que transmitirlo, señor, porque allí no hay nada suyo, ni de usted ni de su mujer”. Qué divertido, ¿verdad? ¿Y qué sabrá el médico de ese hombre? ¿Qué sabrán de los colores?

La semana pasada estuvimos hablando del cabello, pero ¿qué sabe usted de esa celulita, señor, de esos pequeños rasgos? ¿Qué sabe usted de eso? ¿Se conoce el ser humano a sí mismo? ¿Se conoce la mujer? ¿Se conoce el hombre? Señor, en el futuro la escuela será: cómo el ser humano, cómo aquí el ser humano... Ese ser humano raquítico en esta sociedad tiene millones de problemas, y busca y busca y busca y busca, no se conoce, no para Dios, no para el otro lado, sigue estando encima de esa condena desagradable, encima de esa palabra “condena”, que no significa nada, sigue estando ante un Dios de odio y venganza, y entonces aún tienen que empezar sobre el cuerpo, el poderoso cuerpo de la madre y el hombre.

¿Qué es lo que vive en ese hombre? Piensan ustedes, hombres, que son seres humanos, porque tienen esa figura, pero no es así para nada, es en su creación profunda donde vive la esencia de sus personalidades. Y son sus órganos para crear, tienen todo lo que hay en el mundo. Es que ustedes no son nada, están mal encaminados. Por mucho que hoy se hagan ingenieros o médicos, sepan algo de la vida, no saben nada de la creación ni del alumbramiento ni de la cosmología, ni siquiera conocen a sus mujeres por dentro y por fuera. No conocemos los sentimientos, estamos unos delante de otros y decimos: “Pero ¿por qué hará eso ahora?”. Y: “¿Por qué hace él eso ahora?”. No conocemos el contacto cósmico, no conocemos el ser uno, ese ser uno nuestro no es otra cosa que la madre del espacio que se despierta en nosotros, y no tenemos más que obedecer. Y pensamos que lo somos, pero es la reencarnación nuestra, si

no nos haríamos completamente infantiles.

Sí. Alborotadores.

Sí, oigan, señoras, estoy dirigiéndome a los hombres. Al hombre se le puede decir algo de vez en cuando, pero a las señoras se les puede... (inaudible).

(Risas).

Señor, ¿ahora lo sabe? Señora, ¿ahora lo sabe?

Y son pruebas, aquí tenemos a una señora... aquí muchas veces viene gente... así me pasó hace poco, y me dice esta señora: “¿No le parece extraño?”.

Digo: “Sí, señora, que la entiendo”.

Entonces dijo: “Es como si fuera yo negra. Todavía dicen: ‘Es algo que viene de un negro’”. Tenía ricitos igual que una negra, también oscuros. “Y todos mis hermanos son de La Haya y blancos y eso”.

Digo: “Sí”.

Allí estamos.

En el pasado les ofrecí la imagen de las palomas. Dos palomas rojas allí abajo donde mi casa, el hombre dice: “¿Tú entiendes eso?”. Es cuando los oigo hablar, pero con esa gente no se puede hablar. Miro abajo, sentado en mi pequeño balcón, y dice: “Sí, mira, vamos, hay que ver qué hermosas estas dos rojas, y resulta que sale una que es negra como el carbón”. No lo entiende, no lo comprende. Alguna vez ya lo comenté con ese hombre... “Mira lo que dice ese allí arriba”. Pienso: ‘No digo nada. No dije nada’. Pero sí que era con todas las de la ley. Dije: “Los ‘drudels’. Los ‘drudels’, señor”.

Pero entonces se nos aparecen dos hermosas palomas rojas; miren esos colorcitos. Mire, señor, si que es que se ven las mismas manchitas y motas y los pelillos de la paloma se ven en el ser humano. La paloma, los pájaros —el gorrión no, este sigue en su evolución, allí no hace falta que se le envíe ningún estornino, la naturaleza se busca a sí misma— no van al siguiente grado, se mantienen color a color, cuerpo a cuerpo. Pero el ser humano tiene tantas profundidades, fue hacia el rojo, azul, verde y amarillo, ¿verdad? Entonces no es más que lógico, ¿verdad?, que aparezca una negra de estas con un mechón rubio, de lo que estuvimos hablando la semana pasada.

(Una señora en la sala dice algo).

¿Cómo dice?

Es cierto que se puede comprar por quince florines, pero la creación también lo tiene, ¿no? En Avifauna he visto un azul con una irradiación verde, esos encima tenían la irradiación, un pajarito de Sudáfrica, un azul violáceo con un copete verde. Irradia.

Pero donde mejor se ve es en el mundo de las palomas. Entonces hay dos rojas y sale una negra como el azabache, y encima con una mota de esas. Sí, era algo todavía del padre Piet Hein, o ¿cómo se llaman esas palomas? ¿El pe-

queño Hendrik o Jan? Y entonces dicen: “¿Tú lo entiendes?”. Estaba criando a su manera. Criaba yendo del color rojo al negro.

Señor, eso no lo llegará a controlar usted nunca.

Lo comentaba con una campesino que cultiva tulipanes: “Señor, ¿qué grado quiere dividir?”. Justo lo mismo. Tengo aquí a alguien entre el público, Ari, que cultiva tulipanes. Digo: “¿Quieres que te cuente, que te explique la reencarnación del tulipán?”. Y aunque no sea yo un experto en tulipanes, sí que conozco la creación. Y entonces, pues nada, se lo expliqué una mañana, entre las once y las doce. Dice: “Pues vete a Lisse, Jozef, allí podrán aprender de ti”.

Digo: “Lo entiendo. Porque aunque allí conocen la reencarnación, saben que tienen que esperar siete años antes de conseguir una especie nueva”. Siete años. Digo: “Pero aun así siguen estando equivocados, porque tienen que...”. ¿Dónde está el primer grado? De este tulipán, hace siete veces cuarenta y siete años, fijó... fijó el árbol genealógico de ese tulipán, igual que el del perro pastor; queda fijado y entonces puede volver a ver los colores, encontrarlos, volver a mirarlos, igual que con las palomas. La flor tiene exactamente lo mismo; en el tulipán viven siete grados, señora. Si compra usted uno, señora, tendrá un tulipán con una antigüedad de siete años. Y tal vez más grande. Porque si lo dejan en un solo grado, puede usted seguir cultivándolo. ¿Entienden? Así siempre sale el mismo color. Pero ahora vamos a dividir. Digo: “Sí”.

“¿Qué puedo hacer, Jozef?”.

Digo: “Entonces con ese y el otro grado tienes que...”. Digo: “Pero ¿conoces el pasado? ¿Conoces su reencarnación?”.

“No”, dice.

Digo: “Entonces mejor ni empieces con ello. Quizá salga un color, no lo conoces para nada”.

“Y luego lo que es hermoso”, dice. “Todo encaja a la perfección. Mira, tengo una tierra entera, y entonces me pongo a mirar: cada año sale un color nuevo, salen dos, tres nuevos colores”. Dice: “La naturaleza lo ha hecho ella misma”.

Lo ha hecho la madre naturaleza, ¿no? Ahora el ser humano ayuda a dividir. Hace poco...

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—¿Cómo explica usted, pues, la ley de Mendel?

—De Mendel?

(Señor en la sala):

—Sí. Siempre uno de cada cuatro.

(Señor en la sala):

—Mendel, aquel monje, ¿verdad?, que...

—Mendel, un filósofo.

(Señor en la sala):

—Sí, había... Con judías que crecían más y con judías que crecían menos...

—Sí.

—... empezó a cruzarlas...

—Sí.

—... y entonces descubrió algo curioso. Porque lo que descubrió...

—Sí, estuvo cerca este Mendel.

(Señor en la sala):

—Sí, pero descubrió esto...

—Sí.

—... que siempre era uno de cada cuatro.

—Sí.

—También lo hizo con vacas, por ejemplo...

—Sí.

—... con una vaca de la raza lakenvelder y un toro colorado, y entonces siempre salían tres de tipo lakenvelder, uno rojo, tres negros.

—Bien, señor, ¿oye la pregunta? Pero ¿están oyendo esa pregunta del señor, señoras y señores?

(Algunas personas dicen):

—No.

(Otras personas dicen):

—No.

—Pues debería usted hablar un poco más alto, así todos lo sabrán. Y Mendel sí que era un crack, ¿no?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Entonces todos lo sabrán, si les digo que Mendel puede empezar a tomar clases con ustedes si él le hiciera esa pregunta. Y entonces debería usted decirlo tan alto que esas personas lo oigan todas. Háganlo un momento.

(Señor en la sala):

—¿Lo mismo?

—Sí.

(Señor en la sala):

—De cada cuatro descendientes...

—Sí.

—... de...

—Sí.

—...dos vacas...

—Sí, exacto.

—...una pinta y una colorada...

—Una pinta y una colorada. O una negra, por ejemplo, eso cuadra mejor, una vaca negra con un toro colorado.

—Sí.

—Entonces salen tres de color negro frente a uno colorado.

—Sí.

—Uno de... cuando muere... una vaca llega a tener más o menos veintisiete terneros, ¿verdad?, veintiocho en total, siempre habrá de cada tres de color negro uno colorado.

—Sí.

—Ahora, vamos a cruzar esas criaturas...

—Sí.

—... una y otra vez con vacas negras.

—Sí.

—Entonces seguirán saliendo siempre tres de color negro y un colorado. Y eso a veces también se ve con los niños entre las personas.

—Desde luego. ¿Y a qué se debe eso?

(Señor en la sala):

—Pero siempre tres frente a uno.

—¿Tres de una raza y uno colorado después?

(Señor en la sala):

—Cuatro en total, de los que uno según el padre...

—Y tres según la madre.

(Señor en la sala):

—Sí.

—Pero la división está allí. Aunque entre el tercer y el cuarto grado, ¿entiende? Y ¿qué es lo que ocurre aquí en esos grados? En primer lugar... Fíjese ahora en primer lugar ante lo que habría estado ese Mendel si hubiera conocido la creación, a la que se dirige, pues. En primer lugar se produce también en el animal la homosexualidad, la maternidad, porque existen toros y vacas. Así que la paternidad crea el propio cabello, el espacio y el rostro, eso ya lo hace la paternidad. Y la maternidad también lo crea. Así que ya estamos atados a esa maternidad y paternidad. Porque uno no sabe... ahora no sabemos si es una ternera o un toro lo que habrá. Allí ya estamos, ese mundo no está en nuestras manos. De modo que ese mundo ya continúa. Si quisiéramos mezclar, dividir con dos tipos, entonces ya estamos sin poder hacer nada, ahora no puedo hacer nada, porque aquí tiene prioridad la paternidad y la maternidad. ¿Entiende?

(Señor en la sala):

—Sí, eso...

—Y entonces aparece el alumbramiento para la atracción, eso es entre los tres y cuatro, es cuando se produce esa división, la transición. El cáncer es

entre el tercer y cuarto grado... entonces todavía se puede ayudar, después ya no. Pero el nacimiento para el animal en cuanto a color ya llega a despertar desde el tercer y cuarto grado, es cuando ya se produce el cambio... el cambio de color, pero no en el quinto, sexto ni séptimo, esos no reaccionan, no muestran nada.

Así que no puede ser de otra manera que en el tercer y cuarto mes, porque, madres, entonces es cuando la criatura se manifiesta en la madre: es cuando aparece el macho o la hembra, creación o alumbramiento. ¿Entiendes?

Así que en ese tercer grado... también produce tres grados sucesivos de evolución, porque aún no están el cuarto ni el quinto. Así que la única posibilidad es tener para ese mundo, tres y cuatro, y eso se llega a ver también donde la gente. Después del parto la criatura es diferente, el cabello es diferente. El padre y la madre son negros, el niño es rubio. Pues bien, eso ocurre igualmente en el mundo animal.

Así que Mendel, si pudiéramos hablar con Mendel, esta noche, y decir: “Mendel, mejor déjelo ya porque no lo conseguiré jamás”. Porque es la propia creación la que determina ahora —la división de usted no sirve de nada—... porque no permitirá que se desequilibre a base de golpes. Aunque siga usted con el colorado... pues ponga uno verde entre ellas, así conseguirá otro mundo. Pero ¿cuándo llega eso por fin? Ahora resulta que ese hombre desconocedor de la creación piensa: “Bueno, pues entonces lo que haré será que un toro negro como el carbón, con una blanca...”. Y les sale: rojiblanco en el primer grado hasta el tercero y el cuarto, o sea, alumbramiento otra vez, otra vez creación, porque: ya se lo dije a la señora de allí, ¿verdad?, el hombre que crea no le da a usted su semen directamente, sino a eras anteriores. Es el tercer y cuarto grado, llega a evolucionar, a tomar conciencia y eso puede bajar hasta el tercer grado y entonces tenemos: ¿qué color aparecerá ahora? Es así con las vacas, con los perros, con los gatos, con la naturaleza entera.

Así que Mendel ya puede empezar a recibir clases universitarias aquí. Y sin duda que era alguien. Y sigue siéndolo. ¿Entienden cómo se abre eso? ¿Lo entienden? A ese Mendel, a Schopenhauer, a todos esos grandes: Kant, Jung, Adler, Sócrates, Platón, la universidad de aquí para los sistemas filosóficos... señoras y señores, si uno empieza a pensar como es debido y empieza a hablar con esa gente es posible ponerse a jugar a ser catedrático, y entonces dirán: “Santo cielo, ¿de dónde saca usted esa sabiduría?”. Actualmente, les es posible analizar por estos conocimientos cada reacción de cara a la paternidad y maternidad, cada vida. Sí, es lo que aprenden ustedes.

Lo dije hace poco: empiecen a hablar un poco entre ustedes, la de cosas que uno entiende. Si uno está sentado tranquilamente y ha concluido las tareas diarias y se es hombre y mujer, se está con los amigos, no hablen por hablar de esa sociedad desagradable, mortecina, no contiene nada: empiecen,

en cambio, sobre la vida, así se llega a pensar. Hay gente que tiene noches, seis, siete seguidas, en que leen los libros y entonces dicen: “Mira, eso es lo que hemos sacado de allí, y lo recibimos del maestro Zelanus”.

Ahora surge: esa gente puede dar clases universitarias. El maestro Zelanus dijo hace poco: “Si yo les preparara...”. Él prepara a un ser humano en cuatro meses. Dice: “Pero entonces me sirven más las madres que el hombre”.

Entonces alguien dijo: “Y eso, ¿cómo es posible?”.

Sí. La madre es ahora más profeta que el hombre. Señor, el hombre ha echado a perder la profecía en la tierra. Hay cinco mil padres, los (en inglés:) blancos, y hay cien millones de evangelistas; y resulta que cada uno es más infeliz que el otro. Observe ahora una madre real en el camino para el espacio, consigue hacer las cosas mejor que nosotros. Este siglo requiere que el evangelista Pablo sea madre, no padre. Si fuera libre de irse de casa y no tuviera que dar a luz, a la madre habría que enviarla por todo el mundo, conseguiría más cosas que el hombre.

¿No le parece, madre?

Nosotros, los hombres, hemos dejado la Biblia hecha una pena, hemos dejado la creación hecha una pena, hemos dejado todo hecho una pena. Somos unos lelos.

(Señora en la sala):

—Menudos chapuceros.

—Hay que ver qué chapuceros, ¿verdad, señora?

(Risas).

Sí, ¿qué vamos a hacer con ellos? El ajo tiene más conciencia y significado que la personalidad del ser humano. ¿Eso lo sabía usted también, señora? El ajo.

(Señora en la sala):

—Sí, pero apesta, eso sí.

(Risas).

—No, señora, no debe decir esa palabra, tiene una personalidad como olfato e irradiación. Una delicia, ¿no le parece? Rico. Rico, salsa picante indonesia con cebollitas.

Señor, ¿tenía alguna pregunta más sobre eso, sobre Mendel?

Pero ¿sienten ustedes lo poderoso que es eso? Él también lo aportó. Y ahora viene, ahora decimos, es lógico, ¿no?, señoras y señores, es lógico, ¿no?, ahora llegamos, damos a luz, pero el padre y la madre son negros y aparece un niño rubio. Y entonces aparece: “Ese crío no se parece al padre ni a la madre”. Entonces dicen. “Qué extraño, ¿no?”. Pero entonces volvemos a la familia, y vuelve a aparecer de forma pura esa imagen de entonces, y eso es entre el tercer y cuarto grado. Es decir: el primero lo podemos... La conciencia diur-

na ya ha desaparecido, porque es lo que soy, y es mía, si esa criatura se me parece, sí, genial, entonces nosotros hemos... entonces predomina la paternidad. ¿Entienden? Todo eso es paternidad, pero la paternidad como fuente, como fuente material, con tal y cual roce e infusión de alma, y entonces ya estamos entre el tercero y el cuarto; con que solo sea un poco más profundo, aparece esa gran familia, a un poco más de profundidad, al margen del cuarto y quinto. Allí vive toda esa familia. Sí, bisabuelo, añadiendo incluso a veces los rasgos, los rasgos del carácter; entonces esa célula —ha sido una célula viva— se ha hecho ser humano, se duerme, el ser humano se fue, vive en el ser humano porque ha surgido a partir de la fuente. Es cuando el ser humano dice: “Los rasgos de carácter...”. No se nos regala nada. No, pero sí podemos estar sometidos a influencias. Y entonces sueles oír decir a la gente: “Esa criatura es que es igual que el bisabuelo, porque también fumaba así en pipa”. Él también tenía esos rasgos. Y entonces resulta que incluso esa célula, como materia, ha sido fecundado, porque es la semilla del bisabuelo, esa semilla de la personalidad aún fue fecundada, solo toma siete meses, y siete años; siete años y entonces la criatura empieza a cambiar y ya va apareciendo una personalidad propia; pero entonces la materia está aún influida. Porque es de ese hombre.

Ahora damos a luz a niños, esas semillas volverán en diez mil años por la tierra, los hijos de su hijo aún darán a luz y crearán, señoras y señores, y será cuando se manifieste su propia carita, es cuando usted se manifestará, y dirán: ¿cómo es posible? Van a tener una semilla maravillosa, caballeros, porque la suya estará espiritualmente influida. Hay que ver cómo se dilatará luego ese mundo nuestro, ¿verdad?

(Señora en la sala):

—Esperemos.

—¿Cómo dice usted?

Hay que ver la conciencia que las madres darán a sus propias vidas. La Universidad del espacio ha infundido alma a nuestras semillas. ¿No le parece divertido, señora? Sí. El ser humano futuro, ¿cómo comprenderá, cómo acogerá y procesará todo esto? Enseguida alguien me dirá: “Jozef, ¿cómo serán la tierra y La Haya en quinientos mil años?”

Digo: “Bueno, pues escribe un libro”. Puedo empezar así: “El ser humano en quinientos mil años”.

En primer lugar, el ser humano sabrá en quinientos mil años todo lo que saben ustedes. Ya no habrá escuelas, señoras, porque ya no estaremos allí. No, entonces dejaremos que los niños anden y caminen, y lo explicaremos por medio de la naturaleza. Sí que estaremos en la escuela, pero ahora será un espacio.

En ‘Los pueblos de la tierra’ —¿ya lo han leído?— irán ustedes por el espa-

cio... Luego los niños ya no les pertenecerán, padre y madre, porque primero tendrán la conciencia del estado. Y entonces los niños irán... El estado se encarga de... habrá unión universal humana en la tierra, los pueblos de la tierra habrán alcanzado la unión, iremos a China, a Japón, primero tenemos que... hasta catorce años... tenemos que llegar a conocer los pueblos de la tierra, los hijos del espacio, los planetas.

Llegarán a vivir ustedes la cosmología, un niño de catorce años, una chica y un chico, en esos tiempos ya serán casi cósmicamente conscientes. Y entonces esas chicas y chicos recibirán el análisis de la paternidad y la maternidad, el alma que es atraída. El estado acogerá cualquier karma, ya no habrá causa y efecto. ¿Pues? Ustedes se pondrán a volar, irán a otros pueblos, los aviones los estarán esperando, ese milagro técnico.

Sí, señora, ¿no le gustaría volver?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Luego ya no estarán en el cochecito del bebé, sino que estarán encima, con él se irán volando hacia el espacio.

(Risas).

Esa señora que la semana pasada, o hace algún tiempo, preguntó, dice: “Sí, pero ¿cómo surgieron los seres humanos? Ha hablado usted de Adán y Eva, pero ellos también fueron niños, ¿no? Y entonces todavía no los había”, dice esa mujer, “esos niños necesitarían pañales limpios, ¿no?”.

Esa pregunta también se hizo aquí; y es que es cierto, esa mujer pensó más allá. Dice: “Cada uno su propia imagen”. Lee la Biblia. Paternidad y maternidad, Abraham, Adán, Abraham, Eva: ¿quiénes fueron en realidad? Y ¿Jacob, Isaac, Herman, Gerrit, Piet?

(Señora en la sala):

—Adán.

Adán y Eva. Entonces esa mujer dijo a su marido: “Oye, pero escucha, Herman, ¿esto cómo puede ser así? Adán y Eva, ya tienen una edad avanzada, pero también han sido bebés, ¿no?, un bebé necesitará ayuda, ¿no?, tuvo que haber habido una caldera con agua caliente y un buen pañal limpio, no?”. En el paraíso Nuestro Señor ni siquiera habló de pañales. Se olvidó de la mitad.

(Una señora dice algo).

¿Cómo dice usted?

(Señora en la sala):

—En la jungla tampoco lo tenían.

—¿No tenían pañales?

(Señora en la sala):

—Qué va.

—Pero, claro, en la jungla ya no les hacen falta pañales, saltan al agua y vuelven a estar limpios. Pero ¿es que no entiende usted en qué pensaba esa señora? Adán y Eva también fueron niños. ¿Y cómo se pusieron esos niños, que fueron paridos, ¿no?, cómo se pusieron los pañales?

(Señor en la sala):

—No les hacían falta, ¿no?

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Que no los necesitaban, un florín basta y sobra, ¿no?

—Sí, pero, señor, ¿es que no entiende que un niño de un minuto no ha recibido alimento y que tiene que morir? La Biblia se olvidó de todo eso. Pero el ser humano no piensa más allá. Esos niños como Adán y Eva tienen que haber sido críos, ¿no? No, Dios creó seres humanos.

(Una señora dice algo).

De eso no estamos hablando, señora. Pero esa señora estaba pensando un poco, ¿no? Y así —da igual que fuera necesario o no— llegó a esto, dijo: “¿Cómo es que esos bebés se las pudieron apañar? Porque”, dice, “no es necesario que Adán y Eva fueran bebés?”.

(Señora en la sala):

—No, no fueron bebés. Dejaron de ser niños de golpe.

—¿Entonces no había bebés todavía?

(Señora en la sala):

—No.

—Así que esos pañales tampoco hacían falta. Entonces la Biblia tiene razón.

(Risas).

Así que la Biblia tiene razón, no había pañales. Eva ni siquiera tenía, ni siquiera tenía, ni siquiera tenía, ni siquiera tenía...

(La gente ríe con ganas).

Quiero decir Adán, Eva lo tenía todo, pero Adán...

(Risas).

Adán estaba por allí y ni siquiera sabía la hora que era.

Cuando Eva dijo una mañana: “Está oscureciendo, Adán”, él dijo: “Y yo, ¿qué tengo que ver con eso? Si yo es que siempre veo una sola cosa”. Y dice ella: “A ver, Adán, ¿de qué me hablas?”

(Risas).

Dice: “Pues me apetece fumar me unos cuantos cigarrillos”. Vaya, cómo iba a haberlos, claro.

Allí, señoras y señores, no se trataba del árbol de la vida, no se trataba de eso para nada. Había un árbol y entonces Dios dijo: “Hay un solo árbol y ese ni tocarlo”. Y entonces Adán miró al árbol —Adán, sí, Adán— y que

mira al árbol y pensó, creo, durante meses y meses y años, dice: “Y eso, ¿qué significará?”. Ese hermoso fruto de aquel frutal. Vaya, y entonces: “Adán, ¡ni tocarlo!”. Eran melocotones, albaricoques. Esas ciruelas rojas tienen que haber sabido muy bien en el paraíso, señor, ¿lo sabía? Había ciruelas masculinas y maternas. Y había melocotones masculinos y maternas; unos eran amarillos y los de la madre tenían un colorcito rojo. Porque Adán todavía no tenía conciencia, aún estaba pálido.

Pero, finalmente, hubo una mañana en el paraíso en que el viento jugó con una de esas barajas de cartas...

(Risas).

... y entonces Adán se puso a barajarlas y le echó las cartas a Eva; media hora después supieron exactamente...

(Risas).

Y dice Adán a Eva: “¿Quieres que te eche las cartas?”. Y ella que le contesta: “Yo ya no te necesito, porque tengo una bola de plata, sé exactamente la hora que es”. Y Eva se hizo clarividente.

Y se pelearon, señor. Se pelearon. Sí, pero fue un drama hermoso. No sabían francés ni alemán ni inglés, no había ningún idioma. Hablaron entre ellos, se dice. Los domingos Adán jamás iba a la iglesia. No, porque dicen: “Dios crea la iglesia de Cristo, la iglesia de Dios”. Pero Adán no tenía ninguna iglesia. No tenía protestantismo, no sabía nada de Buda ni de Mendel, señor. Vacas sí había, pero nunca vieron una auténtica, porque para beber iban a las aguas. Que una vaca diera leche era algo que tampoco sabían. Como si hubieran ordeñado una serpiente, porque también tenía leche.

Sí, se ríe usted, señora, pero todo eso estaba allí en el mundo y vivía en el paraíso, sí, sí. De verdad, esas majaderías las debería usted... Debería hacer una obra de teatro con esto, la gente se troncharía de la risa. Si empiezas así: Entonces el viento jugó con una baraja de cartas en el paraíso, y Adán y Eva empezaron a echarse las cartas, estaban quietos una mañana que lucía el sol, y Dios vio y dijo: “Adán, ahora tienes un bonito juego, conóceme ahora”. Y detrás de eso tiene que haber habido alguien con unas bonitas hojitas de papel en blanco del diario ‘Haagsche Courant’ que lo anotó todo.

(Risas).

Es cuando empezaron a deambular por la tierra y eso se convirtió en hojas de papel, fue dilatándose y al final se convirtió en la Biblia. Ay, cómo nos matarían si lo oyeran.

(Risas).

No lo sé, pero cuando ves ese circo de Adán y Eva...; Nuestro Señor hizo allí una bonita figura y extirpó una costilla de Adán y dijo: “Paf, ay”.

¿Cómo dice usted?

(Risas).

(Señora en la sala):

—Sopló.

—¿Cómo dice usted?

(Señora en la sala):

—Sopló.

—Sopló. E hizo un nuevo... y “Adán, te guiaré”, dijo Dios. Y extirpó una costilla de Adán; así fue, ¿no? Del lado izquierdo, ¿verdad? Él entendía más de eso. Y después, en ese barro auténtico, señora, en esa arena auténtica, ¿verdad?, primero bien metido en el barro y después bien moldeado. Ahora entiendo, señoras y señores, por qué tenemos escultores en el mundo. Ellos también están gimiendo siempre con ese barro, y entonces se ponen a pulirlo, esa fue la verdadera creación del paraíso. Señora, ¿de qué otra manera iba a ser? Pero con que ese escultor tan solo tomara una costilla de su Eva, esa imagen viviría. Y entonces dijo Dios: “Ffft”. Y mira, la Eva de Adán abrió los ojos y dijo: “¿Qué, cosa rica?”.

(La gente se ríe con ganas).

Y entonces Eva miró los colorines en los ojos y dijo él: “Cariño mío, todo esto es para nosotros...ven, vamos a dar una vuelta”.

Sí, entonces se dieron un paseo, señoras y señores, por el paraíso, que duró cuatrocientos mil años. Y cuando volvieron... porque el paraíso era grande, oigan, no era un trozo de pasto sin más, y tampoco estaba delimitado, se podía seguir, había árboles por todas partes. Había melocotones por allí y por allí había ciruelas y allí...

(Risotadas).

... y allí había... allí había... No sé lo que digo; si ahora seguimos formando parte de la iglesia, nos salimos, yo siempre salgo por mi cuenta.

Pero, señora, así podría seguir durante horas y entonces sacaría a lucir todas esas memeces, porque todo esto no es más que eso. Y de eso se puede hablar sin problema. Una vez incluso tuvimos a unas personas de esas aquí, me habrían matado, porque entonces estuve hablando del Juicio Final. ¿Les gustaría que les cuente ese drama?

(Risas).

Pero el paraíso donde estaban el árbol y Adán y Eva... y Dios dijo: “Y este árbol ni tocarlo”, y entonces se les prohibió tener niños, porque Nuestro Señor pensó: ‘Entonces esto se pondrá peligroso, porque empezarán a pelearse’. Y entonces Adán y Eva hubieron vivido el espacio, el ser uno divino, y hubo un niño y se echó a esos dos pobres del paraíso a puñetazos, junto a

un ángel con una túnica llameante. Bien.

(Varias personas en la sala):

—Con una espada.

—Y eso lo siguen creyendo millones de personas. Y entonces dicen: “Y así fue”.

(Señora en la sala):

—Y nadie estuvo allí.

(Risas).

—Miren, esta señora tiene algo de Eva del paraíso verdadero. Porque allí no había nadie más. Eso es, precisamente, señora. Pero ¿de dónde es que venimos nosotros? Y ¿de dónde han venido esos millones de Adanes y Evas en el mundo? Esa es la creación divina. Esa es la evolución. Ese es el proceso de reproducción. Y la Biblia dice: “Adán, tú entiendes más que Eva, el árbol de la vida ni tocarlo”. Bien.

(Señor en la sala):

—Pero ¿qué fue primero? ¿El huevo o la gallina?

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—A ver: ¿qué fue primero? ¿El huevo o la gallina?

—Llegaron a la vez.

(Señor en la sala):

—Bien, bien.

—Llegaron a la vez. Nunca hubo una gallina antes que el huevo, y nunca el huevo antes que la gallina. Adán fue lo primero, pero si miran bien en ese paraíso, Eva ya llevaba mucho tiempo espiando unas frutitas, ¿no?, ya tenía que haber estado ella. Sí, de lo contrario Dios no le habría podido dar esa conciencia, ¿verdad? Pero menudas majaderías.

Vivimos en el año 1951, 1952, y ¿qué supone un año? La creación tiene billones y billones de eras de antigüedad, señora, señor, y aun así la semana pasada sale ese catedrático en la radio: “Les doy las gracias, con sinceridad y cordialidad”. Pienso: ‘Pero, hombre, has estado contando unos cuentos a esa gente y ahora encima les quieres dar las gracias, con sinceridad y cordialidad. Por esos cuentos. Se refería al paraíso; le habían hecho una pregunta sobre el paraíso, que si realmente era así. Y sale ese profesor doctor con una sarta de tonterías en torno a eso. Y yo: “Ejem, ejem, ejem.”

(Risas).

Ay, ay, ay, ay, y eso que vivimos en 1952.

Si tengo muchas ganas de sondar si usted de verdad tiene sentimientos, señora, pues, nada: me pongo a hablar por los codos. A bastante gente ya la he echado de aquí con esa imagen, porque no me sirve de nada, de todas

formas no llegarán nunca. Esa gente aún no tiene que empezar con esto. Esas personas todavía tienen que quedarse en ese paraíso con ese taparrabos, con esa hojita en las espaldas.

(Risas).

Nacimos desnudos en el paraíso y dos semanas después ya nos habían colgado una camisa vieja. ¿Cómo es posible? Tuvimos que subirnos a los árboles, de lo contrario la vida era demasiado difícil. Ay, ay, ay, ay, en 1952 siguen hablando de un ángel que con una espada llameante... y Adán... Así es como se fueron. Basta con que vean Miguel Ángel, él los pintó así. Y esa pobre Eva, sí, mira por dónde, se fue embarazada, ¿a que sí? Y Dios la expulsó de Su lugar, de Su paraíso para la creación y el alumbramiento. ¡Qué pobreza! Ay, ay, ay. ¿Cómo dice usted?

(Una señora dice algo).

Y estuvo persiguiendo y pegando: ¡y darás a luz con dolor! Y fue Él mismo, es Él mismo, allí pegó a Adán y a Eva hasta en el infinito. Esas criaturillas fueron expulsadas del paraíso de forma dura y brutal. Bonita historia de la Biblia. ¿Y eso tenemos que seguir aceptándolo? Pues deberían oír ustedes el pastor, el protestantismo, los protestantes reformados, el catolicismo, y entonces ellos tienen que recurrir al Juicio Final y además a la condena, y tienes el infierno, arder eternamente, y que te vas al infierno, qué gusto; de allí no sales jamás, porque Dios es tan divino que lo único que hace es dejar a Sus hijos ardiendo allí. Peor aún... Entonces, ¿qué es lo paradisíaco, señora? Eso no es nada en comparación con lo que hubo después. Y Adán y Eva se habían olvidado, les estaba vedado tocar esas manzanitas ácidas. Bueno, a mí que dejen de tomarme el pelo, yo saco entre ellas aquella que está dulce, si hay una. Ese colorcito... ¿Van a seguir permitiendo que les tomen el pelo y que les digan que llevan una costilla de Eva y ella una de ustedes? Pues, estará por aquí.

Señoras y señores, ¿no tienen nada más? Si no me voy al Juicio Antiguo esta noche, al Juicio Final. Cuando llegamos al otro lado, los maestros dicen: “André, a ver, esa cuestión hazla trizas”. A ver, pulveriza ese Antiguo Testamento. Y de esa cosa paradisíaca de allá, de antes, de antes, vamos, conviértela en felicidad celestial”. ¿Verdad? Y eso hago yo ahora.

Aquella señora tiene miedo. ¿Qué tenía usted?

(Risas).

(Señora en la sala):

—Hablabas de división, una tarde lo vi con la hoja de una flor...

—¿Cómo dice usted?

(Señora en la sala):

—Hace un rato hablabas de división...

—Sí.

—... lo he visto con la hoja de una flor...

—Sí, también.

—... la hoja de una yedra...

—Sí.

—... con una aralia...

—Sí.

—... la hoja era igual que la de la yedra, pero tenía cinco puntas.

—Sí. La naturaleza entera es así. Tenemos el mundo de las flores. En la naturaleza, en la jungla está la plante, fíjense, señoras, esa planta, allí dicen “cactus”, y otras flores, y otras plantas, esa planta es en su núcleo de un amarillo rojizo y entonces llega aquí, y no va más allá, entonces lo que tenemos es la tercera evolución de la planta. Es cuando aparece otro colorcito, la planta es así y es asá, entonces sale la flor, la paternidad. Pues bien, en esa planta hay, sin embargo, paternidad, maternidad en cuanto a color. ¿Entienden? Y así es posible repasar la naturaleza entera, así se les abrirá la naturaleza entera si conocen los grados de vida cósmicos para el alumbramiento y la creación.

¿Ha quedado claro? ¿Más preguntas? Entonces ya no volvemos al paraíso.

(Señora en la sala):

—Sí.

—Sí, señora.

(Señora en la sala):

—El maestro Zelanus dijo durante una conferencia: “Al comienzo de la creación, la tierra era redonda...”

—Sí.

—... ¿ya era por entonces una sustancia sólida?”

—No, al comienzo de la creación la tierra era visible, porque esa bola astral ya se podía ver así en el espacio.

(Señora en la sala):

—Entonces todavía era una bola...

—Era una bola astral, a la que se había infundido alma de forma material, vida. O sea, esa vida, ese firmamento del universo que se desgarró, solo estaba orientada hacia la paternidad y maternidad, pero allí vivían millones de chispas más. ¿Y dónde podemos ver y vivir esos otros millones de chispas como seres humanos por los que surgió la tierra y otros? Pues bien, ¿qué es la tierra?

Cuando creamos y damos a luz, padres y madres, todavía conservamos un universo en nuestro interior. Y también llegan a desarrollarse si creamos y damos a luz. Así que esa criatura nuestra —ahora es humana— también se pone a crear y a dar a luz y nos da la evolución. De modo que para los planetas: la primera maternidad y paternidad irradiaban luz hacia ese espacio, y así es, por lo tanto, como se infundió alma a planetas y partes de esa

luz divina alrededor de aquella paternidad y maternidad. Por lo que esa vida astral —eso eran esas bolas, lo llaman bolas, pera eran partículas de Dios, ¿verdad?— ya empezó a irradiar, porque la luna empezó a densificarse. Y eso succionaba... De modo que el espacio entero, en tal y cual entorno, por todas partes —aquí vivían millones de células—, también células, un planeta no es más que una célula, absorbieron esa paternidad y maternidad. Y cuando nosotros estuvimos listos, o sea, la vida de la luna, fuimos siguiendo y estuvimos exactamente en armonía con la tierra, es cuando la tierra estuvo lista. Pero el ser humano como vida había adquirido ahora una personalidad. Así que esa alma que atraemos ahora —¿verdad?— también tiene una personalidad. Y entonces fuimos absorbiendo tanta aura, tanta aura vital de la tierra, que era materialmente semidespierta.

(Señora en la sala):

—¿Y ese es el color rojo?

—Sin duda, señora, porque, ¿por qué habla usted del color rojo para la tierra? ¿Qué es?

Es decir, era su irradiación espiritual, y lo verde solo salió a relucir después del endurecimiento y la materialización. ¿No le parece algo muy sencillo? Y entonces la tierra empezó a tener otra irradiación. Porque en el macrocosmos puede ver usted la irradiación de la tierra.

Y, señora, ¿cuántas irradiaciones puede ver usted, pues, como color de la tierra? Cuando está usted encima de la tierra, puede... Eso los maestros lo saben hacer, yo también lo he... le veía en cada viaje, volvía a mirar atrás, entonces ves la tierra como una elipse, la ves inclinada, igual que la luna, entonces ves la mitad oscura. Si te vas de madrugada, por la noche, ves la tierra, por encima de ella, la ves medio oscura, medio iluminada, casi nunca se despoja de ese oscurecimiento, apenas durante unas horas. Pues entonces pase un momento por encima del mundo, así ya podrá saber cuando aquí sea de noche. Y entonces debería contemplar el tiempo en la tierra, así podrá calcular exactamente desde el espacio cuánto tiempo se puede ver la tierra en su conjunto, son casi varios minutos, algunas horas, y vuelve a oscurecer. ¿Entiende? Y eso continúa, ¿verdad?, se blinda, y así es como nunca se ve la luna, casi nunca, como un cuerpo plenamente consciente, siempre hay oscuridad y luz. Pero eso, en cambio, es para las eras posteriores. Así que al comienzo había la criatura de la luna y el sol, y los demás planetas adquirieron fuerza y conciencia e irradiación a medida que la paternidad y maternidad adquirió conciencia para el espacio.

Y, señora, ¿la conciencia es para el espacio? ¿Señora Revallier? ¿Qué es la conciencia en este instante del espacio? ¿Cómo puede determinar usted la conciencia de este espacio en este instante?

(La gente habla a la vez).

¿Qué?

(Alguien dice):

—Irradiación.

—¿Cómo dice? ¿Qué dice la gente?

(Señor en la sala):

—El sol.

(Alguien dice):

—La luz.

—La luz del sol es la conciencia del espacio. Basta con que regresen millones de eras, entonces la tierra era tan roja como por la noche en el último segundo, cuando todavía hay unos instantes de luz sobre la sociedad y el mundo, bueno, para nosotros, un instante aún de irradiación débil como luz, cuando el sol se sumerge, por tanto, en el mar, allá, entonces el espacio todavía se refleja; y a mayor profundidad, mayor es la velocidad que adquiere la tierra, y comienza con la noche, con la rotación... entonces se pone el sol, pero es la tierra la que se encarga de eso. Señora, puede usted vivir todos los estados del comienzo de la creación. Puedo contarle exactamente cuándo el sol marca las doce, la una, las dos. Entonces puedo explicarle todas las eras de la creación por la luz solar, por el momento y la hora, por la luz del sol.

Ahora cada vez no regresamos más de millones de años, y cuando luego es de noche, señora, tenemos que regresar otros millones de años, porque esta noche es consciente. La noche para la tierra aún es consciente, porque la noche de la tierra tiene conciencia, es parto, parto consciente, ¿verdad? Si quiere vivir usted la oscuridad de antes de la creación... , señora, esa ni siquiera se puede vivir en las aguas, aunque descienda mil millas en ellas, seguirá teniendo luz en el agua.

¿Por qué, señor?

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Entonces el agua también es consciente.

—Todo es consciente. Todo tiene luz, vida, y todo tiene vida, y esta vida está materializada y espiritualizada. Así que ya no puede usted vivir en ninguna parte la noche propiamente dicha de antes de la creación. Tampoco ya puede vivir el silencio de antes de la creación, y aun así, si los eruditos descienden trescientos metros en las aguas, ya les entra miedo, solo por el silencio. El silencio ya no existe. Y eso, en cambio, ¿por qué es? ¿Cómo se puede constatar eso, en cambio? Si hubiera verdadero silencio, señoras y señores, tendríamos aún menos oído. Porque el oído del ser humano está sintonizado conforme a la fuerza y la conciencia de la vida alrededor nuestro. Oye usted, señor, conforme a la conciencia. Oye puramente según los sentimientos que posee el cuerpo en cuanto a conciencia. Porque el habitante de la jungla oye

de una manera diferente a la nuestra.

(Señor en la sala):

—Pero con agudeza.

—Sí. ¿Y por qué, señor? En realidad, ¿qué es el oído, señor?

Sentimiento. Nuestro oído, nuestro aparato del oído cósmico, señor, está fragmentado. Porque oímos por medio de nuestro sentimiento. Esas cositas que están allí, esas tapitas, y todas esas otras cosas, no significan nada. Pero el habitante de la jungla oye con una tremenda agudeza, porque él también... Sí que lo puede recuperar. Porque aquí tenemos marineros, tenemos marineros y tenemos gente animal, que dicen: “Bah, eso es aquel animal, ese animal tiene esto y lo otro”, porque ya conoce esa ley. “A ese lo persigue,” dicen, “un halcón, mira, allí está ya: ‘Oa, oa’”. El oído del ser humano conoce esa ley.

Pero los seres humanos nos hemos fragmentado en millones de sentimientos de cara a las creaciones divinas. Nos hemos desprendido de la creación. Albergamos conciencia social. Pero de nuestro instinto natural immaculado no queda ni rastro, en millones de cosas. Qué divertido, ¿no? Es más sencillo que nada. Sí.

¿Algo más, señora?

Sigamos los dos un poco más.

(Señora en la sala):

—Sí.

—Ya no tenemos mucho tiempo.

(Señora en la sala):

—Hace poco estuvimos hablando de Saturno y que ese anillo...

—Sí.

... entonces dijo usted: son las tres transiciones. Pero no me dirá que Saturno no tiene siete transiciones, ¿no?

—Y las tienen, señora, si usted a cada órbita de Saturno... Lo comenté con aquella señora allí, dice que en Leiden... ¿Era en Ámsterdam? ¿En Leiden?

(Señora en la sala):

—En Leiden.

—Dijo: “Por qué tiene Saturno ese anillo, así?”

“Es que no lo sabemos”.

—No lo saben. Alguien me lo pregunta. Digo: señor, a ver, mire qué maravilla. El planeta es convexo, pertinentemente redondo, igual que ese reloj de allí. Pero la órbita que describe la tierra de verdad que no es redonda, es una elipse, ¿verdad? Y entonces, mire, ahora el maestro dice, el maestro Alcar dijo: “¿Cómo se puede ver?”, me lo preguntó a mí cuando estábamos con la cosmología: “¿Por qué se puede ver, André, que la órbita que el planeta ha descrito en tal y cual era, está materializada, está...?”. Si provocas, por ejemplo, un fuerte viento y atraes la fuerza del cosmos... Es que desde luego es el

movimiento cósmico que atrae a las estrellas y los planetas, entonces puedes ver... En invierno se hiela nuestro hálito, ¿no?, se queda congelado, está densificado, no helado, sino densificado. O sea, aura humana, un empuje de un ser humano puede experimentar la densificación por medio de la materia.

La tierra se desgarrar porque los sentimientos de la tierra experimentan ese empuje. Una bola por fuera, esa de las arrugas, es una dilatación interior que estalla por fuera. Saturno, al comienzo de tal y cual estado, ha... entonces entró en tal y cual línea, entre la luna, el sol y las estrellas, y en tal y cual grado... Para el cosmos también tenemos norte, sur, este y oeste. Pero ahora ya no es ningún norte ni es ningún sur ni es ningún este ni es ningún oeste.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—¿Qué es ahora, señor, para el cosmos?

(Nadie dice nada).

El ser humano dice en la tierra —primero les aclararé esto— que ese círculo, esa órbita alrededor de Saturno es por tanto la que el planeta ha llegado a tener de ese modo, girando alrededor del sol, de sí mismo. Así que esa órbita de Saturno se ha endurecido en mí... Ahora tenemos que regresar, millones de años: entonces el sol, Marte y todos esos otros planetas, Saturno, Urano, Júpiter y todos esos órganos vivían en un estado de construcción.

Y ese fue el primer instante en que la leche fue endureciéndose. Y cuando... Por ejemplo... ¿quiere saberlo, señora? Pues vaya a buscar alguna vez leche y a batirla —pero entonces hay que volver todavía hasta el interior de la vaca—, pero ahora póngase a batirla, entonces verá cómo se va densificando poco a poco. Y por medio de ese empuje que usted aplica —la fuerza está allí, ¿verdad?— empiezas a densificarla. ¿Qué es eso? Eso es empuje y esta la conduce a las fuerzas centrífugas. Sí, sí, la conduce al este y el oeste, al sur, al norte, al espacio; pero para el espacio no existe sur, norte, oeste, señor. Y hay que ver cómo nos ponemos aquí por el sur, norte y oeste.

Hablan de Egipto, de: la estrella polar estaba encima de Egipto. Señor, ¿qué es una estrella polar? El ser humano, los eruditos, deje por una vez que venga el astrónomo, señor, ¿qué es esa estrella polar? Eso lo llama usted estrella polar, lo llama la Osa Mayor, señor. No, señor: parto, creación, vida, muerte, eso es lo que ha hecho la estrella polar. Lo que ha densificado la vida y muerte propias son un planeta, una estrella, que no representa norte ni sur, señor, sino parto y creación, maternidad, paternidad, renacer. Y así es como dijeron allí: esa estrella está allí y allí y se llama “estrella polar”. Esa estrella polar... señor, en el espacio no existe ni norte ni oeste ni este ni sur, en el espacio solo se puede vivir paternidad y maternidad y nada más. Y lo que hay entonces son los grados de la paternidad y maternidad, las leyes de dilatación, o sea, ese planeta de allá, está justamente fuera de la paternidad y maternidad, y adquiere conciencia semidespierta, y eso, pues, aquí lo llaman... en el

ser humano lo llaman homosexualidad. Así que fue edificada por la fuerza que irradia, al margen del organismo; debido a que allí todavía no había aura ni plasma vital tuvo que densificarse a sí mismo.

Y así uno puede ponerse a analizar una por una esos millones de estrellas que están allí tan juntas unas de otras. Pero entonces se borran del mapa el sur, norte, este y oeste.

(Un señor en la sala dice algo).

Del mapa.

Y entonces se llega a la cosmología. Porque eso, a su vez, lo descubrió el ser humano: Osa Mayor y Piet Hein, y todos los nombres que les ponen. Todos han adquirido nombres humanos, pero tienen otras leyes, y son de Dios mismo.

Señoras y señores, ¿se me ha concedido ofrecerles algo esta noche?

(Gente en la sala):

—Sí.

—¿De verdad?

Entonces me despido. Hasta la semana que viene.

Gracias por su atención.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 24 de abril de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

—Para empezar tengo un mensaje para ustedes de la señora Veenkamp. Siempre estaba allí. Cuarenta y ocho años. Ha recibido las alitas espirituales.

(Gente en la sala):

—Vaya.

—Una perforación de estómago y una peritonitis: operación exitosa y adiós paciente. Pero ahora está “volando”. Me pidió que los saludara a todos. Dice: “Mejor envía algunos más”.

Pero entonces en cualquier caso ella...

(Alguien dice algo).

¿Qué? ¿Qué dijo, señora?

¿Qué dice?

(Señora en la sala):

—Le ha tocado.

—Le ha tocado, sí; el preludio de Chopin. Un hermosos vuelo, con alitas espirituales.

Esta noche no tengo más que una sola nota aquí, señoras y señores. Espero que preparen sus preguntas, así podremos... No tengo más que una sola nota, a ver si esta noche intentan dejarme en jaque mate. Pero entonces tienen que preguntar todos, lo más rápidamente posible, preguntar; y entonces intentaré transmitir las lo más rápidamente posible, una tras otra. Y entonces podrán volar. Espero que esas preguntas vuelen por todo el universo. Que vuelen, ¿verdad? Pero eso es cosa de ustedes.

Aquí tengo: “El abajo firmante, J. J. Grouw...”.

¿De quién es esta nota?

(Señor en la sala):

—Mía.

—Señor, no es una nota muy agradable. “... tiene un terrible miedo, neurosis, por la muerte”.

¿Ha leído nuestros libros?

(Señor en la sala):

—No, señor.

—Señor, tengo veinte para usted que le despojan de la muerte. Si quiere quitarse de encima esa neurosis, empiece a leer ahora mismo ‘Una mirada en el más allá’. Incluso sería mejor que se pusiera con ‘Jeus de madre Crisje’,

si es que todavía están, porque allí... Tenía yo once años cuando falleció mi padre —y yo siempre veía detrás del ataúd— y cuando lo enterraron andaba conmigo detrás de su propio cadáver. Así quedará usted curado de una vez, se habrá librado de una vez de La Parca.

Le costará diez centavos, señor, allí (en el descanso era posible tomar prestados libros de la biblioteca de la asociación), y se habrá librado de La Parca. No es demasiado caro, ¿no le parece? Y La Parca perderá infaliblemente su corona si lee eso. Rápido, llévese un par de libros, señor, así se librará de esa neurosis.

Pero ha habido más personas: “Tengo miedo, miedo, miedo”. Y por mucho que uno les dé cien mil libros, señor, ni con eso sirve. Eso también es un estado, es más profundo. Eso no es cualquier cosa de la conciencia diurna: “Tengo miedo a la muerte”. Suele haber algo por lo que se le masacró al ser humano de manera horrible en un estado anterior, en una vida anterior, y de ese modo el miedo por la muerte... Y entonces usted lee eso... lee eso y el miedo no desaparece.

Por ejemplo, tenemos aquí a personas que no se atreven a ir por la calle; alguna vez fueron atropelladas, infaliblemente, o lo que sea.

Aquí tenemos alguien entre nosotros incapaz de estar solo en una casa pequeña, en un espacio cerrado, entonces le entra miedo y está a punto de estallar. Esa alma —miré en esa vida y lo vi— se ha quemado viva. Se vuelve con ese miedo, con ese suceso se vuelve. Ni los médicos ni mil otras cosas pueden ayudar a esa personalidad, o hay que volver a meterla en ese espacio pequeño, y entonces no ocurre nada; solo entonces desaparecerá. ¡Imposible de eludir!

Así que está bien que se ponga a leer, pero que si le servirá de algo... En cualquier caso, sin embargo, su visión será muy diferente.

¿Y tiene usted una enfermedad incurable?

(Señor en la sala):

—Así es.

—Señor, cuando luego se muera, mejor anhele la muerte, es mejor desearla, deje que venga: no va a morir, allá continuará, llegará a tener “alas”, y allí vivirá conscientemente. Quizá vuelva usted a la tierra, llegará a tener una nueva vida: es la reencarnación, si es capaz de aceptarlo.

(Señor en la sala):

—Sí, ya lo sé.

—¿Ya lo sabe?

(Señor en la sala):

—Sí...

—Bueno, señor, entonces seguro que estará familiarizado con La Parca. Si conoce y acepta la reencarnación, entonces no hay una muerte, ¿no?

Y aun así, ese miedo existe, ¿no?

(Señor en la sala):

—Sí, sí.

—Pues debería usted echar una partida de cartas con ella. Tiene que jugar a las damas con ella. Pero ojo, que no le gana nunca. Y cuanto más la pueda engañar, señor... métase en la manga un montón de cartas, un montón de corazones, un montón de tréboles extra, así la muerte siempre perderá. Pero, oiga, no es la muerte, es una madre.

Hace poco recibí una pintura, un platillo, un platillo de porcelana; si lo ve ahora, dirá usted: “Pues bien, es La Parca, es la muerte”. Y entonces ve allí una figura poderosa, una figura espiritual como una madre. Está planeando. Mira usted del todo a través de ella de tan etérea que es la pintura. Y allí hay un viejo, sentado allá, y entonces esa madre señala con su vara —la vara es una ley, la evolución es una vara, es una ley— y señala ese libro de la vida y dice: “Hoy ha llegado su hora”. Pero allí hay una manzana en el suelo y hay vida y una flor —así que él atraviesa la vida— y al lado hay una chica, así que su reencarnación es la de una chica. Eso se llama ‘Maternidad’. En un platillo de esos. Increíblemente bello.

Oigan, señoras y señores, que tengo una idea para la nueva temporada, esos platos nuevos... Hay algunos de los que no quiero deshacerme ni por todo el oro del mundo, porque se han pintado sin lugar a dudas para la ‘Cosmología’. Así que si luego llega un rico de esos, tenemos que poder hacer de eso un libro. ¿Cierto o no, señora? Por ejemplo, una serie de esos... ya les han hecho fotos, pero en blanco y negro, no son tan caras. Porque cuando uno está rodeado de todos ellos, pues, tienen una irradiación, una fuerza...; unos siete u ocho. Si en la nueva temporada todavía nos queda aliento, intentaré... (inaudible).

“Así que”, dice el señor, “puede pasar todos los días: ‘Me siento fatal, mal’”. Cualquiera lo diría, ¿verdad, señor? “Y además ese miedo a la muerte”.

Sí, señor, ¿qué puedo darle ahora por eso? Veinte libros que le quitan el miedo de encima. Pero puede que después de la lectura siga andando con ese miedo. Y entonces será una parte de su subconsciente. Mire, miedo a la muerte por ignorancia, eso es lo que vive en la conciencia diurna.

Un protestante y un ser humano que no sabe nada de estas cosas: para esas personas la muerte sigue siendo muerte. Es lo que pasa con los muy creyentes, con los conocedores de la Biblia: “Sí, continuamos. Lo dice la Biblia”, si uno es capaz de sacarlo. Pero el ser humano que en la vida ignora por completo las leyes de la vida y la muerte, para esa persona la muerte en la conciencia diurna también es miedo.

Pues bien, siento curiosidad, señor, si se le irá ese miedo cuando se ponga a leer. El señor Hartman ya le podrá dar los libros, allí. Aquí los puede conseguir. El domingo, si viene a Diligencia, también los puede comprar. Eso

sería mejor, claro.

(La gente en la sala expresa su aprobación).

Entonces las cosas mejorarán, señor. Sí, señor, aquí no mentimos. Sí que me gustaría venderle unos libros. Somos auténticos mercachifles, señor, seamos honestos. Sí, hay que ser honestos.

Pero, bueno, si se pone a leer ahora, espero que desaparezca ese miedo a la muerte.

Aquí la gente ya no tiene miedo a la muerte. La muerte es evolución, continuar de forma consciente en el mundo astral. Si lee ‘Una mirada en el más allá’, ‘El ciclo del alma’, ‘Entre la vida y la muerte’, allá, entonces tendrá... Una cosa lleva a la otra, señor. Cuando haya terminado esos veinte libros, espero que esa muerte haya desaparecido, desde luego. Y aunque tenga usted ese miedo como una ley psicológica en usted... Es decir, lo que expliqué hace unos momentos, esto es lo que hay: en una vida anterior un habitante de la jungla hizo sopa con usted, como si dijéramos. Eso puede retrotraerse, señor, hasta en la jungla, porque un ser humano que llegue allí a la jungla y al que le agarre una horda de esas y se lo zampan el domingo por la mañana que da gusto, eso sin duda lo deja a uno impactado. Y una muerte corriente y moliente, así, sin más, en la calle, no penetra de ese modo hasta la vida espiritual, como si a uno lo quemaran vivo, o algo así. Y eso de verdad que no son cuentos.

En ese época, entre 1930 y 1940, tuve a varias personas, entonces me dedicaba a curar, y esa gente arrastraba los mismos sentimientos. Me dice una: “Sí, lo sé todo”, también había leído, se dedicaba a la teosofía, vino a verme para los libros, “todavía no me lo he quitado de encima, señor”. Y ese miedo permanecía.

Yo digo: “Mejor sintonice con eso, ahora vive en la sociedad”.

Y entonces mi maestro dijo: “Allí tienes un caso de esos, alguien al que se comieron las hormigas”. Que conscientemente...

Mire, si les ocurre un accidente aquí en una jungla, o algo así, lo atacarán a usted, se quedará impactado por el momento. Pero también hay gente... ¿Cuántas torturas diferentes no vive el ser humano y a cuántas no someten a la gente, al ser humano, antes de que este muera de verdad? Y esa tortura, ese miedo que se ha vivido... Los embadurnan con almíbar y dejan que las hormigas se coman al ser humano. Los embadurnan con pez y les prenden fuego. Son cosas que se van al subconsciente. Y de eso es que uno no se desprende.

¿Siente usted la poderosa diferencia de un miedo por la muerte en la conciencia diurna, del ser humano que desconoce las leyes, frente al miedo que tiene que ver puramente con la reencarnación, con sus vidas anteriores? Son poderosos problemas. Es posible constatar a partir del ser humano —a

condición de que uno entienda una pizca de eso— si se trata de verdad de reencarnación. De eso... siento mucha curiosidad si... De eso tiene que ser capaz de disfrutar usted mismo si conoce esas leyes.

¿Sabe algo de la reencarnación?

(Señor en la sala):

—Ah, sí.

—Si aceptan sin dudar la reencarnación, la muerte tendrá que haber desaparecido, y ese miedo también tendrá que disolverse. Y el que esté realmente enfermo o no, señor... Nosotros estamos contentos de poder irnos. No por quienes se queden atrás, eso, claro, no es ninguna gracia, de eso no nos reímos. Pero sabemos, ¿verdad?, que luego estaremos ante el ataúd, y nos vamos, unos antes que otros, pero nos volveremos a ver; continuamos, viviremos en un mundo consciente, es el mundo astral espiritual. Para nosotros ya no hay muerte. A La Parca con sus perlititas la hemos cosido en las solapas. Yo al menos vendí una vez cuatro mil en la calle Spuistraat. Si viera mi Parca, señor, es más pobre que las ratas, es andrajosa. Pero para el mundo esa Parca, esa muerte, sigue siendo más rica que no sé qué, una reina con un cetro. Yo me río de ella en plena cara. Y si tiene cuentos, le lanzo: pfft. Digo: “Anda, tú, largo de aquí”. ¿Entiende? De eso siempre hablamos aquí.

Señoras y señores, he terminado, ya no tengo nada.

¿Nos vamos a patinar sobre el hielo, señor?

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

Allí empieza: ¿usted?

(Señor en la sala):

—Las transiciones para el mundo animal..., ¿cómo... cómo tienen lugar?

—Señor, se producen según las leyes de la madre naturaleza, las que ella controla: a tiempo. Pero imagínese ahora lo siguiente: hace poco estuvimos hablando del mundo espiritual para los animales —esa pregunta se ha hecho pocas veces— y entonces surge una noche muy hermosa.

¿Dónde vive el mundo astral para la gallina, y el perro, y el pez? Piense un poco sobre eso. Así que comience preguntando: ¿Dónde...?

¿Cómo dijo?

(Señor en la sala):

—... el mundo astral para la gallina...

—Primero tome su primera pregunta.

(Señor en la sala):

—¿Cómo tienen lugar las transiciones para el animal?

—De forma normal. Claro, pueden llegar a tener un accidente, igual que el ser humano, pero eso no significa nada para el mundo animal.

(Un señor en la sala dice algo).

En el fondo ya no significa apenas nada para el ser humano, pero para el

reino animal nada de nada. Un accidente en la calle no significa nada para el ser humano ni para su vida entera en la sociedad, señor. ¿Lo sabía? ¿Por qué?

(Señor en la sala):

—Por la conciencia más profunda del ser humano respecto al animal.

—No, señor, no se entera de nada. Debido a que la vida terrenal no significa nada, señor, solo el amor y la paternidad y maternidad. Todo lo que usted ya es... Hace poco dije: “Aunque sea usted alcalde de La Haya, y almirante, señor, ¿qué más da eso si no tiene sentimientos para cuando esté allá? Todo eso es terrenal, se queda atrás”.

Mi maestro, Van Dyck, dijo: “¿Qué soy como pintor? ¿Y qué más da? He creado asesinos y ladrones en la tierra, porque si pueden robar mi arte, lo harán”. Dice: “Si convengo a un solo ser humano de las leyes divinas, habré alcanzado más que en mi vida como artista”.

Todo se queda atrás. Así que para el reino animal es exactamente lo mismo. Todavía somos humanos y comenzamos con el nacimiento, y nos hacemos abogados y generales y médicos y todas esas cosas, pero todo eso es terrenal y lo seguirá siendo, y en la tierra se queda, en el otro lado ya no podrán hacer ustedes nada, nada. Porque ¿qué tienen que hacer allí? Allí ya no hacen falta los médicos, ni los artistas de las matemáticas, ni artistas, ni música, ustedes mismos tocarán interiormente el primer violín, y el decimosexto.

¿Ha quedado claro?

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—¿Qué deseaba?

(Señor en la sala):

—Tengo que regresar un instante a esa primera conversación. Se habló de que ese miedo surgió porque el alma había vivido algo en la vida anterior.

—El alma no, señor. El alma no. El alma jamás vive nada. El alma a usted solo lo despierta. El alma no sufre ninguna muerte, la sufre la personalidad espiritual. El alma, sin embargo, como núcleo divino, lo reconduce al Omnigrado. Pero el alma nunca vive ninguna desgracia, eso solo lo hacen sus sentimientos de la conciencia diurna. ¿No es eso real?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Bien. Y ahora ¿qué?

(Señor en la sala):

—Pero ahora la cuestión sigue siendo: ¿qué leyes juegan entonces un papel para que justamente ese miedo tenga que manifieste en esta vida?

Debido a que ese ser humano fue a parar allí al puchero de los caníbales y a que han vivido allí, allí y allí una muerte terrible, que ya no pueden quitarse de encima a no ser que pueden experimentar la imagen opuesta. Y entonces también van a parar al puchero y dicen: “Ah, no ocurre. Mejor vete como

una flecha a casa, aquí tienes un bollo de pan y le dices a tu madre que no te hemos hecho nada”. Entonces eso ya no estará.

Pero ese impacto; es un impacto, señor, es una reacción formidable, no es moco de pavo cuando te desuellan allí, te desuellen y al puchero. Porque no tenga la menor duda de que todos fuimos caníbales. Allí quizá pusimos a secar como bacalao sabroso a dos mil o tres mil de esos negritos (cuando se celebraron estas noches informativas, de 1949 a 1952, la palabra “negrito” era una denominación habitual para alguien de piel oscura) y sus hermanos y hermanas, al aire libre.

Sí, señora, no hay ningún motivo para que se asuste por eso. ¿Cómo es esa vida allí? Váyase un rato a la jungla, señor, entonces volverá a terminar en el puchero. Y el hombre que hace eso algún día se verá ante ese hecho. Recibe usted el impacto, llega a vivir la reacción interior, como blanco, u occidental u oriental, da igual. Pero ese hombre tiene que enmendar ese canibalismo, ¿no? Usted, sin embargo, es quien lo ha vivido. Y eso no es una muerte normal, señor, solo ha sido un tortura profunda, grande, y se lo lleva con usted. No se librará de ello, a no ser que lo... Eso tiene que disolverse, poco a poco, por miles y miles de muertes, de nuevo. Fíjese por ejemplo en un... Vive usted un impacto interior, da igual por qué; eso la ocupará durante años.

Jamás me olvidaré... Dicen: “Eso lo puedes anular sin más”. Pero un ser humano alguna vez puede estar enfadado consigo mismo. Corría el año 1936, iba a ir a Viena, el padre de mi mujer había fallecido, digo: “Mejor adelántate tú”. Y sigo ocupado, era 1938, todavía estaba trabajando en ‘El origen del universo’. Y yo viviendo en el espacio, tan a gusto. Hago las maletas, me voy a la estación, me subo al tren, me voy a Utrecht. Y estaba mirando el tren, qué placer, qué placer, le digo a ese hombre: “¿Por dónde llegará el tren?”.

Me dijo: “Por allí”.

Bien, le hago caso. Ese hombre lo sabrá, ¿no?, uno de esos que trabajan en la estación. Digo: “¿Señor, está seguro?”.

“Sí, señor”.

Entonces me dejé llevar. No debería haberlo hecho nunca, yo mismo tengo que mirar. A mí también me dieron una paliza que ni les cuento. El tren entra por la izquierda, veo la Liftinck: madre mía, qué fuerza, ¿verdad? Y yo sentado encima de la maleta, tan a gusto, mirando al tren, digo: “Cielos, menudo trabajo que es eso, ¿verdad?”. Puf, puf, estaba resoplando, resoplando, resoplando. Y que empieza a sonar el silbato y miro: “Dios mío, ¡mi tren!”. Y yo que todavía quería subirme con la maleta, pero me agarraron. Estaba como un diablo. Pienso: ‘Eso me pasa una vez y nunca más’.

Señor, durante dos años, de vez en cuando volvía a encontrarme en ese andén y de nuevo que se me pasa el tren y que no me subo nunca. Pienso: ‘Vaya’. Lo único es, señor, que... Eso lo soñaba una y otra vez. Reaccionaba

con vehemencia, porque el maestro Alcar dice: “Es que ahora también estás ... no importa, porque ahora también estás con los pies en el suelo, porque te habrías ido a Viena y no te habría servido de nada”. Y así es. A él es como si dijéramos que le parecía bien, desprenderme del universo, tenía que suceder con un impacto, y yo estaba allí. Pero de vez en cuando: trenes, trenes, trenes; que se me iba delante de las narices. Pienso: ‘Ay, mi madre, en un rato me voy a Utrecht y voy a volver a hacerlo otra vez’.

Pero dos años después lo volví a hacer. Y, claro, me dieron una paliza, porque había estado atontado. Digo a mi mujer: “¿Ah, sí?”.

Y dice...

“Pues ahora tú pregunta de dónde viene ese tren”. Pienso: ‘Ya no lo volveré a preguntar, yo mismo estaré al loro’.

Y dice ese hombre: “Allí, señora”.

No, ahora venía justo aquí.

Digo: “Bien”.

Entra un tren, tuve que meterla con fuerza por la derecha. Y dice ella: “Aquí viene”.

Digo: “No, está allá. Tenemos que subirnos a ese”.

Y es que nos habían vuelto a tomar el pelo. Digo. “Y a ti también casi te agarran”.

Y solo entonces, señor... Imagínense, un tren de esos muertos. Un tren de esos, muertos, en el fondo está muerto, un trozo de acero. No haces más que ponerte en camino. Señor, esto me ocupó durante dos años, porque eso no me lo... Ya podía darme de golpes en la cabeza por haber estado tan atontado. Pero ya estaba en los planetas, estaba hablando con la luna y estaba entre Júpiter y entonces tuve que irme en tren. No me habría servido de nada, porque no estaba en ese tren, estaba en el espacio. El maestro Alcar dice: “Ahora a disfrutar”. Y eso es lo que hice. Solo que llegué cuatro días más tarde; durante el camino volví a bajarme, otro que perdí. “Ay, ay, ay, otra vez con las suyas”.

Digo: “No estoy haciendo nada, ese tren no tenía tiempo y yo estaba mirando”. Así que todavía seguía soñando. Pero ya solo ese impacto y seguía viviendo.

Ahora, sin embargo, nos morimos y nos torturan, señor. Nos pegan, ¿no? No, pero no es cualquier cosa que te coman allí las hormigas. O que estés por allí... Mencionemos esas terribles matanzas, las maneras en que uno puede masacrar a un ser humano. Un martirio, señor, como antes, y no se creerá que puede olvidar eso así como así, ¿no? Señor, para eso hacen falta quinientas vidas, para que se disuelva; es tan profundo, algo así abre un boquete en su alma. ¿Que le abre un boquete en su alma? No, abre un boquete en su vida. Eso impacta, señor. Es incomprensible, es increíble. Y por eso ya tengo

ganas de ver si se le disuelve a ese señor por medio de la lectura.

Y, claro, bien se puede decir entonces: “Sí, lo sé, lo sé, lo sé, lo sé”. Y da igual que diga: “Señor, señora, aquí no hay miedo y aquí no hay nada que arda”. Sí, pero esa puerta hay que abrirla, esa puerta hay que abrirla; se ponen a gritar, señor. Los psicólogos no lo saben. Es más sencillo que nada: hay un boquete en esa vida, y eso ya ocurrió una vez. Pero esto es la imagen pura, que el ser humano no quiere estar blindado; es imprescindible que haya una apertura. Y en eso se les ha quemado vivos, entonces ha pasado algo. Quién sabe lo que ha pasado. Pero algo terrible; que se lo digo yo. Después de veinte vidas, señor, todavía llega de forma consciente, ese miedo vuelve a cada vida. Y no hay manera de convertir ese miedo. Hay que volver a vivirlo, uno tiene que volver a estar en un estado así.

Y cuando me fui a Utrecht por segunda vez, estaba bien metido, muy a gusto; adiós, adiós sueño. Ya nunca más lo molestará. Esas cosas las puede ver, si cometemos errores, cómo nos persigue. Esto no es más que un tren común y corriente. Y aquí es esto y allá es lo otro, cada ser humano tiene sus propios problemas. ¿Y eso al ser humano le hace arrullar? No, le hace sufrir, mientras duerme. Durante el sueño no somos inconscientes, esos sentimientos en la profundidad continúan, y precisamente, van emergiendo, es con lo que sueña la gente.

(Señora en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Sí, señora.

(Señora en la sala):

—Pero ¿eso cuándo se disuelve?

—Pues, señora, yo...

(Señora en la sala):

—¿Tiene que trabajar una misma en eso o...?

—Siento curiosidad si ese miedo se le habrá ido al señor después de haber leído veinte libros. Y para otros es esto.

Señora, las señoras o las personas que lo tienen: aquí ese espacio minúsculo, que está cerrado, y a gritar y a pegar voces: algo ocurre... Señora, hay que volver a meter a esa mujer, o a ese hombre, en ese cuartito y entonces todo estallarà en mil pedazos, pero ahora no pasará nada, entonces ya no lo tendrán. Y entonces aún es posible que esa otra vida, si hubiera sido un solo gramo más fuerte, todavía emerja. Y eso tampoco significa nada. Un gramo de los cincuenta kilos de peso, eso dice aún más sobre el accidente; es a lo que se ha aferrado. Y eso es una vida y es un estado y es el pensamiento y es el sentimiento; esa personalidad entera no tiene nada que contar, señora, solo por esa única cosa. A esas personas se las puede analizar infaliblemente. ¿Y cómo se disuelve eso? Ni en diez o veinte vidas se lo habrá quitado usted de encima.

¿Pues?

(Nadie dice nada).

¿Quién de ustedes?

(Señora en la sala):

—¿Cuál es la diferencia entre alma y espíritu?

—¿Todavía no lo sabe? Entonces tiene que bajar dos categorías.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

Tiene que saberlo, ¿no le parece, señor?

(Señor en la sala):

—Sí, yo diría: el alma es el núcleo del espíritu.

—No, señor, hace poco ella volvió a hacer una pregunta y entonces se le contestó, pero se ha vuelto a olvidar. Yo no me he olvidado todavía.

Señora, el alma es Dios y el espíritu es usted misma. ¿No lo sabía?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Ya me parecía.

¿Quién de ustedes?

(Señora en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Sí, señora.

(Señora en la sala):

—Por usted sé, por todos esos libros que he leído, que volvemos, o que llegaremos a la luminosidad... al cielo, como si dijéramos, pero aun así no me he librado de ese miedo de justo antes de morir.

—¿Todavía no se ha librado de él?

(Señora en la sala):

—Todavía no.

—¿Ya lo sabe? ¿Ahora ya?

(Señora en la sala):

—No, lo sigo teniendo.

—¿Así que ahora también ya tiene miedo de que se muera?

(Señora en la sala):

—No, no miedo de morir, sino del momento de justo antes de morir...

—Claro, claro, quizá usted también haya vivido algo.

Hermana, podríamos intentarlo esta noche: meterla media hora bajo tierra, así lo sabrá de una vez por todas. Sí, así lo sabrá de una vez por todas.

(Señora en la sala):

—Es que presencio tantos lechos de muerte y no me libro de él.

—En el Antiguo Egipto... aquí no puedes venir con esas cosas, pero allí hemos sanado gente. Y ahora me dirá usted: “¿Es que estuvo allí?”. Sí, soy un egipcio de antes. Quien acaba de venir aquí dice: “Vaya, qué fanfarrón este”.

Y cuando uno oye eso no me cuesta demasiado imaginar que la gente piense: ‘Madre mía, esa gente en la calle De Ruijterstraat son unos majaderos. Dicen que son egipcios de antes y que han estado allí y allí...’.

Pero es allí donde hemos podido sanar a gente, y es aquí... en Oriente también hay esas escuelas, donde uno de esos yoguis, ¿no?, te mete en la tierra sin pestañear y te deja allí un rato, pero entonces uno se queda sometido a su concentración, a la voluntad de él. Un faquir, un mago no son capaces. Un yoguí, un iniciado, es capaz de sanarlo, y sana sus miedos y temblores. Y también es posible sanarlo por medio de la hipnosis, pero entonces uno anda sometido a la fuerza y voluntad de otra persona, durante toda su vida. Pero es posible sanarlo, aunque entonces tienen que pasar bastantes cosas para librarse de ello. Y si entonces sigue teniéndolo, es seguro del todo —porque ha leído usted todos los libros, ha asistido usted a todas las conferencias— que tiene que haber algo en usted que piense: sí, allí ocurrió, o: ocurrió aquí.

¿Cuántos de nosotros no hemos vivido un ahorcamiento que daba gloria?

Sí, se ríe usted, señora.

Pero si en tal y cual época en París... Me vino a ver alguien, el hombre está enfermo y resulta que alrededor de la garganta... Tenía cuarenta y dos años, era un intelectual de La Haya, era el año 1937, me acuerdo, dice: “Señor, es como si entre las tres y cuatro, a la hora de mi primer sueño”, ¿ven?, algo significa, “es como si me estrangularan. Y entonces me ahogo casi y me despierto”.

El maestro Alcar tiene que hacer un diagnóstico y desciende en esa vida, pero a ese hombre lo habían estrangulado, estrangulado. Otro caso. Digo: “Señor, no voy a conseguir quitárselo”. Entonces no puedes hacer nada. Es el ser humano quien lo tiene que superar.

Un ser humano, una señora, me dice: “Con que solo oiga la palabra ‘tumba’...”. Miedo no a la muerte, sino a la tumba. Y dice: “Con que solo me acerque a un cementerio, ya oigo gritos y gritos y gritos”, y dice, “entonces me quedo paralizada. Es como se me viera hipnotizada. Señor, ¿puede quitarme eso?”.

A esa señora la habían enterrado viva. Nada que hacer. Ante eso no podemos hacer nada. Alberga a centenares de personas con fenómenos mentales, primero fue recorriendo todos los psicólogos aquí en La Haya, en todas partes...

Alguien había deambulado por todo el mundo. “Me ha costado miles y miles de florines”, dice, “y todavía no me lo he quitado de encima”.

Ese hombre, por ejemplo, que inconscientemente, allí, en Indonesia — pueden leerlo en ‘Dones espirituales’—, no era consciente..., lo hicieron casarse, lo unieron a una mujer; si están esas fuerzas, espiritualmente, ¿qué reacciones no podrá vivir entonces el ser humano por ahorcamiento?”. Y si

lo hace uno mismo no es tan terrible que si lo estrangulan, porque si uno mismo quiere estrangularse no existe ese miedo.

¿Sienten esta poderosa diferencia?

Pero siempre es..., cuando otra persona nos estrangula, cuando sufrimos una tortura a manos de terceros, no es tan horrible que cuando uno mismo se decida a hacerlo.

(Alguien dice algo).

¿Cómo dice, señora?

(Señora en la sala):

—Dijo usted: ‘No es tan horrible’, pero sí es horrible si lo hace otra persona.

—Si lo hace uno mismo, señora, tiene que escuchar bien, entonces no es tan horrible. Pero si lo hace otra persona, señora... porque entonces no hay voluntad en usted. La voluntad de usted de hacerlo mata el miedo, porque la personalidad está ahorcándose a conciencia, tan a gusto, quitándose de en medio que es una gloria. El ser humano al que gasean y al que torturan, o sea, que no quiere morir de ninguna manera... Debería someter eso a un psicólogo, señor, estos dos problemas. ¿Es consciente mi miedo, señor? ¿Acaso me habré suicidado yo mismo, o me habré matado de alguna otra manera? ¿Me habré ahorcado, habré saltado por la borda o me habré dejado comer por las hormigas, o lo que sea, porque tenía ganas de experimentar cosas? ¿O es algo impuesto, señor? Lo impuesto, es decir: el ser humano que nos estrangula, en contra de mi voluntad: entonces se convierte en miedo. Si lo hago yo mismo, no hay miedo. Es algo muy diferente, ¿entiende? Y entonces surgen esos problemas.

Pero, hermana, en el bosque de Scheveningen hay hermosos lugares, intentémoslo, métase, sin problema, tenemos aquí enterradores de sobra. Yo ya rezaré por usted. Cantaré: “Aleluya, y ahora se va”. ¿Quiere que sea un domingo por la mañana o un sábado por la tarde?

¿Tenía algo más, señora? Inténtelo allá.

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, ¿puede ser, dudar de una misma?

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Dudar de una misma...

—Sí.

—... aunque hayas leído todos los libros de usted...

—Sí.

—... entonces sabes que la gente que ha sido buena alcanzarán las esferas más elevadas. Pero ¿no es posible decir de una misma: “Alcanzaré la esfera de luz”, porque una sea consciente de los errores propios? ¿No?

—Entonces tampoco lo conseguirá. Es muy sencillo.

Con que aquí..., si lanzo golpes, patadas, miento y engaño, y me pongo como un energúmeno y odio, envidia —¿qué es la envidia?— no es para tanto, pero los pensamientos verdaderamente demoledores, y eso lo puede leer usted y no tenemos amor, pues, no, entonces no encontrará un lugar en ese mundo; es un mundo de armonía. Pero allí ya no hará falta que dude de lo que pone en los libros. Si eso no puede decirle nada... Tome entre las manos un solo libro, que es: ‘Jeus de madre Crisje’. Las primeras pruebas que han aparecido cuando allí jugaba con globos, eso no le sirve de nada. Pero cuando más tarde aparecí ante el Gólgota, tampoco; entonces dirá usted: “Claro, eso pueden haber sido imaginaciones”. Pero esos dieciséis florines en el bosque, cuando tenía cinco años, a los que me condujo un cordoncito en la colina Hunzeleberg, eso no son ficciones y dudas, es la realidad, y con eso en el fondo debería ser posible convencer a todo el mundo. Porque desde el espacio apareció un cordón, y ese cordón lo vi, y salió de nuestro jardín dando saltitos, avanzó por la calle Grintweg, se adentró en el bosque y allí encontré —mientras dormía, estaba en trance, me había desdoblado corporalmente—, como niño espiritual, tantos florines y centavos.

¿Ha leído usted ‘Jeus de madre Crisje’?

(Señora en la sala):

—Sí, no digo que dude de sus libros, sino que dudo de mis propias cualidades. Es que dudo de que llegue a parar a esas esferas.

—Eso es otra cosa.

(Señora en la sala):

—... miedo...

—Y eso es otra cosa también. Lo que entendí es: aunque lo diga allí, usted sigue dudando; claro, entonces no puedo ayudar al ser humano. Entonces hay que poder ayudar al mundo entero.

Pero si usted duda de sí misma, señora, elimine la duda a hachazos y comience con otra cosa, con algo que le dé satisfacción y que y no la haga dudar.

(Señora en la sala):

—Pero sí intento vivir lo mejor posible, aunque entonces un ser humano sí vuelve a cometer alguna vez errores como ser humano normal.

—Pero querida hija mía, aquí hay más gente que se desploma. Todos siguen desplomándose.

(Señora en la sala):

—Nadie puede contarme que haya llegado al punto en que entre en alguna esfera de luz.

—Pero querida hija mía...

(La señora dice otra cosa inaudible).

Sí, por eso digo: es que todos se desploman. Yo también, yo tampoco entro siquiera. Todos tenemos nuestro lado malo, pero ¿qué más da? Lo que importa es que sepa usted que está en ello. Eso es todo en el fondo.

Qué quiere que le diga, esas esferas me importan un bledo. Aquí no hacen otra cosa que hablar de las esferas y las esferas y las esferas; eso no le dice nada a un espíritu, a un ser en el espacio, en las esferas, no le dice nada: casi nunca lo consiguen. Siempre viven en las tinieblas y están buscando, están de camino para ayudar a la gente.

Aquí los seres humanos no queremos otra cosa que ir a esa primera esfera. Sí, se quedarán pasmados cuando lleguen allí, a ese mundo; es un mundo de una belleza increíble. Ya tendrán ganas de ir a pasear un poco por allí, es el verdadero paraíso, con sus hermanas y hermanos, con sus padres y madres, los pájaros les cantarán; basta que lean ‘Una mirada en el más allá’. ¿Lo han leído?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Pues bien, cuando hayan visto todo eso emprenderán camino, porque querrán seguir, querrán elevarse, y eso no lo podrán vivir si se quedan quietos, mirando esas hermosas imágenes, todo eso no dice nada. Todo está en el ser humano cuando este dice: “Quiero hacerme mejor de lo que soy ahora”.

Si dicen: “Sigo dudando de mí misma, y aunque quiero, todavía no funciona”. Hija mía querida: toda esa gente realmente está librando una batalla aquí. Pero eso tampoco lo creerán y yo tampoco lo creo. Porque hay gente a punta pala, y bastan y sobran, que sí piensan, pero todavía no hacen nada por ello. Leen, señora, y todo eso les parece estupendo y están hablando y ya saben un montón; y dan patadas a diestro y siniestro. Dan patadas a diestro y siniestro. Sí. Y aquel dice: “Sí, son esos diablillos dentro de mí”. Si saben ustedes que esas cosas están ahí —son las cosas odiosas que nos damos—, ¿por qué no hacemos picadillo de ellas...? Porque eso no se hace de golpe, ¿verdad? Vencer un pequeño rasgo de carácter, señor, es una lucha a vida o muerte. Pero una vez que le haya cogido el tranquilo...

Aquí tenemos a gente... Entra por aquí y sale por allí, y así sempiternamente. Hay gente que me ha lanzado insultos con todo lo que hay de feo: “Ese maldito tío. ¿Qué quiere de ese gente?”. Y ahora están ellos mismos y se dicen a sí mismos: “Santo cielo, santo cielo, hay que ver el bicho que era yo mismo”. Ahora han despertado de pronto y dicen: “Dios mío, Dios mío, ¿qué me ha pasado?”. Eso ha de despertar de pronto.

Y cuando entonces empieza el ser humano, si ya dice: “No soy más que un tremendo bicho y sigo dudando de mí mismo”, entonces es que está usted trabajando con ahínco para desprenderse de ello. Porque el resto del mundo ni siquiera quiere pensar en duda alguna ni en esas palabras, porque todos

están en un pedestal elevado.

Yo no soy más que un maldito bicho. No hace falta que me lo digan los demás. Pero ahora todavía se pueden hacer bromitas con eso, señora, y puedes decir por dentro: “Vamos, sigue, rápido”.

¿Entiende, señora? Aquí todos están gimiendo. ¿Quién no gime? Si comienza esta batalla, estará gimiendo, se sacará de quicio a sí misma.

¿Tiene alguna otra pregunta?

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—Sí, señora.

(Señora en la sala):

—Un niño que se suicida, ¿también tiene que volver a vivir ese proceso de putrefacción?

—No, señora. ¿Y por qué no? Eso ya lo hemos tratado todo aquí. Es una transición común y corriente. ¿Y por qué?

(Señor en la sala):

—Porque es inconsciente.

—Ese niño precisamente es consciente, señor, es consciente al cien por cien para hacer la transición.

(Una señora en la sala añade algo).

—Porque esta vida aún no ha alcanzado el estadio adulto. Así que esa criatura corta para sí mismo la transición, la muerte, corta este trozo de vida y sigue. De lo contrario un niño no llega a ese estadio, ¿no?

(Señora en la sala):

—Pero ¿hasta cuándo es eso? Quiero decir: ¿qué edad tiene? ¿Qué edad tiene que tener ese niño?

—Cuando uno cumple los catorce y alcanza la pubertad, usted, como madre, y llegan las menstruaciones, entonces empieza la ley divina, en ese momento, comienza con la primera gota. ¿No le parece poderoso? Entonces es usted madre. Y es cuando empieza a hablar en usted la maternidad, como ley. Así que esto todavía es un niño. Pero cuando la ley de la paternidad y maternidad... Los hombres nos quedamos ahora un momento al margen. Pero cuando es usted como una madre, como una madre, entonces la ley la... ¿Qué ley agarra usted ahora y dice: “Vaya, un momento”? Recibió usted esto, y tiene aquello, y ¿vive usted en esto y lo otro?

Así que si usted toca una ley de la madre naturaleza, de Dios, y la echa a perder, rompe algo en ella, sentirá que esa ley de la maternidad la agarra, no Dios, sino que esa ley de la maternidad la agarra a usted y dice: “Sí, por el tiempo que usted sea madre vivirá algo allí por este motivo”

Y entonces, claro, hay miles de estados. ¿Para qué? Para el espíritu, para sus sentimientos, para la personalidad, para la maternidad, o lo que sea, causa y efecto, una ley del karma.

¿No es interesante eso?

¿Ha quedado claro?

Pero un niño, un chico puede llegar a los catorce y entonces lo supera lentamente, aunque también después de los catorce, cuando son los años de la pubertad, y el chico despierta, es el estadio semidespierto, es la mitad, es el tiempo que usamos para colocar los fundamentos para el organismo. Y esos años vuelven a decir: vaya...

(Señora en la sala):

—¿Así que eso para las niñas es más profundo?

—La madre es más profunda, el hombre camina al margen de la creación. Pero debido a que usted es madre —por cierto: eso pueden leerlo a su vez en ‘Dones espirituales’, lo poderoso que es la ley “madre”—, también está unida a eso, directamente, a la ley “maternidad”: es que usted lo es. Y esa ley dice ahora: eso lo han vivido, así que han adquirido conciencia por medio de la maternidad. Y esa conciencia le dice: hasta aquí y no más, o: a ver, espera un poco. Entonces pueden estar atadas un tiempo a ese cuerpo, a ustedes no las meten en la tierra, porque en esto no cometen un asesinato consciente, no es un suicidio consciente. Pero eso también se va añadiendo. Otra pregunta más que requiere ser analizada si quiere usted tratar el caso en su integridad.

Pero ¿lo entiende?

Bonita pregunta, señora.

¿Algo más? ¿Dónde están ahora los señores y las señoras?

(Señor en la sala):

—Me gustaría continuar un momento con mi pregunta de hace un rato...

—Sí.

—... es decir en este punto: la primera transición de todas, así que digamos, el mono que se acerca al siguiente estadio...

—Sí.

—... y todavía no había animal así, el siguiente animal todavía no existía...

—¿En la luna?

—Por ejemplo. O en la tierra.

—Me pregunta usted: empieza en algún punto, se conecta usted con un tiempo; ¿con qué tiempo? ¿Para el ser humano?

Dice usted: cuando empezó la tierra, el ser humano también comenzó en las aguas como vida embrionaria.

(Señor en la sala):

—Sí.

—Entonces vino el reino animal.

(Señor en la sala):

—... es comprensible, porque continúa en un solo estado, siempre evolucionando...

—¿El ser humano?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Sí.

(Señor en la sala):

—Pero ahora el animal, ¿verdad?, el animal ha ido pisándole los talones al ser humano...

—Sí.

—... pero tiene que experimentar miles de estados...

—Sí.

—... es decir: llegan varios miles de animales diferentes.

—El animal como vida, ¿verdad?, como vida divina, para el animal, vive millones de organismos. Usted también, pero como ser humano.

(Señor en la sala):

—Mi pregunta, pues, es, por ejemplo: ¿y cuándo aparece esa primera paloma? ¿Verdad? Es el grado más elevado, ¿de dónde sale de pronto?

—Es la evolución, ¿no? Entonces tiene que decir usted: ¿cuándo fue que usted...? Puede hacer una comparación con el ser humano en la jungla, en medio de la jungla, ese primer grado, ese habitante de la jungla. Ese viaje, ese cambio del ser humano en color, en irradiación y todo, es el cambio, también del animal. Aunque el ser humano siga siendo ser humano. El ser humano sigue siéndolo, si uno al menos... En la jungla también son seres humanos, se les llama, sí, caníbales y papúas; son personas en el grado preanimal. Así que esos cuerpos, ese sistema óseo y todo... Antes de que ese sistema óseo se haya deformado, es imponente, porque no se deforma así como así. Claro, usted habla de “de la jungla a la raza blanca” (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) y se pone a analizar el organismo, entonces se encontrará detenido en un solo grado durante siete mil años antes de que este huesito baje un poco y esa nariz por fin alcance una forma hermosa y se estrechen esos labios. Ay, señor, para eso hacen falta centenares de miles de vidas. O sea, ese embellecimiento es paulatino, y es el tipo de raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es), son siete grados para el organismo.

Pero el animal primero sale de las aguas a la tierra, y finalmente adquiere alas, es un águila, y todas esas primeras grandes especies, esas especies salvajes, que en Róterdam en... ¿Cómo se llaman esos? ¿Congos? (quiere decir “cóndores”); ¿lo digo bien? Hay por tanto diferentes especies, esta es la más grande, pero la más baja. Y entonces sale allí al final la raza más elevada para el mundo animal y es la paloma y el pajarito, es el ruiseñor, y todas esas pequeñas especies encantadoras. Pero si sigue usted un rato más encima de la vida y quiere captarla, un gavilán de esos, por ejemplo, y todas esas especies —todo eso sigue siendo salvaje, ¿verdad?— aún no pueden ir a las esferas.

Pero lo que le afirmaba: ¿dónde vive, pues...? Un pájaro pone huevos y los empolla, y es madre y padre. ¿Cómo surge lo paternal en el mundo animal? ¿Y lo maternal? ¿Y dónde vive el mundo espiritual, el mundo de lo inconsciente para el pájaro, y una paloma? ¿Lo sabría usted? Aquí nunca se ha hecho esa pregunta.

(Señora en la sala):

—Cerca del animal.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Cerca del propio animal.

—Cerca del animal. Porque el pez... El mundo del renacer —para el ser humano es el mundo del inconsciente, ¿no?—, el mundo para el renacer es una inconmensurabilidad al margen del ser humano... al margen de nosotros. Es el universo entero... el universo entero. No solo es la atmósfera alrededor de la tierra, sino el universo entero, señora. Pero ¿por qué?

(Señora en la sala):

—Porque...

—Sí, dígamelo.

(Señora en la sala):

—¿Porque son tantos?

—No, en el espacio no existen muchos. Es posible seguir hablando durante millones de años sobre millones de personas, y ni así habrá llegado. Y cada ser humano tiene, sin embargo, su espacio. Señora, usted pasó hoy como un fogonazo a través de millones de seres astrales. ¿Los vio? Atravesó miles de mundos. ¿Se dio cuenta? Yo sí. Cuando recibes esos mundos... Pero todos se atraviesan según la sintonización que tengamos.

Pero, señor Berends, ¿por qué es...? No, ahora no lo voy a decir. ¿Dónde vive el mundo, el mundo astral para ese...? El del ser humano es inconmensurablemente profundo, espacialmente profundo. Ni un grado más profundo... El mundo de lo inconsciente, ¿dónde vive usted ahora en este mundo? ¿Y tiene que volver a la tierra? Ese mundo para el renacer, ¿qué de profundo es? Este, señor, señora, lo podemos, sin duda alguna... Yo lo he visto, lo pueden ver y delimitar infalible e íntegramente.

¿Sabía eso, señor Berends?

(Señor en la sala):

—No.

—¿Cómo es posible? Usted podría saberlo, enseguida dirá: vaya.

¿Usted? Dígame, señora.

(Señora en la sala):

—Lo que se posee en cuanto a conciencia.

—No, cosa rica, no.

(Risas).

Quise decir: “No, rica”, pero, claro, eso no puede ser. No, señora, eso no es.

(Señora en la sala):

—Junto a cada planeta de vida humana.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Junto a cada planeta de vida humana.

—Bien, se está acercando usted mucho.

(Un señor dice algo).

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—En el tiempo de antes de la creación.

—¿Es que no lo entiende, señora? Hemos vivido el espacio de la luna, entonces solo teníamos la esfera de la luna. Pero entonces empezó a haber planetas de transición; así que ese mundo de lo inconsciente, para el renacer, empezó a ampliarse. Así que desde la primera vida embrionaria en la luna y esta vida, el mundo astral espiritual es muy profundo para el renacer; o sea, el universo entero.

Pero ¿dónde vive ahora el mundo astral para la gallina? ¿Y para el perro? Nosotros hemos aprendido que los peces... y eso está muy claro, el mundo astral espiritual vive en las aguas, es materia y espíritu, y nada más. Un pez no sale de su esfera, eso también es el mundo espiritual.

¿Sabía eso, señor De Jong?

(Señor en la sala):

—Sí, lo sabía, lo dijo una vez el maestro Zelanus.

—Eso lo ha dicho el maestro Zelanus. Pero ¿dónde es que vive el mundo espiritual astral para el renacer, para la atracción, para la gallina, por ejemplo, y el perro y el gato?

(Señora en la sala):

—Pero usted ha dicho que en el mundo astral había una sección separada para esos animales, ¿no?

—Sí, señora, pero eso no es. Eso no es. No, eso no lo he dicho, señora, eso no es.

(Señora en la sala):

—Allí tienen su propia esfera.

—Sí, pero eso no es.

(Señora en la sala):

—Digamos una sección.

—Eso no es. Es posible vivir... Pero eso también lo he explicado aquí. Así puede ver que ya no queda nada de lo que cuento aquí. Cuando luego lo

reciban en los libros, en el libro que esté listo, sobre esto de aquí, entonces dirán: “Ah, sí”. Pero es que lo que es penetrar... Siempre me doy cuenta de eso, cuando hay que retenerlo un momento... Sé exactamente lo que he dicho en 1950. Porque soy incapaz de contar otra cosa.

(Señora en la sala):

—No, pero usted sí que...

—No, pero aquí se hizo la pregunta, estaba el perrito del maestro Alcar. Digo: “Sí, también estaba”. Así que hay un mundo astral. Pero el mundo para el renacer es otra cosa, entonces el ser humano se disuelve, entonces se disuelve el animal. ¿Dónde vive, pues, ese mundo astral espiritual? Oiga, ¡fíjense en esa poderosa diferencia!

(Señora en la sala):

—Yo diría que en el propio gallinero, porque no tienen que esperar.

—¡Ja, ja, ja!

(Risas).

Señora, está usted cerca. Sí, ciertamente, tenemos que entrar al gallinero.

(Gente en la sala):

—A la tierra.

(Alguien dice):

—Al huevo.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—A la tierra.

—¿A la tierra del gallinero?

(Señora en la sala):

—Al huevo.

(Señora en la sala):

—A la tierra.

—A la tierra. No, no, señora, no, allí no están las gallinas.

(Señora en la sala):

—Al huevo.

—En los ovarios. No al huevo, porque eso ya es creación. La gallina no tiene mundo astral para esperar, porque eso está en los ovarios, en la maternidad de ese animal; también en el caso del perro y del gato y de todas las especies que crean y paren está el renacer en el ovario. Cuando esos ovarios desaparecen, para esa gallina, para ese animalito, se acabó. Porque la gallina lleva consigo la Omnifuerza. ¿No es eso algo poderoso?

¿Se lo imaginaban?

También para un perro. Pero un perro que... o sea, un animal de esos tiene crías, un perro tiene crías. Pero el espíritu... Así que esa célula, esos ovarios de ese animal, de esa madre, también posee el mundo de lo inconsciente. Y

eso como madre ustedes no lo tienen. Atraemos... atraemos una vida distinta. Pero en ese perro... esos grados poseen el mundo de lo inconsciente, paternidad y maternidad, reencarnación, el reino de los colores de Dios, Grandes Alas, todo, todo, todo, todo. ¿No es imponente eso? Y solo entonces empezamos a conocer la vida de un perro y un gato. Y es muy sorprendente, porque a partir de Dios el animal que no tiene un mundo en el que existir, que por tanto en este momento aún tiene que reencarnarse... Nosotros no podemos llegar a ser otra cosa que seres humanos, ¿verdad? Pero un perro se hace pájaro. Así que Dios dijo: entonces tendrás que poseer todo para mandarte a ti mismo al animal alado. Ese animal tiene que poseerlo todo porque no es capaz de pensar de forma consciente y creadora; es según la naturaleza, como maternidad y paternidad.

¿No es poderoso eso?

Y por eso ese animal, el perro, el gato, las gallinas, lo tienen todo; y resulta que los ovarios... eso es el mundo espiritual para la gallina. En esos huevitos también están el espíritu y el mundo astral. Si un animal de esos se extingue, quedan millones. Y entonces esa vida se disuelve... Ahora hay algo más, jamás lo averiguarán. Ahora tienen, por ejemplo, si quieren empezar a tratarlo de forma cósmica respecto a las leyes macrocósmicas divinas, entonces tomamos esta noche, por ejemplo, una hora y decimos: y es una ley para el mundo; por ejemplo, todas las gallinas tienen mocos o la enfermedad de las gallinas. ¿Cómo se llama eso? Así que tenemos que sacrificarlas todas. Entonces se produce un boquete en la transición, porque esa gallina tiene, a su vez —primero se sale de la jungla y vive de forma salvaje—..., esa gallina tiene una transición para otra vida, se hace más pequeña, y más y más, y poco a poco está en la pequeña jaula y tiene que cantar.

Porque en el otro lado, señora, no vemos una gallina. Allí no le darán sopa de gallina. Pedro no ofrece sopa de gallina, él dice: “Porque ya has destruido bastantes en la tierra”.

Pero ahora aparece un boquete y si hacemos que esas vidas se disuelvan, dirás: “¿Qué va a haber ahora?”. Porque sí que es un boquete en la creación. Y entonces aparece... el siguiente grado —y eso también lo hemos vivido donde los seres humanos—, el siguiente grado se encarga automáticamente de sí mismo, de que no se pueda disolver. Por ejemplo, pienso que las gallinas se largarían y que se meterían en la jungla para protegerse si empezaran a sentir maternidad... —y eso lo siente porque es la unión divina para el animal y el ser humano— para protegerse, con el fin de que el ser humano no pueda exterminar ese grado. Y así sucede, porque eso la gente también lo tiene.

Pues bien, ¿saben —es hacia donde quiero ir ahora—..., saben dónde viven esos fenómenos? ¿Saben que la ley “cuerpo para la paternidad y maternidad” se cuida a sí misma? El ser humano también lo tiene. Si me hacen una pre-

gunta a mí, si el maestro Alcar me hace una de esas preguntas, tengo que darle la repuesta de inmediato, tenía que ser capaz de ello para la cosmología, de lo contrario él tendría que haber vuelto, y no podría haber seguido. No podíamos vivir cosmología y decir... Jamás habría vivido esa cosmología si no hubiera hecho lo mismo con 'El origen del universo' y no lo hubiera escrito. De modo que si desean ustedes tener conciencia cósmica... Eso, naturalmente, lo ha construido el maestro Alcar para sí mismo, porque cuanto más me enseñaba, más podía dar. Pero cuando hace esa pregunta no me queda más remedio que tener esa respuesta en particular, porque él es capaz de... para la cosmología no es posible empezar a dar explicaciones, porque entonces se es todavía un alumno y un adepto, es cuando pones los primeros fundamentos. Es exactamente lo mismo que aquí para la tierra cuando se te dan las últimas clases para sacar el título de doctor, entonces te hacen preguntas y reciben: sí, sí, sí, está bien.

¿De qué dependen esos fenómenos? ¿Dónde podemos ver y vivir en el ser humano la armonía propia y el cuidado del grado de vida propio? ¿Cómo puede verse eso?

(Señora en la sala):

—Unos necesitan tener muchos más hijos.

—Miren, a esta criatura le doy ahora un diez. Señora, esa es la verdad. Cuando luego llegue usted al otro lado y ya no tiene que hacer nada más, avanzará con rapidez. Y no es la primera vez que noto que piensa usted con agudeza.

Cuando nos vino encima la guerra de 1940-1945... Unas madres dan a luz a más hijos que otras, también depende de eso. Pero de esto se trata —todavía no es la respuesta en sí—, pero está usted cerca. Nacieron más chicos que chicas. Así que los chicos, o sea, la fuerza creadora... Eso ya no está en manos del ser humano. No, la madre naturaleza dice... Miren, la balanza en el espacio de todos nuestros seres humanos en la tierra son tantos hombres y tantas mujeres. Ahora exterminamos a todos los hombres que podamos y el nacimiento se convierte en un caos.

En Alemania y esos países sigue habiendo miles de mujeres que no pueden conseguir un hombre y que tienen que dar a luz, así que ese caos ya existe. Y ahora van a tener ustedes..., ahora viene la siguiente imagen de que unas madres tienen que dar a luz a cinco, diez, veinte niños y otra madre ni siquiera los quiere tener. Pero ahora han exterminado a los hombres. Así que esa fuente primigenia, que es la tierra, que es solo paternidad y maternidad, hace que ahora nazcan varones. Y de lo que el erudito no sabe nada dice: "No son más que varones, no son más que chicos, no son más que chicos". Pero la madre naturaleza... Entonces dicen: "Sí, de eso se encarga la madre naturaleza". No, señor. Bueno, si toma la madre naturaleza como madre. Porque

la ley “madre naturaleza” dice: “Tengo tantos hombres y tantas madres, y de estos no se puede ir ni uno solo”, porque de lo contrario habrá caos. Y entonces debería mirar por toda la tierra —cuánta gente no ha asesinado y quemado cosas, nos hemos destruido a nosotros mismos—, cuánto caos hemos creado en él y cómo hemos estropeado las divinas leyes armoniosas para el renacer, la paternidad y maternidad. ¿Entiende?

Esta ley... Y si sacrificáramos esas gallinas... Señora, ni siquiera somos capaces de eso, porque entonces la maternidad, a su vez, se encarga de que todo vuelva a su sitio. Porque el propio ser humano también lo tiene, pero ahora es al margen de él. ¿Entiende?

Así que si ahora entro en el estado, ¿qué ocurre entonces? Así que, por ejemplo, exterminamos equis millones de hombres, y ahora hemos aprendido que estamos atados a leyes del karma y también a leyes corporales, porque yo soy hombre y ahora tengo que ir a la maternidad, así que tengo que reencarnarme para hacerme madre. Pero ahora viven millones de almas inconscientes en el mundo, esperan un cuerpo, tienen que ver con el karma y con la causa y el efecto. Y ahora lo que sorprende de algo que ... El maestro Alcar dice: “Mira, de todas formas, jamás, aunque el ser humano se rompa a sí mismo, aunque ocasione víctimas, no llegaremos a controlar las leyes divinas”. Porque ahora la madre tierra se encarga ella misma de que nazcan varones, y dice: “Hay que parar ese karma propio: primero mi armonía”. Y ahora la ley “nacimiento” precede a la de la creación, a cualquier karma humano, y nacen varones.

Así que ahora llegamos a ver infaliblemente la ley, y este es un libro grueso, así de gordo, y se me abalanzan miles de problemas. Ahora es un libro grueso, por el que vamos a ver que la madre tierra es el Dios, que posee la sintonización divina, y la ley y la fuerza y la armonía para hacer que continúe esa vida nuestra. Si pudiéramos llegar a controlar también esas leyes y esas vidas y esos organismos, destruiríamos aún más cosas. Porque en la selva... ¿y dónde no hemos comenzado con ello?

Y eso, señora —ahora vuelvo con lo suyo—, también es para todo el mundo animal. Cada animal vive en primer lugar la paternidad, la maternidad, también la palomita —¿verdad que sí?—, eso lo he visto donde las palomas, apareció una hermanita, un hermanito. Y si ahora preguntan al hombre: “Señor, ¿por qué le ha salido un buchón?”, ¿Y por qué es él quien arrulla, el hombre, el creador, y por qué es eso la palomita?”, entonces no creo que en Holanda haya una sola persona, un criador de palomas, que conozca la paternidad y maternidad de la paloma. Dice: “Sí, ahora tengo otra vez una palomita, pero necesito un buchón”. ¿Cómo se llama? Un palomo, se llama eso, ¿verdad? ¿Por qué hay buchones y por qué hay palomas?

Señora, señor...

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

Creo que tenemos justamente el tiempo necesario, ¿verdad, señor Van Straaten?

Señora y señor, son las leyes del parto divinas para toda la vida de Dios, no solo para el ser humano, sino incluso para el insecto más pequeño, más nimio; allí vive la paternidad y maternidad divina, y posee el organismo.

¿Ha quedado claro?

El té está listo. Por favor.

DESCANSO

Señoras y señores, he recibido aquí la pregunta: “¿Está permitido usar violencia para evitar un asesinato u otro crimen, si no hay tiempo para hacerlo de otra forma?”.

¿Está permitido usar violencia para evitar un asesinato?

¿De quién es esto?

Señor, un crimen... Alguien sube las escaleras de su casa y quiere asaltarlo y hacerle algo a su mujer y a sus hijos, y usted se encuentra ante eso —y, claro, eso no le parece bien— y le pega un tiro a ese hombre, entonces usted es un asesino.

(Señor en la sala):

—... no, claro, eso no. Le daría un tortazo sin matarlo, claro.

—Claro, eso puede hacer. Si es usted un buen boxeador le da usted un “upside down”, o un...

(Risas).

Y, claro, eso no es así, le da usted un “upside down”, le da usted un boca abajo, y si después se va cayendo por veinte escaleras y no se ha roto nada, es que no pasa nada. Pero está fuera de toda duda que usted se puede defender, nada le obliga a aprobar que se le asesina a usted y a sus hijos. Es que hay que ver. Pero si de todas formas nos extralimitáramos y lo derribáramos, sería usted irrevocablemente un asesino. Irrevocablemente. Sí. Un poco de jiu-jitsu o una porra, detrás en la cabeza, un poco así...

(Señora en la sala):

—Un poco una paliza.

—Un poco una paliza, señora, ¿no?

Señor, si asesina usted al ser humano por estar enojado, por estar enfadado —todas esas leyes se pueden analizar, he tenido que preguntarlo— si usted... Si ese hombre que va subiendo allí, o donde sea que ocurra, y nos enojamos y derribamos a uno, entonces eso es un asesinato. O, si ese hombre, si hubiera llegado su hora...

La semana pasada hemos hablado de eso aquí, sobre los distintos lechos de muerte; Dios no conoce los lechos de muerte. Y si ahora... Alguien así en la

calle se alborota un poco y le damos una bofetada en plena cara y lo dejamos ciego, eso es peor, es peor aún, peor aún, porque entonces puede usted volver otra vez, solo para devolverle la luz a los ojos.

Pero es asesinato.

¿Tiene usted más preguntas sobre esto?

(Señor en la sala):

—Por ejemplo, un chófer que por una conducción temeraria hace que se accidente un autobús entero con la gente dentro.

—Sí, señor, pero eso no es un asesinato, eso ese hombre no lo quiso. Lo consciente, sí, todo lo que ocurre conscientemente. Así que me sintonizo... Hay personas que se ponen a buscarlo, es odio consciente. El odio puede analizarse desde lo inconsciente a lo consciente; hay gente que odia, albergan odio y no saben por qué. Hay personas que se irritan por otros seres humanos sin saber por qué. Hay gente que está de mal humor y que tiene todos esos otros pequeños rasgos, sí saben la razón, pero no a causa de qué son así. Sí saben que son así, digámoslo así.

Pero un conductor de autobús, un piloto que asciende al espacio y que se lleva a usted con él siempre habrá fallecido demasiado pronto. No es un asesinato consciente. Porque ese hombre, ese piloto y ese conductor de trenes, no tiene la intención de asesinarlo a usted conscientemente, porque entonces lo harían de otra forma.

Por tanto, mientras el ser humano no sintonice con el odio consciente, con lo que surge el asesinato, la muerte, no estará usted atado a esa ley. Porque no habrá vivido usted esa ley ni esta habrá llegado a ponerse en marcha. Si se pone usted a matar conscientemente, despierta esa ley, y entonces está atado a ese estar despierto.

¿Ha quedado claro? Es muy sencillo, ¿no?

Hay personas, hoy hay miles otra vez, conscientes o inconscientes, que han muerto, que han hecho la transición; quizá también algunos miles asesinadas, en París, o quizá aquí en La Haya, uno no lo puede saber, pero es posible. Todo lo que el ser humano hace conscientemente y que termina siendo en defensa propia, entonces uno no solo... no llega a estar ahora ante el asesinato consciente, porque si llega alguien a su casa y quiere jugársela a sus hijos, o a usted, o a su mujer, usted se defenderá y habrá un accidente: un hombre muerto.

“Sí, tuve que defenderme”.

Entonces el juez... ya empezará diciendo: “Mire, señor, es que no tendría que haberle pegado”.

“Sí, señor, pero fui atacado”.

“Sí, señor, de todas formas tendrá que irse a la cárcel, tres años, cuatro años, o seis o siete meses”. Así que a usted ya lo castigarán aquí. Y la ley es-

piritual lo castigará por descontado.

¿Algo más?

¿Quién más de ustedes?

¿Nadie ya?

(Un señor dice algo).

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Sobre ese suicidio.

—¿Otra pregunta sobre esto?

¿Todo claro?

Así que no lo hará, señor Götte.

(Señor en la sala):

—No, mejor no lo hago.

—Nada de revólveres en casa.

(Señor en la sala):

—No.

—No, señor.

(Señora en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Dígame, señora.

(Señora en la sala):

—Hace poco dijo usted que ir en un avión o que ponerse a volar con él ya es un suicidio.

—Es hacer la transición demasiado pronto. Forma parte del suicidio, pero no la meten en la tierra, se queda usted atada a su cadáver.

(Señora en la sala):

—Ah. Claro, claro.

—Aunque se quede atada... Mire, atienda, esas cosas, esas leyes las he explicado aquí al menos un centenar de veces, creo. ¿Y ya lo sabe? ¿A que está atada?

¿A qué están atados, señoras y señores? ¿Dónde están ahora mis adeptos?

(La gente habla a la vez).

(Alguien dice):

—Temeridad.

—Bien, y ¿qué es la temeridad?

(Señor en la sala):

—El suicidio.

(La gente habla a la vez).

(Señor en la sala):

—Un pequeño suicidio blando.

—Un pequeño suicidio blando. Ja, ja, ja, ja. Qué bueno, un pequeño sui-

cidio blando. Está usted... —ahora lo traduciremos—, está usted atado a la negligencia y la temeridad, ¿verdad? Y esa temeridad lo conduce a ¿qué? No está usted metido en la tierra con su cadáver, sino que este se va a la tierra, su cuerpo se va a la tierra. No está usted atado a él. ¿A qué sí está atado?

(La gente habla a la vez).

¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Al avión, a la ley.

—Al avión, pero ese cacharro se quema entero.

(La gente vuelve a hablar a la vez).

En eso se equivoca. Señoras y señores, esa es la razón por la que antaño la gente empezó a ver fantasmas. El ser humano que está atado a su tiempo... Todavía no saben lo que es un fantasma. Este se ha analizado en 'Dones espirituales'. Pero ese piloto y ese hombre que hace la transición por negligencia y temeridad, tal como cada semana se estrella un caza, esos niños, esos críos de veinte y veintiún años, supongamos que ese chico llegue a los sesenta, a los setenta años, se queda atado, sin embargo, sesenta años a esa aviación y no se desprende. No ha cometido un asesinato consciente, para él se trata de volar, para él no se trata de un asesinato. Pero ese mismo piloto de veintiún años, si tiene que cumplir ochenta años, señoras y señores, si fuera su hijo, podrían decir tranquilamente: ese ha quedado fuera de combate durante sesenta años. Ese llegará directamente al mundo al que llegó Lantos Dumonché, maestro Zelanus, después de la putrefacción. Esos no tienen ni vida ni muerte, viven en un mundo que no es visible. Ningún clarividente puede percibir ese mundo: ya no tienen luz, tienen una leve niebla grisácea, inconsciencia. Es un mundo que se sitúa entre el mundo consciente, entre el mundo del renacer y el mundo humano, y puede verse. Si esos chicos tienen que llegar a cumplir los ochenta años, se han atontado durante sesenta años, se han atontado espiritual y humanamente. Porque han hecho algo por lo que ponen fin a sus vidas, por lo que las han hecho añicos, fragmentado; no violado, sino deformado.

¿No ha quedado claro?

Y así es para centenares de cosas. Un motorista, conducir un coche, aviones... Con ese coche, ¿qué clase de...? Imagínense ahora: ¿qué clase de demencia es esa, pues? Es romper récords.

Un boxeador al que golpean en el cuadrilátero: muerto, y ya. Pues esas leyes me las conozco todas. Ese señor, boxeador, yace allí; durante cuarenta, cincuenta años está en ese cuadrilátero y de allí no sale. Durante sesenta años sentirá que lo golpean y el instante en que hace la transición, ese último golpe que lo provocó, lo sentirá durante sesenta años. Y cada segundo de nuevo. Eso se convierte en una tortura, es igual de horrible que si a usted... es igual

de horrible que la incineración, que también es espantosa. Pero al boxeador al que le dan una paliza, que se desploma y que se va al ataúd... Porque deja que lo echen a golpes de la vida, sesenta años demasiado pronto. Ciertamente, son caracteres apasionados humanos, ¿no? No son leyes divinas que Dios se haya inventado, ¿no? ¿Entienden?

Todo ese sensacionalismo por el que muere el ser humano, por el que el ser humano se ve arrancado de su cuerpo, es desintegración espiritual. E imagínense ahora un poco a quien esté a diario un poco atado a su entorno, a ese boxeo, esas carreras, esos atletas velocistas y todas esas otras cosas. Aparece un motorista de esos que en el curva... pumba: adiós, señor. Sí, a ciento sesenta, pumba, por encima de la valla: más muerto que muerto. ¿Cuántos años le quedan por vivir, señor? A ver, veamos. Ah, setenta y cuatro, setenta y cinco años. ¿Ahora tiene usted treinta, veinticinco? Ese seguirá ahora atado durante sesenta años a esas prisas locas. No conseguirá desprenderse, porque eso de ir como locos y aumentar su espíritu y toda su personalidad... Lo normal ya no lo puede vivir, porque “normal” es lo humanamente normal, y eso significa nada de ir como locos para batir récords, es la conciencia diurna humana normal, tranquila, y eso es trabajar, trabajar, trabajar y dormir, y nada más, y esforzarse por hacer la vida hermosa. Son cosas que hemos inventado en la sociedad y por las que el ser humano se deja a sí mismo clavado a su propio estado. Y eso es igual de horrible, señor y señora, que la incineración. Entonces el ser humano dice: “Pero así eres libre”. Pero lo que ocurre —por desconocer las leyes— es que se sigue sin estar libre del propio cuerpo, uno se va, simplemente, después de la incineración... te queman, pero entonces sí que llegó su hora. O bien uno, conscientemente, tiene que... también un asesinato, un asesinato... Allí no es posible ir vivo a un crematorio y decir: “Señor, vamos a ver, qué mame”, para suicidarse, porque eso no lo hacen. Así que el ser humano que se muere, lo hace.

Dicho de otro modo, el ser humano que esté sano y cuya vida termina por su propia frivolidad, estará atado por esta a esa misma frivolidad, hasta que llegue la hora, el minuto de la muerte normal, y entonces el hombre, la madre o el padre, esa alma irá al mundo de lo inconsciente para nacer de nuevo, o bien para la paternidad o la maternidad, o irá al otro lado, y entonces uno será allí exactamente como era en el momento de morir. Ninguna otra cosa. Pero esos sesenta años uno está detenido; anulación completa de todo. Porque uno vive allí y... “Vuuuuu”, y eso no para nunca, nunca, nunca; porque es una desintegración que se ha vivido al cien por cien y que es anormal, así que esa anormalidad en la que vive uno mismo... Es que uno lo que es es ese motorista, ¿no? Así que es imposible soltarse de eso, o uno en la tierra tiene que poder decir conscientemente: “Lo dejo”. Pero ahora ya no se desprende uno de eso. Eso solo es posible dentro del cuerpo. Allí es donde se

tiene la fuerza y la voluntad para desprenderse. Pero ese espíritu se ha llevado ese asunto entero, ese mundo entero, esa desintegración entera, y entonces no se puede cambiar la personalidad, porque ya no se tiene realidad. Eso es muy desagradable.

Parece algo tan tremendamente inocente, que allí alguien con... que conscientemente... En la calle ya es posible que te den un tortazo con treinta, cuarenta kilómetros por hora, y al hospital. Pero si uno sabe a conciencia con un coche de esos: bien, voy a lanzarme, voy a sacar todo lo que tenga... Bueno.

Yo también he sido malo alguna vez, hace unos años. ¿Se acuerda, señor? (Señor en la sala):

—Sí, claro que me acuerdo.

—Y allí recibí mi tortazo. Si el maestro Zelanus no hubiera tomado el control del volante, yo habría enviado a cinco al hospital. Y solo porque yo... Esas curvas te las sabes. Yo me olvidé. En la calle... estaba aquí en Marlot (un barrio de La Haya), pienso: ‘Cielos, cielos, en estos siete, ocho años hemos pasado cincuenta veces, cien, dos mil veces por Marlot, por aquella esquina, de forma calculada, había un poco de oscuridad, veníamos de Ámsterdam, lo calculo demasiado tarde, voy demasiado lanzado y entonces bum bum’. Sí, de golpe, plenamente concentrado, ya ni siquiera era yo mismo, y así... Si hubiera... Él es un buen conductor, pero dice: “Un solo movimiento equivocado, Jozef, y habríamos dado una vuelta de campana, así, sin más”. Digo: “Tendré cuidado. Tendré cuidado. Tendré cuidado”.

Y aquí estamos ahora. Puede pasar. Soy un conductor riguroso, conduzco igual que hablo, igual que escribo, igual que con todo. ¿Verdad que sí, señor? Veníamos de algún sitio los dos, dice: “Para”.

Digo: “Qué parar ni qué ocho cuartos”.

“Es que”, dice, “si viene alguien por allí...”.

Digo: “Sí, ahora tiene que aceptar, señor Van Straaten, que yo conduzco y veo”. Así lo he aprendido, así que no soy capaz de conducir de otra manera. Sí que tengo que tener en cuenta... Empecé a conducir de forma clarividente, porque aprendí a manejar —eso lo podrán leer más tarde en ‘Jeus III’— sobre una silla, y entonces vino un mecánico desde el otro lado —se le ofrezco para que lo hagan— y él me enseñó, y en una semana... Solo tuve una semana para examinarme. Y entonces mi hermano Johan dijo: “Ese no soporta la ciudad, tiene que volver a Crisje, porque va a volverse loco”. Dice: “¿Encima tienes que examinarte?”.

Digo: “Sí”. Pero me encontraba en ese cuartito en casa de mi hermano el sastre, moviéndome de aquí para allá, sentado en una silla. Y esa silla era un vehículo y yo iba en coche por la calle Venestraat, nos metíamos por la calle Leidsestraatweg, digo: “¿No puedes tener un poco de cuidado?”. Y casi me

trago con el coche a una señora allí, en la Leidsestraatweg.

Y mi hermano se enteró, dice: “Estás chalado”. Bernard dijo: “Ese está tarado”. Y yo que vuelvo. Y Bernard que dice: “¿Lo dices en serio?”.

Digo: “Pero ¿es que no sabes lo que me pasó hace tiempo?”.

“Pero, no es posible hacerse chófer sentado en una silla, ¿no?”.

Johan dijo: “Tiene que volver a casa”.

Bien, pero de eso no estamos hablando ahora.

Pero una noche resulta que... Dice: “Para”.

Digo: “No, señor, nada de parar, ni hablar”. Digo: “Un coche verde”. Entonces miraba a través de las casas. Y me encontré en la esquina de la calle: bum. “Ejem”, dice.

¿No es cierto?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Clarividente: atravesar las casas con la mirada. Pero si voy conduciendo detrás de un coche sin estar atento... Es posible que en la calle... que en la calle haya otra persona que me envíe al otro lado. Pero, señoras y señores, si lo quieren ver bien —y así es que tampoco debemos vivir, porque tenemos que adaptarnos a los tiempos—, y entonces puedes analizar el estado y el tiempo de cualquier ser humano, porque no hay apenas nadie que llegue al otro lado de forma normal, porque en la calle los vehículos hacen papilla a la mitad de la humanidad, y tiene sus propios errores, y pasa volando como les dé la gana. Vamos, vayan a mirar cuando tengan todas esas leyes, y las conozcan, todo lo que por irreflexión, por no mirar en la calle... Una señora no mira para ningún lado, cruza la calle, zas, al hospital, muerta. ¿Eso qué es?

Ahora tenemos que adaptarnos a la sociedad. ¿Lo ha creado Dios? Así que esa madre, o ese hombre, alguien, va por allí pensando, pensando, pensando y le pasa un tren por encima. ¿Eso qué es? ¿Es la voluntad de Dios? ¿Es culpa del maquinista? ¿Por qué no prestó más atención ese hombre? Han ocurrido accidentes por negligencia, por perderse en pensamientos. El hombre al que casi atropellan, porque el conductor tuvo que frenar en seco. Dio una vuelta de campana con toda su gente, de pronto se oye: quince, dieciséis personas muertas. Pero ese muchachito que andaba por ahí soñando. Si el chófer no hubiera tenido que frenar, no habría pasado nada. Ay, señor, y así ocurren accidentes que uno no quiere.

Alguien vino a verme la semana pasada y me dice, dice: “Lo que no me ocurre nunca: casi he... freno como un loco, un crío por la calle, cruza volando, sin mirar, y yo que paso por allí, que se estrella contra el coche. Pienso: ‘Ay, Dios, ese está muerto’. El crío salió despedido por los aires, vuelve a caer, se queda mirando un poco: todo bien”. Pero hay cien mil que se matan. ¿Culpa de él? Para nada, porque él no lo deseaba. ¡El crío!

Pero los adultos son iguales. Y entonces en el fondo haces la transición demasiado pronto. Ese boxeador y ese piloto de coches, y el ser humano que hace esto y aquello, que se dedica al deporte y todas esas cosas para batir récords, y pilotos de avión y todas esas cosas, toda esa gente hace una transición prematura.

A la hora de la verdad de lo que se trata, señoras y señores, es qué tarea buscamos y queremos hacer para nuestra evolución normal aquí en la tierra. ¿Cierto o no? Y es la verdad. Cuando uno llega a las leyes divinas, entiende: eso es un árbol de la vida, tiene ramitas. Aquí hacemos una transición prematura y eso es disarmonía, porque hacemos... creamos disarmonía por ir como loco por la calle con ese buga o con ese avión.

Pero hay madres que no quieren hijos, no tienen amor. Y también hay madres que dicen: "No quiero hijos, de ninguna manera", y vuelve a despacharlos por donde vinieron. Exactamente lo mismo. Así que ya existe para la maternidad, ya existe la disarmonía y la desintegración.

¿Y de verdad que la personalidad no tendría que ver nada con todos esos rasgos salvajes de cara a su personalidad y sentimientos? Tendrá que significar algo, ¿no?, cuando el ser humano cruza la calle volando como pato silvestre y lo hace así y así. Yo digo: "No, no sería de extrañar para nada, señor, si mañana usted se rompe la crisma. Y a mí ¿qué me importa? Es cosa de usted". Pero está atado a algo, se anula demasiado pronto. Y no es un asesinato consciente, sino que la gente está atada a su negligencia, a su frivolidad, y eso es: no se desprenden de ese estado hasta que llegue la hora de morir. Y eso puede tardar cincuenta años o puede tardar sesenta años. Esa gente son fantasmas.

Si pudieran entrar en contacto con la tierra, señor, la sociedad, la humanidad ha adquirido demasiada conciencia, pero si no oiría usted... oiría al ser humano, en pleno día: rrrrt, no se oye. Es cuando se viene acercando un tipo astral espiritual con una moto espiritual de esas, señor Van Straaten, y le aseguro que lo deja hecho trizas. Viene uno: ruuum. Eso pasa. El motorista que se sale de la curva allí en el TT (Touring Trophy, circuito de carreras), en Assen, señor, no está allí... más que para hacer: rrrrt

Si eres clarividente, y usted es clariaudiente, puede ver pasar volando a un muchacho de esos desde su cocina, porque él está atado a eso. Irremediablemente. Toma la curva, sin más, en la cocina, y entonces la madre dice: "Sí que es extraño, todavía oigo ahora a mi hijo".

Digo: "Sí, señora, él es un fantasma". Su Norton (una marca de moto) la sigue teniendo con él.

Señor, no se desprenderá usted de eso hasta que no recupere el pensamiento normal, porque ya entenderá que está usted loco por ese deporte, disuelto en darle al acelerador, y eso es algo de lo que uno no se desprende así como así y piense: ah, ya pasó. No, señor, seguirá usted metido. Y debido a que vive

la unión con eso, no se desprende de ello. Y eso es para las artes y las ciencias, señor. Si dice usted: “Eso no me cuadra”, se lo demostraré. ¿Y cómo puede verse eso? Los locos conscientes viven en el manicomio, el ser humano que se lo puede demostrar. Pero ¿quiénes son? Es igual de grave.

(Señora en la sala):

—... para el estudio...

—Esta criatura recibe esta noche las mejores cualificaciones. Sí. Escucha usted bien.

Hace poco les conté: había un chico... viene a verme una señora: “Bueno, señor Rulof, ¿puede hacer usted algo por mi hijo?”.

Digo: “Señora, ¿qué pasa?”.

“Es que está en Rosenburg (un centro psiquiátrico)”.

Dominaba dieciséis idiomas, y bien, de maravilla. Un chico que sabía estudiar. El idioma número diecisiete le rompió la crisma. Allí está ahora. Sabía... Dominaba el francés, alemán, inglés, italiano, hebreo, latín y griego —y de todo hace un mejunje— y entonces aparece uno: “Wrlumwrlum”, empieza a caer y a caer; y allí está su enfermedad. Y toda su vida... Porque sigue vivo, ¿entienden? Sigue vivo.

Y ¿pensaban ustedes...? Ahora sabemos que detrás del ataúd tenemos una personalidad espiritual... ¿O es que ese cuerpecito habla por los codos? ¿Quién es la persona que con sus idiomas vuelve a...? Traduce y es poeta, encima tiene rimas. Ese espíritu humano que en Rosenburg...: “Ah, siéntese, esta mañana tenemos francés”. Y entonces empieza a decir (Jozef imita sonidos franceses): “¡A sentarse!”. Y entonces esos locos tienen que... los agarra por las solapas y dice: “¡A sentarse!”. Y entonces se presenta como profesor y de repente habla del hebreo de allá, y habla de Jerusalén y allá de lo otro, y después está en un rincón y ya no hay gente, y aparece el enfermero...

“Y yo mismo estoy allí”, dice la madre.

“¡A sentarse!”. A su madre.

Y ella que dice: “Pero, chico”.

“¡A sentarse y si no: fuera!”. Y así lo hace. Y entonces empieza. Es cuando la madre tiene que... Y piensa: ‘Sí, así al menos estoy todavía un rato con él’. Y entonces tiene que aprender hebreo. Pero italiano de golpe.

Y entonces ella piensa: “Ay, Dios, pobre muchacho mío. ¿Es que no sabes que estoy?”.

“¡A sentarse!”, y entonces se manifiesta el profesor. El maestro está loco de remate. ¿Que si es triste?

Entonces dijo: “Ojalá tuviera una tienda de ultramarinos. Y ahora tengo un erudito. Con lo orgulloso que estaba de mi chico”.

El profesor dijo: “Oh, señora, es un genio de los idiomas”.

Entonces dijo: “Sí, doctor, es maravilloso, verdad”.

Y ahora está en Rosenburg.

“Ojalá hubiera tenido una tienda de ultramarinos”.

Digo: “Señora, entonces tendría que haberse puesto a contar tantos granos de trigo que ya habría vuelto a... (inaudible), si entonces continúa”.

Pero ya lo ve, de lo que se trata para nosotros es que si ese hombre sigue estando ocupado con sus idiomas... Y allí tienes este y allá tienes al pastor protestante... El pastor de allí... dice: “Bueno...”. Ha leído usted ‘Las máscaras los seres humanos’: “Dios, Jehová, Dios”. “Sí”, dice Hans.

Pero eso es aquí en Rosenburg. Y en cada manicomio ve usted a los pastores protestantes, a los dementes religiosos; esos penden ahora entre la vida y la muerte, y se olvidaron de llevarse una escalerita para volver. Buscan a Dios y van demasiado lejos, ya no regresan, ya no pueden regresar, porque se han disuelto. “Eehh...”, ya empiezan. Miles de locos, tenemos dementes religiosos.

Si el maestro Alcar no hubiera puesto conmigo fundamentos, así, uno por uno, seguridades, seguridades, allí, allí, allí, allí... Ahora he vivido el cosmos. Entonces qué son dieciséis idiomas, ¿señor? Debería usted hacerme aquí cien millones de preguntas. Una señora... No puede ser, ¿no? Porque entonces lo tienen que hablar todos de antemano. Para ver de una vez por todas... Así podrán determinar, por fin, la conciencia, ya lo saben un poquito, porque así podremos ahondar en eso, pero rápidamente: bla, bla, bla. Aunque constaten cien mil, señor, ni así me pondrá usted nervioso.

Pero ese hombre de allá se parte el cuello, su cuello espiritual, por un puñado de idiomas de esos. ¿Qué más da entonces si los idiomas del mundo uno los...? Hay un señor que sí era capaz, porque hace poco leí que sabía unos ciento cuarenta y cinco idiomas, dialectos incluidos. Esa gente también existe en el mundo. Pero mire, esa es la conciencia, es sentimiento.

Pero este hombre se pasó justamente un poco de la raya y desconocía sus sentimientos, y entonces empezó a desvariar y se disolvió en los idiomas y más idiomas, y si eso es para él, ahora todavía, sigue vivo...

Pero si ocurre un accidente... ese accidente de ese hombre es la misma cosa de locos detrás del ataúd que la de aquel en el manicomio, señor, porque no hay ninguna diferencia. ¿No es justo? Así es. Pues a ver quién se lo va a contar a un psicólogo.

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Sí, señor.

(Señor en la sala):

—Un maniaco del ajedrez, ¿también puede estar jugando al ajedrez al otro lado?

—Desde luego.

—¿Es así?

—Sí, pero en los cielos también juegan al ajedrez, porque este juego no es tan infantil. Por las mañanas... En los cielos uno a veces se aburre, señor Götte. También se puede jugar allí a las damas.

(Señor Götte):

—No me creo nada de eso.

—¿No se lo cree? Bien, pues, primero esto, primero tengo esta pregunta, si no me riñe esta señora, me dirá: “Ese señor no hace más que hablar por los codos y se olvida de hacer algo”.

(Jozef lee otra pregunta primero). ¿Esto qué es? “Un amigo nuestro sueña cada noche sobre su trabajo de hace veinte años”, encima eso, señora, “cuando aún era un subordinado. En este momento ya lleva un año enfermo, totalmente extenuado. Gracias de antemano”.

“Un amigo nuestro sueña cada noche sobre su trabajo de hace veinte años, cuando aún era un subordinado”.

Pero es que antes de enfermar, antes de quedarse desquiciado, ¿es que entonces era su propio jefe, señora?

(Señora en la sala):

—Sí.

—¿Sí? Y ahora, sin embargo, ¿no ha dejado de soñar sobre esos tiempos?

(Señora en la sala):

—Todos los días.

—¿Sobre esos tiempos?

(La señora añade algo).

¿Y él no entiende lo que es?

(Señora en la sala):

—No.

—Eso de ser el jefe lo ha enfermado, ¿entiende? Se pasó de rosca, mire. Eso no debemos decirlo: se pasó de rosquita. Pero la sociedad dice: se pasó de rosca, de rosquita.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

Pase, señora. ¿Busca a alguien, señora? No me diga. ¿Está buscando a alguien aquí?

(Señora en la sala):

—No, qué va, no se preocupe.

—Ah, que no hay que preocuparse. Bueno, pues espero que no haga falta preocuparse.

(Jozef continúa con la pregunta). Pero ahora está totalmente agotado. ¿Y ahora quiere saber usted por qué ese hombre sueña una y otra vez sobre su juventud? Y está extenuado y enfermo.

(Señora en la sala):

—Ahora tiene veintinueve años.

—Y está enfermo.

(Señora en la sala):

—Sí.

—Mire, señora, esto es un hermoso fenómeno, de cómo tiene que ser, de cómo no tiene que ser. Porque se puede estar enfermo, se puede vivir una desintegración física. Porque no hace falta alardear de eso. Un ser humano puede trabajar, trabajar, trabajar, trabajar, y para eso no hace falta que enferme; y si no estás fuerte, te pasas de rosca si continuas. Si el ser humano pudiera calcular su cuerpo, no se aceleraría. Pero los tiempos en que no tenía tantas cosas en qué pensar, ahora hablan en su interior, lo normal. Allí ya podría haber empezado a pasarse de rosca, claro; pero esto, cuando aún era aprendiz, o cuando no se complicaba la vida tanto, y absorbía todo con más tranquilidad, estos tiempos le hablan ahora. Y eso es lo normal. Lo anormal es que vive en un estado en el que se ha pasado de rosca trabajando, en el que se ha quebrado física y espiritualmente. Y eso está librando ahora una batalla en su interior. ¿Quién quiere tener razón? Eso bueno, eso que es normal, habla ahora contra la desintegración, y eso es lo que vive ahora. Por eso sueña con los tiempos de su estado.

¿Conoce a ese hombre?

Y si se pusiera a hablar a fondo con él, ¿de qué se pondría a hablar? ¿Qué le puede enseñar ahora? ¿Cómo puede curar a ese hombre para que ese suplicio de esos sueños...? Allí sigue estando ese suplicio. Porque le puede servir: lo que vive en sueños se lo puede ofrecer usted hablando. ¿Con qué va a empezar ahora?

(Señora en la sala): "... (inaudible), pero no quiere empezar".

No quiere empezar.

Mire, si habla ahora con este ser humano... Si yo tuviera a ese ser humano, y lo... y se recuperara, tenía que curarlo, digo: "Señor, pues lo primero que vamos a hacer es mirar dónde están los errores".

(Señora en la sala):

—Él es muy egocéntrico.

—Sí, ya estamos, y entonces él piensa: pues adelante. Y si entonces sigue siendo egocéntrico y con esas cosas quiere... Es un análisis psicológico puro para el carácter, y eso el psicólogo también lo puede hacer, y lo hace. Si el médico quiere sanar a ese hombre, a esa mujer, entonces dice: "Primero vamos a mirar dónde están los errores". Y allí y allí... "¡Habla!".

Y se pone a contar.

Y entonces dice aquel: "¡Para! ¡Allí hay un error!". Y entonces tenemos que hablar primero hasta corregirlo. "Así es como tendría que haber actuado usted".

Hasta el instante en el que viva —y ya se puede retroceder veinte años,

treinta, y vivir cada día— iremos a explicárselo, y así el hombre se conocerá a sí mismo. Entonces toma lo bueno y lo malo y analizará; y podrá usted liberarlo de esa presión sobre sus sentimientos.

Y el psicólogo tiene que hacerlo de esa forma, de lo contrario no podrá ayudar al enfermo. Y si están estresados, también les dará un poco de medicina para serenar esos nervios, pero todo eso es camuflaje y es llevar al ser humano de mal en peor, porque entonces se anestesia el sistema nervioso y se queda atontado y él ya ni siquiera será capaz de pensar.

La gravedad del error equivocado, si usted lo... ¿No es entonces así? ¿No es sencillo entonces? Hacemos algo mal y estamos dándole mil vueltas y lo enmendamos, ¿no ha desaparecido entonces de golpe? Entonces por dentro somos mucho más fáciles, ¿no? Es el remordimiento para el ser humano.

(Señora en la sala):

—Sí, pero es que nunca acierta nada.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Tiene miedo de que cada vez el error...

—Señora, a ese hombre se le doblan las rodillas, pero fijo. Ese ya está temblando, no tiene ningún asidero en ninguna parte. Usted sí tiene asideros. ¿Por qué se le doblan las rodillas al ser humano? ¿Cuál es su asidero? ¿Cuál es nuestro asidero en la sociedad, en esta vida? ¿Pues?

(Señora en la sala):

—¿Lo espiritual?

—Sí, lo espiritual, señora, pero con eso no hemos llegado todavía. Ahora vamos a otra cosa. ¿Ya lo sabe?

(Señora en la sala):

—La fuerza cósmica.

—No, todavía no se ha aclarado, mire. No, todavía no se aclara. No, eso no es.

(Señora en la sala):

—La paternidad y la maternidad.

—¿La paternidad y la maternidad? Sí, eso es muy fácil.

(Gente en la sala):

—Autoconfianza.

—Autoconfianza dicen por aquí. La voluntad propia, ¿verdad, señora?

(Señor en la sala):

—... con la sociedad.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Vivir en armonía con la sociedad.

—¿Quién está diciendo eso? Señor, la armonía en la sociedad. Si hacemos

algo mal, si hacemos esto, entonces sí que tenemos... No hacemos más que acumular remordimiento y más remordimiento y más remordimiento, hasta que este pasa por encima de nuestros sentimientos y nuestra personalidad; es cuando ya no tenemos asidero alguno en parte alguna: adiós sueño, adiós descanso, ya no hay armonía, adiós lucecitas, adiós contactos; nos sentimos quebrados, señor. ¿No ha hablado jamás con un ladrón de verdad, señor? Con un ser humano con remordimiento, ¿jamás se ha encontrado con uno? Atienda, señora, así conseguiré una confesión como si se estuviera confesando Dios. ¿Jamás ha conseguido llorar por un hombre que sentía remordimiento? Por uno que dijera: “Ay, ojalá pudiera enmendarlo, ojalá pudiera enmendarlo”. Señor, vamos, adelante, debería usted escuchar esos pobres asesinos en la cárcel, para enmendar, para enmendar.

El pasado año les conté: en Róterdam, en la cárcel; allí alguien había escrito sobre la cárcel de mujeres, y entonces escribí a aquella señora, a la directora. Digo: “Señora, tengo libros espirituales. ¿Puede usted colocar quizás algunos libros para esas pobres mujercitas de allí?”

“Sí, claro”.

Fui allí con el señor Van Straaten, les dimos dos juegos, digo: “Haz que los lean”.

“¿Quiere usted...?”

Digo: “Si es necesario, también les puede dar las explicaciones”.

“¿Conferencias también?”

Digo: “Sí, señora, les ofreceremos conferencias”.

“¿Y de quién?”

Digo: “Esos libros son míos. Aquí tiene mi juventud, y aquí tiene esto, si quiere leerlo... Esa gente recibe... tiene que... El remordimiento espiritual que usted alberga ... con una pluma de escribir no puede... con eso no puede leer novelitas espirituales cuando se trata de una feria y todas esas otras cosas. Esa gente allí, esas pobres mujeres están metidas en una lucha, es más que horrible”.

Y entonces dijo ella: “Oh, qué maravilla”.

Se lo he contado, ¿verdad? Digo: “Quizá este invierno una conferencia en Róterdam, en la cárcel”. Señora, ocho meses después me llegó una nota: “Bien, ¿podría hacernos el favor de venir un día, porque aquí hay gente que lo han consultado... Pero, claro, les gustaría hacerle preguntas”.

Digo: Ah, sí, su pastor protestante, ¿verdad? ¿Su católico?”. Digo: “Señora directora, no está cumpliendo con su palabra. Debería haber entregado esos libros. Dijo: ‘Los entregaré’, pero eso es palabrería, señora”. La directora de la cárcel de mujeres en Róterdam. Digo: “Señora, debería haber cumplido su palabra, pero lo que hace es conservar su condena, es eso”. Señor pastor protestante, el señor cura, estaban en medio.

Pero a aquellas pobres criaturas les podría haber despojado de su remordimiento si les hubiera contado que... Porque esa gente está allí, y está allí, y ya ni se atreven a mirarle a Dios a la cara, porque, ay, Dios, con que solo miren un poco hacia arriba... Y había tres intelectuales allí, una baronesa de esas, una condesita, habían cometido asesinatos y todas esas cosas. Había veinte, con cadena perpetua. Y allí vuelven a meterse el muermo del pastor protestante y el cura, pero principalmente, la Biblia con la condena. Y entonces, claro, al pastor le pareció que... Porque eso es todavía nuestro parlamento: la Biblia. Y ahora resulta que no es posible alcanzar esos pobres diablos.

Digo: “Señora, deme la posibilidad de ir a hablar con esas criaturas y entonces les quitaré ese remordimiento”. Cadena perpetua. Digo: “Señora, deme la oportunidad. Si me esfuerzo, señora, ¿cree que sacaré a diez? Entonces me sentaré en la cárcel por esa gente, toda la vida. Lo haré, si a diez... No me merece la pena por siete. Pero a diez las tengo que sacar. Si saco a diez de estas...

Estoy listo, señora, usted está lista, pero ellas aún no, y por ellas ya me gustaría dar la vida, para que puedan volver a dirigirse a la sociedad y empezar una nueva vida y enmendar algo, por eso entregaría yo mi vida. Y así seguiría cinco años, quizá veinte, treinta años, hasta la edad que tenga que alcanzar, arreglando asuntos para esas personas. Y en ese caso le aseguro que nadie me verá llorando. Lo hago encantado. Así ayudo al ser humano. ¿Ha pensado alguna vez en eso? Digo: “Señora, ¿me permite que compre cinco para sacarlas de aquí? A cambio ingresaré yo”.

“Ja, ja, ja, ja”: le entró la risa.

“¿Le parece raro, señora?”. Me puse a hablar un poco, empezaron a tener lágrimas. Pero el señor pastor vuelve a estar en medio. Y se anula la conferencia. Esos pobres asesinos, esas asesinas, miren esas pobres criaturas, yo no las vi, pero lo decía el periódico, allí andan, remordimientos ambulantes.

Señora, si esta medianoche recibo la noticia: “Señor Rulof, lo acepto, se lo doy, saldrán diez”, yo diría: “Estas empezarán una nueva vida”, y ocuparía durante mi vida entera su lugar en esa cárcel, con una sonrisa. Pero mañana ya estaré escribiendo libros. Gritaré: “Hurra, voy a dar conferencias allí”.

Pero ahora el señor pastor se entromete. Esa gente sigue deambulando con su remordimiento, no salen de allí.

Señor, ¿sabe usted cómo roe eso, qué clase de horror es?

Pero ahora les he contado una historia y resulta que lo primero se me ha escapado por un instante, porque me alejé demasiado. En realidad, ¿de qué hablábamos? ¿Ustedes se acuerdan? Si no lo saben, pues sigo, como si nada. Pero algo se me ha olvidado. He hecho una pregunta. Y entonces dije: está cerca, no estaba en ese momento.

(La gente habla a la vez).

(Señor en la sala):

—Lo ha contestado.

—¿Que lo he contestado? Estupendo, si lo contesté, continuo, pero tengo que acogerlo conscientemente, de lo contrario esta noche el que no duerme soy yo.

Si voy a casa y hay una pregunta que no he tratado aquí según las leyes, me despierta, no hace falta que lo haga el maestro Alcar, pero esa pregunta me mantiene despierto. Y entonces digo: “Sí, se lo prometo, se lo prometo”. Y entonces, gente, querría que todos ustedes vinieran aquí rápidamente otra vez, de madrugada, para terminar esa pregunta, y después ya me quedo tranquilo y me duermo. Porque si no no puedo dormir, porque la pregunta me domina y quiere ser respondida. Así es como reaccionan las leyes espirituales.

De darse el caso de que no trate bien una pregunta, de forma negligente, señor, entonces recibo una paliza, más contundente que la propia cárcel, porque aquella es como un hachazo instantáneo, me anula y me tortura. Y todo eso ustedes también lo reciben.

Pero ahora el remordimiento de semejantes personas. Despojar al ser humano de un estado así... imposible, señor, porque el señor pastor... nuestras cárceles siguen siendo bíblicas. Allí no se piensa: esto es un ser humano.

Pero me salió una sola admiradora, según me escribió, y esa señora, esa criatura, está leyendo todos los libros. De modo que al final, con nuestros esfuerzos, sí que saqué a una admiradora de entre esas presas.

Digo: “Señora, mejor envíe esos libros de vuelta”.

“Sí”, dijo, “ya se leyó la mitad”, una mujer de cuarenta y cuatro años, no la vi, pero ya se leyó la mitad, “y cuando haya terminado con el último, se los devolveré”. El resto, sin embargo, que se fastidie. Tendrá que arreglárselas para quitarse de encima ese remordimiento.

Y, señor, señora, ahora lo sé, ahora está volviendo, se trata de ese hombre, y también de aquellas personas, si ahora ustedes son capaces de explicar eso, esa enfermedad, por la que empezó con ese estrés y esas prisas y esa cosa salvaje, entonces podrán sanarlo mediante la palabra.

“Y esa gente”, dijo la directora, “es incurable, está destrozada de por vida”. Y para el pastor están condenados para la eternidad. Y esa es nuestra sociedad, están eternamente condenadas. Han hecho algo. Y no hay un Dios de amor. Así que: ¡fuera libros! Porque el señor cura y el pastor piensan: no, son libros ocultos, no pueden leerlos. Pero entonces habrían sabido exactamente que Dios no las golpea y que Dios no las condena, sino que eso lo podrán enmendar más tarde en otro organismo —y que como madres darán un nuevo organismo al alma— y así al menos se habrían librado de ese remordimiento. Allí son como verdugos, deberían ustedes...

Por eso dije: “¿Jamás han hablado con un ser humano que siente remor-

dimiento?”.

Ese criatura allí dijo: “Sigo dudando de mí misma”. Dios mío, Dios mío, si ya se dicen a ustedes mismos: “Todavía estoy dudando y bien me gustaría verme de otra forma”, señora, entonces ya está al cien por cien trabajando de forma consciente. Porque otros todavía golpean y patean y tiran las cosas y condenan a la masa. No aceptan un pequeño error cuando cometen errores. Los errores se justifican, no toques esas personalidades de poca monta.

Tengo una señora que dice: “No soy más que una tremenda bruja y una lela, no soy más que un desastre, no sé nada”. Pero ¿cuánta riqueza no tiene ya ese ser humano al dejar de tener esos pequeños pedestales? Eso es, ¿no? Y vayan a echar ahora un vistazo allí, miren un poco en la sociedad.

(Señora en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Dígame, señora.

(Señora en la sala):

—Yo he trabajado en la cárcel, y entonces también les di sus libros... (inaudible)... que tenían ganas de leer entonces.

—Sí. Sí, yo eso también lo he hecho, se los leía allí. Digo: “Deme la posibilidad”. Quería...

Me desprendería de inmediato de ustedes, señoras y señores, todavía en toda esta vida. Ya no les ofrecería conferencias si me permitieran visitar las cárceles. Porque entonces ya no las necesitarían, ¿verdad? Entonces me recorrería Holanda, porque tenemos un buen puñado de cárceles con gente a la que le gustaría saber.

“Ay, ay, ay, ¿puede usted ofrecer conferencias?”.

“No, señora, el gobierno sigue estando detrás de esto. Aún tenemos la Biblia y la Biblia prohíbe participar en estas cosas”.

Así que todo eso es eclesiástico. A la presa que está allí no se le pregunta cómo siente y piensa por dentro. Y en cambio, allí no entra todavía ningún erudito metafísico. El pastor que está allí y que dice: “Sí, Dios...”. Sí, ahora se explican las leyes.

Y aparece un viejo por allí, que ya lleva treinta años en la cárcel: “Maldito canalla, ¿quieres decirme ahora encima que Dios me va a golpear aún más profundamente en mi miseria?”.

Eso arrastran, día y noche, en las tinieblas, y también esas tinieblas en esa alma, en ese espíritu. Eso es terrible. Eso sí que es terrible. ¡Es tan terrible! A mí no me dejan entrar. Me quedo sin poder hacer nada ante semejantes bandidos; esos pastores, esos curas, son bandidos espirituales malnacidos que de un pisotón aplastan aún más al ser humano en su miseria.

¿Pensaban ustedes que haya un solo ser humano en el mundo que liquida el ser humano, que asesina, así como así, conscientemente, porque a ese ser

humano le haga gracia y le divierta? ¿Pensaban ustedes que esas mujeres que andan por allí...? Para una madre me parece cien mil veces peor que para un hombre.

Si un hombre se enfada allí y sigue golpeando como un energúmeno... Un chico que no consiguió una chica y que la cortó la cabeza de un hachazo, y ahora está allí. Ese mismo periodista escribió... Sí.

Dice, ese director dice: "Aquí está ingresado".

"¿Dónde está ese muchacho de tal y cual tiempo, de 1917, de 1918, que asesinó a aquella chica, ¿está aquí también?"

"Sí", contesta, "por aquí anda".

Ya es... ¿de hace cuánto que es eso? ¿Diecisiete años? Eso pasó aquí en Holanda, en 1917, en 1918. Hace unos veinte, veinticinco años.

Dice: "Entonces fui a observar a esa gente".

Dice: "Allí está". Dice: "Sí, es él. Ahora tiene cincuenta años.

Dice: "¿Ese es él?"

Y resulta que allí había otro muchacho, también había violado a una mujer, a él también le dieron cadena perpetua. Y dice: "No", dice: "ese está allá, con la gorra ladeada, es él".

Vaya drama. Dramas. Pero para un hombre no me parece tan terrible como para una madre. Esas pobres madres, esas mujeres que están encarceladas, otro bebé que tiene. Y ese terrible mundo duro, vacío, de una directora como esa y de un señor de esos, un señor juez y nuestro parlamento, que allí no hacen otra cosa que pasar por encima de cadáveres. ¿Ustedes también ya tienen los medios? Eso lo quieren enmendar; meten dinero a raudales, millones. Y entonces lo que quieren es que el ser humano entregue sus cuartos.

Escuchen —¿no lo han leído en (el diario) 'Het Vaderland'?—, aquí en los parvularios donde los niños que ya no tienen padres... y críos a los que arrumban sin más, niños que se están aburriendo como ostras, que están bizcos por no tener nada, nada, pero es que nada de nada, nada... Ahora oyen: "¿Quién tiene esto? ¿Y quién tiene un vestidito? ¿Y quién tiene aquello?"

Señora, ¿a usted eso le sirve de algo? Mientras tanto tiramos por la borda millones y millones; y de un pobre nene de esos de año y medio ni siquiera se cuida de forma decente, paternal y maternalmente. Eso venía en 'Het Vaderland'.

(Señor en la sala).

—Sí, sí.

—Horrible. Es tan tremendo, es algo terrible, y además les da vergüenza. Ahora empiezan con que no lo saben.

Pero debería ir usted un día a visitar la cárcel, donde el ser humano vive con remordimiento espiritual y anhelo espiritual de conocer a Dios; porque alguien que es indiferente, que no lo ha alcanzado todavía, está allí en plan:

“Me da igual. Déjame en paz con tu Dios”, no se les puede alcanzar. Pero hay centenares y miles que sienten a diario ese tormento y esa tortura; y a ellos ni usted ni yo los podemos alcanzar, porque el señor cura los entierra, a patadas, aún más profundamente. Es cierto, señor.

Y la señora directora dijo: “De acuerdo, pues venga”.

Digo: “¿Para ese malnacido que ha escrito sobre eso?”. Digo: “¿Ha leído los libros?”. Digo: “No pretendo convencer a su juez —no me dan la oportunidad— y a ese señor del periódico aun menos, y a Curro el cura tampoco ni al señor pastor protestante, porque esos se ríen de mí, en plena cara. ¿Qué clase de perifollos son esos? Señora, deme la posibilidad de poder hablarles a sus veinte condenas perpetuas, y les infundiré alma. Y las haré felices, si hace falta”.

Pero no me dan la oportunidad, no prospera porque el señor pastor mete las narices. Nuestro Señor... Ojo, cuando ese muchacho enseguida llegue, un instante, detrás del ataúd, tendrá preparada una porra. Entonces el mismo pastor recibirá una paliza de él mismo, tan fuerte como el ser humano ni siquiera es capaz de pegarse a sí mismo. Nuestro Señor no viola esos pobres diablos. Pero los pastores y curas que condenan al ser humano aún más profundamente en su miseria, y que lo torturan espiritualmente aún más, recibirán su paliza, señora. Y eso no lo hace Nuestro Señor, sino que es obra de su propia ignorancia, es igual de absurdo que ese hombre que va como una bala a ciento sesenta y cinco kilómetros por hora por la carretera y que ese hombre con sus veintisiete idiomas en los que sucumbió, todo eso no es mas que una sola ley, una sola sola desgracia, una sola tortura; y esa es nuestra sociedad.

¿Tienen más preguntas?

Cuando oigo eso, lloro hasta más no poder por esa gente, pero no puedes hacer nada. A todos ustedes los defraudaría si les dijera... Yo, ¿ahora qué...? ¿Por qué no me preguntan lo que más me gusta hacer? Miren, entonces me encierro y salvo a diez. Digo: “... (inaudible) si me prometes, si de verdad me prometen (prometéis) que quieren (queréis) empezar a servir, entonces yo adoptaré por ustedes (vosotras) una cadena perpetua: me voy a la cárcel”.

Ese sí que es el camino que nos enseñó Nuestro Señor y por lo que en realidad vino a la tierra; y por lo que no murió, porque nosotros lo hemos asesinado. Pero ¿qué hacemos los seres humanos? A esas personas, a esas pobres, a esas pobres madrecitas, encima les quitamos la única posesión y su existencia y pensamiento, y además nos ponemos a condenarlas para la eternidad, porque de ese infierno no saldrán; son asesinas. A un asesino jamás se le perdona, ¿no lo sabían? Es que dan ganas de...

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Ya es la hora, señor?

—Sí.

—Señora y señores, el domingo por la mañana el maestro Zelanus hablará del universo que se dilata.

¿Se me ha concedido ofrecerles algo esta noche?

(Gente en la sala):

—Desde luego.

—Pero este domingo por la mañana hablarán los maestros, porque Jozef Rulof es (en inglés) un gran estúpido.

Que descansen, hasta el domingo por la mañana.

Señora y señores, gracias por su atención benevolente.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 1 de mayo de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

Aquí tengo la primera pregunta. ¿Dónde la he...?

(Jozef repasa unas hojas).

Un montón esta noche, veo. Trata de la Caja de Ahorros para el Bien Común (Nutsspaarbank).

¿De quién es?

Sobre la Caja de Ahorros, en Scheveningen, la sede central, en la calle Badhuisweg.

¿De quién es esta carta?

(Señora en la sala):

—Viene indicado detrás.

—Señora, aquí detrás también pone algo, mejor empiezo por allí.

“¿Cómo llega a conocerse el ser humano? ¿Cómo aprende a ver sus propios errores? De eso necesitamos todos un poco. ¿Hay algún librito en el que se traduzcan las palabras extrañas de sus libros?”.

—Sí, señora, las palabras extrañas de los libros la llevan a otra terminología, espiritual, y eso va por sí solo si lee ‘Una mirada en el más allá’...

¿Ha leído usted todos los libros?

(Señora en la sala):

—Todos no.

—Pero ¿unos cuatro, cinco o seis?

(Señora en la sala):

—Sí.

—¿También ‘Una mirada en el más allá’?

(La señora dice algo inaudible).

Entonces en realidad debería conocer un poco todas esas terminologías, porque nosotros no tenemos palabras extrañas, sino la palabra pura para la ley o el estado del que hablan los maestros. Y entonces surge por sí solo: vida astral, es vida espiritual. Sí, esas palabras ya están más o menos explicadas debidamente en el diccionario, pero tampoco del todo, porque aún no tienen el significado, así que aquí se ve usted ante su propia terminología. Y si esas leyes se hubieran explicado según nuestro diccionario, nadie las comprendería, y ahora sí, en cierta medida. Porque cuando uno se pone a hablar sobre las leyes materiales y la vida, y si las quiere analizar, espacial y espiritualmente, uno se ve, en cambio, ante una vida muy diferente. Y esa vida, a su vez, tiene otro significado. Y por eso se le ofrece aquí, aquí y allá, alguna palabra, no más, en esos libros. Porque ¿qué palabras serían las que

no comprende?

¿Las ha anotado?

(Señora en la sala):

—Sí, varias incluso, señor Rulof. Por ejemplo, la explicación de: grados, esferas, del karma, universo, evolucionar, astral, karma, primer grado cósmico, por ejemplo, Venus, los planetas de transición, el tercero..., la tierra. Y todas esas cosas en el fondo no se entienden para nada.

—Pero si todo lo que usted está mencionando es más sencillo que nada..., porque cuando accedemos a una esfera esta es explicada como un mundo, como un espacio, como un ser humano, y eso debería haberle quedado claro, ¿no? Cuando se habla de un grado... La tierra también habla: un grado de la técnica. Y un grado de conciencia, pues, es una parte, una partícula de esa conciencia, ¿qué si no? Pero cuando se habla de esto, de una palabra extraña, señora, va acompañada, infaliblemente, de una explicación. ¿Cierto o no?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Así que entonces tiene que sentir usted un momento lo que significa esa esfera. En todos los libros se dice claramente: una esfera es un mundo, también es un grado de conciencia, una parte de Dios, un espacio, sentimiento. Una esfera tiene luz, tiene una personalidad, tiene irradiación. Claro, si eso todavía no ha quedado claro, pues, ya me dirá usted.

(Señora en la sala):

—Quizá no haya leído sus libros en el orden correcto.

—¿Por dónde empezó usted?

(Señora en la sala):

—Eso tendría que mirarlo un momento.

—Si comienza usted con ‘Una mirada en el más allá’... Cuando los maestros hablan de eso, de ‘Jeus de madre Crisje’, si hubiera empezado con eso, y allí hablan de “mangar”, uno diría, sí, claro, eso se suele decir “robar”; pero eso ya se entiende más o menos en la sociedad. Y allí también aparecen palabras más o menos espirituales, pero aun así el maestro Zelanus se queda entonces en (la región) Achterhoek y conserva el dialecto de Güeldres, porque no va tan lejos como para analizar la terminología espiritual. Pero cuando haya leído todos los libros, haya terminado unos diez, once, le tendrá que quedar claro —y eso es muy sencillo— cuando se hable de grados, cuando se analiza, y así comprenderá lo que es en realidad.

Bien, creo que la gente está de acuerdo conmigo.

(Gente en la sala):

—Sí.

—Casi no es posible, porque cuando cae una palabra extraña, esta suele estar conectada con un estado. Y entonces recibe usted la explicación, el

análisis de ese grado, un grado de sentimiento, un grado de conciencia. El cosmos está repartido entre millones de grados y leyes vitales, un grado es, a su vez, una ley, y una ley es, a su vez, un grado de vida. Los grados del sueño, los grados del arte, los grados de la música. Se empieza con el jazz en la jungla y terminamos con Beethoven, Mozart; y para el arte: Tiziano, Van Dyck. Tenemos pintores que lo embadurnan todo, Piascos modernos, y esos nos llevan por sí solos al Rijksmuseum; entonces prefiero sentarme ante Rembrandt, entonces sé que he dejado atrás los Piascos.

(Risas).

¿Es así o no? Es la verdad, ¿no? Y llegan ustedes a ver un grado de arte, un grado de sentimiento, de conciencia, representación, para las artes y las ciencias.

¿Tiene alguna pregunta más sobre esto?

¿Le ha quedado claro?

¿Sigue sin comprenderlo?

(Señora en la sala):

—Bueno, déjeme que primero lo piense y procese un poco, señor Rulof.

—Pues yo creo, señora, que entonces ya lo sabrá. Si continúa tranquilamente después de ‘Una mirada en el más allá’, y recibe usted ‘Los pueblos de la tierra’, ‘El ciclo del alma’... ‘Entre la vida y la muerte’ sí es un poco más difícil, porque allí estamos en el Antiguo Egipto. ¿También lo leyó ya? Grados de sentimientos, grados de sueño: es lo que tiene allí. Pero mire, también: el sueño es como si fuera la caja de la escalera, empieza usted por arriba, allí está encima del tejado, es la conciencia diurna para el ser humano, y después va descendiendo lentamente por las escaleras, y así va al sexto piso... Aquí en Holanda tenemos pocos rascacielos, pero sí que tenemos casas de siete pisos, ¿verdad? Y entonces vamos al Bosque de La Haya, o tenemos allí en Scheveningen la cárcel de Oranjehotel (notoria en la Segunda Guerra Mundial), se parece un poco. Y entonces va bajando, así, y empieza a ver los grados del sueño, una representación del sueño. Y justamente esa palabra de los “grados” es aplicable; o puede hablar del reparto del sueño.

Pero ya comprenderá: escribir estos libros ya es una increíble dificultad para encontrar la palabra adecuada. En eso, sin embargo, los maestros son artistas. Artistas. Y nuestro diccionario ya cambiará, se lo aseguro, señora, a medida que el ser humano adquiera más conciencia, entonces la palabra “morir” se llamará... ¿está claro, señora? Pero, señora, eso no está claro para las masas y el mundo. Porque morir ni siquiera existe. Tampoco hay un morir —aquellos que mueren— y matar a golpes: “Sí”, dicen, “he asesinado a un ser humano”, pero más adelante ya ni siquiera será posible asesinar a nadie. Todas esas palabras desaparecerán de nuestro diccionario. Y entonces recibirá usted la palabra espiritual, además del significado. Tenemos tantas palabras

en nuestro diccionario aquí que no significan nada, y que además son falsas. Eso no lo tiene usted en nuestros libros. Morir. Y cuando llega usted entonces al camino cósmico, es decir, cuando llegue a tener que ver con las leyes cósmicas y la ciencia, ya conocerá la mitad de ese diccionario, que representa la ciencia espiritual, la psicología... Entonces el erudito no se entera de nada. Y entonces sí que dice: “Eso es esto”, pero no lo es.

Lo que tienen que hacer es dar nombres al ser humano como cuerpo y como ser humano. Si el erudito, el psicólogo y el médico conocen al ser humano, llegarán para los riñones, los intestinos, la circulación de la sangre, los ojos, la boca, la matriz y los sistemas de parto al vocabulario universal, y el organismo recibirá el significado divino para cada organismo; todo eso se disolverá alguna vez en el tiempo.

Ya les he dicho varias veces aquí: vivimos en un tiempo asombroso; exacto, nosotros, los seres humanos. La gente refunfuña y pega y pateo, pero nunca antes se había vivido la historia tan intensamente ni se puede fundamentar como a través de este siglo, de 1900 a 2000. Esto es tremendo. Dentro de millones de años seguirán hablando de este tiempo, porque la humanidad está colocando ahora los fundamentos materiales y espirituales. Hace doscientos años vivíamos todavía en el grado de vida animal, señora, en la inconsciencia. Bueno, el ser humano sí tenía una fe. Pero ha habido tantísimos cambios en el ser humano, y sobre todo por esa última guerra; en cinco años de guerra hemos vivido una revolución. Ahora empieza la colocación de fundamentos espirituales.

Cuando la sociedad, el psicólogo, los eruditos tengan que aceptar luego todas las facultades espirituales que nosotros ahora representamos por medio de los maestros, a la humanidad entera le dará vueltas la cabeza —ni siquiera digo que le estallará la cabeza, sino que le dará vueltas—, porque entonces la humanidad creará y dará a luz según las leyes del espacio, de Dios. Pero este tiempo es imponente. Porque nosotros hemos colocado pequeños fundamentos para el vocabulario y las palabras, y hemos buscado palabras, hemos edificado una universidad, y esta todavía es inconsciente para todas las facultades, es completamente inconsciente, es basta material. Ahora pueden empezar ustedes con cualquier facultad espiritual y entonces les podré responder de inmediato. Si quieren hacer comparaciones con aquellos libros, con los maestros, lo que sabemos ahora, entonces todo se caerá y será radiante, lo atravesaremos. Y cuando vea esa imagen, señora, ya sentirá que la humanidad adquirirá nuevas palabritas.

Si escribiéramos una pieza y la hemos analizado espiritualmente —mediante este diccionario es imposible analizarlo terrenal, material, socialmente—, ellos no comprenderán nada, porque jamás han oído hablar de esos sistemas.

Hace poco hubo algo escrito en el periódico, trataba sobre la anguila. Nadie sabe por qué la anguila se va hacia el Mar del Norte, hacia los mares. Se lo escribí a ese hombre, digo: “Señor, yo le explico el universo en una sola página”. Esto es un universo para la anguila. Que si lo aceptan, no lo sé. Señora, es una revelación espiritual científica que di a la gente, porque es más sencillo que nada si conoce usted esas leyes. Pero ahora ese mar ya no se llama “mar”, sino que es un espacio para parir. Igual que usted, como madre, posee los órganos de alumbramiento, como la matriz, eso para el mar es el espacio para parir y se puede analizar por completo, aunque requiera un libro de quinientas páginas; y se puede contar en una sola. De eso no entienden ni jota. ¿Por qué no? Porque no hay ni un solo erudito entre la humanidad entera que sepa algo de eso. No conoce el mar, no conoce el alma ni el espíritu, y tampoco conoce una entidad propia para cada pequeño insecto; y después la entidad para los mares. ¿Siente usted la poderosa profundidad ante la que se encuentra esa gente? ¿Y que, ciertamente, es imposible analizarla por medio de palabras materiales? Para eso se necesita espacio espiritual.

La primera pregunta, señora: “¿Cómo llega a conocerse el ser humano?, ¿cómo aprende a ver sus propios errores?”.

Sí, de eso ya me gustaría hablar alguna vez durante veintiséis años. Si uno no empieza con eso... Aquí tengo gente... me asusto y lloro todos los días; se llora por dentro. Tenemos gente, señora, viene aquí, han estado viniendo aquí dos, tres años, y ahora empiezan para ellos mismos. Dicen: “Bueno, puedes venir conmigo, porque yo también enseño todavía a partir de la Biblia”. Ese gente dice: “Sí, luego hablaré”. Y aquella persona va a curar y la otra va a hacer esto; y entonces esa gente tiene que conocerse. Pero se pegan a ellos mismos, no hacen otra cosa que marginarse y entonces empiezan hablando de esto y con lo otro y, bueno, optan por saltarse toda esa sociedad humana, en nuestro terreno.

Y si entonces va a la sociedad —¿cómo llego a conocerme a mí mismo?—, estaremos ante centenares de miles de problemas. El ser humano no quiere. Y un solo problema es lo peor, es esa voluntad humana loca, horrible, imponente, animal, preanimal a la que lo le da la gana. El ser humano es esto, el ser humano es lo otro.

Esta tarde estaba leyendo en Jeus III. Ojalá lo tuviera usted. Dios mío, Dios mío, gente, he tenido que leerlo como André, como un auténtico extraño. Dios mío, Dios mío, gente, cuando lean eso, lo que reciben allí, entonces... Si tuviera el libro, le diría a la señora: “Lléveselo ahora mismo, así lo sabrá todo de una vez”. Se viven centenares de miles de problemas, inclinaciones, inclinarse del todo ante esto y lo otro, y tal y cual y no sé qué más, la entrega al cien por cien; allí lo encuentran todo. Allí encuentran todo. Y si quieren todo eso, ser un instrumento para el otro lado... A la gente que quiere avanzar

le puedo ofrecer una escuela que genera felicidad cósmica, una escuela de una belleza sin precedentes, de fuerza de voluntad, de cumplimiento del deber, de sencillez, de inclinar la cabeza, inclinarla una y otra vez, amar, comprender al ser humano, querer comprenderlo; si es que son capaces de valerse por sí mismos en la sociedad. Da igual, así dice, lo que sean ustedes —lo dicen todos los libros—, pero no se sirvan de la demencia soberbia. Si hay algo que no poseen, señoras y señores...

Hay personas que se han dedicado al arte, de pronto se hunden, ya no pueden más, aun así el ser humano se aferra a ese arte y no quiere quitárselo de encima, nunca. Los cantantes y violinistas, por ejemplo, ya no son capaces de su repiqueteos ni de conmover sus cuerdas porque quizá esos dedos se estén agarrotando, su sentimiento sea equivocado, y entonces, pues, optan por seguir; y desintegran más de lo que construyen.

¡El ser humano con complejos de inferioridad! Pero eso no es tan grave como el ser humano con demencia soberbia. Es que dan ganas de... Pero uno no hace nada, porque son niños. Los adultos son niños. Para aprender: ¿cómo aprendo a pensar? Para aprender: ¿cómo llega a conocerse un ser humano? Dios mío, santo cielo, dame veinticinco años y ni así habré llegado. Se lo puedo enseñar en un año, en una sola noche. Ya me he pasado de rosca aquí hablando esos años. En los libros también hay mucho. Pero ¿cómo aprende el ser humano a inclinarse? Eso me gustaría tener. ¿Cómo aprende el ser humano a entrar en armonía con quienes han escrito allí esos libros, con los maestros? ¿Cómo entro en armonía con una esfera? No se lo crearán. ¿Cómo llego a conocerme? Tenemos aquí gente que lee y lee y lee y que hace preguntas y preguntas, volví a vivirlo uno de estos días, y entonces dices: Dios mío, Dios mío. Digo: “Hombre, ¿sabe lo que necesita usted?”. Digo: “Un buen trago de ginebra añeja”. Digo: “Eso lo volverá a poner sobre los pies materiales”.

La gente lee libros, la gente hace preguntas sobre Dios y el Omnigrado. Sigo teniendo la educación de responder a esa gente, pero habría que darles una buena paliza en el trasero. La gente hace preguntas, lo sé, no se me olvida: “Señor Rulof, ¿qué me pasará cuando estemos en el Omnigrado?”.

(Risas).

Sí, ríase, señora, pero aquí hacen esas preguntas.

Pero cuando la señora se fue al ataúd a él lo tuvieron que apoyar dos personas para que no se derrumbara. Y esa gente hace preguntas: “¿Qué me pasará...?”. Los tienes allí delante de tus narices, están allí sentados delante de ti, y entonces viene esa gente que está aquí por primera vez, piensa: ese señor Rulof está loco de remate. Y yo eso lo acepto. Y si yo no añadiera alguna pequeña amabilidad, pensarían: allí hay una pandilla de locos con la cabeza como un reloj. Pero piensan: ‘Vaya, ese hombre encima los hace reír’. Sí, si puedo poner algo patas arriba a martillazos, como la condena y el Juicio

Final, llego como una flecha. Pero la sagrada seriedad nunca desaparece.

Pero lo que es aquí, señora, hacen preguntas —y enseguida volveré a usted y a esa palabrita—, aquí hacen preguntas: “¿Cómo seré cuando esté en el cuarto grado de vida cósmico?”. Y: “¿Cómo seré cuando esté en el Omnigrado como Dios?”.

Y aquí siguen derrumbándose, señora, cuando tienen que perder a su pareja. Entonces ya te puedes poner a llevártelos de la tumba a rastras. Y entonces dice la sociedad: “Dios mío, Dios mío, ¿lo ven?, nada más que alucinaciones”. Esas personas viven todas por encima de su capacidad mental —y de la soberbia—, por encima de su vida en la sociedad y la personalidad. ¿Y esos quieren enseñarnos, esos pobres diablos? ¿Quieren demostrarnos cosas, esos lelos? Ja, ja. Y esa gente encima quiere, señora, que vaya a tocarles a la puerta, llorando: “Qué desgracia, ¿no? Sí, ¿los metiste en la tierra, tan a gusto?”. Entonces soy duro. Digo: “¿Qué quieren de mí, yo que conozco los mundos astrales?”.

Quiere usted aprender a pensar. Aquí ya lo han tenido muchas veces, señora: ¿Cómo llego a conocerme a mí mismo y cómo empiezo a pensar? El maestro Zelanus...

¿Estuvo usted el domingo en Diligentia con nosotros?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Señora, allí dijo el maestro, lo último: “Aprende a pensar”.

¿Y es pensar si uno se pone a leer libros, a hacer preguntas durante dos años, centenares, si ha asistido a ochocientos conferencias? ¿E incluso así se derrumban? ¿Es ese el truco? Ese hombre, esa gente, ¿aprendió a pensar? No, señora, piensan de forma equivocada; piensan, de acuerdo, pero ese pensamiento aún no es posesión. Ahora están solos y abandonados. Esa gente no ha aprendido nada, en todos esos años no han pensado, en todos esos años no han sido capaces de asimilar ni una pizca de nada. Es hablar con borregos. Una vaca asimila más de lo que uno le diga, señora; si me pongo con una brizna ante ese animal, me da un lametazo como Dios manda. Prefiero con mucho hablar con caballos y vacas. No me refiero a usted. Vaya. No piense eso.

¿Cómo aprendo a pensar? ¿Cómo aprendo a conocerme? Bien, entonces necesito tener una escuela. ¿Por dónde quiere empezar?

No me mire tan mal, señor, no le he hecho nada, ¿no?

(Risas).

¿Por dónde quiere empezar? ¿Qué quiere hacer? ¿Cómo aprende a pensar? Sí, ¿cómo es su vida en la sociedad? ¿Qué hace usted? Entonces, señora, tiene que empezar primero, para seguirla por completo, con lo que tenga que ver usted, con lo que toda esa gente tenga que ver. ¿Cómo es uno frente al otro?

¿Qué dice uno? ¿Qué piensa el otro?

Ahora primero tenemos que aprender a pensar según manda la creación, es decir: cuando una semillita entra en la tierra, aún no tiene nada que decir antes de que aparezca la flor. Empiezo a hablar y entonces al instante me veo desequilibrado a golpes por otro problema de aquel otro ser humano, y entonces hay algo que avanza. “Para”, digo entonces. “A esperar hasta que yo haya terminado y después empiezas”. No, oyen algo, al instante aparece una historia: adiós beatitud, adiós problema, adiós emoción. Quiero ofrecerles a ellos una emoción y quiero contarles algo que es poderoso; resulta que surge una historia que mide veinte kilómetros: adiós sentimiento mío, adiós problema mío. No nos vivimos el uno al otro.

Así que para aprender a pensar primero deberíamos intentar aprender intuitivos mediante una conversación, y entonces vivirán ustedes lo más poderoso que hay, si se dedican a ello, a esto. Porque ahora se junta a eso vida y muerte, reencarnación, paternidad y maternidad, personalidad, sentimientos. Dios, Cristo, planetas y estrellas, señora, para eso tenemos libros. Si quieren, con amigas, con amigos, se sientan a gusto y encima les invitan a un delicioso vaso de rayos de sol en forma de vino, entonces vivirán Grinzing (un vino de cerca de Viena) y todo, y tendrán un imponente y maravilloso viaje juntos, y así se aprende a pensar... se aprende a pensar.

Aprendan a terminar un pensamiento. Eso lo he vuelto a leer ahora en ‘Jeus’. Tengo un sagrado respeto por Jeus. Él colocó fundamentos cósmicos. André se quita el sombrero ante Jeus porque él es la roca a la que todos nos aferramos. Pero cuando en la calle Montferlandseweg... ¿Quizá haya leído usted mi libro ‘Jeus de madre Crisje’? (En dialecto): Si lo has leído en dialecto, señora, ya lo sabrás de una vez para todas. Cuando oyes eso, ya sabes de una vez para todas si lo has leído. ¿No lo has leído en ese librito? Cuando crezca, me pondré a escribir libros. ¿Lo has leído? Esta noche me voy a poner a hablar un poco en dialecto, ¿por qué no? Quizá lo entiendan mejor, ¿no?

Señora, estuve un momento en ’s-Heerenberg. Me refería a ‘Jeus de madre Crisje’; si usted se adentra allí, aprenderá a pensar, aprenderá a sentir y aprenderá a inclinar la cabeza. Y cuando luego venga a la sociedad y más adelante llegue a tener entre sus manos los otros tomos y atravesie infiernos y cielos, hacia el macrocosmos, y vuelva a sentarse y regrese cuando haya leído uno de esos libros, y lo comenten entre ustedes, tendrá que escoger a las personas adecuadas que tengan los mismos sentimientos, así podrá caminar muy a gusto por la creación, vivirá usted un paraíso terrenal, humano, espiritual —¿no le parece?—, si quiere, claro.

¿Cómo aprendemos a pensar? ¿Cómo se llega a conocer a sí mismo un ser humano?

Otra cosa más: ver los errores propios. Sí, ¿cómo aprendemos a ver nuestros

errores? Señora, ¿hay personas entre nosotros que de verdad quieren ver sus errores?

Pues, sí, allí estamos ahora.

(Señora en la sala):

—Sí.

—¿Sí? ¿Usted sí? ¿De verdad que ha llegado a ese punto, señora?

(Señora en la sala):

—Veo muchos errores míos.

—Cuando su marido está a su lado y él ve un error, ¿lo reconoce usted?

(Señora en la sala):

—Sí, yo sí.

—Señora, entonces yo le regalaría flores todos los días. Claro que sí, es así de valioso. Bueno, no sé si me llegaría el dinero, no se trata de eso. Pero si usted a ese Piet Hein suyo... Bueno, señor, me permite que diga eso, ¿verdad? Porque una tonelada de plata no es nada si la comparas con él. Pero si ese tesoro suyo lo ve, señora, cuando el ser humano como hombre —lo mejor será que me siga a mí mismo— ve a la madre que sabe inclinar la cabeza... He tenido aquí a personas que dicen: “Sí, señor Rulof, tengo que volver a la tierra, he dejado las cosas hechas trizas”. Nosotros sabemos por qué, sin lugar a dudas. ¿Entiende?

(Señora en la sala):

—Pero eso da igual, ¿no?

—Eso da igual. Todos venimos de la jungla. No está entre mis planes meternos cada semana en el puchero y dedicarnos al canibalismo. Pero es cierto, en el espíritu seguimos siendo caníbales, porque no hacemos más que comernos y bebernos ese cosmos, y sorberlo y machacarlo a patadas; ni nos conocemos. ¿Cierto o no? Pero cuando el ser humano es capaz de reconocer su error, no hay ninguna trampa, ningún agujero. ¡Ojalá fueran capaces de eso! Eso es lo que machacamos una y otra vez. Yo siempre me he mantenido en pie, señora, porque le aseguro que eso no es sencillo, ya lo leerá en ‘Jeus III’. ¡La de cosas que ha vivido ese pobre Jeus! Entonces el maestro Zelanus dice: “Bueno, Sócrates, Platón, Pitágoras, Dante, Darwin”, ¿quién más?, “a ver: ¿quién quiere ser el primero?, porque eso sí que no lo han vivido. Ni uno solo estuvo en ese macrocosmos.

Pero ¿qué hay que hacer para eso? Llorará hasta vaciarse cuando siga a ese pobre Jeus; pobre Jeus. Cuando lo siga y viva lo que va a pasar, si de verdad entabla usted una conversación con usted misma, es decir: el ser humano que presta atención a sí mismo. Y si entonces el ser humano, hombres y mujeres, si ustedes han aprendido algo este invierno, les aconsejaría: fíjense en sus propios sentimientos y piensen, piensen, piensen. Si de verdad hay un error material... Los espirituales los cometemos todos los días, los cósmicos también,

sí, claro, para eso somos seres humanos, todavía estamos en ello. Pero cuando ese error existe y usted no es capaz de inclinarse, habrá un gran boquete, eso es infalible. Y no serán capaces de vencer ese escollo, ni salvarlo, porque no hay levitación, nadie les ayudará, y estarán impotentes ante esa personalidad en concreto; no avanzarán ni un solo paso.

Y eso continúa así, eso continuó así años, años, años, años, así sigue el ser humano. “Sí”, dice esa madre, “tendré que perdonárselo”. O dice: “Mejor será que se lo perdone”. Pero ese amor, ese enorme amor de los tiempos en que empezamos a arrullar, ¿verdad?, cuando empezamos a mirarnos los morritos, y se manifestaron esos temblores interiores, a partir de ese momento surgieron errores y escollos. Y a partir de ese instante ya hemos tenido que inclinar cien mil veces la cabeza ante algo, pero no fuimos capaces. Y eso sigue allí.

¿Cómo podemos conseguir estar frente a los demás habiendo hecho borrón y cuenta nueva? Entonces todos seremos papel de lijar. ¿Sí, cómo llegamos unos a otros, puros en la forma de pensar? Y si usted quiere, y si es capaz, todo ese pasado profundo, poderoso, de todas formas será borrado del mapa y así pondrá usted nuevos fundamentos, señora. Eso lo han demostrado los libros, las novelas, las películas y las obras de teatro: al final resulta que aparecerán esas inclinaciones y los sentimientos humanos, y seguiremos de nuevo.

Pues bien, dos personas en la tierra —aunque todavía formen parte de la iglesia católica y del protestantismo, sean judíos o de otras sectas—, dos personas en la tierra, como hombre y mujer, pueden representar y vivir un paraíso si son capaces de inclinarse el uno ante el otro. Y entonces se llega a vivir cada vez más profundidad. Entonces empiezas a decir: “Dios mío, Dios mío, qué tesoro, ¿verdad?”. Qué abundancia. Qué belleza; aunque tenga usted ochenta años.

Una vez dejé caer ante alguien: “Viejo cabrón”. Sí, pienso: ‘Dios mí, Dios mío, ¿en qué lío me he metido esta vez?’. Porque eso es lo que salió de mi boca, “viejo cabrón”; ¡y era una mujer!

(Risas).

Y así, sin más, digo: “Viejo cabrón”. Pienso: ‘Dios mío, Dios mío, Jozef, si la señora no lo comprendo me echará, claro’. Pero lo dijo la sociedad. Porque yo vi algo muy diferente, porque primero vi ese viejo cabrón y después vi esa hermosa criatura juvenil en esta personalidad. Pero eso no llegó a salir de mi boca porque de pronto nos separamos corriendo. Y esa mujer se fue con eso de “viejo cabrón” a casa. No durmió aquella noche, porque habrá dicho: “¿Por qué será que ese hombre me dice ‘viejo cabrón?’”. Pero es la sociedad. Y eso también procedía de esa sociedad, porque si un ser humano es viejo, ciertamente es un viejo cabrón. Pienso: ‘Algo de cierto hay en esto porque es la sociedad la que habla’. Nuestra vida dijo: “Viejo cabrón”. Y eso me

atravesó, pienso: ‘Menuda faena’. Pero no tardé en gritar: “Señora, ¿verdad que ha comprendido...?”. Digo: “Ahora le contaré la imagen opuesta, para que se pueda alegrar”, digo, “porque es usted tan jovenzuela”. No “un joven”, sino “una jovenzuela”. “La flor está saliendo. Es usted igual que un árbol de la vida soltero en flor”. Y así fue entonces. Pienso: ‘¿Cómo es posible?’. Cuando el ser humano empieza a pensar y a sentir de verdad, señora —porque aquí se piensa—, entonces el ser humano recibe... se convierte en lo mismo que el árbol de la vida en ‘Las máscaras y los seres humanos’.

Claro, no lo habrá leído todavía, ¿verdad?

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿De qué se ríe, señora?

(La señora dice algo inaudible).

¿Le pegaron una buena tunda en las narices? No será verdad, ¿no?

Cuando una empieza a leer y a vivir y a sentir eso, el ser humano empieza a ser plenamente primaveral, a estar en flor; no con flores rojas, blancas y azules (los colores de la bandera holandesa), sino los del arco iris. Y entonces llegan a tener ustedes espacio.

Sí, entonces ellos lo comprendieron.

Pero el ser humano, el joven y el no tan joven, es viejo, tremendamente viejo, porque el ser humano no es capaz de pensar, porque el ser humano piensa al margen de la creación, de cabo a rabo. Sí, es la verdad. No pensamos conforme a la creación. Y ahora estamos ante esa palabrita de Sócrates: ¿cómo llego a conocerme a mí mismo? ¿Cómo aprendo a pensar?

Si la próxima temporada —si estamos todavía— me colocaran ante esos problemas, si me los sometieran la próxima temporada, y si me pusiera a analizarlos de verdad, escribiríamos un nuevo libro. Aquí está. El primero está listo, de 1950 y 1951, señoras y señores. Ojalá tuviéramos ahora un banquero entre nosotros, entonces se imprimiría de inmediato; porque vale la pena, se lo aseguro. Contiene el análisis de sus preguntas. Y ese libro, señora, es todavía más útil que aquella veintena que tengo allí.

¿Cómo aprendo a pensar? Porque esas preguntas las han hecho aquí cinco veces, seis veces, siete veces, y ahora están consignadas en él, con un análisis maravilloso. Pero sobre cada pregunta... Señora, si quiere —¿cuánto dinero podrá ganar?—, se lo pregunto un momento a los maestros, y empezará mañana a escribirle un librito de cien páginas. ‘¿Cómo aprendo a entrar en armonía con Dios?’, un libro de trescientas páginas. ‘¿Cómo aprendo a inclinarme?’, un nuevo libro. ‘¿Cuándo soy verdad?’, número tres.

Sobre el amor no es necesario que empecemos nunca, porque eso será el número setecientos. Pero el ser humano empieza de inmediato: ¿Cómo seré...? ¿Y quién está tan mal de la cabeza para decir y preguntar en esta sociedad desquiciada: “¿Cómo doy cariño? ¿Cuándo soy amor? ¿Cuándo lo

soy en verdad? ¿Y qué es el amor, pues?”. Son dos libros más, es una trilogía en un solo volumen. Es el amor basto material, material y espiritual. Mejor no vivamos el animal, porque ese ya lo conocemos en la sociedad, pueden ustedes vivirlo en cualquier parte.

¿Cierto o no, señor Joost?

(El señor dice algo inaudible).

¿En serio?

(Nadie dice nada).

¿En serio?

(Señor en la sala):

—Yo diría que sí.

—Sí. Ah, gracias.

¿Cuándo podremos escribir esas cosas, señora? Entonces las recibirá, habrá libritos. Esta misma tarde pensé en eso. Llevo dos días ganduleando. Me he sentado durante dos días en el balcón. El pasado invierno ofrecí casi cien conferencias, escribí cinco guiones, pinté cien cuadros, y después copié a máquina, como quien no quiere la cosa, un libro de cuatrocientas páginas y entonces descansé dos días. Y ahora vuelvo a rebosar de alma que se me ha infundido. Podría empezar ahora mismo si lo quisieran los maestros; entonces escribiría este año siete libritos de esos. Cada semana uno. Así tendríamos cincuenta y dos. Pero ¿quién tiene el dinerito? ¿Dónde viven nuestros banqueros? Tenemos aquí en (la sala) Cónocete a ti mismo, de 1950-1951, ‘Preguntas y respuestas’, de Jozef Rulof. Ojalá lo tuviéramos, el dinero, así eso iría ahora mismo a la imprenta, porque merece la pena. Eso lo hemos tratado aquí entre todos.

Oigan, señoras y señores, ¿no sería bueno empezar por fin a imprimir billetes falsos? Pero entonces habrá que hacerlo de tal forma que nunca nos agarren. Pero, ay, si supiera hacerlo. Si me dijeran: “Ponte ya”, lo haría de inmediato. Porque entonces nunca me agarrarían. Y así publicaríamos nuestros libros con cargo a nuestra sociedad, qué gloria. Cómo les gustaría meternos en el Oranjehotel (una cárcel notoria durante la Segunda Guerra Mundial), qué bien se lo pasarían.

Pero, señora, ¿quién tiene más preguntas sobre esto?

¿Cómo llego a conocerme? ¿Cómo aprende el ser humano a inclinarse? Inclínarse lo es todo. Inclínarse lo es todo. Ustedes tienen que... Si no aprenden a inclinarse... ¿Cuáles son, pues, los primeros fundamentos para Sócrates? ¿Cómo llego a conocerme? Señor, ¿cuál es pues, el primer fundamento para ello?

Sí, señor Götte.

(Señor en la sala):

—Saber cuál es tu origen para qué vives.

—No, no, no, no, no es necesario leer libros, para nada. No se trata de: dónde vive el origen y lo que eres y cómo eres; ya lo acabo de contar: primero hay que inclinarse ante cada cosa, ante la pena, ante el dolor. La gente de la que hablo, que lo ha leído todo y que aun así se derrumba cuando tiene que aceptar la pérdida —que no es pérdida— no se inclina ante la verdad; son los lelos, los pobres diablos.

¿Es verdad o no? Sí.

Sí, lo que sí tienen que... Bien es verdad que pueden decir... aquí están ahora, están aquí todos juntitos, tan a gusto, siguen hablando todos, pero si no son capaces de inclinarse ante esa muerta, ante esa Parca... Lo saben todos ustedes, conocen las leyes, ya estuvieron detrás del ataúd; sí, claro, ya les gustaría. Enseguida tendrán que demostrar ustedes, uno por uno, de lo que son capaces, ahora queremos verlo. No se crean que me pondré a llorar con ustedes junto a la tumba. Para mí el ser humano adquiere sus alas espirituales; aún no tiene Grandes Alas, porque todavía es alicorto, es infalible. Las Grandes Alas y las alas espirituales solo las recibiremos si conscientemente me demuestras ... cuando este dicho de Sócrates tenga y adquiera un significado para sus sentimientos y personalidad: ¿cómo llego a conocerme? Allí el primer fundamento es: ¿cómo aprendo a inclinarme ante todo? Es algo que tiene que hacer el protestante y es algo que tiene que hacer el católico.

Además, durante la guerra conocí a gente que tenía más, mil veces más, que ustedes aquí, que todos ustedes. No sé cómo deberán actuar luego. Pero ya lo hemos recibido de muchos, y se lo hemos visto: no se derrumbaban; y estaban ante el pelotón de fusilamiento para ser acribillados.

Y aquí hay gente que lee libros, que asimila algo, pero que no se inclina ante nada, señor. No piensa, piensa pero no se entera de nada. Dan rodeos que da gusto. Ay, señor, hablan en la sociedad y entonces dicen: “Ay, señor, déjese de historias. ¿Que su mujer está muerta? Ay, señor, siga”. La mujer de él vive, ¿a que sí? “Sí, su mujer vive, señor, ¿quiere que le cuente una cosa? ¿Quiere leer libros?”.

Cuatro meses después lo tienen que demostrar ellos mismos, señor, y se derrumban. Es bluf, señor, allí en la oficina. Cuando usted, señor, llegue al otro lado y se encuentre allí y quiera convencer a la gente y usted mismo todavía no lo ha demostrado; señor, esa esfera ni existe. Usted ni siquiera tiene un otro lado, señora y señor, ni asidero y dónde pisar, porque eso lo tenía que haber demostrado inclinándose primero aquí, allí y en cualquier parte. Inclinándose. Y a esas personas las oyes hablar a diario en la oficina y son personas que andan allí con dolor, pena y desgracia.

¿Y cómo pensaba usted que yo aprendí a pensar cuando el maestro Alcar empezó conmigo? Solo para dejar perplejo al ser humano: yo lo sé todo, estuve en el otro lado, escribo libros, pintan, me permiten que me desdoble

y vuelo por el espacio, ¿no? Bah, señora, primero tengo que poder vivir una escarlatina común y corriente, una deliciosa pulmonía, para demostrar si puedo inclinarme ante una estupenda bofetada en plena cara, ahora en los pulmoncillos.

Sí, ¿no es así?

El ser humano pregunta cómo es él en el Omnigrado y se olvida de cómo será aquí en verdad. Si empieza a hablar usted de la cosmología, ahora en Diligencia estamos hablando de la cosmología, about the universe, sobre el universo... Señora, cada pensamiento es universalmente profundo, dice el maestro Zelanus y dicen los maestros, y es la verdad. Primero demuestren de lo que son capaces. Fanfarronear, gritar y alborotarnos, eso sí que lo sabemos hacer.

Cuando luego lean 'Jeus III'... El ser humano me quiere imitar poseyendo los dones. Ya me gustaría que fueran ustedes capaces, ciertamente; entonces se lo regalaría todo, si lo hicieran igual. Pero en una sola semana los habrán borrado por completo del mapa, de la sociedad, entonces los esperarán en Rosenburg. Y Rosenburg, aquí en la Laya, lo conocemos todos, es un manicomio, un centro siquiátrico. Pero el ser humano quiere esto y hace lo otro, y el ser humano quiere esto y lo quiere todo; claro, ¡de los demás! Pero cuando llega a encontrarse ante el ataúd aquel, ante la muerte de ese pequeño rasgo de carácter...

Señores y señores, ¿es cierto o no? Si uno es capaz de entenderse y es capaz de inclinar la cabeza ante los demás y realmente se cuidan de no querer vivir trastornos, entonces uno tiene un cielo como un paraíso. Y entonces de verdad que no hace falta ser rico, es totalmente irrelevante si uno tiene dinero o no. Pero entonces vale más un paseo por la naturaleza que ir al teatro, que una gran cena y que ir al cine y que un coche, señora, porque valerse por sí mismo en la madre naturaleza y el ser uno, la poltronita y la conversación y las risas y el sentimiento de esa alma agradable a tu lado porque nos entendemos... Pues, sí, allí estamos ahora. Y entonces vuelve esa gloria del arrullo natural. Y cuando cumpla sesenta o setenta años, señora, arrullará con mucha más conciencia y más gloriosamente y más espiritualmente que cuando tenía veinte, veintiún años.

¿No es cierto, Dante?

(Risas).

Estaba arrastrando los pies así que ahora, de una vez por todo, lo he...

(Jozef continúa).

Si es capaz de vivir eso, señora, y el inclinarse...

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Es eso agua de la semana pasada, señor? ¿De verdad que no la habían colocado hasta ahora? ¿Ah, sí? Pensaba que ya llevaba aquí una semana. Es

que normalmente, no bebo, porque es muy peligroso, eso te da escarlatina, ¿lo sabía?

Si realmente es capaz de eso, señora, y se adentra en ese ser humano, desciende en él, de verdad habla con una deidad, con un dios viviente y renuncia usted a ese Herman, a ese Nico, o a ese Pedrito o a ese tal Klaas y a Kees —y qué más nombres no les ponen a las personas— y no controlamos nuestra propia cabeza, sino que nos vemos siempre como vida, entonces vivirá usted el paraíso.

Pero ¿no sabían todo eso? De verdad que aquí no les estoy contando nada nuevo.

Pero, señora, ya llevo mucho tiempo con esto, espero llenar la hora entera con esto, porque esto merece la pena. Si empieza usted con eso... Nos hemos ocupado de esto muchas noches y no solo lo he explicado de forma basta material, material, espiritual y espacial, sino que además se nos dieron la explicación y el análisis divinos.

¿Es cierto o no, gente?

¿Y qué hemos hecho con ello? A diario recibo las pruebas. ¿Y encima quieren que me ponga a llorar yo? Entonces le digo al ser humano: “Necesita usted dos copas de ginebra para salvar sus nervios”. Entonces siento respeto por el católico y el protestante que se dirige, algo inclinado y quebrado, al cementerio y que deposita allí a su ser querido y dice: “Sí, cuando llegue el Juicio Final, no volveremos a ver allí. Descansa en paz, cariño”.

Pero preguntarle al ser humano, con sus ideales y su demencia soberbia, sobre: ¿qué soy en el universo, en el Omniestadio?, señora, sin ni siquiera ser capaz de vivir ni de hacer una inclinación ante una Parca corriente y moliente, próxima, esos son los lelos más grandes que tiene la humanidad en la tierra. ¿Es cierto o no?

Volamos, rugimos como las tormentas, nos dilatamos y todo eso no lo hacemos más que en pensamientos, porque cuando se presenta ante nosotros la realidad y los maestros nos sueltan en el océano... Les aseguro que no flotaremos y que nos hundiremos como ladrillos. Y no tenemos ni un solo pequeño fundamento; porque si tuviéramos un fundamento espiritual, esas cosas ni siquiera las preguntaríamos, porque las reconduciríamos nosotros mismos a la tierra.

¿Es que no es cierto? Cuando la gente llega aquí por primera vez y oye las preguntas que se hacen y se encontrarían con esas personas, dirían: “¿Lo ves? Estos no colocan fundamentos, están volados”.

Puedo enseñarles mucho más si saben cuándo tienen que inclinarse.

La cosmología que recibimos ahora en Diligencia es un regalo universal, un regalo divino, esas conferencias. Un domingo por la mañana me topo con la personalidad de alguien y me dice: “Vaya, lo que recibimos ahora en

realidad no son más que migajas, porque todo eso ya lo conocemos”.

Digo: “Vaya, vaya, qué cosas dice”.

A ese hombre me habría gustado calentarle el trasero, pero ni siquiera lo hago. Puedo andar con eso cuatro años. Y entonces le daré con la vara de las alfombras.

Pero el ser humano que vuelve a decir toda esa demencia, que tiene esa locura soberbia, dice: “Bueno, para nosotros, que hemos vivido todo eso, bien puede haber algunas migajas”.

Mientras nosotros hablamos de las leyes de dilatación del espacio, que ningún catedrático de astronomía conoce, allí se les analizan, y les cuesta un florín con diez centavos. Pero aquí sigue habiendo quienes dicen: “Bah, esto, bueno, de vez en cuando hay alguna migaja”. Y eso me lo dicen en plena cara.

Se lo dije al maestro Zelanus, digo: ¿Lo ha oído? Para estas y aquellas personas usted no tiene cosmología, solo migajas”.

(Señor en la sala):

—Dios, Dios.

—‘Dios, Dios, Dios’, pensé, ‘¿cómo voy a seguir subiendo al escenario?’. ¿No dan ganas de echar a esa gente de Diligentia? Maldita locura soberbia, señora. Mientras estoy llorando allí detrás del ataúd, emocionado por el poder de ese análisis, que ningún astrónomo es capaz de hacer. Ni un erudito en la tierra recibe lo que recibe el ser humano en Diligentia. Es otra cosa de esas.

Miren, señora, gente, hombres, allí se levanta en ustedes una maldita locura soberbia que dice... que se olvida de que ustedes siguen siendo lelos, yo también, igual, de cara a los maestros que de pasada explican las leyes de Dios, del universo, desde el origen, desde la Omnifuerza.

(Señor en la sala):

—... como para poner a una persona de esas cinco minutos sobre el escenario.

—Señor Götte, antes eran mis amigos, mis hermanos, y entonces mejor no decía nada. Y entonces ya no se conocen, ya no se sienten, ya no hay respeto ni deseo ni anhelo. Señor, estos lelos se elevan por encima de Cristo.

Y esos lelos preguntaron a Cristo cuando aún estaba en la tierra, esos descarados de espíritu —los cristianos sencillos, los verdaderos, estaban llorando hasta más no poder en Getsemaní— andaban, sin embargo, al margen del camino, estaban sentados allí: “Eres Tú de verdad? Anda, dinos algo”.

Cristo se giró y siguió caminando. Dijo: “Otro de esos”.

¿De verdad que pensaban ustedes que se le pudiera gruñir a Cristo la pregunta: “Oye, ¿de verdad que eres Tú?”.

Y al instante hice una comparación y entonces digo: “Dios mío, Dios mío, eso debería haberlo intentado yo y haberlo dicho al maestro Alcar... mientras casi me derrumbo de emoción el domingo por la mañana. Tan poderoso...”

¿Es que estoy mal de la cabeza o estamos locos todos?

Esas conferencias de allí, ¿no son revelaciones, señor?

(Dirigiéndose a alguien en la sala).

Dígame.

(El señor no dice nada).

¿Estoy loco yo o lo está usted? Yo me pongo a llorar detrás del ataúd. Están el maestro Alcar, los maestros más elevados, y dicen: “Nosotros somos capaces ahora”, porque aún no ha ocurrido nunca, señor, en el mundo, “nosotros somos capaces ahora”, señora, esto se lo digo a usted, “de analizar y materializar el cosmos por medio de una palabra”, lo cual nunca antes se pudo hacer, porque en la tierra no hay eruditos que sepan por dónde empezar. No saben qué palabras usar para el cielo, para la dilatación. Si bien dicen “dilatación”, no saben ni siquiera lo que es. Dicen: “Sí, si comienzas por aquí y te vas por un camino a Rusia llegarás allí a un final, ese camino se dilata”.

No, señora, eso está en la vida misma. La dilatación de esta plantita es el despertar de la personalidad; es lo verde y es el tallo, la rama y después de eso quizá una pequeña flor.

Qué locura soberbia que la gente se atreva todavía a volar por encima de las ‘alas’ de los maestros, por encima de su conciencia cósmica, y a decir: “Bueno, de vez en cuando hay alguna migaja para nosotros en esto”. A esos me gustaría echarlos a golpes a la calle, pero no lo hago.

¿Tengo el derecho a hacerlo? ¿Sí o no?

Es que dan ganas de... Ya solo ese bluf, señora, ni siquiera estamos hablando de nosotros mismos, de lo que podemos asimilar para nosotros mismos. Sino de lo que reciben desde los cielos. Continúe ahora un momento con sus libros y léalos todos, y si entonces aún no tiene respeto por quien los ha confeccionado... Yo sí.

Yo no era capaz; soy de 's-Heerenberg, tengo barro en las suelas, señora, no había aprendido holandés, y sigo sin dominarlo. Pero ahí están los veinte libros y tengo otros cinco más. También tengo la cosmología con la que estamos ahora y de la que podemos hablar durante cien millones de años. Y aun así todavía hay gente que se atreve a decirme a la cara, respecto a los maestros: “De vez en cuando hay alguna migaja para nosotros en esto”.

Sí. ¿No lo creen?

Sí. Lo he puesto en manos del maestro Zelanus, digo: “Señor Zelanus, tómelo usted, porque así lo habré perdido yo, gracias a Dios; porque a esa gente le doy una terrible paliza, ya no los volverá a mirar a la cara, jamás”.

Porque primero les enseñaré a inclinarse, señora, para que todos los días sientan gratitud por que se les haya concedido llegar a conocer esta obra y estos libros. La enorme gratitud que albergo por concedérseme cargar y procesar todo eso ya es espacialmente profunda, porque sucumbí en ella cien mil

veces humana y espiritualmente, aunque volviendo a levantarme por inclinar la cabeza. No por no poder con ello, no; porque esas leyes me hacían polvo, señora. Sin embargo, al poder inclinarme en todo —no solo para la conciencia diurna, también para el subconsciente— el maestro Alcar pudo retomar el camino, no había boquetes. Y ahora sigo siendo sencillo.

Los otros, sin embargos, son los fanfarrones, los gritones, los que deshacen, los locos de soberbia. Al primero con que se topen entre ustedes mejor le tuercen el cuello espiritual, porque luego se lo agradecerán. Yo ni hablaría de eso, pero quien lo haya dicho lo oye ahora y así podrá reflexionar, y los demás también, sobre lo que pasaría si algún día recibieran esa paliza.

Conózcanse a sí mismos, pero no se excedan en ni una sola estrella, ni en un solo gramo de sentimiento que alberguen ustedes, porque este se lo tendrán que ganar. Y si ese gramo de sentimiento no está en ustedes, señoras y señores, y están ante la ley para demostrar de lo que son capaces y lo que tienen que hacer, entonces vendrá el sucumbir y se desplomarán. ¿Es cierto o no? Miren, para aprender, esto les servirá mucho más. Si el ser humano ya es capaz de despilfarrar de este modo las leyes y simplemente se las guarda en el bolsillo como si nada, Dios mío, Dios mío, vuelvan entonces a ‘Una mirada en el más allá’ y cuéntenme cuánto tienen de eso.

¿Es así, señor Koppenol?

Si pregunta usted: “¿Cómo llego a conocerme?”, descienda entonces cualquier momento en usted mismo. Actualmente estoy... ¿Cuáles son mis vacaciones? ¿Cuál es mi pensamiento? Todos los días pienso: ‘Dios mío, ¿habré hecho algún daño?’. Cada día averiguo si he cometido los errores y si no me he inclinado, de lo contrario no estoy listo para los maestros. ¿De verdad cree que por dos florines con cuarenta centavos y trabajar duramente con pies y manos y cabeza físicos uno se puede ganar esos libros, señora, esta obra? No se trata de esta obra, sino de nuestra vida interior, de esta personalidad espiritual detrás del ataúd.

Debería contar usted alguna vez allí, cuando enseguida llegue detrás del ataúd: “Bueno, pues, sí, aquí está el maestro Zelanus, ¿verdad?”.

“Ah, sí, pues, nada, ahora usted de todas formas ya no me puede enseñar nada, porque todo lo aprendí en la tierra”. Pues, nada, ¿lo ve? “Pues, nada, ya se lo dije entonces: “Alguna migaja hay para mí en esto, pero más no hay”.

Bueno, ¿qué esfera representa usted ahora como grado de vida, señora? A esa gente la advierto. Si lo vuelvo a oír una sola vez más, los espantaré para que se alejen de mí, porque yo... Si oigo eso de la sociedad, no me dice nada, pero ustedes ya no lo tienen que decir aquí, si es que quiero tener que ver con ustedes de cara a los maestros, de Dios y a Cristo. Por mí como si se quieren partir en dos y tienen una locura soberbia que los hará elevarse por encima de la conciencia humana de este mundo; a mí me da igual, tarde o temprano

lo tendrán que demostrar de todas formas. Pero me daría mucha pena por ustedes si empezaran a fragmentar conscientemente la conciencia adquirida. ¿No es así, mujeres y hombres?

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

—Sí, ¿cuántos minutos nos quedan?

Señora, he estado ocupado la hora entera con usted y me encantaría seguir con ello, pero después del descanso tengo todavía un montón de preguntas que responder.

¿Tiene usted algo más?

Entonces podemos concluir esta cinta (del aparato de sonido). Porque vale la pena, ya que el ser humano aprende algo de esto. ¿Lo ve? Si saben eso y son capaces de aceptarlo, deberán decidir para ustedes mismos todo lo que ya conocen del macrocosmos. A esa gente le he contado, digo: “Sí, yo ya sé lo que ustedes saben. Saben que existen el cuarto grado cósmico, el quinto y el sexto, ¿verdad?, y entonces llega el Omnigrado. Dicho de otra manera: esos maestros ya no tienen por qué contarnos nada, porque de todas formas ya sabemos que existen cuatro grados, cinco. Y luego estaremos en el Omnigrado”.

Mira, allí tenemos un habitante de esos del Omnigrado. Son habitantes del Omnigrado, ya viven en el Omnigrado y ya no necesitan nada, aquí son cósmicamente conscientes. Que se sientan allí, así les haré algunas preguntas, entonces estarán fuera de inmediato.

¿No le parece, ingeniero?

Señoras y señores, no me lo tomen a mal, porque lo único que estoy haciendo es ayudarles.

El té está listo. Enseguida nos vemos.

Señora, ¿está satisfecha?

(Señora en la sala):

—Gracias.

—Gracias.

DESCANSO

—Señoras y señores, seguimos. Todavía me queda mucho por decir en respuesta a aquella pregunta. ¿Se fue la señora?

A, ¿está allí? Pero será en otra ocasión, señora, porque es de una profundidad enorme y puede analizar y vivir muchísimas cosas de esa pregunta, por esa pregunta, y todo. Mejor haga alguna vez un montón de preguntas en una nota, y entonces ya las trataremos. Después de esta tendrán todavía cuatro conferencias, a finales de mayo ya no seguiremos aquí. Así que entonces aún es posible.

Aquí tengo: “Cuando la luna empezó con su división”, ¿ven?, ya estamos otra vez, “y comenzó la existencia humana, el organismo material, la célula”, eso también era todavía, en efecto, un organismo, “la célula llegó al estadio de pez por medio de la dilatación, que era el organismo más elevado para la luna. Mi pregunta es esta: cuando la vida del alma continuó, hacia el segundo grado cósmico, hacia Marte, y hacia el tercer grado cósmico, hacia la tierra, ¿es que esto también comenzó entonces como célula y se dilató hasta el organismo humano? ¿Cómo surgieron entonces esas primeras células en la tierra? ¿Es que el alma la densificó ella misma? ¿O es que la tierra se dividió primero, generando así células que atraían esta vida del alma, tal como la tierra experimentó el mismo proceso que la luna?”.

¿De quién es eso?

Señor, de esto ya hemos hablado cien mil veces. Y aquella noche yo también lo vi a usted, así que tiene que saberlo. Pero una vez más no lo sabe.

La luna empezó como vida celular... ¿Qué es, pues, dilatación? El domingo hablaremos del universo que se dilata. ¿Ha comprendido usted lo que es eso? Si asistió a la conferencia del domingo —¿estuvo allí, ¿no?, asiste a todas, ¿no?—, si asistió a esa conferencia, debería haberlo sabido. ¿Qué es, pues, la dilatación?

(Señora en la sala):

—Es también crecimiento.

—No, eso no es, eso es el crecimiento material. Ahora el ser humano entra en la madre. Estamos casados, llegamos a la unión y entonces usted da su célula a la madre; eso es la luna, esta noche usted es la luna, como creador. Pero la madre también lo es. Ahora esa célula adquiere dilatación, empieza a crecer, con el crecimiento. Así que esa criatura llega ahora a la tierra, con talento, en la luna eso no era posible, ni siquiera es posible en la selva. El habitante de la selva sí tiene allí instinto, instinto natural.

Pero en la luna la célula tomó, o sea, la célula de Dios... La luna empezó a dividirse por miríadas de células. Así que, eso lo comprenderá, Dios, en el universo... La luna, como madre, surgió por esa división. En primer lugar se escindió el universo —eso lo hemos vivido, verdad?— por medio de la paternidad y la maternidad, se dividió, se escindió por la paternidad y maternidad: el sol y la luna. Ahora el sol es creador y la luna, madre. Así que en el cosmos no hay más que el ser madre y la paternidad.

Así que esa luna... En ese universo entero... allí todavía hay millones de células, pero estas no tienen que ver nada con la paternidad en este momento. En ese espacio en el que vive ese sol... Si ahora nos ponemos a analizar la cosmología y a hablar según la sintonización macrocósmica, a conversar, tendría que hacerles la pregunta: ¿cuánta profundidad tenía en ese momento la fuerza creadora? Esta fuerza creadora —es decir, la Omnifuerza como padre

y madre—se fue adhiriendo poco a poco hasta formar una unión; así que las fuerzas que había en ese entorno... Pero ese universo se encontraba como si dijéramos a millones de millas de distancia, lleno ya de plasma. ¿No es así? Y aquello de pronto lo succionó hasta formar un conjunto. Y esa succión — señor Van Straaten, como técnico de sonido le contaré algo hermoso— tenía la misma profundidad que un granito de arena que se deja caer sobre el agua para ver hasta dónde llega la onda. Un mar, eso es el Omnigrado, dejó caer una piedrecita allí, en un mar quieto, y entonces empiezo a ver hasta dónde va esa dilatación como vibración. Pero ni en América ni en París ni en España ni en Rusia saben algo de eso, ni lo ven, y aun así es agua. Así que esa Omnif fuente...

¿No es hermoso, sencillo?

Esa Omnif fuente lo succionó hasta formar un solo conjunto, después surgió la paternidad y maternidad, y eso se convirtió en la luna, un cuerpo enorme, mucho más poderoso y grande que lo que es ahora, porque fue comprimida, era un fluido. ¿Cómo fue comprimida? En esos tiempos era alma y espíritu, solo espíritu divino, Omnialma. La luna representa la Omnialma; usted como ser humano, un perro y un gato, y cada vida representa el Omnialma, salvo las creaciones posteriores, porque entonces vuelven a aparecer esos grados de desarrollo.

La luna se dividió. Esa división sucedió exactamente igual que en el universo. Eso lo han oído del maestro Zelanus. Pero en la nueva temporada comenzaremos, un poco después, con el origen —y entonces lo sabrán todos— con el surgimiento del embrión humano y continuaremos el invierno entero desde el estadio lunar hasta en el Omnigrado y seguiremos el desarrollo del embrión humano como Omniestadio. Y entonces estaremos en el Omnigrado y llegaremos a estar ante Cristo. Ese viaje lo haremos después de esto.

Y entonces comenzaremos: ¿cómo surgió el alma? Y después comenzaremos con cómo surgió la personalidad desde la luna; y llegaremos a través de los instintos animales. Señora, ¿sabe usted ahora cuántos libros más tenemos que escribir? Cien mil. La luna se dividió como células. No era más espaciosa que la palma de su mano, un millón de células, podía ponerlas encima del dedo, así como así, todavía ahora. Una sola célula en el hombre como creador representa millones de células, una sola celulita, que ni siquiera se puede ver con el ojo.

Ahora tomamos... la luna se dividió y entonces aparece... Así que la luna se dividió como vida embrionaria y eso es, por tanto, una célula como luz, como vida, como paternidad, como maternidad, como alma, como espíritu, todo, de la Omnif fuente, en la luna, porque de allí surgió. Adoptamos tantas cosas que podemos crear y dar a luz, y entonces llegamos al estadio adulto, es ser adulto para crear. Y entonces —eso lo saben ahora—, entonces

se escindió aquella célula, se juntaron dos células, porque en aquella está la paternidad y la maternidad, y después esas celulitas hicieron... shupp, una junto a la otra, se quedaron pegadas, eso duró un ratito, se encapsularon, así, y entonces hubo crecido plenamente y se soltó; y así surgió aquí una nueva celulita. Por aquella vida y esta. Y entonces se puso a crecer, hicimos la transición —entienden, ¿verdad?—, llegó el morirse para la primera célula y eso fueron nuestros hijos, pero aún estaban unidos el uno al otro. ¿Y qué ocurrió después? Empezaron a crecer y se escindieron, el de usted y el mío. Se escindió y se convirtió en dos células, suya y mía. Y eso tiene que dar a luz, no le queda más remedio, y se hace adulto. ¿Y qué tiene que ocurrir ahora si quiere, puede, dar a luz? Eso preguntamos, preguntaba el Omnigrado divino cuando estábamos allí con el maestro Alcar y el maestro Zelanus para la cosmología. ¿Qué requiere, pues, esta célula?

(Señor en la sala):

—La parte de sí misma.

—Regresa, porque esta parte no es capaz de dar a luz si yo no estoy, porque entonces a aquella parte le falta precisamente aquello para crear y dar a luz, entonces no es posible. Y entonces volvemos y vivimos la muerte, la reencarnación, el renacimiento, de nuevo, en el segundo estadio como vida.

¿Ha quedado claro ahora?

Eso mismo ocurrió en la luna, en los planetas de transición y en la tierra, y en el cuarto grado cósmico, el quinto, el sexto, hasta en el séptimo grado cósmico.

¿Ha quedado claro ahora?

Merece la pena. Sería bueno que retuvieran eso un poco, entre todos, porque ustedes saben dialogar bien y así empezarán a dilatarse.

¿Y qué es, pues, dilatarse? Tienen ustedes la dilatación material, pero no se trata de eso. Aquella redondez de un planeta... Una tierra es grande, pero para el espacio, a su vez, no es más que una celulita la tierra, como planeta. Júpiter y Venus, Saturno, Urano, todos gigantescos: son celulitas, son partículas del organismo universo. Eso no significa nada; y lo dice todo. Pero la dilatación, ahora espiritualmente, es para la tierra que como seres humanos salimos de la selva, hacia la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es), y que ahora hemos alcanzado el organismo, lo más elevado que nos da la tierra corporalmente.

Por muy tonto que uno sea... En la creación no existe la estupidez. Si se habla de estupidez... “¿Qué clase de vacas son esas?”. “¿Qué clase de gente estúpida es esa?”. Para el cosmos no existe gente estúpida, solo hay inconsciencia. No existe la estupidez. Tampoco existen pecados. Todo es evolución. Tampoco hay condena, señor, señora, tampoco eso, porque Dios no se puede condenar a sí mismo. Ya entenderán que ahora estamos captando millones

de leyes vitales como problemas para el ser humano y a continuación podrán analizar la entidad divina y la realidad, la armonía, la justicia. Y eso es así para todos los grados de vida.

¿Qué es, pues, la dilatación espiritual? Aquello, señora, de lo que estábamos hablando hace un momento: ¿cómo llego a conocerme? ¿Y eso vale la pena?

Les di los ejemplos, dije algo así de pasada, y entonces la gente pregunta sobre el Omnigrado y preguntan sobre lo otro; eso me agrada bastante, porque ese señor y esa señora han asistido ... han leído todos los libros, ya han asistido a trescientas conferencias, cuatrocientas, ¿verdad? Así que ellos lo convierten en un estudio para ellos mismos y reflexionan. Y si uno actúa conforme a ello y se pone, recibirá evolución y espacio, entonces el ser humano es hermoso; pero no vuelen por encima de su propia entidad si no son capaces de representarla. ¿No es así? Y ahora, deberían ponerse a seguir y a analizar la fanfarronería y esa locura soberbia en la sociedad, y entonces se dirían: qué felicidad no ser nada. Cuanto más sean ahora, menos sentimiento restará para ello. Aquí también he dicho: ¿qué serán entonces todavía si son alcalde de La Haya, almirante, y no tienen nada de eso detrás del ataúd? Claro, claro, claro. Claro, claro.

¿Lo saben? Continúen sobre eso que es una gloria y sabrán por ustedes mismos cómo se atrae aquello. De modo que ustedes son atraídos por su propia vida. Eso es así para todos los planetas, es así para todo lo que vive, para un perro, para un gato, para un animal, para un león y para un tigre; ya ninguna vida es atraída —esa palabra ya la podemos eliminar—, no, señor, esa vida se ha dado a luz y se ha creado a sí mismo para la reencarnación. Ya no se trata de ningún modo de atracción. Si se encuentran, aquí en la tierra, con su hijo y es psicopático, ya no es atracción, señor; no, señor, es la propia desgracia de usted de antaño. ¿No es justo? De lo contrario Dios sería injusto. Pero eso es imposible. Ya no tienen ustedes, ni nosotros, que ver con ninguna atracción, señoras y señores, solo tenemos que ver con aquello que nosotros mismos hemos creado. No solo para nuestro cuerpo, para el cáncer, la tuberculosis y todas esas cosas leprosas, también para nuestros sentimientos. ¿No es justo eso? ¿Ven? Y eso se convierte ahora en dilatación.

¿Qué es, pues, la dilatación espiritual? La vivencia de un grado orgánico, señora, la vivencia de un organismo, y ese cuerpo nos lleva por sí solo hasta el pensamiento y sentimiento más elevados; en la salva, al instinto; para nuestra sociedad, ya hacia el Gólgota, Cristo y Dios. Esa es la dilatación espiritual. Y si quieren vivir la dilatación, tienen que inclinar la cabeza —tal como les acabo de decir— ante cada cosa que vayan a vivir como seres humanos en la sociedad, porque si no son capaces de aceptar la verdad, no se dilatarán, estarán sin la menor duda en un punto muerto.

¿No es justo? ¿Y no vivimos eso todos los días, señor? Bueno, diga algo,

¿no?

(Señor en la sala):

—Digo: sí.

—Ah, gracias.

Pero sí que me gusta la sinceridad, ¿entiende? Eso de estar siempre callado es algo que no me gusta en los hombres. Yo siempre grito. Pues diga ya de una vez, de corazón, de verdad, al espacio: sí, así es.

(Señor en la sala):

—Así es.

—¡Gracias!

(Risas).

Aquí tengo otra cosa, las preguntas se corrigen ellas mismas. Aquí tengo: “Si un maestro quiere volver a la tierra y nace, ya no es consciente de las esferas, según leo en los libros. Usted una vez me contó que mi niña, que tuvo una visión, pronto dejaría la tierra”. ¿Dije yo eso? “Solo un maestro puede vivir algo así, dijo usted”.

Señora, eso jamás lo he podido decir yo. ¿De quién es eso?

(Señora en la sala):

—Mía, bueno, quizá la pregunta no esté bien, pero eso usted lo ha dicho.

—Por tanto, si uno tiene que vivir una visión como ser humano, ¿tiene que morir a la vez?

(Señora en la sala):

—No.

—Tiene que irse a la vez.

(Señora en la sala):

—La visión trataba de que haría la transición, ¿entiende?

—Claro, mire, ahora está añadiendo algo. Si un ser humano ve que el otro lado se manifiesta para usted mismo, puede suponer la transición. Eso quiero decir.

(Señora en la sala):

—No, eso se lo contaron ella, lo vio.

—Bien.

(Señora en la sala):

—Lo vivió.

—¿Y ha sucedido?

(Señora en la sala):

—Ha sucedido.

—Mire, si se le muestra eso a una cría, tiene infaliblemente un poderoso significado, porque una niña no sabe nada de esas leyes. Y entonces es un roce físico como el sonido de un reloj. Indica el momento y normalmente hasta la hora exacta.

Y ahora me dice usted: “Ahora ha fallecida con catorce años. ¿Volverá a su misma esfera en la que vivía antes de que naciera en la tierra? ¿Y fue, a su vez, consciente de todo, de las esferas en las que vivió anteriormente?”

—Señora, ha leído usted ‘El ciclo del alma’?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Mire, si resulta que usted misma ha vivido algo así con su hija... Y allí el maestro Zelanus dice: Nací en China, y me liberé, y Emschor me volvió a recoger de inmediato, porque yo sabía, ya me encontraba despierto...”. Para vivir lo que es morir en la tierra, no, para experimentar esa evolución, porque él era consciente en la madre, y eso más tarde usted también lo vivirá, yo lo he vivido miles de veces aquí, un instante, en pocos segundos, el maestro Alcar tenía que mostrármelo.

Pero cada ser humano estará en condiciones, más adelante, de experimentar conscientemente, para usted, el nacimiento y la reencarnación conscientemente, de modo que así es como acompañamos a esa célula que es atraída como alma, seguimos despiertos, y vamos creciendo en esa célula, en el óvulo de la madre, llegamos a dilatarnos, llegamos a la dilatación corporal, y nos mantenemos espiritualmente despiertos. Y entonces el maestro Zelanus cerró... igual que lo vivió mi hija. Ella me dijo, con siete meses: “André, voy a volver al lugar de donde vengo”. Y entonces me fui con la pequeña Gommel material al cementerio, pero la interior, la espiritual, ya me estaba mirando como una personalidad humana consciente, era una maestra. Ahora estaba ante mi hija, y esa hija permanece, permanecemos siendo uno, ella... Aunque he vuelto a ver a mi hija después de todos esos años, de verdad que ya no estoy ante una niña, sino ante alguien que es cósmica y espiritualmente consciente. Porque esta persona solo vino a la tierra para vivir el nacimiento, la reencarnación.

Y eso también lo ha vivido la hija de usted. Y la niña que lo haya vivido, señora, regresa a la esfera, y eso puede ser en cuestión de pocas horas si la conciencia ha alcanzado la tercera esfera. Eso ni siquiera lo tienen la primera y segunda esfera, sino la tercera y cuarta... Y entonces no se tarda en regresar, como si se tratara de un corto paseo, y se vuelve a la adultez en poco tiempo, se vuelve a tener las posesiones de antes... de hace pocas horas, señora, porque no ha habido tiempo; haber estado esos nueve meses o quizá cien años en el mundo antes de la reencarnación no significa nada. Vamos hacia allá, nos quedamos dormidos y volvemos a despertarnos, y estamos de nuevo en las esferas. Y entonces el maestro, si nos hubiéramos quedado dormidos, el maestro tendría que devolvernos a ese estado para mostrárselo ahora de forma consciente.

Pero si vive usted eso —y lo viven millones de almas, incluso ahora en la

tierra, ocurre una y otra vez con los niños que mueren pronto— es que la hija de usted ha vivido conscientemente, corporal y espiritualmente, el nacimiento en usted, y el despertar en usted, y el crecimiento y la dilatación, y regresa a las esferas de luz. ¿Ha quedado claro?

Tendrá que apanárselas con esto, señora, porque ya es algo extraordinario cuando el ser humano da a luz a un niño. Y llega entonces, cuando el ser humano ha tenido contacto con muchas hermosas vidas, o de lo contrario ni siquiera sería posible. Entonces usted no atraerá conciencia espiritual, sino desintegración material, psicopatía y demencia.

¿No es así?

Aquí tengo: “En ‘Dones espirituales’, por ejemplo —me refiero a la página 96, parte 1— el maestro Zelanus escribe: Las leyes ocultas lo llevan a usted entre la vida y la muerte, tiene que vaciarse usted, así se coloca la voluntad propia fuera de su propia capacidad de raciocinio —¿lo ve?— y entonces puedo, yo, el maestro Zelanus, quitar el aura vital; después sigue la unión espiritual. La pregunta es: ¿qué quiere decir el maestro Zelanus con ‘quitar el aura vital’? Pero ¿por qué la quita y cómo lo hace?”.

Señor Reitsma, si lee bien ‘Dones espirituales’, entonces lee junto a las levitaciones “voz directa”, desmaterialización y materializaciones, ¿no? Yo he presenciado la “voz directa”, yo mismo la tenía, tenía todos esos dones... Yo no tengo nada. Los tiene el maestro Alcar. Pero fue por mi sentimiento que fuimos construyendo primero —podrá leerlo luego también en ‘Jeus III’— el trance físico, corporalmente, y cuando es profundo... Cuando el médico que les anestesia... ni siquiera es capaz de... Entonces el mundo astral ni siquiera es capaz de extraer el aura de usted, porque tiene que partir usted a mayores profundidades. Esa voluntad nuestra es tan profunda. ¿Como qué, señor Reitsma? La voluntad del ser humano sujeta su vida, porque la vida es voluntad y la voluntad es vida. ¿Cómo sería posible perder la voluntad y vida propias? Si quiero hablar aquí y tengo que dar los libros y tengo que recibir todo eso, mi voluntad y mi vida tienen que desaparecer, o no me pueden alcanzar. Eso lo leerán después en ‘Jeus III’, cómo está construida ese trance físico y psíquico. Pero ya lo pueden leer en ‘Entre la vida y la muerte’, pueden leerlo en ‘Dones espirituales’, porque con eso comenzaron en el Antiguo Egipto. ¿Y ahora me sigue haciendo la pregunta, cuando allí recibe todas las explicaciones, de cómo puedo quitar esa aura?

Señor, vuelva a leerlo.

(Señor en la sala):

—Ese tema aparece...

—Bien, ¿quiere tenerlo?

Bueno, señor, entonces hemos terminado, ¿ve?; inténtelo, adelante, pero entonces tendrá las puertas abiertas en Rosenburg; ahora usted tiene que...

Tengo que seguir despierto y pensar en todo, señor, hasta en mi subconsciente más profundo, de lo contrario estaré perdido para el otro lado, irremediablemente. Si todavía tuviera errores en mi subconsciente, esta noche ya me habrían agarrado. Créame, señor, de verdad, estoy... estoy completamente abierto y nadie puede alcanzarme, solo el maestro Alcar. Pero ahora he recibido conocimientos, espacio, espacio, y ahora, bueno, a demostrar de lo que soy capaz. Sin embargo, no soy malo en mi subconsciente, porque estuve en la primera esfera, y la he visto, y eso ningún ser humano me lo va a quitar. Ya pueden ustedes decirme, si quieren, que soy un bicho y un canalla, bueno, allá ustedes, pero yo vengo de alguna parte donde hay serenidad, paz y armonía. De lo contrario, no podría haber hecho este trabajo. Con un solo pequeño rasgo de carácter deleznable Jozef habría estado en Rosenberg, sin duda. Porque sería igual de grande que en el caso de otra persona que solo tiene la sociedad, señor, porque yo fui al espacio, y ese rasgo, si no está calculado y es seguro, me habría dejado completamente quebrado.

Pero ese trance físico, señor, los nervios tienen que estar libres de su voluntad, de su circulación sanguínea, de su sangre vital, sus sentimientos tienen que estar completamente anulados, hasta en el límite más absoluto, donde empieza su pensamiento, para que los maestros puedan quitarle su aura. Lo que escribe aquí trata de los dones metafísicos, de los dones mediúmnicos, de la “voz directa”, de desmaterializaciones. ¿Por qué iban a quitarle a usted el aura, señor? Entonces esta noche se quedaría usted fuera, al instante, si le quitan el aura, toda el aura. ¿Sabe usted cuántos gramos tiene usted? Cuántos gramos y kilos tienen que quitar los maestros en un ser humano? El aura vital... el aura vital... si usted la... Es usted una sola aura, vive usted por el aura, es el tiempo de vivir, es la vida como tiempo para su vida en la tierra, y eso es aura vital, es sabia vital, es leche vital de la Omnimadre por la que vivimos los seres humanos.

¿Qué es lo que lo mantiene en vida, señor? ¿Por qué vive usted? ¿Por qué no ha muerto aquí todavía? Ciertamente, ¿por qué no se ha muerto aquí todavía? ¿Y por qué unos se van pronto y otros, tarde? ¿Por qué un ser humano tiene que llegar a los ochenta años, señor? ¿Ya me ha hecho usted alguna vez esas preguntas aquí? No, ¿verdad? No, pero yo no se las voy a aclarar, es algo que usted mismo deberá pensar, de lo contrario no aprenderá nada. Puede usted hacer millones de preguntas más, y ni así habrá llegado.

Pero de lo que está hablando aquí trata sobre quitar el aura vital para las manifestaciones, y de eso no está hablando usted ahora, ¿no?

(Señor en la sala):

—Mire, lo que pienso es que el aura vital para nosotros es una teoría, no podemos imaginárnosla.

—No, pero su fuente entera... Si se le pudre su brazo, señor, si empieza a

descomponerse, regresará el aura vital de usted, ¿lo entiende? No es usted más que un barril de agua, más no, con sal y otras partículas del espacio, un poquito de pimienta también, oxígenos. Y cuando eso se evapora, también se evapora su célula vital para esta vida. Y si esa célula... Jamás me ha preguntado todavía, señor, dónde vive esa célula en el ser humano, que es, pues, la alimentación para la existencia de usted; jamás me lo ha preguntado nadie; mire, es que usted tampoco es capaz de pensar en esa fuente, porque eso es cosmología. Todavía no hemos hablado sobre su personalidad, bueno, sí, pero no sobre la personalidad cósmica.

¿Qué asimila usted de Dios como personalidad?, ¿cuánto tiene usted de eso? ¿Cuánto sentimiento tiene del sentimiento divino en armonía, justicia, amor, paternidad, maternidad? ¿Cuánto sentimiento alberga usted ya, como madre y padre, de ese proceso de parto divino? ¿Bueno? ¿Todavía podemos escribir libros?

Señor, de lo que habla usted irá a los dones espirituales, y de eso no estamos hablando. Todo eso viene en esos dos libros de ‘Dones espirituales’.

¿Qué quiere decir el maestro Zelanus con quitar aura vital? ¿Por qué la quita? ¿De qué le serviría a él succionarlo a usted esta noche hasta dejarlo vacío? Porque si esta noche extrajera equis gramos de sentimiento de la vida de usted, señor, mañana se quedaría de rodillas.

Cuando un ser humano trabaja duramente, señor, ¿cansa entonces su cuerpo? Desde luego. Pero ¿qué pierde por su trabajo?

(Señor en la sala):

—Aura.

—Aura, señor. Se evapora usted un poco, nada más. Bien es cierto que puede cansar esos músculos, pero les ha dado usted fuerza y esta lo reconduce al aura vital de esos músculos y sistemas; y estos han perdido su aura por el trabajo duro.

¿Quiere llegar a conocer al ser humano? ¿Le gustaría aprender mucho, muchísimo, en la siguiente temporada?

(En alemán): ¿Lo entiende? ¿Lo entiende usted? No, le hablo a usted. ¿Entiende todo esto? (En inglés): Un poco, algo... No, “little”, eso es español, pero (en alemán): algo, verdad, algo. Bueno, pues, nada.

(Risas).

Mire, señor Reitsma. Aquí dice también: “... el aura vital me lleva a la página 131, parte 2, de ‘Dones espirituales’, allí pone: los sanadores, sin embargo, han de saber que regalan su propia aura vital por las imposiciones de la mano. Y que aún falta mucho para que se demuestre si su propia aura sana”.

Señor, hay sanadores que ya comienzan a... Si quieres usted ser sanador... Ya lo he explicado bastantes veces, puedo ofrecerle esta noche, de golpe, el don de sanar. No se lo cree. Ya lo he podido hacer varias veces. En Ámster-

dam tuve el ejemplo más hermoso y poderoso. Una noche viene a verme un señor que me dice: “Jozef, ¿conoces un sanador para mí?”.

Digo: “No sé de ninguno capaz de hacerlo bien”.

Pensaba en alguien y se me ocurre: “Ay, no”. Entonces me dijo el maestro Alcar de pronto: “Lo será él mismo, porque es una buena persona”.

Y digo: “Harás lo que hago yo, lo que diga yo”.

Su mujer, de treinta años, que está cansada, cansada, cansada, mortalmente cansada. Veinte especialistas y no sirve de nada, nada, y que come huevos y bebe leche, nada sirve de nada, mortalmente cansada, extenuada. Un cansancio mortal, siempre, ¿qué es? Allí falla algo. ¿Sabe usted qué, señor? ¿Qué estaba fallando, qué fallaba en este organismo? No en el ser humano, sino en este organismo.

(Señor en la sala):

—... aura.

(Señora en la sala):

—Demasiado poca aura.

—Señor Götte, este cuerpo tenía demasiado poca aura. Y ese cuerpo no estuvo construyendo por tanto estadios vitales; ese cuerpo, esos nervios no eran vitales al cien por cien, porque la fuente recibía allí demasiado poco. Así que había trastornos materiales incapaces de absorberla. Y eso son en esos momentos en primer lugar las mucosas, la sangre, la médula dorsal; ahora vas a los sistemas materiales astrales, primero las mucosas, la médula dorsal, la sangre, el sistema endocrino. Entonces, de golpe, recibió del maestro Alcar el don y en tres semanas la mujer dejó de estar cansada. Aquí hay pruebas porque mucha gente los conoce. Todavía la semana pasada esa gente estaba aquí en la sala. Esa mujer se convirtió en un pedazo de vitalidad.

Pero ¿qué ocurrió entonces, señor?

Puedo sanarlo a usted, puedo darle el don de sanar. Pero entonces estuve medio año detrás de ese hombre, porque tuve que empezar a dirigir. Cuando dije: “Recibirá usted de mí el don de sanar, por encargo de los maestros”, era yo quien tenía que ponerlo a trabajar, no, yo le daba la fuerza. Y entonces estuve atado al señor, día y noche. Y cuando hubo terminado, le dije: “Gracias, señor”. Digo: “¿Lo has hecho de forma hermosa?”.

Dice: “No lo sé”.

Digo: “No, señor, a usted se lo puedo decir todavía: fui yo”. Digo: “Y cuando se eleve aún más, entonces será el maestro Zelanus, ¿verdad?, como primer adepto de los maestros, y después está el maestro Alcar. Y si se eleva aun más, señor, entonces es Cristo”.

Había una mujer en Ámsterdam, tenía que operarse —se lo he contado—, con un terrible tumor de dos kilos, dos kilos y medio. El médico dice: “Vamos a operar mañana a primera hora”. Pero por la noche daba gritos de dolor.

Y había leído todos los libros, piensa: ‘Dios mío, Dios mío, André estuvo con el maestro Alcar en el Gólgota. ¿Por qué no me sintonizaría ahora con el Gólgota?’.

Señor, agarra el libro y se lo coloca encima de la barriga, encima del tumor, la tercera parte de ‘El origen del universo’, se duerme y por la mañana el tumor de dos kilos ha desaparecido.

Señor, esos milagros los puede vivir todos los días, si uno mismo está abierto a ellos y si nuestros sentimientos penetran verdaderamente hasta esa verdad. Porque aunque queramos rezar, no tenemos la fuerza, señor, dado que toda esa parte infeliz que forma parte de nuestro subconsciente y nuestros sentimientos frena el verdadera ser uno y la oración del ser humano. ¿No es así? Así que esa oración o esos sentimientos por la mejoría ni siquiera se elevan por encima de nuestra cabeza. Porque, señor, estamos quebrados por dentro, por dentro somos mentira y engaño y pasión y odio y destrucción y envidia. Y por eso no le sirve a usted, pero a otra persona sí. Y entonces hay quien dice: “Sí, ese Dios es duro”.

A Lourdes, señor, hay quienes van para sanarse, pero son más los que se mueren, señor, que los que se curan. Una persona, sí, una, cuando alguna vez hacen bingo in Lourdes, entonces la iglesia católica lo grita a los cuatro vientos, pero las cuatrocientas noventa y cinco mil personas que tienen que volver a casa, rotas y apaleadas, con su tuberculosis y su cáncer y su parálisis, de eso no se habla. Pero esas leyes se las puedo explicar. ¿Ve? ¿Cuánta aura vital tiene usted ahora? Puedo convertirlo en un sanador, señor, si hace de verdad lo que diga el otro lado, y si no se aleja en pensamiento de los maestros ni de Cristo.

Hay aquí quienes se pueden a sanar sin mas: “Ya te conectaré un momento con Cristo”. Pero quieren ver desnudez; pasión y violencia y animalización. Y esa chusma dice, así, sin más: “Ya lo conectaré un momento con Cristo”. ¿No sienten ustedes esa terrible fanfarronería? ¿Y la animalización? Han aprendido aquí y ahora lo hacen por su cuenta, lo saben hacer mejor que yo. Sanan.

¿Quiere sanar usted, señor? Mientras cualquier insecto le podrá demostrar que está mintiendo y engañando. ¿Y así es como quiere dar su propia aura, señor? ¿Qué clase de aura hedionda, destructiva, animalizada está dando en ese caso a un enfermo? Lo único que hará es dejarlos vacíos.

Yo puedo elevarme de forma honesta con dos dedos y decir: “He portado a mis enfermos. Los amaba. Quería morirme por mis enfermos”. Y es que me he muerto por mis enfermos. Señor, ya ni siquiera eran capaces de mirarme a la cara sin empezar a llorar. ¿Pruebas? Todos esos años. Y entonces sanaba y era feliz y era uno, es que me convertía yo mismo en enfermedad, pero es que también la adoptaba. Ah, señor, señora, lo más hermoso y poderoso que hay ahora es sanar. Pero me alegro de no tener que hacerlo más. Sí, sí. Todas esas cosas sagradas las he probado y comido, y ahora estoy contento de ya no

tener que hacerlo.

¿Saben por qué?

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Cómo dice?

(Alguien dice algo inaudible).

No, señor, lo que introduzco hoy mañana lo echan ellos mismos por la borda por broncas y odio. Te quedas impotente cuando sanas, porque te desangras cuando estás atado a un enfermo. He visto a niñas que le gruñían a la madre, digo: “Ahora que te den los ‘drudels’, ya no volveré”.

“¿Por qué no? Con lo bien que me va”.

Digo: “Si la amas, te sanaré”. Y entonces empezó a querer a la madre, entonces sané el carácter de la niña, el cuerpo, y a la madre también. Los he construido a todos. No ayudé a nadie, señor, que odiara, que desintegrara. No, no. Digo: “Maestro Alcar, ¿me permite que me niegue?”.

Y me dice: “Puedes negarte, porque Cristo nos dio el ejemplo. Dijo: ‘Que los ciegos sanen a los ciegos’”.

Y si lo desea, señor, será mañana un apóstol para sanar. Pero no tiene que haber ni un solo pequeño error en usted. Ni una sola voluntad propia. Siempre tendrá que... Será mejor que no diga: “Ya lo conectaré con Cristo”. Señor, son demonios quienes dicen eso. Jamás me he atrevido a decirlo, ni ha salido nunca de mi boca. Y he vivido milagros, señor. He experimentado milagros, ¿entiende? Un día que iba por la calle Rijswijkseweg... Miles de sanaciones le puedo así... podemos escribir en los libros, ‘Una mirada en el más allá’. Voy por la calle Rijswijkseweg: una niña de doce con unos agujeros así en la piernecita, en la derecha, tanto que podías ver ambos huesos. Ocho años, al hospital, desde los dos, altas y bajas. Llego allí, miro: el maestro Alcar, el doctor Franz, los maestros más elevados de la séptima esfera. “André, ¿por qué no hacemos hoy algún milagro?”.

Digo: “¿Qué?”.

“Poner un poco de carne en esa piernecita, ¿no? ¿Qué tal si convertimos esa aura, tan a gusto, en carne densificada?”. Digo: “Vaya”. Señor, allí estaba el piecito de la niña; así, por encima y la pierna que está cerrada y sanada. Agua aquí, agua allá. agua magnetizada, en una semana: listas las piernecitas. A la mujer le entró miedo, a la madre le entró miedo porque todo iba demasiado rápido. Digo: “No, señora”.

Una vez llego al Metropool, al cine, y allí estaba la niña, veintiún años, una preciosidad: “Ah, señor Rulof”.

Digo (susurra): “Mejor no digas nada”.

“Ah, señor, mire, mire”.

Dije: “Sí, está curada, ¿verdad?”.

Señor, ¡de golpe! Y así centenaes. Y entonces el maestro Alcar dijo: “No

tenemos la intención de jugar a ser Cristo. Pero hace falta un momento”.

¿Por qué, señor? Porque fuimos recibiendo aún más aura desde el espacio en cuanto a fuerza —un empujón— y sentimiento. Y si desea usted eso, si solo quiere ser verdad, y cariñoso y cariñoso, entonces también recibirá libros, y recibirá también arte, y recibirá también sabiduría. Señor, puedo mostrarle grado a grado como fundamento cómo eso se ha desarrollado a sí mismo en mi sentimiento. Y entonces era yo uno con la enfermedad. En lo que me convertí fue dolor. En lo que me convertí fue un cálculo renal y un cálculo biliar, y estos salieron por su propia cuenta, debido a que esa aura salió de mí y entró allí. Sí, por el maestro Alcar. No fui yo, jamás. Fueron ellos.

¿Quiere tener eso también?

¿Lo ve?

¿Es sanadora el aura, señor? Si quiere ser un sanador, ya me puedo poner a hablar de esto cuatro semanas. Hay personas entre ustedes que de vez en cuando estiran las manos, pero, gente, no lo haga, no lo haga. Si no están seguros de sí mismos, no lo hagan, porque ay, Dios, ay, Dios, cuando te ves detrás del ataúd y ves que lo que ha salido de tus manos es fango... Dios mío, Dios mío, el ser humano lo va arrastrando. Uno desearía matarse a sí mismo, pero no es capaz de hacerlo.

¿No se lo he dicho cien veces? No violen los dones espirituales. Porque entonces ya no se viola un don mediúmnicó cualquiera para mirar, para ver, sino que se detiene el desarrollo de Cristo. Uno tiene que ver con la humanidad, la evolución de millones de personas, y eso va directamente a Cristo, a quien quebraron, asesinaron, en el Gólgota. Es decir: si dicen una palabra aquí a otra persona. Es decir: cuando uno se quiere poner a sanar, señor, regalar aura a un enfermo, si de verdad posee amor immaculado, señor, entonces ya empieza el flujo de su aura. Sí.

Cuando el padre y la madre se aman de cara a los hijos y estos a su vez de cara al padre, ese hijo puede sanar al padre, y a la madre; y al revés. ¿No es así? Entonces puedo convertirlos a ustedes en sanadores. Pero ya no voy a ponerme con eso nunca más, porque he hecho algo aquí y ahora puedo irme a la porra. Bien, señor, estupendo. He trabajado durante años para darle al ser humano esa fuerza, y ahora que me vaya al cuerno. Eso es cosa de ellos, adelante, que hagan lo que quieran, detrás del ataúd verán cuántas cuentas hay allí, señor. No mías, sino de otra persona. Y todo es cierto.

Bluf, aquí sí que pueden contarle algún cuento al ser humano, señor, ya le puede decir: “Oh, soy tan poderoso y hermoso”, pero eso de todas formas nadie se lo cree. Pero sí que lo pueden hacer con bonitos perifollos y todas esas cosas a su alrededor. Bluf humano. Si a usted le dicen: “Esta noche, mañana, ya le conectaré un momento con Cristo”, entonces dele una bofetada en plena cara a ese hombre o mujer y diga: “Largo de aquí, diablo, porque no eres

capaz de eso”. Ese ser humano ni siquiera existe. Conozco el espacio, conozco el Omnigrado, para eso sí que no no conozco. El propio Cristo sí es capaz de eso. Ni tampoco un maestro. El maestro Alcar ni siquiera es capaz de eso, porque no puede tomar entre las manos el cuarto grado cósmico, primero tiene que merecérsele. Pero semejante sentimiento chapucero de la tierra dice a otro, a un ser humano insignificante, inconsciente: “A ti ya te conectaré un momento con Cristo”. Es que dan ganas de... Sí. ¿Y este ha leído libros? ¿Ha aceptado maestros? Y entonces, pues, los “drudels” para los maestros y Cristo, y los libros, todos. ¿Son capaces ellos? Vaya, vaya, vaya, vaya, vaya. Pues, que se peguen a ellos mismos, a mí todo me parece bien. Pero en el mercado eso no significa ni cinco centavos. En el mercado, señor, ni en ninguna otra parte del universo quieren las fuerzas de usted ni regaladas. Pero los inconscientes, sí.

Dice usted también que...

Sí, sobre aquello de sanar bien podemos seguir, pero ¿de qué me sirve?

“El propio sanador, ¿puede ponerse a prueba?”.

Señor, sí, allí estamos otra vez, se le echan encima centenares de miles de preguntas. ¿No puede ponerse usted mismo a prueba? ¿No sabe usted que no puede conectar al ser humano con Cristo? ¿No lo sabe? Y la demás fanfarronería que se añade, ¿qué? ¿Qué fue de la humildad? Debe usted saber, ciertamente, si allí lo impulsa el otro lado y el macrocosmos, es algo que tiene que ver. No me atrevo a explicar ni una palabra de ese macrocosmos si no he visto esas leyes. Todos ustedes reciben lo que yo mismo he visto. Y esa es la seguridad que recibe el paciente.

(Jozef continúa leyendo):

“Si el paciente está agotado después de dos horas de tratamiento y tiene que descansar de inmediato, ¿no es eso una prueba de que el magnetizador no vale para su tarea?”.

Señor, hay centenares de miles de fenómenos que yo di. A uno lo tuve que enviar a Scheveningen para mostrarle un momento la playa, y después media horita a casa. Media horita a casa, un poco de silla y luego de nuevo a la calle. Y a otro lo dejé dormir sin parar veinticuatro horas. Y no fue capaz de dormir en tres días. ¿En qué grado de sentimiento vive usted y qué necesitan los sistemas? Es un libro en sí mismo.

¿Está satisfecho?

Aquí tengo: “Muy estimado señor Rulof, esta es la tercera conferencia a la que asisto. Naturalmente, mucho he...”.

(Dirigiéndose a la sala):

¿Es de esa señora que acaba de irse?

(Señora en la sala):

—No, soy yo.

—¿Quién es usted entonces? Ah, señora. Aquella mujer estuvo aquí también un par de veces.

“Esta es la tercera conferencia a la que asisto. Naturalmente, mucho he perdido...”. No se ha perdido nada todavía, señora. “...pero espero recuperarlo”. Y posible es.

¿Está esta noche aquí por primera vez? ¿Dos, tres veces? Si usted, en todos los estados... o sea, si tiene ese sentimiento... aquí hablamos de armonía, de ser uno, del cumplimiento del deber y de inclinar la cabeza... si tiene todo eso, señora, quizá esta misma noche aventaje a centenares de miles de personas en el mundo. No hace falta que recupere ninguna desventaja.

(Señora en la sala):

—No, no quiero decir eso.

—No, señora, mire, yo simplemente se lo digo, nada más.

(Señora en la sala):

—... explicado.

—Señora, solo se lo digo, nada más. Está muy bien todo lo que le cuenten sobre el más allá, y si no lo ha leído, entonces por mucho que le... pero su sentimiento le dirá más, si lo tiene, que todas las explicaciones de esos libros; porque entonces es usted misma. Se lo ofrezco, nada más. Ya sé lo que quiere decir usted. Ya recuperará esa sabiduría, porque si lee esos libros ya habrá avanzado un buen trecho, luego habrá... tenemos diecinueve y este año esperamos poner en sus manos también el número veinte. Aquí tiene también...

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Cuánto me queda?

(Señor en la sala):

—Unos tres o cuatro minutos.

—Unos tres o cuatro minutos.

Aquí tengo todavía: “... recuperar. Sobre todas las cosas que oí y leí he pensando profundamente —para lo que soy yo— y me gustaría hacerle las siguientes preguntas, quizá estúpidas...”. Eso ya lo he resuelto, porque no hay gente estúpida, gracias a Dios. “... quizá estúpidas, pero para mí son importantes. Quizá enfoque lo siguiente mal: Dios comenzó Su creación dividiéndose, por lo que al final hemos surgido como somos ahora, eso lo hemos recibido”. ¿Está bien eso? “Así que hemos surgido a partir de Dios y lo representamos a Él. Yo lo que siento es que eso implica entonces que antes de la creación estábamos unidos en Dios y que, por tanto, éramos divinos. Si ahora, al final, volvemos a Dios y volveremos a ser —cae por su propio peso— divinos, ¿no hemos vuelto entonces al mismo punto de partida? ¿Para qué teníamos que venir entonces a la tierra? Eso ha sido intencionado por parte de Dios, naturalmente, de lo contrario no habría sucedido. ¿Puede ser la intención que al final de nuestro ciclo seamos conscientemente divinos?

¿Éramos conscientes de que estábamos unidos en Dios antes de la creación? Ahora no sabemos nada de nuestras vidas anteriores. Si Dios es eterno, o sea, ni comienzo ni final, si hemos surgido a partir de Él y por lo tanto lo tenemos que representar a Él, entonces también somos eternos, ¿no? ¿Es que entonces en nosotros hay un comienzo? ¿Por qué se nos creó entonces, finalmente, como seres humanos? Porque si antes de la creación estábamos unidos en Dios, ¿cómo éramos, pues, entonces? ¿Voy demasiado lejos, quizá? No logro resolverlo”.

Lo entiendo.

Señora, muchas gracias por estas preguntas. Pero se las leo, las reciben todas. En primer lugar ‘Una mirada en el más allá’, ‘Aquellos que volvieron de la muerte’, ‘Las enfermedades mentales’, ‘El origen del universo’, y así hasta ‘La Línea Grebbe’, ‘Los pueblos de la tierra’, y cuando haya leído todo eso...

¿Ya los ha leído?

(Señora en la sala):

—No.

—Señora, allí recibirá todas las respuestas a sus preguntas. Pero si solo son tres las veces que... ¿Ha estado aquí tres veces? Entonces me quito el sombrero, por su pensamiento. Piensa usted bien, ciertamente, porque sus preguntas son humanamente agudas. Y eso no lo tiene mucha gente. ¿Y encima ha leído poco todavía?

(Señora en la sala):

—Sí, dos libros.

—¿Solo dos libros? Señoras y señores, mejor compárense con ella y así podrán sentir que aquí hay alguien que piensa más allá. Y que hay una respuesta a los libros. ¿Ha traído esta noche algunos?

(Señora en la sala):

—No, tengo dos en casa.

—¿Cuáles son?

(Señora en la sala):

—‘Las máscaras y los seres humanos’.

—Ay, hija mía, no debería haber empezado con ese.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—¿Aún conserva usted ‘El origen del universo’, señor Wim, señor Van Aghoven? ¿Tiene usted ‘El origen del universo’?

Pero, hija mía, llévese primero ‘Una mirada en el más allá’ y deje un rato en paz ‘Las máscaras y los seres humanos’, porque son novelas cósmicas. Pero otra cosa más: por mí, puede leerlos. Porque hay gente que no sabe nada de todo esto, ‘Las máscaras y los seres humanos’ les parece enorme, y es que lo es. ¿Por qué? Porque nuestra gente lo que quiere es mirar lo antes posible detrás de esas máscaras; porque han aprendido mucho, ¿no? Pero este ‘Las

máscaras y los seres humanos', señoras y señores, está escrito de tal forma que mis discípulos, aunque hayan asistido a setenta mil conferencias, no lo comprenden al comienzo, para eso necesitan ver analizadas las máscaras.

Y así podemos seguir. Así que lea, pues, 'Una mirada en el más allá' y los otros libros.

Le repito: chapó.

Señoras y señores, ¿les he ofrecido algo esta noche?

(Gente en la sala):

—Sí.

Aún tengo dos cartas de la señora De Visser, ¿no? Señora De Visser, ¿me permite que empiece con eso la semana que viene? ¿O voy un momento con usted a su casa y lo terminamos rápidamente? Entonces duerme un rato... La semana que viene mejor, ¿no le parece?

Señoras y señores, gracias por su atención benevolente, y...

(Gente en la sala):

—Hasta la próxima.

—No, ¡qué descansen!

(Suenan aplausos).

Que descansen.

Noche del jueves 8 de mayo de 1952

—Señoras y señores, buenas noches.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

—Voy a comenzar con la última carta que tenía aquí la semana pasada y que no he podido tratar. Trata de ‘Una mirada en el más allá’.

“Allí, en la página 113 de ‘Una mirada en el más allá’, se habla del pobre perro al que le quitan jugos gástricos después de no darle de comer y de hacerle cortes en el cuello. ¿Es cierto que al ser humano le empezarán a faltar los medicamentos si se detiene la vivisección”.

Señora, no se trata de extraer el medicamento directamente del perro —es una salvajada, ya lo sabe, la vivisección existe—, sino que para los médicos se trata de hacer esas pruebas, que recibirá el ser humano, en el animal.

(Suenan los aullidos de un perro).

Aquí ya lo tenemos, ¿lo ve?

(Risas).

Este ya se lo ha olido... es telepático este perro, ya está aullando.

(Suenan ladridos).

Vamos, vete, ya, que no te vamos a sacrificar esta noche.

(Suenan aullidos y ladridos).

Oye, ahora fuera de aquí.

(Risas).

Señora, el ser humano dice que tiene una sintonización telepática. Pero ¿no le darías a este animal un beso? ¿Un rico huesito? Él siente, no, es una hembra, siente ella que hay peligro, y se pone a ladrar. ¿No es así?

(El perro ha vuelto a tranquilizarse).

Creo que sí. Porque se vuelve a dormir.

(Jozef continúa leyendo).

“Al hombre se le dan inyecciones que se han confeccionado por medio del animal”.

Y ahora dice usted aquí... O sea, eso no se aplica al perro, pero lo que se desea es producir esos sueros por medio del animal, son pruebas.

(Señora en la sala):

—Sí, pero... decían: “Si ya no hubiera más vivisección, entonces...”.

—No, son tonterías, así que ya se lo explico: se han confeccionado los sueros, pero no por medio de las mucosas o del esperma o de lo que sea ni por medio de la sangre de un perro.

(Señora en la sala):

—Pero lo que quiero decir es...

—Se intentan cosas, se descubren, ponen un inyección al animal para producir los sueros, medicinas, para el ser humano. Pero el animal recibe... Las salvajadas ya son bastante graves de por sí, pero antes, hace veinte años, era francamente terrible.

Aquí tiene usted: “A veces sus inyecciones me causan”, ¿mis inyecciones? ¿Es que yo también le doy inyecciones a usted? “A veces sus exposiciones”, ah, sí, eso sí que es otra cosa, ¿verdad?, “me causan la impresión de que es el propio niño quien elige a sus padres y que además los junta, otras veces me parece poder deducir que es atraído por el padre o la madre, o por ambos. Pero ¿cómo es exactamente?”.

Así que quiere saber de mí: si dos madres, dos padres, hombre y mujer, hermano y hermana, chica y chico, procrean, que es el padre el que lo quiere, ¿y la madre? ¿Y ahora quiere saber si eso es el alma?

(Señora en la sala):

—Sí, yo lo que pienso es que es el alma la que lo lleva a cabo... llega donde el padre y la madre...

—Aquí lo he explicado, y así son las leyes: cuando el ser humano...

(Dirigiéndose a alguien que entra):

Pase, por favor. Aquí hay sillas libres, señora, señor.

Cuando el ser humano empieza a dar a luz y a crear, el alma que nos atrae y a lleva tiempo viviendo ese nacimiento. Así que puede ser, y esa es la ley... Cuando pensamos... “Pedimos a Nuestro Señor, o a Dios, un bebé...”, dice el padre, o la madre; y lo tienen, entonces se ponen a dar gracias a Dios. Pero eso ya no hace falta, porque esa alma, esa reencarnación, ese renacer, ya está listo, esa alma tiene que ver con sus vidas. Y no solo por karma y causa y efecto —eso lo sabe usted, ¿verdad?—, no hace falta que lo trate, sino también por la ley natural, el parto de la madre naturaleza. La madre naturaleza tiene... Eso lo hemos analizado, señoras y señores, ¿verdad? Después de la guerra nacieron más niños que niñas, y una noche analicé aquí el instinto natural, el parto natural que tiene la tierra como madre.

¿Aún se acuerda?

Porque cuando el ser humano...

(Dirigiéndose a personas que están entrando):

Pasen, señoras, hay sillas de sobre, allí hay dos, aquí otras dos.

Así que cuando el ser humano piensa que puede decir: “Quiero tener un bebé”, y ella también, y la madre también, entonces es que no se enteran ustedes de nada, porque eso sigue siendo algo que controla la madre tierra. Y así es como en esos tiempos nacieron más niños que niñas, porque la paternidad, la creación, fue exterminada por la última guerra; surgió un trastorno, un trastorno cósmico entre la paternidad y la maternidad. Así el alma ya está lis-

ta y eso se debe a que es ella quien quiere nacer. Usted ya nació, ¿verdad?, usted está en la tierra. Pero quien tiene que venir...

¿Y eso por qué es, señoras y señores? Esas leyes se las he explicado espiritual, material, cósmica y divinamente. ¿Y por qué, pues, esa alma entre la vida y la muerte, o sea, en el mundo para el renacer, es la fuerza creadora, que da a luz, la voluntad, la personalidad para comenzar con una nueva vida? Eso lo pueden ver y percibir en toda la naturaleza, puede verse hasta en la brizna de hierba más pequeña. Una comparación: mira usted en la naturaleza, quiere usted conocer la paternidad y la maternidad, y ni siquiera sabe usted... ni siquiera ve el poderoso...

(Dirigiéndose a alguien que entra):

Pase señora... el poderoso desarrollo que tiene lugar en la naturaleza.

Cuando una semilla entra en la tierra, señoras y señores, ¿qué significa? Si ponen una semillita en la tierra, ¿qué quiere decir para el ser humano? Es el mundo para el renacer. Ustedes ya están. Dicho de otro modo: a la pregunta que hace usted ahora le puedo responder ya: no, no lo es usted, irremediablemente. ¿Y por qué no? Eso lo puede seguir en toda la naturaleza. El árbol, la flor, y todo lo que adquiere espacio es alumbramiento y creación, desde luego, es paternidad y maternidad y todo.

(Dirigiéndose a alguien que entra):

Pase, por favor.

Pero esa misma materia como flor y árbol y agua ya ha experimentado la densificación, eso acéptelo también. Así que eso ya no significa nada para el alumbramiento, porque ese alumbramiento ya ha tenido lugar. Y aquello que ya se ha recibido a sí mismo como alumbramiento y creación, como organismo, no puede decir: "Creo un niño, doy a luz a un niño", eso ya controla esas leyes. Así que ya pueden constatar por las leyes en la naturaleza, de manera científica espiritual pueden vivir esta respuesta, que el alma es sin duda la única ley para el nacimiento, y que controla la voluntad y todo, y que puede decir: soy yo quien nace donde usted, pero no usted por mí, padre, madre. ¿No es eso muy sencillo y sin embargo justo de manera natural? ¿También había llegado usted a eso después de todas esas conferencias?

(Señor en la sala):

—No.

—Ya lo ve.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

No, señor, puedo estar hablando con usted mil años y aun así pasaríamos por algunos núcleos que no se tocan. ¿Pero no es necesario verlo? Y esto es muy natural, la ley es así: o sea, el alma determina el renacer. Y no usted, usted solo es el medio. Divertido, ¿no? ¿Ya lo sabe ahora? Bien.

Pues entonces seguimos.

(Señora en la sala):

—Esa primera pregunta...

—¿Sobre esa vivisección?

(Señora en la sala):

—No es cierto lo que pone allí...

—Ya se lo dije, son tonterías.

(Señora en la sala):

—Sí.

—Bien.

Y ahora tenemos aquí: “Una ley deja de existir cuando hemos asimilado las fuerzas que sintonizan con una esfera más elevada. ‘Una mirada en el más allá’, parte 2, página 108”.

Una ley deja de existir cuando hemos asimilado las fuerzas que sintonizan con una esfera más elevada.

“¿Qué se quiere decir con esto? Se dice en relación con la determinación de una transición del ser humano —por un espíritu—, el momento exacto de hacer la transición”.

Tiene usted ahora millones de leyes, cada rasgo de carácter —eso nos lo enseñan los maestros— es una ley, es un espacio, es una esfera, es un mundo. Cuando se dice: “Yo soy amor”, el amor es una ley. El amor es una ley, ¿no? Si otra persona le da una paliza, eso —claro está—, no es amor, y entonces no controla usted esa ley del amor, que es una esfera, un mundo, una personalidad.

¿Ha quedado claro eso?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Es usted armonioso, cariñoso y justo: tendrá sintonización con una esfera, la primera, segunda, por su vida y todos sus rasgos; y ahora son leyes.

¿Está claro?

Y ahora lo que ha hecho usted es alcanzar esa armonía, está en armonía con la primera esfera, ahora la ley está en usted, ahora la ley vida ha pasado, porque ha asimilado usted esa ley como espacio, como amor, como luz, como vida, como espíritu.

(Señora en la sala):

—... deja de existir...

—Ahora deja de existir. Ya no hace falta luchar por ella, porque vive bajo su corazón. Es usted misma.

¿No lo había deducido? ¿Y a que una vez más merece la pena, verdad, señora? Es más sencillo que nada, ¿verdad?

Nos convertiremos en Dios y somos dioses. Y al haber asimilado a Dios como ley, esta habrá desaparecido de todas formas, porque la personalidad

como Dios y ser humano es lo primero. ¿Ha quedado claro? ¿Tienen preguntas sobre esto?

(Señor en la sala):

—... a partir de las leyes.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Nacida a partir de la leyes.

—Nacida por medio de las leyes. Si es “a partir”, usted parte. Partir de la casa, partir de la vida. Parte usted de donde estoy yo, señor. Por medio de la ley, por medio del amor, por medio de, por medio de.

(En inglés): ¿Qué les parece?

¿Así bien, señora?

¿Tiene otra pregunta, señor?

(Señora en la sala):

—Tengo otras dos.

—Sí, tengo más, señora, pero todavía estoy con esto.

¿Tenía algo más? ¿De verdad que no?

(Señor en la sala):

—No, no en este ámbito.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—... bueno, en este ámbito.

—Ah, en este ámbito. ¿Tiene algo de otro ámbito? Ah, pues cuando quiera.

(Jozef continúa leyendo): “‘Una mirada en el más allá’, página 130, allí se habla de un pobre perro”, esa ya me la hicieron, ¿verdad? Así que esa notita se ha colado de golpe. Quizá yo haya... Pues, sí, tiene más texto. “‘Una mirada en el más allá’, primera parte, página 208: ‘La gente que es incinerada, que incluso en las esferas de luz conserva cicatrices de esa incineración, ¿cuánto tiempo...?’”. ¿He dicho yo eso?

(Señora en la sala):

—Eso viene en...

(Jozef interrumpe):

—... sí, interiormente, claro.

—... a los que sin duda les falta algo, que sufren molestias. A la larga, ¿cómo se anula eso entonces?

—Pero es que así no saca lo que dice. Si eso figura allí de verdad, es que el maestro Alcar ha cometido un error. Tienen que saberlo ahora. Si figura así, podemos decir en este momento: “Oiga, maestro Alcar, encima comete usted errores”.

(Señor en la sala):

—Es imposible, ¿no?

—Pero lo es.

(Señor en la sala):

—No.

—“La gente que es incinerada, que incluso en las esferas de luz...”.

Así que hace un momento hablábamos de la armonía y la luz y la ley y todo, y del amor. El ser humano que es espiritualmente consciente no tiene cicatrices, señora, tampoco por la incineración ni por el suicidio. Así que eso debería usted leerlo otra vez. En la primera esfera se es consciente, armonioso, justo, cariñoso; ha convertido usted todas las hermosas y poderosas palabras que están en nuestro diccionario por medio de concienciación espiritual y entonces ya no pueden tener problemas ni cicatrices de la incineración. Porque la incineración, señora, ¿dónde vive, pues? ¿Eso sobre la incineración lo leyó en ‘Una mirada en el más allá’? ¿Sabe usted, señor, dónde viven esas cicatrices ahora?

(Señor en la sala):

—En la tierra.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—En la tierra.

—Dice: en la tierra.

¿Y usted, señora?

(Señora en la sala):

—En las esferas tenebrosas, porque alguien que...

Vaya, vaya, vaya, vaya, no señora, eso, a su vez, es...

Así que allí están mis discípulos. Todos ustedes deberían saberlo. Es una vergüenza que no sepan eso.

A ver, ¿quién lo sabe?

(La gente habla a la vez).

¿Cómo dice usted?

(Señora en la sala):

—Interiormente.

—Vamos a ver, esta es una criatura que ha estado aquí dos veces, la semana pasada también hizo estas poderosas preguntas. Hay adeptos... asisten a setecientas conferencias y siguen sin enterarse de nada. Y esta señora dice: interiormente. Porque la incineración es interior, o sea no exterior, porque el espíritu es inconsciente. La materia que se ha quemado entera..., el espíritu ¿puede quemarse? Esa pena interior, debido a que no es consciente el espíritu como personalidad...

Chapó, señora. Sabe usted pensar bien. Hay que ver.

(Señora en la sala):

—Sí, pero, señor Rulof, es que eso es lo que quería decir: el ser humano

que de verdad está sintonizado con la primera esfera, al que le queman el cuerpo, ya está al margen.

—Pero entonces tendría que haber...

(Señora en la sala):

—No padece efectos de esa incineración.

—Pero entonces tendría que haberlo sabido. Así que dígalos.

Interiormente. El ser humano porta las cicatrices... Si está usted por debajo de la primera esfera, verá... entonces también estará... Si ha vivido usted la raza blanca (véase el artículo 'No existen las razas' en rulof.es)... Allí tenemos seres astrales negros, morenos.

¿Es posible, señora?

(Gente en la sala):

—No.

—¿Es posible eso? ¿Pueden ser allí negros, blancos y morenos?

(Gente en la sala):

—No.

—Dicen que no. De mí han oído “no”, y ahora digo: sí, sí es posible.

(Risas).

Ja, ya estamos otra vez. Cuando usted sigue siendo inconsciente, señora, ¿es entonces posible que enseguida la raza negra y morena (véase el artículo 'No existen las razas' en rulof.es)...

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Qué pasa allí? ¿Se ha puesto mal alguien?

(Gente en la sala):

—Sí.

—¿Quiere un poco de agua, señora? ¿Un sorbito de la mía? Está sin tocar. Tenga.

(Dirigiéndose a alguien):

Señor, mejor deme eso.

Cuando viene usted de la tierra, es usted negro y continúa, porque no le hace falta... Ya sabe: cuando salimos de la jungla tenemos que vivir los cuerpos como organismo, tenemos que vivir siete grados, y entonces llegamos a la raza blanca (véase el artículo 'No existen las razas' en rulof.es). Y los mestizos también son... Y los chinos y los japoneses, todos tienen que... han alcanzado su organismo. Pero los negros que ya han alcanzado el organismo más elevado y que ya han enmendado cosas en esta vida, cuando mueren, ha desaparecido el color de su personalidad, su sintonización corporal.

Pero cuando el ser humano... a la primera esfera... Atención ahora. Oigan, que todos ustedes tienen razón, pero ahora hay que pensar un poco más allá, así tendré yo otra vez razón. Pero si usted carece de conciencia para la primera esfera, no podrá desprenderse así como así de aquella vestidura negra.

De modo que tiene que experimentar una purificación en el otro lado, que en primer lugar es corporal, y después, claro, la recibe espiritualmente; y poco a poco se va disolviendo ese color negro de su piel y llega a tener usted la sintonización cósmica, el color de la piel que tiene y porta como criatura espiritualmente consciente, como hombre y mujer.

(Hay algo de ruido en la sala, Jozef dice):

Hay un ambiente bastante sofocante aquí, señora. Sobre todo cuando nos alejamos mucho, señor.

(Jozef continúa):

¿Lo entienden, señoras y señores? Así que cuando el ser humano no es consciente... no solo se refiere a la incineración, no solo al suicidio, es posible vivir miles de cosas: por un accidente o lo que sea, un ahorcamiento consciente, por así decirlo, es posible destruirse uno mismo; pero a medida que posean sentimiento y conciencia, amor, se irán acercando a la sintonización cósmica para su pequeña túnica humana en el otro lado. ¿Ha quedado claro eso? ¿Tengo razón?

Así que hasta aquí.

Y después, naturalmente, señora, recibirá usted... Si el ser humano es espiritualmente consciente, no habrá cicatrices y entonces negro, moreno y blanco no vienen al caso, porque la túnica espiritual se divide en un millón de partes. Ya casi no es posible analizar al ser humano de la primera esfera cuando ve el color de su piel. Y ahora la segunda esfera, la tercera. He visto al ser humano en el Omnigrado con su manitas y el color de su piel. Estuve tres veces en el Omnigrado y allí vi al ser humano; cuando uno ve ese color de piel ve en esa piel, en esa carne, la creación entera. Los ojos de un ser humano del otro lado de la primera esfera, señora, se proyectan hacia usted de forma radiante y llenas de amor, la segunda esfera, la tercera.

Bueno, ¿qué? ¿Señores? ¿Señores?

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Sí, señor.

(Señor en la sala):

—Cuando hablé de esa primera esfera, bueno, sobre las cicatrices de la combustión, de la incineración...

—Sí.

—... eso me caló hondo: no es posible...

—No.

—... que las tengamos allí, por eso tampoco logro encontrar una respuesta.

—Pero ¿qué es lo que sí tienen?

(Señor en la sala):

—Pues yo pensaba: cuando estemos en la primera esfera, ya tendrás que

haberte librado de todas esas cosas que has vivido en tus vidas, ¿no?

—Sí, claro. Ahora ya las tiene, tiene usted cicatrices espirituales... Sí, claro, tiene usted cicatrices espirituales, pero entonces son de pasión y violencia. Les he contado que he visto personas con unos labios, muy pequeños, en los que era posible colocar media tierra, en esos labios, porque besaban el mundo entero: pasión. Un mangante, ¿verdad?, un ladrón; señor, eso ya no son manos, son garras.

Dante se acercó mucho, Gustave Doré que hizo las fotos (los dibujos) para Dante, con personas con las barrigas abiertas... Ay, señor... Les he contado cien veces que si el maestro Alcar hubiera tenido que escribir el libro tal como es el ser humano en las tinieblas en su pasión y violencia, ya no habría leído usted ese libro, señor. Habría tenido usted pesadillas toda la vida. Pero ¿no es cierto, pues, que cuando hacemos de las nuestras aquí, que realmente es algo que tenemos?

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Me puede oír, señora?

Qué lástima, ¿verdad?

(Señora en la sala):

—No todo.

—No todo.

(Jozef se pone a hablar un poco más alto).

¿Qué tal si me pongo a gritar un poco esta noche?

(Señora en la sala):

—Sí, así sí.

Bien, pues ya estamos enterados. Y ahora por fin hemos tratado esa ley.

Aquí tengo: “A veces llego a tener la impresión por sus interes...” , eso ya lo tuve también, “Sus palabras me causan la impresión de que el niño...” , a eso también ya he respondido. “Allí se hablaba de un pobre perro”, también.

Y ahora tenemos aquí: “Sabemos en cuanto a las personas cómo surgió la disarmonía”, en cuanto a las personas, “¿también se sabe cómo es eso con los animales?”.

En los animales no hay disarmonía, señora. Y en los seres humanos tampoco hay disarmonía.

(Risas).

Y el ser humano tampoco tiene pecados, señora. El ser humano es incapaz de cometer pecados. Asesina, roba, incendia y atraviesa el mundo, vive el submundo, y aun así no hay mal. No hay mal en la tierra. Hay que ver cómo vamos a contracorriente de todo eso. Solo hay evolución. Para Dios no hay odio ni tonterías ni cotilleos, para Dios tampoco hay enfermedades; pero nosotros andamos con eso. Dios no ha creado odio ni enfermedades ni desintegración ni mangoneo. Porque entre los hombres y las mujeres no

existe la disarmonía, ¿no?

(Murmullos).

Vaya, vaya, menudos angelitos que tenemos aquí.

(Risas).

Los hombres y las mujeres todavía tenemos...

(Risotadas).

¿Qué dice...? ¿Está riéndose otra vez, señora?

(Señora en la sala):

—¿Piet Hein?

—¿Otra vez Piet Hein?

(Señor en la sala):

—Llevo toda la semana buscando un pastizal.

—¿Lleva toda la semana buscando un pastizal?

Los hombres y las mujeres nunca hemos pensado mal todavía unos de otros. Ya verá mañana, y puede hacer usted el mal, así que entonces diga: 'Jozef dice: "No hay disarmonía, lo que hice estuvo bien"'.

Sí, sí.

(Risas).

Pero entonces los arrastraremos de las orejas y demostraremos que al fin y al cabo no es así como se hace. Entonces, señor, su esposa le dirá: "Mira fuera, junto a la puerta pone 'Conócete a ti mismo'".

Con eso apareció mi hermano anoche, Hendrik, dice: "Cuando haya vuelto a Estados Unidos, diré a los norteamericanos: 'Estuve en la casa donde vivió Sócrates'".

(Risotadas).

Dice: "Aquí vive Sócrates".

Digo: "Es de Sócrates".

Y me dice: "¿Vivió aquí?"

(Risas).

Y yo que digo: "Sí, Hendrik. Ya puedes ir contándolo en Estados Unidos, para que se rían un poco".

Hasta se lo creen. Puedes decir tranquilamente que aquí en Holanda también tenemos un Sócrates, ¿no? Entonces tomamos... Ah, no, usted es Piet Hein. Pero también tenemos otros Sócrates.

Bueno, señora, voy a seguir. ¿Y de qué estábamos hablando, señora?

(Señor en la sala):

—De las cicatrices.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—De las cicatrices.

—No, señor, ya no estábamos hablando para nada de esas cicatrices, ya

habíamos avanzado mucho.

(Dirigiéndose a la gente que está entrando):

Señora, siéntase, aquí hay un sitio estupendo. Ah, no, estos siempre se sientan en aquel rincón.

(Jozef continúa leyendo):

“Allí se habla sobre un pobre perro... A veces sus palabras me causan la impresión de es el propio niño quien elige a sus padres...”. ¿Lo ve? Tengo que volver a empezar desde cero.

“De los seres humanos sabemos cómo surgió la disarmonía”, y ahora quiere usted saber: “¿también se sabe cómo es con los animales? Son, entre otras cosas, codiciosos e intolerantes”. ¿Es así, señora? Un tigre es tolerante, ¿no? Un auténtico león salvaje, señora, obedece al ser humano, ¿no? ¿Y qué me dice de una gloriosa serpiente, de una cobra salvaje? “Por mucha comida que haya, aun así el pájaro espanta al otro”.

Señoras y señores, eso el ser humano también lo hace, pero solo se encarga de la sociedad y de tales y cuales cosas por medio de su pensamiento y sentimiento... y en eso es igual que el animal. Pero, en realidad, ¿qué significa, señora, lo que usted vea en el animal y compare con el ser humano? Porque cuando nosotros... Mejor le ayudo un poco, ¿lo sabe?

(Señora en la sala):

—... en su sintonización.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—En su grado de sintonización.

—En su grado de sintonización.

(Señora en la sala):

—Unos animales están por encima de otros, ¿no?

—Unos animales están por encima de otros.

Hay animales que no lo hacen para nada, porque incluso vienen por otro animal...

Fíjese, por ejemplo, en el cuco: pone huevos en el nido de otro y encima la cría de este cuco espantará a las crías de ese nido. Porque sabe... aún es muy joven, recién nacido, tiene dos días y entonces las crías propias de ese otro pajarito se ponen... las espanta del nido y entonces tiene que... Hace poco vi fotos de eso y el señorito estaba echado, así, extenuado, porque había echado a dos. Y después viene ese pajarito y resulta que el muchacho ya es así grande, y a comer y comer. Porque ya sabe de antemano, con dos días, ese canalla ya sabe que luego tendrá hambre si los otros siguen allí. ¿Cómo es posible? El instinto. Eso es lo que quiero contarles. Señora: el instinto.

Cuando estábamos en la jungla y recibíamos nuestros alimentos y el jefe de la tribu no lo repartía equitativamente —pero que eso se sigue haciendo—

entonces quitamos allí una mitad y allá otra, porque en esos cuerpos negros teníamos hambre animal. Y allí ya ocurría. Según los grados del instinto. El ser humano también tiene un instinto. Tenía un instinto puro cuando todavía vivíamos en la jungla. Pero cuando fuimos empezando con la sociedad, con esa construcción, hemos fragmentado el instinto natural. La naturaleza entera tiene un instinto telepático. Y debido a que en la naturaleza solo hay una ley: arréglatelas para conseguir comida, y de dónde venga de allí viene... allí una vida sirve a la otra.

Y cuando aún estábamos en la jungla, señoras y señores... Eso nosotros lo hemos vivido alguna vez aquí, qué gloria, alguna vez hemos cocinado un hombre sabroso aquí, ¿no? Entre todos hemos determinado qué carne era la más rica. Es cierto, señora. Porque todos éramos caníbales. Alguien dijo: “A mí siempre me ha gustado ese pulgar, era rico”.

Digo: “Sí”. Digo: “Un omóplato de esos tampoco está nada mal”.

Pero nos hemos dedicado al canibalismo y entonces también nos comíamos al ser humano. Así que el instinto come en la medida en que ese animal está sintonizado con la comida y la vida propia, pero mientras va elevándose, y más y más, va cambiando esa vida. De modo que la naturaleza arrasa en el primer grado de todos —es el instinto natural, así de sencillo— y arrasa y se llena el buche y sigue y sigue hasta que se hayan disuelto todas esas especies animales.

Y entonces ¿qué se nos aparece, señora?

(La señora dice algo inaudible).

¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Los Alados.

—Sí, sí, entonces aparece la especie alada, pero así no hemos llegado todavía. Pero esta tarde estuve mirando media hora a las palomas, y aunque en realidad son... son animalitos muy agradables, también son diabólicos. Si ves... Esos no hacen caso alguno a nada. Le picotean a uno, siempre que quieran conseguir un granito el otro pajarito ya estará encima del tejado. Pero ahora he aprendido: hay que ver el estado tan terrible en que viven en ese hermoso mundo de las palomas. Digo a mi hermano: “Mire esto, era su hembra”, digo: “y ahora papá se lía con su propia hija”. Sí, y la vieja, la abuela ahora... Ese hombre ha hecho plagio, es más que malo. Y entonces el viejo se pone a arrullar y tienen un huevo. Él la ama a ella, pero la vieja de antes ya se puede poner a volar detrás de papá, porque la hija tiene prioridad.

Y a usted, ¿qué le parece eso, señora? Es la pregunta que deberíamos hacernos, esa sí. Y ahora papá lo hace que da gusto... porque ella ya es una muchacha madura, así, un buchón, y es oscura, qué gloria, y potente y hace: “Urú urú”, lo sabe hacer muy bien; y papá se pone a volar con su propia hija, da

gusto, y está haciendo un nidito.

(Un señor dice algo inaudible).

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—El Arca de Noé.

—Sí. ¿Sabe usted lo que hacíamos nosotros antes en la jungla? Señora, mejor dejemos de sacarlo otra vez, porque entonces... Mejor dejemos de sacarlo otra vez porque si no igual nos ponemos malos. No, señora. Claro, está satisfecha, porque...

(Señora en la sala):

—Sí, aunque no solo se trataba de esa codicia...

—Vaya, señora, ahora va a tener el remate. Lo último es..., por eso mejor tomo lo último: en la jungla nos hemos comido los unos a los otros como seres humanos. A las seis venía el jefe de la tribu a uno de nosotros cinco y entonces teníamos que pasar por encima de la colina para ir a por medio de esos, “y siempre el más gordo”, dice, teníamos que traerlo por encima de la montaña y así por la noche teníamos un buen muslito y por la mañana, sopa.

Si tomo eso como ejemplo, disculpe que le diga, ¿qué pasa entonces con la intolerancia? Mejor le saco un poco la punta a esto.

(Señora en la sala):

—Sí, pero usted sigue con el ser humano, yo hablaba del animal.

—Sí, pero me preguntó por el animal y después por el ser humano. Si este ya es así, y el animal no lo es... Me fijo en lo peor y después mejor usted misma piense un poco más allá, porque de lo contrario tendré que escribir diez libros.

¿Es así?

¿Ve? Por eso digo que nos hemos cocinado, asado y ahumado los unos a los otros. Sí, eso también lo hubo, señor Götte. Eso nos lo hemos hecho los unos a los otros: no se nos ocurría otra cosa. Hemos hecho exactamente lo mismo que lo que hacía el animal. Entonces, ¿qué queda de lo placentero, del amor? Y si encima de lo que se trata es del amor, señora... Ahora quiere usted seguir hablando de eso, así podrá hacer otras cien preguntas. Si quiere analizar aquí las leyes, entonces en el amor el animal es mucho más elevado que el ser humano. Es cuando el animal..., vuelve a experimentar..., por el instinto vuelve a experimentar el afecto, la docilidad, una lucha a vida y muerte para entregar la propia vida.

Una vez oí decir a un viajero: “Sí”, dice, “el león macho no hace nada, pero la leona madre se va de casa todas las mañanas, a hacer la compra, y luego vuelve a casa con un corcito de esos”. Eso es cierto. Así que la madre se va a hacer la compra. Y entonces llega a haber comida. Comen hasta reventar, otra vez los buitres, lo acaban, y así continúa una y otra vez. Todo eso existe.

Pero cuando se trata de amor, señora —¿no se lo conté hace poco?—, ni siquiera llegamos a la altura de los animales en la jungla.

Un gorila, hace tiempo, una historia: un hombre en Estados Unidos se adentra en la jungla, era un boxeador, ahora se llama Jimmy el de los gorilas. Solo captura gorilas. Y es una familia. Es la familia más elevada en la vida animal. En Róterdam, deberían ustedes... allí también hay unos cuantos gorilas; si se quedan sentados ustedes un buen rato y el gorila está sentado de esta manera, pues lo mejor es que regrese, y se verán ustedes mismos. Y no paran de mirar.

Primero capturaban al macho con una red, ya no podía avanzar, ni avanzar ni retroceder, y de miedo empezaba a golpearse el pecho, porque piensa: ya no puedo ni avanzar ni retroceder; y empezaba a llorar; le disparaban una flechita, eso lo hacen los pigmeos, y se quedaba tirado.

“Esa hembra”, dice ese hombre, “la madre con sus dos crías, la madre gime y solloza”; él dice: “El corazón te da un vuelco”. Pasan meses hasta que esa madre se haya muerto de tanto llorar.

“Y entonces están en un zoológico”, dice, “y están completamente groguis”. Torturados hasta la muerte. “Un gorila está afligido toda su vida si descomponen ese pequeño ser humano, si lo desgarran”, dice el médico que trató eso. Dice: “Es horrible desgarrar una familia de gorilas, una familia doméstica”.

Y a ese hombre le dan seis mil dólares por una hembra de gorila.

Y luego están en el zoológico y no se ve más que la canallada que ha hecho el ser humano. Y ese animal llora día y noche, porque tiene la conciencia más elevada para el grado animal.

Porque se dice: “El mono es igual que el ser humano”, ¿verdad? Darwin.

“¡Ya te gustaría, Darwin!”.

Pero él tiene la sombra del amor, la sombra del amor del ser humano, pero ahora al cien por cien sagrado y natural según la naturaleza. El ser humano, sin embargo, está fragmentado, carece de amor, parlotea, cotillea, piensa mal sobre los demás. Un gorila, señora, señor, ni siquiera es capaz de eso. ¿Quiéren aprender algo los unos de los otros? Tenemos que regresar a la jungla, porque hemos fragmentado nuestro instinto natural de Dios, lo hemos violado, enterrado entre cotilleos y robos. Eso es lo que hemos hecho.

¿Quiere algo más?

Debería irse a Róterdam, señora, así se verá a sí misma.

Bueno, no me estoy dirigiendo a todos ustedes; es a aquella señora. Pero los caballeros también pueden ir, porque...

Aquí tengo: “Gracias a la lectura de sus libros y por los centenares de conferencias desde luego que podemos decir que hemos empezado a pensar, aunque no sea más que un poquito. A mí el que me gusta mucho leer es la segunda parte de ‘Jeus de madre Crisje’. Este libro me llega al alma, hay de

todo que va emergiendo. El bien y el mal, pero también alegría, compasión, comprensión, tristeza, y un largo etcétera. Esos libros lo tienen todo; es cuando un ser humano se pregunta: ‘Pero ¿quién soy? ¿Cuándo soy quien soy?’. No por saber quién eres vas a estar en armonía, ¿no?”.

No, diablos, no. Porque puedes ser quien eres y entonces cometemos un asesinato, ¿cierto o no?

“Tenemos todo en nosotros, pero es precisamente por eso que tantas veces quedamos noqueados, ¿no? Y así puedo seguir un rato más, señor Rulof. Conócete a ti mismo dice la criatura consciente de todo lo que vive. Cuando los seres humanos decimos: “Hago esto o lo otro”, ¿es en ese momento la personalidad? Pero entonces ¿cuántas personalidades somos, señor Rulof? Pregunto todo esto porque quiero aprender. Por lo demás, mi gratitud”.

¿De quién es eso?

(Señor en la sala):

—Mío, señor Rulof.

—¿Suyo? Señor De Jong, cuando se relaciona con los seres humanos y pregunta algo de forma educada y le dicen...

(Jozef grita).

... “Oyeeeee, ¡a ver si miras un poco!”, entonces te das un susto de muerte, ¿no? Pero en eso el ser humano ni siquiera piensa. Cuando alguien dice eso... Si se quiere llegar a la primera esfera, el otro ser humano no le dirá a usted —lo sé: usted es muy sensible—, el ser humano no le dirá: “Jauwauwau”. Dirán: “¿Cómo dices, criatura?”.

Hay gente que está por allí y que dice algo. Y aquí está quien lo tiene que oír. Están hablando y esas cosas. Y ella piensa: ‘Ah, bueno, eso ya lo oirán por allí’. Pero el otro no oye nada. Sale y dice: “Estás mal de la cabeza, ¿o qué? Llevo llamándote cuatro veces”.

“Dios”, dice el otro, “pero, Dios mío, es que no te oía”.

“Ya, ya. Ya, pero es no me volverá a pasar”.

¿Cómo? ¿Que eso no volverá a pasar? Pues, señor, eso ocurre a diario.

Hace poco estaba ante la gente. Digo: “Vaya, vaya, vaya”. ¿Quieren saber lo que yo habría hecho, u otra persona? Si no están más que a medias allí en Scheveningen, señor, yo tendré que esforzarme si es que quiero poder contarles algo. Digo: “Señor...”.

Esto..., sí, entonces no tiene que hacer lo mismo que yo. Si vas al cuarto de estar y dices: “La leche se está saliendo”... y yo que estaba con las narices encima... entonces, claro, vas por mal camino. Pero estaba soñando.

No, consciente de uno mismo, uno dirá: “¿Qué pasa? ¿Qué te pasaba?”. “Oye, criatura, escucha un poco, hace un rato pensé en esto y lo otro, ¿qué piensas tú?”. Cuando no poseemos fundamentos básicos para ser corteses con los demás, señor, señora, ¿cuándo van a querer comenzar con la felicidad?

Cuando digo: “Es así”, y me has llegado a conocer, y el otro, son verdaderas, entonces esa palabra es ley. Lo acepto. Pero ahora empiezo a ver yo mismo su veneno, su falsedad, su engaño. Pues, sí, ¿ahora qué? Ahora empiezo a ver el descuido, empiezo a percibir la vileza en el ser humano. No, entonces ya no me hace falta preguntar nada ni me hace falta decir nada, porque no tengo nada que ver con las mentiras y los engaños. Y si eso no sale ahora, señor, como hombre y mujer, no avanzarán nunca, nunca, nunca. Estarán en un punto muerto.

¿Es así?

¿Por qué gruñe el ser humano? ¿Por qué da patadas el ser humano? Porque aún no quiere. Dicen: el ser humano no es capaz de hacer eso. No, y es que eso es imposible, es que tampoco es capaz todavía. Pero tampoco está la voluntad. Porque cuando nos decimos: nos amamos, hermanos o hermanas... Una noche dije aquí, digo: si mi hermano no quiere y no lo tuviera aquí a mi lado, y no quiere, digo: “Sí, pero así es”, pues entonces que se las arregle para averiguar, descubrir si yo tengo verdad; y si la tengo y a él no le da la gana, bueno, por mí que lo parta un rayo. Yo he conocido el otro lado, el cosmos, la sangre ya no dice nada en el otro lado, la familia ya no dice nada, la paternidad y la maternidad ya no dicen nada, porque llegamos a la unión universal en el amor. ¿No es así? Así que si se quiere quitar de en medio, le pregunto: “¿Quieres sogas o gas?”. ¿Qué?

“Duro, ¿no?”. Y entonces me increpan. “Menudo bicho ese, me pregunta si quiero quitarme de en medio con gas”.

Digo: “Señor, mejor ahógate”.

Por cierto, eso me lo han dicho a mí también alguna vez, oigan. Hubo una vez que quise quitarme de en medio, y ya estaba poniéndome como un energúmeno, y me dice: “Bueno, mejor te tiras al agua”. Pero entonces es que tampoco lo hice. Ni él tampoco.

Pero si seguimos sin aceptarnos y sin comprendernos y no queremos, solo es posible llegar a esto y decir: “El ser humano aún no ha llegado a este punto”. Porque para vencer algo así, señor, y eso lo saben todos ustedes, eso les aseguro que no es sencillo, para eso hay que librar una batalla a vida o muerte. Y si después reciben ustedes golpes y patadas, pues, a aceptarlos, porque detrás del ataúd eso será historia. Y ya aquí lo es.

La pasada semana el maestro Zelanus... Una hermosa pregunta. La gente en Ámsterdam hace preguntas hermosas, una señora dice —allí tenemos una cosa de esas, y ya estamos ante el diccionario entero—: “¿Qué es el deseo? ¿Me está permitido desear?”.

¿Desea usted, señora? El ser humano desea armonía, justicia, posesión. Bien. “Conviértase en eso”, dice el maestro Zelanus, “y lo será”. ¿Quiere amor? “Deseo una pizca de amor”. Sea amor y lo será, lo tendrá.

Alguien me dijo: “¡Si supieran quién soy!”. El maestro Zelanus lo adoptó, dice: “¡Demuéstrelo y lo veremos a usted!”. Sí, pero eso ni funcionó, claro. “Si supieran quién soy por dentro”. Tonterías, señora. Demuéstrelo, señor. Si dice: “Ay, es que mire cómo me están pegando y pateando”, entonces sigue sin ser amor, porque quien ama no se deja pegar ni golpear.

Señoras y señores, ¿han leído ‘Aquellos que volvieron de la muerte’? Señor, ¿todavía lo quiere? Siga entonces a Gerhard, el cochero, vamos. A ese muchacho lo conocimos aquí. Lo vi todavía la semana pasada. Digo: “Gerhard, qué bien te veo”.

Dice: “Sigo con lo mismo de siempre”.

Digo: “Tú llegarás a ser alguien, ya lo eres”.

Pero cuando en las tinieblas, cuando en la desgracia, cuando en esa miseria, en esa descomposición, en esos infiernos uno... Oigan, que eso no son cielos, porque llegarán a vivir las peores pasiones que existen en la tierra, ni siquiera es posible desfogarse de esta manera en la tierra, así es la gente allí. ¿Y pensaba usted, señor, cuando allí le sacan los ojos por detrás y desde todos los lados, y le arrancan una pierna...? ¿Es que entonces va a querer enfadarse? Entonces ya habrá desaparecido, entonces estará sometido a su fortuna. Así que hay que mirar a esa gente así, conscientemente, a los ojos, y entonces ya pueden poner allí una cosa de esas afiladas y darle al botón de la luz y les sacarán los ojos de la cabeza, y si luego usted se enfada un poco, ese cuchillo tendrá contacto con su ojo, con su ojo interior; y allí también mirará usted. Pero si uno sigue poseyendo el amor —es usted amor, señor— ese cuchillo le atravesará sus ojos, así, sin más, y la carne, la luz de sus ojos es indestructible.

Cuando un ser humano me dice: “Me echa usted a la calle como un mendigo”, y yo no siquiera pensaba en eso ni lo quiero, entonces esa persona es conscientemente un mendigo, señora, pero no yo. Y entonces yo ya tengo que tener cuidado, señor y señora. Cuando el ser humano dice: “Allí me echan como a un mendigo, me echan de casa a patadas como un mendigo”, y el ser humano no es consciente de nada, entonces no soy yo quien lo tiene, porque estoy al lado de Cristo, sino que tengo que tener cuidado, porque aquí está la falsedad en pensamientos a mi lado. ¿Es cierto?

Hay seres humanos que fueron recibidos por otros seres humanos. Y esa gente tenía buenas intenciones y lo dieron todo. Y estaban en la calle cuando dijeron: “¿También te has comido esa comida podrida?”.

Y entonces los demás que lo oyeron más tarde dijeron: “Deberían saber que nosotros mismos no hemos comido en todo el día ni en veinticuatro horas para regalárselo a ellos”. Encima les increparon por esas papas (patatas) secas que deberían haber comido ellos mismos pero que dieron a otros, y eso era “comida podrida”. Y así podemos seguir.

¿Qué más tenemos que perder... si el ser humano —de eso se trata—..., de

qué modo tenemos que mejorar nuestras vidas para al final llegar al punto en que digamos: “Cada palabra del ser humano”, si uno se encuentra de verdad con el ser humano que haya empezado a trabajar en sí mismo y en el prójimo, “cada pensamiento de esas personas es bueno. Hable como hable el ser humano, todo es bueno”.

En el mundo no hay malas personas. No hay personas con odio. Pero si ustedes vienen a verme y me dicen: “Me tratan ustedes como a un mendigo” y yo eso no lo he querido para nada y usted no me comprende ni al mundo, entonces es usted quien es el inconsciente, entonces se golpean a sí mismos.

¿Es cierto o no, Piet Hein?

(Señor en la sala):

—Desde luego.

(Risas).

—Sí, señor; oigan, que el señor no se llama Piet Hein.

¿Cierto, no? No se llama usted Piet Hein, ¿no?

(Señor en la sala):

—Creo que no.

—No, yo tampoco lo creo.

—Señor De Jong, puedo seguir sobre este tema, pero ¿tiene usted mismo más preguntas? Puedo convertir esto en una conferencia. Puedo ofrecerle cien mil ejemplos. Si un ser humano no me quiere aceptar... Digo: “Tome, lo digo con toda la sinceridad del mundo”.

“Pfff, bien, bueno, ¿te lo crees tú? Tonterías, ese tipo está loco, esa mujer está loca”.

Pues, sí, entonces ¿qué tenemos que hacer?

Empiecen por fin a aceptar al ser humano. Al ser humano no le da la real gana. Pueden entregarlo todo. El dinero, las posesiones, ya no significarán nada. Si el ser humano cree a otro y se trata de desintegración y destrucción —¿cierto o no?—, señor, entonces puede...

Nuestro Señor se encontraba ante Caifás y Pilato y estos dijeron: “Sí, han contado esto. ¿Es así? Den pruebas”.

¿De verdad que pensabas que Cristo se iba a poner enfrente de Pilato y de Caifás y que les diría: “Sí, pero Yo no lo he dicho”?

Señora, no se puede hacer nada. ¿Cómo quiere enfrentarse a ese mal? ¿Cómo quiere convencer a ese mal, eso que está mal, ese pensamiento satánico, de que usted no ha dicho eso ni que lo ha hecho? Señor, es usted incapaz de eso. Así que el ser humano consciente, señor, guarda silencio. Pero el ser humano consciente como hombre y mujer sigue amando la vida. Aunque no haga nada. No dice nada.

Ya me han lanzado tantas cosas a la cabeza estos años, señoras y señores, ¿alguna vez me han oído decir algo así sobre alguna persona? Señor, en ese

caso me habría largado. El ser humano no sabe... Si oye que le pongo verde —Piet Hein, que sea entre nosotros esta noche, ya nos conocemos desde hace algún tiempo—, si empiezo a ponerle verde y usted dice: “Pues eso no me gusta de Jozef”, debería ponerse a pensar: ‘¿Lo dirá en serio?’. Porque un ser humano de vez en cuando se debe de poder poner un sombrero con una pluma que se agite hacia alguna parte, ¿no?

(Nadie dice nada).

Sí, señoras. ¿Qué dice Frederik van Eeden? Pues pónganse una buenas sandalias, aunque midan dos kilómetros de más. Dense el gusto de avanzar de espaldas y anden así hacia el sol y digan: “Oh, que gustosa es la luna esta noche”. Arrullen alguna vez para otra persona. Pero la gente no quiere arrullar por otros. Jamás empiece, señor, aunque sea usted a quien le den la paliza. Tiene que decir usted: “Estupendo, qué gusto”.

¿Saben cómo lo he aprendido yo? Había gente que pensaba poder agarrarme. Pienso: si tú cometes un error y dices algo asqueroso o feo sobre mí, frente a eso pondré algo hermoso y divertido. ¿Y qué pasó, pues, señor? Eso yo lo he vivido, señor, me lo ha mostrado el maestro Alcar, dice: “Así están construidas las esferas de luz”. Un ser humano que me pega; frente a eso pongo algo divertido, al instante. El ser humano se hunde y yo me elevo. Recibí un templo y un espacio; y un ser humano, el otro, empezó a pegar y patear, se hundió. He tenido que encontrarlo al otro lado de la tierra, pero debajo de la tierra, ya no saldrá de allí.

Si el ser humano le hace algo... entonces Cristo dice: “Eres tú quien lo dice”.

Si se quiere hablar de verdad con un ser humano, señora, ¿por qué no se acerca a él y se sienta tranquilamente en un banco en un parque o en su casa, y le dice lo que le pesa? Pero ¿por qué hace usted eso en la calle? El ser humano siempre habla en la calle sobre los demás y nunca a la cara: no se atreven. No se atreven, señor. ¿Verdad que no, señor? No se atreve.

Y es que el ser humano siempre está escuchando cotilleos, desintegración; nunca lo bueno. Todavía no ha habido nunca nadie en este mundo... Sócrates es un canalla; para la humanidad, porque lo envenenaron. Y todo lo que hay para lo constructivo es... Y al ser humano no se le comprende, señor. Es algo a lo que primero le dan golpes y patadas. ¿Por qué? Porque esto es lo hermoso para despertar. El ser humano tiene que evolucionar. Todavía no hay conciencia espiritual.

Pero si yo... una sola cosita... si Cristo hubiera dicho una sola cosa, con que solo les hubiera echado una mirada severa, así, con de verdad algo de enfado por dentro, entonces Su espacio divino se habría oscurecido.

Y si hacemos eso y recibimos una bofetada y una paliza y agarramos el zueco y devolvemos el golpe, señor, entonces no hay beneficio, al contrario,

se expulsa a sí mismo del paraíso a base de golpes.

“Con que haya uno solo que me atormente”, el maestro Alcar me lo dijo. “Si hay una persona que lo atormenta, una sola que hable de usted, que lo ofenda, no lo ofenda a su vez, no ofenda esa vida, sino que adopte aquello con gusto, André, es conciencia, sabiduría. Un solo pensamiento equivocado de vuelta y ya no lo podré alcanzar”.

No habrían recibido ustedes un libro mío si alguna vez en mi vida hubiera estado enojado de verdad, no sé lo que eso. Sí que puedo estarlo y hago algo, pero entonces significa algo. Si nos enfadamos fuera de nosotros mismos, al margen de nuestro propio yo, ¿saben a dónde conduce eso? Entonces entra de inmediato alguien del mundo astral y en cinco minutos, en media hora estamos en (el centro psiquiátrico de) Rosenburg. Porque minamos nuestra conciencia diurna.

(Señor en la sala):

—Gracias.

—¿Se da las gracias a sí mismo o a mí?

(Señor en la sala):

—Le doy las gracias a usted.

—Gracias. ¿Algo más? ¿Quién de ustedes?

Puede escribir un libro sobre esto, señor. Bien, señor, mejor imagínese el resto de lo que se trata de verdad, de lo humano, de lo social, de lo espiritual, de lo espacial. ¿Lo hará?

(En alemán):

Adiós.

(Señor en la sala):

—Gracias.

Aquí tengo: “De qué manera es responsable que una madre casada se deje inseminar conscientemente por un hombre casado, con o sin permiso de su esposa despierta, o no, espiritualmente?”.

(En inglés):

Miren qué cosas. Eso viene de algún sitio.

De esto hemos hablado la semana pasada. Hace unas semanas alguien hizo una pregunta y dijo...

¿Se acuerdan, señoras y señores? Entonces estuvimos hablando de esto: una madre que no era capaz de tener un bebé. En Londres ocurrió mediante una inyección. La mujer de un oficial que no podía tener hijos, ese hombre no era creador, no tenía la célula. Entonces ella fue, dejándolo a él al margen, al médico, otra inyección más; y cuando él volvió ella estaba de cuatro meses. Y entonces él dijo: “¡Por allí no paso!”. Y se divorciaron.

Eso ya lo he tratado aquí cinco veces. La gente hace siempre esas preguntas. El sí o no... Esa pregunta la sometieron al maestro Zelanus en Ámster-

dam. Y hemos hecho lo malo y lo bueno.

Entonces la madre dijo: “Hombre, hubiera preferido con mucho haber conocido a un hombre, pero te he protegido. Por eso fui a la universidad. Pero ahora sé lo egoísta que eres. Y yo estoy contenta de ir. Quiero tener un niño”. Y una madre al cien por cien...

(Dirigiéndose a una señora que oye mal):

¿Lo entiende, señora? ¿Puede oírlo?

Lástima.

Una madre en la plenitud de sus fuerzas como madre tendrá ese niño, fijo, y tendrá que ser madre, fijo. Porque si de verdad actuáramos conforme a nuestros sentimientos que tenemos como hijos de la naturaleza —aún nos avergonzamos un poco— entonces haríamos lo que se vive en el reino animal: ¡esos niños los habrá! Y que si es de un perro gris, o de un perro salchicha o de un pastor, o de quien sea, pero esa hembra dará a luz y tendrá crías.

Pero nosotros en la sociedad decimos: “Sí, pero no estoy casado”. Entonces la madre tiene que...

Hace poco vino a verme una señora, me dice: “Ya, ¿es que tengo que ir a pedirle a un hombre: ‘Dame un hijo?’”.

Digo: “Eso no es así”.

Y ahora hay personas que siguen nuestra doctrina, que... los maestros... —atiendan— los maestros han hablado de amor universal espiritual... Y ahora hay un señor que piensa —esto seguro que vendrá de un señor—, resulta que hay un señor que piensa: si tengo amor universal, tengo que representarlo, y ahora aparece la mujer de un hombre o de alguien, viene por allí y no puede tener niños, y yo sí se los puedo dar, entonces tengo que hacerlo con mi amor universal, ¿no?

Hace poco nos reímos con ganas de esto.

Y yo digo, si esta noche alguien, una señora, está aquí por primera vez, que diga: “Pues si esos no están locos, ya no sé qué pensar. Pero esta gente de verdad que está loca, esta gente que...”.

Porque ¿qué iba a decir ese señor? Digo a los señores: “Muchachos, ¿qué les (os) parece? A ver, imaginemos que... Tenemos a esos jeques en Voorburg, o ¿dónde vive esa gente?, detrás del Dam, esos sultanes con sus cuarenta hermosas amiguitas, encima tienen razón”. Porque el hombre dice: “Los maestros dicen: ‘Quien tenga amor universal dará a luz y creará’”. Señor, entonces lo convertimos nosotros en un caos asqueroso, guarro, si hacemos eso. Es que no comprenden que en el otro lado y aquí en la tierra el amor universal no tiene nada que ver con el alumbramiento y la creación; reciben ustedes su propio karma, su propia vida. Que si lo son o no, que si tendrán un hijo o no. Pueden ir al médico —sí, eso ya ha ocurrido—, pueden ir al médico. Pero imagínense, ¿qué quedaría de nuestra sociedad si se explicaran así las leyes del

otro lado: tienes que tener amor universal y ahora los hombres, pues, a crear? (Nadie dice nada hasta que empiezan a sonar risas).

Claro, los señores se ríen, ¿verdad? Ya les gustaría.

“Ah, no, ¿por qué?, no, no, ni siquiera quiero decir eso: ya me gustaría”. Desde luego. “Oiga, que no. Nada de eso”.

Pero ¿a dónde conduce esto, señoras y señores? El amor universal solo es espiritual —tenemos que amar todo— y ese es el mundo que representan ustedes por la vida de sus sentimientos, por su espíritu. Pero la creación y el alumbramiento corporales, el ser uno, señor, es para ese señor de allí y para aquella mujer. Y si después esa mujer no llega a tener un niño, pues que se encargue de tenerlo en armonía en diez, veinte vidas; porque esa vida es dis-armónica, ¿verdad?

Otra persona dijo: “Hay un hombre que ha tenido dos hijos, encima mellizos”.

Entonces el hombre dijo... era a su manera un plasta, era callado, y así, y así, y así... Entonces esa mujer me dijo: “Pero ¿es que no está permitido que tenga un niño de otra persona? Mi marido ‘está como muerto’. Puedo tener todavía un niño, ¿no?”. Sí, señor.

(En alemán): Ya te gustaría.

Digo: “¿Qué es lo que habría querido usted entonces?”.

“Bueno”, dice, “pues que si mi marido no es capaz de darme un niño, puedo tenerlo de otro hombre, ¿no?”.

Digo: “Ah, ¿sí? Vaya”. Digo: “Señora, ¿quiere usted quemarse las manos, los ojos y el corazón? Bueno, pues, adelante”. Digo: “Si su marido no es capaz de dar a luz ni de crear... ¿Cuántos matrimonios desea tener aquí en la tierra?”.

Ya no nos encontramos en una jungla ni vivimos allí. Y, señora, ¿sabe usted que esas cosas ni siquiera ocurren en la jungla? Cuando compra allí a un negrito (cuando se celebraron estas noches informativas, de 1949 a 1952, la palabra “negrito” era una denominación habitual para alguien de piel oscura), primero hay que poner encima de la mesa un par de ovejas. Sí, sí. Usted pensaba, claro, que la gente que venía allí decía: “Ah, esos negros te los puedes llevar sin más...”. Sin duda. Allí, en la selva, luchan por una mujer. La mujer vale más. Después ya no. Pero para conseguirla... Porque esa especie, como grado, en la jungla, tiene que continuar. Ese jefe de tribu tiene mucho que decir antes de que esas criaturas puedan casarse allí, y dar a luz.

Pero aquí, en la sociedad, la unión espiritual es, como amor, interiormente, o sea, espiritualmente... el ser humano tiene que vivir su propio karma, su propia causa y efecto en su matrimonio, para su cuerpo, y con eso los demás nada tienen que ver. Si la gente realmente fuera capaz de materializar esto, entonces ya comprenderán ustedes que... Si los maestros... Imagínense que

el otro lado transmitiera esto, entonces no todo estaría bajo tierra, sino que sería un batiburrillo.

Aquí, una noche, hemos...

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Cuántos minutos me quedan?

(El técnico de sonido):

—Tres, cuatro.

—Tres, cuatro: así podré tratar esto todavía.

Una noche hemos vivido esos dramas aquí. Llega un señor... había un señor aquí en la sala, ahora está en París, dice: “He tenido amigos..., la madre no puede tener niños, entonces él me dice”, a su amigo: “Oye, encanto, eres mi amigo, danos un hijo”.

Es posible. Y pasa muchas veces. No tiene la semilla creadora. Esas cosas se las he explicado.

He tenido gente conmigo en los años 1936, 1937, otra historia de aquellas.

Ese señor dice: “No puedo tener hijos y resulta que mi mujer quiere uno. Así que le he dicho: ‘Deja que mi amigo te dé un hijo, se lo suplicaré’”. Bien. “¿He hecho lo debido?”. El hombre había leído libros.

Digo: “Señor, qué más da”. Digo: “Pero ¿cómo trata esto?”.

Dice: “Ahora hemos tenido un hijo. Pero ¿qué ocurre?”, dice. “Ahora tenemos ese hijo y me muero de celos”. Dice: “Ahora veo ese hermoso niño y tengo que decir: no es mío”.

Digo: “Lo entiendo”.

Regresa a verme a los cuatro años, señora. Dice: “Ahora puedo hacerlo yo mismo, hemos tenido mellizos”. Dice: “Ahora, ¿qué?”. Un caos. Porque no tenía amor. Ella podía dar a luz, según resultó ahora, él no tenía el esperma, no tenía la semilla, no tenía la esencia. Pero siete años después —el ser humano cambia cada siete años— el hombre llega a tener nuevo esperma, la madre que ahora no es capaz de dar a luz a un niño, sí que estará lista en cinco, seis años.

¿No lo sabían, señoras? Todo eso lo sabían, ¿verdad?

Así que ese hombre dice: “Y ahora he tenido mellizos”. Dice: “Y ¿qué es ahora lo más hermoso? Primero un montón de broncas, un montón de desgracias, caos, incompreensión, y ahora ese primer bebé, que no nos pertenece, aunque a ella sí, pero no a mí, ahora —fíjese qué cosas— es la vida más hermosa entre nosotros dos, porque hemos empezado a tener felicidad”. Dice: “Y es que ahora nos dan hasta ganas de llorar”. Y era una hermosa niña rubia. Y tenía más edad que los demás, claro, y empezó a criar a los mellizos. “Papá dice esto y mamá lo otro. ¿Entonces por qué haces esto? Porque como tienes que hacerlo es así”. Casualmente, era una hermosa criatura.

Y entonces viene él, dice: “Una cosa, señor Rulof”, dice: “Un canalla, eso

es lo que soy”.

Digo: “¿Cómo?”.

Dice: “Mi amigo me ha regalado un cielo. Y ambos somos felices”. Dice: “Voy a darle veinte mil florines”.

Digo: “¿Tanto tiene?”.

Dice: “Un bonito coche”. Dice: “Hay que ver qué sinvergüenza que soy”.

Sí, sí, señora.

Pero la personalidad dijo: “Porque yo tenía celos, he amargado a mi mujer en todos estos años. He sido un déspota con ella por esa criatura”. Dice: “Claro, tú siempre con lo de la criatura, y con lo otro”.

“Años enteros destruidos y resulta que mi amigo nos ha reglado un cielito”. Dice: “Porque esos mellizos, pues...”, dice, “no puedo decir: ‘No valen un centavo’, pero se quedan cortos en comparación con esa niña”.

Y así es como el ser humano llega a ver su evolución y así es como llega a vivir sus problemas.

Y esta sí que es la realidad. Si la madre desea tener un bebé y aunque hubiera aquí cien mil personas, hombres, y solo esa madre, ni uno podrá decir: “Soy yo”.

Señoras y señores, todo está en manos de Dios. Alumbramiento y creación, hombres y mujeres han nacido por medio de Dios, son ustedes dioses. Dios mismo vendrá: la ley cósmica de la que hablé hace poco, para la paternidad y maternidad, dirá: “Si esa madre de verdad es madre”, ¿entienden?, “si de verdad es madre al cien por cien, entonces vendrá una visión, o una palabra, desde el espacio”. Y esta dirá: “Vete esta noche a la izquierda, allí, asegúrese de tener algo de comer bajo los brazos que valga la pena”, ahora ya saben hacia dónde va esto, “vete al Bosque de La Haya entre las nueve y las diez de la mañana, quizá aparecerá una criada de aquellas empujando y cuidando un bebé que es de otra gente y te ayudará a dar de comer a las palomas y en dos semanas estás embarazada”.

Muchas gracias, señoras y señores.

DESCANSO

Señoras y señores, vamos a seguir.

(Señor en la sala):

—Señor Rulof, ¿me permite hacerle una pregunta?

—No, señor, fui yo quien empezó.

(Risas).

(Señor en la sala):

—Aun así me podría dejar...

—Señor, entonces le doy la palabra. Pero no es muy cortés, ¿no?

(Señor en la sala):

—No, pero esta vez quiero no serlo, por una vez.

—Ah, pues entonces también me parece... ¿De buena manera?

(Señor en la sala):

—De buena manera.

—Señor, ¿qué tiene?

(Señor en la sala):

—Hemos oído que su hermano de Estados Unidos está aquí.

—Es usted un fisgón.

(La gente se ríe con ganas).

(Señor en la sala):

—Es que me gustaría saludarlo desde aquí. De hecho creo que represento a muchos de aquí para saludarlo.

(Risas).

—Señor, siéntase, no, siéntase un momento. ¡Que se siente!

(Risas).

—Johan está aquí, Bernard está aquí y Hendrik está aquí.

(Gente en la sala):

—Vaya.

(Señor en la sala):

—Tenemos al mangante de peras entre nosotros.

(La gente se ríe con ganas y aplaude).

Señoras y señores, allí es donde está nuestro bueno de Bernard.

Bernard, toda esa gente ha seguido tus peripecias, ha sufrido cuando terminaste bajo el tranvía.

(Gente en la sala):

—Sí.

—Gente, lo queremos mucho, ¿verdad?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Lloraron, Bernard. Me preguntaban: “¿Dónde vive?”.

Digo: “No lo sé”.

(Risas).

No, me faltaba tiempo para ello. Quisieron mandarle flores. A Hendrik también. Mandaron flores a Hendrik en Estados Unidos, le escribieron cartas. La gente ya me ha preguntado ahora: “¿Dónde vive Bernard?”. Porque la gente ya quiere que les haga un traje.

(Aplausos).

Solo digo esto: Bernard, Hendrik, Johan, ¿pueden levantarse (podéis levantaros) un momento por mis hijos, hijos de los maestros? ¿Pueden (podéis) mirarlos un momento a la cara?

(Suenan aplausos).

Johan es el mayor, ¿verdad? Y Bernard viene después de Johan, y después yo. Y después viene Gerrit, que ya está en el otro lado, y entonces viene el gordo de allí, Hendrik. Y después viene Miets, también ya en el otro lado, y Teuntje. A Teun también lo vieron ustedes.

Señoras y señores, quisiera decirles una sola cosa: espero que en esta vida siempre pueda seguir infundiendo alma a mis hermanos como Jeus de madre Crisje, para que los Rulof Brothers... Lo que los Rothschild supieron hacer como brothers... Pero los Rulof Brothers, Hendrik, algún día llegarán a ser famosos, porque los Rothschild trabajaron para la destrucción y ese asqueroso dinero guarro que tanto necesitamos... pero nosotros... —sin duda, así fue— pero nosotros esperamos continuar nuestro trabajo para las esferas de luz, para nuestro Señor.

Señoras y señores...

(La gente vuelve a aplaudir).

... no, esperen, aún no estoy.

(Risas).

Señoras y señores, les digo en nombre de los maestros: “Yo he visto el otro lado”. Una noche conté aquí: cuando era niño y me fijé en mamá, ¿verdad? Digo: “Bernard, ¿por qué está mamá tan gorda?”. Y dice: “Eso mejor pregúntaselo a Johan”. Pero cuando llegué donde Johan, me dice...

(Señora en la sala):

—¿No quería saberlo?

—“No tengo tiempo”. Y cuando llegué una noche aquí, digo: “Pues que venga a verme él: ‘No tengo tiempo’. Voy a dejar que pregunte hasta que se ponga negro”.

Digo: “Mamá, por qué te estás poniendo tan gorda?”.

Y me dice: “Bueno, es que me está gustando la comida, ¿sabes?”.

Y entonces dije: “Bueno, será cierto”, lo han leído, ¿verdad? Digo: “Pero a mí también me gusta, aunque estoy como un palillo”.

Y, Bernard, eso tú lo has vivido. Y lo sabemos.

Gente, solo espero... y lo sé, también lo sabe el maestro Alcar: dentro de mí viven los Rulof Brothers, quiero representarlos a todos. Pero también tenemos otra cosa, cierto: espero que todos estén conmigo, porque a veces se pone difícil portar toda esa familia solo.

(Gente en la sala):

—Oooh.

—Sí, sí, claro, estos pensaban que iban a recibir algo divertido, ¿o qué? Yo fui capaz de hacerlo y seguiré haciéndolo. Solo que quisiera decir: se nos concedió construir un templo gracias a Crisje y Hendrik el Largo, nosotros representamos la Universidad de Cristo. ¿Y por qué esas otras criaturillas de

Crisje no iban a sentarse encima de esos pequeños fundamentos delante de la puerta y saludar a las personas que van entrando allí una tras otra?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Chicos, si necesitan (necesitáis) una paliza, allí está mi hermano Bernard.

(Bernard):

—Sí, sí.

—Y si tienen (tenéis) una carta para enviarla por correo, allí está Johan.

(Risas).

Y si necesitan a Hendrik, entonces arrégleselas para conseguir un barco, tendrán (tendréis) que ir a donde está él. Y entonces les (os) mostrará el camino hasta los Rulof Brothers en Estados Unidos.

(En inglés):

Todos tenemos que trabajar por la humanidad, tenemos que hablar y amar, tenemos que hacer algo.

Señoras y señores, mejor paremos, porque tengo mejores cosas que hacer.

Pero allí están. Y allí seguirán.

Bernard, suerte por parte de toda esa gente.

(Señor en la sala):

—¿Así que me perdona la impertinencia?

—Y perdonamos la impertinencia del señor Götte.

(Señor en la sala):

—Gracias.

—¿A dónde vamos esta noche?

Señoras y señores, sí, ya me gustaría decir más cosas, pero entonces me pondré a sollozar, y eso no lo quiero hacer. Espero que esté bien.

Aquí tengo: “En ‘Las máscaras y los seres humanos’ Frederik habla de William Scor, y dice en la página 171, de la parte 2”: ahora viene algo hermoso, “Por mí vete hasta Londres, al Thamesway, second piso...”.

Qué loco ese Frederik, ¿verdad? ¿Quién ha extraído eso de allí?

¿De quién es esto?

¿De usted, señora?

“Por mí vete hasta Londres, al Thamesway, second piso, y pregunta por Sir William Scor..., añádele un billete de diez florines’, dice, ‘y lo verás al instante, colecciona dinero antiguo. Pídele que venga a cenar esta noche a mi casa, pero no cometas estupideces, no se lo puedes pedir de golpe. Suele asustarse por nada y primero tiene que sintonizarse”.

¿Quién ha extraído eso de ‘Las máscaras y los seres humanos’? Allí figura, pero ¿quién lo ha comprendido?

Pero si se lo pides, te servirá una copa de vino y podrás ver todas sus escul-

turas desnudas porque le encanta el arte escultórico y solo posee desnudos. Posee a todas las mujeres del mundo, hasta a las reinas.

Vete a verlo y tan solo dile que te manda Tomás de Kempis...”, ajá, menu-
do este Frederik, ¿verdad?

¿De dónde lo saca? “... que te manda Tomás de Kempis. Dile que juntos
yacimos bajo la pirámide de (la ciudad holandesa de) Rijswijk y que nosotros
mismos nos cavamos una salida para salir de allí’.

¿A quién se refiere con William Scor? ¿Y qué significa todo esto exacta-
mente?”.

Señora, esto es un lío de mil demonios.

Señora, es el ser humano, el hombre, la mujer, que quiere poseer lo desnu-
do. Y a las reinas las podemos comprar. Es el Thamesway que no existe; no
existe. De modo que ese hombre no tiene a Dios. Ese lenguaje figurado de
‘Las máscaras y los seres humanos’, señoras y señores, nadie lo ha sacado de
allí. Hay siete llaves.

Hay una señora que me dice, así dice: “La semana pasada me dijo usted:
hay siete llaves para ‘Las máscaras y los seres humanos’”.

Digo: “Sí, señora, las demás todavía las tenemos que mandar a imprimir”.
Digo: “Pero esas siete mejor las saca usted misma”. Digo: “Aquí estamos
hablando del bien y del mal”.

Pero más adelante, señoras y señores, escribirán diez, veinte, veinticinco
libros sobre ‘Las máscaras y los seres humanos’, cuando ya no estemos.

Hendrik los había leído en Estados Unidos, dice: “Dios mío, Dios mío.
Me encontraba enfermo...”. Y entonces dijo a Teuntje —estaba enfermo y
empezó a leer—, dice: “Estaba yo allí acostado...”. Oigan, que Hendrik es
agudo. Dice: “Maldita sea”, piensa Henk. Bernard dijo: “Eso es decir pal-
abrotas”. “Maldita sea”, dicen en ‘s-Heerenberg.

Y la semana pasada me dice Bernard: “¿Sigues diciendo palabrotas?”. Digo:
“¿Es que te has olvidado de ‘s-Heerenberg?’”. Digo: “Pero si eso no es decir
palabrotas, ¿no?”.

Hendrik dice: “Maldita sea, Dios mío, menudos libros esos”. Dice: “Du-
rante treinta años he estado construyendo restaurantes, de todo. La gente
llega allí a hablar desde todas partes”. Dice: “Pero en esos treinta años no he
aprendido tantas cosas como en esos cuatro días que leí ‘Las máscaras y los
seres humanos’.

Y esa es la verdad. ¿No es así?

(Hendrik dice):

—Sí.

Y eso no lo puedes aprender. Entonces llamó, Henk, Hendrik solo se en-
contraba a unos 800, 1400 kilómetros de Teun. Llamó, dice: “Ya has mirado
a través de esto, detrás de ‘Las máscaras y los seres humanos?’”.

“No”, dijo Teun, “sigo sin entenderlo, la primera parte”.

Dice: “Es que entonces no tienes unas sandalias, Pero yo las llevo. Yo las tengo”.

“Santo cielo, Jeus, escribo una decena más de esos”.

Digo: “No puedo. Es imposible. Solo los puedes escribir una vez”.

En estos momentos, ¿quién ha sacado...? William Scor. Dice: “Vete por mí a Londres a la Thamesway...”. Mira, esa es la sociedad. ¿Entienden? Él también podría haber dicho: “Vete a París...”. “A la Thamesway, second piso...”, así que uno ya entonces no pisa la tierra, esto hay que verlo de forma espiritual, “y pregunta por William Scor. Añádele un billete de diez florines y lo verás al instante”. Es decir: al ser humano se le puede comprar. De lo contrario no abrirá la puerta. Al ser humano lo pueden comprar por cinco florines. ¿Es así? Por un tubo. Por cinco o diez florines compras un alma humana. No, no me refiero a esa calle Wagenstraat de aquí, por florín y medio puedes comprar un ser humano, por veinticinco centavos. A las primeras de cambio te roban el monedero, pero de eso no se trata. Puedes comprar un ser humano por diez florines.

“Y lo ves directamente; se dedica a ahorrar dinero viejo”. Ahorra inconsciencia, la vieja herrumbre del mundo de esta personalidad. Es la nobleza más elevada en la desintegración para la tierra. William Scor... compra... ama la escultura y está todo rodeado de desnudos; señoras y señores, es la pasión. Es la pasión. Ese hombre mira todas esas hermosas damas, a esas personas, solo tiene desnudos.

¿Cómo tendríamos que prepararnos si en la escalera y en el dormitorio y en la puerta, por todas partes, hubiera desnudos, señora? ¿Pues?

(Risas).

¿Y eso les da risa?

¿Pero qué pasaría con el mundo? Ese hombre no ahorra, ahorra chatarra herrumbrosa, dinero viejo.

“Y si le das diez florines, te deja entrar al instante”. Mira, así es el ser humano que paga. El ser humano que recibe al otro ser humano, solo por el vil metal. El ser humano que no está abierto a la cordialidad ni a la benevolencia ni a una buena palabra. El ser humano que quiere ver aquí diez florines. Y entonces Frederik dice: “Ahorra dinero viejo”. Moneditas de plata. O sea, eso es un ser humano que está encima del dinero y al que solo se le puede comprar con dinero.

¿Eso también lo había extraído usted?

¿No lo sabe? Ah, sí, a ese señor no se le puede decir nada. Ese tiene una tarea extra.

“... ahorra dinero viejo. Pídele que venga a cenar esta noche a mi casa, pero no cometas estupideces, no se lo puedes pedir de golpe, de lo contrario se

asustará. Suele asustarse por nada y primero tiene que sintonizarse”. Porque cuando le pides algo al ser humano, así, sin más, esa podredumbre en la sociedad, y este está abierto, con honestidad, y dice: “Señor, venga a verme esta noche y le ofreceré una cena estupenda”, eso no se lo cree nadie, ¿no, señora?

Algo de la llave, todo el carácter del ser humano habla aquí. Pero también puede escribir un libro entero sobre esta frase.

Si yo esta noche, en la calle... Me encuentro allí con gente en la calle —eso es, ¿no?—... me encuentro: “Señora, señor, por favor, ¿le gustaría venir a cenar esta noche a mi casa?”. Si es una dama de veintisiete años, ya estoy en la cárcel. Claro, quizá, si es una madre de noventa y dos... Pero esta encima se reirá de mí en plena cara, y dirá: “Señor, en casa tengo con qué alimentarme. ¿Qué quiere usted?”. O dice: “Agente, me están agrediendo sexualmente”. Y entonces ya no me quedará otra que tener que demostrar en la comisaría si iba en serio.

Eso no se puede hacer, señora. Porque si ando por La Haya, aquí en la calle Groenmarkt, por la calle Venestraat, qué bien me va y estoy más feliz que una perdiz y pregunto a cada señor y señora: “¿Quiere venir a cenar en mi casa esta noche?”, estaré en diez minutos en (el psiquiátrico de) Rosenburg. Eso es, señora. Estaré en diez minutos en Rosenburg si pregunto al ser humano: “Viene a cenar esta noche a mi casa?”. El ser humano verdadero se asusta. Y dice: “Señor...”.

Mi hermano me contó una hermosa historia. Había un periodista en Estados Unidos, casi lo mismo, y son las máscaras y los seres humanos. Hendrik, mi hermano, dice: “Un periodista, un hombre rico”, ahora en Navidad, en Estados Unidos, “quería hacer el bien por Navidad”.

Estamos hablando los dos día y noche sobre las máscaras y los seres humanos, disfrutamos. Digo: “¿Lo has leído?”.

“Vaya que si lo he leído”.

Y entonces le beso a Henk, porque lo comprende. Ya casi se pierde media mejilla.

(Risas).

Dice: “Allí viene ese millonario, tira el dinero por la ventana, dólares y dólares”, en diez minutos ya estaba en el manicomio, en la cárcel. No lo creyeron, se rieron de él.

Un periodista que dice: “Ese hombre está loco”. Un manicomio. Solo quería hacer feliz a la gente, lo tiraba por la ventana.

Señor, eso es.

Otro, un periodista que está en Broadway, dice: “Aquí, veinte dólares por diez dólares”.

¿Cuántos vendió, Henk? Debieron de ser tres, ¿no?

(Hendrik): “Cuatro”.

Cuatro. Lleva encima doscientos, solo se quitó cuatro de encima. El ser humano ya no cree nada.

Cristo llegó a la tierra. Dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”. ¿Quién lo creyó?

Si digo: “Soy el Pablo de este siglo. Soy un consciente cósmico. Soy el profesor de la Universidad de Cristo”, entonces dicen aquí, quienes me conocen y los que lo han vivido todo conmigo, dicen: “Sí, lo sabemos, Jozef”.

Pero hace poco hubo unos cuantos que ya abandonaron la sala y dicen: “Ah, ese tipo está loco”.

Pero por mis ochocientas cincuenta conferencias, mis libros que recibí por los maestros, y ellos mismos que les hablan a ustedes... es que mi gente se viene conmigo. Si a la gente de aquí le preguntara esta noche: “Oigan, chicos y chicas, chicas y chicos, a las once y veinticinco vamos a ir a la hoguera por la Universidad de Cristo. Pero ahora ya no de forma inconsciente, sino consciente. Porque podemos salvar al mundo del ocaso”, ¿cuántos de ustedes se vendrían?

(Gente en la sala):

—Todos.

(Señor en la sala):

—A mí ahora mismo.

—Miren, uno que dice “ahora mismo”. Las mujeres y los hombres se suben conmigo a la hoguera, dicen: “Jozef, ¿puedo morir por ti?”.

Sí, eso también se lo dijeron a mi hermano en alguna parte, y entonces él estaba... casi le dieron un tortazo, porque al instante le quisieron quitar mil dólares.

Digo: “Mira. Pero por lo que luchamos nosotros, por lo que lucha el mundo, por lo que vive el mundo, es: “Te quiero” y “Si no te tengo a ti, no puedo vivir”. Señora, en cuatro días la echarán a la calle. Los seres humanos dicen unos a otros: “Ah, es que te quiero tanto”. Señora, tonterías, mejor no se lo crea, porque el ser humano no conoce su amor. No se conoce a sí mismo. Y así es ese señor Scor con sus escultoras desnudas. Ya no tiene realidad, tiene la creación como piedra. Bonito, pero así no es el ser humano como alma y espíritu.

(Dirigiéndose a alguien en la sala)

¿Cómo dice, pequeño Sjaan?

Ah, pensaba que usted se llamaba Sjaan.

(Risas).

Sí, mire, siempre tiene que haber algo, porque ya vi cómo estaba parpadeando usted, ¿entiende? Y eso viene directamente de 's-Heerenberg. ¿Es verdad o no, Bernard?

(Bernard):

—Sí.

—“Sí”, dice.

Nosotros hemos recibido la jovialidad de Hendrik el Largo y los sentimientos inmaculados, hermosos de Crisje. Y hay que ver cómo nos ponemos a llorar todos cuando empezas sobre Crisje. Yo llevo barro en las suelas, de 's-Heerenberg, no aprendí holandés, Bernard, pero aquí en La Haya sí que les puedo enseñar alguna cosilla, ¿verdad?

(En dialecto):

Y aquí encima puedes ganar dinero hablando en dialecto.

Claro, allí ya están riéndose por lo bajini.

El ser humano tiene sed y hambre, pero no alcanza nada, señora, cuando ponemos las esculturas desnudas de los escultores a nuestro lado. Vayan a la madre naturaleza, vamos, que ese hombre, ese señor Scor vaya hacia Dios, y que contemple la vida de Dios.

¿Qué se dice cuando llega un señor así y cuando en un bazar o tiendas de esas anda un desnudo? Entonces el señor dice: “Señor, aquí ya le han precedido tres pretendientes”.

Y entonces dice: “¿Cómo?”.

“Que aquí ya hubo esta tarde tres pretendientes para esa mujer, pero no tenían el dinero, cuesta doscientos cincuenta florines”.

Y responde: “¿Es que yo soy un pretendiente?”.

Y dijo: “¿Qué se cree usted si no? ¿Qué se cree usted entonces, señor, que es? ¿San José? ¿Pedro, acaso? ¿Por qué se agencia un desnudo para su casa? ¿Eh?”

“¿Es que no está permitido?”

“Entonces es usted señor Scor. Señor, entonces estás a la venta. Entonces no buscas conforme a la realidad”.

Señor, si está usted rodeado de eso por todas partes, señora, y en una escalerita en la esquina, y se abre una puerta donde hay otra que es más grande, señora, entonces algo nos pasa. Y entonces no llevamos sandalias. Entonces vamos recorriendo la Thamesway. Y no nos ahogamos, señora, porque no tenemos agua. Pero tampoco tenemos un fondo sobre el que pisar. Señora, ni por asomo iremos bien. No tendremos nada.

(Jozef continúa leyendo):

“Suele asustarse por nada y primero tiene que sintonizarse. Pero si se lo pides, te servirá una copa de vino y podrás ver todas sus esculturas desnudas”.

Señora, si me sintonizo —digámoslo sin complejos— con esa pasión y ese libertinaje, entonces me siento con el señor a la mesa. Y usted como mujer, como madre, ya podrá meterse en una nevera, en una túnica de hormigón que él no pueda atravesar, de lo contrario ya estará usted destruida, espiritual y físicamente. Y después estará usted colgada de la pared, del mismo modo,

y estará por alguna parte expuesta como escultura de un desnudo. Eso son el señor y madam Scor.

¿No lo sabía? ¿De verdad que no lo sabía? ¿Vale la pena?

¿Por qué no leen alguna vez ‘Las máscaras y los seres humanos’? Tenemos siete llaves, pero esa es una de pasión y violencia, de líos raquíticos. El ser humano que sabe, el ser humano que es consciente no tiene por qué asustarse de los demás. Y tampoco hace falta que le dé diez florines y se los ponga encima de la mesa, porque ese ser humano de verdad que los recibe a ustedes. Y si de verdad llegan a tener al ser humano verdadero que dice (en inglés): “Me gustaría cenar con usted. Me gustaría cenar con usted”, entonces también llegas.

A esa gente también la he vivido en Estados Unidos, esas Sally con ciento sesenta y cinco mil florines, ciento sesenta y cinco millones. Y luego había una condesa española de esas, una grande de esas, que dice: “Tiene que venir Jozef.

(En inglés):

Nos gustaría cenar con él”. Le gustaría darle las gracias a Jozef. Quería hacer conexiones para mí. Y eso, pues, tenía que hacerse mediante una cena. Digo: “Voy”. Y entonces me indispose. Y cuando salí afuera, ni siquiera había terminado todavía, había comido un poco, pienso: ‘Vaya, vaya, qué mal me estoy sintiendo, ¿no?’.

No hacían otra cosa que hablar de Cristo, y más y más.

(En inglés):

“Y tenemos que hacer por el mundo”.

Digo: “Oh, yes”. Y cuando quise ponerme a comer, pensé: ‘Vaya, qué malo me estoy poniendo. Qué falso es esto’. Estaba sentado con una madam Scor de esas. Llego afuera, Teuntje me estaba esperando. Digo: “Teun...”.

Señoras y señores, eso ya se lo puedes ir contando a toda La Haya, aquí a veces decimos palabras verdaderamente duras. Pero no tengo que convertirlo en otra cosa, y es que tampoco me da la gana.

Digo: “Teun, en Holanda habrás oído alguna vez el holandés, ¿no? Cuando dicen: ‘Es que el ser humano me da asco?’”. Digo: “Juaaa, allí va”. Hala. Se me revolvió el estómago de lo desagradable que fue. Allí están en la mesa, con sus ciento sesenta y cinco millones de florines. “Y me gustaría hacer algo por Cristo, tenemos que estar al servicio de la humanidad”. Entonces ni siquiera lo entendía todavía, tampoco podía contarle después siquiera. Digo: “Claro, claro”.

Y entonces llegué a Park Avenue; allí me encuentro con una señora norteamericana, la condesa Bounty y ella sí que sabe lo que es Park Avenue. Digo: “Señora, allí estuve anoche y otra vez me mareé. No quieren otra cosa que verme”.

Y entonces hablé, señora, sobre Sócrates, sobre Platón. De las paredes

colgaban cuadros de Rembrandt. Y entonces el hombre del periódico dijo: “Aquí, esta noche, ha aprendido más en hora y media que en veinticinco años en el periódico. Y, Jozef, si yo dijera algo sobre usted, me echarían luego a la calle”. Y allí estaba yo.

Y entonces preparé algo, señoras y señores. ¿Y sabe lo que pasó, señora? Le digo a Teun: “Hay una cosa que quiero vivir en esta poderosa metrópoli”, digo, “como Jeus de madre Crisje de Güeldres, hijo de la calle Grintweg”. Una que se llamaba Lisbeth, tenía setenta y cinco millones, digo: “Lisbeth, ¿le gustaría ir a dar un paseo conmigo?”. Y la tomé por el brazo, así, sin más: estaba arrastrando sesenta y cinco millones por la habitación.

(Risas).

Digo a Teun: “¿Sientes algo?”.

Y dice Teun: “Yo, nada”.

Digo: “Yo nada de nada”. Digo: “Me da igual que tengan cien millones o que lleven zuecos”, digo, “a mí mejor me das las pantuflas de Crisje”. Digo: “Esos sesenta y cinco millones que ahora llevo de la mano no valen un centavo; por dentro hay un frío glacial, traicionan a Cristo”.

“¿Está disfrutando del paseo, Jozef?”. Digo: “Tú tienes uno que va directamente hacia la tumba”. Digo: “¿Conoce mis libros?”.

“No”.

Digo: “Si no ya le contaría a dónde iría a parar usted”. Y yo que me largo.

Ya nunca más voy a querer tener que abrazarme a gente con sesenta y cinco millones, señora. Si hay algo que dar de comer, iremos juntos afuera, a dar de comer a las palomas. Y lo bien que estaremos, señora. Ni siquiera pueden vivir sin las migajas de un pan que es tan grande como la tierra. (En inglés): “Nos gusta hacer algo por Cristo”. Digo: “Sí, lo están matando”.

Otra Sally. Digo (en inglés): “Usted, señora, usted tiene ciento sesenta y cinco millones”. Digo: “Aquí en Nueva York viven millones de personas, están hambrientos y sedientos, no tienen comida”. Digo (en inglés): “Y usted compra todos los días flores frescas para su casa por trescientos dólares”. Todos los días flores recién cortadas por trescientos dólares, señoras, y por la noche adiós, se regalaban. Y un apartamento —no, no me lo invento, oigan, que yo eso allí lo he...— tan grande como esta calle De Ruyter, bañado en oro. ¿Y estos quieren servir a Cristo? ¿Y darme de comer a mí? ¿Y ver para mí... un contacto? ¿Mientras estoy allí encima del oro?

Señora, allí había una madam Scor de esas. Entonces sí que pensé en ‘Las máscaras y los seres humanos’. ¿Quiere hacerme creer usted que usted sirve a Cristo? ¿Mientras colocas a tu hermana y hermano como estatuas desnudas en el pasillo? ¿Es posible eso? ¿Y quieres que se paseen por la Thamesway? Eso es llevar al ser humano de mal en peor.

¿Tenía usted eso? Vuelva a leer ‘Las máscaras y los seres humanos’.

Y váyase alguna vez con una Sally de ciento sesenta y cinco millones y con una Elizabeth de setenta y cinco millones, no, no está tan mal, y váyase a dar una vuelta. Señora, ¿sabe usted lo que pesan? Me parecía haber perdido un brazo, de tan vacías y pesadas; y aún no había hecho más que caminar por esas habitaciones. Digo: “Dios mío, ¿qué voy a hacer con semejante criatura inconsciente de Nuestro Señor?”.

‘Viva Crisje’, clamé en Broadway y nadie lo entendió. Pero se pudo oír hasta en Jerusalén. Digo: “Padre, ¿tú también estás? Si no es que te... Antes eras un cuentista, Hendrik el Largo. ¿Ahora también estás?”. Digo: “¿No me ves aquí?”.

Anduve por Broadway, señoras y señores, pero eso mis hermanos no lo saben, nunca se lo conté. Que lo oiga Hendrik esta noche, por fin. En Estados Unidos sufrí, Henk, y si lo cuento otra vez se me saltarán las lágrimas, pero no me da la gana. Anduve allí por Broadway, y estaba llorando cuando una señora que estaba allí: “¿Por qué lloras, Jozef, señor Jozef?”.

Digo: “No se creará usted lo que soy. No puedo decirlo”.

Hendrik, anduve por Nueva York y elevé directamente a Nuestro Señor: “Señor, deja que aquí en Nueva York venda la luz de mis ojos por ti, para que mi hermano Hendrik pueda seguir con los libros. Pero a cambio pido cien mil dólares”. “¿Quién quiere la luz de mis ojos?”. Lo estuve gritando durante dos días, durante cuatro semanas. Pero nadie quiso la luz de mis ojos.

Y entonces volvió desde el cielo: “No se lo merecen, ni a cambio de millones”. “Y así”, me dijo Nuestro Señor en Broadway, “no hace falta poner los fundamentos para el reino de los animales”.

Y me alegro de que no haya ocurrido, porque ahora al menos puedo decir algo. Pero ya me habría gustado venderlos para darte a ti el dinero para que tú pudieras seguir. No solo me alegraron los cuadros, también entregué mi corazón y sangre y la luz de mis ojos, todo eso lo verán en el otro lado, señoras y señores. No tengo cuentos.

Esta misma noche todavía quiero vender mi luz para poder publicar todos mis libros cósmicos. No necesito más que cien mil florines. Y quiero ser ciego, pero adquiero la luz del espacio y de Cristo, esta noche me infunde alma el maestro Alcar. Y vende su luz y el maestro Zelanus lo hace por su propia cuenta. ¿Qué es lo que ustedes pondrían sobre la mesa?

Hace poco hubo un chorro de dinero que entró por el buzón, quinientos florines, hace poco con ‘Jeus II’, cinco mil florines, y ahora vuelve a haber otro chorro.

Señoras y señores, yo no quiero saber... ustedes no quieren saber de dónde viene ese dinero, no ponen ninguna indicación. Pero no me pregunten nunca —y eso ya no lo desean—... no me pregunten nunca quién son ustedes. Quiero dar mi luz, mi sangre ya la he dado cien mil veces; y tenemos seguri-

dad, conciencia, felicidad, tenemos amor.

¿No es así, madre?

Nadie quería mi luz. Y si me hubiera podido quedar allí dos años más, ya no me habría vuelto a ver la vienesa. Digo: “Y si Nuestro Señor dice mañana (en inglés): ‘Vete y anda, Jozef’, pues, me voy. Entonces haré lo mismo que Pedro y Juan”. Pero tan a gusto me quedo aquí con ustedes. Juntos podemos hacer mucho más que si termino allí entre esos extraños turcos (personas rudas y groseras; según el diccionario neerlandés ‘Van Dale’ es un uso metonímico basado en propiedades atribuidas antiguamente a los turcos; con esto no se señala, por tanto, a los actuales habitantes de Turquía). ¿Cierto o no, señora? ¿Qué voy a hacer yo con un turco, de todas formas no lo entiendo. Primero tendré que aprender árabe. ¿Y por qué iba aprenderlo si ahora puedo hablar allí un holandés en toda regla? Y también ya sé algunas palabras en inglés. ¿Eso ya lo sabía usted, verdad? También ya sé alemán, (en alemán): lo aprendimos en casa porque, claro, estuvimos en Emmerich. Tienen incluso ‘Jesús II’. “Bueno”, dice Jesús cuando llega a Emmerich, “ya he comenzado”.

Vaya, a que se rió usted, ¿verdad señor De Jong? Bah, es que allí aprendemos alemán con los zuecos puestos. Pero ¿ya no es necesario que vaya otra vez? Otra vez a Jerusalén, no, ¿verdad? Nuestro Señor: no me harás ir a Rusia, ¿no? Porque no entiendo el ruso, no lo domino.

Mire, señor, hay gente que se pone una sábana blanca y que se pone a caminar. Con una sábana blanca, señor, y hermosas sandalias.

En París hubo hace poco unos cuantos que dijeron: “Yo soy Cristo”. Esa historieta se la he contado, también es un señor Scor. Después se lo encontraron en una tienda, señora, era Cristo con su mujer. Se fue a Roma. Primero en el tranvía, con una túnica hermosa, una bonita perilla, pelo hermoso, ojos hermosos, pero eran vacíos, una hermosa túnica blanca, un poco amarillenta, ¿verdad?, y con sandalias. Y así iba por la calle. Media hora después ese mismo Cristo estaba otra vez en una tienda y se compró un bocadillo de fiambre de hígado, porque tenía hambre. Entonces un periodista dijo: “Mmm, esto de verdad huele a la sociedad”.

Y cuando el señor llegó a Roma, cuando le preguntaron... Dijo: “Soy Cristo”. Dijeron al Santo Padre: “Cristo está delante de la puerta, quiere entrar”. El Santo Padre cuchicheó algo con uno de sus mejores cardenales, señora, dice: “Adelante, díselo. Vamos, pregúntaselo”. ¿Y se creen que en Roma están locos? Para nada. Roma es sabia. Es una lástima que siga con la condena, con el Juicio Final. El cardenal se fue al portón, dice: “¿Hace cuánto tiempo estuvo Cristo en la tierra?”. Dice: “Mil novecientos años, tantos meses, tantas horas y tantos minutos”.

Dice: “Pues llegas justo diez minutos tarde. Porque Él estaba aquí hace un momento. Eres el número diez”.

“¿Qué?”.

Roma no tiene respeto por una sábana blanca.

¿Quieren empezar a jugar a ser Cristo, señoras y señores? Los hay de sobra, en Oriente tenemos a Mena Baba.

En Nueva York perdí todos mis fundamentos que habíamos colocado, y solo por tener que traicionar a Paul Brunton y tener que aceptar a Mena Baba en Oriente, entonces: “Él es Cristo”. ¿No conocen ese libro de Paul Brunton? Está delante de Mena Baba; este ya lleva doce años sin decir nada. “Y cuando llegue el instante y tenga que empezar con mi tarea”, escribió él sobre un papel, “bendeciré el mundo y la humanidad”.

Qué bonito, ¿verdad? Pero ahora el resto. Solo faltan los dones. Solo falta la conciencia divina. Pero, señoras y señores, sigue callado, aun hoy.

Mary Pickford yacía ante sus rodillas, ante sus pies, y muchas de esas estrellas; pero él no dice nada, escribe pequeñas notas.

Tenía que irme a Nueva York; y allí estaba yo, un chico de ‘s-Heerenberg en Carnegie Hall, yo solo: “Ladies and gentlemen, les transmito los saludos de los Países Bajos y de mis hermanas y hermanos”. Y entonces tuve que empezar: wrllu wrllob. Y hasta les pareció bueno.

Sí, los negritos me besaron, porque de pronto era (en inglés): “Usted cree que solo ha venido en...”, sí, señor, ya se me olvidó, en un maravilloso... eso no es un traje, ¿no?, un cuerpo no es un traje, no es un vestido, ¿no? No, no es un vestido. A ver, ¿como se llamaba eso, señor, esa lengua la conocemos, ¿no? “Ahora ustedes son negros y en otra vida serán blancos”. Ah, sí. Digo a esa blanca de allí, casualmente una catedrática, le digo: “Señora”, porque la conocía, había estado en la exposición, pienso: ‘A esa la necesito’, era una parapsicóloga, digo: “Usted es blanca, pero en cuatrocientos tendrá que volver y será allí negra también”. Y entonces cuatro negritos... (cuando se celebraron estas noches informativas, de 1949 a 1952, la palabra “negrito” era una denominación habitual para alguien de piel oscura) me dieron unos buenos besos, yo ni siquiera era negro, porque el beso era blanco. Dice: “Vamos, Bistro, vuelve, y le traeremos Harlem entero”. Digo: “Me quedan unos días”.

Pero es una lástima, de verdad que me habría encantado haber estado toda mi vida entre los negritos (véase el artículo ‘Anti racismo y discriminación’ en rulof.es) en Harlem, de verdad que no me habrían comido allá, porque allí ya no se ve ningún puchero. Allí ya no ves ningún puchero. Digo: “¿Quiere hacer sopa de mí, señora?”.

Señora, todos esos ya no son Emschor sino Scor, nada más que falsedad, falsedad documental, vacío. Sí, puedo seguir, pero eso de todas formas no me servirá.

Acabará rápidamente su carta: “Recibe usted hermosas imágenes, allí recibe usted todas las mujeres del mundo”. Sí, señora, ya lo dije: el ser humano

está a la venta. Y el señor Scor compra todo por poco dinero. La escultura lo vuelve loco. ¿No es la estatuilla de Nuestro Señor, la verdadera estatuilla, un orgullo de la fuerza creadora? ¿No es eso el ser humano? ¿No es eso el ser humano?

“Posee a todas las mujeres del mundo, hasta a las reinas”. Desde luego. “Vete a verlo y tan solo dile que te manda Tomás de Kempis”. ¿Quién era Tomás de Kempis?

(Señora en la sala):

—¿... un doctor de la iglesia?

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—¿Era un doctor de la iglesia?

—Exactamente, señora.

Así que la fa todavía no tiene a ese hombre. Frederik dice: “Mejor dile que lo manda Tomás de Kempis. Así que ese maldito ladrón —eso lo digo yo—, ese señor Scor no tiene fe, señora, no tiene una iglesia ni una Biblia, no tiene absolutamente nada, y entonces uno primero tiene que...

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—¿Qué le decía usted a ella? ¿Qué decía?

(Señor en la sala):

—¿Quiere saberlo?

—Están cuchicheando. Sí está usted en mi línea y hace esto, me quedo fuera, ¿entiende? Sí, entonces trastorna mi línea, ¿comprende? Mi línea. Pero mi línea está trastornada. Ahora habrá que ver cómo volver a meterse, se me ha ido todo, ¿entiende? Estas cosas pueden pasar, señora.

(Señor en la sala):

—Tomás...

—No, no permitiré que nadie me moleste, no tengo nada que ver con usted, señor.

Tomás de Kempis, señora, eso es la fe, la Biblia. Y entonces: “Mejor diga que lo manda Tomás de Kempis”. Frederik tiene allí una metáfora que ha sido igual que la de Cristo. Las metáforas de Cristo a veces eran todavía animales, materiales, naturales; pero todavía no ha dicho nada del espíritu ni de las leyes espaciales, porque no era posible.

Pero Tomás de Kempis representa la fe, la sabiduría, las revelaciones para el ser humano, que puedes colocar como pequeños fundamentos. Y por eso dice Frederik: “Mejor di que te manda Tomás de Kempis”. Y ahora creo que viene otra cosa más.

“Dile que juntos yacimos bajo la pirámide de (la ciudad holandesa de) Rijswijk”, no la de Egipto ni la de Giza, sino la pirámide de Rijswijk, la pirámide de la calle Wagenstraat, señora, y de las calles Weteringkade y de

(la prisión) Oranjehotel. La pirámide de Rijswijk. Miren, es todo tan cierto, porque ese hombre, ese señor Scor, no tiene nada, es la pasión, es el vacío en el ser humano y del mundo.

“Es detrás de eso donde hay que mirar”, decía Hendrik, “entonces te conoces a ti mismo”.

Sí, Hendrik, eso es sabiduría divina. Esos libros los puedes leer mil veces. Millones de años más tarde, Hendrik, seguirán leyendo esto.

Lo seguirán leyendo. No hay ni uno solo de los libros de los maestros que se pueda reventar. Todos los libros llegarán a cada uno de los seres humanos en la tierra. La sociedad “El siglo de Cristo” se hará tan rica como el mundo y le vaticino esta noche que será muy sencillo: luego nuestros libros serán propiedad estatal. Eso llegará, señor. Ya será así en cien años. Y quien pertenezca entonces a la Universidad de Cristo, quien forme parte de los Rulof Brothers, será portado por millones de personas, porque serán los hijos de la eternidad.

¿No lo sabía, señor? ¿No lo sabía, señor?

Pero si es más sencillo que nada, ¿no? Usted también es un Rulof Brother. Todos somos hijos de la Universidad de Cristo. Los hijos de los maestros no se extinguirán, señor. Nuestra sabiduría es eterna. Los maestros trabajan ahora para el Mesías; Él dijo: “Llamaré a haber quienes sepan más que Yo”. Ahora está en nuestras manos.

Señor el teósofo —allí tenemos a una teósofo de peso, uno grande, no, aquel, allá, señor tal y cual—, hemos conversado y él ha vivido a los rosacruces, a los teósofos; ¿verdad, amigo? ¿Qué ha quedado de eso? ¿Pueden con nosotros? Annie Besant, ¿puede con nosotros? Puede decir, tal como estamos actualmente en la tierra: “Vete a Oxford y Cambridge y recibirás a Cristo”? Nosotros decimos: “Señora, ese solo nace entre el barro”. ¿No es así? A ese no le puedes enseñar nada. Eso también se lo llegué a decir en Estados Unidos. Ya no podrán dejar de lado nuestra sabiduría, porque procede directamente del entorno de Cristo, porque allí viven Sus hijos que ahora tienen que llevar a cabo una tarea en la tierra. No hace falta que nos imaginemos nada, pero seamos honestos: lo tenemos. Y ya nadie nos lo quitará.

¿No es así, madre?

Quien construya una pirámide de Rijswijk, señora, y quien yazca debajo vive como un topo bajo la tierra. No necesitará sufrir ninguna crucifixión y no ha construido leyes fundamentales por medio de la piedra, como la pirámide de Giza, ese ser humano tiene una pirámide de Rijswijk. Que se derrumbará como un castillo de naipes. ¿Ha quedado claro?

¿Volverá a leer alguna vez ese pasaje? Tómese cuatro horas para completarlo y después reflexione sobre todo ello. Y si puedes hacer eso como hombre y mujer mientras disfruta de un té, una gloria, después del trabajo, y la mujer,

la madre, está allí tranquilamente y el hombre dice: “Hija, a ver, tú quédate sentada que yo ya haré el té. Pero escucha bien, oye”. Y entonces te pones a analizar el uno para el otro la pirámide de Rijswijk. Te vas al señor Scor y verás todos sus desnudos. Y el último beso, cuando todo eso haya pasado, cuando diga: “Qué alegría que ahora estés conmigo, bombón, porque ahora eres auténtica”. Y entonces ya vería usted lo que es vivir ese beso, señora.

Cuando tienes noventa años, señora, y aún no has vivido el beso espiritual, ya le enseñaré a besar, a arrullar. Porque el beso espiritual, señora, aún no lo ha vivido ni un solo ser humano en la tierra. Usted, claro, pensaba que me estaba inventado algún cuento. El beso espiritual tiene profundidad espacial. Es el ser humano con verdad. Es un ser humano con confianza. Es un ser humano con conciencia, con justicia y nada de cotilleos. Ese ser humano habla siempre sobre la vida, piensa siempre bien sobre la vida. Y si uno conoce entonces el universo y la vida detrás del ataúd y puede decir de sí mismo: “Mi vida irradia luz, sabiduría y despertar”, entonces tendrá usted a la madre del espacio a su lado, o se van entonces al dormitorio y se acuestan, tomados de la mano y hacen un viaje universal, y solo entonces podrán decir: “Mi beso es amor”.

Miren, allí ya hay gente llorando. Tomen...

(Lanza un beso).

... ¿qué hermoso verdad? Qué divertido, ¿verdad? Bwww.

¿Quién puede decir: “Mi beso es verdad”? Nos damos la mano y hace un instante nos hemos masacrado por dentro.

Viene una señora que dice: “¿Esa de allí? Oh, son tan falsos, esa gente lo tiene”. Santo cielo, estoy con las narices encima, hay una señora allí que dice... Viene esa señora —a veces se dice: “Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma”— y allí entra justamente ese bicho, señora, del que estaban hablando. “Vaya, ¿tú aquí? Oh, qué bueno”. De verdad. “Entra, cielo”. Ah, sí. “¿No te parece que hace un tiempo espléndido? ¿Cómo están los hijos? Ah, qué maravilla”.

Pienso: “Madre del amor hermoso, menudo bicho”.

No debe decir eso, señor. Nosotros, como hijos de Rembrandt y Piet Hein, no decimos cosas así. Siempre tenemos la verdad.

Allí reciben a un ser humano: “Sí, señora, claro que sí”.

Digo: “¿Lo dices en serio? ¿Mm? Señora, no debe escuchar usted eso, porque entonces ya es una oyente del mal. ¿O es que no es cierto? ¿Tengo que enseñarle cómo debe pensar? ¿Lo que tiene que hacer para dar por fin ese beso? Sí, nosotros mismos tenemos la culpa. Si me da usted una patada, madre, como hombre, y es usted, no, no un bicho, pero es usted esto y lo otro, y algo así, no es divertido, ¿qué desea usted entonces de mí cuando la vea, y al revés?”

Si el hombre golpea a la madre, si el hombre engaña a la madre en sí, y el hombre es algo tirano, lo sabe todo y la pega, dice: “Tú no sabes nada. Y cierras el pico, ¿entiendes?” pues, entonces, mejor que cierras el pico. ¿Cómo quiere usted recibir entonces esa vida, a esa mujer?

Detrás del ataúd no hace falta aprenderlo. Pero en la primera esfera, en esa esfera, en ese mundo del que estuvimos hablando al comienzo de esta noche, allí tienes que tener esa benevolencia. Porque esa esfera dice: “Alto, espera un poco, tú todavía tienes demasiado descaro. Usted va todavía demasiado rápido. Usted es demasiado recurrente. Sigue usted asustando al ser humano”. El ser humano no debe asustarse, a la vida no se le debe asustar. Porque Cristo siempre llegaba caminando y nunca estaba rodeado de cadenas. Eso aquí solo pasa con San Nicolás.

Cuando el ser humano se presenta con cadenas y látigos, señoras y señores, entonces algo pasa. Entonces mejor echen el cerrojo. Pero ante ustedes está el ser humano, la sociedad sigue siendo así, y les dice: “Ay, cariño, qué alegría volver a verte. Lo que he sufrido”, pero cuatro días después se pelean y uno la clave al otro un puñal.

“No puedo vivir si ti. Si no te tuviéramos, señor, ¿qué sería entonces de nosotros cuando tú ya no estés?”. En cuatro meses, señora, te echarán de casa. Tonterías, majaderías, engaños, nada más. El ser humano dice: “La amo”. Pues demuéstralo.

Hace poco hubo un señor, fuera, tenía que acudir a la conferencia, fue en Róterdam, hace unos años, y dijo..., tenía un bonito coche... Y había dos pobres diablos, ese hombre ganaba veintisiete florines y medio a la semana, dice: “Señor, puedo ir con usted en el coche?”.

“Ah, no, no”.

Y entonces ese señor se peleó con una señora, que dice: “Entonces yo tampoco voy con usted”.

“Pues eso es cosa suya”.

Ese hombre metió el coche en el garaje, porque no quería llevar a esas personas. El prójimo solo quiere dejar que el ser humano disfrute de los alimentos de Nuestro Señor, pero nada más. Porque el ser humano dice: “Esa gente está loca de remate”.

¿Cuándo somos serviciales? ¿Cuándo estamos abiertos? Cuando de todas formas vas por un mismo camino. ¿Verdad? Tenemos que ir por un solo camino a Jerusalén. Y ese hombre está allí. Y pasa a nuestro lado con el coche, levanto el pulgar, y en mi cartel pone: “Yo también tengo que ir a Jerusalén”.

Pero, señoras y señores, entre nosotros no faltan quienes se dejan los unos a los otros en el borde del camino y dicen: “Por mí, que revientes”.

La gente tiene que ir por un solo camino, también a la calle De Ruijter-

straat, y también a Jerusalén, porque esto es Jerusalén. Hay gente en la cuneta con el pulgar levantado y no la ven, encima los atropellan como si fueran conejos. Porque él —él sí— está solo en un palacio de esos.

Señora, eso lo pueden usar para cualquier cosa. Pasamos al lado de la gente, estamos ante ella, no la conocemos, no la vemos, solo somos “yo”. Son todos como ese señor Scor, son estatuas desnudas. Hay gente que dice: “Por ti doy la vida. Y puedes hacer conmigo lo que quieras”. Señora, mejor no empiece con eso, porque mañana le arrancan el corazón de entre las costillas. Dicen: “¿De verdad que dije yo eso?”. “No, señor, pero si eso yo no lo dije, ¿no?”. Resulta que hablaron en ruso. “¿Que yo he dicho eso, señor? No lo decía en serio. Ah, no, oiga, es que entonces no me entendió”.

“Por ti daré la vida”. Ay, señora, haga el favor de no creerse eso. Mejor no elevemos esa gran palabra. Mejor sigamos con sencillez en la tierra y mantengamos los pies en ella. Mejor hablemos entre nosotros y digamos: “A partir de ahora voy a hacer todo lo que pueda para ser una persona honesta y por pensar con pureza”. Usted me da igual. ¿No es así?

Aquí otra cosa más, lo leeré rápidamente, ya es la hora.

¿Está satisfecha, señora?

Aquí también tengo: “¿Qué piensa usted de la Biblia? O dicho de otra manera: ¿qué clase de libro considera usted que es la Biblia?”.

¿De quién es eso?

Señora, entonces ya no hace falta que le diga nada, porque ya sentía que era de usted. Así que con eso empezaré la próxima vez. Puedo responderle a esto, pero entonces recorreré todos mis libros.

¿Ya los leyó? ¿Todavía no? ¿Ni uno?

¿Terminó de leer las tres partes de ‘Una mirada en el más allá’? Tenga la bondad de volver a hacerme esa pregunta cuando los haya terminado, porque tengo que irme al otro lado. Y si usted esa Biblia... Si usted no lee esos libros no puedo explicarle las leyes de cómo vemos la Biblia, de cómo el propio Cristo la ve.

¿Lo acepta?

“Me gustaría saber de usted si está de acuerdo con que Jesús dijo las siguientes palabras en la cruz: ‘Ay, Dios, ay, Dios, ¿cómo puedes abandonarme?’. ¿Qué opina sobre ello?”.

¿Dijo Él eso?

(Señor en la sala):

—No.

(Señora en la sala):

—¿Puedo decir lo que opino?

—No, solo tiene que decir...

(Señora en la sala):

—No.

—Bien, señora, eso lo han puesto en boca de Cristo. Dios cuelga allá de la cruz y Dios no puede decirse a sí mismo: ‘¿Cómo puedes abandonarme?’.

Señora, entonces estará usted contenta esta noche.

(Al técnico de sonido):

Solo me queda un minuto, ¿verdad?

Él dijo en Getsemaní: “Aparta de mí este cáliz”. Pero ¿quién estaba con Él?

(Señora en la sala):

—Nadie.

—¿Quién lo oyó cuando esos lelos de Él, todos Sus apóstoles, se habían quedado dormidos? ¿Quién fue? ¿Es extraño?

(Jozef sigue leyendo):

“Podría explicarme lo que se quiere decir con ‘alma’?”

Es su Dios, es Dios como alma. Dios como espíritu, el espíritu en usted, ya es la personalidad humana como espacio, sentimiento, vida. Pero el alma es el núcleo divino en usted. Es la sintonización divina que es usted como alma. Tiene que despertarla. Despertarla por medio del bien. ¿Ya entiendo eso también?

(Señora en la sala):

—Sí.

Entonces somos veloces, señora.

“Se lo pregunto porque algunas personas aseguran que el alma de todo ser humano es creada de inmediato por Dios...”.

Señora, eso es Dios. ¿Está claro? ¿Realmente claro?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Le doy las gracias, señora. Gracias, entonces podemos seguir.

(Jozef continúa leyendo):

“... mientras otros opinan que Dios dio al ser humano una especie de fuerza para crear, por lo que el alma del niño se genera a partir de nada, que el alma existía antes de la formación del cuerpo”.

Sí, señora, el núcleo divino ya estaba, entonces el mundo espiritual tenía que empezar, y después el material. Pero ahora tenemos que ir a ‘El origen del universo’, y entonces les ofreceré seis, siete y ocho; siete, ocho y nueve (los tres libros de la trilogía ‘El origen del universo’ fueren el séptimo, octavo y noveno libro que recibió Jozef Rulof), voy a ofrecérselos, ‘El origen del universo’, y entonces llegarán a ver el alma divina como espacio, la Omnia Alma, el Omnipíritu, la Omnipaternidad y la Omnimaternidad. El alma divina vive en nosotros, eso lo somos como seres humanos, pero esa alma, por medio del bien, la despertamos, la edificamos, la hacemos evolucionar por la justicia, la armonía y el amor, el verdadero Cristo.

¿Está contenta, señora?

Muchas gracias entonces.

(Señora en la sala):

—Estupendo.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Estupendo.

—Gracias, señora, qué sentimiento tan hermoso tiene usted.

Tengo una sola pregunta más, pero conecta, a su vez, con la de esta noche; puedo añadirla.

Señoras y señores, ¿les he ofrecido algo?

(Gente en la sala):

—Sí. Desde luego. Sin duda.

—Presten atención: el domingo por la mañana los maestros hablarán en Diligencia a las diez, y es a ellos a quienes tienen que oír, señoras y señores, porque Jozef Rulof no es más que un gran lelo.

(Risas).

Les agradezco su atención.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 15 de mayo de 1952

—Buenas noches, señores y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

—Esta noche comienzo diciendo con que en junio les ofreceré tres noches más.

(Suenan aplausos).

Así que después de finales de mayo vamos a seguir, a continuar, tres semanas más.

(Señora en la sala):

—¿Ah, sí? ¿Aquí?

—Sí, sí.

(Risas).

Y entonces voy a comenzar... o sea, hasta la tercera semana en junio.

Aquí tengo —me lo metieron la semana pasada en el bolsillo, al final—: “La procesión de la Santa Sangre, detenida por un burro”. ‘La colorida procesión de la Santa Sangre en Brujas sufrió el lunes un atraso cuando el burro que portaba a María se negó a continuar a la altura del puente de los Dominicos’. Pues, creo que eso no habría ocurrido en Jerusalén. “Ángeles que había alrededor”, claro, irían al lado de ese burro, “y Joseph”, (Jozef pronuncia el nombre con una p), “intentaron que el burrito se pusiera en marcha”, sí, así dice, señoras y señores, “tirándole del rabo.

(Risas).

También unos cuantos monaguillos enérgicos”, así que también estaban por allí, “echaron un cable. Finalmente, arrastraron al animal por encima del puente y pudo continuar la procesión”.

Me gustaría decir lo siguiente: qué sagrado es esto. Y ahora quieren saber de mí por qué el burro se negó a que María...

(Risas).

¿Sí, no? De eso va, ¿no? Y ahora quieren saber de mí por qué se negaba el asno. Claro, era un burro holandés, porque esa familia de asnos de Jerusalén tiene una sintonización muy diferente. Es lo que único que contiene. ¿Por qué se niega ese burro a llevar a la santa María y a José y a los niños por encima de ese pequeño puente?

(Señora en la sala):

—Porque era un burro.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Porque era un burro.

—¿Realmente era un burro? Y encima por el rabo. Es horrible, ¿no? ¿No le parece, señora? ¿No está Piet Hein esta noche con usted? Ah, allí está.

(Risas).

Bueno, señoras y señores, ¿qué les parece eso? Porque aquí estamos ante un sagrado milagro, una sombra del suceso que tuvo lugar una vez en la vida de Jerusalén, hace dos mil y pico años. Y ahora estamos en Brujas. Y allí dicen en dialecto: “Vamo, vamo. Vamo, ¿no puedes cruzar el puente?”. Deberían haberle hablado al burro en hebreo y habrían pasado. Deduzco de esto que el burro pensó de manera belga, y que siente así, y que se olvidó de los sagrados proverbios y del hebreo de Jerusalén. Y que dijeron al animal: “¡Arre!”. Y eso significa en Jerusalén: “¡Sooo!”.

(Risas).

Bueno, ¿usted le encuentra explicación, señora? Se ríe, pero ¿por qué se ríe? Es una explicación, ¿no? Pero ¿por qué se ríe? Ese burro entiende flamenco y francés, claro, algo de francés sabrá. Pero podrían... podrían..., pues, judío tal vez también es posible, judío o hebreo, o griego... Imagino que ese burro sabrá más latín que lo que se hable en Brujas. Esta gente no vivió la realidad del latín.

Y ahora les ofreceré una palabra muy hermosa, así lo sabrán todos de una vez para todas. Señora, aquí tenemos lo que es copiar. Si lo oye la iglesia, volverán a darme una paliza. Otro pedazo de madera para la hoguera de Jozef Rulof. ¿Cierto o no? Seamos honestos. Ese burro, señor, tenía más sentimiento que el ser humano que anda a su lado con esa camisa blanca. Y el burro pensó: de todas formas María y José no son auténticos. ¿Entienden? No son auténticos. Y entonces siempre hay algo en la sociedad o la naturaleza que se niega. Cuando somos antinaturales, señoras y señores, siempre hay algo que se niega si lo queremos reconducir a la sacralidad del Creador.

(Señor en la sala):

—Hacia atrás.

—¿Hacia atrás hacia adelante? Le dieron la vuelta, señor. No, yo no estuve allí, ¿entiende? Mejor aclare eso usted mismo. Mejor escriba a esa gente cómo pasó en realidad, quizá tengamos un cuentito nuevo. El ser humano que vuelve aquí por primera vez piensa: ¿a qué se dedica esa gente?

(Señor en la sala):

—Estoy seguro de que si lo tiras por el rabo, irá para atrás y nunca para adelante.

—Está usted seguro de que si a un burro de esos lo agarras por el rabo... Pero, claro, ese barriro se había dado la vuelta, no quería cruzar el puente. Y entonces quisieron... así... por el rabo... Sí, eso lo comprende todo el mundo, si ese burro se niega a pasar por el puente y lo tiras para que vuelva, así, en-

tonces vas de mal en peor. Así que ir para adelante hacia atrás.

(Risas).

Vea ahora esa película si se detiene allí unos instantes. Así que me imagino: ese puente iba así. Brujas tiene montones de esos pequeños puentes hermosos. Los pintores siempre tienen de esas hermosas paletas. Así que el burro ya está así. Y después así. (Jozef interpreta la escena). A ver, ¿quien me arrastra ahora por encima del puente?

(Risas).

Y los monaguillos y María y José pensaron: ‘¿A dónde vamos hoy?’.

Me parece un consejo divertido para la iglesia católica, para que empiece a pensar de otra forma. Lo encuentro una notita muy hermosa para enviársela al Santo Padre en Roma, así podrá ver que algo les pasa a la María y el José a los que vamos dando vueltas por nuestra sociedad. ¿Cierto o no? Ya me gustaría tener un cardenal aquí esta noche; le ofrecería algunas sonrisas espirituales. Quiero luchar con esa gente.

(Dirigiéndose a alguien la sala):

—Dígame, señor. ¿Sabe usted algo sobre el burro? ¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Que quizá otras personas hayan añadido algo.

—Señor, eso no se nos ha concedido saber.

(Señor en la sala):

—Sí, puede ser que encima del burro... (inaudible).

(Suenan risotadas en la sala).

—Señor, es posible. Es posible. Una vez un verdulero me dijo, dice: “Cuando llego aquí y allí...”.

(Una señora dice algo inaudible).

Y de un campesino. Sí, pero eso es donde nosotros, en el campo, ¿entiende? Eso en una ciudad no se vive así, allí la vida transcurre a demasiada velocidad. Pero donde nosotros, en el campo.

Allí el verdulero ambulante siempre estaba en la esquina de la calle, con un caballo, y desde ese punto no conseguía que el animal siguiera, empezaba a negarse. Y veinte años después, cuando ya estaba viejo el animal y casi moribundo, señor, entonces preguntó a ese señor: “¿Puede convencerme y contarme por qué mi padre siempre se detiene aquí?”.

(Dirigiéndose a alguien que entra):

Señora, pase, no se preocupe.

¿Y qué se imagina, pues, señor? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Lo sabe?

(Un señor dice algo inaudible).

No, es otra cosa.

Descubrió que ese hombre tenía un muchacho, como caballo, de la misma

madre, y ese animal olía su hermano. Y cuando llegaba allí, siempre oían: “Ji, ji, ji”. Y entonces venían... Y así el granjero tenía que haber sentido lo que significaban esos relinches. Y decía: “¡Hola, hermanita!”. Y entonces se detenía. Ella también, eso mismo.

Pero ahora no hay camisas blancas de esas ni María ni José. Sí, claro, de vez en cuando se ven esas cosas. Podríamos dedicarle una noche hermosa. Pero tengo que seguir.

(Jozef lee): “Hace unas semanas me puse en manos de un magnetizador, a raíz de trastornos intestinales nerviosos. Después del primer tratamiento no experimenté resultados palpables, pero después del segundo, la semana pasada, llegué a sentir un frío glacial en el cuello y en las piernas a través de la espalda. Desde entonces me he puesto más nervioso que nunca. ¿Es un fenómeno habitual? Su respuesta quizá pueda ser útil para todos nosotros. Muchas gracias de antemano”.

¿De quién es eso?

(Señor en la sala):

—Mío.

—Sí, señor, no tengo intenciones de ponerme a analizarle ese magnetizador. Y usted empezó a sentir un frío glacial en el cuello, y en las piernas a través de la espalda, y se puso cada vez más nervioso.

Claro, puedo ponerme a ofrecerle un diagnóstico, para mí mismo, que yo viví. Por ejemplo: tenía gente y se ponía más nerviosa, solo un momento. Un momento. Tenían que ponerse más nerviosos porque esa fuerza acelera el sistema nervioso. Pero es así como podré explicarle lo que ocurrió. Y también ese flujo glacial en la nuca. Porque parte del sistema nervioso astral y es aquí donde se divide; así que ese empuje de sus nervios atraviesan el cerebro y hacen... describen una órbita a través del organismo, regresan hasta los sentimientos y usted lo adopta. Y entonces usted se puso cada vez más nervioso. También puede ser que a usted se le acelere, que se le aceleren los nervios. Pero, claro, claro, si tengo que comprobar, por medio del maestro Alcar, que llegó la aceleración, usted recibiría tanto más que nosotros lo desaceleraríamos; un instante una reacción más elevada y después otra vez serenidad. Esa noche ya dormiría.

¿Y cuántas semanas lleva usted ya así?

(Señor en la sala):

—Cuatro.

—¿Cuatro semanas ya? ¿Y está cada vez más inquieto? Entonces urge que vaya directamente a un buen médico de cabecera, señor, y pida... Tal vez ya haya tenido medicina de sobra, ¿verdad? ¿No? Entonces quizá una cosita de nada le sirva más que todo ese lío del magnetismo. Quizá los nervios necesiten otra cosa, algo más fuerte. Pero le tiene que dar serenidad. Y si entonces

en dos, tres, cuatro, cinco veces no la obtiene, señor, ya es demasiado tiempo.

Hay psicópatas y dementes, y personas que son una ruina, pero no veo que usted esté hecho una ruina. Tampoco lo veo como un psicópata. Dicho de otro modo: no está usted tan enfermo que esa profundidad se haya hundido de tal forma para esa enfermedad que el magnetizador no lo pueda hacer emerger. Y entonces necesitará usted medio año hasta poder pisar suelo firme. Eso, por ejemplo.

Pero no le haré un diagnóstico en lugar de su magnetizador, eso mejor se lo pregunta usted mismo a quien lo esté tratando. Señor, exija que se le explique qué es lo que está pasando. Y si no son capaces de eso, señor, si no saben hacerlo de forma espiritual científica —porque siempre podrá comparar mis diagnósticos con los de un médico— salga entonces corriendo. Sea quien sea, salga corriendo.

Eso lo exigirá, ¿verdad? Y es obligatorio. El magnetizador tiene que ser capaz de analizar su estado, de lo contrario no lo es. Y si usted siente que no dan en el clavo, señor, váyase, pues, porque entonces no hay seguridad.

¿Está contento?

Gracias.

Aquí tengo: “Ya llevamos un par de semanas con la cuestión de ‘la gallina y el gallo’”. Ahora viene. “El punto del que se trata principalmente es que la gallina también puede poner huevos sin aparearse con el gallo”. Eso lo sabemos. “De estos huevos no pueden salir polluelos, dado que no han sido fecundados por el gallo, ¿no?”.

¿De quién es eso?

(Alguien responde).

¿De qué se ríe?

(Señora en la sala):

—Yo pensaba lo mismo.

—¿Pensaba usted que esa señora había hecho la pregunta? ¿Qué pensaba?

(Señora en la sala):

—No, no pensaba nada.

(Risas).

—Sí, señora, el ser humano a veces también le da vueltas a lo de “yo y el huevo” y “el huevo y yo”. Pero así no estamos todavía, ¿entiende? Una gallina, una gallina clueca normal y corriente, una pollita, ¿puede dar a luz a crías? Esos huevos ¿son capaces de volver a dar a luz y de crear polluelos una vez que ese huevo haya salido sin que el gallo le haya prestado ni siquiera una mirada?

Bueno, ¿cómo quiere que lo diga si no, señor? Seamos honestos.

(Risas).

¿Es posible eso? No, ¿verdad? Así que entonces podría haber dejado de lado ese interrogante sin problema. Así que la madre gallina —primero vamos a

seguir eso—, la madre gallina pone huevos y así es como posee el alumbramiento y la creación.

Pero el ser humano tiene los mismos sistemas y usted no es capaz de eso, ¿verdad? Pero usted, sí, señora. Usted sí es capaz. Usted pone... Bueno, entonces lo digo yo.

(Risas).

Las señoras, las madres, no se conocen a sí mismas ni el erudito conoce la creación. Y entonces volverán a decir: “Sí, Jozef Rulof lo sabe todo, solo él lo sabe. No es más que fantasía”. Sí, pero les demostraré que ustedes sí ponen huevos. En su momento, toda madre pone un huevo.

(La gente responde).

¿Cómo dice?

(Una señora dice algo inaudible).

Sí, señora, usted tiene millones. Sí, pero aún son interiores. Eso la gallina, la clueca, también lo tiene, tiene ovarios, igual que los tiene el ser humano. Cada animal; cada animal, bueno, no todos los animales, pero los mamíferos, todos. Pero ¿a qué se debe, pues, que ustedes pongan huevos? ¿A qué se debe?

(Señora en la sala):

—A la menstruación.

—¿Quién dice eso? ¿Quién dice eso? Allí está la hermana. Cuando usted tiene la menstruación, señora, pone un huevo. Pero ¿pueden aceptarlo?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Es a es la evolución, es la evolución de ese huevito que rompe allí. Es sangre, ¿verdad?, y ese huevito es creación, ¿verdad? Es sangre. Pero esa sangre es creación, es alumbramiento. En ese huevito que se desgarrar allí vive todo, ¿verdad?, tiene alma y espíritu.

¿No es así, señora? ¿Es así?

Sí, señor, ahora estoy mirando a otro Piet Hein.

(Señor en la sala):

—Claro.

—No, señora, ¿es así? En ese huevito hay espíritu y alma y vida.

(Señora en la sala):

—No, eso aún no.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Eso aún no.

—Pues no. ¿Ha empezado a vivir eso? Es la vida divina misma, ¿no? Así que eso es... Le pregunto si eso posee alma, vida y espíritu.

(Señora en la sala):

—Eso no es más que vida.

—¿Por qué? ¿Qué hemos aprendido ahora?

(Señora en la sala):

—Si fuera alma y espíritu, ya sería una fecundación.

—Mire, señora, allí es donde la quería tener. De modo que si a ese huevito se le hubiera infundido alma, tendríamos una fecundación. Entonces no existiría la menstruación. Pero es una materia, vida y espíritu, y tiene una personalidad. ¿Cierto o no? Esas menstruaciones, pues, son sangre, son espíritu, son materia; y eso es blanco y rojo y amarillo, ¿verdad?

Y el huevito de la gallina es, según el organismo, es blanco y amarillo, es materia y espíritu. Y solo cuando... cuando llega evolucionar donde la madre y una empieza a menstruar... entonces la gallina pone su huevo, y es exactamente lo mismo. Pero el ser humano, este mundo, y el animal, aquel otro.

¿No es sencillo?

Y ahora el gallo, señora, ahora el gallo.

“Sobre este punto hemos recibido todo tipo de respuestas, que solo salen polluelos de los huevos fecundados por el gallo”. ¿Lo ve? “O que a la gallina no le hace falta para nada ser fecundada...”.

Es que no hace falta, entonces da a luz y crea... Usted no ha sido fecundada. Si lo hubiera sido y es posible... Ahora estamos atados todavía a leyes, pero la gallina no. Tiene... pone... ¿cuántos huevos no pone una gallinita de esas? De una profundidad universal. Miles, centenares de miles, en una vida pequeña, corta, y entonces aún poseerá cien millones de huevitos en su interior y ya no podrá poner, se le habrá pasado el tiempo. Una clueca de esas viejas, dicen, ya no pone, solo se le da de comer y entonces hacen sopa con ella. Otra cosa diferente, claro.

Pero esto, “... que para nada es necesario fecundar a la gallina...”, eso es imposible para poner huevitos, para revelarlos, porque eso está... eso estaría reñido con la creación del ser humano. Y el alumbramiento y la creación para la creación entera, para la vida entera, es exactamente lo mismo. En eso no hay ninguna diferencia. O, naturalmente, nos vemos ante creaciones en un solo grado. Y eso es: hay vidas que se pueden fecundar a ellas misma y que por medio de ellas mismas...

En eso tenía razón Max Heindel, y es lo que él pensaba, lo había leído, en la naturaleza, a través de diversas especies animales... Y ahora pensaba: también el ser humano. Y resulta que en ese punto metió la pata. Y Max Heindel vino a verme, dice: “Jozef Rulof...”. Tenía que leer el libro suyo y entonces el maestro Alcar me lo trajo a él. Digo: “Bueno, ¿es que también tengo que ponerme a combatirlo a usted? Porque ahora no conseguiré a los rosacruces, puesto que usted ha dicho cosas por las que el ser humano... que hubo un tiempo en que este podía fecundarse a sí mismo, y eso es imposible”.

Dice... Pero él veía al animal. ¿Y cuáles? O sea, las creaciones posteriores,

que lo han vivido todo. ¿Por qué precisamente la creación posterior posee alumbramiento, creación, y en la propia evolución también? Es decir: las creaciones posteriores son capaces de dar a luz y de crear, y además de fecundar. Toda la divina evolución macrocósmica está en manos de las creaciones posteriores, y no del ser humano ni de la gallina clueca ni de los organismos que son animales, materiales, humanamente naturales.

¿Y por qué es eso? Ahora los pongo de repente ante ese huevito de nada, raquíptico, hermoso, universal, macrocósmico, de la gallina clueca, de la gallina, los coloco ante la cosmología, que el maestro Zelanus explica en Diligencia, ante las estrellas y los plantas. Y entonces cuéntenme lo que les parece.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—¿Qué desea comentar?

(Señora en la sala):

—Regresan a su vez a la fuente primigenia.

—¿Regresan a su vez a la fuente primigenia?

(Señora en la sala):

—Representan la fuente primigenia.

—No está nada mal lo que comenta usted. Regresan otra vez a la fuente primigenia. No está nada mal, pero eso no es. Sí que está cerca. Su pensamiento desde luego que es hermoso, profundo.

(Señor en la sala):

—No había final.

—Y no había final. No sir. No sir.

(Señora en la sala):

—Que están condenados a extinguirse.

—¿Perdón?

(Señora en la sala):

—Que están condenados a extinguirse.

—No, señora, de eso no se trata. “Estar condenados a extinguirse”, no. Porque eso significaría otra cosa, pero eso no es.

(Señor en la sala):

—La creación posterior procede de la vida común, tanto de la paternidad como de la maternidad.

—¿Qué aprende usted en Diligencia cuando habla el maestro Zelanus sobre la divina entidad paternal? ¿Qué es lo que eso le enseña? ¿No lo sabe? Quizá no llegue usted. Es que en realidad no es fácil, porque hay que saber ver esto de manera cósmica. Ya no de forma humana. Y realmente no... Claro, lo pueden... Todo eso vive en la tierra, pero aquí en la tierra ustedes tienen problemas cósmicos, realidad cósmica. Y el ser humano no las ve, no ves esas realidades, los problemas tampoco. Pero se lo explicaré y entonces lo entenderán a la primera.

(Un señor dice algo inaudible).

Es que lo es, pero en el fondo no es eso. De verdad, me gustaría darles la oportunidad y entonces verán, después de todo lo que han aprendido, que nunca llegaremos a estar en un punto muerto. Tenemos esos... Si ustedes también son cósmicamente conscientes, tienen que poder analizar cada ley, y eso no es más que: esta es la palabra, esta es la ley para la palabra. Yo no puedo hablar al margen de la creación, porque he visto que el maestro Zelanus y el maestro Alcar y todos esos otros maestros se han convertido en entidades para la paternidad y la maternidad.

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Sí, señor.

(Señora en la sala):

—El juego que normalmente tiene lugar en la naturaleza, tiene lugar en el animal...

—Sí.

—... en cuanto a lo masculino, y probablemente también en cuanto a lo femenino, el animal no tiene...

—No, tiene que haberlo.

(Señor en la sala):

—¿Sí que tiene que haberlo?

—Todo eso tiene que haberlo.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—Dígame.

(Señora en la sala):

—Eso, pues, representa una sola paternidad y maternidad.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Eso representa, pues, una sola paternidad y maternidad”.

—Exacto, señora. Pero, ¿por qué? Exacto, señora.

(Señora en la sala):

—No sabría decirlo.

—Mire, solo hay que pensar un poco más allá, eso es, pues. Representa una sola paternidad y maternidad. ¿Y por qué? Sí, eso le permite determinar que es usted Dios, y que es Dios como padre y madre, y que esas vidas en concreto no forman parte de la creación existente. ¿Y por qué? Y que Dios al final no permite que esa vida se atonte, porque todos esos dones que usted posee como hombre y mujer llegan en las creaciones posteriores en un solo mundo —no solo el alumbramiento, la creación, el reino de los colores—, evolución en un solo estado, porque es ahora cuando se vuelve a dividir la paternidad y la maternidad y llega a ser un solo núcleo; pero entonces es

creación posterior.

Así en realidad, las creaciones posteriores tienen más que nosotros, señora. Una mariposita que sale de la pupa —y allí hay más—, y miles y miles poseen el reino de colores, la paternidad, maternidad en la propia fuente, se conduce a sí misma a la evolución.

Imposible de hacer con nuestras propias fuerzas. Para eso requerimos la paternidad si es usted madre. Pero eso es entidad como madre, la entidad como padre, ¿verdad? Y son leyes divinas, creaciones, o sea, leyes existentes.

Y esto forma parte de las creaciones posteriores y no forma parte de la creación existente, porque estas vidas siguen en la tierra, han surgido a partir de la putrefacción. ¿No es algo poderoso?

Claro. Contra eso no puede el erudito porque esta es la verdad.

(Jozef continúa leyendo): “Nos gustaría recibir una respuesta al respecto, porque esta conversación simplemente se está convirtiendo en una pesadilla”. De lo que todo el mundo está hablando. “Sea donde fuere que llegamos, mi marido habla de la gallina y el huevo. Una noche, incluso, me despertó...”, menudo, este, “cuando según él por fin tuvo...”, quiero hablar con ese hombre..., “una respuesta”. Y yo dije: “Lamentablemente, resulta que yo no estoy de acuerdo”, y volvimos a estar dándole vueltas y comentándolo en plena noche”.

¿De quién era esto? ¿De usted que está allí? ¿De quién es esto?

Ah, de usted.

Hay que ver qué cielos son ustedes. ¿Y salió bien así entre los dos? ¿Encendieron la luz? Encendieron la luz, calentaron un poco más de té. ¿Despabiladísimos? Despabiladísimos.

(Señora en la sala):

—Sí, completamente despiertos.

—Hay que ver lo ricos que son ustedes. Claro, eso sí que es hermoso, estas criaturas van a comenzar ahora. Acaban de casarse, ¿verdad? Hace no mucho, ¿verdad? Miren, eso sí que son unos encantos. Pero cuando luego ustedes también cumplan cuarenta años, cuarenta y cinco, le dirá a él: “Oye, para ya con darme la tabarra”.

Bueno, es que todavía no los creemos a ustedes. Hoy comemos... Hoy... Ustedes siguen arrullándose, ¿verdad?

(Risas).

Todavía se encuentran en la era de arrullar. Pero, ay, en breve, cuando nos... cuando hayamos dejado de estudiar.

Miren, señoras y señores, aquí empieza el nuevo siglo, he aquí dos hijos que han asistido a todas las conferencias, han leído libros. El hombre ha vuelto a leer, ella le lee en voz alta, él a ella, tienen tiempo. La madre, claro, tendrá enseguida un bebé, entonces ya no habrá tanto tiempo. Entonces ella quizá

diga... Es cuando esté el renacuajo allá y tiene que venir un nuevo bebé...

“Oye, escucha”, dice él, “de repente me ha venido”.

Y ella dirá: “Sí, yo también lo sé, tengo que conseguir que esto se vaya”.

Claro, entonces ya no tienes tanto tiempo. Después de veinte años, quince años...

Porque todo hemos empezado así; y entonces a ella le encanta que la despierte. Y él dice: “Ay, hija, es una maravilla”.

Pero ahora hay otras cosas. Si podemos retener eso, a pesar de todas esas desgracias sociales, se mantendrán jóvenes, se mantendrán hermosos, así entrarán en contacto. Ese es el paraíso, señora, señor. Reténganlo.

Señor, ¿saben ahora de dónde viene ese gallo?

Mejor me hubieran llamado un momento a mí, entonces habría subido y se lo habría contado a la primera.

(Risas).

Qué contento estoy de no haberme comprado un teléfono en todos estos años. Porque la gente me ofreció una mansión, un coche modelo Cadillac y un teléfono en casa.

“No te cuesta nada, Jozef”.

Digo: “Sí, ya lo sé. Y mañana te tengo al teléfono”. Digo: “Pues no quiero ningún teléfono”. Digo: “Pero...”.

Hay más de esos: “Oye, llamemos un momento al señor Rulof, aunque sea de madrugada, qué más da”.

“Bueno, es que eso, un teléfono donde los maestros, cuesta mil florines”. Pero entonces ya no llaman de buenas a primeras.

Señor, ¿de verdad que lo sabe ahora?

(Señora en la sala):

—Quería hacerle una pregunta más. Un conocido nuestro ha recibido un...

—Gallo...

—... recibió un gallito, un pequeño faisán; y contó que los huevos que ponía la gallina sin que el gallo se apareara con ella... de diez huevos hubo dos de los que sí salieron polluelos.

—Es posible.

—¿Es factible eso?

—Sí, es posible. Pero ¿de qué depende eso, pues? Es una ley muy poderosa. Es posible, sí.

—Claro, por eso nos vimos despistados.

—Sí, despistados. ¿Por qué la madre puede tener cinco hijos, cuatro, tres? Por allí van los tiros. Así que todavía ha quedado algo del gallo, de Herman, en el cobertizo, en la habitación, de lo anterior, que aun así influyó en la

madre y la fecundó, inesperadamente, y sin que apareciera el señor. No es más que eso. En el espacio celular al que llega su semilla, su esperma, siempre permanece una atmósfera como mucosa, y es eso lo que se ha puesto a crear. Que se ha puesto a construir. Son esas primeras células. La atmósfera. Entonces se densifica y así ya se produce la división —es la luz del espacio— y surge la célula en sí que se pone a crear en ese gallo, ¿verdad?, que...

(La gente habla a la vez).

¿Cómo se llama él?

(Gente en la sala):

—En la gallina.

—No, no no, no, esto sigue siendo todavía el gallo y... Ah, sí, sí que es en la gallina, sí que tienen razón: en esa gallina. Y entonces aún hay algo allí por lo que entre diez, veinte, hay uno o dos que todavía han podido ser fecundados en un plisplás, pero que aun así es, sin la menor duda, del propio Hendrik, del propio gallo.

No estoy diciendo que eso lo haya hecho mi hermano.

(Risas).

Pero ese gallo se llama Hendrik o Piet. Donde nosotros lo llaman... había uno, así de grande, señora, que se llamaba Jan. Y Jan que venía corriendo. Obedecía por el nombre de “Jan”. A uno también le pusieron mi nombre, este se llamaba Joseph (Jozef pronuncia el nombre con una p). “¡Joseph!”. Y entonces aparecía y se giraba... y le daban ricos granos y después, bueno, pues, se volvía a marchar.

Entonces ese granjero dijo: “Estoy en contacto con mi gallo”. Dice: “¿Sabe usted por qué?”.

Digo: “No, señor”.

Y me dice: “Mejor no lo comentaré”. Y entonces aun así lo supe.

Eso es lo que deberían analizar ustedes dos esta noche. A ver, analicen eso.

¿Hemos terminado, señora, con ese gallo y esa gallina? Hay mucho más, ¿lo sabía? A ver, piensen sobre eso. Pero no hay que hacerlo por la noche. Señor... ¿Lo quiere...? Señora, alguna vez lo despierta usted a él?

(Señora en la sala):

—No, es él quien me despierta.

—Lo hace él mismo. ¿Y sabe usted lo que tiene que decir entonces, señora? “¡A dormir! A dormir, porque si no tendré que mandarte al médico en un mes. Entonces se habrán enfermado los nervios”. Por la noche hay que descansar, señor.

¿Lo hace usted?

Por las mañanas los ojos algo pesados, ¿verdad? Y solo por ese huevito, y solo por esa gallina clueca, ese gallo. A partir de ahora a dormir, y después de cenar a charlar. Aunque no tenga tiempo, pues, a esperar. De madrugada a

dormir y desprenderse de estas cosas.

Lo que estoy construyendo ahora usted lo vuelve a desintegrar por su búsqueda. Pensar durante el día. A mí tampoco me permiten pensar por la noche. Si repasa eso alguna vez —de todas formas no conseguirá repasar la creación entera—, pero continúa, ¿sabe usted lo que construimos entonces, lo que usted mismo construye? Está minando su salud porque se ponen a analizar, tan panchos.

Pero, oiga, eso no tiene ningún misterio. Es el mismo problema que otra persona que quería jugar a ser Frederik. Ahora están cosmologando sobre patines. Hacia adelante de espaldas, a la derecha, a la izquierda. Y por las mañanas uno llega así: “Vaya”. Pues esa hora la han perdido, y eso mina su sistema nervioso.

¿Es que por la noche llega con cara larga a casa? Claro que no, ¿verdad? Siempre animado, ¿verdad?

(Una señora en la sala):

—Sí, eso sí.

—¿Sí? ¿Eso sí? Claro, no se les escapará nada inconfesable. Claro que no.

(Risas).

¿No le parecen divertidos estos dos, señora? Son una delicia.

Continúo. Si nos comprendemos, no está nada mal decirse otras cosas, sino todo se seca, se pone todo tan árido aquí.

(Jozef continúa leyendo):

“Estimado señor Rulofs”, aún siguen escribiendo Rulof con una s, me apellidado Rulof, “me gustaría que me respondiera a las siguientes dos preguntas. Algunos grupos cristianos predicán —y se sienten felices ante esa idea— que Cristo murió por nuestros pecados y les parece eso más destacable que verlo como un ejemplo enviado por Dios. ¿No queda nada de este pensamiento y consuelo? Siempre me topo con esto cuando lo comento con esta gente”.

¿De quién es esto?

Señora, si empieza con eso, se le sublevarán todos los protestantes, protestantes reformados y protestantes liberales y con todo, y se pelearán si dice usted eso, porque esa gente sigue anclada en esto. No se lo puede quitar. Porque lo que están diciendo, señora, no existe. ¿Y quiere explicárselo? Si con esa gente usted... Si entra en sus círculos, señora, ahórrese el esfuerzo —al menos si acepta usted esos libros nuestros—, porque... ahórrese el esfuerzo, porque nunca lo conseguirá con esa gente. No se malgaste su energía. No intente convencer a un ser humano protestante.

Si cree usted que quiere convencer a la gente, señora... Si cree que yo quiero convencer a la gente... para nada es esa mi intención. Usted sabrá en lo que convierte mis cosas. De todas formas, no lo puedo seguir. Y a esa gente no la puedo convencer, ni soñarlo.

Si me dejaran hablar mañana en la iglesia, si me dejaran decir esto y lo otro, ni siquiera lo haría, porque de todas formas no lo aceptarían. Quizá sí si yo pudiera aclarar aquello: es así y asá. Basta con que lo haga una sola vez, señora, y entonces ya arrancaré de esa masa: “¡Fuera ese hombre!”. Esa evolución ni siquiera la pueden alcanzar, ni en una noche ni en un año. Ni siquiera en una vida. Porque cuando llegan a ese punto, sienten que se atreven a pensar al margen de la Biblia y de la palabra de Dios.

Señora, mejor déjeles hablar tranquilamente y cuando se sienten y tengan verdadero dolor, sed, hambre de aprender algo, entonces usted puede estar preparada y dirá: “¡Por aquí!”. Pero entonces es que lo aceptarán, porque es cuando se ponen a pensar. Esa gente no piensa todavía, dejan que otros piensen. Pero el ser humano que anhela...

Me gustaría darles a todos el consejo: no busquen al ser humano que quiera aceptar esto ni busquen al ser humano para darle esto que es nuestro, de los maestros, del espacio. Señora, no hace falta que usted busque eso. Tiene que esperar hasta que el ser humano vaya a verla y diga, cuando esté delante de usted y le mire fijamente a los ojitos: “¿Sabe usted algo de Dios?”.

Una vez —en Estados Unidos, en Indonesia, en Estados Unidos— conocí a un señor, venía de Estados Unidos, había estado donde mi hermano. Vino aquí y dijo, aquí a Holanda: “Señor, aquí estoy. Oiga, a ver, escuche lo que me pasó”.

Y esto es aún peor, señora. Ese hombre... Hay más personas así. Tenía la sensación de que tenía que cargar el espacio entero. Con tal de que oyera...: “Ay, Dios, allí están empezando otra vez una nueva guerra, ay, de nuevo otra guerra, de nuevo otra guerra”, y entonces sentía verdadero dolor.

Y ese ser humano...: “Ay, gente, ¿a qué viene tanta dureza y tanto horror? ¿Por qué hay que darle veinte años a ese hombre?”. Un juez.

Y por todas partes sentía: él era quien cargaba con eso. Así es el ser humano que carga demasiadas cosas sobre el cuello, sobre los hombros, que no se conoce a sí mismo y el que se desguaza por completo a sí mismo: un inconsciente. Es cuando parece que esas personas ya disponen de un apostolado; quieren portar el dolor de la masa para Cristo y no hacen más que destrozarse.

El hombre dijo esto: “Llevo años y años en la selva y siempre ese ser uno con la naturaleza...”. Preguntas, preguntas, preguntas, preguntas. Y le hizo padecer a su mujer un infierno, porque él sufre y tiene dolor por querer conocer a Cristo y a Dios. Es alguien que se muere de anhelo y de hambre... de hambre no es, ¿verdad? No es de hambre, ¿no? Tiene hambre, pero suena tan feo, tan raro. Y hambre es lo que tiene, no recibe bastante, ningún libro... Y cualquiera que sepa lo más mínimo de Dios, hacia allá se precipita. No recibe respuesta, nunca se sacia.

Y una mañana se levanta y dice: “Mujer, hoy tiene que ser, lo estoy sintiendo: hoy tiene que ser”.

Y entonces dice: “Marido, lo espero. Lo espero, espero que llegues a tener paz”. Una tortura.

Dice: “Entonces tuve que irme de Bandung (una ciudad en Indonesia), de Bandung, detrás de Bandung”. Pero ese día estuvo corriendo durante ocho horas —ocho horas, señoras y señores, en ese calor sofocante de allí—, desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, como un completo demente religioso, podría decirse, no, sino como un ser humano que sabe conscientemente: todavía vivo, aquí sigo yo mismo. Pero qué dolor y pena, y más pena, y una pena, pena, pena. Entonces llegó de Bandung, por la noche, completamente hecho polvo. Estaba por allí en un rincón, ¿entienden?, piensa: ‘Sí’, se mete en un portal, ya está en la ciudad; y allí está, pobre ser humano, apaleado y pisoteado por dentro, allí está, piensa: ‘Sí, oye, Dios, es que tengo que marcharme otra vez, porque si no la gente quizá piense que soy un ladrón. Tengo que irme de este portal’.

Se va, llega aquí de pronto, de pronto está delante de la tienda. Y él que mira: Dios mío, allí está. ‘Una mirada en el mas allá’, ‘Aquellos que volvieron de la muerte’, libros de Jozef Rulof. Vuelve a llamar a aquel hombre: “¿Dónde puedo localizar a ese hombre?”.

Saca al hombre de su casa. “Señor”, dice, “deme esos libros, deme esos libros, y aunque cuesten mil florines, necesito tenerlos”. Ese hombre le vende todos los libros que había entonces. Vuelve corriendo, se sube al coche y se va a casa. Se sienta, toma una taza de café, también toma un poco de agua y dice: “Mujercita mía, acuéstate, esta madrugada voy a leerme todos esos libros. Y mañana también”.

Por la noche, al día siguiente, había acabado los cuatro libros. Entonces comenzó...

(Señora en la sala):

—Qué pena.

—Sí, qué pena. Empezó a leer de nuevo. Estuvo leyendo dos días, al tercer día se derrumbó, ya no podía más, se fue a dormir cuatro horas, cinco, a leer otra vez y entonces lo repasó de nuevo, dice: “Pues, ahora lo sé, Dios, Dios, Dios, gracias a Dios, ahora sé un poco más”.

Ese hombre tiene que ir de Indonesia a Estados Unidos, llega allí y oye el apellido “Rulof” y se encuentra ante mi hermano. De inmediato me escribe: “Voy a ir a Holanda, ¿puedo ir a visitarlo?”.

Viene a verme: “Señor Rulof, ¿habrá guerra? ¿Volverá a haber guerra?”.

“No, ya no habrá guerra”.

Bien, eso fue antes de 1947. Así que tenemos más libros aún para él. Digo: “Puede llevarse todos los libros”.

“¿Habrá guerra?”

“No, señor”.

“¿Habrá...?”

“No, señor”.

“La condena, ¿existe?”

“No, señor, no existe la condena”.

“¿Existe un Juicio Final?”

“No, señor, lo ha leído, ¿no?, los infiernos y...”

“Ah, sí, claro. ¿Y de verdad que lo dice en serio? Imagínese, señor, que eso fuera verdad. Dios, ojalá pudiera creerlo a usted”.

Digo:

“Señor, no tiene más que continuar un poco”.

“Ojalá pudiera creerlo a usted”.

Digo:

”Señor, los ‘drudels”.

“¿Cómo dice?”

Digo:

“Pues, entonces mejor váyase a Güeldres, allí se lo cuentan aún mejor. En La Haya a eso también lo llaman los ‘drudels”.

Y entonces dice:

“¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué, señor?”

Digo: “Bueno, señor, ¿de verdad que pensaba que yo pueda convencerlo?”

“¿Es cierto, señor, lo que dice? ¿Es verdad todo lo que ha vivido?”

“Sí, señor”.

“¿Lo de la pintura también?”

“Sí, señor”.

Digo:

“¿Ya se ha convencido?”

“De verdad que usted mismo no sería capaz de pintar?”

Digo:

“No, señor. Y además, ¿qué más da si ya tengo un Rembrandt?”

“Pues, sí, señor”.

“Rembrandt, ¿es suyo eso?. Rembrandt dice: ‘Mío? ¿Qué es mío?’”.

Digo:

“Señor, ¿está convencido de eso? Señor, los cuadros no son capaces de convencer al ser humano, pero ahí están. Yo no lo aprendí. ¿Y qué más da? ¿Y qué más da? Pero escribir libros, señor, sobre esta doctrina... no es posible conseguirlos en Oriente, en Francia tampoco, ni en Alemania, señor. Sí hubo un teósofo de esos y una mujercilla en el ámbito espiritualista, aquí también hubo uno, pero no se enteraba de nada, porque este lo explicaba de manera material. Realmente, hay libros, señor, pero contienen potentes errores,

porque los he visto: ¡esto sí que es cierto!

“Ojalá pudiera creerlo”.

(Risas)

No, señor, mejor no se ría, porque el mundo entero es así todavía. Aquí hay algunos de los nuestros que todavía dicen: “¿Y será cierto eso? Y, claro, dice esto, pero ¿será verdad?”. Aquí hay gente que vino durante tres años, cuatro, señor, cinco a Diligentia, y ahora, de verdad, eso fue hace tres meses, decían: “¿Tú te lo crees que está en trance?”.

Pues, señor, lo que recibimos allí en Diligentia ya no es moco de pavo, ¿no?, ustedes ya me entienden. De todas formas, lo que recibieron el domingo ya no es una fuerza humana la que habló allí. He escuchado esa cinta. Pero me... tuve que parar porque no podía procesarlo. Allí es donde estoy en trance y aquí estoy despierto. Y entonces fíjese, señor, en lo que me ocurre cuando asiste usted a eso. Es que me debería usted... allí tengo que... (inaudible) allí en trance y es otra persona la que habla y yo estoy sentado aquí; entonces tengo que entrar, tengo que salir y me voy hacia allá, voy volando hacia el espacio y entonces tengo que aprender a quedarme sentado. Allí ya tiene el fenómeno que no puede ser mío.

Y además, ¿qué más da, señor, si no sabe quién habla allí? ¿Y qué más da, señor; qué es lo que se cuenta allí? Compárelo, por ejemplo, con el mundo. ¿Y qué más da, señor, qué le importa, pues, si en esos momentos hablara el maestro Alcar o el maestro Zelanus, o Cristo o Pedro o Judas? Señor, se trata de lo que allí se cuenta, eso en este mundo todavía no se oye.

Bien, ese señor. Así que llevan tres, cuatro, cinco años a tu lado en la mesa y piensan: ‘Menuda palabrería’. ¿Es que quiero enseñarles algo a esas personas? Ese hombre no se enseña nada a sí mismo, está muerto en vida, señor. No, señor, ese hombre no tiene sed, no tiene hambre. Esa es la gente sensacionalista sentada alrededor mío que piensa: ‘Bueno, eso ya me gustaría verlo’. No tienen sed, ¿no? Para esa gente no se trata de la sagrada seriedad, del despertar, de Dios, de Cristo, ¿no? Con mi sagrada seriedad estoy arrojando a la cara de esa gente mi sangre, mi vida, mi alma, mi espíritu. Desciendo en esas personas y digo: bien, bien, bien, gente, si fuera capaz de dar mi corazón y mi sangre, me gustaría convencerlos.

“Bien, sí”, dice, “pero eso es cosa tuya. Es cosa tuya. A mí todavía no me dice nada si tú quieres dar tu sangre”.

Usted, ¿qué piensa entonces, señora?

(Señora en la sala):

—Que revienten.

—“Que revienten”, dice alguien por allí. Ah, bueno, pues nada... ¿Por qué hay que decir a la primera “que revienten”? No es necesario, ¿no? No, señora, si nos comprendemos, puedes hacerlo en tono mitigador y dices: “Los dru-

dels”.

(Risas).

Pero ¿piensan ustedes que esa gente...?

¿Qué piensan de cuando estuve delante de Crisje y dije: “¿Sí, pero entonces me voy al Auténtico. Y el cura de todas formas no sabe nada”. Porque le he tomado el pelo. Y he hecho que se le acabara el juego. Pienso: ‘Si de verdad está en contacto con Nuestro Señor... porque lo está, ¿no?, es lo que no nos enseñan, ¿no?, en el catequesi, catequegi, catetecaja, catejéjus...’

(Risas).

Y entonces volvía allí y el cura decía otra vez: “Bueno. ¿Has pecado?”.

“Sí, señor cura. He robado peras, he robado manzanas”.

Pienso: ‘Es que no me da la gana contarte qué más cosas he hecho.’ Pienso: ‘Ahora ya me gustaría saber si ese señor de verdad... porque Nuestro Señor lo sabe todo’.

Digo: “Mamá...”. Sí, primero desafié a Crisje. “Mamá, Nuestro Señor, ¿lo sabe todo sobre los seres humanos?”.

“Sí, claro. Nuestro Señor lo sabe todo”.

Digo: “Y el señor cura, ¿verdad que entonces...?, ¿verdad que entonces Él también sabe lo que sabe el señor cura y el señor cura, a su vez, lo que sabe Nuestro Señor?”.

Entonces ella pensó: ‘Claro, allí hay algo, ¿verdad?’. Dicho de otro modo, Crisje dice: “El señor cura es la representación de Nuestro Señor”.

Pienso: ‘Entonces ya estoy’.

Y yo que me voy al señor cura.

“¿Señor cura?”.

“Dime”.

“Robo de peras y manzanas”.

Siempre la misma historia.

(Risas).

“¿Alguna cosa más?”.

Digo:

“No, señor cura”.

Casi dije “sí”. Estupendo, el resto me lo callé, y pienso: ‘Ahora quiero ver si Nuestro Señor habla con este’.

Pero, señora, no ocurrió. A él se le podía tomar el pelo; pero no a Nuestro Señor. Entonces dije a mamá, cuando volví, digo:

“Mamá, ese no sabe nada”.

“¿Por qué no?”.

Digo:

“Porque no le he contado todo”.

Digo:

“Ahora voy a ir al Auténtico, pero el Auténtico, Él sí que sabe. Porque me ha entrado miedo”.

Y entonces me entró miedo. Y entonces dije:

“Voy al Auténtico”.

El Auténtico verdadero. Y ese tiene todo.

Y eso aquel señor, del que estamos hablando, jamás podía encontrarlo. Eso no puedo dárselo ahora a la gente. Y si le hubiera dicho a Crisje... Más tarde, fui a verla, volví a contar la vida de nuevo, digo:

“¿Te acuerdas de aquello?”.

“Sí”.

“¿Te acuerdas de esto?”.

“Sí”.

“¿Te acuerdas de entonces, de aquello?”.

“Sí”, dice madre. Estaba a solas con ella.

Otros fueron. Crisje no dijo nada. Otros vinieron: “Crisje, ¿de verdad que ocurrió eso con Jeus?”. Crisje ni dijo nada.

¿Saben lo que decía la gente ya por entonces? “Tonterías, yo he hablado con Crisje. Crisje ni siquiera lo sabe”. Pero no sabían que Crisje no hablaba de cosas sagradas ante terceros que no tuvieran nada que ver. Porque eran cosas sagradas de Hendrik el Largo y de ella misma, mías y de Bernard y Johan y Hendrik, y de los hijos. Estos decían: “Nuestra madre nunca ha hablado a la gente sobre su ser uno sagrado con sus hijos y Hendrik el Largo y Nuestro Señor”. Eso, bueno, es lo que conseguíamos sacar de vez en cuando, pero entonces era sagrado. Eso mi gran Crisje no lo hacía.

¿Y pensarían ustedes que si el ser humano no conoce las leyes de Dios y Cristo, que Nuestro Señor sea capaz de hablarle a nuestro cura? ¿Y se imaginan que esta fe, este sentimiento, ese anhelar de verdad, el señor los...? Porque entonces la gente ya no dice: “¿Será verdad?”. Señor, entonces es pan para su hambre y anhelo, porque será saciado. Da igual que entonces proceda de Juan o de Enrique y da igual que sea usted el profeta Pablo o cualquier otro, o si habla francés, alemán o inglés, señor, entonces, señor, es (en inglés): “Sabe usted algo sobre Cristo, sobre el Señor”.

Y entonces puedes decir: “¿Sabes hablar en dialecto?”.

Si eso lo cuento en dialecto, según dice el maestro Zelanus en los libros, y Jeus escribe luego: “Ej que yo sí lo vi”, entonces es posible decir que uno es de Leiden, eso lo leerán más adelante en la parte 3: “Es un idioma de poca monta”. Pero Jeus dijo: “Yo lo he visto, y ej que yo también lo he visto. Porque yo estaba allí. Lo vi”.

Pero el ser humano que no puede ni quiere aceptar eso dice: “¿De verdad que será así?”, y “Es cierto eso, señor?”. “¿No habrá guerra, señor?”. “¿No existe la conden...?”. “¿Es cierto todo eso que escribe?”. “¿No es demasiado

hermoso para ser cierto?”.

“No, señor, ¡es cierto!”.

“Dios, entonces ya me lo creeré”.

“¡Los ‘drudels’! Fuera”.

El señor se fue a Estados Unidos. “Sí, señor, qué contento estoy. Oh, qué contento estoy”. Un poco, a pesar de todo, un poco. “Ahora ya puedo seguir. Oh, ahora ya puedo seguir. Voy a trabajar para Cristo”.

“Bien, señor. Estupendo”.

Llego a Estados Unidos y él que se viene de inmediato a la exposición. Pues ese señor ha hecho muchísimo para las Naciones Unidas en los Países Bajos, ¿verdad? Era el encargado de adquisiciones para los peces gordos, para el país y esas cosas. Hacía todo, era un hombre pudiente. Quizá le venda un cuadro, as podrá ayudar a mi querido Hendrik, así lo ayudo, ¿verdad?

“¿Qué cuesta eso, señor?”.

“Quinientos dólares”.

“¿Eso, señor?”.

“Trescientos cincuenta”.

Pienso: ‘Santo cielo, ese es el hombre que daría lo que fuera para aplacar su sed’. Pienso: ‘No sería mejor agarrarle por las solapas y echarle del hotel Barbizon Plaza?’. Pero, claro, eso no lo puedes hacer, ¿verdad?

Allí está ese señor, ha estado en Holanda, ya estuvo allí.

“Señor Rulof, ¿de verdad que eso...? ¿Sigue pensando en serio lo que me dijo en Holanda?”.

Digo:

“A ver, largo de aquí, y rápido”. Digo:

“Señor, ¿es usted pobre?”.

“No”.

Digo:

“¿Le va bien?”.

“Sí”.

“Tiene usted coche propio?”.

“Sí”.

“¿Y también tiene un buen trabajo?”.

“Sí. Tampoco es para tanto, ¿eh?, no es para tanto”.

Pero sí que estaba en Park Avenue. Bien.

“Señor, eso cuesta quinientos dólares y con eso publicamos los libros para Nuestro Señor, para los maestros, para el más allá, para mejorar la humanidad”. Sus refunfuños y sus dolores y sus sufrimientos y todas esas cosas que experimenta allí no le sirven de nada a la humanidad ni a la sociedad, porque el ser humano no lo sabe. A mí ya me conocen un poco. Señor, écheme una mano con la compra de un cuadro; digo: “Así Hendrik puede mandar im-

primir otro libro”.

Pienso: ‘Pues, señor, un poco más’.

“Qué bonito este. Ah, es precioso”.

Digo (Jozef pone un voz impostada): “Sí, señor, precioso, sí”.

(Risas).

Claro, y encima quieren que sea educado y tenga respeto por esa gente.

“Sí, señor, es precioso”. Digo:

“Póngase de rodillas y a rezar”.

Y allí estaba la gente, echada:

“Señor, (en inglés): ¿me permite que medite ante sus cuadros?”.

Digo:

“Señora, por mí como si se los come”. “Por mí como si se los lleva a casa. Mejor póngase a rezar, señora”. Pues, allí estuvieron echados durante horas y horas. Digo:

“Ay, Señor, Señor, se me va a pique mi exposición”. Y me puse aún más como un energúmeno. Esos allí en Estados Unidos se ponen a meditar delante de mis cuadros. El mundo dijo: “¿Lo ves? Ya estamos otra vez con lo mismo”.

La imagen hermosa, auténtica y pura de los maestros como arte en color, señora, la empezaron a mancillar ellos mismos, porque otra vez querían convertirla en una deidad.

Pero a aquel muerto de hambre, y a esa alma sedienta ni siquiera le vendí un cuadrito. Ni siquiera tomó un libro de la mesa, señor, se fue. Ni siquiera dijo un “buenos días” espiritual como Dios manda, porque esa educación estaba ausente. Digo: “Y ahora fuera de aquí, déjeme de dar la murga, no quiero saber nada de sus ronquidos y refunfuños, deje de darme la lata. Ya no tengo palabras para usted”.

Entonces mi hermano dijo: “Hay que ver cómo te pones”.

Digo: “Sí, tengo mis motivos”. Digo: “Ya no quiero ver a ese hombre”.

Digo: “Salga, señor”. Digo: “Váyase a Jerusalén y pregunte donde ha vivido su judaísmo”. Digo: “Señor, ¿sabe quién vive en usted y se encarga de que se queda tan disarmónico?”. Sí. Digo: “Señor, este andaba en la guerra con una estrella sobre el abrigo, así lo sabíamos de inmediato, pero usted la lleva por dentro, eso es aún peor”. Era Caifás, señor. Uno de Jerusalén, que ha preparado allí algo y que ahora anda por el mundo... (inaudible).

¿Pensaba usted, señor, que Nuestro Señor iba a dejar reventar a la gente día y noche, de pena, de dolor, porque usted tenga miedo de que se hunda el mundo? Entonces uno sí que debe de haber tramado alguna cosa. Sí, lo vi. Vino directamente del entorno de Caifás, aún le sonaban todos esos peniques. Pero no quería deshacerse de ni uno. Pero, oigan, que no era Judas. Digo: “Vete, rácano”.

Allí están. La semana pasada les ofrecí una imagen: iba caminando con una que tenía ciento sesenta y cinco millones. El único placer que sentí allí fue (en inglés): “Permítame que vaya a dar un paseo con sesenta y cinco millones sobre la pierna”.

Ah, sí, “leg” es “brazo” en inglés, ¿no?

(Varias personas hablan a la vez. Varias dicen):

“No”.

Ah, vaya, ahora aparecen los lingüistas. Y yo que me pongo a caminar, digo a mi hermano: “¿Sientes algo?”.

Dice: “¿Y tú qué sientes?”.

Digo: “Más pobre que las ratas”. Son más pobres que las ratas, ciento sesenta y cinco millones. Y entonces todos, ah, sí (en inglés): “Nos gustaría hacer algo por Cristo”. Bueno, lo digo de la misma manera, porque me lo tragué.

(Señora en la sala):

—“Esos libros suyos no era posible comprarlos en Nueva York”.

—¿Dónde dice?

(Señora en la sala):

—Imposible. Imposible donde Macy’s, ni en Campbell’s. En ninguna parte de Nueva York.

—¿No?

(Señora en la sala):

—No.

—¿Esta tarde? Es posible, señora.

(Señora en la sala):

—No, allí no estaban a la venta”.

—Señora, aquí sí.

(Señora en la sala):

—No, en Nuevo York, se lo estoy diciendo.

—¿En Nueva York no?

(Señora en la sala):

—No.

—¿No en esas tiendas? No, porque se podía...

(Señora en la sala):

—No. Ni en Macy’s ni en ninguna parte.

—En Macy’s. ¿Estuvo usted en Nueva York?

(Señora en la sala):

—Yes, sir.

(En inglés):

—Ah, ¿y también entiende holandés?

(Señora en la sala):

—Yes, sir.

—Señora...

(Señora en la sala):

—... aquí en Holanda.

—¿Es usted holandesa?

(Señora en la sala):

—No, soy norteamericana, pero no puedo oír.

—Ah, qué divertido, tenemos dos de Estados Unidos aquí.

(Señora en la sala):

—¿De verdad?

—Sí, señora. Solo puede tener ese libro...

(Señora en la sala, en inglés):

—La gente holandesa es terrible.

—¿Terrible? ¿Por qué?

(Señora en la sala):

—Esto aquí me parece horrible.

—Ah, es posible, señora. Sí, pero... A ver, señora, mire, claro, (en inglés:) es posible, la gente holandesa es gente terrible, todos estamos locos y somos terribles.

(Señora en la sala):

—Locos.

—¿Locos también?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Sí. Naturalmente. Señora...

(Señora en la sala):

—También, están locos.

—Locos, sí.

(Señora en la sala):

—Sí, sí.

—Sí. Sí, así es.

(Señora en la sala):

—... de los libros...

—Señora, esos libros solo se pueden conseguir en White Plains, donde los Rulof Brother y no en Macy's.

(Señora en la sala):

—¿Ah, donde West Plains?

—Sí.

(Señora en la sala):

—¿Donde Morristown? ¿Donde está Preston Park?

—Pues, no lo sé.

(Señora en la sala):

—¿No sabe usted donde está Preston Park?
—No.
(Señora en la sala):
—Es un lugar agradable.
—¿Es bonito, señora?
(Señora en la sala):
—Sí... venga algún día.
—Ah.
(Señora en la sala):
—Sí.
—Pero allí puede conseguir los libros. Y no donde Macy's.
(Señora en la sala):
—Ni donde Macy's ni donde Campbell's. Porque habla usted... (inaudible)
tantas veces...
—Sí, señora, pero aún no hemos llegado a ese punto.
(Señora en la sala):
—Ah.
—Allí hemos empezado hace poco.
—¿Lo comprende ahora, señora?
(Señora en la sala):
—Yes, sir.
—Gracias.
(Señora en la sala):
—¿Señor Rulof? Hablaba hace un rato de la estrella. Soy judía, me gustaría tener una aclaración sobre esto.
—Señora, ¿es usted judía?
(Señora en la sala):
—Sí, señor.
—¿Ha leído usted mi 'Los pueblos de la tierra'?
(Señora en la sala):
—No, todavía no.
—Le agradecería que lo leyera, señora.
(Señora en la sala):
—Bien, señor Rulof.
—Entonces... Mire, ahora pensaré, debido a que es judía... Espero que no se lo haya tomado como una ofensa...
(Señora en la sala):
—No, no se trata de eso.
—Señora, andamos todos todavía con ella.
(Señora en la sala):
—¿Cómo dice?

—Todos andamos todavía con la estrella de Judá en nuestra alma. Porque procedemos de los judíos. Todos nosotros. También los cristianos. Pero debido a que aquí en Europa al hijo de Caifás se le ha marcado a fuego, como si dijéramos, con esa estrella... Eso fue un acto horripilante. Pero dentro de nosotros, señora, de eso estoy hablando. El hombre aquel que estaba buscando —porque vi su pasado—, estaba buscando; ha vivido, naturalmente, un dolor y una lucha a vida o muerte en otra vida, y esa vida nos condujo a mí y a él de vuelta a Jerusalén. Tuve que... hice lo que pude, pero lo que recibí fueron lamentos por cualquier cosa, y eso me recondujo a Jerusalén en tal y cual tiempo, y es cuando tuve que aceptar, según vi, que ese hombre vivió allí una lucha horrible. Y ahora llega a la estrella. La estrella es la señal de la Biblia y ... basta con retroceder. Pero si quiere tener la explicación de eso, tendrá que leer la Biblia judía. Y entonces llegará a ver también la cristiana, pero entonces nosotros ya no estamos dentro. Y era eso, ahora ya no la llevaba sobre el abrigo, pero la tenía todavía por dentro, porque ese pasado, esa tarea, y a saber lo que hizo ese hombre allí, no era capaz de olvidarlo, seguía viviendo dentro de él. Y todavía esa duda, ahora viene: “¿Eres Cristo?”.

Y entonces dijo Cristo: “Sí, tú lo dices”.

Y allí sí que metido. Ese hombre duda sobre cualquier cosa. Y eso lo reconduce a Jerusalén. Y eso es lo que me parecía.

¿No ha extraído usted eso?

(Señora en la sala):

—Bueno, claro...

—Mire, ahora eso se convierte en sabiduría. ¿Entiende? Ahora se convierte en sabiduría vital. Lo hemos sido todos. Pero los maestros les dicen: si en Jerusalén Caifás hubiera aceptado a Cristo, señora, ahora habríamos recibido la conciencia espacial, divina, para todos los pueblos, ¿no? Y eso ahora no ha pasado, no ha sido posible. Y ahora el pueblo judío vuelve a seguir y se blindo contra Cristo, y espera hasta que aparezca Él sobre las nubes.

Pero, señora, eso se lo puedo explicar sin duda, y puedo decirle, según he aprendido por medio de los maestros... No tengo nada mío, todo lo he recibido por medio de los maestros, porque tengo este contacto. Ellos dicen: “¡Él estuvo!”. Y es que es Él. Y ahora están esperando otra vez para nada. Y esa es la duda, señora, tenemos que serlo todos, pero es la duda en este ser humano. Ese hombre, esa mujer, es imposible convencerlos, es imposible darles nada, porque la duda de Jerusalén es la esencia profunda por la que sufren. ¿No es cierto eso?

(Un señor dice algo).

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—¿Qué es?

(Un señor dice algo).

Bien, también tengo aquí: “Me gustaría recibir...”.

¿Terminé esa pregunta?

(Señora en la sala):

—Sí.

—¿Está acabada del todo? ¿Tiene más preguntas? Se trata de la duda. Se trata de la duda. Se trata de la Biblia. Se trata del ser humano que no es capaz de aceptar al Dios de todo lo que vive ni a Cristo.

“Me gustaría que me respondiera a las siguientes dos preguntas. Algunos grupos cristianos predicán el pensamiento de que Cristo”, de eso se trata, “murió por nuestros pecados, y eso les llena de felicidad”.

Mire, señora, ya estamos otra vez con lo mismo. Él murió por nuestros pecados. No, señora, a Él lo asesinaron. Y eso, a su vez, suena duro. Al Mesías lo asesinaron a conciencia. No se lo creyeron. Ya estoy aquí otra vez machacando y machacando y machacando y machacando y diciendo: “Sí, es que así es”.

Como esta misma tarde, con un doctor, con un erudito, una hora antes de llegar aquí, una lucha a vida o muerte. Dice: “Claro, es que ustedes están tan seguros. Y ahora, claro, piensas que nosotros somos alucinaciones”.

Digo: “Sí, señor, hace tiempo me contaste una vez algo, que sentiste una mano que te guiaba”. Digo: “¡Pero de allí has salido! Estás detenido. Antes tenías humildad y sencillez. Y entonces decías: me vino desde el universo la mano de Dios que guía”.

De lo contrario el hombre se habría cortado las venas de las muñecas con un cuchillo de afeitar. Y entonces alguien en el espacio y de su entorno dijo: “No lo hagas y escucha, e inclina la cabeza”, y la inclinó y sigue vivo. Digo: “Pero de allí has salido ahora”.

¿Y por qué, señora? El hombre está ahora en la vida con mayor estatura, y ya se olvidó de esa dirección. Lo golpeé, pero él quería ser golpeado. Pensó que iba poder epatarme, pero no fue capaz de hacerlo con su ciencia. Porque la esencia y la dirección, señora, vienen del mundo astral. Y entonces volvemos con eso de: “¿Tú te crees ese cuadro?”. “¿Usted se cree esos libros?”. “¿Se cree usted esa palabra? ¿Y no cree usted que ese hombre no estará...? ¿Lo ponemos en la hoguera? Porque otra vez se está excediendo”.

Y es que vamos muy lejos. Porque hemos mirado detrás del ataúd.

Ahora está usted allí otra vez. Mejor se lo da. La mano que guía es cuando el nacimiento, y lo es cuando la muerte, y así con todo; eso se ha podido ver e intuir de cierta manera, pero no del todo; desaparece igual de rápido. Si esta madrugada pudiera ver usted todo eso detrás del ataúd, yo ya no tendría nada que contarle, señora, ya podría irme a casa a descansar y pensar: ‘Ahora por fin voy a hacer otra cosa, porque es mucho más hermoso’, pero usted todavía no mira allí detrás. Hay personas que anhelan de verdad y que aceptan

palabra por palabra.

¿Qué ha pasado conmigo desde que soy niño? Ojalá hubiera venido alguien cuando yo miraba al espacio y veía globos, y mi madre decía: “¿Y ahora qué estás viendo?”.

“Globos, mamá”.

Mamá. Donde nosotros no decimos “mami”, allí es “mamá”. Y si dices “mami”, entonces pasa algo. Bueno, otro dice: “Mami”, “dime, mami”. Y entonces yo ya vivía el holandés desde el mundo astral. Holandés: “mami”. Aquí se dice “mamá”. Más tarde eso desapareció. Pero esos globos allí estaban. Había una figura al lado.

Hendrik el Largo dijo: “Está loco. Anda ya. Y hoy, ¿qué cosas hemos vivido?”.

Ay, Dios, estaba en el atrio. ¿Ha leído usted mis libros ‘Jeus de madre Crisje’?

(Señora en la sala):

—No, acabo de empezar con...

—Ah, señora, debería usted leer esos dos libros, así tendrá el comienzo.

Sí, claro, ahora he podido mirar detrás del ataúd. Usted no puede. Pero hay gente que ha recibido sueños, mensajes de sus hijos, de sus padres y madres. ¿De verdad?

Bueno, ¿y cómo han vivido ustedes eso? ¿Cuándo recibe usted fundamentos? Puedo hablar como un cicerón, puedo contar a la gente, a mis hermanos, a mis hermanas y a todo el mundo los asuntos más sagrados. Señora, no piense que no siento, que no siento categóricamente: sí, tanto entra sobre ruedas y el resto se lo lleva el viento. Él todavía no lo puede aceptar. Y ella todavía no lo cree. Y aun así continúo. Aguanto. Tengo valor para luchar por el amor y un ser humano. Y con que me digan una sola vez: “Oye, a ver cuándo dejas de dar la matraca. Ya no quiero oír tu charlatanería gratuita”, pues, entonces me iré, pero seguiré amándolos. Tan feliz.

Puedo decir con honestidad, señora: “Aprecio al judío, y al católico y al protestante, porque es vida. No voy a deshacer al ser humano porque tengan la fe. No me malinterpreten: en la guerra luché por el judío. Digo: “Espantajos tontos, dejen de aceptar al Caifás y a ver si se atreven por fin a aceptar ese Cristo verdadero. Acepten tan solo por diez minutos que es Él. ¿Y qué más da? ¿Trajo cosas malas? Lo que dice la Biblia es sorprendentemente divino y hermoso. Él no nos conduce a una guerra. No nos deja tirados por un puñado de monedas. Ustedes venden a cualquiera si es posible. ¿Fue malo ese rabino, ese judío?”.

—Pues, algo de razón tiene.

—Sí, sabe qué más tiene, señora? Allá, un tecito, qué rico. Hasta ahora.

DESCANSO

Hace solo unos momento me entró un hermoso pensamiento. Y era una conversación que mantenía con un ser humano sobre esto... sobre esto de las dudas, ¿entienden?

¿Cómo se le puede convencer al ser humano? ¿Y cómo le pueden despojar de la sensación de que esto y aquello es verdad? Y también hay gente que reza, reza, reza, reza y reza y que pide: “Dios, Dios, Dios, dame la verdad, la luz y la vida”.

La iglesia católica reza, la criatura protestante. Cuando uno oye cómo se reza... Aquí hemos recibido preguntas por las que el ser humano reza, reza, reza. “Dios, dame la verdad y hazme saber algo”.

Y entonces la gente me dijo, me pidió: “¿Es posible rezar por cualquier cosa?”.

Y entonces dije: “No”.

¿Y por qué no? Señora, su hijo tiene que morir, es evolución, porque la muerte no existe. ¿Cómo quiero conseguir a base de rezos, pedirle a Dios que dé la vida a esa criatura? No quiere usted perder su hijo, pero este vive su propia evolución y tiene que irse, porque no hay muerte. Así que la muerte es evolución. ¿Por qué tienen que detener ustedes, padre y madre, a su hijo, la evolución de su hijo rezando contundentemente?

Pero ¿quién se lo puede creer? Aunque es algo poderoso, ¿no?, porque: “Sí”, dicen, “claro, claro”. Ah, sí, señora, ah, sí, señor. Van aprendiendo, no es usted católico, no es usted protestante, puedo comenzar ahora mismo. ¿Por qué? ¿Por qué no cree usted? ¿Por qué no se cree esto? Dios hace todo conforme a Su saber, Su justicia, Su armonía.

Y entonces hago la pregunta, la repregunta: ¿De verdad que Dios es justo? ¿Sí? Bien.

¿Es Dios Dios? ¿Sabe Dios lo que hace Dios? ¿Lo que Él hace?

“Sí”.

Bien. ¿Todo bien?

“Sí”.

¿Por qué no se desprende entonces de ello y se lo da a Dios? Entonces estará bien, ¿no? Así que muerte muerta. Bien, ni siquiera muerta. La muerte es muerte, pero el niño hace la transición. Adiós oración. Dios sabe lo que Él hace. Ya está. No, todavía no, otra vez algo nuevo. Bien.

Otro dice: “He rezado para esto”.

Alguien fue a ver a ese ser humano, hablaba, cotilleaba, parloteaba sobre el otro ser humano: desintegración.

Y entonces dijo ese ser humano: “No, no tengo al otro ser humano por el que recibo la verdad. Me elevo”.

Y ese ser humano se fue elevando. Y dijo: “Dios, Dios, Dios, dame la verdad. Permíteme saber”.

Y fue una oración muy seria, una petición muy seria al Poder Supremo: dame la verdad.

Entonces ese hombre dijo, preguntó: “¿Es posible eso?”.

Digo: “No, señor, no es posible, esa oración no dice nada. ¿Por qué no se ha ido usted a ese otro ser humano para preguntar: ‘¿Es verdad aquello que cuenta ese señor?’”. Señor, entonces no hará falta que haga súplicas y ya no hará falta que durante cuatro, cinco años, quiera pedirle a Dios: “Dame una respuesta”. Vayan a la verdad, a quien es sobre el que se habla, cotillea, parlo-tea, deshace; y ya la tendrían. Así que esa oración y todos esos dolores y todas esas peticiones allí en su ser uno, en su casa y donde quiera que esté, todo eso es para nada, si van directamente hasta la verdad en la tierra”.

¿No es así?

“No hace falta que el ser humano dude. El ser humano...”, dijo el maestro Zelanus la semana pasada en Ámsterdam cuando hubo la pregunta: “¿Qué es el deseo?”. Señor, si desea de verdad, si desea de verdad hacer el bien, lo será usted. No, señor, no hace falta que desee hacerse bueno y hermoso: empiece y lo será. Adiós dolor, adiós empuje, adiós estar buscando todo el tiempo. “Me gustaría tener esto”. Señor, séalo y lo será.

Claro, si pide tener un rascacielos y un hermoso chalé y un Cadillac..., claro, señor, entonces ya son otras cosas. Pero si queremos elevarnos para nuestra vida interior espiritual y decir: “Quisiera que algún día el ser humano pudiera aceptarme. No me topo más que con desintegración”. Señor, eso son tonterías, señora. Si usted irradia amor y cordialidad y justicia, entonces no ha habido todavía nunca un ser humano loco en la tierra que no lo haya querido tener. Hágase verdad, hágase justicia, séalo, deséelo, además, y vivirá y recibirá deseo espiritual, lo verá, lo será, lo irradiará.

¿No es así, señor? ¿Es que es tan difícil?

El ser humano: “No puedo, no puedo. Es demasiado difícil para mí”.

¿Qué es difícil? ¿Pensar con claridad? ¿Pensar de forma justa y con amor, para sus hermanos y hermanas, para un ser humano? No hace falta cargar con eso.

Señor, ¿cuándo se piensa en la dirección equivocada? Su usted no para de entrar en casa de una mujer, como hombre, cuatro días seguidos, para hablar con esa señora, con una mujer que está sola. ¿Qué dicen los vecinos? “Vaya”. ¿Por qué no tiene usted el respeto de pensar: ‘Ya estaré mancillando a ese ser humano si toco la puerta?’ ¿Deje de hacerlo! Sí, eso también ocurre.

Hay entre nosotros quienes quieren convencer a los seres humanos, llaman cuatro veces a la puerta en plena noche y entonces quieren hablar con esa gente, pero no entienden que así ya mancillan al ser humano. Porque el mundo habla. Un ser humano que lee estos libros ya no necesita a los demás; tienen que venir a verme a mí, de usted no van a aprender nada. ¿Es cierto?

¿Lo ven? Locura soberbia.

Crear y dar a luz, señor, pero, vamos, aprenda primero los fundamentos: quiero ser respetuoso, humilde benevolente, justo, amoroso. Si usted me ama, señor, entonces ¿por qué llama en plena noche y me molesta cuando duermo? ¿No es así?

El ser humano que... Esa es la maldita duda en el ser humano. El ser humano dice: “Yo rezo, yo rezo”. No hace falta que rece si quiere ser veraz; entonces el amigo vendrá por sí solo. Pero si lo sabe, ¿cuándo dice usted: “Ponte detrás de mí, Satanás”?

Una vez hablé con un hombre al que calumniaban, mancillaban, infamaban. Y entonces dijo: “Cuando oí lo bueno y lo verdadero y lo real”, entonces dijo, “entonces ya no tuve nada que decir”.

Y después vino aquel a verme y miré en esos ojos, dije: “Estuve allí y se me explicaron las leyes, eran amorosas, benevolentes y cordiales, ¿qué más tiene que decir usted?”. Miré en esos ojos y se pusieron amarillos, verdes, azules, pálidos. Y el ser humano salió corriendo. Adiós ser humano.

¿Por qué, señor? El Satanás salió del paraíso. Miren, es cuando ese bicho de la serpiente se va arrastrándose. Y entonces quiere largarse, de lo contrario se le corta la cabeza. ¿No es así, señor? ¿No vive usted eso a diario?

¿Qué quiere usted si busca a Dios, si busca a Cristo, y “¿será verdad eso?”? ¿No dijeron eso a su vez en Jerusalén? ¿No dijeron eso en Jerusalén? Y “¿Eres Tú de verdad?”. ¿Qué más da? Y entonces dijo Cristo: “¿Has visto a un ser humano con estas marcas?”.

“Sí”, dijo un mago, “eso yo también lo sé hacer. Las tengo en cinco minutos”. Y empezó y los tuvo. ¿Ves? Sugestión. Pero los tenía. Le salía sangre de las manos. “Soy Cristo”, dice. Y entonces dice Cristo: “Encima eso también se mancilla”.

No, señor, eso no fue mancillado, porque se convirtió en arte, arte mágico espiritual. La ley oculta como fuerza de pensamiento y sentimiento produjo estigmas. Y era él, pero por muy poco no lo era. Ah. Porque detrás de eso, señoras y señores, vive el Verdadero con las verdaderas señales. Y cuando estás delante de eso, ya no es arte oculto, sino sangre viva de Su corazón. Y si miras a esos ojos, señor, sigue habiendo todavía colorcitos y lucecitas. ¿No es cierto? Y cuando veo al equivocado, señor, al mago equivocado, ese ya no tiene una lucecita en los ojos.

Les contaré otra cosa hermosa, lo glorioso que puede ser el ser humano cuando busca. He vivido un drama, que el ser humano iba a otro —sigue tratándose de esa duda en el ser humano— y este oía tantas cosas, y estaba ante la verdad, también había fanfarronería, locura soberbia, pero no había esa verdad. Dijo: “Ya te contaré algo”. Y el ser humano entró y miró a los ojos, a las lucecitas del ser humano que habían estado, y de pronto dijo: “Oye,

tío, eh, para ya. Tus lucecitas han desaparecido de los ojos y eso lo dice todo, ¿no?”.

Señoras y señores, si se enojan de verdad, ¿no creen entonces que su marido, o su esposa, verá que se le cambian los ojos? Entonces entra otra cosa.

Y si se trata de Dios y de Cristo, sí, señor, y de la realidad del espacio, directamente, sin embargo, de Gólgota allá en Jerusalén... Y entonces también se trata de un burro, aunque iba directamente por las calles de Jerusalén, y no había quien lo parara, porque le había infundido alma el Yo divino, el Mesías: era uno con ella. ¿Pues?

Y entonces ese ser humano fue al otro y dijo: “Ponte detrás de mí, Satanás”.

Ingeniero, ya puede ponerse a llorar, me parece bonito. Tiene usted un corazón, sensible, hombre, llore, llore. Qué alivio, verdad, cuando uno puede llorar de verdad, por dentro. Sí, eso le hace bien al ser humano.

¿Lo ven, muchachos? Allí tienen a dos que ya son adultos y que todavía saben llorar. Ustedes comienzan, pero estos ya tienen una buena edad y estas personas han vivido cosas poderosas, una vez lucharon por la verdad, por la justicia. Y pensaban que era Él, pero él justamente no lo era. Tengo sentada conmigo aquí gente tan hermosa, golpeada y pisoteada. El ser humano mal-dice a los colaboracionistas holandeses de los nazis, pero son precisamente buenas criaturas (véase el artículo ‘NSB y el nacionalsocialismo’ en rulof.es) que pensaban: ‘Ahora va a empezar, ahora vamos a tener un nuevo mundo’. Y no tuvimos un nuevo mundo. Pero lucharon por el bien de la humanidad. Pero no por el rojo, el blanco y el azul. (En inglés):

¿Qué tal esto?

Oigan, pues sí que es hermoso lograr hacer llorar así a los hombres.

Cierto, uno tiene que haber vivido el dolor, y después uno tiene que haber conocido una lucha, y después hay que conocer la sociedad, y entonces uno conoce la mentira y el engaño, y entonces uno conoce las desgracias y la traición. Y si es entonces cuando uno llega al ser humano, después, después de todo ese júbilo y esas torturas, y después de esto, cuando nos atravesaron todas esas desgracias del diccionario y pasaron por encima de nuestra cabeza, y si entonces uno todavía puede decir: “Amo a Cristo verdaderamente y no se puede dudar de Él, porque es imposible crear evolución por medio de la dureza y la destrucción y de la violencia descarnada, pero sí de manera material animal, pero no, no, no espiritualmente”, y si entonces uno sigue siendo incapaz de la matraca gratuita de un loco como Jozef Rulof, entonces desde luego que tiene que haber algo en sus corazones que haya llegado a despertar”. Entonces la sangre no le saldrá corriendo por la boca, sino que el corazoncito dirá, “tic, tic, tic”, en la buena dirección.

Ppwrft, ppwrft. ¿Qué tal dije eso, Bernard?

Aquí tengo la pregunta: “¿Cómo podemos ayudar a quienes fueron nues-

tros seres queridos y que fallecieron? Si pensamos mucho en ellos, quizá los estemos apartando de su tarea. Pero si todavía son inconscientes, ¿cómo los ayudamos entonces?”.

Esta sigue siendo la pregunta suya, señora. ¿Verdad?

Señora, estas preguntas las leerá usted después en este libro nuestro. Pero sí que le ofreceré algo. Estas preguntas se han hecho bastantes veces. Ya hemos acabado un libre, mire, estas preguntas de 1950-1951. Este invierno volvimos a acabar otro libro. Esas preguntas han sido analizadas. Las tenemos en un cierto plazo, están listas, luego el dinerito, y a la imprenta. Es el libro más hermoso para la humanidad, porque contiene miles de preguntas explicadas espiritual, espacial, divinamente.

Señora, a sus fallecidos, a sus seres queridos no los puede ayudar. Tampoco puede rezar por ellos. Allí estamos otra vez. ¿Es duro? ¿Es duro?

Cuando parta de aquí y llegue “detrás de la muerte, del ataúd”, entonces vivirá allí como una personalidad astral, o bien ya estará usted en el mundo del renacimiento, volverá a la tierra y aún no tendrá una continuación astral consciente, eso es el más allá; entonces lo que tendrá que hacer es volver a la tierra y volverá a ser usted hombre o mujer.

Pero si están detrás del ataúd —¿ha leído usted ‘Una mirada en el más allá’, así podrá profundizar más con usted?—, si están allí y tampoco querían escuchar aquí, señora, el amor y la cordialidad y la benevolencia de usted, ni ver lo bueno en usted, sino que prefieren el dinerito, prefieren la sociedad, no tienen hermanos ni hermanas, señora, entonces estará usted impotente ante esa vida de Dios, y entonces ya no será su padre ni su madre ni su hijo: será un grado de vida del espacio de Dios, porque contiene a Dios.

Y si esa vida sigue siendo inconsciente y dice: “No quiero eso, porque no lo creo”, y si todavía no son capaces... todavía no son capaces de pensar de forma espiritual y espacial, si siguen unidos a la Biblia y les gusta la condena, el Dios de odio del Antiguo Testamento y de la destrucción, señora, entonces estaremos impotentes y no podrá hacer usted nada para los seres humanos. Así que si son inconscientes y viven debajo de la primera esfera, ¿cómo va querer usted alcanzar a esa gente? ¿Qué quiere hacer usted para esa gente?

Lo comprobará a diario, yo también, por mucho que hable no me va a convencer, y puede tener cien mil pruebas, esos cuadros y esos libros y más cosas, allí está... Pero ¿quién me da la realidad? Y esa realidad está y si usted dice —porque de eso se trata para nosotros—, de eso se trataba para Cristo: “Hay que amar todo lo que vive”, y hay que ser cordiales.

¿Por qué tenemos que traicionar nuestros hermanos o nuestra propia sangre, y venderla y despilfarrarla? ¿Y ahora la otra vida? ¿Gente con la que no tenemos que ver? ¿Cierto o no? Así que al ser humano que vive aquí debajo de la primera esfera ya no se le podía ayudar. Y allí tienen que... ahora viene un

estadio siguiente; y entonces verá usted ‘Aquellos que volvieron de la muerte’, y leerá el libro aquí. ¿También lo leyó ya? Entonces verá a ese cochero calvo al que conocimos aquí en La Haya, que dijo en (el cementerio de) Oud Eik en Duinen: “Paf, paf, paf”. Y allí estaba yo con mi taxi, había llevado allí a gente, digo: “Si es así, ¿vas a abuchearme ahora?”. “Pom, pom, pom”, dice: “Estoy día y noche encima de los cadáveres y los fiambres no oigo nada”.

Eso fue un sarcasmo. Digo: “Tienes razón, Gerhard”. Digo: “Pero ya estoy dibujando por medio de esos fiambres y ya estoy pintando y veo”. Y estaba encima del pescante con ese gran Stetson negro —ya sabe usted, los que llevan en los Estados Generales, pero en este caso negro—, allí estaba, dijo: “Bom, bom, bom, y todavía no he oído nada”.

Digo: “No, claro”.

Dos semanas después estaba detrás del ataúd y un tiempo después volvió y se le concedió contar sobre su vida en ‘Aquellos que volvieron de la muerte’. Señora, ese ya no da golpecitos, ya no lo hacía.

La poderosa prueba de Rosanoff —ahora puedo pronunciar ese nombre, la conciencia más elevada de la iglesia rusa ortodoxa, que he tratado aquí, las hijas y los hijos, las hijas, los hijos pequeños no querían que yo hablara, pero ahora que lo sepan. Era Rosanoff, ese ruso, que leyó ‘Una mirada en el más allá’ y que se puso enfermo y me convocó: “¿Es cierto esto?”. El señor hablaba un holandés pobre. Hablaba con la misma hermosura que un niño: “¿Es cierto esto, señor? Es demasiado bonito para ser cierto. Ah, ah, si fuera cierto”.

Digo: “Es cierto, señor”.

“¿Usted todo vivido?”

Digo:

“Sí, señor”.

“¿De verdad, señor?”

“De verdad, señor”.

“Ay, Dios, ¿usted profeta?”

Digo:

“Pues, seguramente. Que come pan, añade eso, mejor. Al que le gusta tener luego veinticinco centavos, o cinco”. Un profeta que come pan que está fumando un cigarrito, ¿y cómo va a ser eso un profeta?

El hombre regresa, se pone peor, cáncer. Nada que hacer, señora, solo puedo aliviarle. A las seis y media me llega alguien de Scheveningen para un tratamiento y le trato la cabeza, con su pequeño pólipo, y de pronto se manifiesta el ruso por medio de mi maestro Alcar.

¿Tonterías, señora?

Y dice: “André, ¿quieres mirar un momento si tu amigo el sacerdote está aquí?”.

Y Rosanoff dice: “André, Jozef, yo volar aquí, todo verdad, todo verdad.”

Me tiro de cabeza. ¡Maestro aquí, maestro aquí!”.

Digo:

“Sí, te veo, corazón”.

“Esta madrugada, tres y media, morir. Fuera, siempre fuera, eternamente fuera. Volar, aprender. Maravilloso, maravilloso, maravilloso”.

Digo al señor:

“¿No oye nada?”.

“No, señor”.

“¿No ve nada, señor?”.

“No, señor”.

Digo:

“Aquí se manifiesta un enfermo mío que esta madrugada morirá a las tres y media. Lo dice él mismo, mi maestro también está”.

Digo:

“Cuéntelo a sus amigos, señor. Mañana por la noche lo podrá leer en el periódico. El cadáver, allí en la calle Sweelinckstraat, del sacerdote Rosanoff, el obispo de la iglesia rusa ortodoxa, griega, un sinfín de cosas, todo junto, me acaba de contar: esta madrugada a las tres y media se va a morir, y ya ha salido ahora”.

¡Telepatía, mundo, según consta en ‘Jeus III’, parapsicólogo, telepatía! Lo consigné para la vienesa. Vinieron amigos míos, digo:

“Mañana por la noche se podrá leer en el periódico que el ruso Rosanoff ha muerto, vino a contármelo él mismo”.

Y: “A las tres y media de esta madrugada nos ha dejado nuestro querido obispo Rosanoff”.

Entonces fue verdad. ¿Es telepatía?

Cuando yo tenía cuatro o cinco años, señoras y señores, y me dieron cinco centavos para ir a la verbena... A Johan le dieron diez centavos porque tenía esos años, y a Bernard le dieron siete y a mí cinco; y Hendrik aún tenía que aprender a andar, aún estaba en la cuna, todavía le daban el pecho, todavía no sabía nada de golosinas ácidas ni de arenques en vinagre ni de Fannys. Y también estaba Gerhard. Hendrik también estaba, sí. Y Teun y Miets todavía tenían que nacer. No, también estaban, cierto. Y entonces me gasté mis cuatro centavos en dulces. Llegué a casa, no tenía nada, digo:

“¿Te queda algo para mí, mamá?”. “Sí”, dijo, “tengo trabajo de sobra. Pero no te voy a dar ni un centavo más, porque mañana será otro día”.

Yo ya había trabajado para ella fiándole.

(Risas).

Ya durante cuatro semanas me había esforzado al máximo, y ¿piensan ustedes que me dieron un solo centavo más? Nada de eso. Dije: “Mamá, pero si usted me debe dinero”. “¿Qué me estás diciendo?”. “Me debe usted dinero,

porque ya empecé hace cuatro semanas”. Siempre era el primero. Entonces apareció Bernard. Y seguíamos sin recibir nada. Eso fue malo, no fue bonito lo que hizo Crisje.

Estoy echado por allí, señoras y señores, ya lo han leído, y aparece un cordel desde el espacio, lo sigo, hacia la colina Hunzeleberg. Cuando uno llega a ‘s-Heerenberg... ¿vendrán este verano a ‘s-Heerenberg? Sí, irán, ¿verdad? Primero la calle Montferlandseweg y después en línea recta a Hunzeleberg, y entonces prueben a ver si son capaces de encontrar ese cordelito mío. Allí había dieciséis florines y unos cuantos centavos. Señora, con eso deberíamos haber convencido al mundo. El mundo debería haber dicho: ese es el cordel que inspiró a Pablo y que hizo decir a Isaías lo que tenía que decir. Pero este cordelito tiene ahora intelectualidad y habla holandés, y entonces se hablaba hebreo. Y ahora se llama ‘s-Heerenberg. Pero ese ‘s-Heerenberg también es parte de Jerusalén. Porque donde ocurren esas cosas, señoras y señores, existe una conexión con el yo divino, con el Cristo del espacio.

“Y así es como ese día”, dijo Gerrit Noestede, “comimos roscón”. Porque llegué a casa con un roscón de dieciséis centavos para Crisje. Y entonces me metí hasta el cuello en el fango.

Eso ocurrió, señora. ¿Lo leyó en ese tomo? Puede conseguirlo, está allá, en la biblioteca.

Mire, esos son los problemas para el ser humano por el que podemos convencer a la masa. Pero la masa dice: “Oiga, pero ¿de verdad pasó eso?”.

Pues, sí, y entonces iba sentado en la parte de delante de la bici y el que la llevaba era Hendrik el Largo: “¿A dónde tengo que ir?”.

“A la izquierda, papá. Ahora a doblar esa esquina, vamos, y después recorreremos esa carretera todo recto. Ahora otra vez a la derecha, papá. Y ahora a la izquierda, papá. Ahora tienes que pasar por encima de esa tumba”.

Bueno, pues entonces El Largo tuvo que bajarse de la bici, si no encima habría dado una vuelta de campana. Y otra vez a la izquierda. Y: “Allí”.

¿Qué dijeron? “Claro, claro, claro, tú lo sabías”.

Papá se olvidó. Estaba encima mismo de los milagros, ya no los veía. Y todavía dudas.

Mire, gente, si no son capaces de aceptar nunca, señora, si la gente de todas formas no lo quiere... Les estoy mencionando aquí las pruebas. He vivido centenares de miles de pruebas. El dinerito en el bosque. Allí, el Gólgota como niño. Cien mil cosas. Señora, en ‘s-Heerenberg también hay quienes han vivido muchas cosas, pero no han visto nunca nada.

Cuando llega usted allí: “¿Y tú te crees eso del loco de Crisje? Esos estaban completamente locos allí en la calle Grintweg”.

Estábamos completamente locos, entienden, sí, esos muchachos de Crisje ... les falta alguna tuerca. Unos son esto y otros lo otro; todos están locos. Sí,

todos están locos. Pero la sociedad ya podía haber tenido esto.

Señora, cuénteles alguna vez a sus seres querido, a sus conocidos: “Nosotros tenemos cordelitos espirituales auténticos”. Se reirán de usted en plena cara.

Señora, si su padre y su madre están allí, y están en la primera esfera, y estuvieron aquí: sí, soy tan... Y su “sí” sigue siendo “sí”, y su amor es bueno...

“La amo, señora. Oh, no puedo vivir sin usted”, pero en dos semanas me largo. Entonces usted estará en la tierra crepuscular o en la del odio. Porque usted no es verdadero. No está usted en armonía, no es usted justo. Porque una vez que diga: “La amo”, ¿por qué entonces me lo quita al día siguiente si de todas formas no he hecho nada? Realmente, no he hecho nada.

(Jozef continúa con la pregunta).

Pero cuando el padre y la madre están en la primera esfera, señora, no hace falta que rece por ellos ni que piense en ellos; es cuando son ellos quienes tienen que pensar por usted, y por nosotros, porque son ellos quienes saben. Nosotros, nosotros aún no sabemos nada. Son ellos quienes tienen que pensar en nosotros para ayudarnos a nosotros.

Es el ser humano, precisamente, quien lo hace mal; va a la tumba, pero el viviente tiene que ir a los vivos. ¿Lo ve? Al ser humano que vive en la primera esfera, señora, ya no hace falta que lo ayude. Ellos dicen: “Ahora mejor piensa en ti mismo. Y haz todo para ti mismo”. Y no se dividan para nosotros; usen esos sentimientos, en cambio, para su propio pequeño yo, para esta vida, para miles de otras cosas, y serán benevolentes, amorosos, armoniosos, justos, con el amor de ese Frederik un poco raro y ese amor procedente de Jerusalén de aquel Niño más elevado de todos procedente del Omnigrado, Cristo, e iremos directamente a una esfera que tiene esplendor, luz, armonía. Les llegarán los pájaros —basta con que lean ‘Aquellos que regresaron de la muerte’— y dirán (lo dice susurrando): tship tship tship; y les aparece el trino de un ruiseñor de esos. Y si siguen eso, eso se llama: “Hijo, estoy, te espero. Un poquito y más y nos verás”.

Señora, ¿está usted contenta?

(La señora dice algo inaudible).

Gracias.

Aquí tengo: “El pasado domingo, el maestro Zelanus, durante su conferencia en Diligentia (la número 37, ‘El ser humano y sus reencarnaciones’, en el libro Conferencias, parte 2), ofreció un perfil nítido de la figura André-Dec-tar. Hace tres mil ochocientos años, según dijo el maestro Zelanus, ese ser humano era un poderoso sacerdote en el Antiguo Egipto, en el Templo de Isis”. Poderoso no fue, ese señor. “Hoy en día es Pablo, el profeta del siglo veinte”, no lo soy, “el Gran Alado”, bueno, algo de eso tengo, pero todavía no lo soy, sí que lo soy, no lo soy, “el instrumento en manos de los maestros para traer la cosmología a la tierra. Este ser humano ha tenido que librar una

lucha a vida o muerte, sobre todo durante la ocupación, solitaria, incomprendido por sus adeptos más cercanos. Ramakrishna aún tenía doce apóstoles para que velaran su organismo, pero a este ser humano lo abandonaron a su suerte”. Lo dijeron de una forma mucho peor, señor. “A pesar de la lucha, del sufrimiento, de la traición y de las puñaladas traperas”, ciertamente, las recibí, desde dentro, por delante, por detrás, desde arriba, desde abajo, “no hubo manera de destruir a este ser humano ni esta obra”. No, señor, aquí seguimos, ¿verdad, señor Reitsma? “Sócrates tuvo que beberse el cáliz con cicuta”, sí, eso también lo hicieron, “a Rudolf Steiner lo quebraron, la obra de toda una vida fue pasto de las llamas. A Cristo lo traicionaron, renegaron de Él, le escupieron, lo crucificaron. Pregunta número uno: ¿qué le espera a André-Dectar?”.

Nada, nada, señor. No me espera nada. Porque ya he llegado al punto, ya se lo he contado alguna vez... Hablé con Rudolf Steiner detrás del ataúd, entonces me dijo (en alemán): “Fui tonto”.

Digo: “¿Por qué?”.

Dice: “Todavía exigía. Todavía deseaba. Todavía quería”.

Ok, digo: “¿Por qué? ¿Y qué importó eso? ¿Y qué traje?”.

Pitágoras: él siguió, continuó. Entonces también eran unos tiempos en que sus adeptos al templo lo... Su adepto más elevado, al que no podía aceptar porque era una persona falsa, prendió fuego a su templo. Eso me lo mostraron los maestros, eso ha ocurrido.

Rudolf Steiner dijo (en alemán): “Fui tonto. Realmente, tonto”. Aún esperaba algo del ser humano.

Yo no espero nada de usted, señor, absolutamente nada. Ni de mis propios hermanos. No quiero tener nada de usted, absolutamente nada. Todavía no he dicho nunca nada malo del ser humano. Y aunque me clavara usted un cuchillo entre las costillas, seguiré amándolo. Si yo dijera: “Bicho asqueroso, repelente”, habría odio en mí, desintegración. No puede usted matarme, señor.

Rudolf Steiner desconocía la muerte, de lo contrario no habría tenido miedo de ese ser humano. Yo no les tengo miedo a los asesinos.

Pitágoras aún no conocía el cosmos. Porque yo mismo habría dicho a ese adepto: “Venga, no hace falta que haga eso a mis espaldas, señor. ¡Préndale fuego! Toma, aquí tiene fuego”. Y entonces no lo habría hecho.

¿Qué pasará conmigo? Conmigo nada, señor, porque no quiero que se me haga nada.

¿Sabe usted cuándo se es fuerte? Cuando se sigue amando a la gente. Ustedes se dicen a diario: “Te amo”. Y “tesoro”. Y “caríño”.

Una noche les conté... Estaba en Noordwijk, en casa de amigos, y entonces lo que allí decían era, ah, ese hombre no se cansaba nunca de mis libros: “Ven a verme”.

Digo: “Voy, eres una buena persona”.

Y entonces iba y me relajaba un fin de semana.

Allí estoy. “Sí, cariño”. “Claro que sí”. “Ah, sin duda, papi mío”.

Pienso: ‘Qué hermoso, qué educado’.

“¿Tendrías la bondad?”.

“Claro, niña”.

“¿Me permites?”.

Una maravilla. Dios, Dios, Dios.

“¿Y qué estás mirando ahora?”. “Lo digo en serio, es cierto”.

Qué gente tan agradable. Y hacia las tres oigo... Pienso: ‘Pues a esta gente de verdad que todavía no me la he encontrado en la tierra’. Porque o bien es camuflaje o bien es realidad; entonces yo también lo puedo hacer, los amaré más incluso. Pero de pronto vi algo. De pronto me dijeron algo, es que yo soy... es que me dedico a la telepatía. Ya lo leerán luego cuando tengan ‘Jus III’. Me dedico a los cordelitos. Porque ese mismo cordelito también está en el ser humano. Él también me lo puede dar con una historieta.

Y si yo lo acepto entonces a usted, señor, y no tengo odio ni disarmonía, y lo acepto de verdad, usted mismo contará el resto correspondiente. Y eso es, pues, la telepatía de la naturaleza. De eso hablan los parapsicólogos. Y eso lo llaman: “De vez en cuando en el blanco”.

Pisometría, ¿entienden?, se dedican a la pisometría.

(Risas). Cualquier pisómetro podía hacerse cargo de lo que hiciera el otro, según me dijo un erudito. Digo: “¿Dónde has aprendido eso?”.

“Me dedico a la pisometría”.

Pero yo también me dedicaba a la pisometría y sé que esa gente en siete u ocho años ya no podía verse y ni tragarse —de pronto—, pero que de puertas afuera representan la cortesía.

Digo: “Son ustedes unos embusteros corrientes y molientes. Me voy”. “¿Por qué?”. Digo: “¡Así me contarán ustedes la verdad!”. Y entonces se pusieron a confesar sus cosas. Digo: “Pues, luego volveré, si no ya no me habrían visto nunca más, porque son unos embusteros. Juegan a la cortesía de cara al mundo: “¡Sí, tesoro, sí, cariño!”. Digo: “Y allí es donde vas a dormir tú, y casi duerme debajo del suelo”. Apenas se aguantan ya, señor. Pero ya desde antes de...

Digo: “¿Y pensaba usted de verdad...?”.

“¿De quién tienes eso?”.

Digo: “Lo dijo usted mismo porque me dijo algo, y entonces hubo un eco de esos, señor. Vi luz y vi sombra. Veo un poco. Pero me dedico a la telepatía”.

Pisometría, ¿qué es eso, señor?

(Risas).

Pero usted... Yo ahora casi... “¿Conoce usted el Peace Palace, señor?”.

(Risas. Digo: “Eso es paz y felicidad, pero no allí no está. Y donde usted tampoco, señor, porque ha construido usted una torre con sacos de harina. Eso se lo lleva el viento a la primera, ffff”).

Pero el verdadero núcleo del ser humano es incapaz de mentir y de engañar. La auténtica verdad no trata de desgracias, miseria ni desintegración. Sentir la realidad como amor en el ser humano es algo proverbial. Siempre dice el real. Y entonces se llama “altruismo”. Y entonces no hace falta para nada decir “cariño”, señor, entonces uno se mira a los ojos y ocurre exactamente lo que te hubiera gustado. ¿No es así, señor? ¿No había oído eso usted también?

Señor, conmigo no pasará nada —tendré que volver de todas formas a ese señor—, en mi casa no pasará nada, señor. Con André-Dectar no pasará nada. Le digo: no dejo que me hagan nada. Ya pueden ponerse ustedes a parlotear y a cotillear, señor, e increparme de la forma que sea, porque de todas formas me he largado con los millones de la asociación, puse pies en polvorosa. Cuando fui a Estados Unidos, me había pirado con mi propia caja de dos millones. Pienso: ‘Ojalá los tuviera’. Ojalá los tuviera por fin.

Y me vieron una vez en la calle Spuistraat, y yo que llego allí, así. Y mi mujer que dice, junto a la demás gente: “¿Cuándo fue eso, señor?”.

Digo: “Ah, sí”, digo, “pues yo estaba en casa escribiendo libros, tan a gusto”. Digo: “Pero no era yo. ¿Vieron el equivocado?”.

Me topo con gente: “Señor, lo he visto, sin duda, los cuatro juntos, pasó usted en coche a nuestro lado, sin duda”.

Digo: “Señora, eso es imposible, porque ese día estaba durmiendo”.

Resulta que me habían visto en otro lugar. Hay que ver la de dobles que estoy empezando a tener, ¿verdad?

¿Qué pasa? ¿Que Cristo no tuvo sucesores en el camino entre Jerusalén y Nazaret, y entre Jerusalén..., con señales en forma de cruz?

Frederik dijo en ‘Las máscaras y los seres humanos’: me encontraba tranquilamente en la cama, y la ranura... desde la calle, de esa lucecita, se mete entre las cortinas y forma una cruz. Y de pronto vi la señal de la cruz. ‘Oh’, pensé, ‘qué hermoso’. Me desperté. Y entonces resultó que era la cortinita.

Y entonces dijo...

Señor, ¿ha leído usted ‘Las máscaras y los seres humanos’. ¿No?

Pero la gente que leyó eso... A ellos pregunta Frederik, dice: “Los espiritualistas y los teósofos, ¿no tienen también señales de esas de la cruz por una farola en la calle y una cortina?”. Dice: “Seguro que habrá más”.

Es decir, señor: tenemos que buscar la verdad. Y vivirla. Porque tenemos el ocultismo. Son videntes. Y son omniscientes. Y resulta que luego van a otros y les dicen: “Oye, échame las cartas”.

A mí no tiene nada que enseñarme usted, señor, lo recibí desde el espacio, de niño. Señor, ese mismo Dectar todavía no es un Gran Alado. Soy una caja

torácica común y corriente, esta noche se lo explicaré con toda claridad. La recorren cables y lucecitas, y eso es el corazón, aquello son los riñones, y esto es el sistema nervioso. Otros hablan por medio de mí. El Pablo de este siglo, ¿sabe usted quién es? Es el maestro Zelanus. Y el profeta que hay detrás se llama maestro Alcar. Y lo hacen por medio de mí. Yo todavía no quiero tener que ver nada con eso, señor. No. Si yo...

Esta tarde alguien me dijo: “Eres un creído”.

Digo: “Pues, vale, lo acepto”.

Pues, sí, así es, ¿no?

(Risas). Señora, eso puede decirlo ese señor, ¿no?

Digo: “Si me demuestras por qué, me tomaré, agarraré un trozo de madera y lo sacaré a golpes. Dame la verdad, por favor. ¿Qué falta todavía? ¿Es que soy un creído?”. Digo: “¿Cómo quieres verme?”.

“Sí”, dice, “hay que ver qué cosas”.

Digo: “Entonces mientes. Porque si no sabes eso, tampoco sabes lo que es ser un creído. Porque entonces puedes explicarlo”. Pero el señor no era capaz de hacerlo.

(Hay alguien que no para de toser).

Señora, ¿me permite ofrecerle un poco de agua?

(Señora en la sala):

—Ya la tengo.

—No era capaz. Miren: tonterías, desvaríos. Hablar. Las cosas hay que analizarlas. Del ser humano, del espacio no hay que decir: imposible, si uno no sabe. Y eso lo pensaba el ser humano.

Les daré otra imagen más. Hace años alguien me dejó. Pienso: ‘Vaya’.

Eso no debería haberlo intentado en el Antiguo Egipto, señor. Y eso tampoco tiene que intentarlo uno en el otro lado, cuando tiene al maestro a su lado o lo que sea, y uno va caminado al lado de enfrente, hacia lo que es más bajo, debajo de la primera esfera, eso de preguntar: “¿Será que tiene razón?”. Ese hombre no lo sabe. Ahora uno parte de la ley que determina y dice: así es como es. ¿Y es que entonces uno se va a la tierra crepuscular para preguntar: “¿De verdad que será cierto eso?”?

Bien, vuelve usted donde su maestro. A hurtadillas. Dice usted: “Señor, ya estoy otra vez. He meditado un poco”.

Entonces el maestro dirá: “Oye, estás empapado de lodo. ¿Dónde has estado? Se trataba de mí. Yo no tengo ni un poquito. De lo que se trataba. Pero tú volviste... vuelves embadurnado de fango, con el barro de la humanidad y de Dios. Estás mancillado por el vil metal, lo inconsciente, la duda, la desintegración, el cotilleo”.

Se trataba de mí, pero yo me libré, no tengo ni una manchita. Pero, ay, si fuera yo. Y si no fuera yo, señor, tampoco lo vería. Pero lo veo porque no me

contagié. ¿Pensaba usted, señor, que estando en el fango hasta el cuello, que podría ver las manchitas de fango de los demás? ¿Pensaría usted eso? Entonces es: “Satanás, ponte detrás de mí”. No, señor, entonces lo es usted mismo. Con lo verde y lo moteado de debajo de la tierra. Porque no hay luz del día.

Bien, señor. ¿Por qué dudaba, señor?

¿Qué me pueden hacer? ¿Qué quieren hacerme? Yo no soy el profeta. Soy el Gran Alado por medio del que hablan ellos. Así cuando lo dicen ellos sobre el escenario... Decían: “Tú te vienes”. He aprendido algo, he llegado a tener conciencia para el espacio, conciencia cósmica. Pero solo aceptaré todo eso cuando la humanidad entera me lo daría si se me permitiera demostrarlo. A todos ustedes, y otros muchos que lo aceptan sin rechistar, se lo he demostrado. Todavía no han logrado abrir la más mínima fisura. Y para ustedes ya tengo conciencia: espiritual, espacialmente. Eso lo hemos jugado aquí por la noche entre todos hasta el final. Y con las preguntas sobre el universo. ¿Que si eso es verdad? Sí, las hemos analizado de tal forma que ustedes, a su vez, también lo pueden ver aquí. Se nos concedió aceptarlo, aceptarlo un poquito: sí, hay conciencia.

Pero ya me cuidaré mucho de no ponerme a andar por aquí, por (la plaza de) Buitenhof y la calle Spuistraat y la Venestraat, con una tabla en la espalda: “Soy un Gran Alado”.

Y con que haga eso, señor Reitsma, y digan: “Mira, allí va”, y hagan cola diciendo: “Bwbwbwbw”, ya saben, ¿verdad?, y por todas partes esté izada la bandera, bueno, pues entonces yo volveré una vez más a la calle Zwartekolkseweg y me situaré donde la cabaña de Sint de Tien y diré: “¿Tú qué pensarías de esto? ¿Ya sería posible?”.

Ni entonces sería posible. Porque, señor, ¿usted cuándo lo ha...? Lo que un ser humano tiene que asimilar para sí mismo y tiene que aprender —porque te amo y te quiero; y en dos meses ya no conocen a la otra persona y la echan de casa—, eso también es para la masa. Y sabemos lo que un ser humano ya tiene que demostrar, lo que tiene que demostrar para aquello. Y entonces los regalos de usted y todo serán pasto del fuego. Ya no se necesitarán. Es usted sucio, un error, una equivocación.

Cuando la masa ice la bandera espiritual de la Universidad de Cristo — una bandera, una banderola blanca, una tela de seda blanca con siete estrellas y en el medio la cruz—, entonces aceptaremos esto. Pero entonces recibiremos la respuesta de los maestros y dirán: “André, ahora lo eres”.

¿Bien? Pasa en mil años. Si por entonces existiera el instrumento, el aparato de voz directa, sería así. Esperemos que sigamos estando juntos otros setenta y cinco años, así echaremos alguna partida entre todos, en medio de la calle Spuistraat, en la plaza Groenmarkt. Y no hay agente que nos pueda echar a palos de allí. Porque dirá: “Ahora la palabra es ley”. Y esa palabra

viene del espacio. “Señoras y señores”, clamaremos entonces. “Él ya llegó. A sentarse. ¡A sentarse!”. ¿No es así? “Ahora ya pueden dar los plátanos, los limones y las manzanas, porque no están contaminadas por la serpiente. Ya pueden morder”.

¿Qué le parece, señor Koppenol?

(Hay un largo silencio).

Un hermoso silencio, ¿no les parece? Cuando el ser humano enmudece, tampoco ya hace falta gritar. Qué silencio tan hermoso el de esta noche. Siéntanlo, adelante. Sientan ese silencio. Y entonces habrá algo a su lado.

(Silencio).

(Da unos golpecitos suaves sobre algo).

¿Estás allí, cariño? ¿Qué pasa? (Golpecitos suaves):

¿Estás dando golpecitos? ¿Sí? ¿Puedo hacer una pregunta?

Y entonces hice, donde las hermanas Fox en Estados Unidos, ... Era una señora, y tiene rappings (sonidos de golpes), los golpecitos, las percusiones. Y entonces dije en ese silencio, en ese mismo silencio... Mi hermano estaba allí, pero no sabía de lo que trataba. Digo: “¿Me permites que haga una pregunta?”. Primero en inglés, no tardé en aprenderlo.

Yes.

(Da tres golpecitos). Otra vez tres golpecitos.

Digo: “¿Están todos locos de remate aquí?”.

(Da tres golpecitos).

Yes.

“¿Es todo engaño con lo que me encuentro aquí?”.

(Da tres golpecitos).

Sí.

Digo:

“Entonces lo sé”. Digo: “Entonces ya preguntaré allí quién es aquí verdadero”.

Entonces ya no hubo nadie auténtico, señoras y señores. Porque era un loco el que estaba hablando. Y entonces el drama lo que tuve que... Cuando volví a Holanda, no, un poco después, el maestro Alcar me contó quién estaba dando golpecitos. Y entonces (resulta que) era un niño que había sido torturado en Rusia, junto a la madre. Y que el niño había muerto dentro de la madre, y ella también. Y la madre de nuevo a la tierra. Y el niño en el otro lado. Y ahora el niño estaba atado a la madre y daba golpecitos. Y era inconsciente. Y desde luego que daba golpecitos, eran auténticos. Pero el golpecito, el rapping, era inconsciente. Porque el rapping tiene una personalidad, conciencia. Y entonces se me quedaron mirando fijamente y me dijeron: “Sí, Jozef, vas mil años por delante de nosotros”.

Gracias.

Pero entonces me echaron.

Dijeron: “Enciérrenlo y no lo envíen allá, ese tipo ve de verdad”. Dice, estaba en Silver Bell, y me preguntó: “¿Conoces la personalidad y la conciencia de esos rappings?”.

“¿Has oído alguna vez de eso?”, dijo un espiritista al otro. Y dice: “Eso es imposible, ¿no?”.

Pero allí está.

Dice: “Fuera ese tipo, viene de Holanda, que no vuelva aquí jamás”.

Señoras y señores, si yo hubiera destruido eso, no habría vuelto vivo de Estados Unidos, jamás. Pues, sí, allí estamos otra vez.

“¿Qué puede pasar con André-Dectar?”.

Ver la verdad, vivir la verdad y remitirlo a usted a los libros. Porque cuando lea ‘Dones espirituales’, señor, sabrá lo que son los rappings. Todo: saber, conciencia. Y cuando uno mismo es inconsciente y llegas allí con desmantelamientos y destrucción y traición, señor, entonces se dan verdaderos golpes locos por usted. Entonces no estará esto.

Ese sonido, ¿entiende? Cuando es su madre quien da golpecitos, señor, eso va directamente al plexo solar. Y entonces solo son besos.

¿Ha vivido usted eso alguna vez?

Eso lo hemos vivido donde nosotros. Voz directa, desmaterializaciones, levitaciones, materializaciones; mi hermana que estaba en la habitación, blanca como la nieve, dijo algo, una trompeta, todo era auténtico, y entonces tuve que parar, porque continuaron.

Y entonces los maestros empezaron con el trance psíquico. El desdoblamiento corporal real.

Y entonces tuve que parar. Y entonces al mundo lo tuve... Atienda, entonces al mundo lo tuve... Todos eso lo tendrá usted en ‘Jeus III’, porque ahora recibirá usted mucho más que ‘Una mirada en el más allá’, porque el maestro Alcar lo tuvo que rodear.

Allí hubo espiritistas, una figura destacada de La Haya, y tuve a un catedrático, única y exclusivamente para mí, se les concedió presenciarlo. Y entonces terminamos. “Ah”, dice, “Jozef, ahora el mundo ha quedado abierto. Y ahora podrás convencer a millones de personas”. Y entonces mi maestro dijo: “Para”. Y entonces aparecieron sus maestros y dijeron: “Jozef está ahora equivocado. Ahora que esta criatura ha llegado a este punto se le está subiendo a la cabeza”.

Digo: “Eso no es así”. Que había soberbia. Que “quería hacerme el jefe”.

Digo: “Eso no es así, señor”, esos también son farsantes. Digo: “¿Es que no habla ningún idioma?”. Si yo fuera soberbio, señor, entonces justamente querría cruzar el mundo y diría a mi maestro: “Bien, ahora que he terminado, puedo convencer a la gente, ahora puedo convertirme en un fenómeno para

el mundo, y ahora me dice usted: “¡Para!”? Y ese círculo dijo que yo era ahora soberbio.

“No, señor, ahora soy sencillo, no lo hago, no lo quiero”.

Claro, siempre puede decir: “Ese loco de allí está arrojando poderosos dones a los basureros de la ciudad. Ni siquiera los quiere”.

Pero yo esa noche me desdoblé corporalmente.

Digo: “Señor, su círculo se equivoca, porque es usted mismo quien escribe”. Gente que lo hacía con la planchette. ¿Entienden? De golpe desaparecieron para mí. “Señor, usted mismo escribe desde hace muchísimo. No son más que bonitos cuentos”. Digo: “Si usted no hubiera ido a la escuela en La Haya, señor, eso ni siquiera se manifestaría, pero habla holandés en regla”.

¿Entiende? ¿No viene así en ‘Dones espirituales’? Así es como querían lanzarme a las tinieblas frente a mi maestro, así querían hacerlo frente a mi maestro.

Digo: “Señor, eso no lo acepto. He de parar y paro”.

Y estaba bien, porque entonces los maestros empezaron a hacer desdoblamientos corporales espirituales y escribimos libros. Y después llegué al maestro Zelanus y Damasco, al doctor Franz. Dicen: “André, así está bien, ahora vamos a empezar. Deja que hablen”. Entonces ya conocía ese círculo.

Justamente no debo vivir ningún espectáculo. Debería habérselo contado a un médium, si es que lo hay de verdad. Señor: “Un milagro, vivimos milagros”. Allí fuimos viviendo milagros. Fui, se me desmaterializó, a través de una puerta, en presencia de cuatro personas. Dicen: “Dios mío, es una revelación”. Me disolví para esas personas, con luz y todo. Y me fui, di una vuelta por la calle, porque estaba agotado. Tenía que andar: tenía la circulación de la sangre trastornada.

Al día siguiente, señor, llegó el pastor protestante y dijo: “Hijos, ¿cómo pueden dejarse influenciar por los satanases?”. Me convirtieron en un embrujado. Sí, entonces fue..., el letrado Nederburg fue allí, un presidente de un tribunal indonesio, de aquí en La Haya y en Indonesia, dice: “¿Era cierto?”.

“Señor, era un loco”. Lo hemos visto. Era un diablo”.

“Pues”, dice, “entonces ya sé bastante. Porque los diablos también tienen leyes ocultas”.

Sí, pero de qué te sirve, ya había vuelto a ser renegado.

Pues entonces los maestros comenzaron con esto, señor, con esa Grandes Alas. Pero son ellos. Yo no soy más que una casa, solo soy un pequeño castillito. Yo soy el grifo de agua por el fluye el agua. Ahora en palabras. No soy más. No quiero ser más. Y a mí, ¿qué me puede pasar, señor, si de ninguna manera quiero hacerme pasar por profeta? Pero, vamos, adelante. A ver, vengan.

Si piensan que tengo los bolsillos vacíos: los sigo teniendo llenos, me lo

dieron los maestros. Sigo pudiendo ofrecerles la palabra, de aquellos que me dieron lo que sabían, y que les doy yo. ¿Que es divertido? Pues vamos. Ya han hecho bastantes preguntas.

Muy bien, vamos a seguir.

“Sócrates tuvo que beberse el cáliz con cicuta”, eso ya lo tenemos. Pregunta número dos: “Si la gente de entre nosotros da su bendición para acompañarlo a la hoguera, para ir con usted a la fosa de los leones y dejarse clavar con usted en la cruz del Gólgota, eso no se lo toma al pie de la letra, ¿verdad?”.

Señor, aquí tengo quienes... y eso lo sé, se pondrían en mi lugar, no voy a dar más detalles, pero lo sé. “Oh, si llegara alguna vez el día, Jozef, te lo demostraré”. No voy a entrar en eso. Eso es cosa de esa gente. Pero los hay de sobra. Y ya hay demasiados. Pero ya tenemos más de siete. Y tenemos más de treinta. Y entonces uno es fuerte, señor. Solo necesito tres. Tres. No necesito once como Ramakrishna. Tengo unos que son mucho mejor, tengo que son mucho mejor que Ramakrishna. Y los tengo aún mejores que los que tenía Rudolf Steiner. Mejor que Pitágoras, señor. Porque estos se han hecho espiritual y espacialmente conscientes. Esos sí que saben. Lo primero que tiene que hacer usted es anhelar.

Enseguida le mostraré aquí unos cuantos. Tengo tres que se llaman Ari, esos se irán directamente conmigo al ataúd. Sí, señor, porque anhelan. Hay uno atrás, también se vendrá conmigo. Basta con mirarlo a la cara. Morirá a la primera por mí. Ese muchacho vino de (el barrio de) Bezuidenhout, quebrado. Sin ojos, sin brazos, sin piernas. Estuvo postrado un año entero en una coraza rígida y dijo: “Dios mío, ¿puedo saber por qué?” Y entonces llegaron a sus manos los libros de André-Dectar, y dijo: “Allí está. Gracias a Dios, estoy contento con mi desintegración”. ¿No es... (inaudible)? Señor, ¿por qué no le da usted un beso? ¿Quién puede hacerlo? Sí. ¿Necesita usted más aquí? Con solo señalarlos, señor, ya se ponen a llorar de alegría de que pueden venirse conmigo.

¿No es así, Willem?

(Señor en la sala, en inglés):

—Muy bien, teniente.

(En inglés):

—Muchas gracias.

Sí, mujeres también. Señor, las tengo. Aquí las tengo. No voy a entrar en eso. Que luego lo demuestren. Eso ni siquiera lo exijo. El alboroto que podría montar, señor, con semejante benevolencia. La gente me pregunta: “¿Se nos concede ser serviciales? ¿Se nos concede ser serviciales? ¿Se me concede postrarme ante tu puerta como felpudo?”. Hombres y mujeres, señor. Pero ni siquiera reacciono ante eso. Ese amor ni siquiera lo tomo todavía. Los creo. Si viene algún día, señor, sabré a dónde acudir. A mi lado no hay traidores.

Solo hay felices de espíritu. Y el resto que todavía no lo quiere ser; allá ellos.

Y no creo que quien diga: “Quiero morir contigo”, sean más que los otros que todavía no son capaces. No, señor. El ser humano es ser humano, es vida. Amo a todos mis hermanos por igual, aunque alguno pudiera golpearme con una barra en el cuello. Cosa suya. Pero también tendrá que demostrar alguna vez que ese golpe fue certero. Y entonces le devolveré el dolor.

Soy capaz, señor, de luchar por usted a vida o muerte. Y entonces puedo darle una bofetada, en plena cara, para servirle. Para ayudar, para despertarlo a golpes. Pero eso no lo hago más que una sola vez. Nunca en la vida volveré a tener el segundo golpe. No.

Cristo también dio golpes. ¿Sabían eso? Y entonces dijeron: “¿Por qué haces eso?”. Dice: “Eso no lo hago más que una sola vez. Para agitarlo y despertarlo. Pero no mancillaré Mis manos ni Mi vida por la falta de voluntad de usted”.

Porque, señor, ¿pensaba usted que al otro no le duele si a esa mano le tiene que entrar vida para enviarla en línea recta a su carita? ¿Eso cree? ¿Que cuando la madre ve que el niño no quiere obedecer... cuando se quema los dedos? Siempre junto a la estufa que está ardiendo, y de pronto la madre dice: “Bueno, pues, que ocurra”. Y el crío vuelve a acercarse: “Raca”. Bueno, pues, lo de la estufa se acabó para siempre.

¿No es duro para la madre? ¿No es duro para la madre?

Eso lo hemos vivido. Y hay otra gente que lo vive. Que uno ve de verdad que el ser humano se destruye a sí mismo, y uno no puede hacer nada. ¿No es eso duro? ¿No es eso horrible?

Y ahora para el espíritu, en el espíritu, señor. Demuéstrelo. No, señor, nunca dudé de eso. Aunque me diga usted mil veces... Y entonces dice usted... Y entonces veo, sí, sí: no tiene usted ni el cinco por ciento. Pero si dice: “Señor, quiero morir por usted”, ¿pensaba entonces, señor, que me pondría a dudar de su palabra? ¿Pensaba usted que haya dudado del ser humano que me dijo: “Te quiero. Lo digo de verdad, ¿qué vamos a poder hacer sin ti”? Señor, ¿pensaba que dudaba de eso? Pero yo sabía que eran cuentos. Yo ya sabía por ese sonido y sentimiento que no era de verdad. Pero no dudo de usted. No me hacía falta dudar, señor: sabía. Y entonces uno está seguro.

Pero Rudolf Steiner eso no lo sabía. Ese señor ni siquiera ha sufrido. ¿Por qué no? Debido a que no era capaz de portar ni de captar ni de representar la plena conciencia para sus adeptos ni el yo espacial universal; porque él mismo estaba buscando. Sí, señor. Solo cuando conozca la ley será capaz de portar, señor. Le daré el ejemplo, así lo aceptará a la primera; otra imagen: si conoce usted a La Parca, señor, pero en realidad no la conoce, entonces sigue habiendo, a pesar de todo, una duda. Aquí hay gente, señor, que dice: “Ahora conozco a La Parca”. Sí, desde luego, luego iré a verlo cuando debajo de la cama empiecen a sonar crujidos, y a diestro y siniestro, aquí, y ya esos clavos:

bum bum bum.

Y entonces dicen: “¿Ahora es de verdad, Jozef?”

Digo: “Sí, ya llegó ella”.

“¿Cómo, cómo, cómo?”, dice otro, “¿cómo, cómo, cómo?”. ¿Lo dices en serio? ¿Ha llegado? Seré... seré fuerte”.

“Bah, a mí no me puede pasar nada, mujer, me voy y nosotros...”. “Vaya, ¿qué es lo que dije? ¿De verdad que pensarías que ya llegó el momento?”.

Él quería decir: “Nos volveremos a ver”, y entonces se le cayó la dentadura de la boca.

(Risas).

Y de pronto ya estaba delante del “ataúd”, señora, y dijo: “Sí, es de verdad, realmente es de verdad”. Pero léalo enseguida, señora, y entonces ya irán apareciendo las briznas de paja. Briznas de paja. Y dice el ser humano...

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—El final.

—¿Es el final?

“¿Cómo puedo demostrar eso, señor?”.

“Sí, he llegado, no tengo nada que ver con usted”.

“¿Cómo puedo demostrar eso?”.

“Señor, eso ya lo demostrará usted alguna vez, y entonces tendrá que demostrar que en la muerte... que ama la muerte”.

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Me queda una rayita más?

Entonces tengo aquí todavía: “¿Quién de nosotros puede decir: “Me conozco”?”

Eso con usted ya lo he vivido desde hace mucho. Eso mejor léalo allí fuera. Allí pone lo que dice mi hermano: “He estado en La Haya en la casa de Sócrates. Porque fuera, en la puerta, ponía: Conócete a ti mismo”. Digo: “Hendrik, eso ya lo puedes ir contando, porque los norteamericanos tampoco lo conocen”.

“¿Quién es capaz de atestiguar de sí mismo: “He quebrado por completo al Pilato, al Caifás y al Pedro y a la figura de Judas en mí, y les he retorcido el pescuezo?”.

Señor Reitsma, aquí tengo otra pregunta, y con ella empezaré la semana que viene. Señor Reitsma, ¿no lo sabe? Si dice usted hoy: “Soy verdadero y veraz”, ese Caifás ya ha desaparecido. Y si luego le dice...

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Sigue funcionando?.

(El técnico de sonido):

—Sí, sí.

—Y si luego dice a la gente: "Creo lo que dice usted", y si se demuestra en el futuro que ese hombre duda, entonces será él quien haya dudado, no usted. Y entonces ese Judas ya habrá vuelto a desaparecer. Y la traición, si no empieza con eso, señor, y no tiene la intención de hacerse mañana carterista en la calle y todas esas cosas, y de decir cosas malas sobre el ser humano ni de cotillear sobre él y de soltar habladurías...

(Jozef va acelerándose).

Imagínese que ese cacharro de pronto se acabe...

(Risas).

¿A dónde tendremos que ir entonces, señor Reitsma?

Tenga clemencia para el ser humano, por favor. Y acéptenlo. Señoras y señores, he llegado. Mejor busquen ustedes el resto espiritual, humano, interior, corporal, espiritual, espacial, divino, para su mujer y sus hijos, para su paternidad y maternidad, su alma, su vida, su espíritu, su personalidad, y entonces la noche será espacio, porque en el espacio jamás hubo tinieblas.

Señoras y señores, hasta la semana que viene.

(En inglés):

Que descansen, espero que tengan un buen... Ay, no, no.

(Risas).

Espero que tengan un buen descanso, un descanso agradable y también hermosos sueños. ¿Qué les parece?

Señoras y señores, hasta la semana que viene. Y saludos para sus hijos, para sus padres.

Señores y señores, soy feliz.

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Ahora ya se acabó?

Sí, señoras y señores, hasta pronto. Hasta pronto.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 12 de junio de 1952

—Buenas noches, señores y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

—Aquí tengo todavía una carta de la semana pasada y una pregunta de Ettingen-Bernard. ¿Quién es?

Y pregunta usted aquí: “En Ámsterdam vive un señor Borgman que tiene un centro para terapia de rayos”. Señor... señora... ¿Es “señora”? “El señor dice que es médico...”. Médico no es, ese hombre; si ese hombre ya adquiere un título, no queda mucho del ser humano, o tiene que haberlo obtenido en dos años, cinco años. Conozco a ese hombre: cuando magnetizaba en 1938, 1937, era fantástico, pero después ya no lo sé. Sí sé que era muy caro, eso también lo sé, porque tiene... había una caja registradora a la entrada, “pero se llama ocultista”. Y es que lo era, sí. Ahora, claro, el ocultismo ha quedado marginado y se pone a trabajar con una terapia. “Tiene muchos, muchísimos aparatos eléctricos y lámparas de radiación, y uno de ellos es único en Holanda. Y se dice que con eso pulveriza tumores e hinchazones, incluso tumores de cáncer en el estadio inicial. Hace su diagnóstico sin que los pacientes tengan que desvestirse”, solo faltaría eso, “y trabaja exclusivamente con esos diversos aparatos de radiación”. Pero, claro, si eres médico, puedes hacer esas cosas, ¿verdad? “También a veces con un tratamiento magnético”. Mira, es el antiguo ahora. Este ser humano magnetizaba antes. “Mi pregunta es esta: ¿ya existen estos aparatos especiales y concede usted algún valor a lo anterior?”.

Señora, cuando este hombre magnetizaba era total. Pero para eso he de remontarme al 34, 35, a 1936. Entonces ese hombre era realmente bueno. Primera clase. Cien por cien. Pero lo que después... Y si uno resulta tener dones y es realmente bueno, ¿qué va a poder hacer un aparato cuando eso se puede hacer con las manos, con esa aura vital? ¿Qué puede hacer un aparato, por fuerte que sea, señora, por el radio? Y eso ha pasado bastantes veces, que mi aura era más fuerte que el radio.

(Aquí falta un trozo de texto, el texto que sigue arranca con un asunto totalmente diferente): ... aura que tocó un instante la pompa de jabón. Y esa pompa, si uno hace ahora una con un poco de jabón y agua, ya llevará millones de eras densificada. Uno ya ni siquiera es capaz de volver la mirada hacia esa cosa astral, etérea, divina, (en alemán): del alma; no puedo decir ahora “almático”, para eso requerimos a Goethe: “seelische”.

(Aquí falta la introducción de la pregunta): Ese punto y esa esencia: de allí surgió el reino animal. Pregunta: “Así que entonces en realidad nosotros

hemos infundido alma al animal”.

No, a partir de esa célula, de esa fuente divina, lo hemos... Así que Dios dio... la Omnifuerza dejó todo listo en el primer estadio...

(Suenan unos ladridos):

... allí está otra vez; el padre y la madre empezaron en ese universo: la luna como madre, el sol como padre. Empezó a dividirse, empezamos a vivir la vida celular de forma embrionaria, fuimos escindiéndonos en el primer estadio y no hacía falta más para eso, porque eso es, y fue, nuestro primer nacimiento como seres humanos en estado embrionario. ¿Ha quedado claro? Así que entonces el reino animal empezó a construir en esas mismas leyes, por medio de ellas, a actuar como madre y padre, surgieron millones de grados de organismos animales. ¿Ha quedado claro?

(Nadie dice nada).

Silencio.

“¿Es que entonces la madre naturaleza surgió de la cáscara depuesta del animal?”.

Bien, ¿cómo es que surgió la madre naturaleza? ¿Qué es en realidad la arena, el granito y la piedra? ¿Cómo ha surgido todo eso? ¿Puede usted seguir esa evolución? ¿No? Más sencillo imposible. Las aguas en la luna eran un gran lodazal: agua y fango. Pero era todo fango vivo en el primer grado. El fango que saca uno de una acequia es creación posterior, también es fango, sin duda. Pero ese fango de allí, aquel fango, esa vida sofocante contenida en ella, en ese jugo, en esos sedimentos, aún no era agua, ese agua no era más que organismos recalentados, maternidad y paternidad en proceso de crecimiento.

(Dirigiéndose a alguien que entra a la sala):

Pase, señora, sin problema.

Paternidad y maternidad en proceso de crecimiento en todo, que empezó a dilatarse hasta que surgió lo definitivo y que en la luna ya empezó a crecer el alma para la mosca y el piojo y la pulga, que tenemos ahora, y el cocodrilo y la serpiente. La luna también infundió alma a las creaciones posteriores, han tenido que recorrer un camino cósmico por la luna para que se les infundiera alma en la tierra. De lo contrario esa pulga de verdad que no sabría que nosotros éramos seres humanos. Pero lo sabe. La pulga, ¿es hembra o macho?

(Alguien dice algo).

¿Cómo dice?

(Un señor en la sala):

—Hembra.

—Hembra. Pero es un macho, porque muerde horriblemente.

(Risas).

“¿Es que entonces la madre naturaleza surgió de la cáscara depuesta del animal?”.

Así que allí, finalmente, hubo creaciones posteriores por esos procesos de putrefacción. ¿Para qué? O sea, ¿para qué? Cuando todo eso fue consumido, cuando terminó de ser vivido, ¿qué hubo después? Claro, podemos escribir un libro entero sobre creaciones, creaciones, creaciones, creaciones, creaciones. Y después hubo algo más. ¿Qué fue? Eso es la madre naturaleza, pues.

En la naturaleza, en esas aguas, empezó a haber una densificación. Esa agua empezó a densificarse. Esa agua ya creó, en primer lugar para ella misma, el alma y, a su vez, la vida para los peces, para todos los peces que ahora tenemos en los mares. Pero esa vida, ese proceso de despertar y de crecimiento para la naturaleza se convirtió en la densificación de la hierba, de lo verde. Aura densificada como materia, como agua, como fango, como lodo. Y allí empezó a crecer, a su vez, vida, y apareció lo verde, la naturaleza.

Porque lo que quiere decir usted con la naturaleza es la vida sobre la tierra. Pero ahora todavía la vida dentro de la tierra. Lo que hay encima no es más que una nimiedad. Ahora a cruzar esa bola, ahí es nada. Claro, no se lo creerán, pero he hecho viajes a través de la tierra. Ese fuego, y diamantitos de mil kilos he visto allí, lo que pasa es que sacarlos a la superficie es imposible. El oro, la plata, se puede analizar todo, porque en el cosmos vive el aura viviente para ese oro. Y en eso Einstein tiene razón. Pero a ver si viene.

Los mundos dimensionales para la plata, el oro, el uranio. ¿Qué es el uranio? Se lo puedo explicar esta noche. No hace falta que para eso se vayan a Estados Unidos, a esos expertos nucleares, yo puedo explicarles qué es el uranio. No se lo creen, ¿verdad?

Claro, eso les gustaría saberlo, ¿verdad? Vaya, no me he equivocado. Esta noche les costará un florín por persona.

(Risas).

Ahora quiero ganar dinero; así por lo menos publicaré otro libro.

¿Verdad que sí, señor?

(Un señor en la sala):

—Desde luego.

—Piet Hein también está.

(Risas).

Señor, piénselo, no nos dejaremos... ¿verdad? Y de eso ahora nos encargamos nosotros mismos.

Señora, entonces empezó esa evolución. Fue cuando empezamos a tener, paulatinamente, la brizna de hierba. Y si no lo cree, señora, pues váyase a Oriente, mejor haga un viaje marítimo, y cuánto más se aleje hacia Oriente, más verde verá ese estadio inicial, como creación posterior. El último grado de todos todavía está presente en las aguas. Y eso es lo que dicen los capitanes: cuando llegas a tales y cuales aguas, saldrás verde de allí. Y es como una membrana. Ese núcleo sigue estando presente —aunque hayamos

llegado a tener árboles, endurecimiento, crecimiento, dilatación—, todavía está presente ese primer grado en las aguas. Y si quieren tomar el agua de las acequias y quieren cristalizarla, y tienen una buena óptica, un microscopio, podrán ver todas esas cositas. Y entonces verán, como ya lo dice el erudito, millones de especies animales. Y el agua en sí misma...

¿Qué es, pues, el agua, señoras y señores? En el pasado ya se lo he explicado alguna vez...

(Un señor en la sala):

—Sangre.

—... al señor Berends. Es sangre, pero es aún más.

—(Un señor en la sala):

—La matriz para...

—Sí, eso también es. Mire, estaba viendo y ahora se me ha ido. Estaba viendo. Ahora ha desaparecido. Así que no soy un buen vidente, porque ha desaparecido. Pero de eso no se trata. Entonces mejor volveré a empezar con esa señora, volveré sobre ello.

¿Qué es, pues, el núcleo definitivo? ¿Qué es, pues, el agua?

Hemos dicho: sangre, aura vital. Los mares, también son una madre, son el parto para todos los animales. Pero de esa agua surgió todo, nació todo. Y si usted entonces observa los mares —donde estábamos hace un momento—, volverá a ver ese primer estadio irrefutable, porque me he fijado en ello, pertinentemente, cuando fui a Estados Unidos; le pregunté al capitán: “¿Cuándo llegaremos a las aguas donde se puede percibir ese verde salino?”. Y me dice: “Entonces hay que tener todavía un poco de paciencia, mañana, a primera hora, en día y medio estaremos en esa región”. Y entonces yo también lo vi. Empecé a controlarlo yo mismo.

¿Qué es, pues, el agua? ¿Qué es, pues, la dilatación? ¿Y qué es, pues, el crecimiento, el florecimiento para el reino animal? ¿Qué es el agua en sí?

(Señora en la sala):

—El soplo vital material.

—Soplo vital divino, material. Sangre, realmente sangre. El agua, cuando lo bebe, es Omnia para la materia. El agua tiene alma, espíritu y una personalidad. ¿Cuál es, pues, la personalidad de esta agua? ¿Cuál es el límite absoluto de la sangre humana? ¿Cuál es el límite final de la luz en el ojo humano? Mire, ahora vuelve usted para cada cosa a la cosmología, la divina ley vital, y todo es analizable. Con que solo deje evaporarse este vaso de agua, señora, vuelve a esto de aquí (Jozef respira ruidosamente), y vuelve usted a inspirar esa agua. ¿Y comprende ahora que hay iniciados que solo (Jozef inspira) llegan y pueden vivir así?

Sí, dice usted. Sí, dice ella. Asiente, afirma tranquilamente con la cabeza.

Ahora vamos a seguir. “Así que entonces el reino animal y la madre natu-

raleza son alma infundida de forma material”.

Sin duda.

“Así que entonces el reino animal y la madre naturaleza son alma infundida de forma material”.

No, señora, no lo es.

(Un señor en la sala):

—Alma infundida para la materia.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Alma infundida para la materia.

—Entonces la madre naturaleza es... ¿Dónde vive, pues, el espíritu de la madre naturaleza? ¿Qué es en realidad alma infundida en las aguas, en el espíritu del agua, en el soplo vital del agua? ¿Y que es esto de aquí...?

“Así que entonces el reino animal y la madre naturaleza son alma infundida de forma material”.

¿Es posible? Escuchen, qué palabra, cambiaría el mundo. Eso aquí no existe, porque no es posible.

“Así que entonces el reino animal y la madre naturaleza son alma infundida de forma material”.

No, el reino animal, y la madre naturaleza, es vida, alma y además espíritu. Pero no es alma infundida. Lo que es es espíritu, alma, personalidad. Sí que vemos la personalidad de la madre tierra y la madre naturaleza por las cosas materiales; pero ahora el alma, la vida y además el espíritu. Y eso ya no infunde alma, sino que es alma infundida. Eso es vida, alma y espíritu. Esa vida es crecimiento, florecimiento. Y esa es, pues, el alma infundida a que se refiere usted. Pero no tiene que encontrarse encima, sino debajo. Y eso es impulso divino. Es evolución divina. Vuelve, irrefutablemente, de donde vino. Y algún día —de eso se trata— ese espacio entero, grande, también se extinguirá aquí, con esa pequeña tierra como chispa. También el ser humano. Pero el ser humano continuará. Y entonces habremos completado nuestro ciclo de la tierra. La tierra desaparecerá.

El ser humano no se da cuenta, señora, de lo poderoso que es como vida; todavía no como carácter: como personalidad. Pero como vida tengo un tremendo respeto por la vida, pero no por el carácter ni la personalidad: eso es algo que tendremos que ver todavía, eso ya vendrá más adelante. Pero como fuente viviente, surgida a partir de esa divinidad —el ser humano es una divinidad—, la madre naturaleza representa, con el alma, con el espíritu y con su personalidad espacial, cósmica, a Dios. Dios nos da un lugar para vivir esa tierra y para luego adentrarnos en una evolución hacia allá, o de vuelta a la tierra, por lo que nos entra este espacio.

¿Qué hermoso, verdad?

¿Que no es sencillo? Sí que lo es.

Sí, ya está asintiendo con la cabeza, la señora.

Sin embargo, es sencillo.

“Así que entonces el reino animal y la madre naturaleza son alma infundida de forma material. ¿Es por eso que tienen una conciencia más baja y se edifican y adaptan a la materia?”

¿Qué quiere decir con eso?

(Señora en la sala):

—No puede reflejarlo bien.

—No, señora, está usted dentro y está fuera que es una gloria. Sí. Y ahora no tienen que ir tan lejos. Pero hay una cosita muy pequeña que usted tiene que... Se aferra usted aquí a la cosmología. Y ahora, claro, ya ve lo que pasa. ¿Cuál de los sentimientos agudos es capaz de analizarlo?

“Así que entonces el reino animal y la madre naturaleza son alma infundida de forma material”.

Eso ahora lo hemos analizado.

“¿Es por eso que tienen una conciencia más baja?”

¿A qué lo llama usted “bajo” en la creación? ¿Quiere decir usted que la madre naturaleza y la tierra tienen una conciencia más baja?

(La señora dice algo inaudible).

Pero usted lo escribe. ¿Entonces qué quiere decir?

(Señora en la sala):

—El ser humano tiene la conciencia más elevada.

—Sí, pero aquí habla todavía de la madre naturaleza. ¿O está hablando otra vez del ser humano?

Aquí dice todavía: “¿Es que entonces la madre naturaleza surgió de la cáscara depuesta del animal?”

Por todos esos procesos de putrefacción y dilatación —se lo expliqué hace un momento— nació la madre naturaleza, en las aguas. La madre naturaleza nació en las aguas. Y poco a poco, lo que usted llama ahora tierra... Primero ven aquí esa bola astral, ¿verdad?, pero en ese agua; en esa bola astral empezó a haber densificación y un poco de agua, por esa dilatación, eran secreciones. Fue segregándose la savia vital a medida que el alma como espíritu y chispa continuó. Señora, por cada parto segregamos algo. Y eso todavía puede percibirse en la madre. Si tal vez quisiera saber lo que supone el líquido amniótico para la madre, entonces puedo desarrollarlo más. Así que ahora la madre naturaleza ya no infunde alma, sino que es parto, es vida.

“¿Es por eso que tienen una conciencia más baja?”

En la creación no existe una conciencia baja para la tierra y su vida. Sí que hablamos de una conciencia más baja y de la inconsciencia, y en el fondo

también deberíamos echar por la borda estas palabras: solo hay evolución. Pero para representarlo socialmente, para saber con qué gente y con qué realidad tenemos que ver para el cosmos, Dios, Cristo y el espacio, hablamos por medio de nuestro diccionario y hablamos de conciencia e inconsciencia. Y eso es lo que no hay; al menos no en el otro lado. En el otro lado tenemos luz en los ojos, y tenemos sentimiento. Y ese sentimiento nos sintoniza, irrefutablemente, a medida que vivamos esas cosas armoniosa y justamente, tal como hayan sido creadas.

¿Siente que todo se hace aún más sencillo y que así podemos determinar la luz en los ojos del ser humano?

Ahora es natural, según dicen los maestros, que... “¿Es por eso que tienen una conciencia más baja y se edifican y adaptan a la materia?”

No, no se requiere que esa materia sea adaptada, porque ese vestidito que tiene usted hoy, señora, esa pequeña vestimenta, ese organismo, se le ha hecho a la medida, cósmicamente. Y usted es la propia sastrer. No tiene usted ni un gramo de conciencia más en su organismo que lo que tiene de sentimientos. Si quiere hablar de armonía: ¿qué es, pues..., qué significa cuando nos encontramos con un psicópata? Ese deforma su organismo. ¿Lo sienten? De modo que un psicópata (véase el artículo ‘Psicopatía’ en rulof.es) es el creador del organismo que se ha estrellado. Se retuerce de mil maneras y no es capaz de pensar de forma normal. Así que si usted ya piensa de forma equivocada —lo repetimos machaconamente— y con que ya quiera pensar usted de forma equivocada sobre las creaciones, sobre esto y lo otro, entonces también ya está deformando su espíritu. Y si entonces el cuerpo... Sí, el cuerpo también recibe algo de eso, porque entonces esa cara echa fuego. Y si usted va aún más profundamente adentro, ese labio ya se detendrá y los ojos dejarán de tener brillo, luz, y entonces el ser humano se estará quebrando espiritual y corporalmente. ¿No es así, madre?

(Señora en la sala):

—Sí.

—“Sí”, dice.

Sí, es así, así es.

Bueno, vamos a seguir. “Fuimos atraídos por la tierra como almas y fuimos adoptando tanto de su alma como necesitábamos para este planeta madre”.

Miren. Sí, señora, mejor que no intentara eso en el otro lado, esto. Oiga, que no le voy a decir nada... Si yo me presentara con una pregunta así ante el maestro Alcar, diría: “Mejor vuélvete media hora”. Si no estuviera yo listo para un viaje, para hacer preguntas, mejor no lo hiciera, entonces él también se quedaría detenido. Yo tenía que aprender a pensar, aprender a hacer preguntas, aprender a pensar.

Ahora usted va tan tremendamente... Esto es un volumen de un libro. Lo

que escribe aquí son cinco libros si quiere que se lo explique claramente. Es la cosmología entera que posee usted. ¿Y por qué alejarse ahora tanto de lo que conocemos?

“Fuimos atraídos por la tierra como almas...”.

No. Sí. Fuimos atraídos. Así que la tierra estaba lista. Cuando llegamos a la tierra desde otros planetas, la tierra estaba lista como bola astral, y fue cuando empezamos, adoptamos cosas en la medida que teníamos sentimiento y conciencia; como embriones, nada más. No demasiado, sino tan solo un poco, una millonésima de esas... esto de aquí (una gotita de agua), que cuelga aquí ni siquiera lo pueden ver, era todavía un millón de veces demasiado para el embrión que éramos como seres humanos para la tierra, en ese estadio. La célula humana es así de insignificante como embrión, pero aun así con todos los sentimientos y toda la conciencia —y eso, ¿lo acepta usted?— que ya hemos asimilado. ¿Es así? ¿Es así?

Señora, eso lo tiene que aceptar, porque ocurre todavía en la madre. Porque si ahora percibe usted la célula humana como embrión, no podrá ni siquiera ver esa cosa con el microscopio, y eso que vive. Y eso, pues, es enfermedad, eso, pues, es paternidad, maternidad, es sentimiento, es talento, también contiene eso, eso lo aportamos nosotros mismos. Pero ese pequeño núcleo material del creador, el hombre, es para la madre una millonésima cosa de una gota de agua. Y eso tiene cuando se dilata... eso tiene, pues, en nuestro mundo tuberculosis y cáncer, además de todas las desgracias de los sentimientos. Esa pequeña célula nimia, miserable, que es de una profundidad universalmente profunda, que no puede ver, lo tiene todo.

Ahora continuamos. Y eso comenzó en la tierra, y tomó equis cantidad de aura terrenal, espíritu terrenal; así que eso no es tierra, sino que es el tercer grado cósmico. Por lo tanto, tomamos de esa evolución semejante cantidad para continuar nuestra vida, y entonces comenzamos con una nueva vida, con un nuevo organismo, con una nueva evolución, y volvimos al mundo astral, el mundo para el renacer, y volvimos a la tierra, volvimos a ser atraídos; y así es como la tierra comenzó con su evolución, para nosotros. Para el bien nuestro.

¿Ha quedado claro eso? ¿Quería usted decir eso?

Sí, mire, si de verdad... Si quisiéramos disfrutar de esto, tendría que hablar con usted, hablar hasta que usted lo supiera. ¿Entiende? Y hasta que nosotros... y entonces seguiríamos ocupados durante meses, hasta que lo tuviera usted, sin la menor duda posible, y entonces sería usted consciente. Y así asistiría usted a poco menos de cien mil nacimientos, descendería también es esa madre, con esa alma, y así lo sabría de pronto. Y entonces seguirá usted encerrada nueve meses en esa madre, con esa criaturilla, y después nacerá y usted tomará las alas y volverá a marcharse: es cuando conocerá el nacimien-

to. Y una vez que haya asistido a eso, conocerá la creación entera. Para el animal y el ser humano. Para los planetas y las estrellas. Sí.

“Cuatro: fuimos atraídos por la tierra como almas y fuimos adoptando tanto de su alma como necesitábamos por medio de este planeta madre. La pregunta es: el cuerpo material ¿está entonces infundido de alma por este proceso de alma infundida que ha acogido?”

Mire. Aquí se pierde usted, por completo. La próxima vez no hará preguntas tan profundas.

“El cuerpo material ¿está entonces infundido de alma por este proceso de alma infundida que ha acogido?”

¿Es posible? ¿Es posible?

¿Puede el cuerpo material estar infundido de alma por este proceso de alma infundida que ha acogido? ¿Qué es el proceso de infundir alma de la materia y para ella? ¿Qué es infundir alma? ¿Qué es infundir alma, señoras y señores, a la célula embrionaria, aunque hablamos aquí de la primera vida en la luna y en la tierra?

¿Qué dice?

(Alguien dice algo inaudible).

Es que no la oigo, señora, habla demasiado bajo.

(Señora en la sala):

—La fuente primigenia.

—¿La...?

(Señora en la sala):

—La fuente primigenia.

—La fuente primigenia. Así que el alma divina es el impulso para el organismo. Sí, eso sí que está bien. ¿No es así? La esencia divina en nosotros le da sin la menor duda una nueva vida. Y nosotros también habríamos conocido armonía, justicia, en todos esos millones de vidas, si no hubiéramos mirado a las tinieblas. Pero la esencia divina... Ha leído usted ‘Una mirada en el más allá’, ¿verdad?; en las tinieblas hay gente que vive allí como medusas en la playa. Es horrible, ¿verdad? Puede usted... podemos amedusarnos, señora. Y entonces es que tampoco ya queda nada de nuestra conciencia, no lo dude, porque lo deformamos todo. Cada pensamiento equivocado ya es la deformación del espíritu divino armonioso para el ser humano. ¿Lo comprende? Cada deformación, cada pensamiento equivocado es la deformación del ser humano espiritual, armonioso, divino. Así que Dios... esto es lo que es Dios, somos dioses, ahora tenemos que aceptarlo. Pero ¿qué hemos hecho, pues, con nuestras vidas? Rábano negro con azúcar. Y eso ni siquiera está mal, señora...

(Alguien tose en la sala):

... si tiene usted un resfriado es estupendo. Pero esa esencia divina en no-

sotros reconduce al ser humano desde la existencia de la medusa a la realidad. De lo contrario el ser humano seguiría siendo medusa. ¿No cree?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Ya estamos.

Así que esa esencia divina —está demostrado— se cuela por el granito, señora. Una semillita en el suelo, una semillita de hierba, una brizna atraviesa sin problema esas duras piedras, a desde su costado, y primero se mete retorciéndose a base de fuerza y lo atraviesa, irremediablemente, he visto crecer hierba a través del asfalto. Y eso tenía que ser..., esa pobre semillita pequeña tenía... El ser humano dice: “¿Cómo es posible?”. Pero ¡esa brizna de nada hizo que se rasgara el asfalto, el cemento! Eso está demostrado. Así de poderosa es esa célula divina inconsciente en nosotros. Sigue siendo inconsciente, decimos nosotros, inconscientemente divina, pero fuerza a esa existencia de medusa a volver a tener empuje. Y entonces el ser humano... el ser humano como sentimiento vuelve a despertar y no le queda más remedio que seguir, lo quiera o no. Así que la condena ha vuelto a quedar marginada.

Eso debería oírlo la iglesia católica, que la existencia de medusa sí retorna desde los infiernos a Dios y que es divina, aunque tarde un siglo o tarde diez, eso tampoco dice nada. Esta noche ya puedo hablar con usted y puede ponerse tan energúmena como quiera en la vida, señora, volverá a salir de allí, de todas formas. Porque su chispa divina —nos hemos mantenido aquí demasiado tiempo en la tierra, ya aguantará usted esto, pero no detendrá su sintonización divina— regresa directamente al Omnigrado consciente. Porque Dios se representa a sí mismo por medio del ser humano, del animal y de la madre naturaleza.

¿Ha quedado claro?

“Así que cuando estemos en armonía con este proceso de infundir alma que se ha quitado”, ahora me habla de “quitar”, “... solo entonces el alma de la tierra podrá desprenderse de nosotros”. No, señora, eso ya le gustaría. “Si no es así, ¿es entonces por esto que nos retiene la tierra?”.

Cuando hayamos vivido todo —eso, por cierto, debería saberlo, porque lo he comentado aquí bastantes veces—, cuando haya leído y acogido usted todo, ¿qué nos retiene entonces todavía aquí en la tierra si hemos vivido esos organismos más elevados?”.

¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—El asesinato.

—¿Los demonios?

(Señora en la sala):

—No.

—Claro, es que habla usted muy lentamente, este cachorro no la oye a usted.

(Señora en la sala):

—El asesinato.

—El asesinato, provocar incendios. Sí, señora. Tenemos que... Estamos aquí como poco millones de siglos de más. Eso es lo que el otro lado les puede demostrar. Desde la selva hemos... Yo lo he convertido en una cosa sin sentido, pero de verdad que es así. Allí fuimos empezando a comer a seres humanos. ¿Y después qué más? Los hemos sacrificado. Hemos hecho de todo. Y ahora, en esta sociedad, nos seguimos haciendo añicos unos a otros, ¿verdad? Ahora no le puedo meter eso en la cabeza, porque entonces siempre es sucumbir y sucumbir y sucumbir y sucumbir. Es muy difícil. Es tremendamente difícil asegurarme de que usted reciba esa esencia. ¿Y qué es, pues, lo que nos detiene aquí?

Hemos amontonado una desintegración encima de otra. El ser humano que se imagina que ya lo es, no es nada. Mejor no se olviden: hemos destruido mundos, mundos de belleza. Organismos humanos, la joya de la corona cósmica en cuanto a fuerza creadora, los hemos hecho trizas conscientemente y hemos dejado que las hormigas se los comieran. No solo hemos matado al ser humano con pez, señora, sino que les hemos sacado los ojos. Nos hemos comido esos corazones, hemos sorbido esa sangre, y por eso seguimos aquí. Mejor no se hagan ideas. Aunque lleve hermosa ropa, para el espacio está usted desnuda. Yo también, igualito. Todo el mundo. Sí, también Guillermo III (1817-1890, rey de los Países Bajos), oigan.

(Risas). También Guillermo III.

Y quien no quiera saberlo... y quien no quiera saberlo: en este momento no hay en toda la tierra ni un solo ser humano, por muy sagrado que sea, que a los demás... aunque les pongan coronas sobre la cabeza... todos seguimos los pasos de nuestra propia desgracia y miseria construida. Y si es que podemos ir a sentarnos, señora, creo que usted es aquí más o menos la mujer de mayor edad, ya podemos estar contentos que alguien nos tome de la mano y diga: "Hacia la derecha. Y ahora atención, porque hay grava". Grava. El ciego tiene gratitud aquí en el mundo, pero nosotros somos espiritualmente ciegos, señora. ¿No creen? Y entonces vuelven a decir: "Hacia la derecha". Y dicen: "Ahora ya te animaré un poco", porque así podrá cruzar una acequia, una que tiene cien mil metros de profundidad. Se ahogará. Y entonces no nos queda más remedio que entregarnos y saltar. Todas esas lecciones las recibimos.

Otro ser humano todavía se estrellará y se queda mirando, impotente, un cielo espléndido, pero entonces contemplan la condena y un Juicio Final, y un Dios de venganza y de odio. ¿No es así? Y nosotros que ya sabemos, que no somos omniscientes, pero nosotros que recibimos el camino y empezamos

a sentir una mano nos la quitamos de encima de un manotazo y si hace falta encima le metemos una daga, por lo que la mano espiritual se queda clavada a nuestro pequeño yo: así es como queremos que sea. ¿No es así? Así lo hacemos. Sí, señor. ¿O es...?

¿Cómo dice?

(Un señor en la sala):

—Digo: mejor no.

—¿Qué mejor no? Sí, pero eso lo hacemos todos los días.

“Mejor no”, dice alguien allí. Mejor no. Ah, ¿usted quiere decir: mejor no tener que hacerlo? ¿Mejor no hacerlo así?

(Señor en la sala):

—Entonces no hacerlo para nada.

—Sí. Pero de eso estamos hablando ahora. El ser humano, el ser humano, el ser humano.

Y si entonces llegamos a esos mundos, señora, de los que habla usted...

“Cuando tengamos que volver a la tierra en el mundo de lo inconsciente, allí tendrá que haber algo que despierte el sentimiento, ¿no?”.

¿Quién despierta, eso, pues? ¿Lo ve? Será mejor que con mucha atención... Le daré esas cartas para que se las lleve y entonces... Oigan, de castigo los voy a hacer copiar esta noche una y otra vez lo mismo Allí pondré lo que tendrán que debatir.

¿Pero a quién va a despertar usted en el mundo para el renacer, señora? ¿A quién? Eso lo he explicado aquí cien veces. Y usted ha asistido. Pero parece que no es sencillo asimilarlo y retenerlo. ¿Quién lo tiene? ¿Quién lo despierta?

(Señor en la sala):

—Uno mismo.

(La gente habla a la vez).

(Señor en la sala):

—La chispa divina.

—La chispa divina lo despierta, y eso lo es usted mismo.

(Alguien dice algo inaudible).

—¿Qué dice?

(Señor en la sala):

—La tierra.

—No, señor. No, señor. No hay más que una sola ley. No, mire, es posible ponerse a hablar de leyes con esto lo otro y aquello, pero junto a eso también hay una esencia. ¿Qué es, pues?

(Alguien dice algo inaudible).

¿Su cordel?

(Señora en la sala):

—El nacimiento.

—El nacimiento. Sí, también es nacimiento.

(Señora en la sala):

—¿Causa y efecto?

—Tampoco. Bueno, también un poco, eso ya la retirará a usted más tarde, entonces se manifiesta la ley y esta es: causa y efecto, y leyes del karma. Entonces esa ley será aún más fuerte que nosotros, porque eso se llama “karma”, pero es el ser humano al que hemos asesinado; y este dirá: “A ver, un momento, usted todavía me debe una vida”. Claro, claro, claro, y aquí ya se pelean por un poco de amor. Pero entonces hay un alma de esas que dice: “Aún me debe usted una vida entera, y después otra y otra y otra y otra y otra. Oiga, a ver si hoy me paga”.

¿Sabe usted cómo se pueden pagar las deudas en el cosmos, señora? ¿A ver?

(Señora en la sala):

—... vidas.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Por medio de las vidas.

—¿Cómo dice? Solo dándole un nuevo cuerpo al ser humano. Esas son las cuentas divinas. Y por el amor, el amor, el amor, sí, sí. Esta noche estamos llenos aquí.

La esencia “tierra” ya no tiene nada que ver con eso, porque hemos completado el ciclo de la tierra, y ahora nos atrae justamente aquella alma a la que hemos machacado la cara. Y esa dice: “Vuelve. Estoy aquí, usted en la tierra, necesito tener mi cuerpo”. Y así llegará usted a parar infaliblemente a donde los indios, los negros, los rusos, los noruegos, los suecos. Hablará usted francés, alemán e inglés, señor, recibirá todos los idiomas del mundo gratis; con tal de que nazca usted donde la madre que hable francés. Y esta lo sacará de aquella inconmensurabilidad y dirá —descenderá usted infaliblemente—: “Quiero que se me infunda alma, quiero tener una nueva vida”. ¿No es divertido?

Mire, esas son las leyes, señora, señoras y señores, que el ser humano nunca jamás tendrá en sus manos. Estas son las leyes esenciales divinas que puede usted vivir. Pero allí sigue estando todavía la infalible justicia divina. Y el erudito, el pastor protestante, el catedrático, el teólogo dicen: “Sí, Dios trabaja de modo infalible para el ser humano”.

No, señora, Dios ya no tiene nada que ver con eso, eso va de forma infalible de alma a alma; y no podemos llegar a tenerlo en nuestras manos. Porque el ser humano nacerá con aquello con lo que usted tiene que ver. Aquí en la tierra los seres humanos decimos, pues, si recibes una paliza: “Mejor me voy, ahí te quedas”. Señor, acábelo, por el amor de Dios. Porque no es posible encontrarse con ni un solo ser humano que no le corresponda. Qué

clase de injusticia sería si allí llegáramos a tener que ver con personas que no hubiéramos visto, sin lugar a duda, en esos millones de eras.

Señor, ha vivido usted todo lo que hay aquí en la sala, ha tenido que ver con eso y con toda esta humanidad, porque esta ha surgido por un solo padre y madre. Y eso significa: es el Dios como padre y madre, como Omnimadre en el ser humano. Y todos estamos atados a eso. Porque en el Omnigrado millones de personas somos un solo padre, una sola madre, y entonces ya no se trata de ninguna manera de los Gerritsen y Jansen y Abraham y Nico, señor, entonces ya habremos perdido los nombres, y habremos perdido la familia, porque no tendremos más que un solo amor universal. ¿No es así? Y entonces todos nos convertiremos en Nuestro Señor, en Cristo. Porque ella será como Cristo, y él también. Y él será Dios y ella será Dios. Y entre los dos representaremos el espacio. Y aquí son personas. Sí.

Hoy hubo alguien que volvió por equis miles de años al Omnigrado, y en el otro lado los tuvo que reunir a todos y decir: “A ver, vengan aquí, señores. ¿Han visto la que me han jugado allí? Hoy a eso se llama...”. Y si uno entra en eso y quiere aceptar... No, señoras y señores, entonces a eso ya no se le llama: “Bueno, echaré un vistazo por si hay algo que vive allí todavía por mí”. Es un arte buscarse en este mundo unos hermosos sentimientos. Pero uno nunca se libra de las cuentas pendientes. Es un arte.

Y ese ser humano se pone a buscar... Alguien estaba conmigo, dice: “¿Ya no me da la real gana!”. Digo: “Señor, vaya usted, tiene dinero de sobra”. Digo: “Pero no se olvide: se lleva usted a sí mismo”. Y fue por él que otra persona se partió el cuello. Y quería buscar otra cosa. Y es esto lo que ella quiere buscar. No, señor, señora, tenemos que aclararlo juntos, aunque sea a puñetazos, y desde luego hacer algo bueno con esta evolución. Si es esto a lo que usted se refiere, puedo añadir algo. Entonces alcanzaremos la claridad inmaculada universal. Por la paliza que uno recibe hoy hay que sentir gratitud, si uno mismo ha colocado las leyes para lo equivocado. La ley que tenemos que aceptar como una paliza, santo cielo, santo cielo, es psicopatía, demencia, es cáncer y tuberculosis para este Occidente, y es lo peor que existe. ¿No es así?

Y sobre esto también se puede escribir otro libro.

Y usted pregunta encima: “¿Es entonces el esperma que adquiere conciencia, que nos da allí ese sentimiento?”.

Es una gloria ver el lío que sigue teniendo usted. Ahora encima estamos con el esperma.

“¿Es entonces el esperma que adquiere conciencia, que nos da allí ese sentimiento? El alma material infundida a este esperma en concreto ¿contiene la animación de ese cuerpo depuesto de aquella vida para la que tenemos que volver para hacer algo bueno a partir de ella? Lo mismo es aplicable al huevo”. El gallo está también allí, naturalmente, pero ahora no está. “¿Es que

entonces cualquier espermatozoide y óvulo representa una vida nuestra?”.

¿Se enteran ustedes de algo, señoras y señores? Yo no.

Lo siento muchísimo, señora. Sabe usted pensar bien, pero el que mucho abarca, poco aprieta. ¿Esperaba otra cosa de mí? ¿Le importa que la zarandee un poco de arriba abajo? ¿No? Entonces ya es usted una heroína. Porque la mayor parte de la gente eso ni lo quiere. Entonces dicen: mejor ya no hago más preguntas, ese tipo te hace añicos. No los hago añicos. Pero tenemos que... De verdad, ya no me aclaro, ya no logro aclararme. Esto va demasiado lejos para mí.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—¿Para usted no, señor Götte?

No está lejos. Está cerca. Encima ya casi se había llevado usted una hermosa pregunta.

(Señor en la sala):

—Eso espero.

—Sí, tengo más. A ver, a ver. Si no otro vez me dan una paliza.

Señora, siga y aclárese usted misma.

Aquí tengo... Ya lo ven, a veces nos encontramos ante cosas, entonces es demasiado, y entonces ya no lo pueden analizar. Porque aunque puedo analizarlo, tendría que ... para la creación entera entonces, allí, aquí y allá, tendría que poner fundamentos, y entonces lo retendremos, y tendremos que atravesar un momento el reino animal, y después irán ustedes a la reencarnación, al renacer, encima miles de libros.

¿Es así? ¿Sí? Y ahora... mejor no se destrocen las uñas a mordiscos.

“El cuerpo de los sentimientos...”, preguntan por aquí, “Una mirada en el más allá”, página 72: el cuerpo de los sentimientos es lo divino a nivel esencial, el ser humano debe desarrollarlo para poder hacer la transición hacia un estado existencial más elevado. Esto es lo que se dice de los desdoblamientos corporales. ¿Cómo es posible, pues, desarrollar ese sentimiento?”. Es una pregunta bonita. “Eso no se consigue leyendo libros y siguiendo conferencias, como usted ya ha dicho, por cierto”.

Pero, señora, ¿he dicho yo eso? ¿Es que no puede usted aclarar por su cuenta que no aprende ni jota de mis conferencias ni de la lectura de mis libros?

(Señora en la sala):

—Hace poco también lo dijo.

—Es que lo dije. Por medio de la lectura de los libros y de todas esas conferencias aprendemos... No se crean que me afecta en lo más mínimo. Pero ¿piensan que de verdad creo, señora, que aprende usted algo, solo por las conferencias y esas cosas? A veces es desesperante, oiga, ya lo he dicho más veces, aclararlo, porque seguimos estando locos, somos tan desastrosos los seres humanos: damos golpes y patadas y más cosas. ¿Cómo es posible, pues,

hacer que despierten estos sentimientos, esta esencia divina de la que habla esta señora? ¿No tenemos sobre eso ya una veintena o treintena de cintas? ¿Y no hemos hablado de esto durante tres años? ¿No lo sabía usted? ¿De verdad que no lo sabía? Usted sí que lo sabe, señora, le demostraré que lo sabe.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Bueno?

(Señor en la sala):

—Siendo serviciales.

—Siendo serviciales.

(Señor en la sala):

—... aceptando.

—Siendo serviciales. Tenemos que entrar en armonía con las leyes divinas, y eso es: armonía, benevolencia, justicia, comprensión, amor universal.

¿Quién de nosotros tiene eso?

Si lo tienen de verdad, entonces se dilatan, y no necesitarán nada del mundo, ni sabiduría ni libros ni maestros. Pero se han partido el cuello interior, y por qué no nos iban a advertir entonces: hazlo así, hazlo así, hazlo así.

“El maestro Zelanus ha conseguido más con sus libros que nosotros con nuestra cosmología”, dice el maestro Alcar, “porque pudo poner en alerta al ser humano ante el suicidio. “Sí”, dice el maestro Alcar, “el maestro Zelanus tuvo ese honor de contárselo a aquella vida, porque yo también me suicidé en alguna parte”, dice, “y hasta veinte veces”. ¡Y todos, ustedes, todos!

(Dirigiéndose a alguien que entra a la sala):

Pase.

¿Lo ve? El suicidio, señora, conduce al ser humano a la desintegración, solo hacia un estado que le priva a usted de la vida durante un tiempo. Eso es el suicidio. Da igual en qué clase de asesinato se encuentre o viva, o los que haya cometido, de todas formas volverá a salir de allí, señora, tarde o temprano. Solo que hemos... allí estamos otra vez... por un solo asesinato, una sola muerte —matamos a un ser humano— detenemos nuestro camino creador, alumbrador, divino, armonioso. Ese camino, es decir, es un senderito, aquí estamos, ahora nos ponemos a caminar, y ahora cometemos un asesinato: zas, así bloqueamos ese camino y volvemos perdidos de esa armonía. Ya no podemos avanzar ni dar marcha atrás, ni ir a la izquierda o a la derecha. Estamos bloqueados, estamos parados.

¿Cuántas veces no cometemos un asesinato espiritual? Es así. Allí estamos. Y entonces bien puedes decir: “Sí, sí, sí, sí, sí”. Allí estamos, henos aquí ahora.

¿Cómo se despiertan nuestros sentimientos divinos, esa esencia divina en nosotros, por medio de qué? Bien, ya pueden empezar, ahora la sociedad entera la pueden... A ver, ahora retengan esto, señoras y señores, así podrán grabar diez cintas. Esta es, pues, la esencia, la cuestión esencial para todas

nuestras vidas. Solo para dar en el blanco, solo para decir: “Bueno, más adelante ya tendrás que vértelas conmigo...”. Si el ser humano alguna vez comete un acto equivocado, el espacio ya mete un hachazo. Nosotros nos ponemos a machacar y entonces pensamos: ‘Quizá ayude’. Quizá, quizá, quizá. Ya tampoco lo puedes hacer por tercera y cuarta vez, porque entonces alejas a golpes todo tu ser y todo tu espacio. Puedes gritar y ladrar y castigar al ser humano; el padre, la madre puede castigar todavía al niño, pero a la gente adulta ya no la puedes castigar. ¿Cómo conseguimos que nuestros sentimientos se dilaten? De eso tratan, pues, las conferencias en Diligentia, sobre el origen del universo. Si el universo no hubiera podido hacer eso, no tendríamos espacio. ¿Sí?

¡Empiecen ya! Empiecen ya: ¿cómo logramos que eso despierte? Sí, sirviendo. ¿Quién de nosotros sirve? ¿Quién de ustedes... quién sirve en la sociedad? Cada ser humano es pagado todavía por sus servicios, porque tiene que hacerlo. Todavía no ha llegado nadie al mundo que recibiera los millones del espacio a cambio de nada. Todos tenemos que trabajar por ello. Y uno sigue siendo pagado por su trabajo.

¿Qué le parece, señor?

Lo primero que nos importa es alimentarnos. Y después nos ponemos a ver una vivienda, mientras otros miran un coche, un Cadillac, y un teléfono y mayordomos y sirvientes, y millones, y cristal fino. Vaya, que la gente anda con brillantitos. Primero tienen que quitarse ustedes esas cosas de un manotazo. ¡ Son perifollos, ruido, alboroto! Señor, quien sea sencillo para el espacio ni siquiera quiere esas majaderías. Fuera. Porque no hace más que convertirnos en títeres, es decir, ya estamos llamando la atención.

¿Cómo queremos materializar y espiritualizar nuestros sentimientos para entrar en armonía con ese espacio?

Señora, ¿dónde vive su chispa divina? ¿Dónde, pues, vive ahora su chispa divina, señor Berends, señoras y señores?

(Señor en la sala):

—Aquí dentro de nosotros.

—Aquí, en la garganta, ¿verdad? Sí, la chispa divina está en la garganta.

(Señora en la sala):

—¿De verdad?

(Señor en la sala):

—En el plexo solar.

—En las amígdalas. En el plexo solar: ya le gustaría.

(Señora en la sala):

—Lo eres tú.

—Sí, señora. Cuando hablan los sentimientos, habla la chispa divina en un grado preanimal, animal, basto material, material.

¿Quién de nosotros ya es capaz de hablar espiritualmente? ¿Hablar es-

piritualmente? ¿Quién de nosotros actúa espiritualmente, directamente sintonizado con ese mundo espiritual astral, para la armonía, la benevolencia, la justicia, el amor, la paternidad y maternidad? ¿Quién de nosotros?

(Señor en la sala):

—No, somos incapaces. Pero usted preguntó: ¿dónde habita la chispa divina?

—Bien. Sí, ¿dónde está? ¿Quién de nosotros la despierta? ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién es capaz?

(Señor en la sala):

—No, aún no hemos avanzado tanto.

—Y sin embargo, ahí está, porque solo hubo uno que dijo: “Si quiere usted hacer despertar su yo divino... por encima de Mi cabeza y Mi vida...”. Y no nos da la real gana. ¿Quién fue entonces? ¿Mahoma acaso?

(Señora en la sala):

—Cristo.

—¿Lo ve? Si lo retenemos a Él, a ese mismo Cristo, si a Él lo retenemos, y no matarás y amarás al prójimo como a ti mismo... Pero el ser humano se asfixia en su avaricia, en su tacañería y en todo lo que tenemos por aquí en la sociedad. Lo que hacemos miles de veces es: primero yo, yo, yo, yo yo y mil veces más yo, yo, yo, yo. Y después ya nos pondremos a ver si ese hermano o hermana de nosotros todavía tiene qué comer. ¿No es así?

Sí, y eso está muy claro, señor. Si llegan a estar ante la ley espiritual, ante la verdadera armonía divina —eso también lo hemos aprendido— no hará falta que ayuden a nadie, porque cada cual se cuida a sí mismo, y es lo que tienen que hacer. Ustedes han vivido más de una vez que precisamente por ser tan buenos echan a perder al ser humano. Y entonces es mejor aceptar la paliza, señor, que representar sentimientos empalagosos y dar rodeos. Díganse la verdad, sin preocuparse, y así tendrán al menos una ley espiritual en sus manos. Pero déjenlo. No lo sigan haciendo.

Señor, ¿dónde viven nuestros sentimientos? ¿Cómo logramos materializar nuestros sentimientos —es la armonía para la sociedad con todo— y cómo los espiritualizamos? Y estarán ustedes mismos, como hombre y mujer, ante los sistemas filosóficos de Sócrates, Platón, Aristóteles, Immanuel Kant, Jung y Adler y el resto que aún vendrá.

(Una señora dice algo inaudible).

¿Cómo dice?

(Una señora en la sala):

—Eso es bastante.

—¿Quién dice: “Eso es bastante”?

¿Es bastante? Señora, no es nada.

Sócrates, Platón y Aristóteles son genios del mundo, pero el grado es-

piritual para pensar realmente de forma divina, espiritual, espacial, no lo han determinado ellos, ni lo han fundamentado, porque Sócrates aún no era un genio en el espíritu.

Aquí tenemos teólogos, señora, que son los más raquíuticos del mundo y conocen la Biblia, pueden contarle una hermosa historia de cómo esos nombres —cómo se llama aquel, Ibrahim y Damasco allá, hace mucho, mucho, mucho— vivieron y cómo caminaron. Y entonces se le vendrá encima un montón de odio. Y eso, pues, es lo que tiene un teólogo.

¿Quieren hacerme creer que esas personas son espiritual y divinamente conscientes? Aún tienen la Biblia. Sí, sí, también la necesitamos. Pero tienen un Dios de odio y un Dios de venganza y de “a repartir leña”, que condena. Que destruye a una vida y a la otra le dice: “Cuidado, hijos, primero hay que ponerse detrás de mí, pero antes destruiré en un pispás a cinco mil”. Ese es el hermoso Dios del Antiguo Testamento, ese canalla. Deberían oírlo.

Aquí hemos tenido gente que no soportaba que yo increpara a Dios, al menos a aquel, al de las canalladas.

Unos sentimientos que piensan de verdad ya no aceptan eso. Así que si uno quiere despertar de verdad divina y espiritualmente, señora, entonces hay que eliminar esa condena. Porque tarde o temprano te vuelves a estrellar de todas formas. Es cuando dices: “Tú, muérete. A ti mejor que te condenen. A ese hombre ese mejor meterlo en ese horno al rojo vivo, con ella, porque han robado dos frutitas. Caminaban junto al paraíso, tenían sed y hambre, mangaron dos para cada uno y los metieron en la cárcel. Vaya, vaya. La administración de justicia de Holanda y de la humanidad.

Señora, a ver, ¿dónde vive el sentimiento, el sentimiento divino?

Dijo hace un momento: eso son los sentimientos, ¿verdad?, el plexo solar.

(Señor en la sala):

—Así es.

—Ya le gustaría. Allí no reside. Porque el plexo solar, señor, el plexo solar como sentimiento pertenece al organismo humano y es subconsciencia, ¿verdad? Porque no se puede ver, ¿no? El doctor Tenhaeff, nuestro parapsicólogo, dice: “Eso es consciencia divina”. No, señor, forma parte de la consciencia diurna, porque por dentro sentimos y pensamos, exteriormente, y entonces cruza nuestros labios y decimos lo que queremos desde dentro. ¡Pero eso aún no es la chispa divina!

¿Qué es, pues, la chispa divina en el ser humano?

(Una señora en la sala):

—El alma.

(La gente habla a la vez).

¿Cómo dice?

(Una señora en la sala):

—Paternidad y maternidad.

—Paternidad y maternidad. No, señora.

(Una señora en la sala):

—El alma.

(Un señora en la sala):

—Los ojos.

—¿Señor?

(Un señor en la sala):

—Los ojos.

—Los ojos. No, señor.

(Un señor en la sala):

—El sentimiento.

—No, señor.

(Una señora en la sala):

—La vida.

—Sí, señora. La vida. La vida, que ni un solo ser humano llega a controlar. Porque cuando esa vida comienza en la madre, la chispa divina, al comienzo, está infundiendo alma al embrión, e impulsándola, desde el inicio, al inicio, y esa es la vida divina. Entonces no es sentimiento, solo la vida. Porque al final, todo no es más que vida.

Señora, la felicito.

La esencia divina, señora, los sentimientos divinos están en el dedo meñique, en esa mano, si no sisamos, y no llegamos de tal manera para no hacer más que sacarnos los ojos... Porque uno tiene que cuidarse siempre de que nuestros deditos sean delicados y sensibles, pero, ay, ay, ay.

(El técnico de sonido):

—Unos tres minutos.

—Quedan unos tres minutos.

La esencia divina, señora, la es usted por entero, vive en sus pies, incluso en parte de su juanete, en los pelillos grises, en los músculos del cuello, la sangre, su vida. Aquello que la mantiene en vida aquí en la tierra es la esencia divina. Y ahora detrás del ataúd, señora, ¿qué es lo que hay allí? Así que el espíritu como ser humano es el envoltorio de esa vida detrás del ataúd, como ser humano, y tiene ojos, dientecitos, una nariz y manitas y piernas y pies. Pero la vida divina, a su vez, que vive en todo, es el alma como la chispa divina con sintonización para los sentimientos humanos como hombre y mujer. Los sentimientos son, pues, el sentimiento y pensamiento personal para darnos forma por medio de la palabra. Porque si fuéramos ciegos y sordos, señora, todavía viviríamos, y seguiría la vida. Y si ahora uno se encuentra con un sordo y con alguien que es más ciego que un topo, señora —una palabra dura—, verá de todas formas que la vida es elocuente en ese sordomudo y en

ese ciego, que hay presencia de amor como sentimiento, y entonces habla la vida como ser humano con sintonización divina. ¿Ha quedado claro?

Es imposible simplificar más esta doctrina, esta sabiduría, si uno siente que hacemos sintonizar nuestras manos y nuestras piernas y nuestra túnica, los ojos, los sentidos sobre todo, el mirar hacia afuera y el dilatarse en nuestro grado espiritual, para nuestra posesión interior. Pero nos nutrimos de la vida para dar forma a los sentimientos, es el plexo solar, aquí, debajo del estómago, desde donde pensamos y sentimos y actuamos. ¿No le parece divertido, señor?

(Un señor en la sala):

—Desde luego.

—Bueno, hasta aquí, seguramente se habrán asustado, porque el té está listo. Aunque todavía no se hayan encendido las luces, tenemos que parar, nos queda un solo minuto.

Señoras y señores, enseguida continuamos.

DESCANSO

Señoras y señores, aquí tengo una carta muy larga.

Voy a leerla aquí. De alguna manera sí que vale la pena. La señora está aquí, y la persona de quien sea ya lo oirá, pero algo tiene.

“Si no le robo demasiado tiempo...”, espero que eso la gente también lo acepte un momento, “... entonces me haría un gran favor si le echa un vistazo a esto. Se trata de mi recorrido vital. La razón por la que pongo a su disposición esta misiva es que quiero hacerle algunas preguntas al respecto. Me gustaría no hacerlo el jueves por la noche, porque jamás lo comento con nadie y no lo quiero saber. Por eso espero recibir de usted una respuesta oral...”, bueno, pues, entonces lo hacemos de esta manera, “... si tiene usted un momentito para mí, por ejemplo durante el descanso”. Es que toma demasiado tiempo.

“Mi familia”, allí vamos, “mi familia por parte paterna estaba forrada y tenía mucho prestigio. Mis abuelos paternos fueron tan estúpidos de enseñarles a sus hijos que no les hacía falta trabajar, porque eran ricos”. Bastante estúpido, sí. “Las consecuencias fueron graves. Mi padre viajó por medio mundo y no pensó en otra cosa que en el placer. Aun así, era un gran pintor, pero solo pintaba cuando de vez en cuando le entraban ganas. Sumergido en el mundo del placer conoció a mi madre, una mujer hermosa. Era la hija de un gran artista, que no actuaba bajo su propio nombre, formaba parte de una compañía de teatro, que antes era conocida. Se casó con mi madre en Estados Unidos. Fruto de este matrimonio nacieron cinco hijos, tres hermanos, una hermana y yo, la más joven. Mi padre desconocía el valor del dinero, de modo que no

pasó mucho tiempo antes de que se le acabara. Después se fue a Ámsterdam, donde vivían sus pudientes padres, para ir a por más dinero, claro. Sí que lo recibió, pero con la condición de que volviera a Estados Unidos con su mujer e hijos”. O sea que estos de aquí en Holanda pensaron: ‘Aquí tienes algo, pero lárgate. Así no nos causa molestias’. “Porque ellos veían un matrimonio con la hija de un artista como algo despreciable”. Eso, claro, ya es un poco anticuado. “Así hicieron. También este dinero se acabó. Mi padre se enganchó a la bebida y el final fue un suicidio”. Bueno, pues ese ya tuvo lo que le tocaba. “Entonces apareció la desgracia en nuestra familia. Mi madre no fue capaz de encargarse de cinco hijos. Sí que lo intentaba, pero no lo conseguía. Un hermanito mío murió por la precariedad. Mi madre vivía por entonces otra vez en Ámsterdam. Pidió ayuda a mis abuelos paternos. Fue decisivo. Sí que estaban dispuestos a ayudar, pero a condición de que renunciara a sus cuatro hijos, que firmara un documento, de que jamás volviera a dar señales de vida...”, menudos canallas, “... porque llevábamos su nombre”.

Lo que la gente no hacía antes por su renombre. Shake..., Jaquespeare dijo... (Risas).

Sí, así se llama, ¿no? Jaquespear, Shakespeare, Shaquesper, Jaquespear dijo: “What is in a name?”. Pero ¿qué es un nombre en este mundo? Nada. Pero antes cometían asesinatos por un nombre. Bueno, hoy en día también todavía, algunas veces. Porque si te apellidas Titlatutlatá, entonces, por lo visto, tienes aún más... No, ahora ya no, no, ahora ya no. No, eso ya desapareció, a esa nobleza, la última guerra, desde luego que le...

(Señora en la sala):

—... le retorció el pescuezo.

—Sí, les dio el golpe de gracia. Sí, dicho de forma dura: “el golpe de gracia”. Los barones y los condes ya no pintan nada, porque ahora miramos al ser humano. Pero antes, ¿verdad, señor?, todavía querían un poco en plan: “Que soy esto”, con plumas en el abrigo. Nos importa un comino, señor. ¿Quién es usted? ¿Qué quiere usted? Los barones y condes antes significaban muchísimo. Eso resulta aquí también.

¿Dónde nos habíamos quedado? “Fue decisivo.

Sí que estaban dispuestos a ayudar, pero a condición de que renunciara a sus cuatro hijos”. Es horrible, ¿verdad? Firmar un documento, “que firmara un documento, de que jamás volviera a dar señales de vida. Porque llevábamos su nombre, ¿entiende?, querían educarnos conforme a su clase social”. Eso antes era horrible. “Pero ella tenía que volver a Estados Unidos. Hizo este sacrificio por el bien de sus hijos”. Esto sí que es terrible. “Cuando mi madre se fue con una cierta cantidad de dinero, nos metieron en un orfanato. Pagaban por nosotros, pero por lo demás no nos hacían caso alguno”. Muy cristiano, también. “Tuvimos que buscar nuestro propio camino”.

Pues esa señora desde luego que ha vivido lo suyo. “Mi hermano mayor, que conoció tanto a mi padre como a mi madre, se hizo a la mar. Sobre todo mucho a Estados Unidos para buscar a nuestra madre. Nos quería con locura y era como un padre. Murió en el mar, siendo joven. Mi otro hermano murió de cáncer óseo. Y mi hermana, que también se fue más tarde a Estados Unidos, murió en una profunda miseria”. Qué dramas, qué dramas. “Yo me casé joven, pero todo lo que emprendíamos nos era arrancado de las manos. Juntos hemos trabajado duro para dar a mis hijos...”, de modo que esta señora también se casó, “... para dar a mis hijos una buena educación. Y lo conseguimos. Lo poco que nos había quedado, un buen ajuar doméstico, se perdió entero por la guerra. Todo adiós, nuestra casa, todo, por el bombardeo de (la ciudad de) Arnhem. Sí que nos dieron una indemnización, pero muy poco, todo estaba caro etc. etc. Pero ocupó una sola habitación en casa de mis hijos y Willem Drees me da de vivir (primer ministro durante la reconstrucción después de la Segunda Guerra Mundial; durante su mandato se introdujo la ley sobre la jubilación, por la que todo el mundo empezó a recibir una jubilación estatal después de los 65 años)”.

¿Lo ven, señoras y señores, que tenemos que hacer algo por Willem Drees, por poco que sea? Nosotros votamos a Drees.

(Risas).

Pues que me dé un poco de comisión.

(Risas).

Pues, sí, si lo supiera el bueno de Willem. Tan malo no es, ¿no les parece? Porque, por ejemplo, que él ya haya...

Ay, la de dramas que hay. La semana pasada otro. Ah, sí, Willem Drees tiene cosas buenas, pero también malas. No puede ir corriendo detrás de la gente y mirar lo que hacen con su dinero.

Hay un tipo que vive de Willem Drees, con mujer e hijos, pero está analizando la lotería para hundir al estado holandés. Dice: “Voy a hacer algo bonito, y dejaré fuera de juego al mundo entero”. Miren, un loco fantástico. Ese hombre en la vida ha hecho una cosa decente y ahora vive del desempleo. Y tiraniza al ser humano y da hachazos, es como sádico, así de malo; y el tipo recibe ayuda. Miren, para unos es bueno —y allí estamos otra vez— y para otros es malo, porque a este hombre habría que ponerlo a picar en la mina, a trabajar la tierra; porque demasiada consideración y ayuda, señoras y señores, eso... Ya lo oiremos más adelante, ya verán, y entonces oirán y vivirán en qué lo convierte el ser humano. Y entonces Willem Drees... el gobierno, en cualquier caso los del SDAP (este partido fundado en 1894, predecesor del partido laborista holandés —PvdA— se llamaba Partido Socialdemócrata de los Trabajadores y fue prohibido durante la guerra; no hay que confundirla con el NSDAP de Hitler), ¿verdad?, ellos tenían buenas intenciones, pero el

ser humano echa las margaritas a los cerdos. Cuando uno oye los dramas que a su vez, por la ayuda... O sea que por las subvenciones vuelven a tener la oportunidad de destrozar todavía la vida de los demás. Cuando uno oye los dramas, señora... Pero aquí sí que es un poco diferente.

“Drees me da de vivir. Llego, pero apretando el cinturón”. Eso es lógico, señora. “Los niños tienen su propia vida, casi nunca los veo. Alguna vez he dicho algo de eso y entonces nos respondían: ‘Bueno, es que eso es así hoy en día. Tenemos nuestra propia familia y ustedes son (vosotros sois) viejos’”.

Dios mío, Dios mío, solo hay que fijarse un momento. ¿Dónde está el amor: los hijos, los padres? Cuando uno contempla todo eso y uno empieza a mirar en el mundo astral, y empieza a comparar al ser humano... Bien lo sabemos: no tenemos nada que ver con los demás, solo tenemos que acabar aquello que poseemos ahora. ¿Es usted madre? ¿Es usted hombre? Complete su vida, de forma hermosa, tendrá que empezar con ello enseguida; la propia sangre no dice nada si no compartimos sentimientos. Si no profesamos amor los unos por los otros, ¿qué significa entonces el sentimiento? ¿Qué dice entonces el amor fraternal? ¿Qué significa entonces el hijo para la madre?

En la guerra hemos presenciado que... un oficial, conocí a ese hombre — los padres no querían saber nada de Adolf Hitler— es miembro de los colaboracionistas holandeses de los nazis, llega a casa, está encendido, dice: “Aquí nada de cuentos”, con el uniforme puesto, dice, “porque entonces ya mandaré yo”. Con diecinueve años.

El padre dice: “Hendrik”, resulta que se llamaba Hendrik, “tengo un bonito regalo para ti, está arriba, te va a gustar, y a tu jefe también”.

“¿Lo dices en serio, papá?”. “Vente para arriba”. El hombre sube las escaleras: le pega un tiro en la cabeza, sin más.

Dice: “Mujer, antes de que acaben con nosotros acabaré con él, porque ese muchacho solo es capaz de hacer cosas malas”. Le pegó un tiro en la cabeza a su hijo, sin más.

Eso pasó, señora.

Cuántos asesinatos no se han producido por miedo, en la guerra, de los que los padres tuvieron que tragarse, con sus queridos hijos e hijitas delante de ellos diciendo: “Este tiempo es nuestro”. Oh, si uno empezara a escribir libros sobre eso... Pero la mayoría de la gente ya no lo quiere oír y se ha olvidado, pero: es horrible.

Eso lo supe por casualidad. El hijo entró con su uniforme. (En alemán): “Ich bin Sturmführer” (“Soy jefe de asalto”). Y el padre dijo al instante: “Entonces ya te sacaré a golpes esto de los asaltos”. Lo pensó, fui hacia arriba y mató a su hijo, sin más, muerto y bien muerto. Dice: “Me entregué. Y he hecho esto y lo otro”. Más tarde lo absolvieron. Dice: “Porque de lo contrario habría quedado destruida toda nuestra casa”.

Pero cuántos no ha habido que tuvieron que violentar a sus hijos para protegerlos, ¿verdad?, contra los accidentes, las desgracias, la miseria.

Gente que había acogido en su casa a un hijo. El chico alberga odio, eran judíos, y el muchacho va creciendo, cumple veinte años, veintiuno, veintidós. De modo que esa gente adoptó al chiquito, judíos. Pero cuando llegó Hitler y empezó Mussert, directamente delató a los judíos y fueron enviados a Dachau. Y él se quedó con el dinero, porque eran ricos, a él lo que le importaba era el dinero, y de golpe se hizo... Pero delató a su padre y a su madre, a sus padres adoptivos, a los judíos. Ay, ay, ay, cuando uno oye esos dramas.

Otra madre que viene a verme. “Señor”, dice, “he educado a mi hijo. En esta vida de usted he... he leído los libros de los maestros. Y va a la escuela. Pienso: ‘Algo tendré que enseñarle’”. Y lo mete en una escuela católica, le dan religión, se hace cien por cien católico, y ahora la madre ya se puede podrir. Cumple veintiún años, dice: “Vete, estás condenada y encima eres una bruja. Lees libros asquerosos, sórdidos, diabólicos”. Luego el cura le dijo algo más, y la madre que ya se quedó noqueada.

¿Qué pasa, pues, con el amor entre madre e hijo? El señor cura le dice a un muchacho de veintiún, veintidós años: “Tienes razón, puedes darle una buena bofetada, porque es diabólica”. Porque la madre lee libros espirituales. Sí, señora, ¿a dónde va esto? ¿A dónde va esto?

(Jozef retoma la lectura de la carta). “Los niños tienen su propia vida, casi nunca los veo”.

Señora, mejor alégrese de no verlos, porque ya lo oye, tal vez si tuviera demasiado contacto con esos encantos de niños... Quizá sean cariñosos y buenos, eso basta para sentir gratitud, mejor escoja su propio camino. Alguna vez dije algo de eso. Entonces tuvimos: “Bueno, eso es así hoy en día. Tenemos nuestra propia familia. Y ustedes son (vosotros sois) viejos”. Señor, lárguese de aquí.

Dios mío, qué contento puedo estar ya de luchar así para mi Crisje. Fijense qué revelación para las madres y los padres que puedan decir: “Mis chicos al menos se esfuerzan todo lo que pueden”. Uno tiene esto, otro aquello.

Cuando el ser humano... Si luego leen ‘Jeus III’, entonces comienza: “Hoy nacen muchos niños”. Sí, Crisje, ya lo sabe desde hace tanto, perderá... perderá a sus muchachos, se irán por el ancho mundo. Y ahora el maestro Zelanus ya se pone a bombardear, en la primera página ya empieza y dice, dice: “Sí, hoy quizá ya nazcan millón y medio de niños, o un millón, medio millón. Es muy sencillo. Pero ¿qué llegarán a ser? ¿Cómo crecerán?”

Me fui por el mundo. Jeus se va por el mundo. Johan se ha ido, Bernard se ha ido, ahora se va Jeus. Los demás se irán volando. Pero ¿que llegará a ser de los hijos? Menuda ciudad tan peligrosa, señora. Cuando fui a la ciudad, igual que Bernard, mamá dijo: “Chicos, chicos, chicos, cuidado, porque allí

acecha el diablo”. Y nosotros a buscar, señora. Y cuando llegué y andaba por la ciudad —ya les añado esta historieta— estaba buscando el diablo. Y más tarde volvimos donde Crisje y dije: “Crisje, todavía no lo he encontrado”. Digo: “Que dónde está eso lo sabrá su madre, pero yo no lo sé”. No éramos capaces de encontrar el diablo.

Pero ¿qué llegará a ser del ser humano cuando se le suelta en el mundo y controla su propia vida, señora, y van creciendo y dicen: “Ah, sí, mamá, papá, este es nuestro tiempo, ya son (sois) muy viejos”? Eso es una falta y una ausencia de algo de amabilidad, de un poco de sentimiento. Se sostiene a sí mismo, cuando el hijo se ha lanzado al mundo y ya no ves a tus padres... pero claro, tal vez el ser humano que tenga eso es un tipo un poco raro, eso dicen. Pero qué ocurre, pues, cuando tu madre sí que continúa allí y ella te suelta una palabra bien dicha... Claro, es que también las hay que no son angelitos. Hay quienes nunca están contentas y para ellas nunca podrás hacer algo bien, siempre siguen echando lágrimas, y seguramente refunfuños también, y entonces los hijos dicen: “Lárgate, porque encima no nos dejas descansar”.

Pero no supongo... porque conozco a esta señora, he podido mirarla a los ojos, es una buena persona, y luego resulta que tus propios hijos te ponen de patitas en la calle. Cuándo empezará el ser humano a tener un poco de cordialidad, un poco de sentimiento, lo cantan tan bonito en la radio: “Oh, hay que regalarse, para jóvenes y mayores, unas rosas rojas”. ¿Cantamos esa canción? Démonos unas rosas rojas. Pero para eso les falta sentimiento, les falta fuerza, les falta voluntad, se desfogan, viven para ellos mismos, los padres que los han dado a luz... ¿Y qué no les costó a los padres antes de que el hijo fuera adulto? Cuántas deudas y cuentas no tenemos que pagar ya solo por los pañales, que hemos... que hemos... que hemos...

Adelante, diga.

(Señor en la sala):

—... mancillado.

—¿Y qué clase de dolor y de pena en el corazón fue ese de una madre cuando teníamos la barriguita mal y nos dolía? Entonces ella tenía dolor, y tenía lo otro; todo eso se va al ataúd. Hay que ver el animal salvaje que es el ser humano en el fondo. En primero lugar de todos hay que meter a mazos un poco de amor: no te olvides de tus padres, porque te dieron a luz. Una madre es algo tan maravilloso. Puedo decir, gracias a Dios: “A Crisje no la he olvidado nunca, nunca, nunca, ni un minuto”. Y es una seguridad y algo hermoso.

El propio Hendrik el Largo vino a verme y me dijo: “Jeus, tu madre necesita otra vez algo”. Y entonces salía otra vez una breve carta. Y se ponían a llorar. Y el perro que todavía había —otro perro— también sabía muy bien que iba a pasar algo. Porque cuando llegaba el cartero —le tenía manía—,

cuando llegaba el cartero a la puerta, Crisje decía: “Pues sí que es curioso”, dice, “porque no soporta a ese hombre, este le dio una vez una patada”, no era más que una cosa pequeña, pero cuando llegaba una carta desde La Haya, no hacía nada. De eso se había dado cuenta. Y así era el animal, un perro, aún más inteligente, tenía más sentimiento, a veces tiene más sentimiento que el ser humano. Sobre eso desde luego que es posible escribir un libro. Pero será mejor que continúe.

(Jozef continúa con la carta). “El trato con los hijos es bueno, pero gélido. ¿No es así? Y vivimos así sin más juntos”.

Esa señora aún tiene a su marido, naturalmente. Señora y señor, recuerdos del Señor incluidos, ya pueden estar contentos de que se valen por ellos mismos. Imaginen que esa desgracia se añadiera. Sí que lo queremos tener en lo hermoso y queremos tener el sentimiento y la felicidad y un poco de amabilidad, un poco de comprensión mutua, pero cuando eso no lo hay... Aunque los maten a golpes, señora, no le servirá.

“Bien, ahora me dirá: ¿por qué tengo que saber todo esto? Nunca puedo hablar de esto con nadie. Pero todo es a veces tan pesado. Sí. Y tampoco quiero que nadie lo sepa”.

Esta carta, este estado, ha vuelto a ser el mismo que la de la señora con aquella otra pregunta... La gente odia, la gente es tan fría. Los niños son fríos. Echan a la madre a la calle.

Sí. Se pueden decir muchas cosas sobre esto. He conocido a madres; pero cuando veías y vivías la tiranía de esos viejitos los echabas de casa. Nada estaba bien, empezaban a poner de los nervios a los hijos: “Y yo haría esto y yo haría lo otro”, y nunca eran capaces de descansar, siempre querían tener alguien con quien hablar y también querían tener algo que decir en la vida doméstica de sus hijos. Y eso, claro, no podía ser. Y entonces había broncas, y al final encima tenía que intervenir la policía. Y el viejito se fue a la residencia de ancianos y estaba neurótico. ¿Por qué? Ese señor vino a verme, dice: “Señor, ¿es que entonces es buena persona? Todo lo hacemos nosotros”.

Pero allí había algo con muchas ganas de decir algo y que al final se convirtió en tiranía. No es necesario que sigamos los dramas en la sociedad. Así ya puede seguir uno escribiendo, pueden escribirse mil novelas más, porque en cada hogar y familia hay algo. ¿No es así?

“Nunca puedo hablarlo con nadie”.

Señora, puede parar a cualquiera en la calle y entonces le contarán las desgracias y entonces las puede contar usted también, y cuando haya contado todo, se irá de todas formas sola otra vez. Lo mejor es que no se deje afectar demasiado. Eso, naturalmente, es algo muy diferente.

“Tampoco quiero que nadie sepa. Mi pregunta es: ¿volveré a ver a mis padres?”. Sí, claro. Cuando sus padre... Ahora viene. “¿Volveré a ver a mi padre,

a mi madre?”.

Ese hombre que se ha desfogado, cuando él esté en el otro lado, lo volveré a ver sin duda y entonces él quizá la reconocerá como hija, era usted joven todavía, él tendrá que enmendar lo que hizo. Pero esto no le habría ocurrido si no tuviera nada que ver con ese padre y esa madre. ¿Entiende? Así que ellos la han atraído, nació, y vivió por medio de ellos. ¿Qué tiene que enmendar usted? ¿Y qué tienen que enmendar ellos? ¿Qué es lo que viviría por medio de ellos? Y ellos, ¿qué? El padre no se complicó la vida, gastó el dinero y se fue.

La madre hizo algo equivocado. Aunque me hubiera matado trabajando y aunque hubiera hecho esto y lo otro... Pero seamos honestos, esto quizá fue hace unos veinte años, o veinticinco, treinta, en esos tiempos las cosas eran diferentes. Pero ese padre del que se trata para usted, señora, ese padre lo tiene que enmendar. Pero su madre, esa madre hizo algo horrible para, a costa de la autoridad, de la voluntad... Esos padres, o sea, esos abuelos, de ese hombre: la obligaron a renunciar a los niños. Para mí eso no es una madre al cien por cien. Porque la madre —eso ni siquiera lo hace un tigre o un león o un lobo— no entrega sus hijos. Pero hay un atenuante: esa madre creyó que los padres de su marido decían: “Cuidaremos de los hijos. Usted no es capaz de hacerlo, deje que lo hagamos nosotros. Y entonces les daremos todo a los niños”. Pero entonces a ellos, cuando ella partió, entonces a ellos los metieron en un orfanato. Y eso también lo sabemos. Así las cosas cambian algo, pero sigue siendo una vida llena de horror; y de tiranía, no lo sé. Pero cuando uno oye a esos niños de los orfanatos de antes —aquí muchas veces también tenemos a algunos en la sala—, cuando uno oye los dramas de esos niños, es más que miserable.

Pero esa madre quizá lo hizo para salvar a sus hijos, porque ella no era capaz de ello. Aunque renunciar rotundamente a los hijos... Porque escuchen lo que viene ahora. La obligaron a renunciar a los hijos, y la madre se fue entonces a Estados Unidos, entregó los niños a los abuelos, estos, ni cortos ni perezosos, los metieron en un orfanato y pagaron.

“... pero por lo demás no nos hacían caso alguno.

Tuvimos que buscar nuestro propio camino. Mi hermano mayor, que conoció tanto a mi padre como a mi madre, se hizo a la mar. Sobre todo...”.

Ah, eso ya lo leí. Así que tengo que seguir por este lado. Cielo, qué cantidad, ¿verdad? Sí. Ahora ya me he hecho un lío. Ah, sí.

Hizo este sacrificio por el bien de sus hijos.

Cuando mi madre se fue con una cierta cantidad de dinero, nos metieron en un orfanato”. Eso ya lo tengo. Creo que yo mismo me he quedado impactado y ya no sé qué hacer con ello.

“Pagaban por nosotros, pero por lo demás no nos hacían caso alguno.

Tuvimos que buscar nuestro propio camino. Mi hermano mayor, que

conoció tanto a mi padre como a mi madre...”

Pero esto ya lo he leído, ¿no?

(Risas). Pero, ¿donde está el final?

(Señor en la sala):

—En la otra hoja...

—Sí, sí, la tengo.

(Señora en la sala):

—La otra carta.

—¿La otra cara? No, señora, esa también ya la he leído.

(Señora en la sala):

—Al lado.

—Ah, entonces será que tengo que acabar aquí, ¿no?

“Mi pregunta es...”. Ah, sí, eso lo teníamos. “Mi pregunta es esta: ¿volveré a ver a mis padres?”

Sí, señora, se lo que explicado, volverá a ver a ese hombre y él enmendará las cosas. Y su madre aprenderá que no lo debería haber hecho así. Porque a fin de cuentas, si eres una madre, eso lo peleas por tu cuenta. Ella... como circunstancia atenuante... ella pensó: ‘Bueno, mejor lo hago, entonces mis hijos quizá tengan una existencia justa’. Pero ya lo ve, a esos niños los metieron sin más en el orfanato y pagaron por ellos. Nada más.

“¿Volveré a ver a mis padres?”. Sí, señora.

“Es como si estuviera atada a ellos”. Todos lo estamos. ¿Es que albergamos amor? Porque esta mujer escribe aquí: “Siento un intenso amor por ellos”.

¿Cómo es posible eso? Resulta que ha sido apaleada por la vida, por esta gente. Padres y madres, no hace falta que odien a su madre, ni siquiera serán capaces de hacerlo, porque esa madre por lo visto lo ha hecho con sus mejores sentimientos. Esos suegros suyos... O son los abuelos, ellos son los que tienen la culpa, porque no cumplieron su palabra, y se han librado... se han liberado de esos hijos que no conocieron su clase social; y eso es aquí precisamente la cuestión y todo el problema.

Usted, esa señora dice aquí: “Los deseo ver. Les perdono todo”. Y es que es posible. “Pero ¿quién tuvo la culpa? ¿Mi familia o mis padres?”

Todos, señora. Esos padres son unos locos dementes. Es esa nobleza, claro, fueron los que cortaron el bacalao durante siglos, de eso acabamos de hablar, pero actualmente, hoy, la nobleza y una buena posición social ya no significan nada si no hay sentimiento y armonía, porque esto para mí no es una clase espiritual.

¿Para ustedes sí?

Esto es corriente y moliente, son personas inferiores corrientes y molientes. Porque de verdad que no necesitamos buscar las razones en la clase social, porque ricos, pobres, estudiosos y analfabetos roban, mangan y sisan igual

que los demás en otros pueblos.

¿Cierto o no, señor?

Creo que en ese mundo se roba más que donde nosotros en la fábrica. Un minero y una persona de andar por casa, un obrero —todos no somos más que obreros— no tienen la oportunidad de mangar. ¿Es así? Sí, los hay. Hay quienes quieren ganarse la vida robando y mangando. Allá ellos.

Pero el ser humano afectado por la locura soberbia y que rompe su palabra de cara a los hijos y la gente, esas personas no tienen fe, no tienen ningún Dios, no tienen a Cristo. Quizá encima vayan a misa. Y entonces, claro, es la culpa de la iglesia católica, como siempre. Pero cuando la iglesia católica dice y el ser humano aprende: haz el bien y sé buena persona, ama todo lo que vive —porque eso es lo que dice la iglesia católica, ¿no?— y al ser humano no le da la real gana, ¿es que entonces la iglesia católica es mala?

Hay locos religiosos, señoras y señores; ¿y ahora resulta que el papa está loco, demente? ¿Está loca esa doctrina? Hay gente que también con nosotros se vuelve chalada, de vez en cuando ves a personas que van dando tumbos. ¿Es que soy yo entonces? Sí, y encima me lo cargan a mí. Dicen. Hace poco hubo alguien que también se había vuelto un poco chalado, entonces dijeron: “Sí, es la culpa de Jozef Rulof”. Y otra persona dijo: “Sí, que tú seas tan mala persona también es culpa de ese Jozef Rulof”. Pero ella quería rebajar a ese hombre y él quería avanzar, elevarse. Y ahora todos estamos locos. Yo también. Lo ha hecho Jozef Rulof. Pero por eso digo: ¿está loca Roma si hay un loco religioso en el mundo? Todos van demasiado lejos. Quieren conocer a Dios mismo y entonces van a demasiado altura —para eso lean ‘Las máscaras y los seres humanos’— y entonces suelen olvidarse de su escalerita y se quedan colgados entre la vida y la tierra, y así unas veces terminan en Rosenberg o Maaskant o en Róterdam. ¿Es así?

(Gente en la sala):

—Maasoord.

—Maasoord también es un manicomio. Sí, aquí hay... aquí se puede... Aquí tenemos en cada ciudad una prisión, pero también manicomios, señor. Así de consciente sigue siendo la humanidad. ¡Y los locos somos nosotros!

Ahora sabemos: no hay muerte. Decimos: no asesines, no mates, no odies, no mientas, no engañes. Ten amor, ama todo lo que vive. Y entonces estamos locos. No hay condena ni Juicio Final. Pero entonces resulta que estás loco. La iglesia católica, sin embargo, dice: oye, que te llegará la condena. Con dinero en la escalera no pasará nada.

(Risas).

Pero nosotros no somos capaces de eso. Vamos a rostro descubierto, mostramos nuestras cartas, están encima de la mesa, abiertas, lo gritamos con todas nuestras fuerzas: Cristo no murió por los pecados de ustedes, lo

asesinaron allí conscientemente. Y entonces estamos locos. ¿Lo ven? Pero ¿quién está loco? Pero ¿quién está demente?

¿Quién fue el culpable de esto? Todos, señora. El padre, la madre, los locos soberbios, también la madre, también el padre; el padre vivía a la buena de Dios, la madre renunció a los hijos. Es imposible que una madre que sea consciente al cien por cien... Claro, hay una circunstancia atenuante, porque ella pensaba: quizá ellos hagan algo con su dinero para mis hijos. Pero su amor maternal tendría que haber triunfado. ¿No les parece? Todos tienen culpa. Y usted los volverá a ver a todos.

Pero ¿y qué más da, señoras y señores? ¿Qué más da si más adelante se vuelven a ver todos? Quizá ya no se pertenezcan. Tenemos millones de padres y madres. Y qué más da si estoy ante las narices de mi hermano y de mi hermanita? Y allí está Hendrik, y allí está Bernard, y allí está Johan. Digo: “Ah, sí, ¿también están ustedes (estáis vosotros)?

¿También están ustedes (estáis vosotros)? ¿Tan significativo es eso? ¡Conozco ese mundo desde hace tanto tiempo! Aquel es papá, aquella es mamá.

Fui con Crisje... Crisje falleció y entonces el maestro Alcar me liberó —eso solo consta en la cosmología, por desgracia— y entonces hice un momento ese viaje con ella durante la guerra. Ella quedó libre. El maestro Alcar dice... Tuve que liberarme por completo para la cosmología: Crisje tuvo que morir dentro de mí. Es decir: tuve que desprenderme de ella por completo, porque yo era uno con Crisje, y ahora eso tenía que liberarse, de lo contrario no podría haber vivido mi cosmología, porque me tenía que dar al cien por cien, abrirme. Así que Crisje tuvo que... Tuve que renunciar a ella. El maestro Alcar dice: “Fallecerá en un par de años, la podrás...”.

Y cuando cerraron Arnhem, entonces lo supe, pienso: ‘Bueno, no la volveré a ver’. Ni pasó. Pero cuando falleció... Ahora les voy a ofrecer una hermosa imagen: pero ya lo pueden leer en ‘Aquellos que volvieron de la muerte’, aquel cochero y otras personas, están unos delante de otros, padre y madre, y entonces uno es una chispa divina. Eso de “padrecito” y de “madrecita”, tiene que desaparecer. Los hermanos y las hermanas habrán desaparecido. Tendremos amor universal. Y ahora unos echan a otros del mundo, con la mirada. ¿Tienen que aprender algo? Esa maldita enfermedad familiar nuestra: “Y este hijo es mío. Y este es mi padre. Y este hermano es mío. Y este primo es mío”. Para mí esa gente es toda igual.

Porque llegué detrás del ataúd, el maestro Alcar me liberó, está El Largo por allí, con él no tenía que ver, ni siquiera le estaba permitido al padre darme los buenos días ni a mí a él; se trataba de Crisje, porque había que romper ese vínculo, tenía que entregarme a la cosmología, y había que sacar el amor maternal. Más tarde ya lo recuperé, ¿entiende?, simplemente bajó un momento. Esa cosmología de los maestros tenía prioridad sobre todo, sobre todo lo

demás. Entonces vino Crisje y nos abrazamos efusivamente, digo: “Crisje, Crisje”. Ya había rejuvenecido, cuatro o cinco años, apenas el día siguiente de su transición.

Y entonces primero hicimos el viaje al más allá; sin mediar palabra, tomados de la mano, hacia adelante, yo sabía el camino, y ella sentía que ya lo sabía. Volvimos la mirada hacia la tierra, digo: “Primero a la esfera de allá”. Y entonces se nos concedió... entonces nos liberamos allí. El maestro Alcar dice: “Vete, y te seguiremos”, y entonces la tomé de la mano y nos liberamos de esa esfera, del mundo astral, y atravesé el cosmos material. Digo: “Allí están Júpiter, Venus, Saturno y Urano, y allí está la luna y allí el sol, madre, Crisje, cuyas leyes conozco”. Y entonces no tenía a Jeus, era uno muy diferente. Digo: “Bueno, mejor lo olvido, de lo contrario ni me conocerás. Y entonces se me olvidó, ¿verdad?”. Digo: “Pero vamos...”. Y entonces nos pusimos a hablar holandés, y empezamos a... Empezó a haber francés, alemán, inglés. Vi su pasado, vi de dónde venía. Ahora desde luego que vi otras cosas, por las que ella me había atraído. Es una ley, ¿no? Entonces vi esa ley. Digo: “Y ahora vamos a hablar dialecto, y directamente, de forma infalible, te pongo en la calle Grintweg y en tu propia cocina, donde nací”. Y entonces pasamos por encima de La Haya, y fuimos a Róterdam, y poco a poco, desde el cosmos, fuimos descendiendo como cohetes conscientes con alas espirituales, y entonces llevé a mamá así, primero directamente a la calle Grintweg, di media vuelta y fui a la tumba de Hendrik el Largo, digo: “Allí están los huesitos. Allí están los huesitos, madre, porque allí está papá”, y entonces vino Hendrik el Largo hacia ella, la tomó de la mano y me miró a los ojos, porque no podía conmigo. Digo: “Hola, Largo”. Y entonces nos miramos a los ojos y digo: “Pues, sí, antes alguna vez me diste una torta, pero ni se te ocurra volver a hacerlo”.

(Risas).

“Ahora soy yo el que puede dar unos golpes, ahora puedo explicarte las leyes, aunque lleves cuarenta años en el otro lado, Largo, eso no lo tienes”.

Y eso lo tuvo que aceptar. Me encontraba ante Crisje como un niño. Estaba ante ella, tenía que aceptarme como su maestro. Pero el amor por el ser humano y la madre sigue allí. Y entonces fuimos repasando todas esas cosas; después volvimos a las esferas. La llevé... En esa época ya había hecho su purificación. ¿Entienden? Una purificación. Otros estarían allí como un trapo, como un gato ahogado yace el ser humano allí en un mundo tenebroso, bebiendo hasta vaciarse, se ha ahogado: aquel tenía odio, pasión y violencia. Y al mismo tiempo esta alma, para desprenderse de la tierra, hace un viaje universal, regresa con su propio hijo, ve el amor universal de Cristo y del espacio. Y el padre va detrás de nosotros, planeando, y puede hacerse cargo de ella después de diez minutos, de cuatro horas, en esa noche. Y entonces nos

inclinamos el uno ante el otro; digo: “Adiós. Ahora me daré a las leyes de la Universidad de Cristo”.

Bueno, papá quería llevarme todavía, El Largo, digo: “Sé el camino. No lo necesito”. No era odio, sino que recibimos ese impulso, y entonces llegó el maestro Alcar, y el maestro Zelanus, y volvimos los tres. Me liberé, del todo. Y antes de que yo alcanzara la tierra ya había fallecido Crisje. La había puesto en el más allá, me desprendí de ella allí y la viví, ya podía ella aceptar su Largo. Y entonces empezó a hacer su viaje con su alma verdadera, Hendrik el Largo, y pudo empezar con su recorrido universal, un viaje de miles de siglos.

“Bye, bye, mother Crisje (lanza un beso), recuerdos de Jeus y de todos los hijos de usted”. Y entonces vino Miets todavía, Miets, digo: “Miets, mira cómo vuela Crisje”.

Hermoso el vestido que tiene ahora, ya no calza zuecos, señor, tenía la cabeza rodeada de ramilletes de flores y no necesitaba medallas, porque ahora tenía su hermosa crucecita, y llevaba esa bonita túnica de un azul plateado. Llevaba, ciertamente, pequeñas sandalias. Dios mío, Dios mío, se me desangró el corazón de alegría y felicidad cuando regresé. Digo: “Dios, ser humano, vi a Crisje anoche. Detrás del ataúd sigue viviendo, se me concedió hacer el viaje”.

Estuve bailando el día entero por La Haya. Y ni media hora después, cuando ya era libre en la tierra, dice el maestro Zelanus: “¿Estás listo?”.

Digo: “Sí, estoy listo”.

Entonces la olvidé por completo. En esos tiempos, en esos años —de vez en cuando sí que la veo— ya no he pensado en ella. Este trabajo continúa, de vez en cuando miro un momento, estuvo en muchas conferencias, ella ha vivido esto y aquello, todo eso lo ha visto y vivido, pero yo no albergo más que una sola meta. Digo: “Crisje, apártate. Sal de mí. Mis pensamientos van directamente al espacio. Aquí en la tierra ya no hay nada que cuchichear ni que contar, ahora ya lo sabrás: lo que tenemos que hacer es trabajar”.

¿Y pensabas, pues, que la madre Crisje vendría a ponerse a mi lado: “Hijo mío, Jeus, quiero hablar un poco contigo”? Y entonces digo: “¡Fuera!”.

Pero eso es conciencia, es comprender, es saber qué quiere el ser humano. Es saber cómo vives y de lo que serías capaz; pero es sentimiento, es amabilidad, es comprensión.

Miren, señoras y señores, cuando tienes todo eso, puedes dar una explicación, si ves esas leyes y las has vivido, puedes dar una explicación de cómo se puede encajar todo esto. Entonces verás —de eso se trata aquí—, verás a tus padres y vivirás a tus madres, pero con la misma alegría te desprenderás de ellos espiritualmente, porque todo lo que hay aquí es padre y madre, es una hermana y un hermano tuyo.

“Sí”, dicen, “entonces dame unos centavos, no tengo qué comer”.

Miren, ahora la gente me ha vuelto a colocar ante el hecho, este, entonces dicen: “Sí, sí que quiere usted a las personas”.

Digo: “Sí, señora, pero trabajo hasta reventar. ¿Por qué no hace nada usted, señor?”.

Y ahora tenemos que encargarnos —esos problemas también los hemos vivido—, ahora tenemos que encargarnos de no pasarnos con el ser humano, porque entonces lo hacemos vago. Porque ese cosmos nunca lo fue. Y Dios lo ha tenido que dar todo para una sola ley de nada; para un solo cuerpecito del ser humano se han creado leyes y fuerzas, y tiene que merecérselas. Y quien ahora sea demasiado vago para mirar a Nuestro Señor —eso dicen los maestros— pues esos mejor que aprendan en ese estado cómo pueden despertar, y cómo despertarán.

¿Volveré a ver a esos padres?

Señora, los padres ¿qué son? Por eso le ofrezco esta historia. Los padres y el hecho de tener hermanas, hermanos, son de un poder universal. Pero cuando no hay amor, ni contacto, ni sentimiento, ni unidad, señora, entonces para mí otra madre tiene el mismo valor que aquella Crisje, y lo mismo supone para mi vida, mi sentimiento, esa otra madre, esa otra mujer, ese otro hombre, para mi vida, “A un extraño puedo darle mucho más que a mis propios hermanos y que a mis propias hermanas y que a mi propia madre y que a mi propio padre”, dice otro. Y es cierto. En el otro lado ya no es usted sangre de sangre, sino que se es sangre de un solo padre y de una sola madre, que es Dios en usted (como padre) y Dios en usted como madre. Qué justo, ¿verdad?

Y entonces se echa todo por la borda. Naturalmente, volvemos a ver a esos padres y a esas madres, pero una madre, señora, señor, ha tenido usted millones de vidas, ¿qué significa ahora esta insignificante vida en sí? Y ¿qué significa una pizca de odio y un poco de desintegración? Y ¿qué significa un poco de no comprender? Lo superará usted de todas formas. ¿Vive usted ahora una desgracia? Puede decirle: lo superará de todas formas. Mejor acabe esa desgracia y continúe conscientemente detrás del ataúd, y habrá enmendado las cosas. ¿No es así? No, no es tan sencillo. No es tan sencillo elevar la mirada por encima de tus padres y tus hermanos y las hermanas, mirar por encima de eso y experimentar entonces directamente el contacto para el que Cristo vino a la tierra, sempiternamente, diciendo: “No mates, ama al prójimo, ama a los demás como a ti mismo. No matarás”.

Santo cielo, santo cielo, podemos dejar la sociedad entera patas arriba, porque seguimos viviendo en el asesinato consciente. Sigue habiendo más o menos guerra entre la gente. Y si uno empieza de nuevo... Bueno, entre 1939 y 1945 el mundo entero estuvo en llamas, y hemos optado por mejor olvidar esas guerras y esos cadáveres y esos muertos. Y si hoy quisieran de nuevo,

señor, se añadirán las bombas atómicas, y así lo haremos aún mejor.

El ser humano sigue sin aprender. No, señor, el ser humano aún no ha llegado al punto de aprender. Ni siquiera los puede uno matar a golpes y arrojar a la cárcel para decir —sí que lo hacen—: “Te encarcelo, para que aprendas”. Todavía tenemos que ver con grados preanimales y animales. ¿Cómo quieres explicarle a Stalin y a los suyos que hay una esfera de luz y que Cristo de verdad estuvo en la tierra? Dios mío, ni siquiera es posible convencer al pueblo judío, no puedes convencer a Jerusalén. Los judíos están empezando a formar otra vez un club para su propia raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) y esperan a Cristo hasta que aparezca encima de las nubes y diga: “Soy su (vuestro) rabino”. Si, el otro también lo fue, pero a Él no lo aceptaron. Y, casualmente, ese fue el verdadero Mesías, al que los judíos están esperando. ¿Cómo quiere usted...?

Mañana me voy a Jerusalén y le digo a ese Ben Strauss ... ¿Cómo se llama ese hombre? Donde nosotros había un Ben Strauss, también un judío. Digo: “Ben, el que clavaste en la cruz era el verdadero Mesías”. Dios mío, entonces me matan allí. Ja, ja, ja, entonces me pongo a socavar la fe judía, y entonces me cepillarán por aquí y por allá. ¿No creen?

¿Cómo voy a poder convencer a la humanidad de que en el ser humano vive una esencia divina que el propio ser humano tiene que hacer despertar, evolucionar? Y cuando le dices al ser humano: “Dios mío, déjalo entonces. No odies ni te cargues a la gente ni seas tan negligente ni pises las asuntos sagrados de esa manera...”.

“Y a mí qué me importa eso”.

No lo tienen y pasan por encima de tu cadáver, tus sentimientos, señor, su padre, tu madre. Y pisan al Mesías. Pasan por encima de su propia divinidad. Y si pueden convertirlo en un gulasch vienés fijo que lo hacen. Un gulasch vienés, un escalope vienés, eso es en lo que convierten su alma, señora, y la venden por dos marcos cincuenta. No por un chelín, sino por dos marcos cincuenta.

Señora, ¿volverá a ver usted a sus padres y madres? Así recibirá una pequeña imagen de cómo son estas cosas. Pero eso ya lo sabía. Lo ve.

“¿Tienen que enmendarse ante nosotros?”.

Ay, señora, ¿por qué? ¿Por qué? No, no tienen que enmendar nada ante usted, porque... “¿Tienen que enmendarse ante nosotros?”. El ser humano, señora, señor, que haga el mal se enmienda ante sí mismo. ¿Lo entiende? Si se le pega o pateo, señora, no tiene que enmendar usted nada, ni el otro está en condiciones de enmendar nada ante usted. Sí que es posible, pero entonces ya habrá usted avanzado. Y ese señor y esa señora que ahora siguen pegando y pateando todavía y que destruyen, bueno, tendrán que empezar algún día con su propia lucha, y entonces se enmendarán ante ellos mismos.

Y entonces, en otro país, en la oscura noche cuando todo está oscuro, ante un gran bosque con serpientes, cocodrilos y animalitos peligrosos, cuando uno se encuentra entonces allí con un ser humano que le pregunte por el camino, señor y señora, entonces no dice: “Lo mejor es ir a la izquierda”, entonces uno sabe que en menos de cinco minutos habrá perdido una pierna por un cocodrilo de esos, o que lo morderá un reptil venenoso de esos, sino que entonces uno hace algo para sí mismo, uno intenta guiar a esa gente, aunque haya peligro, por esos bosques y esas tinieblas desconocidos, porque es cuando vive debajo del corazón la chispa para servir. Y entonces uno ama un poco lo que vive. ¿No es así? Cuando eso empieza, sí, entonces se está de otra manera en el mundo y estarás despertando.

“Lo oigo hablar con tanto amor sobre la madre Crisje”.

Señora, si mi madre no hubiera sido buena, la dejo, y eso se lo he contado, y si eso no hubiera sido puro... También yo haré lo que pueda para cualquiera, pero también la dejaré morir a usted si tengo que ver —y eso me lo enseñaron los maestros—, si veo que no ama usted más que la desintegración. Entonces la dejo morir, tan pancho. Dejo que la aplaste una locomotora, completamente. Dejaré que la gaseen, que la ahorquen. También le preguntaré: “¿Qué sogas quieres?”. Dejaré que la cuelguen si de todos modos no le da la real gana de dejar de hacer aquello que la conduce a ese maldito mundo oscuro, para quebrarla conscientemente y sacar todo lo que lleve dentro. ¿Para qué seguiría ayudándola? Señor, cuanto antes uno quede destruido aquí, mejor.

¿No es duro tener que hablar así? Pero el mundo es así, y la humanidad igual. Señor, lo hemos visto en la guerra. “Deja al niño, porque es sucio, porque Cristo dijo...”. La gente tiene la Biblia, y los padres y las madres, el mundo entero estaba en la iglesia: “Ay, Dios, Dios mío, no lo hagas, por favor, hijo, es sucio, esa gente no quiere el bien”. Y la criatura aun así se fue. Sí, aun así se fue. Y entonces dijo el padre: “Zas”. Pero aquí concluyó una vida que tenía que haber llegado a vivirse hasta el final, porque esa alma regresará igualmente. Y ese padre también tiene que regresar a la tierra, porque ha asesinado un vida. Se ha hecho un asesino consciente. Debido a que quiso proteger a su hijo del ocaso, aquí se dice: “Entonces mejor los destruyes antes de que sea demasiado tarde”. El otro lado dice: “Deja que muera, deja que se pongan como energúmenos porque de todas formas tienen que desfogarse, tienen que ver que están equivocados”. Tarde o temprano el ser humano ya recibirá la paliza del espacio. ¿No es así?

La porra, señor, para aquel... un ser humano... Lo leerá después; el primer libro mío que se publicó, ‘Una mirada en el más allá’, lo destripó un doctor, iba a por mí. “Señor”, le dije... Siete años después vino a verme, ese temerario, quería sentarse allí, digo: “¿Qué quiere, señor?”.

“¿Me conoce?”.

Digo: “¿A usted? Idiota”.

“Vaya, menudo recibimiento este”.

Digo: “Señor, enseguida lo echo a la calle. No quiero tener que ver con los de su calaña”. Digo: “¿Sabe usted lo que ha violado?”. Ese destrozó completamente mi primer libro, ‘Una mirada en el más allá’. Y otro hizo una reseña maravillosa. Digo: “Señor pastor protestante huido”. Digo: “Pero ahora otra cosa más, señor: imaginemos que soy un espiritualista demente. Por decir algo. Pero imagínese, doctor, teólogo huido”, así lo zurré, en mi casa podía decir lo que quisiera, digo, “imagínese que esto algún día salga de la Universidad de Cristo y resulta que es verdad, ¿qué porra habrá entonces para usted detrás del ataúd, que usted mismo ha colocado allí por su pluma asquerosa, hedionda, venenosa? Usted disfruta, vive usted por la sangre y el sudor de otros, maldito canalla”.

Y allí estaba. Y entonces quiso sentarse allá. Digo: “No, tú te sientas allí”.

“¿Esto qué es?”.

“Tú te sientas allí”.

“¿Quiere un puro?”.

“Uno bueno, señor, sino no quiero sus chupetes”.

Era un doctor, de ‘Het Vaderland’ (un diario de La Haya). Quizá conozcan ese gran señor, ese pastor que se largó. Ese me destripó a mí.

“Pero, señor, ha privado usted allí a centenares de miles de personas de la luz de Cristo. Sé, por casualidad, que mi obra es cierta y que tiene un significado astral, espiritual, espacial y divino; y eso, claro, usted viene a destruirlo, señor. Adelante, mancíllelo, destrócelo, arrójelo por allí; se mancillará a usted mismo”.

La gente, ¿tiene que enmendarlo?, pregunta la señora. ¿Tiene que enmendarlo la gente? Si uno viola el sagrado amor en el ser humano y para el ser humano y para el espacio, para su espíritu, para su paternidad y maternidad, para el Gólgota, para Dios: si uno viola eso, señoras y señores, ¿no tendrá que enmendarlo entonces algún día, tarde o temprano? Violan alguna vez los tesoros espirituales que tienen un verdadero significado. ¿De verdad que no creen que el papa, Clemente, que arrojó a Galileo a la cárcel del Vaticano y que le selló la boca, y que el ser humano que envenenó a Sócrates porque traía sabiduría a la tierra, no creen que alguna vez esa gente llegará a ser golpeada por eso? ¿Y que tienen que enmendar eso? Y tanto, señor. Eso es un suplicio terrible, porque andan... Hay gente que tiene la sensación de que la humanidad entera está encima de ella.

De lo que les hablé hace poco, ese hombre de Indonesia. ¿Qué clase de tipos son esos? ¿Qué sentimiento es ese? ¿Qué clase de sentimiento es ese que quieres cargar a la humanidad entera? Es una de esas cosas que golpea a la masa y que esta también captará alguna vez. Señor, ya entenderá que odiar

un poco y destruir a un solo ser humano no es tan terrible, pero cuando se convierte en millones, miles, entonces es una presión cósmica. Y entonces te aplasta por dentro. Y después están allí, van caminando ocho horas por el sol para buscar un libro, como ese hombre en Indonesia, buscando mis libros. Y está allí, ya no puede más y se da la vuelta y está delante de eso. Y después todavía está Dios allí y aún existen las leyes, y dicen: “Muchacho, estás encima”.

Pero después, un año más tarde, eso también se lo he contado alguna vez, después de un año es: “¿De verdad que será así? No puedo creerlo, es demasiado bonito para ser verdad”.

Y entonces dije: “Los drudels”. Ahora ya pueden seguir.

Sí. “¿A qué se debe que yo no tenga sentimientos de odio?”.

Sientan gratitud, señora y señor; pero el amor... mejor retengan ese amor y despréndanse de él, tarde o temprano cada uno tendrá que enmendar sus propios errores.

“Si quiere explicar estas cosas, pues bien, le doy las gracias por ello. Si lo quiere hacer en público, no mencione entonces los nombres”.

Señora y señor, espero que me hayan comprendido. Y que estén satisfechos, porque se pueden contar muchas más cosas al respecto, pero mejor lean ‘Una mirada en el más allá’, y todos los demás, y entonces lo habrán conseguido.

Aún me queda un minuto o menos y así puedo tratar esto también, me llegaron en el descanso.

“El ser humano ¿es responsable por lo que vota?”.

Sí, señora, encima eso.

¿De quién es eso?

Así que lleva la campaña electoral dentro. Señora, de esto hemos hablado la semana pasada, dije: “Willem Drees ha dado algo a los ancianos”. Si quiere hacer aún más cosas buenas, ¿por qué no se decidiría por él? Los demás, claro, no van a recibir nuestro voto. ¿Pero tiene él un puntito más? Eso, sin embargo, lo tiene que decidir usted misma.

Hágalo, busque lo bueno y lo veraz. Que si son buenos: todavía no lo sabemos, aunque hayan aparecido cosas que representan bondad y responsabilidad y justicia. Mejor nos desprendemos de eso, pero lo suyo es que eso lo aclare con su familia y sus amigos. ¿Está bien así, señora?

(Señora en la sala):

—Eso ya está decidido.

—¿Ya está decidido?

(Señora en la sala):

—Sí.

—¿Qué es lo que va a hacer, pues, señora?

Ah, sí, dijimos hace unos momentos: elegimos a Willem Drees, pero es

cosa suya.

“Señor Rulof, ¿dónde están las esferas de luz? ¿Puede darme una respuesta?”.

¿De quién es eso?

Señora, ¿cómo puede hacer esa pregunta? Lea ‘Una mirada en el más allá’ y ya estará, las tendrá en medio de su casa. Y puede leerlos de madrugada, después de medianoche, y si le entra sueño ya los pondrá debajo de la almohada, así estará encima. De ese modo tendrá descanso, paz y beatitud.

Señoras y señores, ¿les ofrecí esta noche alguna cosa pequeña?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Bien, pues una conferencia más, la semana que viene.

(Señora en la sala):

—¿Solo una conferencia más?

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—¿Solo una más?

—Solo una más, señora, y después me pondré a holgazanear un poco.

Señora, señor, amen todo lo que vive y... no, por mí no hace falta que esta noche arrullen. Pero pónganse a pensar de otra manera de las cosas que imaginaron ayer y la semana pasada. Y añadan un poco de sentimiento y unas cuantas rosas rojas. Y él y ella que se ríen, y entonces hay ser uno y llega desde el espacio algo precioso, siempre es algo hermoso...

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Ya terminó?

... siempre algo cariñoso, siempre una bendición y una belleza —si ese aparato de grabación me da miedo, y casi me saca de la inspiración, bueno, ya le gustaría—, entonces llegarán desde el Omnigrado, de las esferas de luz, una esencia y una mano, que dirán: “Muy bien, criatura mía, sigue así, ama todo lo que vive y Yo estaré contigo”. Y eso es Nuestro Señor.

Señoras y señores, hasta la semana que viene.

(Suenan aplausos).

Fin

